HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA TRANSFORMADA

1878-1919

NORMAN STONE



Siglo XXI / Historia de Europa / 12

Norman Stone

La Europa transformada

1878-1919

Traducción de la primera edición: Mari-Carmen Ruiz de Elvira

Traducción de los fragmentos de la segunda edición: Sandra Chaparro



Entre granadas, ametralladoras, trincheras y banderas, las convicciones decimonónicas de la modernidad se disolvieron en la historia. El mundo se tambaleó en 1914, cuando Europa se desangraba en la Primera Guerra Mundial, y se estremeció en 1917, cuando Rusia proclamaba el poder para los sóviets en la Revolución de octubre. Previamente, desde el final de la década de 1870, los europeos habían estado viviendo inmersos en una atmósfera de inaudita paz que preparaba al mundo para el mayor de todos los conflictos vistos hasta el momento. Cuarenta años de frágil optimismo en los que la atmósfera se fue enrareciendo hasta ser irrespirable. Cuarenta años en los que la red de alianzas entre las potencias de Occidente se afianzaba, el dominio colonial europeo se apropiaba de África y se endurecía la competición por ser el motor del mundo. Un periodo en el que las viejas estructuras sociales y políticas hubieron de replegarse ante la emergencia de los movimientos nacionalistas, la aparición de los partidos de izquierda y el portentoso desarrollo de la nueva maquinaria estatal. El mundo emergente después de la Primera Guerra Mundial ya no se reconocería en su versión previa, se había transformado. La vieja Europa había muerto, la nueva se asomaba temerosa al siglo XX.

Norman Stone, uno de los mayores expertos en historia contemporánea de Europa, le da sentido en este libro a una de las épocas más complejas de la historia europea. Además de desgranar cada uno de los hitos políticos y explicar sus antecedentes y consecuencias, el autor, con una extraordinaria narración, revela el devenir de cada potencia europea y expone los desarrollos culturales de mayor relevancia del periodo.

Norman Stone (1941-2019), uno de los grandes historiadores que ha dado Gran Bretaña, fue profesor de Historia europea en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Bi-

lkent University, de Historia moderna en Oxford, profesor en Cambridge. Entre sus obras destacan *The Eastern Front, 1914-1917* (con la que ganó el Premio Wolfson), *World War One: A Short History* (2007), *The Atlantic and Its Enemies: A Personal History of the Cold War* (2010), *Turkey: A Short History* (2010), *World War Two: a Short History* (2013) y *Hungary: a Short History* (2019).

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

Europe transformed, 1878-1919

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.

ISBN: 978-84-323-1971-6

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

En esta nueva edición he corregido algunos errores fácticos que he descubierto o me han ido señalando en el original y he rectificado sustancialmente lo que quería decir sobre la cuestión de los eslavos del sur. También he ampliado significativamente la bibliografía, aunque me limito a citar casi exclusivamente libros. Creo que mi hipótesis de que la historia política de los países europeos avanzaba en paralelo sigue siendo válida, y aunque la literatura publicada desde la primera edición de este libro, en 1983, ha ampliado enormemente nuestros conocimientos, no creo que mi versión original contenga errores importantes más allá de algunas omisiones.

De haber escrito el libro hoy hubiera hecho énfasis en otros puntos. Creo que fui muy crítico con el liberalismo y probablemente demasiado pesimista en relación con la agricultura rusa de los primeros años de este siglo. En la actualidad hubiera dado mucha mayor importancia al Imperio otomano y a los Balcanes. Pero escribí este ensayo a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, cuando Europa del Este y el comunismo acaparaban toda nuestra atención (y eran el núcleo de mi docencia en Cambridge, que este libro evidentemente refleja). Sin embargo, la perspectiva de finales de la década de 1990 es muy distinta. Mientras escribía, el socialismo del periodo de posguerra claudicaba ante el auge del liberalismo, de manera que hemos vuelto a repensar algunos de los temas que cobraron gran fuerza en el periodo que cubre el libro. El poeta polaco Czesław Miłosz dijo, en referencia a aquella era eduardiana, que la Europa de los tenderos y las modistillas creó el veneno que la mató, es decir, el comunismo; al final han ganado los tenderos y las modistillas.

Universidad de Bilkent, Ankara
Noviembre de 1998

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

«Las luces se van apagando en toda Europa; no las veremos encendidas de nuevo en lo que nos queda de vida.» Este comentario, uno de los más famosos de la historia europea, fue hecho por el ministro británico de Asuntos Exteriores, Sir Edward Grey, mientras veía apagarse gradualmente las luces de Whitehall al anochecer, cuando, en 1914, Gran Bretaña y Alemania entraron en guerra. A la sazón, la opinión de Grey sobre lo que estaba sucediendo no era compartida por demasiada gente, que pensaba que se trataba de una guerra «en pro de la civilización»; en toda Europa, los hombres se abalanzaban a los cuarteles, y las ciudades estallaban de euforia patriótica. Solo después de cuatro años de mortandad, después del triunfo del bolchevismo en Rusia, después del surgimiento del fascismo, después de la desintegración de la economía europea en la Gran Depresión, percibió el pueblo lo que Grey había querido decir. El mundo de la preguerra se vio investido de un resplandor dorado: «La ciudadela del orgullo», como denominó Barbara Tuchman su libro sobre dicha época.

Los cuarenta años anteriores a 1914 habían sido un periodo de extraordinaria paz y prosperidad. Hacia 1914, la mayor parte de la población, a pesar de que esta había aumentado de manera muy considerable, se encontraba alimentada, alojada y, en general, atendida mucho mejor que antes. La educación había progresado, hasta el punto de haberse conseguido en la mayoría de los países una alfabetización prácticamente universal: de hecho, incluso pudiera darse el caso de que en 1914 existieran menos analfabetos en Inglaterra que los que actualmente existen. El pueblo leía la Biblia y los clásicos nacionales, se expresaba con vigor; el nivel de los debates parlamentarios era tan alto que

en Berlín, en la década de 1890, había incluso un mercado negro de entradas para las galerías públicas del *Reichstag.* Fuera de los Balcanes, en Europa no hubo ninguna guerra después de 1871; y la civilización europea se extendió por todo el globo. Este mundo tuvo un fin dramático en 1914, cuando se apagaron las luces.

En 1934, George Dangerfield escribió un libro clásico, *The strange death of liberal England.* En él, su autor argumentaba que el liberalismo británico, si bien tenía muchas cualidades admirables, se encontraba amenazado de muerte por diversas fuerzas y en especial por el socialismo: sus días estaban contados, hubiera estallado o no la guerra. Esta tesis no ha sido muy popular entre los historiadores británicos. Uno de los objetivos de mi libro es demostrar que lo que Dangerfield dijo de Gran Bretaña puede ser aplicado, sin apenas modificaciones, a los países del continente. Con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, el sistema parlamentario de gobierno se encontraba en crisis en casi todas partes. Se había venido abajo en Austria; funcionaba mínimamente en Rusia y Hungría; en la Tercera República Francesa, después de 1910, se producían cambios vertiginosos de gobierno; Alemania e Italia presentaban a los precursores del fascismo.

La época que va de 1878 a 1914 es una época muy complicada. En casi todas partes se había establecido el sistema parlamentario, de manera que el escenario político se había tornado complejo: elecciones sin fin, partidos, maniobras políticas. Los cambios económicos y sociales fueron grandes y rápidos; las poblaciones se duplicaron y triplicaron; se produjeron profundas alteraciones en la familia, en la educación y en las actitudes hacia la religión. Con seis grandes potencias europeas dictando libremente su ley en el mundo, los asuntos internacionales se hicieron extremadamente complejos; y la guerra en la que todo esto acabó fue tan vas-

ta que la historia oficial francesa de la misma comprende, justificadamente, más de cincuenta grandes volúmenes, a la vez que las publicaciones de las grandes potencias relacionadas con sus negociaciones diplomáticas anteriores a la guerra sobrepasan el millar.

Sin embargo, aunque el periodo sea tan complicado, el panorama político de los países europeos puede simplificarse con bastante facilidad. Muy a menudo, las maniobras políticas que captaban la atención de las audiencias nacionales estaban teniendo su paralelo en otros países. Los años de confusión política en Londres, después de 1911, constituyen un ejemplo obvio al respecto. De igual modo, alrededor del año 1905 hubo prácticamente en todas partes sublevaciones que me permiten describir estos hechos como «el fantasma de 1848». Durante la década de 1890, hubo, en la mayoría de los países, gobiernos confusamente inclinados a la izquierda en los primeros años de la misma y gobiernos directamente imperialistas en los años finales.

En la década de 1880, la trayectoria política de la mayoría de los países es extremadamente difícil de seguir. Estaban apareciendo los socialistas; apuntaba un nuevo conservadurismo de masas; y el liberalismo se dividía en las variedades radical y clásica, que a su vez se subdividían. Este proceso se veía a veces complicado por la aparición del catolicismo político o del nacionalismo minoritario. Para el historiador continental, la política inglesa de la década de 1880 es desconcertante, debido a los cambios y disoluciones de alianzas que se producían. Pero la confusión de Londres tenía su paralelo en todas partes, en la Francia de Boulanger, o en la Alemania de Bismarck, donde el *Reichstag* viraba y cambiaba en sus actitudes hacia las colonias o el ejército, y donde los cambios electorales eran espectaculares. Un primer ministro italiano, Agostino Depretis, señaló con precisión este proceso cuando dijo, al comienzo de la

década, que «los enemigos se transformarán en amigos». El *transformismo* –el giro de los liberales hacia la derecha– se convirtió en una palabra inmunda en los asuntos italianos. Pero puede aplicarse con bastante propiedad a otros países europeos, y por eso puede servir como título a este libro.

Para exponer la dimensión común europea, he utilizado las dos primeras secciones de esta obra con objeto de explorar los temas comunes y establecer una cronología política e internacional. No obstante, esto no hace justicia al carácter individual de los países europeos, y en la tercera sección, la más extensa, he analizado las cinco grandes potencias en forma de ensayo, más que en forma narrativa. Otra de las secciones trata de «la guerra y la revolución», y una final de los progresos culturales del periodo.

Al escribir este libro he incurrido en numerosas deudas de gratitud: con Richard Ollard, mi editor, por su interminable paciencia y su ayuda; con Sir J. H. Plumb, por su estímulo; con Toby Abse, el profesor Richard Cobb, el doctor Harold James, Daniel Johnson, el doctor Dominic Lieven, Andrew MacDonald y el doctor Ian McPherson, por leer todo el manuscrito o algunas partes del mismo; con Steven Beller, Orlando Figes y el doctor Alistair Reid por poner freno a las materias de tecnología y de historia cultural; con Jonathan Hill, por ayudarme en la bibliografía; con el doctor Anil Seal, por enseñarme los principios de la democracia cristiana; con Lord Russell, de Liverpool, por ayudarme en los malos momentos; con mi madre, Mary Stone, por su generosa hospitalidad cuando estaba componiendo una primera versión del manuscrito; y con Christine Stone, por existir. Finalmente, en el contexto de un libro cuyos orígenes se remontan tan atrás en mi pasado, recuerdo con gratitud a mis propios profesores –en especial a B. G. Aston, Colin Bayne-Jardine y George Preston, que estimularon lo que tiene que haber sido una tediosa obsesión por

los Habsburgo; así como a Christopher Varley, que me proporcionó, al igual que a muchos otros, una capacidad de aproximación a los idiomas que desde entonces me ha sido siempre muy útil.

Norman Stone
Trinity College, Cambridge, diciembre de 1982

A la memoria de Jack Gallagher

I. EL FIN DEL «ORDEN MORAL»

LAS METRÓPOLIS

Desde 1870 a 1900, Europa cambió a un ritmo mucho más rápido de lo que nunca había cambiado antes ni, podría argüirse, cambiaría después. En 1870, la mayoría de los europeos vivían en el campo, obedeciendo a sus pastores, sacerdotes o terratenientes. La mayor parte de ellos no se preocupaban por la política. La mayoría eran analfabetos y esperaban solo una vida de extrema austeridad, que podía acabar fácilmente en una muerte temprana a causa de una enfermedad o del hambre. En las ciudades, la tasa de mortalidad superaba la de natalidad, y si en ellas se mantenía la población era únicamente mediante la importación de habitantes. En el Berlín de la década de 1860, o en el San Petersburgo de la de 1880, los dos tercios de la población masculina adulta habían nacido fuera de la ciudad.

Existía un abismo enorme entre el mundo de los ricos y el mundo de los pobres: los enormes ejércitos de trabajadores eventuales sin empleo, de sirvientes-de-sirvientes, de costureras hacinadas en una habitación. En el San Petersburgo de *Crimen y castigo,* de Dostoievski, el cólera era un visitante habitual. Se propagaba a través de los canales de la ciudad, que estaban llenos de aguas residuales y desperdicios de todas clases. Se colocaban grandes letreros advirtiendo a la gente que no bebiera el agua de los canales, pero estos avisos a menudo eran ignorados por los trabajadores analfabetos, que sumergían en el agua sus mugrientas gorras para apagar su sed. Incluso en los distritos centrales, gubernamentales, de San Petersburgo, la tasa de mortalidad era más alta que en cualquier otro lugar de Europa. En los países más ricos existía algún tipo de medidas de asistencia pública, ya fuera a través de la Iglesia o a través de instituciones tales como la English Poor Law, que, aunque conde-

naba a los beneficiarios de la caridad a llevar una ropa identificada como de pobres, o a ser enterrados en tumbas para pobres, al menos permitía sobrevivir. En otros lugares, la gente dependía de sus familias o de los sacerdotes. A medida que las ciudades iban creciendo, los recursos de ambos tipos de instituciones se hacían cada vez más escasos.

Pero hacia 1900 esta Europa se había transformado. Se produjo una gran huida de la tierra: millones de personas emigraron o se fueron a las ciudades. En el último cuarto de siglo arribaron a los Estados Unidos veinticinco millones de europeos, y varios millones se fueron a otros países de ultramar. El medio rural se modernizó rápidamente. La falta de mano de obra obligó a subir los salarios, y en todas partes las viviendas campesinas empezaron a estar mejor construidas y equipadas con mobiliario similar al de las ciudades, siendo reemplazados los arcones y bancos de madera por armarios y sillas. Pero las que mayor transformación experimentaron fueron las ciudades.

En 1900, los vehículos de tracción animal, que eran la norma en casi todas partes en 1879, habían sido complementados con tranvías y ferrocarriles metropolitanos: el *Stadtbahn* de Berlín, el *tube* de Londres o el *métro* de París (1901), que, al haberse construido bastante más tarde que el británico, pudo beneficiarse de tecnologías más modernas, que permitieron que los túneles fueran más superficiales. En todos los lugares, la tracción eléctrica permitió, en la década de 1890, la proliferación de tranvías y trolebuses. Este tipo de transporte, fácil y barato, facilitó a las ciudades modernas –y sobre todo a Londres– desarrollar los suburbios.

Se produjo una explosión en materia de imprenta. Las nuevas técnicas de impresión, la madera barata y una enorme masa de nuevos lectores fueron la causa de que de los cuatro «diarios de información» que se publicaban en París

en la década de 1860 se pasara a setenta diarios una generación después. Las grandes ciudades provincianas, como Mánchester, Glasgow o Lyon, podían contar con vender bastante fácilmente en la capital su principal periódico. La educación se desarrolló tan aprisa como la prensa. Proliferaron los libros y las bibliotecas, y las organizaciones de la clase trabajadora tuvieron a gala organizar sus propias reuniones culturales, para demostrar que eran tan buenos como sus «superiores».

Los descubrimientos o invenciones espectaculares se sucedían unos a otros. La medicina avanzó hasta hacerse irreconocible. En tiempos anteriores, la mayor parte de la gente que sufría una operación moría, generalmente no por otra complicación que el simple *shock* producido por el dolor. Hacia 1900, los hospitales se habían higienizado; en ellos eran más los que sobrevivían que los que morían; y las tasas de mortalidad se habían reducido a la mitad en la mayoría de los países. Parecía no existir fin para este proceso de progreso. En 1895, el novelista Henry James instalaba en su casa la luz eléctrica; en 1896, montaba en bicicleta; en 1897, tecleaba una máquina; en 1898, presenciaba una sesión de cinematógrafo. En el espacio de muy pocos años, podía haberse sometido a un psicoanálisis freudiano, viajado en avión, entendido los principios del motor a reacción o incluso de los viajes espaciales. Las grandes ciudades se habían embarcado ya en la limpieza y saneamiento de sus zonas en peores condiciones, los *«slums»,* palabra inglesa que, como muchas otras *(strike, meeting, weekend, football),* pasó a casi todos los demás idiomas, porque los británicos habían sido quienes las situaron en un primer plano cuando se llegó al descubrimiento de la nueva era. Los años que van de 1870 a 1900 constituyeron la era clásica del progreso, una época en la que la historia del mundo parecía ser como posteriormente la vería H. G. Wells en su *Historia:* una historia en la que las personas cultas utilizarían la cien-

cia para promover la causa del *«up and up and up and on and on and on»* («arriba, arriba, arriba y adelante, adelante y adelante»), como diría Ramsay MacDonald, un característico progresista de la preguerra.

LA REVOLUCIÓN LIBERAL

La prosperidad de finales del siglo XIX debió sus orígenes al liberalismo. En los últimos años de la década de 1850, y a lo largo de la de 1860, todos los países de Europa habían iniciado la reforma de sus instituciones. En muchos sitios, esas reformas se sumaron a la destrucción del viejo orden. Por supuesto, el liberalismo tuvo sus precursores en el siglo XVIII, y Gran Bretaña se había convertido claramente en un país liberal en la primera mitad del siglo XIX. Fue la prosperidad de Gran Bretaña, en contraste con la pobreza y la ingobernabilidad del continente, la que inspiró el deseo de muchos europeos de imitar el ejemplo británico. En la década de 1860, el liberalismo se impuso por sus propios méritos.

Sobre el terreno, el liberalismo variaba de un lugar a otro, dado que era necesario hacer concesiones al viejo orden. Pero sus principios esenciales estaban bastante claros. Liberalismo quería decir Razón. Creía en los Estados nacionales centralizados, y los creó así en Bélgica, Alemania e Italia. La educación constituía un factor clave. El liberalismo, descendiente en parte de las ideas del derecho natural y en parte del utilitarismo, se dirigía al individuo moralmente responsable. En el Antiguo Régimen prevalecían la posición social y el privilegio. Los liberales se oponían a ello; pensaban que para el conjunto de la sociedad era preferible que a las personas enérgicas y competentes se les permitiera ascender al nivel apropiado. La educación gozaba, por consiguiente, de una consideración suprema, y en todos los países se libraron batallas con vistas a mejorar el sistema escolar. Con frecuencia, esto significó un forcejeo

con la Iglesia, que controlaba la mayor parte de la educación en Europa.

En materia económica, los liberales tenían una actitud tajante. A menudo, el Antiguo Régimen había impuesto barreras al comercio, porque de esta manera los ineficientes productores de una región podían ser protegidos frente a los más eficientes de otra. El Estado cobraba dinero en forma de aranceles aduaneros para subir los precios de las mercancías importadas, que frecuentemente eran mejores o más baratas. La institución de la servidumbre, que en Rusia existió hasta 1861, y –de hecho, aunque no de derecho– en todas partes hasta 1848, resultaba particularmente repugnante para las mentes liberales, mientras que, en la perspectiva del Antiguo Régimen, constituía una condición previa de la civilización, dado que obligaba a los campesinos a permanecer en la tierra y cultivarla. Los liberales querían que la mano de obra fuera libre para comprarse o venderse según las circunstancias, y no estuviera sujeta a un lugar en particular. A veces se opusieron encarnizadamente a la legislación estatal que se interponía entre el patrono y el obrero. Las Factory Acts británicas, por ejemplo, fueron promovidas por los *tories* y no por los liberales, aunque en la práctica muchos liberales tuvieron una amplia participación en la promoción de la caridad privada.

En la década de 1860, el viejo orden corregía su rumbo en todas partes. Se promovió la educación. Se facilitó mucho el comercio. Se establecieron bancos centrales para regular la circulación monetaria con probidad, a diferencia de los tiempos de la emisión de papel y la retirada de moneda en el Antiguo Régimen. Donde fue posible, se suprimieron los aranceles aduaneros y, donde no, se redujeron en gran medida: la Francia de Napoleón III y la Rusia zarista, los dos Estados más proteccionistas de Europa, prometieron suprimir sus aranceles aduaneros en fecha próxima. En to-

das partes se racionalizaron las burocracias. En Inglaterra, por ejemplo, bajo el primer gobierno de Gladstone (1868) el acceso a la administración empezó a realizarse mediante oposiciones, y se acabó con la compra de los nombramientos de funcionarios. En la mayoría de los países se llevó a cabo una reforma militar. Para la mentalidad liberal, los ejércitos no eran deseables. Pero, puesto que existían, bien podían ser utilizados con fines educativos. El principio de la obligación universal de cumplir el servicio militar fue afirmado en Austria en 1868 y en Rusia en 1874: ahora, los hombres eran incorporados al ejército por un tiempo de cinco años y luego licenciados, volviendo a ser llamados solo en caso de guerra. En los viejos tiempos, un número muy limitado de hombres tenían que servir durante veinticinco años. Ahora, se incorporaba, entrenaba y educaba a un número mucho mayor de hombres, a los que se les inculcaba la idea de que formaban parte de una comunidad nacional. En Rusia, los soldados ucranios aprendían ruso en el ejército. En el sur de Italia, el reclutamiento constituía un recurso mediante el cual los meridionales, que con frecuencia no se sentían italianos, adquirirían una conciencia nacional. En Francia, el ejército era empleado estrictamente como agente del «centralismo jacobino», para eliminar los *patois,* tales como el bretón o el provenzal, que todavía se hablaban extensamente. A menudo, los generales eran conscientemente liberales: Dmitri Miliutin, el reformista ministro de la Guerra del zar Alejandro II en las décadas de 1860 y 1870; el general español Prim, hijo de un químico; Kameke, ministro prusiano de la Guerra. Todos ellos creían en la centralización, la eficiencia y la educación, así como en los privilegios de clase y el clericalismo.

A mediados del siglo el impulso hacia estas reformas había constituido el éxito de Gran Bretaña y el fracaso de la mayoría de los países continentales. En 1856, Rusia había sido humillada a consecuencia de la Guerra de Crimea.

Austria había sido derrotada en 1859 por los franceses y los piamonteses, los cuales establecieron el reino de Italia en 1861. Prusia había sido humillada en 1850 por los austriacos. En la década de 1850, la mayoría de los países experimentaron un caos financiero y necesitaron serias reformas y considerables empréstitos para salir adelante. Pero los financieros no querían prestar dinero a menos que se efectuaran determinadas reformas. Una de estas consistía en que las riendas del Estado debían entregarse no a una corte y sus parásitos, sino a expertos, con el respaldo de la ley. En todas partes, los liberales pensaban que tenía que haber constituciones justas, parlamentos elegidos por hombres de peso económico e instruidos. Estos parlamentos debían aprobar leyes que obligaran por igual a todos los miembros de la comunidad: no debía existir ningún privilegio. En general, los liberales no estaban a favor de otorgar el voto a la masa del pueblo. Las masas, ignorantes, llenas de prejuicios y egoístas, utilizarían su voto o bien en favor de los revolucionarios, que querían quitar el dinero a los ricos; o bien en favor de los terratenientes y sacerdotes, que sabían cómo corromperlas y atraérselas. Los liberales se salieron con la suya en la mayoría de los países durante la década de 1860: se constituyeron parlamentos en Austria, Hungría, Italia y, en 1871, en la nueva Alemania. En Rusia, Alejandro II instituyó una serie de reformas liberales –la abolición de la servidumbre (1861), un banco estatal (1859), consejos de distrito elegidos (1864), servicio militar universal (1874), etc.–, pero pensaba que Rusia era tan extensa y estaba tan retrasada que un parlamento central elegido resultaría simplemente caótico, y se resistió a toda petición de creación del mismo.

Rusia carecía del elemento liberal que, en todas partes, fue el responsable de la promoción de las reformas: una clase media amplia, instruida, vigorosa y con el suficiente capital como para que su apoyo fuese esencial para cualquier

Estado que quisiera desarrollarse. En Gran Bretaña, esta clase era tan fuerte numéricamente, incluso en el siglo XVIII, que las reformas liberales se introdujeron en dicho país de forma fragmentada, y a menudo sin la intervención oficial del parlamento. Las instituciones del Antiguo Régimen existentes, tales como los viejos gremios o corporaciones, se adaptarían gradualmente para ajustarse a una era en proceso de cambio. Así, formalmente, Inglaterra (más que Escocia) fue el último de los antiguos regímenes; nunca tuvo una ley formal que aboliera la servidumbre. Instituciones religiosas tales como los *colleges* de Oxford y Cambridge fueron, sencillamente, convertidas en lugares seculares de educación, conservando sus antiguas constituciones y sus curiosamente denominados *funcionarios;* mientras que en el continente los colegios religiosos universitarios habían sido formalmente suprimidos bien por la Ilustración o bien por la Revolución francesa. Los colegios universitarios de la antigua Universidad Católica de Lovaina fueron utilizados como establos por los ocupantes franceses y, cuando se restableció la Universidad, fue el cuerpo central de la misma el que dirigió todas las cosas y no los colegios, que se convirtieron en simples centros residenciales. Hasta cierto punto, en Francia el liberalismo local también prosperó, pero en la mayoría de los demás países el grado de desarrollo alcanzado no permitió su avance, y, en la década de 1860, los Estados, escasos de dinero, tuvieron que seguir el ejemplo británico mediante una legislación formal.

Los liberales –Cavour en Italia, Delbrück en Alemania, Schmerling en Austria, Valuiev en Rusia– tenían la seguridad de que poseían la fórmula de la futura prosperidad. No podían entender la vehemencia de la oposición que se les enfrentaba. Pero el liberalismo tenía numerosos enemigos. En la década de 1860 y, generalmente, en los primeros años de la de 1870, se produjo en Europa un gran *boom* económico. El liberalismo fue ampliamente aceptado y la oposi-

ción al mismo se vio silenciada, excepto en el caso del decreto del papa sobre la infalibilidad. Pero en 1873, y en los años posteriores, la prosperidad que el liberalismo prometía se vio interrumpida para muchos europeos, y los enemigos del liberalismo se impusieron. En 1870, los liberales belgas clásicos perdieron el poder. En 1873-1874, cayó el primer gabinete de Gladstone, y este renunció al liderazgo de su partido (para volver a asumirlo posteriormente). En 1876, cayeron los liberales italianos clásicos, la *Destra.* En 1878, perdieron el poder los liberales austriacos del gabinete de Auersperg; también en ese mismo año, en Alemania, Bismarck abandonó su alianza con los liberales; y, asimismo entonces, el zar Alejandro II comenzó a derogar parte de su anterior legislación y a transformar a Rusia en un Estado policía con aranceles aduaneros. En Francia, los liberales clásicos, que –por razones particulares del país, aunque no carentes de paralelos en España– habían sido incapaces de inventar una monarquía constitucional satisfactoria, y eran, por consiguiente, republicanos a la fuerza, perdieron el control en 1876, y especialmente en 1879. A estos regímenes liberales clásicos les sucedieron grupos diversos: en Gran Bretaña, el conservadurismo de Disraeli; en Francia, los exponentes clericales del «orden moral» en primer lugar, y luego los republicanos radicales; en Bélgica, los clericales; en Italia, los radicales «transformistas»; en Rusia y Prusia, los conservadores reaccionarios; en Austria, los clericales que, a pesar de su conservadurismo, tenían también un toque de radicalismo. Ello fue una muestra de lo variada que podía ser la oposición al liberalismo.

LA «GRAN DEPRESIÓN»

En el último tercio del siglo XIX, los europeos llegaron a ser mucho más ricos de lo que nunca lo habían sido: la revolución liberal, o capitalista, había realizado su obra. Resulta curioso que esta era luego fuera conocida por los his-

toriadores como la «Gran Depresión» –expresión que tuvo su origen en Gran Bretaña, dado que en 1882 se creó allí una Comisión Real para examinar las causas del descenso («depresión») de los precios, de las ganancias y de las exportaciones, descenso que asimismo originó desempleo–. En realidad, prescindiendo de unos pocos malos momentos (1879-1883, 1891-1895), esos fueron años de notable desarrollo en las ciudades. La «depresión» afectó a grupos sociales muy distintos, que manifestaron ruidosamente sus quejas sobre el liberalismo económico que había dado lugar a tales trastornos.

En la década de 1880, las aristocracias se encontraban en decadencia en todas partes. A comienzos de la década de 1890, sus lamentaciones eran con frecuencia histéricas. La agricultura había dejado de proporcionar una renta con la que pudiesen vivir satisfactoriamente. En los veinte años anteriores a 1896, la pequeña y la mediana aristocracia fueron vendiendo tierras, aunque las grandes fincas sobrevivieron bastante bien. Después de 1896, a medida que los costes iban subiendo, incluso las grandes fincas decayeron en tamaño y peso relativo. Donde fue posible, las familias nobles obtuvieron beneficios de sus propiedades urbanas (en esto la aristocracia inglesa proporciona ejemplos espectaculares, como es Grosvenor Estate, en Westminster, o los Stanley [Derby], en Lancashire). Numerosos aristócratas se emparentaron con el nuevo dinero urbano, con frecuencia norteamericano: el marqués francés Boni de Castellane se casó con Anna Gould, que aportó una dote de tres millones de libras esterlinas proporcionada por el dinero procedente de la industria y de los ferrocarriles de su familia. El duque de Marlborough se casó con Consuelo Vanderbilt; el conde húngaro Széchenyi, con una prima de esta; Rosebery, aliado de Gladstone, se casó con una Rothschild y adquirió la mansión y las extraordinarias colecciones de Mentmore. Pero, en la mayoría de los casos, la nobleza iba viéndose

paulatinamente –y no tan paulatinamente– en apuros por aquella época. El telón de fondo de las piezas teatrales de Chejov es la erosión de la nobleza terrateniente en Rusia. A comienzos de la década de 1890, había unas 14.000 fincas rústicas hipotecadas; únicamente en 2.800 no hubo atrasos en el pago de las hipotecas; y, de 1891 a 1895, los acreedores ejercieron las acciones encaminadas a efectuar la venta forzosa de una media anual del 7,5 por 100 de las fincas de la nobleza. Algunas de las más importantes familias europeas abandonaron sus palacios urbanos. El palacio de Lieven en San Petersburgo, a orillas del Morskaia, próximo al propio Palacio de Invierno, fue alquilado al gobierno italiano; el Hôtel de Talleyrand, en la calle Saint Florentin de París, fue adquirido por los Rothschild; el Palacio de Stolberg, en Berlín, se vendió para pagar deudas de juego, y se convirtió en el Hotel Adlon, el más importante de Berlín. En Francia, hacia 1900, en treinta departamentos habían desaparecido prácticamente todos los terratenientes nobles; y en la mayoría de los países los hombres de la baja aristocracia se dieron cuenta de que necesitaban hacer dinero de un modo u otro para compensar.

No es sorprendente que se diera una expansión de esta clase en los ejércitos. En esto, se produjo un enfrentamiento entre los antiguos ministerios de la guerra liberales y los conservadores de mentalidad clasista. Las disputas sobre el nombramiento para puestos importantes y no tan importantes causaron inquietud en el seno del establecimiento militar prusiano en 1883-1884, y de nuevo en 1896-1897, cuando los jefes reaccionarios del servicio militar del emperador (que manejaba los nombramientos) chocaron con los liberales del ministerio de la Guerra. En Rusia, el general liberal Miliutin sufrió una fuerte oposición por parte de conservadores como Vannovski, que le sucedió en 1881. En Francia, una conspiración de oficiales aristócratas contra el «intruso» judío, el capitán Alfred Dreyfus, dio lugar, en los

últimos años de la década de 1890, al escándalo más famoso de la historia francesa. A comienzos de la década de 1880, y todavía más en los últimos años de la de 1890, se produjo una gran explosión de imperialismo y conquistas en la mayoría de las grandes potencias europeas. ¿En qué medida tuvo esto que ver con la búsqueda, por parte de los oficiales de la pequeña aristocracia, de vías para resarcirse fuera de lo que habían perdido en su país?

Pero no era solo la nobleza terrateniente la que se lamentaba. En la clase media acomodada existían también descontentos. Era corriente que muchos miembros de esta clase invirtieran en títulos gubernamentales –la *rente* francesa, los *funds* británicos– o en las seguras acciones de compañías *«blue-chip».* Ahora, por razones que nadie entendía, las tasas de ganancia parecían estar cayendo, y con ellas los tipos de interés. Los rentistas que, como la *bonne bourgeoisie* de las ciudades de provincia francesas, habían visto satisfecha su ambición de vivir sin hacer nada, se vieron sometidos a presión. En la década de 1880, y aún más en la de 1890, desertaron de las pequeñas ciudades provincianas, trasladándose a lugares de mayor tamaño, y disminuyeron en número. Los dividendos de las compañías metalúrgicas y textiles austriacas no pasaron del 3 por 100 en los años de la «Gran Depresión». En 1887, el poeta laureado Alfred Lord Tennyson escribió en su *Locksley Hall sixty years after* una elegía al mundo rentista de la jerarquía, la religión, y el progreso, que estaba siendo desplazado por el nuevo mundo de la época «democrática» de la década de 1880.

La razón principal de estos cambios sociales era que la base agraria de Europa estaba siendo erosionada. Antes de 1870, Europa era preponderantemente agrícola, aunque tenía también algunos centros históricos de manufactura –el norte de Italia, Flandes, Bohemia, Franconia– y aunque existían algunos países altamente industrializados, en espe-

cial Gran Bretaña, Bélgica y Prusia. Generalmente hablando, hasta 1870 el beneficio de la vida económica residió en la agricultura. Los «términos del intercambio», esto es, la cantidad de mercancías manufacturadas necesaria para comprar un número dado de productos agrícolas, tendían a favorecer al agricultor. En la década de 1840 se había producido una gran crisis. Los artesanos habían entrado en mutua competencia, haciendo descender con ello los precios de sus productos; esto había coincidido con una crisis financiera y con algunas malas cosechas; y todo ello había tenido como resultado la miseria en las ciudades, lo que finalmente produjo las revoluciones europeas de 1848. Las cosas habían mejorado en las décadas de 1850 y 1860 con la «revolución liberal», aunque los precios de los alimentos habían tendido a subir algo más deprisa que los industriales.

En la década de 1870, este cuadro cambió de manera dramática, más o menos en la forma en que Marx lo había pronosticado. Normalmente, los agricultores se habían defendido mejor que los industriales; pero ahora, después de 1873, los términos del intercambio fueron durante varias décadas desfavorables a la agricultura y a los productos naturales en general: fueron los precios de las materias primas y de los alimentos los que descendieron en relación con los precios industriales; y, con algunas interrupciones y excepciones (como la del petróleo), ese proceso ha continuado hasta nuestros días. «Gran Depresión» fue la denominación (bastante desorientadora) que recibió la primera parte de este proceso.

El cereal proporciona el ejemplo mejor y más importante. En las décadas de 1860 y 1870, las grandes llanuras de América del Norte, Argentina, Australia, Rusia y, posteriormente, Rumania y Hungría estuvieron dedicadas a la explotación a gran escala de cereales. La cantidad de este pro-

ducto vendida en los mercados de Europa occidental se duplicó en la década de 1850 y se multiplicó por cinco hacia finales de siglo. La expansión de los ferrocarriles explica buena parte de este fenómeno, porque enlazaban el centro de los Estados Unidos con los puertos de la costa oriental; y, con la proliferación de aquellos, los costes bajaron: por ejemplo, de 33 centavos el *bushel* (35 litros) desde Chicago a Nueva York en 1874 a 14 centavos en 1881. Luego experimentó un progreso el transporte marítimo, especialmente cuando se comentó a utilizar la turbina a vapor de Parsons, con objeto de hacer un mejor uso del carbón. En los viejos tiempos, las embarcaciones de vela necesitaban tripulaciones muy numerosas; las firmas de transporte marítimo intentaban a veces reducir sus costes sobrecargando las embarcaciones (práctica asesina que condujo en la década de 1870 al establecimiento de la «Plimsoll Line» [marca de calado]). Ahora, los barcos necesitaban tripulaciones más reducidas y menor cantidad de carbón, y los costes, en consecuencia, descendieron. En 1874, el trasporte de un *bushel* de grano desde Nueva York a Liverpool costaba 20 centavos, y en 1881 solo 2 centavos. Finalmente, el empleo de buques frigoríficos (procedimiento inventado por un francés, pero perfeccionado por un norteamericano, Birdseye) permitió exportaciones similares de carne. El transporte marítimo de una tonelada de productos desde Marsella a Hong Kong costaba 200 francos en 1875, solo 70 francos en 1906: es decir, siete meses de salario de un artesano especializado en 1875, y solamente dos meses de salario en 1906. Los cereales llegaban por mar a todos los países europeos. Incluso en Italia, que era un país pobre, las importaciones de grano ascendieron a 1.500.000 quintales en 1880 y a 10.000.000 en 1887. A su vez, el precio del grano bajó, y, por consiguiente, el pienso para los caballos también pasó a costar menos. Este proceso contribuyó posteriormente al descenso de los costes del transporte en las ciudades. En

San Petersburgo, las autoridades del transporte pudieron reducir el coste de un viaje en tranvía de caballos desde 10 kopeks en la década de 1860 a 4 en los primeros años de la de 1880.

Los precios de los alimentos bajaron en todas partes. Los productores europeos de cereales, carne y vegetales competían entre ellos y duplicaron su producción en las décadas centrales del siglo. La competencia ultramarina de la carne y el grano era tal que los productores tuvieron que reducir sus precios todavía más. En Londres, una hogaza de pan normal (4 libras 5 ¼ onzas [3 kilogramos]) costaba en 1873 1/5 ½ peniques; en 1905, solo 4 ½ peniques. En Italia, el maíz, que formaba parte de la dieta campesina habitual, la *polenta,* bajó desde 22,41 liras a 13,41 entre 1876 y 1880. La *espelta,* principal producción invernal de Wurtemberg, costaba 20,68 marcos los 100 kilogramos en 1854, pero posteriormente esta cifra solo se alcanzó en 1872, y después de 1882 únicamente dos años subió el precio por encima de los 15 marcos; en 1894, el precio era de 11 marcos. El trigo rumano, adquirido en Brăila, costaba 305 leis la tonelada a comienzos de la década de 1870, y solo 175 a principios de la de 1890; en Rusia, el precio medio de todos los cereales bajó de 80 kopeks el *pood* (poco más de 16 kilogramos) en 1881 a 67 en 1885, 53 en 1887 y 42 en 1894.

Tales cifras pueden reproducirse para prácticamente todos los productos naturales: el café brasileño, el caucho malayo, el guano del Perú, el cobre chileno, el mineral de hierro sueco, los productos lácteos y el vino. Uno de los motivos de la extensa campaña contra la bebida que se llevó a cabo en la mayoría de los países europeos en esa época era que los alcoholes (procedentes de cereales o maltas) y el vino costaban menos. En la década de 1880, Italia triplicó su producción de vino, pero la ganancia obtenida de la misma descendió, entre 1879 y 1886, de 28.300.000 liras a

25.900.000. En Rusia, beber vodka se había convertido en algo parecido a una epidemia; el alcohol pasó a ser un monopolio estatal. A medida que el transporte mejoraba, el carbón barato podía llegar a zonas donde nunca se había conocido con anterioridad, vendiéndose por debajo de los precios del carbón local. A finales de la década de 1880, los mineros del carbón, que en tiempos anteriores se habían contado entre los trabajadores mejor pagados (y que a menudo eran conservadores en sus actitudes políticas), comenzaron a formar sindicatos y a rebelarse. A finales de la década de 1880, y a lo largo de la de 1890, hubo huelgas de mineros en Gran Bretaña, en el Ruhr y en el norte de Francia. Con la caída de los precios agrícolas, también se rebelaron algunas veces los pequeños propietarios campesinos y los jornaleros, factor subyacente en los disturbios agrarios de Irlanda y Rusia a finales de la década de 1870 y comienzos de la de 1880, y en la Italia central a mediados de esta última década.

Las aldeas comenzaron a vaciarse, en parte a causa de que los campesinos más jóvenes abandonaban la agricultura y en parte a causa de que los artesanos de las mismas –constructores de carreteras, trabajadores del cuero (curtidores), cerveceros, latoneros, herreros, que habían dejado su huella por toda Europa en los apellidos más comunes– no pudieron o no quisieron competir con las mercancías más baratas que venían de las ciudades y sufrieron la caída de los precios agrícolas, que hasta entonces les habían garantizado un mercado. En la provincia austriaca de Oberösterreich, el número de herradores descendió de 299 a 67 en los años 1870-1890. Los cerveceros de Wurtemberg se quejaban de que se hubieran instalado «máquinas vendedoras» en los andenes de las estaciones, de forma que los viajeros podían obtener en ellas cerveza barata en lugar de desplazarse a la taberna más próxima. En Münster, el número de cerveceros descendió casi en una cuarta parte durante esos años. En

Alemania, especialmente, estos artesanos independientes –la *Mittelstand,* situada entre la aristocracia y el campesinado en los tiempos del Antiguo Régimen– presentaron una letanía de agravios que configuró de forma decisiva la política alemana hasta la década de 1930, fecha en que muchos de sus miembros fueron nazis entusiastas.

Para un hombre hábil era posible, por supuesto, sobrevivir en esas condiciones, siempre que lograra conseguir un adecuado equilibrio entre mano de obra, maquinaria, tipos de interés y mercado. Pero ello significaba –como habían supuesto los economistas liberales– un trabajo muy duro. La mayoría de la pequeña aristocracia europea no pudo responder en consecuencia; sus expectativas eran demasiado altas. Las fincas rústicas verdaderamente grandes podían tener el beneficio de las reservas de capital y el consejo de los expertos, pero las más pequeñas no tenían nada y sus propietarios las vendieron, generalmente a gentes de las ciudades que podían permitirse el lujo de subvencionar la tierra y deseaban poseer una casa solariega: gentes como los Oppenheim de Berlín, que compraron una finca en Pomerania y se convirtieron en *«Oppenheim zu Rheinfeld»* en la década de 1880. En Francia, el valor de la tierra descendió en una cuarta parte entre 1880 y 1890; en Loir-et-Cher, las rentas cayeron en un 55 por 100 entre 1875 y 1902. A veces, las tierras de la pequeña nobleza eran adquiridas por campesinos esperanzados, como las familias escocesas *(Fife)* que invadieron East Anglia en las décadas de 1880 y 1890. Pero el proceso de decadencia agraria afectó también a los campesinos, porque la caída de los precios continuó, con solo breves interrupciones, entre 1873 y 1895. Los economistas liberales esperaban que los labradores adoptaran un punto de vista ilustrado con respecto al crédito, que cesaran en su bárbara costumbre de guardar el dinero en un calcetín, que invirtieran en una cooperativa o en un banco rural de ahorros (como las *Raiffeisen,* asociaciones de crédi-

to, que tuvieron en Alemania un próspero desarrollo). Pero esta esperanza no siempre se vio coronada por el éxito. En Austria, las hipotecas agrícolas aumentaron en un 60 por 100 entre 1867 y 1892, pero únicamente entre los años 1888-1894 se produjeron en Bohemia 73.777 ejecuciones de hipoteca; en Moravia 34.118, y en la provincia de Niederösterreich 28.742. En tales condiciones, millones y millones de personas abandonaron la tierra, ya fuera para emigrar a los Estados Unidos o a la gran ciudad más próxima. La población de Irlanda descendió a poco más de la mitad entre 1830 y finales de siglo. La población rural de Inglaterra y Escocia constituía en 1900 el 8 por 100 del total. En la década de 1890 los conservadores alemanes se lamentaban clamorosamente de la «huida de la tierra». El estadista agrario francés Jules Méline hablaba del *désert français.*

Pero la emigración de la tierra no fue simplemente una cuestión de necesidad. La realidad era que las ciudades estaban haciéndose enormemente prósperas en comparación con el pasado. El descenso de los precios de los alimentos afectaba de mala manera al campo; pero, como habían pronosticado los economistas liberales, beneficiaba grandemente a todo el que comprara alimentos, en vez de venderlos, es decir, beneficiaba a la gente de las ciudades. Dado que los precios de los alimentos descendieron un 45 por 100 en el último tercio del siglo, los habitantes de las ciudades se encontraron en mucha mejor posición; y, dado que las materias primas bajaron generalmente de precio, los industriales pudieron también reducir los suyos, de forma que los habitantes de las ciudades se beneficiaron asimismo de ello.

Hay que hacer algunas matizaciones importantes. En primer lugar, en algunos países el papel de la agricultura en la economía era tan grande que un descenso de su prosperidad podía significar la compra de menos artículos a las ciu-

dades, y con ello arrastrar a estas en su caída. Este fue el caso de Italia en su conjunto; el de Francia, Rusia y Austria-Hungría en gran parte, y especialmente el de España en la década de 1880. Sus economías tendieron a estancarse: 1881 fue el peor año de la historia del reino de Italia, el año en que la renta *per capita* se encontró en su punto más bajo. Estos países se encontraron con que la única manera de salir adelante era que el Estado entrara en acción, que constituyera una base económica en el transporte o la industria pesada, y no confiara simplemente en unos empresarios industriales que, sin la ayuda del Estado, serían incapaces de hacer nada debido a la pobreza del país o, en el caso de Francia, al retraso industrial. Los liberales radicales franceses elaboraron el *Plan Freycinet;* los ministros de Hacienda de Alejandro III, Bunge y Vyshnegradski, y el ministro de Hacienda italiano, Magliani, establecieron aranceles aduaneros para proteger las industrias pesadas regidas por el Estado, la mayor parte de cuyo mercado se centraba en los ferrocarriles, la construcción naval o la industria de armamentos. En las regiones agrarias estancadas, tales como Irlanda o Croacia, hubo a menudo nacionalistas que solo en un gobierno independiente, que adoptara una perspectiva similar de los problemas económicos, podían ver su salida del estancamiento. En Italia, esta abundancia de dinero estatal en la era de Agostino Depretis produjo una inundación de edificios espantosamente adornados y una dificultad financiera continua. París se libró de ambas cosas porque el plan fue abortado por un austero ministro de Hacienda, Léon Say, en 1883. De inmediato esto tuvo consecuencias adversas, aunque dejó a la economía francesa lo suficientemente saneada como para realizar considerables progresos con posterioridad a 1895.

En aquellos países que ya tenían una industria desarrollada –Gran Bretaña, Alemania, Bélgica y partes de otros diversos países– y que podían realizar grandes importaciones

de alimentos y materias primas, la «Gran Depresión» fue una época de continuada prosperidad. Los habitantes de las ciudades sencillamente compraban más y más a medida que iban estando en mejor posición y se iban beneficiando de la caída de los precios. En primer lugar, la población podía expandirse. Aun a pesar de las muchas lamentaciones malthusianas, el hecho era que en esos momentos resultaba posible alimentar a un mayor número de personas, y en todos los países, con la excepción de Francia, el periodo que va de 1870 a 1914 fue una época de gran expansión de la población. Alemania pasó de 35.000.000 de habitantes a más de 60.000.000; Gran Bretaña, de 25.000.000 a 40.000.000; Austria-Hungría, de 35.000.000 a 55.000.000; Italia, de 26.000.000 a 40.000.000; y Rusia, de 60.000.000 a 140.000.000 (en Europa). Las tasas de natalidad estaban en torno al 40 por 1.000 en la década de 1870; las de mortalidad, con los avances en medicina, descendieron del 30 por 1.000 al 20 por 1.000 en los países más ricos. No fue sino en la década de 1920 cuando las cifras de población se estabilizaron de nuevo, o incluso descendieron.

Fue, como afirma el tópico, una época de masas, inaugurada por la década de 1880. En 1800, ninguna ciudad tenía más de un millón de habitantes, y muy pocas tenían siquiera 100.000. Un siglo más tarde había nueve ciudades que sobrepasaban el millón de habitantes, y poco después Barcelona, Madrid, Varsovia, Bruselas, Birmingham y Budapest se unían a la lista. Ciudades como Sheffield y Düsseldorf pasaron de ser pequeñas poblaciones a ser ciudades con más de 500.000 habitantes. La participación de la población en la agricultura decreció en la mayoría de los países, aunque a menudo las cifras no descendieran: Alemania, cuya población en 1870 era agraria en sus tres cuartas partes, en 1914 solo lo era en sus dos quintas partes, y comúnmente se pensaba que la metrópoli se estaba erigiendo sobre las aldeas abandonadas.

Los barrios residenciales de estas ciudades eran a veces realmente magníficos: Leeds, Mánchester y especialmente el distrito elegante de Glasgow, que fue planeado y ejecutado con distinción –y que, felizmente, ha sobrevivido enteramente a las extravagancias de la destrucción urbana que marcó la década de 1960–, tuvieron sus paralelos en Europa, aunque por lo general a una escala mucho menos imponente, con la excepción quizá de Berlín, donde la arquitectura solo fue notable, sin embargo, por su tamaño. El precio bajo del transporte permitió además que algunas ciudades desarrollaran los suburbios como guetos de la clase media, forma tradicional en la que los ingleses, con su necesidad de un hogar independiente, predominaron sin discusión. La década de 1880 estuvo marcada en Inglaterra por las «villas», estructuras sólidamente construidas en una variedad de estilos históricos que, con el tiempo, cedieron el paso a los «bungalows», que eran más parecidos a garitas, con el espacio inútilmente reducido por un «hall» que sugería los pasados encantamientos de la Edad Media. En otros países, las clases medias tenían una mentalidad menos independiente. A la burguesía francesa, por ejemplo, no le preocupaba vivir en un piso de ciudad, mientras pudiera evadirse a una propiedad en el campo *(villégiature);* en realidad, en todo el continente se prefería la vida en casa de campo y piso de ciudad al hogar suburbano inglés, combinado con vacaciones en hoteles o casas de huéspedes.

Las ciudades en expansión tenían también sus pobres, y las conciencias de la clase media se sentían cada vez más inquietas por este hecho a medida que avanzaba la década de 1880. Las muchedumbres de emigrantes procedentes del campo tenían que ser alojadas en alguna parte, y en todas las ciudades surgieron vastas casas de vecindad que, a veces, podían alojar a siete personas en una sola habitación. Las estadísticas de alojamiento de la década de 1880 son inimaginables. En Glasgow, era bastante corriente que las

cartas estuvieran dirigidas a «Bridegate, número 29, finca trasera, primera escalera a la izquierda, tercer piso, pasillo de la derecha, puerta de enfrente». En Budapest o San Petersburgo, incluso podía resultar imposible enviar cartas con dirección, porque la gente se cambiaba de un sótano horrendo al próximo, ahuyentada a menudo por los deshielos invernales que inundaban dichos sótanos. Nadie sabe realmente qué población tenían esas ciudades. Las riadas de emigrantes procedentes del campo proporcionaban cantidades infinitas de mano de obra para la construcción en las grandes ciudades: irlandeses en Liverpool o Glasgow, donde llegaron a constituir un tercio de la población; polacos en Bochum, en el Ruhr; campesinos eslovacos en Budapest; campesinos bohemios o eslovenos en Viena; campesinos de Pskov o Vologda en San Petersburgo; campesinos de todas partes y por todas partes en Nueva York. Los hijos de estos emigrantes, a fuer de diferenciarse de sus padres, no era probable que se resignaran a todo esto.

No obstante, la década de 1880 fue maravillosa para cualquiera que pudiera describirse como un profesional de clase media. Un periodista de veinte años, W. T. Stead, que trabajaba en un pequeño periódico provinciano, el *Northern Echo,* podía ganar en 1870 ciento cincuenta libras anuales, lo que suponía duplicar los ingresos de un artesano especializado. En dos años, pasó a ganar 250 libras. Un director de escuela en Escocia podía ganar 700 libras, algo más que un profesor universitario; un profesor adjunto, con 81 libras, ganaba más que las capas superiores de la clase trabajadora. Las personas de clase media podían fácilmente adquirir propiedades, en una época en que una casa con seis dormitorios en Darlington costaba 600 libras; una botella de whisky, 2 chelines; los honorarios de un trimestre escolar, una guinea; la casa más grande de Oxford, 1.500 libras; un año de estudios de último curso *(rhéto)* en el mejor *lycée* de París, 450 francos. En 1897, el arquitecto Edward

Lutyens proyectó y edificó el edificio Fulbrook en Surrey, que fue vendido por 6.840 libras: ni siquiera siete años de unos ingresos decentes de clase media en aquella época. La clase media profesional, especialmente en Gran Bretaña, pero también generalmente en el continente, podía permitirse el lujo de tener grandes casas con media docena de sirvientes, escuelas privadas para los niños, lujosas vacaciones en los pomposos hoteles de la época, porque la mano de obra era muy barata. Esto se aplicaba asimismo a los profesores universitarios. El padre del economista J. M. Keynes, miembro de uno de los *colleges* de Cambridge, adquirió una gran casa en Bateman Street, cerca del centro de la ciudad, por un total de 1.070 libras esterlinas, una cantidad, que, en 1895, constituía las dos terceras partes de sus ingresos anuales como docente. En 1899 pasó un mes en Suiza con su esposa; unas vacaciones que le costaron 68 libras esterlinas. Todo docente de Cambridge, o *don,* recibía además 10 chelines por hora de tutorías, es decir, por la supervisión de los estudiantes, lo que constituía casi la mitad del salario semanal de un trabajador corriente.

Por debajo de esta clase media de la *belle-époque* estaba surgiendo una clase media más baja, proveedores de bienes y servicios que cada vez tenían más demanda a medida que las ciudades, la industria y el comercio se desarrollaban. En todas partes se produjo una gran expansión de la venta al por menor. El transporte barato permitió que las grandes tiendas importaran grandes cantidades de mercancías diferentes, y la refrigeración contribuyó al almacenamiento de los alimentos, al tiempo que el coste de los dependientes de las tiendas seguía siendo bajo a causa de la emigración procedente del campo. En la década de 1880 existían grandes almacenes en todas las capitales: Bon Marché o Galeries Lafayette en París, Harrods o Whiteleys en Londres, Herzmansky o Gern-gross en la Mariahilferstrasse de Viena, Tietz o Kaufhaus des Westens en Berlín; incluso, en Moscú, el

gran Muir and Merrilees, fundado por dos emigrantes escoceses en la Plaza Roja. Estos establecimientos se construían a una escala grandiosa, con interiores como decorados de película (al igual que ocurría con los hoteles); fue de ellos de los que Samuel Butler, al escribir *Erewhon* hacia finales del siglo, extrajo su idea de los «bancos musicales», en los que las transacciones comerciales se efectuarían al son de orquestas tropicales. En el fondo de los cálculos subyacentes a estas enormes tiendas se encontraba la reflexión de que el beneficio podía ser menor con tal de que se expandiera el total de las ventas. Pero incluso sin estas gigantescas tiendas las ventas al por menor iban ascendiendo a medida que las ciudades crecían y se hacían más prósperas. Los franceses comenzaron a desarrollar su manía por las tiendas de productos químicos y farmacéuticos. En Alemania, de 1882 a 1895, el número de estanqueros aumentó en un 53,7 por 100, conforme el tabaco iba cayendo de precio y el hábito de fumar se iba extendiendo. En Rostock había solo tres farmacias en 1875, pero veinte años más tarde había diecisiete, porque las desocupadas mujeres de la clase media continental sufrían a menudo de hipocondría, y en Francia el hígado constituía un tema de conversación casi tan frecuente como en Inglaterra el tiempo.

La década presenció también una gran expansión de la palabra impresa. La madera bajó de precio. Se produjeron avances en las técnicas de impresión. Existía un mercado en expansión, a medida que la educación abarcaba cada vez a más gente. Los buenos vendedores comenzaron a apreciar el valor del anuncio. En tiempos anteriores, la prensa había sido ampulosa, dada a prolijas discusiones de los debates parlamentarios y, con mucha frecuencia, a consideraciones sobre materias religiosas. Los norteamericanos mostraron el camino hacia una prensa más vulgar y más fácilmente comprensible, y los británicos, junto con los demás europeos, no tardaron en seguirlo. En 1896, el *Daily Mail,* el periódi-

co inglés más conocido de esta clase, pudo bajar su precio a la mitad, a $^{1}/_{2}$ penique. París tenía setenta diarios en 1914, entre los que se contaba *Le Petit Journal,* un «tabloide» (de cuarenta y cuatro por treinta centímetros) que podía ser leído por un empleado sentado en hilera con otros empleados en un vagón de ferrocarril o tranvía atestado. Publicaban por entregas obras de Julio Verne, y los periodistas eran a menudo hombres ricos. En Austria, en 1873, existían 866 publicaciones entre diarios y periódicos, de las que 590 se editaban en alemán, y 35 cubrían temas matemáticos y científicos y 22 temas literarios o históricos. En 1891, existían 1.801 publicaciones de este tipo, de las que 1.171 se editaban en alemán, 103 cubrían temas científicos y 90 temas literarios. En 1914, la cifra de publicaciones ascendía a 3.000.

Conforme avanzaba la educación, la gente escribía más cartas, y la normalización del servicio de correos transformó al ministerio de correos y telégrafos de cualquier país en una gran empresa, especialmente en lo que se refiere a nombramientos de personal, que se convirtieron en el objetivo de las «maquinarias» políticas. La reducción de las tarifas postales dio alas a la prensa, que a su vez proporcionó a las oficinas de correos unos ingresos considerables. En Austria, en 1877, existían 4.006 *Postanstalten,* que manejaban 263.000.000 de objetos postales; en 1897, 5.754, que manejaban 920.000.000.

El liberalismo siempre se había preocupado por la educación. Con mano de obra barata para la construcción, bajos tipos de interés y bajos costos de los libros de texto, fue posible en la década de 1880 construir escuelas en una forma no igualada ni antes ni después. Para 1890, Escocia había alcanzado la cifra de 8.000 escuelas; Francia, 150.000; e Italia del norte, 100.000 escuelas, que a menudo se edificaban con gran lujo, con un exterior clásico y, bastante fre-

cuentemente, con complicados sistemas para mantener separados a los dos sexos, con excepción de los niños que se encontraban en la primera edad escolar, para los que a menudo existía una sola escalera con el rótulo «niños y niñas». Tras la presión existente para secularizar la educación en muchos países, se encontraban a menudo firmas de construcción y prestamistas de dinero que podían esperar una considerable actividad una vez que el Estado se decidiera a reemplazar las escuelas de la Iglesia por instituciones dedicadas a la «instrucción secular y moral», como las propuestas por los liberales radicales franceses en los primeros años de la década de 1880, por los liberales radicales británicos durante el primer gobierno de Gladstone, y por los liberales sostenedores de la *Kulturkampf* de Bismarck contra los católicos en la década de 1870. Consecuencia de esta expansión fue un gran aumento en la alfabetización, que se hizo casi universal en la mayoría de los países, y que incluso había llegado en 1914 a los dos tercios de la Rusia zarista. Generalmente las escuelas estaban dirigidas de un modo altamente solemne y disciplinado; los muchachos debían tratarse por sus apellidos, las chicas como «señoritas» o en ocasiones también simplemente por sus apellidos; el vestuario era oscuro y severo; la instrucción era austeramente práctica; algunas regiones protestantes de Europa –especialmente Escocia y Prusia– destacaron por sus tasas de éxito en la producción de graduados técnicos, tanto en las escuelas de enseñanza primaria y media como en las de enseñanza técnica superior.

Los niveles de educación eran extremadamente altos, y la época fue rica en polígrafos, como el moravo Ernst Mach, que pasó de un tema científico a otro, para acabar en la filosofía del lenguaje, revolucionando todo lo que tocaba. Existió vitalidad incluso en las memorias de los hombres de Estado. Un político francés como Edouard Herriot, alcalde de Lyon y diputado por dicha ciudad durante mucho tiempo,

podía hablar un excelente alemán y discutir sobre Wagner y Kant; el estadista liberal inglés R. B. Haldane fue un distinguido filósofo aficionado que había estudiado con los neokantianos en el sudoeste de Alemania; las memorias de Bismarck pertenecen a la literatura alemana. Era una época en la que se leía, en la que de un folleto de Gladstone sobre las encíclicas papales podían venderse 100.000 ejemplares en un mes, y en la que una venta de 4.000 ejemplares de un libro –cifra que hoy día podría situar a una obra en la lista de *bestseller* de Inglaterra– habría sido considerada insignificante. Existía una gran apetencia de literatura seria de todo tipo, y esta época produjo estudiosos que podían escribir, sin concesiones, para un público general, así como un público general que podía leer libros eruditos sin mistificación alguna. Las universidades tenían conciencia de estar en el centro de la civilización, y los años anteriores a 1914 contemplaron su florecimiento, frecuentemente con muy escasos recursos financieros. Un Carnoy en la Universidad Católica de Lovaina, en biología, o un Rutherford en Cambridge, en física; estudiosos por cuenta propia como los grandes historiadores franceses Albert Sorel y Louis Eisenmann no contaron con demasiados medios materiales; y la mayor parte de las universidades eran instituciones que mostraban una tacañería a menudo pintoresca. Como en Lovaina, donde el abate Jansen, tesorero doméstico, fue también empleado como arquitecto diseñador y constructor de algunos edificios particularmente desafortunados, sobre cuyos emplazamientos podía dar, embutido en su sotana, acalorados saltos al tiempo que impartía órdenes contradictorias. Cambridge se resistía a la invasión de las ciencias naturales, y el rector de la universidad, el Duque de Devonshire, pagó el Laboratorio Cavendish de su propio bolsillo. Costó 6.000 libras esterlinas, los profesores pagaron a los investigadores con su propio dinero y el gasto estaba tan controlado que, si se necesitaba madera de mayor calidad que la de boj para

un experimento, había que solicitarla a un comité. Las universidades y los cursos superiores de las escuelas estaban estrechamente unidos, para beneficio de ambos. Este nexo proporcionaba a los estudiantes que aspiraban a la graduación una tarea plena de sentido, les enseñaba algo sobre la comunicación con su trabajo, y les hacía situarse en un contexto más amplio. En Francia, donde este sistema estaba más elaborado, lo más característico del país fue una clase intelectual honrada, trabajadora y condescendiente con las clases populares.

A partir de 1870, Europa dispuso de un ejército de maestros de escuela, empleados, pequeños comerciantes, suministradores de bienes y servicios de todas clases: el «sector terciario» (a diferencia del primario, el agrícola, y del secundario, el industrial), que creció en todos los países durante esa época. Para la década de 1880, esta enorme masa comenzaba a pasar las vacaciones fuera de su hogar. Los hoteles podían florecer gracias a la mano de obra y la comida baratas: en Inglaterra, Blackpool fue la población de más rápido crecimiento, pero Scarborough, en Yorkshire, lugar de vacaciones de la burguesía de este condado (y especialmente de los propietarios textiles de Leeds o Bradford), y Troon, en la costa de Ayrshire, con sus gigantescos hoteles y sus primorosos campos de golf para la burguesía de Glasgow, no se quedaron atrás. En Austria florecieron los balnearios. Karlsbad (Karlovy Vary) fue un lugar extremadamente elegante, al que acudían el príncipe de Gales, los generales alemanes y austro-húngaros y, como es natural, la aristocracia europea. En 1880 recibió 26.450 visitantes y, en 1890, 34.296. Marienbad no le iba muy a la zaga. La presencia del emperador Francisco José hizo también popular la pequeña población de Bad Ischl, que en 1886 recibió 6.431 visitantes y, en 1896, 13.599. En 1886 existían 215 de estos balnearios (Kurorte) y, en 1896, 248, en parte debido a que, en la multinacional Austria, la explotación de un bal-

neario en una zona tenía que ser equilibrada con la explotación de otro en la zona rival de la primera. Había también grandes restaurantes en cada ciudad para hacer frente a la nueva demanda: el Café Royal, Romano's (en Piccadilly) o el Trocadéro, en Londres, tenían sus equivalentes en cualquier otra parte, y especialmente en París; y una cena en un restaurante podía ser algo refinado y no necesariamente muy caro.

En las ciudades, esta fue una década de *arribistas,* de nuevos ricos. La vieja aristocracia –y especialmente sus miembros más pobres– se resentía con frecuencia de ello. A su vez, la nueva burguesía, a menudo con resultados lamentables, aspiraba a poner de manifiesto su poder de forma pseudoaristocrática. La década de 1880 no fue, por lo general, una buena época para la arquitectura. Se desplegaron una variedad de estilos históricos, y los edificios iban dando bandazos desde el Gótico tardío al Renacimiento italiano o al *«Pont Street Dutch».* El trabajo especializado todavía era barato, y los arquitectos aún podían complacer las expectativas de sus clientes respecto a una ornamentación inacabable, normalmente con resultados poco felices, como puede verse en las Academias de Bellas Artes tanto de Viena como de Berlín. Berlín, centro de un país en rápida expansión, era «nuevo» casi de arriba abajo: una dinastía que, la mayor parte del tiempo, había sido inconcebiblemente zafia y provinciana, derribó las mejores partes clásicas de su capital para edificar el *Reichstag,* la Biblioteca estatal, una catedral inenarrable y una *Siegesallee* a través del centro de la ciudad, guarnecida de estatuas de aburridos antepasados; una burguesía presuntuosa edificó ampulosas residencias; unos constructores especuladores sin escrúpulos, incontrolados en Berlín –aunque no en todos los lugares de Prusia–, se vanagloriaban de que lo único bueno de las viviendas que ellos construían era la acústica. Bruselas, horriblemente desfigurada por las pomposas construcciones edificadas

con el dinero procedente del saqueo del Congo, no era diferente, aunque sobrevivían bastantes edificios de estilo borgoñón y habsburgués. Solo París escapó al *boom* de la construcción de la década de 1880, gracias a la regulación que impedía que los edificios fuesen demasiado altos. En esta época, dicha regulación se había relajado ligeramente para permitir a los habitantes añadir un piso extra (la típica *mansarde*), pero la ciudad no fue reconstruida de manera extensiva. Los edificios que en ella se construyeron en esa época –el Gran Palais, la Gare de Lyon, etcétera– eran con frecuencia bastante notables en relación con los ejemplos contemporáneos; y la Torre Eiffel, levantada para la exposición de 1889 como un monumento al ingeniero, merece su lugar en la historia. Los franceses, que estaban más asentados que cualquier otro pueblo europeo, y cuya población no se encontraba en expansión, podían contemplar el futuro con ecuanimidad. En otros países, en los que el pueblo estaba perdiendo sus viejas raíces, era necesaria una estabilidad, un sentido de la historia. Esto parece haber dado a las capitales de las naciones europeas su extraordinaria estatuaria pseudomedieval, su ornamentación de los edificios públicos y, hacia el fin de la década, la excéntrica moda de redescubrir nombres de pila de tiempos pasados, tales como «Cedric», «Deirdre», «Roswita», «Udo» o «Szaboks», y otras extravagancias húngaras parecidas.

Para las aristocracias con propiedades en las ciudades o con minas de carbón; para la burguesía en general, siempre que no viviera de los intereses de valores mobiliarios; para la creciente multitud de clase media y baja de las ciudades; para una parte cada vez mayor de la clase trabajadora acomodada, la «Gran Depresión» fue una época excelente. Para la mayoría del campesinado, la mayor parte de la pequeña nobleza y una buena parte de la alta aristocracia, fue una época de crecientes dificultades, porque el centro de la depresión estaba en los precios de los alimentos. Los habitan-

tes de las ciudades compraban más porque disponían de más dinero para gastar. El resultado fue una enorme proliferación de bienes y servicios y de avances técnicos. Un elemento vital de este proceso fue que el cambio de la agricultura a la industria y a las ciudades pudo ser controlado debido a que los últimos años del siglo XIX fueron una época de estabilidad monetaria. Regía el patrón oro.

Quizá valga la pena considerar por qué los dos momentos álgidos de la depresión, a comienzos de la década de 1880 y en especial a comienzos de la de 1890, no produjeron situaciones parecidas a las de la gran quiebra de 1929-1933, esto es, una espectacular caída del empleo, los precios de las mercancías y los productos industriales en general, así como el hundimiento (en dos tercios para 1932) del comercio mundial. La diferencia más evidente entre la primera y la segunda depresión fue que en la primera el sistema monetario internacional se mantuvo. La oferta de dinero constituyó un elemento vital.

Los economistas del siglo XIX no se vieron sorprendidos por la depresión, ni la consideraron como algo totalmente negativo. Si el trabajo y los negocios no hubieran sido competitivos, ambos se habrían derrumbado. Si los agricultores, por ejemplo, no hubieran respondido a la competencia ultramarina, también se habrían arruinado, como muchos de ellos lo hicieron a finales del siglo XIX. Pero para cualquiera no implicado ni directa ni indirectamente en estos elementos en bancarrota los resultados podían ser beneficiosos: podían adquirir más baratos los mismos bienes y probablemente con la expectativa de una mejor calidad. Y esto fue lo que ocurrió a finales del siglo XIX, cuando prosperaron las ciudades. El proceso podía ser desagradable durante un cierto tiempo; pero luego el pueblo podía remediar su situación. Con el tiempo, el capital y la mano de obra disponibles sereharían. El grueso de la población tendría más

dinero para gastar a causa del descenso en los precios de los bienes y servicios que ordinariamente compraban o utilizaban: se originaría lo que los economistas conocían como el «margen de consumo», que se satisfaría con nuevos bienes y servicios. De nuevo, esto fue lo que efectivamente sucedió en los últimos años del siglo XIX. Bajaron los precios de los alimentos (y otros precios); la gente se encontró, por consiguiente, en mejor posición; y el margen se llenó con un surtido completo de nuevos bienes y servicios. Para decirlo de la forma más simple, la gente que pagaba solamente un chelín, en lugar de un chelín y cinco peniques, por una hogaza de pan, tendría cinco peniques adicionales para gastar. El descenso de los precios básicos contribuyó mucho, pues, a estimular el deporte de la bicicleta, los viajes, los hoteles y demás.

En teoría, para los productores de los artículos básicos, siempre era posible ajustar, reducir su producción y forzar así una nueva subida de los precios. Actualmente, tales prácticas restrictivas se dan en gran medida. Los agricultores norteamericanos reciben miles de millones de dólares por no producir. El Mercado Común existe para almacenar productos hasta que mejoren los precios: «lagos de vino» y «montañas de mantequilla». En la década de 1930 se hicieron verdaderos esfuerzos para recortar la producción. En Gran Bretaña existió una Oficina para la comercialización de la leche (Milk Marketing Board) que nació precisamente para evitar la comercialización de la leche: en realidad, para arrojarla a cántaros en pozos de minas. Pero, incluso en los países bien organizados, los productores estaban demasiado fragmentados y desunidos como para hacer tales cosas, y no incidían en absoluto en el ámbito internacional: en 1931-1932, por ejemplo, la Unión Soviética colocó en el mercado de cereales, ya en declive, 6.000.000 de toneladas de grano a precios de *dumping.* Este grano fue retirado, casi literalmente, de las bocas de los campesinos, lo que produjo ham-

bre. La maniobra se hizo con objeto de que Stalin pagara la maquinaria extranjera que debía servir para lanzar su plan industrial. Esto ocasionó la ruina del mercado mundial de cereales. A finales del siglo XIX, los productores de artículos de primera necesidad estaban incluso menos preparados para organizar un almacenamiento o una disminución de la producción de lo que lo iban a estar en la década de 1930. Había demasiados pequeños productores, que seguían compitiendo entre sí, produciendo cada vez más, reduciendo sus costes al mínimo y respondiendo con rencor (en Alemania, en la década de 1890, se produjo una erupción de partidos protonazis). Los precios de los artículos, en esas circunstancias, siguieron bajando, y se produjo una inundación de mano de obra barata en las ciudades. Los productores de artículos de primera necesidad no tenían más remedio que aguantar; el esfuerzo realizado para organizar la producción mundial de azúcar (con una conferencia en Bruselas en 1902) no tuvo demasiado éxito; de igual modo, los esfuerzos de los productores industriales –especialmente de acero– para organizar cárteles internacionales resultaron efectivos solo parcialmente. En esas condiciones, la única respuesta posible por parte de los productores con fuerza política en su país era exigir aranceles aduaneros con objeto de impedir la entrada de mercancías baratas. Esto originó una gran inquietud política en la década de 1880, dividiendo en todas partes a los liberales. Los aranceles no podían solucionar los problemas de la competencia interior, ni eran especialmente efectivos contra la competencia extranjera.

Sin embargo, para que el descenso de los precios de los distintos artículos de consumo beneficiara al consumidor, era vital que se mantuviera el poder adquisitivo del mismo. Si el dinero que este tenía para gastar disminuía en la misma proporción que los precios de los artículos, no le queda-

ría ningún «margen de consumo». Este poder adquisitivo dependía en último término de la oferta de dinero.

A finales del siglo XIX, esta oferta dineraria consistía, hasta cierto punto, en billetes de banco y moneda acuñada (en términos muy generales, la «emisión fiduciaria» del Banco de Inglaterra). Pero el dinero efectivo no era más que una parte muy pequeña de la oferta total de dinero, es decir, de los recursos financieros de la gente y de los negocios. Sus cuentas bancarias, de las que solo una pequeña parte podía ser convertida, en un momento dado, en dinero efectivo, constituían el núcleo central de la oferta dineraria; y esas cuentas suponían una serie de cifras en un libro mayor. Además, los bancos podían crear crédito: con otra serie de cifras en un libro mayor, podían adelantar dinero a la gente en forma de préstamo y crear así dinero o poder de consumo. Si se quería mantener el «margen de consumo», los préstamos bancarios no debían disminuir más rápidamente que los precios.

En la década de 1930, la oferta dineraria cayó en una terrible confusión prácticamente en todas partes. Los bancos se vinieron abajo; en los Estados Unidos, 5.000 de ellos cerraron sus puertas en 1932; en Alemania, en 1931, 3.000 fueron clausurados por decreto gubernativo. Luego, de nuevo, subieron los tipos de interés –en Alemania, en 1931, a más del 20 por 100–, lo que disuadió totalmente a la gente de pedir préstamos. Parece que en Alemania la oferta de dinero cayó realmente de manera más rápida de lo que lo habían hecho los precios de los productos. No hubo «margen de consumo». En consecuencia, la quiebra alemana continuó agravándose, hasta el momento en que Hitler llegó al poder. El comercio mundial descendió en dos tercios, y el empleo disminuyó en parecida proporción. En numerosos países europeos, especialmente en el Este –y aquí no hay

que exceptuar a la Unión Soviética–, la difícil estabilidad de la década de 1920 degeneró en una pesadilla política.

Sin embargo, en los últimos años del siglo XIX, el «margen de consumo» no solo sacó a los países de la depresión, sino que los hizo más ricos de lo que nunca habían sido con anterioridad. La oferta dineraria se mantuvo en todas partes, aunque existieron bolsas de severo declive en determinadas etapas del proceso. Los tipos de interés siguieron siendo bajos; con frecuencia no superaron el 3,5 por 100; aumentaron los préstamos bancarios y, aunque se produjeron algunas quiebras bancarias espectaculares –el City of Glasgow Bank en 1878, la Union Générale en 1881, la Banca di Roma en 1890, el Baring Bank (a un paso de la quiebra) en 1890 y la French Panama Company en 1892–, los bancos, en su conjunto, sobrevivieron, aprendieron con la depresión, y, en 1895, en toda Europa habían mejorado muchísimo su situación. Los británicos, en particular, volvieron a adoptar una antigua actitud ilustrada: prestar más cuando los tiempos eran malos y utilizar la prosperidad interna para prestar dinero a los países que se encontraban en mala situación («préstamos a contracorriente de los ciclos»). Los casi 4.000 millones de libras de inversión británica y los 2.000 millones de libras de inversión francesa en el mundo permitieron a otros países seguir participando en el mercado internacional; dichas inversiones garantizaron la «liquidez internacional». En esas circunstancias, la «Gran Depresión» no tuvo como resultado, para la mayoría de los países, un derrumbamiento del comercio. Por el contrario, el comercio internacional se expandió de forma más rápida que cualquier otra cosa en los últimos años del siglo XIX. Tanto interna como internacionalmente, el «margen de consumo» potenció una prosperidad mucho mayor en la mayor parte de los países.

¿Por qué sucedió esto? Una respuesta breve es que no se produjeron crisis de divisas: el valor de las principales monedas no tuvo que ser defendido con tipos de interés altos; y la confianza en el sistema bancario siguió siendo por lo general lo suficientemente elevada como para que los depositantes solo muy raramente respondieran con pánico y causaran bancarrotas en su seno. Los contemporáneos suponían que ambos aspectos obedecían al patrón oro. Dado que las principales monedas europeas, a petición de la parte interesada, eran cambiables por oro, mantenían su valor e inspiraban confianza. La libra esterlina y el *franc germinal* tenían sus equivalentes en oro, equivalencia que se remontaba a varias generaciones atrás. Se produjeron complicaciones con otras monedas a causa de las dificultades en la relación entre el oro y la plata, pero de hecho existió un patrón oro en casi toda Europa, y formalmente toda Europa estaba «montada en el oro» en 1897.

No solo eran «sólidas» las monedas en términos de algo tangible –el oro era duradero, y no existía en mucha cantidad: hasta 1890, la suma total de oro extraído en el mundo entero no hubiera llenado por completo una casa pequeña–, sino que además las balanzas comerciales de los distintos países, y las políticas monetarias en general, se encontraban sometidas a una disciplina. En teoría –y, al menos en los primeros años de la existencia del patrón oro, en la práctica–, si un país vendía al exterior menos de lo que compraba, las compras tenían que ser pagadas con salidas de oro. Esto habría originado un alza en los tipos de interés para conseguir que el oro volviera, de manera que las empresas habrían tenido que hacer frente a un crédito con mayores dificultades, se habrían descargado de mano de obra y se habrían «racionalizado», es decir, habrían recortado sus costes. Por consiguiente, a través de los tipos de interés (de los cuales el central era el del Banco de Inglaterra), un país podía ser obligado a remediar su situación.

No parece realmente que la teoría se emparejara demasiado con la práctica. Las salidas y entradas de oro no parecen haber seguido las reglas; como tampoco parece que lo hicieran los tipos de interés. De nuevo, aunque en teoría la oferta dineraria, esto es, el volumen de préstamos, debería haber seguido las reglas del patrón oro, en la práctica el importe de aquellos no contuvo las salidas de oro de los bancos centrales en la mayoría de los países. El oro era en realidad un nombre para la disposición de los países de Europa occidental –con Gran Bretaña y Francia a la cabeza– a prestar dinero al exterior, lo que a su vez daba pábulo a las compras de esos países en Europa. Todo ello requería un alto grado de ahorro por parte de la burguesía de Europa occidental. Requería también una disposición por parte de las clases trabajadoras a conformarse con las ocasionales reducciones de salarios y el desempleo. De manera más general, exigía una relativa libertad de comercio. Tal fue el credo del liberalismo del siglo XIX, y cuando este se vio sometido a presión, los tiempos del patrón oro se acabaron.

En los últimos años del siglo XIX parecía como si ese mundo fuera a continuar para siempre. La moneda no solo conservaba su valor, sino que lo aumentaba a medida que los precios iban cayendo suavemente. La gente firmaba contratos arrendando sus propiedades por espacio de casi un siglo por sumas tales como 25 libras anuales, y se consideraba idiota cuando una generación después todavía estaba cobrando las mismas sumas. Los clérigos, como visitantes, podían comprometerse a pronunciar sermones a perpetuidad por cuatro guineas, suma que, pasados cincuenta años, no pagaría sus billetes de tren. La estabilidad de la moneda significaba, sobre todo, que en Europa la gente podía pasarlo bien y, al mismo tiempo, ahorrar. En todas partes existieron asociaciones y cooperativas de ahorros: en Francia, un periódico, *L'Avenir de l'Epargne;* en Alemania, muchos *Sparvereine;* en Italia, *Casse di Risparmio.* Nacieron

las cooperativas. Había muchos casos pintorescos de tacañería. Emile Combes, primer ministro francés en 1902, entregaba sus emolumentos a su esposa y se reservaba para sí solamente 25 francos al mes, que gastaba principalmente en libros que rebuscaba en los *quais,* a orillas del Sena. Un colegial de Glasgow podía encontrar al director de su escuela afanándose en apagar la luz y la calefacción: al director se le pagaba una suma total por llevar la escuela, en la que se incluía su propio salario.

Los últimos años del siglo XIX fueron una época de absolutos. Los gobiernos y los pueblos eran conscientes de las normas en la mayor parte de las cosas. La autoridad paterna en la familia era virtualmente indiscutible. Reinaba la religión. En las escuelas, la supremacía de los clásicos y de las matemáticas era casi total. El Estado, y sus ceremonias, rayaban en el misterio. El modelo dominante, incluso para los políticos italianos, era gladstoniano, austero. Agostino Depretis se tiñó la barba de blanco para cobrar autoridad. En las fotografías escolares, los estudiantes hacían claramente esfuerzos por representar mucha más edad de la que tenían: patillas y *gravitas,* como los ministros del gobierno. Ricasoli guardó su cuello *annunciata* en una caja, nunca lo usó, se negó a emplear el pase de ferrocarril que, como diputado, le habían asignado y, cuando fue nombrado primer ministro, se alojaba en un pequeño apartamento y concedía las entrevistas sentado en una silla plegable. Los políticos ingleses se conducían a menudo como si tuvieran el mandato de un verdadero dios protestante. En el centro de todo esto se encontraba la familia burguesa, con su elaborada comida del domingo, y su salida dominguera de paseo ceremonial, con su vestido de los domingos, a la tumba familiar o para visitar a otra familia. Era un mundo de resplandeciente confianza, a menudo repleto de pedantería y afectación; con escaso sentido del humor, pero harta rectitud.

EL «TRANSFORMISMO»: LA POLÍTICA DE LA DÉCADA DE 1880

Políticamente, la década de 1880 fue muy confusa: una mezcla singular de lo viejo y lo nuevo. En la mayoría de los países, la expresión «la decadencia de los notables» se ajusta bastante bien a dicha década. La política dejó de ser cosa de unos pocos grandes hombres locales; en lugar de ello, los partidos comenzaron a organizarse seriamente y a atraer el voto de las masas, que eran demasiado numerosas como para ser controladas a la antigua usanza. Por ejemplo, muchos países extendieron de forma considerable los derechos políticos durante la primera parte de la década. Al mismo tiempo, de formas que a menudo resultan bastante misteriosas, la religión organizada comenzó a perder el control de sus huestes, al menos en el mundo protestante. En Inglaterra la asistencia a la iglesia descendió a partir de 1882, en Francia floreció el anticlericalismo, y Nietzsche se hizo eco de Dostoievski al anunciar la muerte de Dios. Comenzaron a surgir con brío nuevas fuerzas políticas: el socialismo y los sindicatos, el catolicismo político, el antisemitismo, el conservadurismo populista, el nacionalismo minoritario. El propio liberalismo sufrió un cambio de carácter, y fueron los liberales radicales, en vez de los clásicos, los que siguieron adelante. El telón de fondo de todo esto fue el extraordinario ritmo de la urbanización. Pero incluso en los países más atrasados, tales como Irlanda o Rusia, los cambios sociales de la «Gran Depresión» produjeron su impacto, por cuanto el control social ejercido por las iglesias y por los nobles se debilitó.

A finales de la década de 1870, el liberalismo clásico había perdido en todas partes su posición dominante. Generalmente, ocurrió así debido a los problemas financieros relacionados con los efectos de la depresión sobre los ingresos gubernamentales. Los liberales clásicos creían en el li-

bre comercio y en la mínima intervención estatal en la economía. Cuando los gobiernos elevaron sus demandas –como se vieron obligados a hacer en materia de defensa–, se produjeron disputas sobre cómo podían sufragarse esos costes. A los liberales no les gustaban los impuestos directos, porque penalizaban a las empresas. La misma objeción se aplicaba a los aranceles. Desaprobaban las propuestas acerca del monopolio estatal de la bebida o de la lotería estatal: ambas cosas se consideraban inmorales. No obstante, los impuestos indirectos –tales como el de la sal en Rusia o el de la molienda de grano en Italia (el *macinato*)– eran considerados como lesivos para los pobres. Las propuestas para solucionar el problema mediante la asunción por el Estado de todas las líneas ferroviarias o parte de ellas (otra gran solución de la década de 1880) dividían igualmente a la opinión. Muchos liberales creían que el Estado actuaría de forma manirrota e ineficiente en cualquier cosa que tomara a su cargo. En esas circunstancias, el liberalismo clásico lo pasó mal hacia finales de la década de 1870. Los liberales no pudieron presentar un frente común en materias financieras, que, en esa época, ocupaban la mayor parte del tiempo parlamentario.

Además, y en forma creciente, los liberales clásicos eran recusados desde dentro por el liberalismo radical. Donde los liberales clásicos habían sido librecambistas, religiosos, partidarios de un Estado centralizado fuerte (aunque respetando la libertad económica), defensores de un ejército nacional, educativo, y de un sufragio muy limitado, que excluyera del derecho al voto a las masas «irresponsables», existían también los liberales de clase media, que adoptaban un punto de vista bastante diferente. Eran violentamente anticlericales y consideraban la religión como una farsa. Abogaban por el divorcio y por una educación totalmente secular; a veces apoyaban la liberación de la mujer; y creían en la eficiencia de los negocios, fuese cual fuere el coste: querían

que se ampliara el derecho de voto. En conjunto, desdeñaban el pasado y confiaban en un futuro progresivo, en favor del cual debían dejarse a un lado, sin el menor titubeo, los trastos viejos de los siglos pasados. En muchos casos, estos radicales simpatizaban con las denuncias de las injusticias formuladas por los socialistas y esperaban que las mismas pudieran ser asumidas por un liberalismo más abierto al futuro. Joseph Chamberlain en Inglaterra, Francesco Crispi en Italia (él mismo bígamo), Eduard Lasker en Alemania, Jules Ferry y Léon Gambetta en Francia hablaban poco más o menos el mismo lenguaje.

Estos liberales radicales se vieron desafiados. Su base de poder se encontraba generalmente en las ciudades, y les era bastante fácil ganarse a la prensa popular. Pero en los pueblos, en el medio rural y en algunas ciudades se enfrentaban al reto de los conservadores, que querían usar su prestigio social para levantar un partido de masas. Los británicos fueron los primeros que tomaron la salida en esta dirección: Disraeli, en la década de 1870, montó un partido que, desde una perspectiva continental, era una alianza de liberales de derecha y conservadores clericales (combinación que tuvo sus propias tensiones). Progresivamente, también los católicos llegaron a desear la organización de una masa de seguidores procedentes de la clase media baja y del campesinado. En la década de 1880, el catolicismo político cambió de carácter, y hacia finales de la década se había convertido en un movimiento de masas, encabezado, en general, por figuras de la clase media. Las políticas de Europa, aunque muy confusas y desconcertantes, comenzaron a seguir un camino reconociblemente paralelo.

En general, la mayoría de los países se ajustaron a unas pautas políticas similares. En los más avanzados y urbanizados, hubo en la década de 1880 un periodo de gobierno liberal radical. Lord Salisbury –que consideraba con razón la

década de 1880 como la de mayor cambio que nunca hubiera conocido– opinaba que las elecciones de 1880, de las que salió elegido el segundo gobierno de Gladstone, marcaron el comienzo de «una grave guerra de clases». Los franceses dominantes de su tiempo, Jules Ferry, Léon Gambetta y Charles de Freycinet, hablaban el lenguaje de la izquierda: por ejemplo, relajaron la censura, permitieron la apertura de establecimientos de bebidas sin licencia, consintieron el divorcio y, de hecho, legalizaron los sindicatos (1884). Los liberales belgas hicieron más o menos lo mismo bajo el mandato de Frère-Orban. A mediados de la década, los liberales se dividieron: fue el momento en que Joseph Chamberlain se separó del partido y se unió a Salisbury; en que la mayoría de los liberales alemanes se inclinaron por el apoyo directo a Bismarck, a pesar de la despreciativa actitud de este hacia el sistema parlamentario; en que los liberales italianos se tornaron abiertamente «transformistas», y, tras haber arremetido a tambor batiente contra el *establishment,* terminaron por unirse a sus filas. Fue la era de Francesco Crispi, un republicano anticlerical que había sido secretario de Garibaldi y que, en 1890, se retrataba arrodillado ante la estatua de la Virgen, en compañía del rey y la reina. No es demasiado decir que la llegada de la «política de masas» en la década de 1880 empujó de forma bastante rápida a numerosos liberales hacia la alianza con una derecha a la que anteriormente habían combatido. Los últimos años de la década de 1880 fueron un periodo de regímenes de derechas en casi todas partes: Salisbury y Chamberlain en Gran Bretaña, el *Kartell* de Bismarck en Alemania (alianza de liberales nacionales y conservadores). En Francia, algo típico de la Tercera República, hubo gobiernos que hablaban como la izquierda y actuaban como la derecha.

En los países más avanzados, esta década fue el comienzo de «la era de las masas»: los políticos tuvieron que organizar sus partidos y hablar un lenguaje popular, porque el

electorado era bastante amplio. En Gran Bretaña, la mitad de los adultos varones tenían el derecho al voto en 1868; en Francia, existía el sufragio universal masculino; para el *Reichstag* de Bismarck, aunque no para el Parlamento prusiano (más importante), existía también el sufragio universal masculino. Los dirigentes locales –los *notables* de Francia, los *Honoratioren* de Alemania, los *eminent citizens* de Gran Bretaña– ya no podían simplemente aleccionar a sus partidarios, como en los tiempos de un sufragio muy limitado. Necesitaban una organización y una prensa. En los últimos años de la década de 1870, numerosos partidos procedieron en consecuencia. El general francés Boulanger, demagogo nacionalista que produjo un revuelo cuando a mediados de la década de 1880 trató de hacer saltar el sistema, tenía un agente, Dillon, que había aprendido el oficio en las elecciones que había presenciado en Norteamérica. Hacia finales de la década, los políticos católicos de muchos sitios usaban a los sacerdotes como maquinaria política (muy efectiva). Karl Lueger, alcalde de Viena, se llevaba la palma en esto; pero los políticos irlandeses no se quedaban a menudo muy atrás.

En los países menos avanzados, el proceso de urbanización no había llegado lo suficientemente lejos como para que las masas fueran un factor activo. Pero, a pesar de ello, el socavamiento de las estructuras sociales durante la «Gran Depresión» fue tal que los terratenientes perdieron el control de la situación. Fue el «fin de los notables» en Italia, e incluso en España, donde hacia finales de la década la política se hizo demasiado compleja para el método anterior, conocido con el nombre de «caciquismo», en el que los notables locales, los «caciques», proclamaban a veces los resultados de una elección antes de que se hubiera efectuado la votación. En Rusia, la respuesta de Alejandro III (1881-1894) consistió simplemente en reforzar la autocracia que su padre, el liberal Alejandro II, había relajado. Pero la Ru-

sia zarista era demasiado pobre para que se produjera una reacción eficaz. El Estado no podía permitirse los gastos de un reclutamiento muy amplio; solo una cuarta parte de los jóvenes eran incorporados al servicio militar, e incluso así el coste de las provisiones *(intendantstvo)* ascendía a 100 millones de rublos de un presupuesto total para el ejército de 119 millones. No había allí, pues, demasiado campo para la reacción militarista que el nuevo zar pregonaba a los cuatro vientos.

En Europa occidental, los cambios políticos –la fase radical de comienzos de la década de 1880, la confusión de mediados de la década, y la fase derechista de los últimos años de la misma– coincidieron, aproximadamente, con los movimientos económicos. El paso de la década de 1870 a la de 1880, y los primeros años de esta última, fueron malos tiempos. A mediados de la década, la depresión desapareció. Hubo un extraño momento en que el continuado desempleo, secuela de la depresión, coincidió con un aumento de los precios. En 1886, en la mayoría de los países se produjeron alborotos: en Gran Bretaña, una multitud de personas se manifestó a lo largo de Pall Mall, rompiendo los cristales de las ventanas de los clubes, y en Trafalgar Square hubo un célebre tumulto. En Ámsterdam, tuvo lugar el «motín de las anguilas» *(Palingoproer)* cuando la policía intentó acabar con un repugnante juego del distrito portuario, en el que las anguilas eran despedazadas: como consecuencia, se produjeron docenas de muertos y cientos de heridos y de arrestos. En Bélgica, las huelgas y los cierres patronales del este industrial –Lieja y Charleroi– solo terminaron con la intervención del ejército. En 1887, en la mayoría de los países se produjo un *boom* que duró hasta 1890-1891, después de lo cual hubo una seria crisis.

Fue, pues, la división del liberalismo a mediados de la década lo que marcó la pauta política en los países más

avanzados. Esta división se produjo en respuesta a los rivales que «la era de las masas» creó para un liberalismo esencialmente individualista. Hasta finales de la década de 1870, los sistemas parlamentarios habían sido algo de lo que se ocupaban «los notables», y no las masas. El ejemplo más evidente de esto es, con mucho, el de Gran Bretaña, donde el Parlamento de la década de 1860 estuvo considerablemente dominado por las grandes familias terratenientes; pero también en Francia un tercio de los miembros de la cámara de comienzos de la década de 1870 eran aristócratas, y en Alemania una cuarta parte de los miembros del *Reichstag* eran de origen noble. Los parlamentos actuaban en consecuencia: no se reunían demasiado a menudo, y se pasaban los dos tercios de su tiempo discutiendo los presupuestos. En la década de 1870, las masas aceptaban un liderazgo de este tipo. En la mayoría de los países, el sufragio era restringido: en Italia, correspondía solo a una vigésima parte de la población, puesto que los liberales de la década de 1860 temían, probablemente con razón, que las masas votaran a los clérigos o a los demócratas radicales si se les concedía el derecho al voto. Pero en todas partes existía una gran apatía. En la Francia del sufragio universal masculino, un tercio del electorado no se molestaba en votar. En Bolonia, solo un 10 por 100 del electorado votaba; en las elecciones prusianas, solo lo hacía un 25 por 100; para el consejo municipal de San Petersburgo, solo votaba un 8 por 100 de los 21.000 electores potenciales. Pero tales índices de abstención se hicieron mucho más raros en la década de 1880, y, a medida que «las masas» fueron ejerciendo su derecho al voto, ocasionaron la derrota de los notables liberales. En Stettin-Uckermünde, en 1877, votó el 31 por 100 del electorado, y salió elegido un liberal nacional. En 1879 votó un 49 por 100 y salió elegido un conservador; y el mismo resultado se produjo de nuevo en 1884, cuando el número de votantes alcanzó el 70 por 100. Esto significó una

rebelión de buena parte de las masas contra los credos liberales reinantes en la década de 1870.

El liberalismo engendró sus propios enemigos. El principal de estos fue el socialismo, producto del progreso económico que el liberalismo fomentó. A medida que las ciudades se llenaban de un nuevo proletariado y florecían las industrias pesadas, se producían demandas de derechos sindicales, y, finalmente, también de partidos políticos que pudieran expresar los intereses directos de los trabajadores. Especialmente en el continente, había también muchos intelectuales que simpatizaban con las reclamaciones de la clase trabajadora y que preveían un radiante futuro en el que serían erradicados los males del capitalismo. El desempleo, las quiebras, la desnutrición, la mala salud serían barridos de la faz de la tierra; la educación, la igualdad de los sexos, el bienestar proporcionado por el Estado, la imposición de tributos a los ricos, o la nacionalización de las empresas crearían un mundo nuevo, una Ciudad de Dios pero sin Dios, puesto que la mayor parte de las personas que se llamaban a sí mismas socialistas eran violentamente anticlericales. El «materialismo científico» –la noción filosófica que Marx había concebido y que otorgaba a los socialistas sus esperanzas en el futuro– no tenía cabida para Dios ni para el pecado original: preveía un progreso infinito y, hasta cierto punto, convertía al hombre en un semidiós, punto de vista memorablemente satirizado por Dostoievski en las páginas de *Los endemoniados.*

La década de 1880 fue una época de cambio espectacular: se abrió con discusiones sobre el «orden moral» entre liberales y conservadores y se cerró con la evidente inauguración de la guerra de clases, con huelgas que en Francia, Alemania, Bélgica y Gran Bretaña afectaron a los muelles y a las minas, y con un «nuevo sindicalismo» en todos esos países. Hasta los primeros años de la década de 1890 no se

dejaron sentir plenamente los efectos políticos de todo esto: la creación formal de los partidos socialistas de masas. Pero fue en el curso de la década de 1880 cuando se desarrolló la conciencia socialista. Un problema inmediato fue que los socialistas se dividieron bastante pronto.

Los países avanzados, y en particular Gran Bretaña, habían heredado los gremios de décadas pasadas, cuando grupos de artesanos se unían para regular el aprendizaje, los niveles de producción y los jornales, o para crear «mutualidades» que manejaran los fondos de los seguros de enfermedad, vejez, invalidez y desempleo. En todos los países, los tipógrafos se pusieron a la cabeza de esta organización. Se encontraban amenazados, con bastante frecuencia, por la nueva tecnología, y por lo general disfrutaban de una paga suficiente y tenían un empleo lo bastante estable como para poderse permitir el coste de un sindicato. La London Society of Compositors, o la Fédération du Livre en Francia, fueron organizaciones prósperas. A finales de la década de 1870, se hizo un esfuerzo por crear sindicatos bastante más amplios. Los obreros portuarios de Le Havre vieron cómo crecía el tráfico, cómo aumentaban los beneficios, y cómo una multitud de emigrantes, aspirantes a obreros portuarios, se arremolinaba en las verjas; en Marsella, en Barcelona, en Génova o en Londres pasaba tres cuartos de lo mismo. Estos sindicatos eran de pequeñas dimensiones y no eran «representativos»; con mucha frecuencia, reclutaban a un conjunto de trabajadores a expensas de otro. En las condiciones de la depresión, a comienzos de la década de 1880, el número de sus afiliados descendió porque estos no podían hacer frente a la cuota sindical. Una de las respuestas que podía darse a esto era política: fundar grupos que se llamaran a sí mismos «partido obrero». En 1879-1882 surgió un Parti Ouvrier Français; en 1883, un Partito Operaio Italiano; en 1885, un Parti Ouvrier Belge; también en aquel año, un Partido Socialista Obrero Español, promovido

principalmente por un tipógrafo, Pablo Iglesias, que era hijo de una lavandera y había visto cómo en 1880 un tercio de los novecientos tipógrafos de Madrid habían perdido sus puestos de trabajo, altamente cualificados, a causa de los caprichos del capitalismo internacional.

De estos partidos, el que contaba con mayor número de afiliados y votantes era el Partido Socialdemócrata Alemán, que se había creado (mediante la fusión de grupos ya existentes) en la década anterior. Ya entonces había conseguido una docena de escaños en el *Reichstag* y hacia finales de la década de 1880 se encontraba en vías de dominar la política alemana. Adquirió una gran vitalidad antes que los demás grupos de este tipo –y especialmente antes que el Partido Laborista Británico– debido a que los liberales y los conservadores alemanes no pudieron ganarse el voto de la clase trabajadora en la forma en que lo hicieron sus equivalentes británicos. El proletariado alemán podía considerar la política como una conspiración, en la que los nobles, los industriales, los profesores y los agricultores hacían causa común en los aranceles, obligando a pagar más por sus alimentos a la clase trabajadora con objeto de subvencionar a los grandes terratenientes. Además, Prusia funcionaba con un sufragio clasista que dejaba, efectivamente, al margen del mismo a los trabajadores, aun cuando se tratara de trabajadores razonablemente acomodados. Bismarck completó este cuadro promoviendo leyes antisocialistas que prohibían oficialmente toda actividad socialista, acosaban a los socialistas y les impedían reunirse. Estas leyes continuaron en vigor hasta 1890, pero no impidieron que los hombres del partido se presentaran como candidatos al *Reichstag,* y el voto socialista ascendió durante esta década a medida que descendía el voto liberal (desde poco menos de la mitad en 1871, hasta poco más de un tercio en 1890). Los socialistas alemanes tenían una buena organización y una

fuerte vinculación con los sindicatos. Ningún otro partido podía afirmar lo mismo.

En Gran Bretaña, predominaban los alimentos baratos y los salarios eran los más altos de Europa; los dos partidos existentes deseaban el libre comercio; y los liberales, con los que se identificaban la mayoría de los trabajadores, eran razonablemente diestros en la promoción de candidatos obreros o sindicalistas para los distintos distritos electorales. Los esfuerzos realizados por uno o dos intelectuales antisemitas a comienzos de la década de 1880, o por el escocés Keir Hardie una década más tarde, para crear partidos socialistas en esas circunstancias no tuvieron demasiado éxito. Las circunstancias no cambiaron hasta finales de la década de 1890, haciendo posible que la existencia de un Partido Laborista pareciera deseable para más de unas pocas personas.

En el continente, dejando a un lado a Alemania, los socialistas de la década de 1880 estaban muy divididos. El anarquismo era todavía una causa pujante en Italia, en España y, hasta cierto punto, en Francia; y, por lo general, los anarquistas se llevaban mal con los socialistas. Estos últimos, en su conjunto, se oponían a la violencia: ¿por qué hacer difíciles las cosas, en materia financiera y legal, en aras de una espectacular pero inútil «propaganda a través de la acción»? Los socialistas preferían educar, utilizar los recursos para la creación de bibliotecas y para la organización, y no para la «gimnasia revolucionaria». Los anarquistas detestaban esta «pasividad»; en España, se opusieron abiertamente a «marcar el paso de ganso en algún regimiento prusiano». También existían diferencias entre los intelectuales y los sindicalistas, que querían que sus partidos fueran estrictamente proletarios, es decir, formados por sindicalistas que se preocuparan por el dinero, y no por intelectuales imaginativos, como el marxista francés Jules Guesde. La

preferencia era para los partidos que se denominaban a sí mismos «obreros» (*labour, ouvrier, operaio,* etc.) y no para los «socialistas», los cuales repelían a los anarquistas (así como a los católicos en Bélgica y, posteriormente, en Irlanda). Estos partidos se dividían, especialmente en Francia, entre anarquistas, socialistas, intelectuales, sindicalistas y potenciales participantes en el proceso parlamentario. Hasta la década de 1890 no comenzó a operar en ellos la disciplina del éxito, como anteriormente había ocurrido en Alemania. En la década de 1880, la gente llegó a ser ampliamente consciente de la existencia de una crisis clasista. A finales de la misma, esto se ponía de manifiesto en la extensa actividad de los sindicatos. En los últimos años de esta década, dicho fenómeno llegó a estar asociado a la mitad, más o menos, de los diputados socialistas existentes en cualquiera de los parlamentos elegidos por sufragio universal. También se evidenció en un aluvión de atentados realizados por anarquistas.

Sin embargo, la amenaza del «socialismo» no tomó demasiado cuerpo en la década de 1880. La pregunta «¿qué hacer con las clases no propietarias?» unió, hasta cierto punto, a los partidos de propietarios en los últimos años de la década de 1890 (la era, en Prusia, de la *Sammlungspolitik,* «la política de concentración»). Pero en la de 1880 los dividía. Algunos estaban por la fuerza; otros por el apaciguamiento. En los primeros años de esta última década, los gobiernos de tendencia izquierdista de un Jules Ferry, un Gladstone o un Depretis, así como, en Austria, un conde Taaffe practicaron el apaciguamiento: reconocimiento de los derechos sindicales; apoyo (en Austria y Francia) al artesano independiente; relajación de la censura; y, sobre todo, extensión del derecho al voto a la clase media baja o a la capa superior de la clase trabajadora y del campesinado. Gran Bretaña, Italia y Austria (junto con algunos otros países) contemplaron una ampliación de los derechos políticos a

comienzos de la década de 1880; en Francia, se sustituyó una forma de representación proporcional, el *scrutine de liste,* por un sistema uninominal más antiguo, el *scrutin d'arrondisement,* para debilitar a los notables locales, que eran casi todos conservadores.

Esta extensión de los derechos políticos erosionó por sí misma la posición de los liberales clásicos, y, en la década de 1880, los parlamentos dejaron de ser, en gran medida, un coto de la nobleza y de la clase media alta. En Londres, a comienzos de la misma, los *whigs* abandonaron el redil liberal y se unieron a la derecha; para 1885, los parlamentarios procedentes de las grandes familias de terratenientes ya no constituían ni siquiera el grupo más numeroso de la Cámara de los Comunes, donde pocos años antes habían estado en mayoría. Los parlamentarios irlandeses se convirtieron marcadamente en un grupo de clase media baja. En 1863, dos tercios de ellos eran terratenientes, pero en 1873 solo lo eran 23 de los 109 y, en 1880, únicamente 8 de los 59 parlamentarios del grupo autonomista Home Rule. En 1888, una cuarta parte del partido procedía de la clase media baja. En el Partido Nacional Liberal Alemán, los hombres de negocios constituían el 13 por 100 de los diputados en 1878, pero en 1887 ya representaban casi un tercio de los mismos. En Francia, la nobleza, que había constituido la mitad de la asamblea en 1871, solo constituía una quinta parte de la misma en 1889 y menos de una décima en 1902. A mediados de la década, algunos de los republicanos del ala más derechista, conocidos con el nombre de *opportunistes,* estaban contemplando la posibilidad de aliarse con la derecha, aunque solo fuera para hacer volver a sus colegas del ala izquierda al redil del republicanismo.

La extensión de la política a un electorado de masas fortaleció grandemente el poder de los liberales radicales. Los liberales clásicos, como Cavour o Gladstone, o, en Francia,

el duque de Broglie, habían sido hombres del «orden moral»: estaban a favor de la religión, la jerarquía, el libre comercio constitucional y los presupuestos nivelados. Esta clase de liberalismo tendía a estar en contra de la extensión de los derechos políticos y a favor del gobierno en manos de un Estado centralizador: en Francia y en Italia, así como en buena parte de Alemania, a muchos pueblos, e incluso a grandes ciudades, no les estaba permitido elegir sus propios alcaldes, sino que estos eran nombrados por el prefecto o (en Alemania) por la autoridad real. El argumento, en este caso, era el característico de mediados del siglo XIX: el de que los que *saben* son los que deben gobernar. Si los pueblos eligieran a sus alcaldes, el resultado bien podría ser la confusión financiera y la corrupción. Por aquella época, en todos los países europeos existía un interés en impedir el desarrollo, por parte de los municipios, de, por ejemplo, la vivienda, el transporte o los servicios públicos. Todo esto se dejaba en manos privadas, como garantía de administración competente y de probidad pública.

Pero los liberales clásicos perdieron su batalla en la década de 1870. Se vieron desafiados, en el seno del grupo liberal, por los radicales, y en la última parte de dicha década, y cada vez más en la de 1880, se vieron también desafiados por un fenómeno que incluso les causó mucho más pavor que el que, en su momento, les había producido el socialismo: el clericalismo de masas, cuyo surgimiento contribuyó más que cualquier otro factor a configurar la política de los países parlamentarios con una población mixta en la década de 1880. Tanto el liberalismo radical como el clericalismo fueron productos de la adquisición de los derechos políticos por parte de la clase media baja.

Los liberales clásicos, en general, habían sido religiosos, pero también tolerantes. Habían tenido aliados católicos. En Francia, la Tercera República fue establecida por una

asamblea predominantemente conservadora, en la que el elemento católico liberal, anticlerical, llegó a una alianza tolerable con la izquierda, y no con la derecha profundamente clerical, de mentalidad borbónica. En Gran Bretaña, Gladstone llegó a una alianza con los parlamentarios irlandeses, que eran liberales a pesar de ser católicos. En Austria, los propios católicos liberales deseaban ver recortados los extensos poderes de la Iglesia, porque se resentían de la fanática intromisión, la torpeza económica y la inferioridad educativa que con frecuencia llevaba consigo el extremado clericalismo, con su oscurantismo y su esnobismo. En Italia, la *Destra* liberal se vio apoyada en el poder por los votos de los diputados independientes católico-liberales, que, desafiando las instrucciones papales, se habían «comprometido». En Bélgica, los liberales debieron también su poder al apoyo católico frente a las pretensiones triunfalistas y ultramontanas de la Iglesia. Un hombre como el cardenal Cullen, de Dublín, de origen aldeano, que cooperó con Gladstone, podía formalmente decir «amén» a las excomuniones de Pío IX, al Índice de Libros Prohibidos, a la Infalibilidad y al no reconocimiento del Estado italiano a causa de su embargo de tierras pontificias. En la práctica, despreciaba a los católicos ingleses de la clase alta y sabía que nunca hubiera llegado a ninguna parte en la vieja Iglesia, en la que un arzobispo de París podía declarar alegremente que «Jesucristo no solo era Hijo de Dios; era también de buena familia». Una figura ultramontana como el profesor de Filosofía de la Universidad Católica de Lovaina, Charles Périn, aterrorizaba a sus aliados más de lo que aterrorizaba a sus enemigos liberales: tan grande era su odio hacia el Estado liberal, aunque no hacia la economía liberal.

Los cambios sociales de la década de 1880 forzaron a los católicos a un cambio de actitud: los liberales católicos, en su mayor parte, abandonaron el liberalismo, al tiempo que la Iglesia se hizo marcadamente menos ultramontana. Por

supuesto, el catolicismo político representaba la moralidad. Pero había más razones para ello. La extensión de los derechos políticos dio el voto a los católicos de la clase media baja, incluidos los campesinos. Muchos de estos tenían motivos de queja contra el liberalismo. La educación, por ejemplo, no satisfacía a todo el mundo. Una familia de agricultores tenía que cumplir con su trabajo en la tierra (y una familia de tenderos, en el mostrador), ya que un padre tenía que contar con sus hijos e hijas (y a veces también con sus hermanos, sus hermanas, sus primos y sus tías). Bastante a menudo, los campesinos no deseaban que sus hijos fueran sacados de sus hogares para ser llevados a la escuela. En la provincia austriaca de Oberösterreich, el decreto de los liberales de 1868 para que la educación fuera universal fue modificado y derogado en la década de 1870, porque los agricultores no se desprendían de sus vástagos. En Baviera, ocurrió poco más o menos lo mismo. La jerarquía eclesiástica se volvió marcadamente más «populista» en numerosos países. De los cardenales húngaros habidos desde 1878 a 1918, tres eran hijos de artesanos de provincias, uno era de origen campesino eslovaco y otro era hijo de un maestro de pueblo.

Formaba parte de la economía liberal el hecho de que el confortable mundo del artesano, del tendero y del labrador se viera quebrantado por la competitividad. Pero a medida que la «Gran Depresión» avanzaba, estos grupos se mostraban cada vez más descontentos. Los ferrocarriles y las carreteras aportaban dificultades en forma de bienes y servicios importados. En Wurtemberg, por ejemplo, los agricultores se encontraron con que estaban compitiendo entre sí y con los del exterior, y que los precios que se les ofrecían por sus carnes o verduras descendían. Con frecuencia, los tratantes que les visitaban eran judíos. Los hombres a los que tenían que pedir préstamos eran también, a menudo, judíos: se decía que un 45 por 100 de los bancos de Alema-

nia se encontraban bajo el control de estos. Las cadenas de almacenes de las ciudades –Kaufhaus des Westens, Wertheim, Tietz, etc.– eran asimismo, frecuentemente, de propiedad judía. También eran judíos un gran número de diputados liberales del *Reichstag* y del Parlamento prusiano, incluyendo el líder de los liberales nacionales, Lasker. En Viena, el predominio judío en la banca, el comercio, los negocios, el periodismo y la industria era casi abrumador.

Viena y Budapest fueron centros de atracción de miles de inmigrantes judíos procedentes del este, y en especial de la provincia polaca de Galitzia. El liberalismo austriaco –y, todavía más, el liberalismo húngaro– había derogado las restricciones a la inmigración judía existentes en los tiempos más intensamente religiosos. La población judía de Viena se elevaba a 250.000 habitantes en 1914 (más de una décima parte de la población total de la ciudad) y, en Budapest, los judíos constituían una cuarta parte de su población. La preponderancia de los mismos en Hungría era tal que Karl Lueger hablaba de «Juda-pest». La Austria-Hungría oficial era extremadamente tolerante con los judíos. Cuando, en Linz, se abrió una escuela judía en 1886, a la ceremonia asistió el gobernador imperial de Oberösterreich. Los judíos llegaron a ser oficiales del ejército, al igual que otros jóvenes de la clase media, en virtud de su educación: en 1894, de 26.897 oficiales, 3.179 eran judíos. El oficial médico más antiguo fue ennoblecido como «Michael Waldstein Edler von Heilwehr». Los matrimonios mixtos eran tantos que varias de las principales figuras de la monarquía eran parcialmente judías o se habían casado con miembros de familias judías. Entre estas figuras se encontraban el liberal alemán Giskra y el fundador del liberalismo austriaco, Anton von Schmerling, y también destacados personajes húngaros como Fejérváry, que gobernó el país en 1905-1906, e István Burián, que fue ministro de Asuntos Exteriores en 1915; al tiempo que numerosos miembros del gabinete

húngaro de 1914 habían «magiarizado» sus apellidos de origen judío, como Samu Házay, ministro de Defensa, cuyo apellido de nacimiento era «Kohn», o Teleszky, ministro de Hacienda, cuyo apellido original era «Theikles». Los judíos de Budapest fueron una gran fuerza impulsora en el siglo XX, pues obtuvieron más premios Nobel que Japón.

Tales familias fueron profundamente asimiladas. Pero constituían solo una proporción muy pequeña de la población judía de Austria-Hungría. En Cracovia, desde 1891 a 1914, hubo únicamente 444 conversos del judaísmo en una población de 30.000, concentrada en el gueto de Kazimierz. Solo el 0,5 por 100 de los judíos de Praga que contrajeron matrimonio en 1881 lo hicieron con alguien de «fuera», frente al 11,8 por 100 de los de Viena (aunque en 1900 los porcentajes habían subido, respectivamente, al 7,6 y al 14,9). Muchos de los restantes judíos preferían vivir en sus propias comunidades, y hacerlo como lo habían hecho en el pasado, de un trabajo artesanal altamente intensivo (el nombre de «Portnoy» o su equivalente en *yiddish,* «Sznajder», significaba «sastre»). Algunos se dedicaron a las finanzas a todos los niveles, desde corredor de bolsa a buhonero: en los pueblos de la alta Hungría, en lo que ahora es Eslovaquia, los judíos manejaban el crédito local, por lo general en colaboración con el primer noble de la región. Con el desarrollo del capitalismo a todos los niveles, los judíos pasaron a estar fuertemente identificados con él.

En Francia, la presencia judía se vio reforzada, a ojos de los católicos, por la presencia protestante. La Tercera República admitió a protestantes en los puestos más elevados, en una mayor proporción de lo que su número –medio millón– justificaba. Léon Say en hacienda, Monod en educación, Freycinet y Casimir-Périer como primeros ministros, Jauréguiberry como ministro de marina (y, por lo tanto, de las colonias) fueron solo la punta de un iceberg compuesto,

hacia abajo, también de judíos. Para los católicos franceses de mentalidad derechista esta presencia protestante-judía equivalía a una conspiración, tanto más cuanto que la Cámara aprobaba leyes para arrebatar la educación de las manos de los católicos (1879-1880). Un banco católico, la Union Générale, fundado para canalizar los ahorros de la derecha, quebró en 1881. En 1885, la derecha, que había salido desastrosamente mal parada en los primeros años de la década de 1880, estableció una lista única de candidatos y ganó las dos quintas partes de los escaños.

En toda Europa, la prensa católica denunciaba las acciones de protestantes y judíos. En Wurtemberg, los nombres de los judíos descubiertos en alguna situación comprometedora se imprimían en negrita, o con un signo de admiración. En Francia, hacia el fin de la década, la Compañía del Panamá, de carácter especulativo, se encontró en una situación comprometida; entre sus defensores se encontraban Reinach, Hertz y numerosos diputados tanto socialistas radicales como protestantes, y se produjo una orgía de lamentaciones que, en muchos aspectos, prefiguró el lenguaje de la más famosa orgía antisemita de la década de 1890, el caso Dreyfus. En 1882, el gobierno austriaco –al mando del clerical Taaffe– presentó una ley para suprimir la usura *(Wucher)* en Galitzia, donde existían numerosas parcelas agrícolas de tamaño muy reducido. Se trataba claramente de un gesto antisemita, como igualmente lo fue la fundación en Alemania del sistema de crédito y cooperativas *Raiffeisen.* En Austria, Karl Lueger fue elegido alcalde de Viena con un programa de oposición al gran capital y a los judíos. Fundó el «Partido Social Cristiano», que arrebató el voto de la clase media baja vienesa a los liberales imperantes en los últimos años de la década de 1880. Tanto el lenguaje como el programa de Lueger eran sintomáticos de lo que iba a suceder. Su demagogia era violentamente antisemita. Sus prácticas incluían la discriminación de las firmas judías en

la compra de bienes y servicios para su municipio. También trataba de reforzar a los pequeños artesanos en contra del gran capital. Las tiendas pequeñas, por ejemplo, pagaban una proporción menor de impuestos que las grandes. Con el tiempo, bajo el nombre de «socialismo municipal», expropió los servicios públicos que se encontraban en manos de firmas privadas. Esto proporcionó a su «aparato» político una fabulosa oportunidad de emplear a su clientela en puestos de trabajo municipales, cuyo número creció de manera considerable. Artesanos y campesinos, víctimas de la «Gran Depresión», pudieron, así, encontrar un empleo alternativo a través de los sacerdotes y del «aparato». En Múnich, Lieja y muchas de las ciudades del norte de Italia el «socialismo cristiano» se desenvolvió como un desafío radical a los liberales. En Liverpool, se produjeron encarnizadas luchas entre los emigrantes irlandeses católicos o sus descendientes y los presbiterianos locales contra la influencia de los anglicanos, tratando, no siempre con éxito, de hacer inclinar de su lado la balanza. Las cosas se pusieron tan mal que en la escuela de vagabundos los internos católicos tuvieron que ser separados por un tabique en el campo de juegos. Existía una casa de baños común que tenía dos puertas, cada una de las cuales se mantenía abierta en días alternos.

Esto fue algo equivalente a una revolución en el mundo católico. Los antiguos notables católicos se vieron desbancados por los elementos de clase media baja que querían que el catolicismo cambiara en una dirección «social», opuesta al liberalismo. Los terratenientes ilustrados –en la castigada Basilicata, Jacini y Fortunato; en Hungría, el conde Zichy; en Austria, Vogelsang; en Irlanda, Sir H. Plunkett– recopilaron estadísticas y promovieron la creación de cooperativas campesinas, con la ayuda de los sacerdotes. Se celebraron congresos católicos en Austria, Alemania y Bélgica (Lieja, en 1890). Finalmente, el papa llegó a interesarse

por el nuevo modo de combatir el socialismo y el liberalismo. En 1890, el nuevo elemento clerical de clase media baja se dejaba sentir en todas partes, desde Lublin hasta Galway. La caída del terrateniente protestante Charles Stewart Parnell como líder del partido irlandés del *Home Rule* fue sintomática no solo de los cambios producidos en Irlanda, sino también de los producidos en toda Europa. Había nacido la «democracia cristiana». Ofrecía burocracia, reforma social y «campesinismo».

El surgimiento de este movimiento, con sus connotaciones económicas antiliberales y sus despilfarradores aparatos políticos, molestaba sobremanera a los liberales y especialmente a su elemento radical. Los liberales radicales diferían en muchas cosas de sus colegas clásicos: eran los que andaban en mangas de camisa frente a los enlevitados. Los radicales fueron a menudo capitalistas prósperos, de origen social humilde: Joseph Chamberlain, el patrono de Birmingham, tuvo sus paralelos en el francés Magnin, un siderúrgico de la Costa de Oro, o en Dubochet, un ingeniero que había sido republicano *carbonaro* en la década de 1830; así como en los italianos Bastogi y Di Ferrari, de Liorna, u Orlando y Ansaldo, de Génova, todos ellos antiguos *garibaldini* que detestaban a la monarquía y a la Iglesia. En realidad, el liberalismo radical procedía directamente del positivismo, la actitud (supuestamente) científica tan bien expresada por Bazarov en *Padres e hijos,* de Turgueniev, en la que se condena todo lo metafísico junto con todo lo que no tiene una utilidad práctica. Es muy característico el hecho de que los liberales franceses de izquierdas, que erróneamente se llamaban a sí mismos «socialistas radicales», fueran, con enorme frecuencia, médicos o ingenieros. Estos «hombres nuevos» se consumían bajo el liderazgo de los viejos liberales y, en Inglaterra, de los *whigs.*

En su conjunto, los radicales eran gentes a las que les iba bien con la economía liberal, mientras que a los clericales les iba mal. Los radicales estaban violentamente en contra de los *establishments;* querían una educación totalmente secular, *la foi laique* en Francia, cuyos males atribuían los radicales a una religión entontecedora. En numerosas ciudades, los católicos patrocinaron una serie de establecimientos comerciales y de escuelas, y los radicales otra serie. En política, esa misma rivalidad llegó pronto a afectar también al gobierno local, dado que los católicos demostraron valer –generalmente más que los radicales– para la promoción de «maquinarias» capaces de funcionar por menos dinero. En los comienzos de la década de 1880, los gobiernos franceses de tendencia izquierdista, ansiosos de controlar a sus aliados radicales, desencadenaron la promulgación de una legislación anticlerical que causó un gran alboroto. En la década de 1870, en Prusia, Bismarck atrajo a los liberales de todas clases con su campaña anticatólica, la *Kulturkampf,* o «batalla por la civilización», como la denominó el cirujano progresista Virchow. El radicalismo de Joseph Chamberlain le llevó a enfrentarse a los partidarios del *Home Rule* irlandés, y durante algún tiempo esta cuestión dividió al partido liberal. A los ojos de los liberales, los católicos cometieron un nuevo pecado, más condenable en algunos aspectos que cualquier otro. La Iglesia era un poderoso defensor de las minorías nacionales: en Irlanda, la defensa clerical de los nacionalistas parecía anómala a los ingleses. Pero, sin embargo, formaba parte de un gran tema europeo.

Los liberales clásicos, y todavía más los liberales radicales, consideraban generalmente con desaprobación a las minorías. J. S. Mill hablaba en nombre de numerosos liberales cuando decía: «Nadie puede suponer que no sea más beneficioso para un bretón o para un vasco [...] ser [francés] que enfurruñarse en sus peñascos, reliquia semisalvaje de tiempos pasados, dando vueltas y vueltas en su propia y re-

ducida órbita mental [...] La misma observación es aplicable a los galeses o a los montañeses de Escocia». El propio Karl Marx suponía que, con la marcha hacia adelante de la civilización, los pueblos abandonarían las lenguas «sin utilidad» que no eran habladas por nadie que tuviera serias pretensiones a la educación. Por lo general, este tipo de lenguas se dividían en dialectos, cuyos hablantes no siempre se entendían, y su vocabulario natural no iba mucho más allá de verbos que expresaban actividades físicas rudimentarias. A veces, a una persona culta le costaba más hablar estas lenguas que una de las oficiales, porque tenían que añadir un montón de palabras inventadas. A los jóvenes ambiciosos de las culturas minoritarias, que asimilaban la lengua oficial con el beneplácito de sus familias, los acabaron considerando traidores: por ejemplo, a los «magyarones» en Hungría, a los «walligants» en Bélgica, y a un pequeño ejército de maestros galeses. Hacia mediados del siglo, el checo o el flamenco parecían pertenecer a esta categoría. Lo correcto era hablar alemán en Bohemia o francés en Bélgica. Incluso después de que el checo y el flamenco hubieran sido convenientemente relanzados, con instituciones educativas equiparables, numerosos padres checos y flamencos, en su búsqueda de respetabilidad, deseaban que sus hijos fueran educados en alemán o en francés. La Universidad de Carlos IV, en Praga, se dividió entre alemanes y checos a partir de 1882, pero todavía veinte años más tarde un tercio de los estudiantes de la universidad alemana eran de hecho checos. De igual modo, en Bélgica los nacionalistas flamencos descubrieron que eran tantos los integrantes de la burguesía flamenca de Gante, el corazón del flamenco, que deseaban que sus hijos se educaran en francés que la única respuesta posible a esto tenía que ser la imposición legal. En Escocia o Gales, los niños eran castigados por hablar gaélico en el recreo; característicamente, fue un ministro del Interior conservador, R. A. Cross, el que se preocu-

pó en cierta medida por la promoción de los idiomas gaélicos en ambos países. En Francia la causa más importante de los republicanos era el centralismo jacobino: la erradicación de *patois* tales como el bretón o el provenzal, que no tenían papel alguno en la modernidad. En la España liberal de la década de 1860 el idioma catalán fue condenado a emplearse, en el teatro, solo para «personajes secundarios en papeles cómicos». En Austria, liberales radicales de origen alemán –o liberales germanizados de orígenes eslavos diferentes, tales como el checo Giskra, en la década de 1860– consideraban el checo como un obstáculo para el progreso. Esta misma actitud se encontraba extendida en Hungría, donde el eslovaco, el serbio, el rumano y los diversos dialectos montañeses de la «Ucrania subcarpática» –es decir, la Hungría del nordeste– eran catalogados como «jergas». Con posterioridad, un primer ministro húngaro descartaría la idea de una universidad rumana como «un absurdo».

Todo esto enlaza con otro tema liberal radical: el desprecio hacia los campesinos, que a menudo eran desdeñados como «cuadrúpedos». Los campesinos no encajaban fácilmente en la economía o la educación liberal; tendían a seguir a la Iglesia. En numerosos países europeos, la Iglesia y los campesinos tenían entre sí un estrecho vínculo. En Italia, antes de la unificación, la Iglesia tenía más de un millón de hectáreas de tierra; en Austria, más de un millón y medio. Estas tierras eran de «manos muertas», es decir, no podían ser vendidas. Por consiguiente, no recibían ninguna clase de crédito y eran mal explotadas. Los liberales consideraban todo esto como un despilfarro y llevaron a cabo diversas reformas agrarias. Estas reformas significaron a menudo el desahucio de pequeños campesinos que se habían defendido razonablemente bien en los tiempos de la Iglesia. En España, en la década de 1860, las tierras que la Iglesia tenía en los alrededores de Sevilla mantenían a 6.000 perso-

nas antes de la desamortización; después de esta, pasaron a mantener solo a 400. En Italia, la supresión de las tierras de la Iglesia trajo consigo una extendida opresión en el sur, tanto más cuanto que en otros tiempos las tierras se habían beneficiado de unas instituciones benéficas y docentes que ahora inevitablemente se resentían. Ahora, en la década de 1880, los liberales radicales contemplaban el clericalismo redivivo como un enemigo peor que el socialismo: ofrecía aparatos políticos, obscurantismo, el fin de la educación, maleficencia económica, «campesinismo», provincianismo y «jergas». También recogía numerosos votos: prácticamente todos los de la Irlanda católica; virtualmente todos los de la Alemania católica; la mitad de los diputados parlamentarios italianos (aunque sin demasiada organización formal); en 1885, las dos quintas partes de la Cámara francesa; y, después de 1884, el gobierno belga en perpetuidad.

La Iglesia iba también muy a la cabeza en la protección de las minorías nacionales. La figura principal de los catalanes en las décadas de 1860 y 1870, Mallé y Flaquer, era un tradicionalista católico que vivía en Madrid y obtenía apoyo de los católicos que se encontraban en el gobierno. En Bélgica, la lengua flamenca se mantuvo vigente gracias a los sacerdotes, uno de los cuales era francés. La causa irlandesa mejoró mucho en organización gracias a los clérigos. Fue un sacerdote (de los O'Neill O'Malley) el que acuñó la palabra *boycott* en 1881. Su grey no podía pronunciar la palabra *ostracize* (condenar al ostracismo) cuando tales medidas fueron propuestas para un duro corredor de fincas rústicas, el capitán Boycott. En Bohemia, y especialmente en Moravia, el checo fue promocionado por los sacerdotes; el jefe nacionalista checo František Palacký, aunque de religión protestante (como posteriormente Tomág Masaryk), explotó la alianza con el clero y con la nobleza bohemia, y en particular con las familias Kinský y Thun-Hohenstein. En la Polonia dividida, la causa nacional se mantuvo viva durante

mucho tiempo gracias a la Iglesia. Bismarck encarceló al arzobispo de Gniezno, conde Ledóchowski, y la educación prusiana fue duramente discriminatoria tanto para la religión como para la lengua de los alumnos polacos. En realidad, fue característico que el primer rey de Prusia que prohibiera a su hijo aprender polaco –costumbre practicada durante siglos, desde que los Hohenzollern rendían homenaje a los reyes de Polonia por las tierras de la Orden Teutónica– no fuera el reaccionario Guillermo I, sino el admirador de Galdstone, Federico III, padre de Guillermo II. En las áreas mixtas germanoeslavas de Austria, hubo siempre, proporcionalmente, más sacerdotes eslavos que alemanes: por ejemplo, en la Carintia eslovena había, en 1918, 215 sacerdotes alemanes, frente a 148 eslovenos. En Moravia, o incluso en las partes germanas de Bohemia, sucedía lo mismo. En Austria, un liberal radical, Georg von Schönerer, causó un gran alboroto a mediados de la década de 1880, cuando de una sola tacada atacó en el Parlamento austriaco a los judíos, a Roma, a los eslavos y a los Habsburgo.

En Italia, con la ayuda de un sufragio limitado, los liberales, tanto clásicos como radicales, se esforzaron por gobernar «sobre» los nacientes desafíos de los negros (los católicos) y los rojos (los socialistas). En Austria, el emperador intentó aprovecharse de las divisiones de sus pueblos para obtener mayorías cambiantes en su parlamento, el *Reichsrat*. Su primer ministro, el conde Taaffe, conocía el precio de la mayoría de los hombres. Podía apelar a los checos permitiéndoles tener su propia Charles University; a la clase media baja, otorgando a los pequeños comercios la exención del impuesto sobre las empresas, al tiempo que les deducía también los gastos que suponía la asociación: al clero, exceptuando la sífilis de entre las enfermedades que daban derecho a la asistencia estatal. Taaffe siguió en el poder has-

ta que su régimen fue hecho saltar por las explosiones sociales de comienzos de la década de 1890.

Las batallas políticas de la década de 1880 fueron igualmente complejas en todas partes. Los grupos más antiguos eran los conservadores (el partido de los nobles y los pastores protestantes), los liberales clásicos y los liberales radicales. Ahora se enfrentaban los «partidos de masas» del futuro. Pero tenían rencillas propias que les impedían hacer causa común.

La primera de estas rencillas estaba relacionada con el libre cambio. El aumento de las importaciones baratas en la década de 1870 hizo que numerosos agricultores e industriales exigieran protección. Los liberales clásicos eran casi siempre librecambistas, como lo fue Delbrück, gestor económico de Bismarck. El *Zollverein,* en el que habían sido incluidos la mayor parte de los estados germanos, fue una zona de libre cambio que había hecho prodigios en favor de la economía prusiana en las décadas de 1850 y 1860. Pero, ahora, el acero y los cereales norteamericanos, más baratos, hacían que muchos agricultores e industriales desearan protección, incluso aunque ello significara que «las masas» pagaran más por los alimentos y demás productos. En Alemania, en 1879, se efectuó «una alianza del hierro y el centeno». En Francia, los aranceles fueron también una de las causas defendidas por los republicanos de Ferry; en Italia, los librecambistas de la *Destra* cavouriana fueron reemplazados, después de 1876, por proteccionistas asociados con la *Sinistra* («izquierda») parlamentaria de Cairoli, Agostino Depretis y el barón Nicotera. Los cereales constituían un asunto importante. Pero, en países como Italia, los intereses de la navegación y del acero también deseaban protección frente a la competencia extranjera barata y más eficiente. En la década de 1880, se produjeron guerras arancelarias entre Francia e Italia, así como entre Alemania y Rusia:

exactamente la clase de batallas que los librecambistas habían anhelado evitar.

Pero el recurso a los aranceles ocultaba más de lo que revelaba. Los gobiernos se encontraban ahora enfrentados, en todas partes, a un alza inexorable de sus gastos. A medida que se expandían las ciudades y progresaban los armamentos, que aumentaban las oficinas de correos y los ferrocarriles, que crecía la población, iban aumentando las demandas al gobierno. En Alemania, hacia el fin de la década de 1870, se produjo virtualmente una segunda «fundación del *Reich*». El imperio constituido en 1871 era una federación, en la que las partes –los diversos estados separados– tenían la mayoría del poder. La autoridad central era muy escasa: un *Reichstag* con poder únicamente sobre el presupuesto central, que correspondía solo a las fuerzas armadas; un canciller del *Reich,* Bismarck, que solamente podía dirigirse al *Reichstag;* un vicecanciller, Delbrück, que le ayudaba. Por otra parte, los ministros prusianos hicieron, a veces, que el *Reich* saliera adelante. Se trataba de un sistema que podía no responder a las cambiantes circunstancias de finales de la década de 1870. En 1878-1879, una «ley de delegación de poderes» dio a los secretarios de Estado –en materia de ferrocarriles, correos, justicia, etc.– el derecho a dirigirse al *Reichstag,* dado que también necesitaban dinero del *Reich.*

En Rusia se presentó un problema no muy diferente. El zar Alejandro II había sido conscientemente liberal en muchos aspectos. Pero a finales de la década de 1870 hubo una oleada de disturbios rurales y urbanos en los que llevó la delantera la organización terrorista *Zemlia i volia* («Tierra y libertad»). El zar fue asesinado en 1881 por un anarquista. Pero, con anterioridad a esto, el problema de la inquietud reinante era tal que los ministros del zar se vieron forzados a crear una organización policial más fuerte. En 1878, fiel a la forma liberal, la Rusia zarista tenía en conjunto solo

5.000 policías; de ellos 2.000 en San Petersburgo. Provincias enormes, tales como Penza, contaban solo con veinticinco policías y cinco oficiales. La provincia de Kiev estaba regida por un gobernador, el príncipe Vasilshchikov, con un equipo de dieciséis personas, que consideraban que su labor era heroica, ya que tenían que recibir, contestar y copiar 222 misivas diarias. El zar incluso había abolido formalmente la pena de muerte. Había implantado el juicio mediante jurado en 1863. Lo malo fue que aumentó el malestar entre los estudiantes desasosegados (la *intelligentsia,* adaptación eslava de las palabras alemanas *Intelligenz e Intelligenzler*) y los campesinos hambrientos de tierra. Algunos de los ministros de Alejandro, y en especial el general liberal Loris-Melikov, querían contestar a esto con un mayor liberalismo. Otros, como el ministro de Hacienda, preferían la fuerza. Se designaron «gobernadores generales» con amplios poderes para controlar grupos de provincias. Se aumentó la fuerza policial.

En Rusia –y esto fue bastante sintomático de las dificultades con que el liberalismo tropezaba en los países de este tipo– los juicios mediante jurado no funcionaron bien. Numerosos rusos adoptaron el punto de vista dostoievskiano de que no les correspondía a ellos encontrar culpable a un desgraciado compañero pecador. Por principio, no lo declararían culpable. En las ciudades, muchos de ellos simpatizaban con las reivindicaciones políticas. Una presunta asesina, Vera Zasulich, fue, en efecto, absuelta. En el medio rural, los funcionarios rusos podían hacerse eco de la observación de un juez en la Irlanda contemporánea: «Usted ha sido absuelto por un jurado del condado de Limerick, y deja este tribunal sin ninguna otra mancha sobre su reputación». Con el tiempo, el rápido aumento de la violencia condujo a una reimplantación indirecta de la pena de muerte. Como medida temporal, en 1881 se proclamó la ley marcial. Bajo la misma, los tribunales militares podían dictar sentencias

de muerte, y así lo hicieron, aunque no a menudo. Estas normas «temporales» continuaron rigiendo hasta 1917. Fue el desasosiego de finales de la década de 1870, más que la ascensión al trono de Alejandro III, un zar reaccionario, en 1881 lo que acabó con el experimento liberal de Alejandro II. A los ojos zaristas, Rusia no podía estar madura para el liberalismo.

En otros países, los esfuerzos del gobierno, tanto en materia de ilustración como de represión, también aumentaron grandemente. En Francia, las leyes sobre educación de 1879-1881 (la triple estrella de una educación libre, laica y obligatoria), de Jules Ferry, requerían la existencia de 100.000 maestros y, en tal caso, una gran cantidad de nuevas escuelas. En Italia, los liberales, ansiosos de destruir el poder de la Iglesia, también construyeron escuelas a tenor de los lujosos modelos clásicos. La mayoría de los países se vieron envueltos en empresas exteriores que, a mediados de la década, tuvieron como resultado el reparto de África. Todo ello tuvo un alto coste económico. Sin embargo, en aquella época nadie podía imaginar que hubiera que pagarlo mediante la imposición directa. A los liberales en general no les gustaba el impuesto sobre la renta, porque penalizaba al eficiente, y rehuían proponer en su lugar impuestos indirectos sobre artículos de consumo de masas, a causa de que provocaban un desasosiego popular. En realidad, los radicales llegaron al poder en Italia con la promesa de suprimir el impuesto sobre la molienda de los cereales, el *macinato,* impuesto que destestaban los campesinos del sur; de modo similar, el gobierno zarista suprimió en 1881 el impuesto sobre la sal. Los ingresos estatales podían proceder de la imposición de un monopolio gubernamental sobre algunos artículos de consumo de masas, tales como el tabaco (en Alemania) o el alcohol (en Rusia). Hubo propuestas de loterías estatales, propuestas que indignaron a los liberales y a los economistas clásicos, ya fuera porque las considera-

ran como una injerencia en el mercado, o como un incentivo para la inmoralidad.

Una nueva vía, que demostró ser popular en la mayoría de los países, fue la de nacionalizar el sistema ferroviario y obtener de ello ingresos para el Estado. En la mayor parte de los sitios, los ferrocarriles habían estado en manos de empresas privadas, lo que había dado lugar a un gran desorden. Los especuladores se habían cogido los dedos en 1873. Existía un exceso de competencia en las líneas. En Austria, la *Kaiserin-Elisabeth Westbahn* dejó de pagar sus dividendos en oro a los acreedores alemanes como consecuencia de la depresión de 1881. Los trenes de su pertenencia eran embargados tan pronto como cruzaban la frontera alemana. Durante algún tiempo, el caos competitivo de las líneas ferroviarias había suscitado demandas de racionalización, mediante el control estatal si era necesario. Se establecieron ministerios de ferrocarriles. En el continente, aunque no en Gran Bretaña, el Estado se hizo cargo gradualmente de las líneas, en una combinación, con frecuencia, de nacionalización y empresa privada. Las líneas serían nacionalizadas y luego arrendadas a las compañías privadas. No era el mejor de los acuerdos, dado que las compañías privadas no tenían así demasiados incentivos para invertir, y a menudo hacían trabajar en exceso el material móvil, las líneas y, posteriormente, a los ferroviarios. Esta solución produjo una gran confusión política, dado que los liberales clásicos y los liberales radicales estaban en profundo desacuerdo con respecto a la cuestión de la nacionalización. En general, los liberales clásicos estaban a favor de la misma; los liberales radicales, los capitalistas, se oponían a ella. Se opusieron todavía más cuando surgió el desafío católico en la década de 1880. Los nombramientos del personal de estación (al igual que el del personal de los servicios postales) iban a convertir los ministerios de ferrocarriles en sistemas de clientela a vasta escala. En el sur de Italia y en el de

Francia constituyeron el primer objetivo para los «aparatos» de los partidos. Incluso el nacionalista checo liberal radical Karel Kramff votó en contra del establecimiento de un ministerio austriaco de ferrocarriles en 1896, aunque tal ministerio, en buenas manos, podría haber proporcionado innumerables puestos de trabajo para la clientela de los nacionalistas checos.

Sin embargo, la nacionalización de los ferrocarriles, aunque se llevó a cabo en etapas en los últimos años de la década de 1870 y en la de 1880, no podía dar una respuesta inmediata al problema de los ingresos estatales. Los gobiernos pusieron sus esperanzas en los aranceles, que fueron impuestos, o incrementados, en Francia, Italia, Alemania, Rusia y otras partes en los años 1878-1881. Continuaron existiendo o se incrementaron a partir de entonces a intervalos regulares, a medida que los tratados comerciales vencían y se hacía necesaria su renovación, con la única excepción a comienzos de la década de 1890. Tuvieron un efecto en la economía menor de lo que sus oponentes (o sus defensores) habían imaginado. Incluso un arancel del 28 por 100 sobre el cereal extranjero (cifra francesa) no representaba una parte muy importante de los costes al detalle, porque la manipulación del cereal en el interior de un país constituía la operación más costosa del proceso. En Alemania, el arancel sobre los productos alimenticios puede que añadiera un 10 por 100 al capítulo de alimentación de los trabajadores alemanes y, en la década de 1880, incluso menos. Pero ello constituyó una quiebra del principio del libre cambio.

Fue una quiebra que dividió profundamente a los liberales. A los liberales clásicos les horrorizaba considerar que los productores ineficientes estaban siendo recompensados en la industria y en la agricultura, que los eficientes estaban siendo penalizados, que los precios de los alimentos (y, por

consiguiente, los salarios) estaban siendo elevados artificialmente, y todo ello en provecho de los ejércitos, la policía y las colonias. En Gran Bretaña, donde la población agrícola no era lo suficientemente amplia como para constituir un grupo de presión muy importante, se mantuvo el principio del libre cambio, aunque Randolph Churchill, conservador populista, abogaba de vez en cuando por un «comercio justo», lo que significaba aranceles. En Europa, fuera de los pequeños países dependientes del comercio exterior (especialmente Bélgica y Holanda), las presiones de los industriales y los agricultores eran demasiado fuertes como para que los gobiernos pudieran resistirse al establecimiento de aranceles. En Alemania, Bismarck lo consiguió a través del *Reichstag,* con la ayuda de los votos liberales; en Italia, los políticos de la *Sinistra,* y especialmente Francesco Crispi con posterioridad a 1887, organizaron una completa guerra de aranceles contra Francia; en Francia, los republicanos de finales de la década de 1870 y comienzos de la de 1880 impusieron un arancel. Las cifras de los derechos de aduanas para el hierro y los cereales no eran altas: no tenían comparación con las de 1902 (en Alemania) o 1912 (en Francia y Rusia), por no hablar de las cifras ridículas de la década de 1930, cuando los aranceles acabaron virtualmente con el comercio exterior. Pero significó una quiebra del principio. Los liberales radicales estaban seriamente divididos. Algunos se atenían al beneficio; otros rechazaban la idea de precios más altos en los productos alimenticios y en las materias primas. Los liberales clásicos también estaban divididos: en Alemania, en liberales antibismarckianos radicales («progresistas»), liberales de derecha antiarancelistas (la «secesión») y liberales proarancelistas (liberales nacionales). Posteriormente, se volvieron a dividir de un modo todavía más confuso.

Estos debates preocupaban a los parlamentarios en los primeros años de la década de 1880. A los dirigentes políti-

cos ágiles, como Bismarck, Ferry, Depretis o Taaffe, les era posible enfrentar a un grupo con otro. Las alianzas cambiaban y se volvían a formar; en la mayoría de los países las crónicas políticas constituyen una lectura de muy confusa interpretación.

Un aspecto final que dividió a los partidos fue la cuestión del imperio. Los liberales clásicos habían considerado las colonias con desaprobación: derrochaban el dinero público y eran beneficiosas solo para unos pocos; implicaban armamentos y desorden internacional; eran opresivas y ostentosas. Sin embargo, a partir de 1880 las potencias europeas se embarcaron en una colonización casi frenética. Se estableció un protectorado británico sobre Egipto y uno francés sobre Tunicia en 1881-1882. El rey de los belgas tomó posesión del Congo como si fuera una enorme finca privada. Los alemanes se adueñaron de diversas partes del África oriental y sudoccidental. Los franceses establecieron un enorme imperio en África central y occidental. Los italianos se lanzaron hacia el nordeste de África y fueron derrotados en Dogali, Abisinia, en 1886, como también lo fue el general británico Gordon en el Sudán.

No resulta fácil explicar esta casi repentina explosión de colonización. Las teorías del determinismo económico no sirven de mucha ayuda para este periodo de expansión europea (a diferencia de los últimos años de la década de 1890): las colonias que se establecieron en ese periodo no compensaron los gastos realizados, recibieron poca inversión y no fueron atractivas para los inmigrantes. No existió demasiada demanda popular en relación con las mismas, y el entusiasta colonialista francés Jules Ferry observaba que a los franceses lo único que les interesaba de su nuevo imperio era la danza del vientre. Hubo, por supuesto, apologistas de las colonias. El liberal alemán Gustav Rümelin hablaba en nombre de muchos otros liberales cuando, en

1882, decía que la única respuesta al creciente proletariado y a las ciudades en ebullición era la emigración. El propio Ferry decía que las colonias podían ser una «válvula de seguridad» apropiada para una época de industrialización. Pero no resulta fácil conectar tales teorías con las actividades de los soldados alejados de las metrópolis, que generalmente fueron responsables de la creación inicial de las colonias. Es quizá más seguro argumentar, como hace Joseph Schumpeter, que la mentalidad imperialista –producto, quizá, de la decadencia de la pequeña nobleza– coincidió con la desintegración de las civilizaciones «nativas». En muchos aspectos, Egipto fue la clave de todo. El jedive era incapaz de pagar sus deudas, tenía internacionalmente supervisadas sus finanzas y se enfrentaba a una revuelta interna contra los extranjeros; el gobierno de Gladstone, antes que abandonar Egipto, que poseía la llave del canal de Suez, se vio forzado a intervenir y establecer un protectorado. Los franceses se equivocaron torpemente al no aceptar el papel de socios secundarios que les fue ofrecido. La rivalidad anglofrancesa resultante de ello repercutió sobre otras partes de África, y Bismarck, para explotarla, se apoderó también de su parte en aquel continente. De esta forma, África pasó a estar repartida y se produjeron «imperios de baratillo, reunidos a toda prisa», un proceso posteriormente deplorado. No es casual que este proceso de colonización se diera justamente cuando en otros aspectos el mundo liberal clásico se estaba derrumbando. Pero hasta finales de la década de 1890 no fueron sistematizados en intereses economicomilitares los imperialismos rivales.

Las colonias dividieron a los liberales en todas partes, y a mediados de la década de 1880 los republicanos franceses, los liberales británicos y los diversos grupos liberales alemanes se habían escindido en dos y a veces más partes. En estos tres casos, la derecha tuvo la posibilidad de aprovecharse de ello, y a finales de la década de 1880 surgió, en los

tres, algo parecido a un «nuevo conservadurismo». En tiempos anteriores, el conservadurismo había sido cosa de los nobles y los clérigos de la Iglesia oficial: los anglicanos en Inglaterra y los luteranos en Prusia. Ahora, con la expansión del electorado, los conservadores fueron más allá de sus anteriores actitudes de bomba parroquial y crearon partidos. Obtuvieron una cuarta parte de los votos alemanes en 1887; en Francia, tras la división de los republicanos radicales y clásicos en 1885, los gobiernos dependieron de ellos. Hubo incluso algunos «populistas» demagogos –Lord Randolph Churchill, el general Boulanger– que parecieron alterar el proceso parlamentario en su totalidad. El nuevo conservadurismo se desarrolló más allá del estrecho círculo de la nobleza y el clero, y consiguió apoyo entre la clase media. Con mucha frecuencia, el antisemitismo no se encontraba lejos de la superficie. Para ganar adictos en masa, en la mayoría de los países los conservadores abrazaron conscientemente la causa campesina: la protección para la agricultura fue una causa vinculada a muchas de las nuevas organizaciones que incluían a pastores protestantes, nobles y campesinos. En Baviera, el príncipe regente y su corte recibían vistiendo pintorescos trajes aldeanos. En Prusia, las autoridades militares atraían deliberadamente a reclutas campesinos –no a proletarios, de los que se pensaban eran menos deferentes– como suboficiales, ofreciéndoles un servicio de larga duración, con una plaza garantizada en las oficinas de correos o en los ferrocarriles: en 1910, más de 100.000 antiguos suboficiales disfrutaban de tales privilegios en pequeña escala. Sobre esta base, la mayoría de los países tuvieron un periodo de gobiernos derechistas en los últimos años de la década de 1880. Estos gobiernos hablaban del Imperio, el Proteccionismo, la Religión. Se aprovecharon de unos pocos años de prosperidad. En Alemania, Bismarck utilizó su mayoría para promover proyectos de asistencia social sufragados por el Estado –los primeros en

Europa–, que compensaran a la clase trabajadora en caso de enfermedad y vejez.

El mundo del liberalismo clásico se desintegró también en los asuntos internacionales: no es casual que fuera a finales de la década de 1870 cuando se marcaron las pautas que condujeron a 1914. Los liberales clásicos sentían horror por los ejércitos y las guerras. Pero fueron desbordados. En 1878, las potencias se reunieron para resolver la cuestión oriental en el Congreso de Berlín; Rusia y Austria-Hungría no estaban de acuerdo con respecto a los Balcanes, y todo el mundo temía una posible ocupación del Imperio turco por parte de Rusia. Como resultado de dicho Congreso, se llegó a un compromiso. Pero, para apuntalar el arreglo existente, Bismarck accedió, en 1879, a establecer una alianza con Austria-Hungría que era implícitamente antirrusa y trató de mantener su independencia con una variedad de recursos interesantes. No había nada parecido a una preparación militar para una posible guerra. Bismarck deseaba enormemente aislar a Francia.

La escena internacional de la década de 1880 siguió siendo bastante variable, ya que las potencias cooperaban ora con una, ora con otra. Pero existieron dos factores constantes. El primero fue la hostilidad francoprusiana. La Tercera República, heredera consciente de la revolución, era nacionalista; ningún estadista francés podía permitirse olvidar la derrota de 1871 a manos de Bismarck, y las provincias perdidas de Alsacia-Lorena constituían un agravio permanente. Los enemigos de Ferry le expulsaron por situar los intereses de las colonias por encima de los intereses nacionales en 1885. Es cierto que el revanchismo del general Boulanger era refrenado por los propios franceses, y el poeta nacionalista Déroulède fue encarcelado y enviado al exilio. Pero para Bismarck era bastante fácil asustar a su propio parlamento con la posibilidad de una guerra con Francia.

El otro factor constante fue la rivalidad anglorrusa. En 1877-1878, Rusia, como resultado de su guerra con Turquía, había establecido un gran Estado satélite búlgaro. Para Gran Bretaña y, en menor medida, para la monarquía de los Habsburgo, esto hizo surgir el temor de que Rusia ocupara los estrechos que comunican el Mediterráneo y el mar Negro. La flota rusa del mar Negro podría, por consiguiente, moverse libremente dentro y fuera del Mediterráneo, lo que causaría pesadillas en Londres: en esas circunstancias, Rusia podría hacer saltar la posición británica en Suez. Austria-Hungría temía que Rusia promoviera la creación de estados satélites eslavos en los Balcanes. En 1878, las potencias se habían puesto de acuerdo para forzar un compromiso en el Congreso de Berlín: una Bulgaria de menor tamaño, una ocupación austro-húngara de las dos provincias turcas de Bosnia y Herzegovina, y la toma de posesión, por Gran Bretaña, de la isla de Chipre. Pero la situación en los Balcanes seguía siendo inestable. A mediados de la década de 1880 había inquietud en Bulgaria, y el supuesto satélite, príncipe Alejandro de Battenberg, intentó afirmar su independencia con respecto a Rusia. Fue depuesto; finalmente, su sucesor, Fernando de Sajonia-Coburgo, lo hizo bastante mejor que su predecesor, al librar a su país del control ruso y apelar al patronazgo de los Habsburgo. Se produjeron también desavenencias anglorrusas en Afganistán, al que las tropas rusas podrían amenazar una vez que su ferrocarril hubiera avanzado en Asia central. Tras el incidente de Pendjeh (1885) hubo muchos rumores de guerra.

La rivalidad anglorrusa se vio complicada por la nueva disputa anglofrancesa en torno a Egipto (desde 1882). El gobierno francés se sentía molesto, dado que los británicos tenían preponderancia en Egipto, con una presencia militar. Los franceses pidieron en numerosas ocasiones ayuda a Alemania en esta cuestión, y algunas veces la obtuvieron, ya que el objetivo de Bismarck era alejar de Europa los intere-

ses franceses. También Francia e Italia estaban enfrentadas con respecto a Tunicia, donde los franceses habían conseguido una posición no diferente de la de Gran Bretaña en Egipto. Hacia el fin de la década, la rivalidad francoitaliana se vio aún más complicada por una guerra de aranceles.

En esas circunstancias, Bismarck podía enfrentar a unos contra otros, y empleó las disputas coloniales para mejorar su propia posición mediadora. En 1887, los británicos llegaron, con Italia y Austria-Hungría, a acuerdos sobre el Mediterráneo, que fueron ideados para (con la ayuda francesa) bloquear la expansión rusa. Bismarck tenía sus propios acuerdos con Austria-Hungría e Italia (la Triple Alianza), pero hizo también un pacto de amistad con Rusia. Sin embargo, esta situación de difícil estabilidad cambió de forma bastante espectacular en 1890.

En las dos décadas anteriores, Alemania no había parecido ser abrumadoramente superior a Francia. Pero en 1890 la industria se había desarrollado tan poderosamente, y la población había crecido de forma tan rápida, que Alemania se convirtió, con algunas cabezas de ventaja sobre las demás, en la potencia más fuerte del continente. Además, la disputa sobre los aranceles en el interior de Alemania se resolvió de forma favorable a los intereses agrarios, y esto solo podía afectar a Rusia, exportadora de productos agrícolas, de manera negativa. Los rusos, que en la década de 1880 levantaron su propia industria con medidas proteccionistas, implantaron también un arancel discriminatorio contra la maquinaria alemana. El propio Bismarck impuso la prohibición de aceptar préstamos rusos. Había también alemanes bien situados que deseaban colaborar con Gran Bretaña en el establecimiento de un imperio alemán en ultramar y estaban dispuestos a echar por la borda la amistad rusa si ese era el precio. Finalmente, los ejércitos y las armadas comen-

zaron a complicar los asuntos exteriores de una nueva forma.

En los viejos tiempos, el progreso tecnológico había sido lento, y la naturaleza de las fuerzas militares no se alteraba demasiado rápidamente. Pero en la década de 1880 se produjeron una serie de complicados cambios técnicos: la pólvora sin humo, o cordita, que mejoró enormemente la visibilidad de los tiradores y les permitía disparar sin que los delatara el humo; la turbina de Parsons, que permitió a los navíos desplazarse más lejos de sus bases y funcionar con menos cantidad de carbón, tripulaciones más reducidas y mayor número de cañones; un poco después, la revolución que en artillería supuso el disparo rápido que, mediante el desarrollo de un mecanismo de muelle de retroceso, hizo de la recarga una cuestión mucho más simple de lo que anteriormente lo era. Mejoras en los explosivos y en los casquillos metálicos completan este cuadro. Para finales de la década de 1880, los ejércitos estaban en todas partes enfrentándose a esos cambios: en la mayoría de los países existieron leyes militares en los años 1888-1893, a medida que las potencias hacían más rigurosos sus sistemas de reclutamiento. Los gastos militares alemanes pasaron de 93 millones de marcos en 1874 a 376 millones en 1890, con los correspondientes incrementos en desembolsos «no periódicos» («extraordinarios») (de 10 millones a 244 millones); los británicos duplicaron sus gastos navales en la década de 1880; los rusos, que en 1875 habían gastado en su ejército 119 millones de rublos, gastaron 285 millones en 1894. Se produjo una especie de carrera armamentista, aunque no alcanzó las proporciones de 1912. En Alemania, hubo alarmas relacionadas con el incremento de la fuerza rusa.

Al margen de todo esto, se produjo un acercamiento francorruso. El zar esperaba de Francia préstamos y cooperación contra los británicos y sus «acuerdos mediterrá-

neos». Sin duda Alejandro III habría preferido cooperar con Alemania, y a menudo sus diplomáticos cortejaron a Francia únicamente con la intención de aguijonear a los alemanes. El acercamiento fue un asunto de mucho tiempo; los primeros pasos fueron dados en 1890 y la alianza formal francorrusa no fue finalmente ratificada hasta enero de 1894. La situación dependía de Alemania, y la caída de Bismarck en marzo de 1890 fue decisiva. Los sucesores de Bismarck estaban pendientes de Gran Bretaña, y dejaron que el «tratado de reaseguro» con Rusia prescribiera, con objeto de atraerse a los británicos. En 1892 se concluyó un acuerdo militar francorruso, que bastante después se convirtió en una alianza completa.

A comienzos de la década de 1890, la política internacional había revestido una forma muy sencilla. Es cierto que los efectos inmediatos de la alianza francorrusa fueron negativos para los británicos. Existieron numerosas reservas, en particular del lado ruso, acerca de las implicaciones antialemanas: si Alemania volviera a apoyar a Rusia, la alianza serviría probablemente para poco, y sus cláusulas militares eran, ciertamente, una cuestión de fantasía por parte de los rusos. Todo dependería mucho, sin embargo, de cómo utilizaran los alemanes su nuevo estatus de gran potencia.

II. EXTRAÑA MUERTE, 1890-1914

EL NUEVO RUMBO

En 1888, el káiser Guillermo II ascendió al trono alemán. Era joven y agresivo; se hacía retratar en una pose marcial, con reluciente *Pickelhaube (casco de punta),* bigote con grandes guías y ojos de mirada feroz. Le impacientaba el freno del viejo Bismarck, y en marzo de 1890 «despidió al piloto». El káiser representaba las enormes energías de la nueva Alemania, y su canciller, Caprivi, proclamó «un nuevo rumbo». Al mismo tiempo, Francesco Crispi, la figura dominante de la política italiana, proclamaba «una nueva vida». En Gran Bretaña, los liberales elaboraban su programa de Newcastle de corte radical. En los tres casos, y no solo en Alemania, la grandeza nacional debía ir paralela a una mejor integración interna de la nación. En la práctica, esto no se logró. La primera mitad de la década de 1890 contempló el seno final de la «Gran Depresión»; hasta 1895-1896 no comenzaron de nuevo a ascender las curvas de los diagramas. Lejos de crear «una nueva vida», los esperanzados estadistas de los primeros años de la década de 1890 fueron testigos de una extensión muy marcada de la lucha de clases. En la mayoría de los países, hubo grandes huelgas; también en la mayoría, durante la década de 1890, los socialistas se incorporaron a la política vigente. El confuso cuadro de la década de 1880 dio paso a un nuevo modelo en la de 1890, y desde entonces hasta 1914 el ambiente fue de tensiones entre clases y, en el ámbito internacional, de alarmas de guerra.

Los temas de esta época fueron los mismos del siglo XX: armamento; inflación; burocracia; planes de imposición directa; derechos sindicales; gobierno local; planificación de las ciudades; racionalización de la educación secundaria; «modernismo» en la Iglesia católica; proteccionismo; legis-

lación social, en forma de seguros de desempleo y vejez por cuenta del Estado. También en esta época se inauguró un proceso que ha continuado durante el siglo XX: una mejora en el nivel de vida de buena parte de la clase trabajadora y una decadencia de la clase media.

La «Gran Depresión» ya había perjudicado a la nobleza terrateniente y a parte del campesinado. Esto desapareció a mediados de la década de 1890. Una vez más, la agricultura devino bastante próspera; en Inglaterra, hubo incluso un movimiento de vuelta al campo, en el que en 1914 vivía más gente que en 1892. El precio de los cereales, que había descendido un 45 por 100 entre 1873 y 1896, subió un 25 por 100: en 1898 un *quarter* [291 litros] costaba 1 libra con 6 chelines y, en 1914, 1 libra y 18 chelines. Lo mismo ocurrió con otros productos. El precio del guano peruano había bajado, en parte por el exceso de oferta y en parte porque los alemanes descubrieron que sus cualidades fertilizantes podían reproducirse sintéticamente a un precio más barato (mediante el procedimiento Haber-Bosch y sus antecedentes, los nitratos podían extraerse, literalmente, del nitrógeno del aire). Pero las cualidades de los nitratos sintéticos demostraron no ser las adecuadas: empobrecían los suelos agrícolas. Además, el guano resultó tener otras aplicaciones, y en consecuencia su precio subió. Algo parecido sucedió con el sisal. En la fabricación de cuerdas, para las que anteriormente se había necesitado el sisal, se comenzaron a utilizar fibras artificiales. Pero, luego, el sisal llegó a tener en la fabricación de fármacos una aplicación que nadie había sospechado con anterioridad: proporcionaba (y proporciona) un ingrediente importante de la cortisona. Los precios ascendieron, al igual que lo hicieron los de prácticamente todos los productos agrícolas, y paralelamente subieron los precios de la tierra.

Pero no fue solo la diversificación de usos la que produjo el alza de los precios de tales productos; existió también una demanda creciente. Esta demanda provino, parcialmente, de la misma expansión de la industria y de las ciudades, que la anterior caída de los precios había fomentado. En casi todas partes, las poblaciones habían aumentado. La industria se había expandido grandemente, y sus necesidades de materias primas se había incrementado igualmente en un alto grado. La industrialización de países como Italia, Rusia y Hungría creó una nueva demanda conjunta, y en 1896 los que empezaban a escasear eran los productos naturales y no los manufacturados. Finalmente, los países que producían las materias primas tuvieron que entrar en el mercado para adquirirlas. Los Estados Unidos, por ejemplo, consumían cada vez más cereales propios, y exportaban en cantidades decrecientes: 117 millones de *bushels* [1 bushel USA = 35.238 litros] en 1881, 171 millones en 1891, 161 millones de media desde 1891 a 1907, y 117 millones desde este último año hasta 1914. Las exportaciones de algodón habían subido en un 6,4 por 100 entre 1878 y 1882, y luego en un 2,8 por 100 desde 1888 hasta 1892.

A comienzos de la década de 1890, la sequía había acabado en Australia con la mitad del ganado ovino del país. Los británicos utilizaban cada vez más su propio carbón, y por ello los italianos y los franceses encontraron ventajoso emplear la energía hidroeléctrica con objeto de compensar los altos precios del carbón. Los altos precios del acero impulsaron a los franceses a aplicar el proceso Gilchrist-Thomas, y luego el proceso Martin, para explotar su mineral de hierro de Lorena y posteriormente de Normandía, a pesar de que, con anterioridad, su alto contenido en fósforo había hecho descartar su utilización. La búsqueda de nuevos combustibles condujo al aprovechamiento del petróleo. Se pusieron en explotación los pozos rusos y persas. En 1890 producían poco. En 1900, se producían 21 millones de to-

neladas métricas, y 42 millones en 1910. Desde finales de siglo, los barcos pudieron utilizar gasoil, y el desarrollo de la aviación contó con un combustible barato. Esto contribuyó a la creación de grandes fortunas en Rusia, Persia e Indonesia. Los pozos de petróleo de Valaquia, en Rumania, atrajeron la atención internacional, y el *Steauǎ Românǎ* se convirtió en un gran negocio. Lo mismo sucedió con el estaño boliviano, o (más tarde) con el azúcar de todo el mundo, el caucho, o el café. Las fortunas se hacían en «las colonias» y por latinoamericanos cuyos descendientes eran enviados a Europa para su educación. Buenos Aires tenía sus clubes de golf, sus «Harrods», sus «Mappin and Webb», para las familias adineradas. Otros latinoamericanos reanudaron, en el «hispanismo», sus antiguos vínculos con España. En Haití, antigua colonia francesa en las Indias occidentales, la burguesía mulata se dio cuenta de que no resultaba mucho más caro enviar a sus hijos para que se educaran en Francia que enviarlos por barco a la capital, Puerto Príncipe; los millonarios madereros canadienses, como Max Aitken (Lord Beaverbrook) en Londres, o las fortunas norteamericanas, como la de Waldorf Astor, también en Londres, podían trasladarse sin dificultad a las metrópolis europeas, junto con los dueños de los diamantes sudafricanos o de la lana australiana. Se trataba, según la frase acuñada por los italianos, de una «plutocracia»: fue una época en la que la vieja aristocracia europea coincidió con el novísimo dinero ultramarino. Esto explica la suntuosidad eduardiana.

Los contemporáneos asociaban el alza de los precios de los productos naturales, y de los precios en general, con un factor mucho más simple que la combinación de la fuerte subida de los costes con el tirón de la demanda. Suponían que ello tenía que ver con el aumento de la producción de oro. En aquella época, los historiadores daban por sentado, casi por descontado, que la inflación del siglo XVI había sido «causada» por la afluencia de oro procedente del Nuevo

Mundo a España. Según la economía ortodoxa basada en el patrón oro, los precios subirían si hubiera más dinero en circulación; y puesto que el dinero, ya fuera en crédito o en moneda, era equivalente al oro, un incremento en la cantidad de oro extraída de las minas de todo el mundo debía producir ese efecto. Sucedió que, gracias a las nuevas fuentes, las nuevas técnicas y el mejor laboreo de las viejas fuentes, la cantidad de oro existente en el mundo creció de manera muy brusca. Las nuevas minas de América y Australia, y en especial de África del Sur, produjeron en la década de 1890 una inundación de nuevo oro. En los dieciocho años que van de 1890 a 1908 se obtuvieron 1.000 millones de libras de oro: la misma cantidad que en los años 1848-1890, y cuatro veces la extraída en la primera mitad del siglo. Fue, incluso, el doble de la cantidad obtenida durante los tres siglos que van desde 1550 a 1850.

Los contemporáneos suponían generalmente que este nuevo oro servía de base para la expansión del crédito, y que el mayor volumen de crédito producía inflación. Ciertamente, a partir de 1895, y en especial de 1906, en la mayoría de los países subieron los precios. En Gran Bretaña, el índice del coste de la vida subió desde una base de 100 en la década de 1890 a 118 en 1914; en Francia, de 94 a 111; en Alemania, de 104 a 127. En Rusia, según se decía, los precios ascendieron en un tercio o más desde 1907 a 1914. Los índices de las cotizaciones bursátiles subieron en todas partes; de hecho, en los Estados Unidos en 1907 hubo un anticipo de lo que sucedería en 1929, cuando quebraron 500 bancos y el Banco de Inglaterra acudió a salvarlos. En todos los países europeos, el volumen de los depósitos bancarios aumentó muy rápidamente, duplicándose o, en el caso de Rusia e Italia, triplicándose entre 1900 y 1914. Las rentas públicas también se elevaron. En Rusia se duplicaron, porque los monopolios de los alcoholes y los ferrocarriles produjeron mayores ingresos.

La explicación de todo esto en función del oro dista mucho de estar probada. Goldstone ha demostrado, en el caso de Rusia, que el desarrollo del crédito en el sistema bancario no guardó relación con la cantidad de oro poseído por el Banco Central: la «oferta de dinero» de Rusia reflejaba simplemente la demanda del mismo. Shepperd ha demostrado que la «oferta de dinero» británica creció con bastante independencia de los movimientos del oro: un 2,7 por 100 como media a partir de 1880; un 0,8 por 100 en los años que van desde 1899 a 1905; un 2,8 por 100 desde 1905 a 1913. Parece, pues, que el alza de los precios posterior a 1895 no puede atribuirse únicamente al oro.

Sobrevino un nuevo y moderno factor: la «velocidad de circulación». En los viejos tiempos, cuando las transacciones comerciales se pagaban en moneda o mediante efectos bancarios, cuando existían pocos bancos y el transporte era dificultoso, el dinero cambiaba lentamente de manos. Una transacción bancaria en, digamos, 1860 era un asunto engorroso. Las instituciones se defendían a sí mismas del fraude mediante el empleo de toda la documentación por triplicado, firmada y refrendada. Existían muy pocos países en los que el elemento de confianza en el que se basa toda operación bancaria se extendiera mucho más allá de las personas conocidas o de los miembros de la misma comunidad religiosa. El elemento de desconfianza puede observarse todavía en cualquier banco continental, cuando existe una fuerte (y, para los clientes, molesta) distinción entre el empleado que negocia la transacción y el cajero que maneja el dinero. Los bancos eran casi un orden cerrado, que transmitía respetabilidad a sus acólitos más humildes; la carta más valiosa del Banco de Inglaterra era su reputación de probidad. Los cheques personales podían ser manejados como documentos constitucionales, y en cualquier país continental las transacciones tendían a realizarse al contado. Incluso los profesores de Lovaina tenían la costumbre de hacer cola

todos los viernes en la oficina del tesorero para cobrar en metálico sus salarios. En la Ópera de Viena, antes de una representación, una anciana, con un bolso lleno de monedas, se acercaba a los participantes en la misma y les entregaba sus honorarios, contándolos solemnemente sobre las manos extendidas de aquellos, práctica que continúa hasta hoy, aunque sin duda por motivos diferentes. Todo esto comenzó a cambiar bastante rápidamente después de 1895. El cheque y los demás «instrumentos de crédito» se fueron usando con mayor frecuencia; el número de bancos fue aumentando en todos los países a medida que los ferrocarriles y las carreteras permitían un rápido transporte del dinero. Este cambiaba de manos con mayor rapidez; existían muchas más transacciones con las mismas existencias dinerarias; en esas circunstancias, la atribución de los ascensos de los precios a la afluencia de oro solo podía servir de explicación parcial. Podía incluso argumentarse que la extracción de oro era una respuesta a los movimientos de los precios.

El economista austriaco Schumpeter se dio cuenta de que el alza de los precios tenía mucho que ver con un nuevo factor: el desarrollo de la tecnología en las décadas de 1890 y 1900. Las empresas reservaban una mayor proporción de sus beneficios para la inversión; los bancos, que servían de respaldo a las empresas, tenían que utilizar cada vez más sus propios fondos para este fin; se elevaban los tipos de interés; se fusionaban las empresas, y esto reducía la competencia, con objeto de hacer frente a los gastos que exigía la tecnología; y los precios subieron. Estaba naciendo la configuración de la inflación, el cártel-monopolio-«multinacional» y los poderosos sindicatos del siglo XX.

No hay duda alguna de que las dos décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial fueron la era de la máquina. La bicicleta, el teléfono y la máquina de escribir (que en sí mis-

mos tienen que haber contribuido de manera significativa a la velocidad de circulación del dinero, por cuanto las transacciones bancarias se hicieron infinitamente más sencillas) habían sido inventados antes, pero fue en la década de 1890 cuando se hicieron de uso general. Eran solo expresión de los principios que estaban teniendo un uso mucho más importante en la industria: instrumentos de precisión, por lo general mediante algún proceso automático; electromagnetismo e ingeniería eléctrica, relacionados, a su vez, con los avances en la química, que permitieron invenciones sin fin con los derivados del carbón. La electricidad había sido adaptada a los usos domésticos e industriales en la década de 1880 –Lord Kelvin iluminó con electricidad Peterhouse, en Cambridge, ya en 1882, y Lord Salisbury presidió cenas en Hatfield House a la luz de arcos voltaicos–, pero los procesos no fueron suficientemente abaratados para el uso masivo hasta la década de 1890. Al comienzo de esta, Milán se dio cuenta de que la electricidad constituía un sustituto del carbón, y los italianos (y los franceses) pronto tomaron la delantera, con la gran red centrada en Paderno sull'Adda y una empresa eléctrica comparativamente enorme, La Edison. La hidroelectricidad se extendió desde allí y llegó al valle del Milano, en Francia, cerca de Grenoble, con efectos espectaculares para la industrialización de esa región hacia 1900. La energía barata permitió procesos que de otra manera habrían resultado demasiado caros, como, por ejemplo, la explotación de los derivados del carbón, que se utilizaron para fabricar materiales sintéticos de todas clases; y en 1903 un belga, L. H. Baekeland, basándose en investigaciones alemanas, produjo el primer plástico: un material quebradizo, empleado para las cajas de las radios y la carrocería de los automóviles, denominado «baquelita». Al igual que su compatriota, el químico Ernest Solvay, Baekeland se hizo muy rico: por alguna razón, los químicos se daban más arte para ganar dinero que los ingenieros o los físicos, quie-

nes a menudo resultaban estafados cuando se trataba de explotar sus patentes.

La tecnología revolucionó la última década del siglo XIX y la primera del XX, tanto que no es una perogrullada decir que el siglo XX comenzó en 1900. El automóvil había sido inventado a principios de la década de 1880, pero en 1900 fue lanzado en las ciudades europeas. En 1906, París contaba con casi 7.000 vehículos de motor. El primer camión de Europa fue vendido por la firma Daimler a la Böhmisches Brauhaus en 1897, y el primer automóvil fue registrado por la policía prusiana en 1892 (característicamente, recibió la matrícula IA); en 1901 había 845. En 1903, se estableció una ruta de autobuses a lo largo de la Friedrichstrasse. En Italia, la Fabbrica Italiana Automobili (FIAT) se puso en marcha en 1900, junto con otros nombres famosos, entre ellos Lancia, en Turín; la francesa Panhard y la Hispano-Suiza se establecieron poco más tarde. Con la aviación se produjo un desarrollo similar, y de nuevo Francia e Italia llegaron a ser muy eficientes en la fabricación de los aparatos, aun cuando los principios de la aeronáutica hubieran sido elaborados en otras partes. En ambos casos, se trató más de una cuestión de ingeniosa improvisación que de una tecnología cara, lo que vino después. Lo que en primera instancia se necesitaba era un mercado. En 1910, los automóviles habían sido perfeccionados, y antes de la Primera Guerra Mundial Francia contaba con 90.000; incluso Rusia tenía 25.000. Se celebraban carreras automovilísticas, entre las que se incluyen una famosa de París a Pekín (que ganó el príncipe Scipione Borghese) en 1909 y una prueba para camiones desde Roma a Riga (ganada por un modelo ruso, producido en San Petersburgo por la factoría Russki Renault). Formaba parte de la atmósfera extrañamente moderna de esta época anterior a la Primera Guerra Mundial el hecho de que, ya en 1905, existieran numerosas revistas de contenido bastante demencial, con nombres como *Auto-*

car; ya en 1903, estas revistas reclamaban lo que, de común acuerdo, describían como un «código peatonal», dado que los peatones tenían una forma alarmante de interponerse en el progreso del automóvil. La «Safety First» *(«Seguridad lo primero»)* fue importada, de hecho, de los Estados Unidos, aunque el general Baden-Powell, fundador en 1908 de los *boy scouts,* la consideraba antibritánica.

A veces la nueva tecnología estaba destinada a tener un efecto revolucionario sobre la mano de obra, y en particular sobre la mano de obra especializada. Máquinas como la remachadora electromagnética empleada por Denny's, en el Clyde, podían reemplazar, evidentemente, a los oficios manuales existentes; podían ser manejadas por obreros semiespecializados, por aprendices e incluso por mujeres, cuyos salarios eran considerablemente más bajos que los de los hombres especializados. En las artes gráficas y en la ingeniería este factor contaba claramente; podía también contar en la industria textil, en la medida en que afectara a los hiladores. En Francia, en 1906, los tipógrafos realizaron huelgas en contra de este tipo de soluciones; en Inglaterra, los caldereros del Tyne fueron a la huelga en 1910 en defensa del derecho de los sindicatos a determinar si una máquina debía ser manejada por un hombre o por dos. En Alemania, los salarios de la industria metalúrgica aumentaron un 13 por 100 y los beneficios un 37,6 por 100 en la década anterior a 1914. En la mayoría de los países, los ingenieros y los obreros metalúrgicos (*métallos* en Francia, *metallar-beiterverband* en Alemania, *metallisty* en Rusia) proporcionaron una buena parte de la militancia obrera en la época anterior a 1914. En todos estos casos, los sindicatos oficiales –allí donde existían– se veían a menudo desafiados por revueltas fraguadas en las bases en contra de los acuerdos negociados por ellos. En Gran Bretaña, los fabricantes comenzaron a responder débilmente, incluso antes de 1914, desviándose hacia mercados más fáciles situados en su im-

perio y abandonando la competencia con alemanes y norteamericanos, quienes se situaron a la cabeza de la nueva tecnología. Esta actitud indolente no evitó que Gran Bretaña tuviera, en la época anterior a 1914, el peor historial de conflictos laborales, de todos los Estados europeos.

La gran baza de Europa occidental había sido el artesano. Los orígenes de la tecnología se remontan al pasado medieval; los bizantinos habían quedado sorprendidos por la pujanza de los francos a este respecto ya durante la tercera Cruzada. Aun en el siglo XVII, los escoceses eran conocidos como buenos ingenieros, los alemanes como buenos químicos; de modo similar, la técnica italiana en materia de electricidad tenía orígenes remotos. Pero, ahora, la tecnología iba mucho más allá de las inspiradas invenciones de un artesano. Podía ser adaptada a la mano de obra existente, que estaba mucho menos capacitada. A finales de la década de 1890, las historias sobre los métodos de «producción en serie» de Norteamérica asombraban a Europa. Un Henry Ford, que producía automóviles mediante «procesos continuos», con trabajadores semiespecializados realizando continuamente la misma operación en una cadena de trabajo, como máquinas sin cerebro, y pasando luego la pieza al trabajador siguiente para una operación distinta, constituía un portento; lo mismo sucedía con el ingeniero norteamericano Charles Taylor, cuya doctrina, el «taylorismo», estaba ideada para lograr la máxima eficiencia en las fábricas mediante la sustitución de los artesanos especializados, cada uno con su producto acabado, por trabajadores (o trabajadoras) semiespecializados, sometidos al análisis coste-beneficios, realizando cada uno de ellos una parte de la operación total. Una eficiente planificación de las fábricas podía hacer mucho por mejorar la producción, sin preocuparse demasiado de la cualificación de la mano de obra. Se trataba de una fórmula que producía un tedio extraordinario y que los empresarios y sindicatos de los centros industriales

más antiguos contemplaban con horror. Los constructores navales del Clyde siguieron obteniendo productos de alta calidad sin demasiada nueva tecnología. Pero estos productos se hicieron cada vez más caros.

Además, a partir de 1895, los europeos fueron testigos de un extraordinario desarrollo de la tecnología y de los negocios a gran escala, que a menudo surgían repentinamente en un medio campesino. Italia, y en especial Rusia, mostraban una extraña mezcla de lo viejo y lo nuevo: en Rusia, factorías que a veces empleaban hasta a 40.000 trabajadores podían levantarse en medio del campo, donde tenían la seguridad de contar con una mano de obra constante. En San Petersburgo, hacia 1914, existían más de 900 grandes factorías funcionando dentro del perímetro de la ciudad, que utilizaban la tecnología alemana más avanzada con una mano de obra recalcitrante, una planificación ineficiente y elementos de una tecnología muy atrasada, para desconcierto de los observadores extranjeros. Esta tecnología, aunque procedente de una muy larga tradición (y no solo en Europa occidental), floreció tan considerablemente en esta época a causa de que obtuvo el respaldo del capital a gran escala y de algunos empresarios famosos.

Por primera vez en la historia, los economistas (y los historiadores económicos) se preocuparon por la cuestión del crecimiento. El primer artículo que se dedicó a este tema en un diario culto apareció en 1904. Fue alrededor de 1910 cuando se utilizó ampliamente por vez primera la expresión «Revolución Industrial» para describir lo que había sucedido en el siglo XVIII en Gran Bretaña: hasta entonces, la adaptación de la tecnología había sido conocida, según una frase francesa, como «sistema maquinista», y no se había reconocido ningún tipo de ruptura decisiva ocurrida a mediados del siglo XVIII. Ahora, los economistas y los historiadores aplicaban su propia experiencia a dicho siglo, y desde

esas fechas venimos soportando un concepto sin sentido, el de la «Revolución Industrial» que supuestamente ocurrió entonces. Economistas como Werner Sombart escribieron libros clásicos sobre la historia del capital; Max Weber, el gran sociólogo, analizó la mentalidad empresarial y sus vínculos –que en las décadas de 1890 y 1900 eran obvios en Alemania– con la forma de pensar calvinista.

Los economistas comenzaron a ser conscientes de la existencia de un «ciclo económico» a medida de los merecimientos de la era. Comprendieron que los movimientos ascendentes y descendentes eran cosas que no podían ser disociadas, que juntas constituían un motor de crecimiento. El economista ruso Kondratiev estudió las circunstancias anteriores a la «Gran Depresión» (y también podía haber hecho lo mismo con las circunstancias posteriores) para identificar las «ondas largas» de aproximadamente cincuenta años de duración en las que los precios tendían a subir o a bajar. Ciertamente, no estaba equivocado al atribuir la gran explosión de desarrollo tecnológico de la década de 1890 a las circunstancias de la precedente caída de los precios. Los recursos agrarios y los artículos de consumo habían sido movilizados por la depresión agraria. Millones de europeos se habían visto impulsados hacia nuevos empleos, ya fuera en las ciudades o en ultramar. En muchos casos, trajeron de sus aldeas unas técnicas que podían ser adaptadas a la industria, pero incluso en el caso de que no tuvieran nada que ofrecer sino su fuerza bruta, como sucedió en la construcción con los trabajadores sin oficio determinado, o «peones», contribuían mucho más al crecimiento económico que si se hubieran quedado en sus aldeas. La «depresión» había movilizado, en efecto, la mano de obra, al igual que había creado un mercado urbano en expansión y que había movilizado el capital.

El capital ilustra de qué manera lo nuevo floreció sobre los restos de lo viejo. En la década de 1880 fue creado, en cierta medida, a partir de una actitud más enérgica e inteligente frente al crédito por parte de los banqueros. Esta nueva actitud se produjo como consecuencia de lo mal que lo estaban haciendo estos. En la mayoría de los países europeos, eran fuertemente conservadores. Tomaban el dinero de los ahorradores respetables y lo invertían, para conseguir un pequeño beneficio, en bonos del Estado. La tierra se llevaba una gran proporción de los fondos disponibles: incluso en Lombardía, la región más avanzada de la «transformista» Italia, la tierra acaparaba el 80 por 100 de los ahorros, porque se trataba de una inversión «segura». En Francia, los bancos se convirtieron en un ejemplo de conservadurismo; no se prestaban fácilmente a anticipar dinero a largo plazo a la industria. En Rusia, existían muy pocos bancos, y los empresarios, con frecuencia extranjeros, se dirigían a los bancos también extranjeros en busca de capital. En la mayoría de los países agrícolas ocurría lo mismo. Es cierto que a medida que los gobiernos, en la década de 1880, tomaban dinero prestado y lo gastaban, algunos bancos se dedicaron efectivamente a la especulación. En Roma se produjo un *boom* de la construcción, financiado por bancos especulativos a los que, en las singulares circunstancias de Italia, se les permitía imprimir sus propios billetes. A comienzos de la década de 1890, a medida que los precios de los productos naturales, de los que dependía una economía fundamentalmente agraria, como la italiana, caían nuevamente, estos bancos se vieron en aprietos, y por esa época se produjeron en Roma (al igual que en París, con el asunto del canal de Panamá) escándalos famosos. En Rusia, los desastres agrícolas de comienzos de la década de 1890 –que produjeron una época de hambre– pusieron igualmente en aprietos a los bancos, que se vieron empujados hacia nuevos rumbos.

El ejemplo que tenían ante ellos era la banca «mixta» de Alemania. Estos bancos habían surgido de las consecuencias del *crash* de 1873. Tomaban el dinero de los ahorradores corrientes, que podía ser retirado a corto plazo, y lo prestaban a largo plazo a la industria; de este modo pusieron los cimientos del avance industrial de Alemania en la década de 1880, o al menos de una parte sustancial del mismo. Muchos economistas de prestigio consideraban a estos bancos como fraudulentos. Pero estos se aprovechaban de las circunstancias de la década de 1880: nueva demanda y mano de obra inexperta, pero adaptable. En Alemania prosperaron y, a su vez, promovieron la industria. Si se veían en apuros, recurrían a una fusión. Cuatro grandes bancos –los *D-Banken* (denominados así porque los cuatro empezaban por la letra «D»)– dominaban los negocios. A comienzos de la década de 1890, la gradual erosión de las anteriores posiciones de los bancos hizo que los directores más emprendedores adoptaran actitudes diferentes. En 1895 tres judíos alemanes, Joel, Goldschmidt y Teplitz, compraron acciones de la banca italiana casi en bancarrota y crearon dos nuevos bancos, el Crédito Italiano y la Banca Commerciale, que prestaban dinero alemán y comenzaron a instalar y explotar la red eléctrica del norte de Italia. También invirtieron en la industria pesada italiana. Desde 1900 a 1914, el acero italiano, que había partido desde casi cero, ascendió a 1.000.000 de toneladas anuales. En Rusia o en Austria-Hungría ocurrió más o menos lo mismo: un florecimiento bastante repentino de bancos progresistas que movilizaban el capital que había quedado disponible a causa de la decadencia agraria y del hundimiento de los bancos que se encontraban demasiado implicados en asuntos directa o indirectamente agrarios. En Francia, de forma parecida, el Crédit Lyonnais encontró un director de ideas avanzadas a mediados de la década de 1890, que hizo mucho en favor de las industrias químicas francesas del valle del Ró-

dano, utilizando como punto de partida los ejemplos alemanes. No fue casual que Francia, en la Primera Guerra Mundial, demostrara ser considerablemente superior a Alemania en invención de explosivos y en producción de proyectiles.

La liberación de capital para la nueva tecnología fue una consecuencia directa de la «Gran Depresión». Los economistas de esa generación –como Schumpeter– entendieron bien que las penalidades de la depresión habían constituido una parte necesaria de ese progreso. Siempre que las ofertas dinerarias se mantuvieran en una especie de paridad con los movimientos de los precios, y que los impedimentos para el comercio interno e internacional fueran mínimos, la desagradable situación producida por la caída de los precios no sería duradera. Los economistas no estaban de acuerdo sobre los usos del oro. Una escuela austriaca, de la que salió Schumpeter (y también Von Mises y F. A. Hayek), probó el medio de adaptar la ortodoxia del patrón-oro. Austria fue el más débil de los países acogidos a este patrón. Durante algún tiempo, en el pasado, las adaptaciones de la plata y del papel moneda habían constituido la preocupación común de los economistas austriacos. Ahora, ponían al día su independencia con respecto a las rigideces del patrón-oro para investigar nuevas formas de tratar el dinero, utilizándolo no como un indicador de los acontecimientos económicos, sino como un estimulador de los mismos. El socialista austriaco Rudolf Hilferding se anticipó a los descubrimientos de Maynard Keynes; el sueco Wicksell se movió en la misma dirección. Otros economistas, aunque mantenían el buen criterio de su época de que nada serio se crea sin sinsabores, buscaban también la forma de mitigar las caídas de los precios. En Gran Bretaña, Alfred Marshall trató de adaptar las consideraciones de la legislación del bienestar a la economía. Examinó las posibilidades de descentralizar la industria y reducir la contaminación sin acudir a la autorita-

ria intervención estatal, que casi todos los economistas consideraban perniciosa. Sin embargo, la economía se alejó también del liberalismo clásico a partir de 1890. Un número considerable de economistas británicos, y un número alarmante de economistas continentales, se habían convertido al proteccionismo y al imperio. Resulta tentador llegar a la conclusión de que sus prejuicios se impusieron a su sensatez.

A medida que los precios iban subiendo a partir de 1895 o, en la década precedente, a medida que los países agrícolas eran cada vez menos capaces de hacer frente a esa subida, el impulso hacia la nueva industria se hacía más fuerte. En Alemania o en Gran Bretaña hubo que reducir los costes y se estimuló la mecanización. En Italia o en Rusia la depresión agraria impulsó la industrialización, aun cuando solo en sus primeros pasos la industria textil y los ferrocarriles. En la década de 1890, y especialmente en la de 1900, la nueva tecnología, a través de la inversión extranjera, pasó de los países avanzados a los más débiles, los cuales, en consecuencia, experimentaron un espectacular cambio económico en el espacio de muy pocos años. En las fábricas aparecieron ejércitos de proletarios (y campesinos). En la década de 1880, en otros países, se encontraron con que los precios bajaban suavemente y los salarios reales subían de forma bastante importante. A finales de la década de 1890, y luego de nuevo con posterioridad a 1906, se encontraron con que los precios subían de manera bastante rápida. El resultado, en todas partes, fue un grado de militancia obrera que llevó a algunos observadores a la conclusión de que la revolución se encontraba a la vuelta de la esquina. A partir de 1900, se produjo un continuo crecimiento del sindicalismo, solo marginalmente afectado por los retrocesos temporales en el avance económico. En Gran Bretaña, el número de afiliados subió de 2.500.000 a cuatro millones;

en Alemania, de menos de dos millones a más de tres millones; en Francia, de 100.000 a un 1.000.000.

Esta militancia se produjo en respuesta a la inflación, que fue la causa de que los salarios reales subieran de forma mucho menos rápida que en la década de 1880 (y, según algunos escritores, fue incluso la causa de que los salarios reales bajaran en los años anteriores a la guerra). También se produjo porque los beneficios ascendieron de forma bastante considerable a partir de 1895. Gran Bretaña, por ejemplo, experimentó un *boom* en algunas de sus industrias más antiguas: la construcción naval, el carbón y el textil. Conforme se fueron recuperando los precios de los artículos de consumo, los tradicionales clientes de Gran Bretaña volvieron a las mercancías británicas. Una vez más, los productos básicos británicos conocieron una época de esplendor por última vez, como se vería más tarde, si exceptuamos las singulares circunstancias del corto *boom* de la posguerra. Las estadísticas varían, pero el comercio exterior británico creció claramente desde su nivel de estancamiento (según Clapham, alrededor de 650 millones de libras a comienzos de la década de 1890 a 870 millones en 1901, 975 millones en 1905, más de 1.000 millones en 1907, 1.201 millones en 1910 y 1.405 millones en 1913). En 1908, el tráfico portuario en Gran Bretaña sobrepasaba en un millón de toneladas al de 1904. En 1909, en toda Europa habían aumentado los beneficios, que a menudo eran utilizados para promover la nueva tecnología, más que para elevar los salarios.

Las empresas se dieron cuenta de que lo ventajoso para ellas era fusionarse o cooperar. A comienzos de la década de 1890, se produjo una depresión que fue particularmente grave en los países agrícolas en rápido desarrollo, como Italia y Rusia; imprudencias en el juego bursátil, una crisis financiera internacional y una saturación temporal de los ce-

reales se combinaron para frenar el crecimiento. En Rusia, las dos terceras partes de las empresas cuyas acciones se cotizaban en bolsa amenazaron con ir a la quiebra. En respuesta, se unieron con objeto de aunar sus recursos. Se crearon, así, los cárteles. En Alemania ya habían aparecido en la década de 1880 con objeto de que el escaso capital existente circulara de nuevo: compañías como AEG (electricidad) o los grupos de empresas del carbón de Westfalia constituyeron un modelo para Europa, y en particular para Rusia. Estas uniones y alianzas adoptaron diversas formas, pero a finales de siglo la «gran empresa» se había convertido en un concepto común, al tiempo que los cárteles contendían por una posición monopolista. Dado que en esos momentos los aranceles aduaneros se estaban elevando, resultaba ventajoso para estas empresas transcender las fronteras nacionales. AEG se estableció en Rusia, y mucho antes de 1914 firmas alemanas estaban comprando partes importantes de la economía francesa. Este fue el comienzo de la «multinacional», con una enorme cantidad de capital no basado en un solo país. En un principio, estos cárteles fueron utilizados con fines agresivamente antisindicales; los sindicatos tuvieron que hacer frente a los *lock-outs* de un gran número de empresarios que deseaban meter en cintura a sus hombres y que cooperaban para establecer listas negras de agitadores. Con el tiempo, los sindicatos se dieron cuenta, especialmente en Alemania, de que resultaba bastante fácil tratar con las grandes empresas: estas podían permitirse el lujo de pagar salarios altos, debido a que su posición monopolista les permitía endosar los costos a sus clientes.

Sin embargo, en los últimos años de la década de 1880 y en los primeros de la de 1900, los empresarios tendieron a adoptar una postura combativa. Lo hicieron en respuesta a la ola de conflictos laborales que afectó a la mayoría de los países a comienzos de la década de 1890. Los inicios de una

caída de los precios –proceso que duró hasta 1895– indujeron a los patronos a exigir reducciones salariales a la antigua usanza. El carbón fue particularmente vulnerable a las fluctuaciones de la demanda industrial, y el salario medio de los mineros en Bochum, en el Ruhr, subía y bajaba: 941 marcos en 1889, 1.120 en 1892, 946 en 1893, 1.208 en 1904. En 1889, las minas de carbón estallaron en Gran Bretaña y Alemania. En Francia, en 1893, también estallaron, después de un gran desastre en la mina de Carmaux. En los tres casos, los mineros crearon rápidamente sindicatos para defender sus posiciones. Los muelles también fueron vulnerables a las fluctuaciones; también en ellos la mayoría de los países experimentaron disturbios a comienzos de la década de 1890 y, en Ámsterdam, la huelga portuaria produjo serios desórdenes y algunos muertos. En Francia, Italia y Gran Bretaña los ferroviarios asimismo se volvieron más combativos. En los viejos tiempos, los ferrocarriles se contaban entre los mejores lugares para trabajar: uniformes, pensiones, salarios decentes, a veces una pequeña parcela de tierra para cultivar. Pero las perturbaciones originadas por la competencia y los insatisfactorios acuerdos entre nacionalizadores y empresas privadas dieron como resultado que los distintos países eludieran invertir capital en ellos. Los ferrocarriles se hicieron bastante peligrosos: en el norte de Francia se producía diariamente un accidente importante. Los directivos de las diversas líneas utilizaban con exceso el material móvil y el personal, y los salarios se mantenían bajos (y desconcertantemente complejos en sus combinaciones de conceptos desglosados y primas y horas extraordinarias locales). En el periodo inflacionario posterior a 1896, y en especial a 1905, hubo desórdenes a consecuencia de esto en la mayoría de los países. En Gran Bretaña, antes de 1914, una «triple alianza» de mineros, ferroviarios y obreros portuarios amenazó con suspender la vida económica en su conjunto; pero en Italia, Francia o Alemania esta

triple alianza siempre estuvo muy lejos de conseguirse, mientras que Suecia y Bélgica conocieron intensas luchas en los años 1902-1914.

En un principio, los empresarios respondieron con fuerza. Negaban que los sindicatos fueran representativos (y, en la década de 1890, no dejaban de tener razón) y no los reconocían. Esto produjo conflictos tales como el *lockout* de los ingenieros en Gran Bretaña, en 1897, y las enormes huelgas de las fábricas textiles de Crimmitschau, en Sajonia, o Ivanovo-Voznesensk, en Rusia, en 1903. Los empresarios de la industria pesada alemana, en especial, estaban rotundamente en contra de los sindicatos: adoptaron la actitud *Herr-im-Haus* (aproximadamente, «lo que es mío es mío»). Organizaron sindicatos de empresa y contrataron a trabajadores «amarillos» (como se les llamaba en la mayoría de los países) o «negros» (expresión británica) para derrotar a los huelguistas. Estos sindicatos de empresa tuvieron algunas veces más éxito que los sindicatos socialistas, especialmente si se combinaban con un paternalismo ilustrado por parte de los empresarios –como, por ejemplo, viviendas, educación y subsidios para las actividades que realizar en el tiempo libre (tales como las pistas de tenis para los trabajadores instaladas en una factoría de algodón de Lancashire en 1900) a cuenta de las empresas. Pero las firmas que operaban con escasos márgenes de beneficio –y entre ellas se incluían la mayor parte de los cárteles, comprendidos los de Rusia– rara vez podían permitirse tal paternalismo.

A lo largo de toda la década de 1890, los empresarios se enfrentaron, normalmente por la fuerza, a los nacientes sindicatos y exigieron que el Estado apoyara la causa de un capitalismo sin restricciones. En los últimos años de la década de 1890, el Estado les complació: en Suecia se promulgaron leyes que permitían el encarcelamiento de los piquetes. Para los patronos, los piquetes constituían una intromisión en

el derecho de los trabajadores a encontrar su propio mercado. Con frecuencia los sindicatos estaban formados solo por una parte de los trabajadores; pero, utilizando matones y amenazando con represalias, los sindicatos podían presionar a unos trabajadores que habrían estado perfectamente dispuestos a trabajar si se les hubiese dejado, o que al menos se habrían abstenido de participar en las huelgas. Los piquetes hacían su aparición, a menudo violenta, en la mayoría de las huelgas, y los patronos pedían que se utilizara la policía. En Suecia se promulgó una ley en este sentido, que condujo a la importación de mano de obra «negra» (británica) al puerto de Malmö, a un tumulto con algunos muertos y detenidos, y finalmente a una huelga general. En Alemania, el káiser exigió una ley que autorizara el encarcelamiento de los piquetes (la *Zuchthausvorlage*), rechazada por un *Reichstag* que había aprendido del fracaso de las leyes antisocialistas de Bismarck. En Gran Bretaña, en el *Taff Vale Judgement* de 1901-1902, se recurrió a los tribunales para que los sindicatos pudieran ser demandados por daños y perjuicios por aquellos empresarios contra quienes hubieran estado dirigidas las huelgas. Por la misma época, en Francia, el caso Loichot hizo, de igual modo, que los fondos sindicales estuvieran sujetos a reclamaciones por daños y perjuicios, aunque dichos fondos fueran de carácter «benéfico» y estuvieran destinados a pagar pensiones y seguros.

En respuesta a las nuevas circunstancias económicas y a la reacción de los patronos frente a los sindicatos, los partidos socialistas comenzaron a adoptar una actitud diferente en los primeros años de la década de 1890. En 1889, en el contexto de la Exposición de París, que conmemoró el centenario de 1789, se constituyó la II Internacional de los partidos socialistas, tras haberse dividido en grupos rivales la I Internacional quince años antes. Desde 1889 a 1893, se constituyeron partidos socialistas en la mayoría de los paí-

ses, aunque en Rusia esto no ocurrió hasta 1897. Los anteriores rivales –anarquistas, marxistas ortodoxos, intelectuales, sindicalistas, «posibilistas» (como fueron llamados los defensores franceses de la colaboración con el radicalismo de clase media)– se unieron. El partido italiano surgió del centenario de Colón en 1892: Génova ofreció viajes en ferrocarril a precio barato, y la izquierda utilizó el ofrecimiento para celebrar una conferencia que fundó el Partido Socialista Italiano, aunque la palabra *operaio* (obrero) no desapareció de su título oficial hasta más tarde, como deferencia hacia los elementos anarquistas y sindicales, para los que la palabra «obrero» significaba mucho más que el «socialismo» de los intelectuales. En 1900, en la mayoría de los países estos partidos se encontraban en condiciones prósperas, aunque en Gran Bretaña fue entonces cuando los sindicatos y unos pocos intelectuales se unieron para constituir lo que iba a convertirse (en 1906) en el Partido Laborista. En dicho país, no fue sino justo antes de la guerra cuando la mayoría de los sindicatos retiraron su apoyo a los liberales.

Después de 1890, la lucha de clases constituyó la base de la política en Europa. Su intensidad variaba de un lugar a otro: en realidad, no hubo ningún país europeo que no considerara, y no considere, su propio sistema de clases como peor que el de cualquier otro país. La lucha de clases se manifestaba de diferente manera y en diferentes épocas: las personas no estaban de acuerdo respecto a cómo debía desarrollarse la lucha, y a veces se olvidaban totalmente de luchar. El concepto se presta a una interminable relativización. Sin embargo, sus líneas principales eran bastante claras. Antes de 1914, la lucha política se libraba en todos los países en términos de clases. Había partidos que creían que el dinero debía ser transferido de los ricos a los pobres por medio de la presión fiscal, y partidos que combatían esta idea. La creciente integración de la economía europea significaba que los altibajos económicos tendían ahora a afectar

del mismo modo a todos los países y más o menos al mismo tiempo. Dado que estos altibajos influían claramente en el comportamiento electoral más que cualquier otra cosa, las políticas de Europa se movían en paralelo: a comienzos de la década de 1890, un periodo de apología liberal; a finales de la misma, una orgía de nacionalismo e imperialismo; alrededor de 1905, levantamientos de la izquierda; alrededor de 1906, gobiernos liberales o de tendencia izquierdista que estaban demasiado divididos para conseguir mucho; después de 1909, una era de caos político en casi todos los países, a medida que la política interna se iba perturbando con la amenaza de una crisis internacional y con la carrera de armamento.

En los primeros años de la década de 1890, la implantación del socialismo, los sindicatos y la lucha de clases era bastante evidente. Las elecciones celebradas en Alemania y Gran Bretaña mostraron deslizamientos hacia la izquierda; y el elemento democrático-clerical –ya fuera en el partido centrista católico alemán, o en el partido autonomista irlandés– había ganado también fuerza. Sus dirigentes estaban perplejos. Se vieron obligados a recurrir a una amplia variedad de seguidores. Los obreros católicos de las ciudades eran cada vez más, y la Iglesia constituyó sus propios sindicatos en Italia y Alemania; los sacerdotes, por lo general, ocupaban un lugar destacado en las empresas paternalistas de Francia. Los campesinos y artesanos de las pequeñas ciudades constituían el principal soporte de los católicos en Alemania y en determinadas partes de todos los demás países católicos. Respondían a la promoción, por parte del clero, de cajas de ahorros y cooperativas (la primera de las cuales fue instituida por un sacerdote en el Véneto en 1886). Pero existía también un elemento católico liberal, un elemento católico reaccionario y un *establishment* clerical que podía sacrificar a veces los intereses inmediatos de un partido católico en un país en beneficio de los intereses in-

ternacionales del papado. Windthorst, el líder de los católicos alemanes de la década de 1880, dijo en una ocasión que se había sentido «apuñalado por la espalda» cuando el papa trató con Bismarck pasando por encima de su cabeza: el papa, que necesitaba el apoyo de Bismarck contra los anticlericales de Francia e Italia, forzó a los líderes católicos alemanes a cooperar con el canciller, en lugar de ejercer la oposición que por naturaleza les correspondía en un Estado dominado por los protestantes.

En esas circunstancias, resultaba casi tan difícil mantener unidos a los partidos católicos como mantener unidos a los partidos socialistas; hasta cierto punto, unos y otros actuaban como muro y contrafuerte, porque eran rivales a muerte en su búsqueda del voto de las masas. Los católicos se organizaron en los primeros años de la década de 1890, justo en las mismas fechas en que lo hicieron los socialistas. A finales de la década de 1880, se deshicieron (en buena medida) de su equivalente de los «whigs» que habían apoyado al liberalismo británico hasta esa década: los Lichnowsky y los Hatzfeld, que habían promovido el catolicismo político en la década de 1870, se unieron en la de 1890 a los conservadores. En numerosos casos, podía emplearse en esos momentos el lenguaje democrático; los líderes católicos tendían a ser hombres de la clase media o incluso de la clase media baja, como el alemán Matthias Erzberger, hijo ilegítimo de un cartero, o Josef Wirth, maestro de escuela, o los innumerables abogados de clase media del catolicismo político italiano. En ocasiones, el «catolicismo social» causó impacto. En Bélgica, Carton de Wiart, con *L'Avenir Social* de Lieja, supo atraerse a las rebeldes comunidades mineras. En Hazebrouck, en el norte de Francia, el abate Lemire hablaba para los «Círculos de Trabajadores». En España, la revista *Razón y Fe,* editada por los jesuitas, promovía la causa del padre Vicente entre las clases trabajadoras de Barcelona. En Italia, el «cura rojo», el padre Murri, hablaba para el

proletariado de Milán; y es significativo de la atmósfera de la Italia liberal de aquella época el hecho de que en 1898 un general ordenara el bombardeo de un monasterio de Milán porque tenía motivos para suponer que en el mismo se escondían unos anarquistas. En los años 1890-1893, el catolicismo político fue lanzado oficialmente en Francia con el *Ralliement,* en Alemania con el *Volksverein für das Katholische Deutschland,* en Austria con el *Christlich-soziale Partei;* y en los demás países los católicos comenzaron conscientemente a atraerse a las masas. En 1891, una encíclica papal, la *Rerum Novarum,* demostró que el propio León XIII estaba dispuesto a bendecir las nuevas preocupaciones sociales. Un profesor italiano, Toniolo, elaboró planes para un sistema económico regido por el Estado, que acabaría con las diferencias de clase. Se le denominó «Estado corporativo», en honor de los gremios o corporaciones medievales.

El «catolicismo social» fue visto por liberales y conservadores como una gran amenaza. Podía significar la reforma agraria, el reconocimiento de los sindicatos, la nacionalización de las empresas comerciales, la imposición de contribuciones a los ricos. Es cierto que estos puntos dividían a los católicos, al igual que a los demás, pero en un país como Italia no resultaba impensable la alianza de católicos y socialistas, de negros y rojos. En cualquier caso, a medida que se iban desarrollando los gobiernos locales, los católicos se iban dando arte a menudo para situar en ellos a sus propios candidatos y transformar la burocracia local en una maquinaria en la que los contratos y los nombramientos locales recaían en los católicos protegidos y no en sus rivales liberales. Karl Lueger, que gobernó Viena en la década de 1890, se condujo de esta manera. Por ejemplo, nombró cirujano jefe de la ciudad a un católico relativamente joven y no al candidato obvio, el experimentado y muy competente doctor Ludwig Klaar, que era judío. En Múnich, por la misma época, una alianza de católicos liberales y protestantes se

encontró sometida a graves presiones por parte de los católicos radicales que manejaban las maquinarias de la ciudad y hablaban el lenguaje del campesinado. En el mundo rural, los sacerdotes tuvieron un completo e ininterrumpido éxito, ya fuera en Irlanda, la Baviera católica o Bélgica.

Reunir en uno solo a estos partidos católicos no era tarea fácil. Había que apaciguar al elemento constituido por la clase trabajadora, porque podía encaminarse si no hacia el socialismo (en Inglaterra, el voto católico tendía preponderantemente hacia la izquierda). Por otra parte, el catolicismo necesitaba de sus seguidores de la clase adinerada; y en la década de 1890 se estaba poniendo de manifiesto, en la mayoría de los países, la brecha existente entre los obreros y los campesinos, dado que las dos partes se mostraban en desacuerdo respecto a los aranceles que gravaban los productos alimenticios y sobre otras muchas cosas más. En Alemania y en Bélgica, el catolicismo político estaba, por tanto, expuesto a tensiones; en Francia, nunca despegó del todo; en Irlanda, los miembros del partido autonomista apenas se aventuraban a promover otra causa que no fuera la autonomía y la religión, porque ello los habría dividido. Por consiguiente, su comportamiento político, en palabras de Joseph Lee, era un modelo de «importantes oportunidades perdidas».

A finales de la década de 1880, estaba claro que la represión de los nuevos partidos de masas no había funcionado. En Alemania, socialistas y católicos obtuvieron la mayoría en el *Reichstag* en 1890; en todas partes, rojos y negros erosionaban las posiciones de los liberales. Estos estaban divididos respecto a la cuestión de las alianzas: unos preferían a la izquierda, otros a los católicos. En todas partes, los conservadores se pronunciaban firmemente por una alianza con los católicos, el «bloque azul-negro», como llegó a ser conocida en Alemania. En los primeros años de la década

de 1890, los liberales de tendencia izquierdista consiguieron hacer triunfar su causa. En Alemania, Bismarck fue depuesto. Su sucesor, el general liberal Caprivi, deseaba atraerse a la izquierda. Dejó sin efecto la ley contra el socialismo y permitió los sindicatos. Redujo los aranceles de los productos alimenticios (así como otros tipos de aranceles), y combinó esto con una reducción del tiempo del servicio militar; hizo más fáciles las cosas para los católicos, y suavizó los métodos antipolacos del Ministerio de Educación prusiano. En Inglaterra, Gladstone llegó al poder con un programa de autonomía y extensión de la democracia a los gobiernos locales. En Austria, el primer ministro que durante largo tiempo ocupó dicho puesto, el conde Taaffe, animó a su lugarteniente, el doctor Emil Steinbach, a preparar un proyecto de sufragio universal. En Bélgica y los Países Bajos el sufragio universal fue introducido en 1893-1894, aunque rodeado de una tal cantidad de requisitos que se convirtió en algo casi sin sentido. En España, el gobierno liberal de Sagasta lo introdujo en 1890. En Italia, en 1892, Giovanni Giolitti, como hombre de la izquierda, también lo puso en práctica. En Francia, toda una serie de gobiernos apelaron ora a la derecha, ora a la izquierda. En 1895, hubo un breve anticipo de Frente Popular, en forma de gobierno dominado por los radicales bajo la presidencia de Léon Bourgeois. Este gobierno fomentó una cooperación dirigida por el Estado, la Mutualité, en lugar del socialismo; en Inglaterra, por la misma época, el ministro del Interior del gobierno de Gladstone, H. H. Asquith, enarboló la misma causa, a la que denominó «fraternalismo». Cuando Alfred Marshall, de Cambridge, publicó su clásico, *Principios de economía,* en 1890, hablaba de «caballerosidad económica». Además, la Economía de Cambridge, creada por J. M. Keynes, surgió de la «ciencia moral», distanciándose de una economía, supuestamente defendida por la Escuela de Mánchester, que abandonaba a mucha gente a su propia

suerte y que Marx ridiculizaba. Todos estos gobiernos estaban esencialmente interesados en contener a la izquierda, y en impedir que las clases trabajadoras votaran a los socialistas, mostrándoles lo que un capitalismo ilustrado podía conseguir.

El esfuerzo de acabar con el socialismo mediante la benevolencia constituyó un fracaso en todas partes. Los años 1890-1895 no fueron años prósperos, y los gobiernos fueron culpados de ello. La derecha fue intransigente. Los propios liberales llegaron a estar muy divididos en materias tales como los aranceles y la política armamentista. Fue característico el hecho de que en Italia, Alemania y Gran Bretaña esos gobiernos se vinieran abajo a causa de las cuestiones navales. Los católicos también se dividieron. Por consiguiente, estos gobiernos de izquierda abandonaron sus programas positivos y su retórica se hizo aburrida. La dimisión de Gladstone en 1894 marcó el fin en todas partes del clásico liberalismo paternalista. La derecha, sin embargo, tenía un programa cada vez más coherente: la causa del imperio.

«NATIONAL EFFICIENCY» Y «SAMMLUNGSPOLITIK», 1896-1904

A partir de 1896, se produjo una oleada de imperialismo que por primera vez se convirtió en una causa popular. La lanzaron los italianos, invadiendo Abisinia (y sufriendo la derrota de Adua). En Alemania, en 1897, Tirpitz inició la creación de su gran flota de combate. En 1898, los Estados Unidos y España entraron en guerra, y los españoles perdieron sus posesiones del Pacífico y del Caribe. En 1899, los británicos entraron en guerra con los bóers. Francia extendió su imperio centroafricano, y en 1897-1898 se produjo una alarma de guerra cuando entró en conflicto con las fuerzas británicas en el alto Nilo, en Fashoda. La alianza francorrusa se estrechó en 1898. Rusia y Japón fueron a la guerra en 1904-1905. Este imperialismo no representó la

cuestión un tanto fortuita que había sido en los comienzos de la década de 1880, cuando al menos podía esgrimirse el pretexto de que África había sido repartida «en un arrebato de ofuscación». Formó parte de un programa coherente que comprendía los aranceles, una racionalización del gobierno, la búsqueda de una educación más práctica y, en expresión inglesa, la *national efficiency* (eficiencia nacional). Los defensores de este programa aspiraban a vincular la derecha y el centro políticos con la causa imperialista: se trataba de un alineamiento de los partidos de los propietarios contra la ahora formidable izquierda, que quitara virulencia a la lucha de clases mediante la exportación de los proletarios a un nuevo imperio, o mediante la ayuda prestada por el botín imperial a la industria nativa. Esto era lo que el dirigente político alemán Johannes von Miguel expresaba con la palabra *Sammlungspolitik.* Von Miguel «congregaría» *(sammeln)* a los católicos, los conservadores y los liberales como mayoría en el *Reichstag.*

En todas las partes de Europa había gobiernos de derecha. Las huelgas y los conflictos económicos de los primeros años de la década de 1890 condujeron a numerosos liberales y católicos, asustados, a la alianza con los conservadores; durante algún tiempo, la recuperación económica proporcionó un fuerte apoyo a la nueva alianza. En asuntos internos, se produjeron ataques a los sindicatos por parte de los tribunales en Inglaterra, Francia, Suecia y Prusia. En Italia, un general, Pelloux, fue designado en 1898 para resolver por la fuerza la cuestión social, saltándose la constitución si era necesario. El rey dijo: «Esta vez daremos el gran golpe». En Milán, en el mes de mayo, se utilizó el ejército para reprimir a la izquierda (y a los católicos) en los *fatti di maggio,* durante los cuales hubo centenares de muertos y detenidos. En España, el general «regeneracionista cristiano», Polavieja, fue propuesto para cumplir fines similares. En Francia, Jacques Méline dirigió una coalición

nacionalista de derechas que, de 1896 a 1899, rehusó hacer justicia al judío Alfred Dreyfus, tomado como víctima, que había sido encarcelado por un supuesto delito de espionaje. Este caso dominó la política francesa; aunque pronto estuvo embarazosamente claro que había existido un error judicial, la derecha clerical y nacionalista mantuvo la causa anti-Dreyfus porque excitaba el antisemitismo popular. En Gran Bretaña y Alemania, el imperialismo unió efectivamente a los partidos de los propietarios; Joseph Chamberlain, defendiendo la existencia de un arancel británico, ganó numerosos adictos entre los conservadores, porque dicho arancel convertiría el imperio británico en un bloque económico, aislado de la competencia extranjera. No es casual que asumiera un papel protagonista en el desarrollo de la guerra de los bóers de 1899-1902: gracias a esta guerra, Gran Bretaña pasó a controlar las minas de oro y diamantes de África del Sur.

En la década de 1890, los imperialistas miraban con esperanza a Turquía y China. Estos imperios estaban desintegrándose: sus finanzas en un completo desorden, sus gobiernos internos en proceso de destrucción, sus regiones exteriores abiertas a toda clase de aventureros. Las posesiones turcas en los Balcanes y la isla de Creta (que se sublevó y fue la causa de la guerra greco-turca de 1897-1898) fueron escenarios de disturbios nacionalistas; Marruecos –que formalmente constituía una posesión turca– y Persia estaban plagados de agentes de las potencias europeas; Manchuria, la parte norte de China, fue el escenario de la rivalidad entre dichas potencias. En la mayoría de estos casos, las contiendas estuvieron relacionadas con las concesiones ferroviarias: en caso de ser otorgadas a una sola potencia europea, esta podría dominar la economía local. Se produjeron disputas a medida que las mencionadas potencias iban estableciendo colonias extraterritoriales en diversos puertos de la costa de China. Rusia y Gran Bretaña mantuvieron li-

tigios sobre estas cuestiones; los japoneses, que se habían «occidentalizado» de forma muy rápida, se interesaron cada vez más por el norte de China, y también chocaron con los rusos, que construían un ferrocarril en el Lejano Oriente que atravesaba territorio chino en Manchuria.

En respuesta a todo esto, el gobierno alemán decidió la creación de una gran flota de combate, para cuyo fin se aprobaron diversas leyes en 1897 y 1900. Alemania se había convertido claramente en la mayor potencia de Europa; los hombres de negocios de la *Sammlungspolitik* deseaban hacer de ella una verdadera potencia mundial. Pero Alemania no podía conseguir colonias a menos que se asociara con Gran Bretaña, cuya armada era, con mucho, la mayor del mundo. El almirante Tirpitz, artífice de la armada alemana, argumentaba que los británicos podían ser forzados a realizar concesiones. Una armada alemana podía ser más pequeña que la británica, pero si se llegara a una batalla entre ambas serían hundidos tantos barcos británicos, aun en el caso de una victoria de Gran Bretaña, que los vencedores correrían el riesgo de llegar a ser inferiores a las siguientes potencias navales, Francia y Rusia. Los británicos no querrían correr este riesgo y se verían, pues, obligados a ponerse del lado de Alemania en los asuntos mundiales.

Todo esto coincidió con una complicada disputa en torno a China. Aventureros y soldados rusos deseaban apoderarse de Manchuria y, eventualmente, también de Corea, pero chocaban con los intereses japoneses en ambos casos, y, en general, los británicos apoyaban a Japón. Francia, aliada de Rusia, podía, por consiguiente, verse arrastrada a una contienda en el Lejano Oriente, en el que estaba poco interesada. Había, por tanto, dos problemas diplomáticos distintos y de alguna manera contradictorios: un enfrentamiento anglorruso que alejaba a Gran Bretaña de la alianza francorrusa y un creciente temor en Londres de que la ar-

mada alemana estuviera destinada a amenazar la posición británica en el mundo. En 1900, ambas cuestiones dominaban el pensamiento británico. Por el momento, esos problemas no eran graves; la armada británica era tan grande que podía abarcarlos. La guerra de los bóers se libró en un «espléndido aislamiento», a pesar de los gestos realizados por los alemanes en favor de los bóers. La amenaza francesa en el alto Nilo fue fácilmente reprimida en Fashoda. En el Lejano Oriente, la posición británica se hizo mucho más sólida, en términos navales, porque en 1902 se selló una alianza anglojaponesa. Aquí, el motivo dominante era el naval: los británicos, que una generación antes habían controlado sin dificultad las aguas del Lejano Oriente, se veían ahora superados en número por los navíos de guerra de otras potencias.

De vez en cuando, una u otra de las potencias continentales sugería una liga continental contra los británicos. Pero estas ideas eran poco realistas. Los franceses estaban mucho más preocupados por el poderío alemán que por el imperialismo británico. El zar miraba con buenos ojos un entendimiento con Alemania, y en 1897 se mostró de acuerdo en «congelar» las cuestiones de los Balcanes (acuerdo de Mürzsteg) a fin de evitar fatigosas disputas sobre el Oriente Próximo. Pero el ministerio ruso de Asuntos Exteriores no podía abandonar su alianza con Francia, y en 1898 esa alianza fue sutilmente alterada para convertirse, de hecho, en una alianza ofensiva. Otra idea discutida a menudo por aquella época era la de una alianza anglogermana. Fue propuesta por Chamberlain en 1898 y de nuevo en 1901; hubo inútiles parloteos sobre las razas teutónica y anglosajona. Pero tales planes se fueron a pique por razones obvias. Los británicos no irían a la guerra con Francia para hacer aún más claramente de Alemania la principal potencia continental y los alemanes no entrarían en guerra con Rusia por las inversiones británicas en Shanghái.

Además, en 1903 la rivalidad anglogermana en materia naval estaba produciendo un considerable cambio de clima. En el Lejano Oriente, los desatinos de Rusia provocaron una situación muy tensa. Se enviaron tropas a Manchuria, se hicieron promesas de retirarlas, pero estas promesas no fueron cumplidas. Como resultado, las fuerzas japonesas atacaron la concesión rusa en Port Arthur a comienzos de 1904, y se desencadenó una guerra que duró hasta el verano de 1905. Esta guerra terminó con la humillación rusa, especialmente en la espectacular acción de Tsushima, en la que la flota rusa del Báltico, que había protagonizado una odisea durante varios meses, fue hundida sin dejar apenas rastro en los estrechos existentes entre Japón y Corea.

La contienda entre Japón y Rusia alarmó grandemente a París y Londres; en 1903, británicos y franceses comenzaron a discutir las formas de mejorar sus propias relaciones. Hasta cierto punto fue simplemente un trato imperialista. Los franceses desistieron de sus pretensiones sobre Egipto y los británicos accedieron a apoyar las reclamaciones francesas sobre Marruecos. Era un trato bastante sensato, que podía justificarse fácilmente en sus propios términos. Pero tenía también implicaciones antigermanas, que fueron en gran medida provocadas por las ambiciones de Tirpitz. El 4 de abril de 1904 se concluyó el pacto, que fue descrito como una «*entente* cordial». De esta forma, la ola imperialista de finales de siglo creó una tensión internacional que hizo a todo el mundo consciente del peligro de una guerra.

Sin embargo, el nacionalismo y el imperialismo eran causas populares en esa época. Una considerable literatura, a todos los niveles, las propagaban. Los escolares ingleses leían a G. A. Henty, y en Alemania a Karl May. Las muchedumbres se reunían, de manera casi histérica, para celebrar la liberación de Mafeking en la guerra de los bóers, o la botadura de los grandes navíos de Tirpitz. Los historiadores

hicieron fortuna celebrando el pasado de sus naciones como una procesión de grandes hombres y grandes acontecimientos; un Holland Rose podía terminar presuntuosamente su vida de Napoleón con la opinión de que toda la historia mostraba no el vigor marcial de los pueblos latinos, sino la fortaleza de «las razas teutónicas». En Gran Bretaña, el imperio era una causa que satisfacía a los millones de personas que tenían parientes en el extranjero; en todas partes, las emociones del imperialismo parecían sacar a la gente, imaginariamente, del monótono mundo de los suburbios y las callejuelas.

A otro nivel, el imperio generó una gran cantidad de teóricos, tanto en favor como en contra. Los argumentos en favor eran bastante simples, aunque a menudo se exponían con gran extensión, aunque nunca tanto como en las páginas de *Mein Kampf* de Hitler, si bien esta obra, escrita a comienzos de la década de 1920, estaba mucho más lejos de la moralidad del siglo XIX que sus precursoras. Teóricos tales como Gustave Le Bon en Francia o Heinrich Class en Alemania consideraron el proletariado, las huelgas y las vicisitudes de la economía. Si hubiera colonias, el proletariado excedente podría ser exportado. En ellas habría también un mercado y materias primas baratas. Una barrera arancelaria alrededor del imperio mantendría alejada a la competencia extranjera barata; la industria metropolitana complementaría la agricultura imperial en beneficio de todos; de esta forma, la rivalidad industrial disminuiría, dado que la prosperidad estaría garantizada. La alternativa era una lucha de clases inacabable. «Quien quiera evitar la guerra civil tiene que ser imperialista», decía Cecil Rhodes, artífice del imperio británico en África del Sur. «Para mantener a las masas alejadas de las revueltas», afirmaba el príncipe Eulenburg, amigo del káiser, «es preciso tener una política emprendedora». En sus argumentaciones de 1897, Tirpitz decía que la armada sería la respuesta «tanto a la democracia social

ilustrada como a la no ilustrada». «La política colonial es la hija de la industrialización», pensaba Jules Ferry. El «darwinismo social» fue introducido a menudo en la cuestión del imperio, así como en los análisis de las clases, para demostrar que las jerarquías raciales y sociales tenían un fundamento biológico, es decir, que el poder constituía el derecho. Todo ello acompañado de una increíble confianza en sí mismos. Lord Curzon, virrey de la India, afirmó que los británicos debían gobernar «como si fuera para siempre». Incluso prohibió que se cantara *Onward Christian Soldiers,* porque pensaba que podía inspirar a los soldados bengalíes. Algo similar ocurrió en Bosnia (aunque con un toque de ironía húngara), donde el gobernador Habsburgo, el conde Kállay, secuestró su propia *Historia de Serbia* para que no la leyeran los nacionalistas.

También importaba el hecho de que los imperialistas pudieran presentarse como benefactores. Los británicos pensaban de sí mismos que aportaban un buen gobierno, a la manera de los romanos; los franceses justificaban su imperio en términos de una «misión civilizadora», comúnmente parodiada como *«la syphilisation française»* (la sifilización francesa). En las colonias, la oposición nacionalista se veía generalmente obligada a actuar a la defensiva, luchando simplemente por una mayor autonomía, o porque a los colonizadores les dejaran vivir con arreglo a sus propios preceptos. En general, el imperialismo alemán fue mucho más duro. En 1904, una rebelión en África del Sudoeste fue aplastada con métodos de exterminio: toda una tribu herero fue privada del acceso al agua. El régimen del territorio privado del rey de Bélgica en el Congo era tan cruel que incluso fue condenado por una comisión internacional que el propio rey había elegido después de que el régimen hubiera sido memorablemente denunciado por un investigador irlandés, Roger Casement. En Europa occidental hubo siempre numerosas personas cuya conciencia se sintió conmovi-

da por las fechorías imperialistas. De alguna manera, esto fue la causa, en los años anteriores a 1914, de que se extendiera la costumbre de no llamar al pan «pan» y al vino «vino». En 1905, las colonias estaban empezando a ser conocidas con el nombre de «protectorados», anticipo de la posterior denominación de «mandatos».

La oposición al imperialismo vino, en primer lugar, de los liberales radicales, que detestaban la pomposa apariencia y la piratería de los imperios. En la década de 1880, tal oposición liberal radical era muy fuerte, tanto en Gran Bretaña como en Francia; en Alemania, el líder anticlerical *(Freisinn)* Eugen Richter denunció enérgicamente al imperialismo y a sus zarracatines, y el radical clerical Matthias Erzberger asumió su papel anticolonial en 1905. El texto capital de estos radicales fue el libro de J. A. Hobson sobre el imperio. Para Hobson, radical británico, el imperio era un fraude: sacaba fuera un dinero que había que dejar en el país para desarrollar la economía nacional. Pero existió también un interés socialista por el imperio. Cuando el imperialismo de masas arraigó en muchos países, los socialistas temieron a veces ser derrotados por él. Las masas se pasarían al nacionalismo; y, lo que es más importante, los frutos económicos de la explotación imperialista aplazarían la crisis social que los marxistas esperaban. Sin embargo, tanto Rudolf Hilferding como Rosa Luxemburgo fueron capaces de ofrecer una explicación conveniente (y, con frecuencia, convincente) de todo ello, explicación que posteriormente Lenin adaptó en su *Imperialismo.* La competencia mundial por el imperio crearía más problemas económicos de los que había resuelto; los productores de materias primas resultarían empobrecidos; su empobrecimiento podría hundir a los campesinos nativos y convertirlos en proletarios; los imperios, al explotar a los pueblos conquistados, estarían empobreciendo sus propios mercados; y, en cualquier caso, las rivalidades imperiales originarían, finalmen-

te, una guerra europea que arruinaría todo. Estos argumentos no sirvieron de gran cosa en Francia o en Gran Bretaña, donde los socialistas, la mayoría de las veces, solo querían lograr que los imperios funcionasen más justamente. Pero significaron mucho para la izquierda alemana y para los bolcheviques, seguidores de Lenin, que consideraban a Rusia como una semicolonia de un Occidente más desarrollado.

El nuevo imperialismo suponía también un programa interno: la idea de una planificación nacional data realmente de los últimos años de la década de 1890. En Gran Bretaña, cundió la alarma ante el progreso de la competencia alemana y norteamericana, competencia que ya había acabado con la preponderancia del comercio británico en el mundo. Allí, y en todas partes, el aumento de la lucha de clases alarmaba a cualquiera que pensase en ello. Los liberales, al contemplar las ciudades, se escandalizaban de los barrios pobres y pensaban que el Estado debía actuar; numerosos economistas estaban dispuestos por entonces a conceder al Estado un papel económico más importante que en el pasado, de manera que pudieran suavizarse los altibajos del ciclo económico. En la era del imperialismo conservador, alrededor de 1900, existía una disyuntiva muy clara respecto a cómo podían llevarse a cabo tales mejoras. O se creaba un impuesto sobre la renta mucho más alto, por el que los ricos pagaran proporcionalmente más, a fin de sufragar una burocracia que hiciera de forma más eficiente lo que, en el pasado, habían hecho las Iglesias, las familias, la caridad privada y la empresa privada, o los gobiernos habrían de obtener dinero del imperialismo y de un arancel sobre las mercancías extranjeras.

En la mayoría de los casos, los gobiernos se sentían preocupados por la «eficiencia nacional», es decir, sencillamente, por conseguir que el sistema vigente funcionara mejor.

En Gran Bretaña, se produjo una imitación a gran escala de las escuelas técnicas alemanas, se fundó en Londres el Imperial College y se pretendió que la Universidad de Birmingham y la London School of Economics produjeran «tecnócratas» de diversas clases. Se promulgó una nueva ley de educación en 1902, con la que se esperaba clarificar en parte la confusión existente entre las distintas autoridades locales y organizaciones religiosas y ordenar la educación secundaria. En Italia, el padre del que más tarde sería el economista Piero Sraffa fundó en 1902 el Instituto Bocconi de Economía. La Escuela de Comercio de Leipzig comenzó a funcionar en 1898. En Francia, en 1902, el *baccalauréat* clásico fue reformado para introducir en el mismo el estudio de lenguas modernas y ciencias. En Prusia, en 1906, se implantó la enseñanza secundaria obligatoria. En todos los casos, se produjeron polémicas en torno a la religión, lo mismo que las había habido en torno a la institución de la educación primaria en la década de 1870. Pero las Iglesias eran víctimas de la misma decadencia económica que tantas organizaciones establecidas experimentaron en los últimos años del siglo XIX. No podían soportar el gasto de las escuelas, como lo habían hecho en el pasado; en Inglaterra, las escuelas anglicanas que no contaban con ayudas eran financiadas a menudo con fondos procedentes de tómbolas organizadas por la propia Iglesia anglicana; y, en Francia, las escuelas de la Iglesia dependían habitualmente de las limosnas y de los donativos de los ricos. En el continente (incluyendo Austria-Hungría y Rusia), los ministerios de Educación de los distintos Estados actuaban según los principios de la Ilustración del siglo XVIII transmitidos por los déspotas o por Napoleón. Los escolares pasaban un examen final, ya fuera el *baccalauréat* o el *Matura,* que les exigía un gran conocimiento de numerosas materias. En Inglaterra (y en menor medida en Escocia), la supervivencia de un sistema propio casi del Antiguo Régimen hacía que la es-

pecialización en lenguas clásicas estuviera todavía muy a la orden del día, y esta especialización fue transferida también, a petición de las universidades más antiguas, a las demás materias.

La «eficiencia nacional» implicaba la existencia de un gobierno fuerte, combinado con medidas de seguridad social para silenciar a los socialistas: pensiones de vejez, seguros de enfermedad y desempleo. Los gobernantes conservadores de 1900 temían que esas cuestiones se pagasen mediante un impuesto directo. En Gran Bretaña, el principio de la imposición gradual, gracias a la cual la clase acomodada pagaba una proporción mayor de su renta o propiedad (por ejemplo, los derechos sucesorios, o, como serían denominados según el eufemismo burocrático que se creó después más frecuente, los «derechos reales sobre la herencia»), había sido lanzado por el último gobierno liberal en 1893. El gobierno prusiano implantó una contribución de este tipo en 1891. Pero en los países agrícolas, en los que los agricultores o no llevaban libros o podían falsearlos con facilidad, exigir el pago de un impuesto sobre la renta era difícil. Incluso en Inglaterra, cuando se enviaron a domicilio un millón de impresos de este tipo de impuesto, 600.000 no fueron devueltos cumplimentados. Los parlamentos italiano y francés lo rechazaron una y otra vez en las décadas de 1890 y 1900; en Gran Bretaña y en Alemania, los imperialistas de 1900 aspiraban a evitarlo mediante los frutos del imperio. También querían emplear los aranceles para aumentar los ingresos e incrementar con ello el «gasto social».

Gran Bretaña era el clásico país de libre cambio. Pero, en 1900, muchos de sus fabricantes se lamentaban de la competencia extranjera, más eficiente, de los alemanes o incluso de los japoneses (de los que se rumoreaba, por ejemplo, que se habían adueñado del mercado australiano de cepillos para el pelo). Joseph Chamberlain, la personalidad do-

minante del gobierno en aquella época, recorrió en 1903 todo el país para explicar que el pleno empleo y la seguridad social acompañarían al establecimiento de aranceles. Los productos industriales de fuera del imperio serían gravados con un impuesto en todo el imperio, y los productos británicos, por consiguiente, disfrutarían de las ventajas de un práctico monopolio. A cambio, la producción agrícola del imperio gozaría casi de un monopolio en la propia Gran Bretaña, dado que existiría un impuesto sobre los productos alimenticios no imperiales. Este programa no resultaba adecuado para Gran Bretaña, dado que solo una parte muy pequeña de su población vivía de la tierra, y Chamberlain fue acusado de hacer pagar más altos los precios de sus alimentos a la clase trabajadora. El joven Winston Churchill rompió con los conservadores por causa de esta cuestión, y Chamberlain casi deshizo su propio partido.

En otras partes, los argumentos en torno a los aranceles también causaron estragos. Tratándose de aranceles sobre los productos alimenticios, la presencia de grandes poblaciones agrícolas introdujo diferencias considerables en el nivel de aceptación. En Alemania, en 1902, el nuevo canciller, Billow, se las arregló para llevar a cabo un considerable incremento en el arancel, tanto sobre los productos alimenticios como sobre el hierro y el acero: los diputados agrarios constituían las dos quintas partes del *Reichstag,* y el Partido Liberal Nacional se había convertido para entonces en poco más que en un disco dispuesto para ser puesto en marcha por los dirigentes de la industria pesada de Alemania occidental. Francia e Italia eran ya países con aranceles altos, al menos para la época. Las lamentaciones de economistas liberales tales como Pantaleone o Einaudi en Italia, Charles-Roux en Francia, o Lujo von Brentano en Alemania, fueron vanas. Probablemente tenían razón al argumentar que el libre cambio, a pesar de sus problemas temporales, a largo plazo sería superior a los aranceles; en la situa-

ción de altos aranceles de la década de 1930, el comercio mundial se arruinó de hecho, y no recuperó su nivel de 1913 hasta 1951. Toda la cuestión era demasiado compleja para la mente de la mayoría de las personas. En 1909, el gobierno italiano envió cuestionarios a miles de empresas pidiéndoles su opinión sobre los aranceles; se recibieron únicamente 291 respuestas. Además, demasiadas personas, en demasiados países, estaban directamente interesadas en los aranceles, y, una vez que los hubo introducido un gran país como Alemania, los otros países no pudieron hacer otra cosa que imitarle. En 1912, Rusia y Francia amenazaban con imponer un arancel superior a todo lo conocido con anterioridad, y en Gran Bretaña los conservadores abrazaron la causa de Chamberlain en 1910.

En muchos aspectos, los regímenes imperialistas de finales de siglo habían tratado de encontrar soluciones externas a problemas internos. Lo malo fue que todos ellos incurrieron en contradicciones. Se suponía que el imperio traería beneficios. En la práctica, trajo importantes pérdidas, incluso en la administración cotidiana. Los ejércitos y las armadas comenzaban a resultar demasiado caros. Se habían producido revoluciones tecnológicas en los asuntos militares, del mismo modo que las había habido en las cuestiones civiles. El perfeccionamiento del acero permitió que la artillería se desarrollara de un modo revolucionario en la década de 1890, haciendo que los cañones fueran más ligeros y el tiro más rápido. En 1905, los británicos eran capaces de proyectar un enorme buque de guerra que dejaba a todos los demás anticuados. Del mismo modo, el mayor alcance de la artillería hacía inútiles la mayoría de las fortificaciones; y el aumento del precio de los productos hizo que el avituallamiento de los reclutas resultara tan caro que los ejércitos se vieran obligados cada vez más a declarar exentos a posibles candidatos: la monarquía de los Habsburgo tropezó con serias dificultades para financiar su ejército, y

aunque su población se duplicó entre 1868, fecha en que se introdujo el servicio militar obligatorio, y 1914, fecha en que estalló la guerra, el ejército que entró en campaña en 1914 contaba, de hecho, con menos unidades militares que el ejército de 1866. A los británicos, la guerra contra los bóers, de 1899 a 1902, les salió muy cara: 222 millones de libras. El gobierno zarista gastó 2.000 millones de rublos en la guerra contra los japoneses de 1904-1905, lo que supuso más que el presupuesto ordinario de todo un año. Los costes de la armada alemana subieron de 90 millones de marcos anuales a mediados de la década de 1890 a casi 400. La «defensa» costaba, de hecho, más que todas las reformas sociales entonces imaginables juntas. En todas partes, los presupuestos se saldaban con grandes déficits. El gobierno británico obtuvo el primer préstamo de los Estados Unidos en 1901; el gobierno alemán, en la situación de crisis de 1900, también solicitó un préstamo de la firma norteamericana Kuhn, Loeb y Co., y en 1902 utilizó por primera vez los *Schatzwechsel* (bonos del tesoro) a corto plazo, los cuales iban a convertirse en el principal instrumento de las haciendas públicas inflacionarias del nuevo siglo.

Los adversarios de los impuestos directos fueron, por consiguiente, responsables de una situación en la que dichos impuestos se estaban haciendo inevitables. Pero este gravoso imperialismo coincidió también con una crisis económica en los años 1900-1903 que afectó a todos los países, pero en especial a Rusia. Los gastos gubernamentales, especialmente en Gran Bretaña, suavizaron en cierta medida esta depresión, pero originaron también otro fenómeno del siglo XX: la combinación de desempleo e inflación. En 1904, existía una inquietud muy extendida en toda Europa. En Francia e Italia, los imperialistas de la lucha de clases se habían visto hundidos por su propia locura en 1899; ya habían hecho su aparición los gobiernos liberales de tendencia izquierdista. En otras partes, hubo una oleada de des-

contento que tuvo como resultado, en casi toda Europa, gobiernos que podrían afirmar ser «frentes populares».

1905: EL FANTASMA DE 1848

Hacia el año 1905, se produjeron levantamientos en toda Europa. Muchos descontentos confluyeron en el aborrecimiento del *statu quo.* Los trabajadores hicieron huelgas; los campesinos se amotinaron; las mujeres se rebelaron; las minorías nacionales se levantaron; los «sindicalistas revolucionarios» amenazaron con la anarquía o, mejor dicho, la prometieron; los jóvenes radicales de clase media se manifestaron y obligaron a los partidos liberales a deslizarse hacia la izquierda.

Estas erupciones variaron de un sitio a otro. Fueron muy moderadas en Gran Bretaña, donde en enero de 1906 un corrimiento de votos llevó al poder de nuevo a los liberales, y esta vez con una enorme mayoría. A pesar de ello, el primer ministro saliente, el conservador Arthur Balfour, estaba bastante en lo cierto cuando decía al secretario del rey: «Nos encontramos frente a frente (indudablemente, en forma más moderada) con las dificultades socialistas que tanto se hacen notar en el continente». En Rusia, estas «dificultades» tomaron la forma de una revolución que comenzó en enero de 1905, continuó a través de una serie de huelgas generales, y casi le costó el trono al zar. Si lo conservó fue porque accedió a la formación de un gobierno parlamentario en octubre de dicho año. En Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo, Suecia e Italia hubo huelgas generales entre 1902 y 1904. En Austria, las enormes manifestaciones de trabajadores que tuvieron lugar en octubre de 1905 obligaron al emperador a introducir el sufragio universal. Ese mismo año, en Hungría, la situación era casi de guerra civil; Suecia y Noruega se separaron. En Alemania, los peores años de huelgas jamás conocidos antes de los levantamientos revolucionarios de 1918-1919 fueron los de 1904 y 1905

y en ellos alcanzó el poder un extraño régimen (el «bloque *Bülow*»). En Múnich, gigantescas manifestaciones consiguieron el sufragio universal. En Francia, el gobierno izquierdista de Combes decretó la separación de la Iglesia y el Estado en 1905, con lo que se produjeron grandes tumultos; y al año siguiente, en mayo, Francia se vio alterada por una serie de huelgas colectivamente conocidas con la denominación de «las esperanzas de mayo», al tiempo que la burguesía atiborraba sus establos de pollos y conejos, y, en algunos casos, se trasladaba a la frontera suiza con su dinero en maletas. En Rumania, en la primavera de 1907, se produjo una enorme revuelta campesina que solo fue aplastada después de que murieran 20.000 personas. En España, la «Semana Trágica» de Barcelona, en 1909, trajo consigo una epidemia de violencia, en la que fueron saqueados y quemados veintiuna iglesias y cuarenta conventos; en 1910, un levantamiento en Portugal acabó con la monarquía.

Los factores comunes en todos estos levantamientos fueron la bancarrota de la derecha y el desafío por parte de la izquierda. El primero de estos factores se puso de manifiesto en la pérdida del control parlamentario, en el desorden presupuestario y, a menudo, en el fracaso de las empresas imperialistas. En todas partes, los partidos de derechas se dividieron con respecto a lo que debía hacerse, y estas divisiones tuvieron como resultado la dimisión de los conservadores británicos a finales de 1905, calculando (erróneamente) que los liberales se dividirían a su vez, y que algunos de ellos optarían por una alianza con los conservadores. En Alemania, el «bloque azul-negro» de conservadores y católicos, que había obligado a la implantación de un arancel alto para los cereales en 1902, se rompió cuando el líder de los católicos, Erzberger, denunció las locuras del colonialismo en 1905. En Francia, algunos años antes, la alianza forjada por Méline entre agrarios y liberales republicanos de derecha también se rompió, debido en gran medida a las

tensiones del «caso» Dreyfus; la mayoría de los liberales de derechas, con Waldeck-Rousseau y Raymond Poincaré a la cabeza, prefirieron llevar a cabo una alianza con los grupos de izquierda (el *Bloc des Gauches*), y en 1902 existía una sólida alianza de izquierda y centro, presidida por el radical Emile Combes. En Italia, las locuras de la derecha, en la era del general Pelloux, habían impulsado al rey a establecer un gobierno bajo la presidencia del radical Zanardelli, que en 1902 cedió el puesto a Giovanni Giolitti, un hombre que podía hablar el mismo lenguaje que la izquierda naciente.

El desafío representado por la izquierda, que se encontraba en el centro de los levantamientos europeos de esa época, variaba muchísimo de un lugar a otro, y, en el seno de los distintos países, de una región a otra. En el fondo, se trataba de una combinación de circunstancias comparables con las de la revolución de 1848. Como ha señalado Eric Hobsbawn, la inestabilidad política de una época de depresión aparece no en lo más profundo de la crisis, sino cuando la economía se está recobrando.

Concentración de la industria en Berlín, 1895-1907

Metalurgia		
	1895	*1907*
Fábricas pequeñas	2.991	2.582
Empleados	6.804	6.291
Fábricas medias	1.011	1.169
Empleados	14.217	17.462
Fábricas grandes	97	154
Empleados	10.164	20.121
Ingeniería		

	1895	*1907*
Obras pequeñas	1.874	1.842
Empleados	3.618	3.849
Obras medianas	738	1.119
Empleados	12.000	19.240
Obras grandes	133	256
Empleados	20.000	71.918

Después del *boom* de finales de la década de 1890, la economía europea se encontró en apuros, especialmente en aquellos países que, en términos industriales, no habían hecho más que despegar, como Rusia e Italia. La construcción, el hierro y el acero bajaron acusadamente en 1900-1901. Cayeron los precios, ya que los productores se deshicieron de las existencias almacenadas que no podían permitirse el lujo de mantener; y en Alemania, por ejemplo, los precios de la chapa de acero disminuyeron de 139,90 marcos la tonelada a 103,40 en 1901-1903. Existió un impulso para la formación de cárteles y para la racionalización de las empresas. En Berlín, se produjo una notable concentración de la industria metalúrgica (véase cuadro sobre la concentración de la industria en Berlín entre 1895 y 1907). El desempleo se incrementó severamente en Alemania, que dependía en gran medida del mercado ruso, y después de la terminación de la Guerra de los Bóers también en Gran Bretaña. En 1903, la mayoría de los países se estaban recuperando. Al igual que había sucedido en el pasado, la caída de los precios situó en mejor posición a las personas que disfrutaban de un empleo fijo. Latinoamérica compró más productos europeos, y los negocios florecieron de nuevo. Los precios subieron en consecuencia, a medida que au-

mentaba la demanda, y lo mismo hizo el empleo. Pero existían todavía bolsas de desempleo en los países industriales; y los trabajadores que nuevamente habían sido admitidos se encontraron con que sus salarios no corrían parejos con la inflación. En las industrias del metal de Berlín, los salarios subieron un 13 por 100 en la década anterior a 1914, pero los beneficios lo hicieron en un 37,6 por 100, y los precios aproximadamente en un tercio. Los trabajadores se enfrentaron a los empresarios que habían formado una coalición de compradores –como consecuencia de los cárteles– y que, especialmente en Alemania, cooperaban entre ellos para evitar el reconocimiento de los sindicatos y para mantener bajos los salarios. La Europa continental experimentó, en los años 1903-1906, un malestar laboral mayor que nunca; Gran Bretaña conoció una ola de desasosiego laboral similar, y mucho mayor después de 1909, aunque en gran medida había evitado los conflictos industriales de mediados de la década. En Rusia, Italia y, posteriormente, en España, el descontento industrial se unió a los amotinamientos de los parados y los levantamientos campesinos en tal medida que el movimiento tomó rápidamente un carácter político. En Alemania, los dirigentes sindicales se vieron casi obligados a respaldar la «huelga general revolucionaria», esto es, huelgas llevadas a cabo por todos los trabajadores que tenían como fin la destrucción de la sociedad capitalista.

En la práctica, los movimientos obreros europeos presentaban un aspecto muy incoherente. Las huelgas estallaban por muchas y diversas razones: unas veces a causa del ludismo o, mejor dicho, de los esfuerzos de los sindicatos por determinar el número de trabajadores necesario para las nuevas máquinas; otras a causa de los intentos de los sindicatos de conseguir su reconocimiento; unas veces a causa de la inflación y de los beneficios empresariales; otras a causa del deseo de implicar al Estado. Sería tentador argumentar que la nueva tecnología estaba minando el terreno del

trabajador especializado; que las máquinas, manejadas por aprendices o mujeres, a los que se pagaba menos que a los hombres especializados, estaban haciendo de estos unos revolucionarios, en lugar de unos aristócratas del trabajo, como antes ocurría. La dificultad en este punto está en que, aparte de algunas ramas de la ingeniería, las industrias de alta tecnología no eran especialmente combativas. En Alemania, las industrias químicas, las eléctricas e incluso las de la construcción naval se encontraban entre las menos afectadas por los conflictos, mientras que en todas partes las industrias textiles producían la mayoría de dichos conflictos, a pesar de que no eran centros de rápido cambio tecnológico. En conjunto, eran las industrias que tenían menos inversión y mercados más inestables las que producían la inquietud industrial. Además, la conciencia socialista verdaderamente revolucionaria no provenía de la actividad sindical en las industrias establecidas, sino, más bien, de las apenas organizadas protestas de las masas en un contexto de trabajo eventual no especializado, o semiespecializado.

Por otra parte, fue en 1905 cuando por primera vez en la historia europea las huelgas, desencadenadas por causas aparentemente absurdas, incidieron sobre gentes que no podían dar respuesta a las mismas. Hubo, por ejemplo, en Tyneside, en 1910, una huelga ferroviaria de cuatro días de duración que no estaba basada en ningún motivo en particular; en el mismo año, los caldereros fueron a la huelga por si una máquina tenía que ser vigilada por un hombre o por dos; en 1906, los electricistas apagaron las luces de la Ópera de París al comienzo de una función de gala en honor del rey de los belgas; en 1911, era habitual que los trabajadores de correos y los maestros de escuela en Francia e Italia amenazaran con la huelga. Hubo huelgas ferroviarias en ambos países, y también en Gran Bretaña, en las que la cuestión de los «salarios diferenciales» entre los ferroviarios

comunes y los maquinistas especializados constituyó una preocupación creciente.

Estas huelgas provocaron a veces una ola de alarma entre los propietarios. Industriales alemanes como H. A. Bueck, el eterno secretario de la *Zentralverband,* respondían a menudo con histeria y describían la «opresión del socialismo» como «un desastre para la civilización, sin parangón en los anales de la historia» (1912). La masiva manifestación de 1905, en la que un cuarto de millón de trabajadores y sus esposas desfilaron por la Ringstrasse de Viena en demanda del sufragio universal (masculino), aterrorizó a muchos miembros de las clases medias. Pero las huelgas en sí no eran abiertamente revolucionarias; solo pretendían resolver los agravios contra un propietario privado y no suponían –aparentemente– ninguna amenaza para el Estado. En enero de 1905, una enorme muchedumbre de trabajadores de San Petersburgo convergió en el Palacio de Invierno para pedir al zar que mejorara su suerte. Encabezados por un sacerdote, sostenían retratos del zar y cantaban canciones patrióticas. En Sicilia, en el sangriento lance de los *Fasci* en 1892-1893, las muchedumbres portaban retratos del rey y la reina y de la Virgen (aunque también portaban retratos de Marx). Durante la Primera Guerra Mundial, los huelguistas ingleses se manifestaron algunas veces cantando el himno «Dios salve al rey», ante el desconcierto de los socialistas internacionales. En realidad, los burócratas sensatos –y en todos los ministerios de Trabajo había muchos– sabían muy bien que, cuanto más fuerte fuera el movimiento sindical, más débil sería el potencial revolucionario del proletariado industrial. Cuantas más huelgas, menos revolución. Los Estados Unidos, Gran Bretaña, Bélgica y Francia encabezaron el índice de huelgas de la década anterior a 1914. En estos países, los sindicatos eran relativamente fuertes, y para la mayoría de la gente, incluidos los socialistas revoluciona-

rios, estaba bastante claro que el propósito de aquellos era mejorar las condiciones, y no cambiar el sistema.

Las huelgas podían transformarse en una fuerza revolucionaria si el propio sistema se mostraba demasiado rígido (como sucedió en Rusia). Con posterioridad a 1900, existió ciertamente, en la mayoría de los lugares, un difuso sentimiento de que la estructura de clases y el sistema económico reinante eran injustos. Intelectuales como Rudolf Hilferding trataron de captar el fenómeno en su totalidad, para demostrar su contradictoria e insatisfactoria naturaleza. La mayoría de la gente votaba a los socialistas sencillamente por alguna desagradable manifestación del sistema: por ejemplo, los campesinos franceses votaban a la izquierda porque no les gustaban sus acreedores, o porque pensaban que sus rentas eran demasiado altas. A medida que crecían las ciudades y la educación alcanzaba a la clase trabajadora, la discriminación se hacía más y más evidente. El ministro ruso de la guerra, Kuropatkin, no quería reclutar proletarios «por motivos morales y físicos». El Ministerio prusiano de la Guerra reclutaba una proporción mucho más alta de jóvenes campesinos que de proletarios, basándose en que los campesinos eran más respetuosos y tenían mejor salud, aunque, en realidad, las condiciones de las grandes ciudades mejoraron grandemente a partir de 1895. En los parques públicos, las personas que tenían apariencia de proletarios solían ser expulsadas por guardas agresivos; en Berlín, y en toda Europa, en la entrada de las casas era frecuente que hubiera un aviso que dijese: «Esta escalera solo puede ser usada por personas de calidad» (el aviso en alemán tiene una concisión insultante: *«Nur für Herrschaften»*). En los viejos tiempos, tales cosas podían parecer parte del orden natural. A finales de siglo, hubo un cambio en el ambiente de carácter espectacular. La revolucionaria socialista rusa Yekaterina Breshko-Breshkovskaya volvió a su ciudad natal, Tambov, después de dos décadas de exilio en Siberia,

y se asombró de ver cómo a las iglesias solo asistían viejas y niños, mientras que en el pasado estaban llenas y los espacios destinados a las velas tan abarrotados que los sacristanes tenían que retirarlas antes de que se hubieran consumido por completo.

El socialismo (y, en Francia, el liberalismo radical conscientemente secular) ofrecía una contracultura. Las organizaciones de la clase obrera estaban destinadas a ofrecer a los menospreciados proletarios no solo «lucha económica», sino también dignidad. Los socialistas alemanes crearon grandes bibliotecas; los mineros de Rhondda, en Gales del Sur, contaban con una vasta colección de folletos sobre el «socialismo científico» brevemente razonados; el líder socialista español Pablo Iglesias vivía una existencia austera, en la que estudiaba, se vestía esmeradamente, iba muy limpio y –como muchos otros socialistas europeos– rehuía la bebida: todo ello formaba parte de una campaña consciente contra la opinión burguesa de que los proletarios eran inevitablemente desarrapados, bebedores, imprevisores y poco dignos de confianza, como Alfred Doolittle, el basurero contemporáneo de G. B. Shaw. Ciertamente, en todas partes había cínicos que descubrían que de los libros sacados de las oficinas de los socialistas en el distrito Favoriten de Viena, el 83 por 100 entraban en la categoría de *Belletristik* –esto es, «novelas baratas»– y que las páginas de las obras académicas más densas existentes en las bibliotecas socialistas alemanas estaban generalmente sin cortar, salvo unas pocas del comienzo, porque se requería una verdadera dedicación para adentrarse en obras tales como *La cuestión agraria,* de Karl Kautsky. ¿Quiere esto decir que las clases trabajadoras no tenían una conciencia de clase como la que sus líderes esperaban que tuvieran? ¿O significa solamente que Kautsky era un solemne pelmazo? Las opiniones se dividían. Aun así, los socialistas de esta época eran conscientemente progresistas y creían en la educación, en la caliste-

nia y en el perfeccionamiento. En Gran Bretaña, la Workmen's Educational Association y, en Francia, las Universités Populaires, que comenzaron a funcionar hacia finales de siglo, llevaron a los misioneros de la educación de clase media a complementar, de forma conscientemente secular, lo que organizaciones como el Salvation Army o los Cercles Ouvriers aspiraban a lograr por medio de la religión. 1905 fue una época de esperanza para los progresistas en todas partes: podían considerar un futuro ilustrado, higiénico, libre de problemas, regulado por principios racionales. No es casual que los primeros ejercicios de literatura de ciencia ficción se realizaran antes de la Primera Guerra Mundial, como la obra *The Machine,* de E. M. Forster, en la que zombis sin rostros apretaban botones para satisfacer su corta gama de necesidades y luego reventaban.

El socialismo surgió con fuerza en todos los países parlamentarios que contaban con un sufragio amplio, porque ofrecía reformas sociales inmediatas mediante la acción del Estado. En la década de 1880, la gente que buscaba seguridad confiaba en sus propios esfuerzos, en sus familias, en las Iglesias o en la caridad privada. Las compañías de seguros y las «mutualidades» ofrecían seguros de vejez o enfermedad. Las empresas más ilustradas ofrecían pensiones (como hacían los ferrocarriles) o camas hospitalarias. Puesto que la moneda conservó su valor hasta 1895, se fomentó la práctica del ahorro, pudiéndose usar a tal efecto las oficinas postales; en la década de 1880, los regímenes de predominio clerical de Austria y Bélgica utilizaban deliberadamente las oficinas postales para complementar la campaña contra la usura en el mundo rural (que en Austria se decía que era una conjura judeoprotestante); y a finales de la década de 1890 Karl Lueger subvencionó la construcción de una espectacular obra de arquitectura modernista, el Postsparkassenverein de Otto Wagner, en la Cochplatz de Viena. Pero,

a partir de 1895, estas iniciativas privadas, aunque con un modesto incentivo estatal, se vinieron abajo.

La modesta inflación posterior a 1896 no afectó al volumen de los ahorros –por el contrario, estos se duplicaron o triplicaron en todos los países antes de 1914–, pero las ciudades habían crecido hasta tal extremo que la seguridad social no podía ser dejada únicamente en manos de las familias, que se encontraban también en apuros. Las Iglesias habían fracasado por lo general como dispensadoras de caridad e incluso de educación. En Italia y en España, sus tierras habían sido secularizadas, y en la mayoría de los países las Iglesias, cuya propiedad consistía habitualmente en tierras, habían sido víctimas de la «Gran Depresión». Los *fellows* del King's College, de Cambridge, fundación eclesiástica con sus dotaciones en tierras, cobraban anualmente, en la década de 1870, 270 libras, pero tuvieron que aceptar solo 80 veinte años más tarde. En Rusia, las escuelas de la Iglesia estaban tan arruinadas que las estadísticas zaristas sobre educación son en gran medida ficticias. En Francia, cuando se produjo la separación de la Iglesia y el Estado en 1905-1906, se armó un escándalo en torno a los supuestos mil millones de propiedades clericales. La cantidad resultó mucho menor; en realidad, el Estado sufrió una considerable pérdida en el acuerdo y, asimismo, perdió su influencia sobre los nombramientos eclesiásticos.

El «Estado del bienestar» *(Welfare State)* parecía ser la única alternativa posible: un sistema planeado por el Estado para asegurar al pueblo contra los males de la época. La expresión, aunque más conocida ahora en su forma inglesa, procedía de un original alemán, *Wohlfahrtsstaat,* que hacía referencia más a la «prosperidad» que al «bienestar». Los liberales clásicos no habían sido insensibles a este último concepto, pero su objetivo prioritario fue siempre la prosperidad de la economía, la cual dependía de la existencia de

empresas florecientes, que a su vez no debían verse agobiadas con «costes» sociales tales como la provisión de camas hospitalarias, vacaciones pagadas y cosas por el estilo. Los economistas más rígidos de la escuela neoclásica estaban, en principio, en contra de «mimar» a la mano de obra, porque con ello esta se haría perezosa y cara. En todos los países europeos, los empresarios se oponían, por lo general, a hacerse cargo de la seguridad social, dado que esto se añadiría a los costes y haría que sus precios se situaran por encima de los del mercado. En realidad, solo estaban dispuestos a considerar tales medidas si existiera un acuerdo entre las potencias europeas para promulgar una legislación social similar en todo el continente. En 1906, hubo, por ejemplo, una conferencia en Roma para discutir medidas tales como la igualación del seguro de desempleo. Nada salió de estas bienintencionadas iniciativas.

Bismarck fue el primer político de un país importante que se propuso ofrecer seguridad social a gran escala. En 1883, 1884 y 1889, su *Reichstag* aprobó medidas relativas al seguro de enfermedad, vejez e invalidez. El Estado aportó fondos para estos fines, a los que también contribuían patronos y empleados. Los liberales alemanes, en general, votaron en contra, y sus homólogos de todas partes actuaron de manera similar –si bien con mayor éxito–, basándose en que el Estado no tenía por qué intervenir en este asunto. Pero el Estado prusiano contaba con una larga tradición paternalista y también con una larga historia de intervención en el capitalismo; en cualquier caso, Bismarck y numerosos miembros del *Reichstag* tenían miedo al joven movimiento socialista. En 1900, muchos liberales de Occidente estaban ansiosos por derrotar a los socialistas mediante medidas de reforma social. En todos los países, por esas fechas, hubo largas discusiones sobre las pensiones de vejez universales y organizadas por el Estado, y en la mayoría ya existían para entonces provisiones de fondos para seguros

de accidente y enfermedad. Estas provisiones no eran obligatorias, y el Estado contribuía a las mismas con cantidades muy pequeñas. Los gobiernos rehuían cargar a los contribuyentes con tales costes, y en cualquier caso existían muchos problemas técnicos. En Gran Bretaña, las compañías de seguros existentes estaban llevando a cabo –según se pensaba– una buena labor. Una pensión de vejez no era un asunto sencillo: en Irlanda, el registro de nacimientos era bastante reciente, y no había nada que evitara que la gente reclamara su pensión aunque no hubiera alcanzado la edad que daba derecho a la misma; temor que no carecía de fundamento, como iba a poner de manifiesto el rápido aumento de los costes de las pensiones después de 1912. En los últimos años de la década de 1890 y primeros de la de 1900, continuaron las disputas sobre esta cuestión en el seno de los gobiernos y de los parlamentos, pero no hubo grandes cambios. En Inglaterra, continuaba vigente la *Poor Law,* con sus medidas en favor de los «pobres ancianos», sus trajes de presidiarios y sus asilos para los hijos de los pobres. Continuaba vigente el principio de la *New Poor Law* de 1834: las medidas caritativas debían ser tan repulsivas que cualquier forma de empleo, por muy mal pagado que estuviera, fuera preferible. Por tales motivos, los empresarios, en general, se oponían a la implantación del seguro de desempleo.

En los países más avanzados, hubo siempre una parte substancial de la clase trabajadora y del campesinado que pudo «valerse por sí sola», esto es, pagar los colegios y las diversas clases de seguros. Pero, para la mayoría de los componentes de las clases bajas, la enseñanza secundaria, la asistencia médica y la seguridad en la vejez apenas eran concebibles. En 1900, los partidos socialistas, que ofrecían una alternativa, ya habían avanzado bastante; y en 1914 se convirtieron, por lo general, en el partido dominante en los parlamentos elegidos por sufragio universal. En Francia,

pasaron de una octava a una quinta parte de la Cámara; en Alemania, de una quinta parte a un tercio; para 1914, incluso se planteó seriamente la cuestión de la participación oficial de los socialistas en el gobierno; un socialista independiente, René Viviani, fue primer ministro francés; los gobiernos locales de la mayor parte de Europa ya tenían para entonces alcaldes y un gran número de concejales socialistas.

Al comienzo, los socialistas presentaron un frente unido. En los primeros años de la década de 1890, habían absorbido a los anarquistas, y en 1904 incluso los pendencieros grupos izquierdistas de Francia se habían fusionado en un partido, el solemnemente denominado Section Française de l'Internationale Ouvrière (SFIO). La Internacional se reunía cada dos años en ciudades como Copenhague, Stuttgart o Ámsterdam, donde las leyes locales no podían utilizarse para hostigar a socialistas respetables. Su órgano ejecutivo, el Bureau, se reunía con mayor frecuencia, con el belga Emile Vandevelde como secretario durante muchos años. Las delegaciones socialistas de toda Europa se comprometieron a luchar contra el capitalismo y la guerra, aunque a menudo no estaban de acuerdo en los métodos.

Estos desacuerdos entre los partidos europeos fueron menos violentos que los desacuerdos en el seno de los propios partidos y de los sindicatos. En los países en que existía el sufragio universal, y en los que había liberales radicales simpatizantes, los socialistas podían prever fácilmente que un día llegarían al poder. Podían, si no crear el socialismo de la noche a la mañana, al menos introducir aquellas reformas que aportaran beneficios al trabajador normal: medidas a favor de la salud, la educación, la vejez, la jornada de ocho horas, la imposición progresiva de tributos a los ricos, la reforma agraria y una reducción de la maquinaria de guerra. Ciertamente, estas reformas habrían carecido de

sentido si el capitalismo hubiese ido caminando hacia su hundimiento en la forma pronosticada por Marx. Pero, en los últimos años de la década de 1890, el capitalismo prosperaba como nunca lo había hecho con anterioridad, y como resultado de ello los propios proletarios estaban claramente en mejor situación. Eduard Bernstein, socialista alemán que había pasado varios años de exilio en Inglaterra, escribió una serie de artículos y luego un libro famoso, *Los presupuestos del socialismo* (1899), en el que defendía la «revisión» del programa socialista original: en lugar de esperar a que llegaran el hundimiento del capitalismo y la revolución, los socialistas alemanes harían mejor en olvidar buena parte de su postura antiliberal, cooperar con los liberales democráticos y, gradualmente, introducir las reformas que pudieran beneficiar a sus votantes. En Francia, Alexandre Millerand, joven abogado que se había hecho famoso defendiendo a los socialistas ante los tribunales, pronunció un discurso en su distrito electoral, Saint-Mandé, en el que argumentaba poco más o menos lo mismo. En 1899, Millerand llegó más lejos y aceptó un cargo en el gabinete de Waldeck-Rousseau. Los socialistas ortodoxos se sintieron conmocionados al ver a uno de los suyos sentado en el mismo gabinete que el general Galliffet, que había aplastado la Comuna de París en 1871. Pero Millerand utilizó su puesto para realizar importantes reformas sociales, como, por ejemplo, permitir una mayor presencia de los sindicatos en los consejos que decidían cuestiones salariales o introducir cierta discriminación en el caso de los inmigrantes. Millerand podía argumentar que se podría haber conseguido más si le hubieran seguido más socialistas. «Revisionistas» y «reformistas» (casi lo mismo, aunque no del todo) se hicieron eco de los argumentos de Millerand en toda Europa, especialmente allí donde se encontraron con un amplio derecho de sufragio y con aliados liberales radicales, como sucedió más claramente en Inglaterra.

Millerand fue expulsado de su propio partido, y la Internacional no solo votó su expulsión, sino que prohibió oficialmente a todos sus partidos-miembros formar parte de un gobierno del sistema capitalista. La mayoría de los socialistas podrían haber simpatizado con Millerand y Bernstein. Había muchos motivos para que Millerand defendiera a la Tercera República frente a sus enemigos nacionalistas y católicos. En el sur de Alemania, donde prevalecía el sufragio universal, los socialistas ocuparon puestos prominentes en los parlamentos; en Baden se encontraron con un gabinete ministerial simpatizante y votaron a favor de su presupuesto, ya que, de no hacerlo así, sus propuestas de implantar una contribución gradual sobre la renta se habrían visto rechazadas. En Austria, en 1905, el gabinete ministerial acudió a los socialdemócratas para salvar a la monarquía de los Habsburgo de las interminables y fatigosas disputas sobre las nacionalidades: los socialdemócratas hablaban de cosas serias y no de tonterías, y el primer ministro, el barón Gautsch, los consideraba como «un partido muy tratable». En Gran Bretaña, el Partido Laborista era «millerandista» desde sus comienzos. Los sindicatos y la mayor parte de los miembros del Parlamento estaban bastante contentos con su sólida alianza con los liberales, los acuerdos «Lib-Lab» concluidos en 1903.

En los países con sistemas políticos más rígidos, los socialdemócratas respondieron con un lenguaje mucho más revolucionario. En Prusia, el legado de las leyes antisocialistas de Bismarck fue grande, incluso después de 1890. El electorado de masas fue privado realmente de sus derechos políticos mediante el «sufragio de tres clases», que dio prioridad a los votos de la clase acomodada. La policía y los tribunales eran extremadamente hostiles a los socialdemócratas, y los patronos detestaban a los sindicatos. En Rusia, los socialistas eran enviados al exilio. En Italia y en España, se enfrentaban a una legislación discriminatoria.

Además, incluso en los países con sufragio universal, existía una izquierda socialista vociferante. Sus portavoces eran con frecuencia intelectuales, como el periodista francés Fernand Pelloutier, la judía polaca Rosa Luxemburgo, o el profesor de economía napolitano Arturo Labriola. La izquierda tendía a reclutar a hombres y mujeres que se sentían al margen incluso de las organizaciones establecidas, como los sindicatos. A menudo, se trataba de personas muy jóvenes, cuyos padres habían emigrado a la ciudad, y que intentaban encontrar un trabajo eventual en un clima económico hostil. Los socialistas ortodoxos no creían en una revolución inmediata y violenta. El «socialismo científico», suscrito al menos por el Marx del periodo intermedio, estaba por una paciente organización y una recopilación de partidarios y fondos para el gran día en que se produjera el derrumbamiento final del capitalismo. Si se produjera una acción prematura, la burguesía tendría una excusa para utilizar a la policía y hacer retroceder al movimiento socialista. Los anarquistas habían desaprobado esta «pasividad» –es decir, esta política de espera– y habían roto con Marx. Posteriormente, se produjo una fusión de anarquistas y socialistas, pero fue una asociación incómoda.

Los impulsos anarquistas eran todavía muy fuertes en el seno del movimiento socialista oficial. En Francia y en Italia, estos impulsos procedían de las Bourses du Travail o las Camere del Lavoro, instituciones con las que se habían hecho los anarquistas y que se habían creado por sugerencia de un economista belga, Gustave de Mollinari, en 1887; en ambos países estaban muy extendidas (e incluso tenían un equivalente, aunque con una evolución posterior diferente, en los British Trades Councils o en las Federaciones Sindicales Alemanas). Estaban instaladas en edificios que podían utilizarse como bolsas de trabajo y en los que había «instalaciones culturales»; en ellos podían reunirse los trabajadores. En Italia y en Francia, los anarquistas se infiltraron en

estas instituciones, y en ambos países surgió una federación de las mismas. Estas federaciones no eran bien vistas por los sindicatos ordinarios, pero en la década de 1890 se realizaron fusiones entre ambos tipos de instituciones. El resultado fue que cada una de las conferencias socialistas pasó a convertirse en una batalla entre los ortodoxos, los «reformistas» o «revisionistas» y la izquierda. Esta fue utilizando cada vez más la expresión «sindicalista revolucionaria» para describirse a sí misma. Los sindicatos (en inglés, *trade union;* en francés, *syndicat;* en italiano, *sindacato*) declararían una huelga general. Entonces, el capitalismo se derrumbaría. Los sindicatos tomarían el poder y organizarían la economía en forma de una gigantesca cooperativa de productores: no existirían Iglesias, ni legislación represiva; habría una promoción de la tecnología, del ocio, etc. Los anarquistas eran dados a las lecturas de ciencia ficción. Los socialistas ortodoxos decían que lo más probable era que esas huelgas generales no tuvieran éxito: los propios trabajadores acudirían al trabajo, y la policía aplastaría a los huelguistas. A esto, los sindicalistas revolucionarios contestaban que cuanto más aplastara la policía a los huelguistas, de peor humor se pondría el proletariado y más conciencia de clase tendrían las clases trabajadoras. En otras palabras, «cuanto peor mejor», expresión empleada por el socialdemócrata ruso V. I. Lenin.

Los sindicalistas revolucionarios ocupaban los titulares de los periódicos. En septiembre de 1904 organizaron una huelga general en el norte y centro de Italia, aunque se vino abajo a los pocos días. Se hicieron famosos en Gran Bretaña en 1909-1910, y de nuevo en 1913 con la huelga de los muelles de Dublín, organizada por James Larkin. En 1912-1913, el partido socialista italiano estuvo durante algún tiempo en manos de la izquierda. En Alemania, los sindicatos estuvieron al borde de aprobar la resolución de Rosa

Luxemburg en favor de la huelga general política en 1905 y 1910.

Sin embargo, en términos políticos, el sindicalismo revolucionario nunca se abrió camino entre las posiciones socialistas ortodoxas. Adolecía, al igual que la derecha «revisionista» del partido, de un defecto fatal: podía dividir al partido. El socialismo había sido construido dolorosamente y, por lo general, con éxito, casi como un credo misionero. Sus líderes estaban orgullosos de su creación; todos ellos eran optimistas; querían permanecer unidos. Tanto los «provocadores» de la izquierda como los secesionistas de la derecha constituían un peligro, por muy atractivos que, por el momento, pudieran parecer los argumentos de unos u otros. Para los ortodoxos –los «centristas», como se les llamaba en Alemania– era más seguro no hacer nada. Kautsky expresó bien esto cuando dijo: «Somos un partido revolucionario, pero no un partido que hace revoluciones». Filippo Turati, el líder del partido italiano, desechó la huelga general de 1904 tachándola de «gimnasia revolucionaria»; uno de sus colegas, Leonida Bissolati, la denominó «una postura puramente coreográfica»; y durante los cinco años siguientes el partido fue «centrista» en cuanto a su línea: nada de participación en un gobierno burgués, pero igualmente nada de travesuras revolucionarias. En esas circunstancias, las huelgas generales de los años 1902-1906 se quedaron en nada, al menos en términos políticos. Incluso en Rusia, donde la inquietud era con mucho la mayor de Europa, la división de los socialistas (en este caso, entre socialistas revolucionarios y bolcheviques) contribuyó a que el zar siguiera en el poder.

El líder socialista austriaco Viktor Adler reprendió a Bernstein por pedir públicamente una revisión oficial del programa del partido alemán, a fin de convertirlo en un partido radical democrático similar al Partido Laborista

británico: «No diga esas cosas, solamente hágalas». El hecho es que, en 1905, los «revisionistas» podían legítimamente esperar una considerable ayuda de los simpatizantes de clase media. ¿Acaso no merecía la pena abandonar las viejas consignas de la lucha de clases, con objeto de atraérselos? A partir de 1890, se produjo un cambio en la opinión de la clase media. El radicalismo adoptó diversas formas: había radicales demócratas, radicales clericales, radicales nacionalistas y, a veces, también criptofascistas. El viejo mundo burgués del esfuerzo personal, el pacifismo y el individualismo estaba desapareciendo de forma muy rápida.

El mundo burgués estaba parcialmente socavado por su propio éxito. La educación y la tecnología habían avanzado muchísimo en la generación anterior: entre ambas proporcionaron puestos de trabajo para las clases media y media baja e infinitos candidatos para ocuparlos. En 1896 había en Francia 40.000 empleados de banca; en 1914, 126.000. En 1895, en la empresa eléctrica Siemens, de Berlín, había 605 *Angestellte* (oficinistas) y, en 1902, 12.501, al dispararse el volumen de correspondencia. Había cada vez más funcionarios del Estado, 100.000 maestros en Francia, por ejemplo. El 5 por 100 de la población de Londres estaba formada por oficinistas, cuyos ejércitos marchaban por el puente de Waterloo en las horas punta matinales. En Alemania, de 1880 a 1905, el número de los nuevos *Mittelstand* pasó de 500.000 a dos millones.

El enorme incremento de la cifra de hombres y mujeres instruidos significó, dicho sea sin ambages, la desaparición de su capacidad de exigir los salarios relativamente altos del pasado. En la década de 1870, los maestros, por ejemplo, estaban bastante bien pagados: las 81 libras que cobraban en Gran Bretaña situaban incluso a los maestros que estaban empezando por encima del nivel de ingresos de un artesano especializado. Treinta años más tarde, la misma su-

ma los colocaba sustancialmente por debajo del mismo. En la Iglesia, el ejército e incluso la abogacía se estaba desarrollando un proceso similar en la mayoría de los países. Hay multitud de signos de ello. En Inglaterra, a partir de 1890, el servicio doméstico disminuyó por primera vez, aunque en otros países todavía existía un flujo de mano de obra barata procedente de la tierra, que duraría algún tiempo. Las casas se racionalizaron: los arquitectos de moda en los últimos años de la década de 1890, y especialmente en la de 1900, eran hombres que construían con las menores complicaciones posibles, algo muy alejado de las cornisas y los detalles de la década de 1880. Las ventanas, por ejemplo, eran mucho más corrientes que antes, y la arquitectura geométrica, sencilla, tan común en la década de 1920, se encontraba ya presente algunos años antes de 1914. En Inglaterra, los ingresos de la clase media (a juzgar por las declaraciones de la renta) aumentaron en un 48 por 100 en la década de 1870, pero solo en un 11 por 100 en la de 1900. Resultado obvio de ello fue que la tasa de natalidad de la clase media descendió, porque no se podía hacer frente como antes al gasto que suponían los hijos. El descenso afectó a Francia, el país más burgués de todos, de forma tan grave que su población apenas creció en ese periodo; en 1899, los temores de los gobiernos y las sugerencias de crear subsidios familiares resultaban evidentes. En Praga, se compararon dos distritos: en el Žižkov, de clase obrera, la tasa de natalidad fue del 4,1 por 100 en la década de 1880 y del 3,8 por 100 en la de 1890; en el de Vinohrady, de clase media baja, las cifras fueron del 3,3 y 2,1 por 100, respectivamente. Era bastante común que los portavoces de la clase media se quejaran de esta «eugenesia»: la sociedad estaba reproduciendo sus elementos menos valiosos. El coste cada vez más elevado de las vacaciones familiares llevó a la realización de los primeros experimentos de viajes organizados (patrocinados por Kuoni Tours) en 1906. Se inventaron el

bridge y el *squash,* las cenas se hicieron más sencillas y el comportamiento se tornó menos ceremonioso. En el continente, se extendió el uso de los familiares *tú* y *Du;* y lo mismo sucedió en Inglaterra con el de los nombres de pila, en detrimento del uso de los apellidos.

Las mujeres se vieron perjudicadas por estos cambios sociales, porque recayó sobre ellas el esfuerzo por mantener las apariencias. No resulta sorprendente encontrar un movimiento de mujeres en desarrollo, por aquella época, en la mayoría de los lugares, porque en especial las más jóvenes se estaban dando cuenta de que para ellas era esencial encontrar algún tipo de ocupación. Se estaba todavía en un mundo verdaderamente machista. Leyes que concedieran a las mujeres incluso los derechos elementales sobre sus propiedades no se aprobaron hasta la década de 1880; y no fue sino en 1909 cuando se estableció que los motivos de divorcio serían los mismos para los hombres que para las mujeres; muchas profesiones –especialmente el ejercicio de la abogacía– estaban vedadas para aquellas (en un proceso judicial celebrado en 1909, se declaró que la palabra «persona» en una ley antigua quería decir «hombre»); en 1913, la principal revista médica de Gran Bretaña no aceptaba artículos escritos por médicas. En Inglaterra, se puso en marcha un movimiento de mujeres muy potente, con la intención de obtener el derecho al voto (derecho que las mujeres ya habían alcanzado en Australia y en buena parte de América). En todas partes surgieron movimientos semejantes. Resulta bastante curioso el hecho de que los lugares donde las mujeres consiguieron los mayores avances en el aspecto profesional fueran Rusia y Polonia. En estos países, las hijas de la clase acomodada nunca habían conocido una época más favorable, y a partir de 1861 se hizo más difícil, porque el dinero procedente de las propiedades tendió a disminuir. Las mujeres tenían en todo un papel mucho más importante que en Occidente: incluso en la década de 1880, las estu-

diantes constituían una cuarta parte de la población universitaria de Rusia. La «mujer nueva» –vestida con ropas mucho más sencillas que los trajes superentallados y superguarnecidos del pasado, fumando cigarrillos y ganándose la vida– fue un producto de la era eduardiana. Junto con esto se produjo un ataque a la moral victoriana. En Inglaterra, Samuel Butler la atacó en *The way of all flesh;* en Berlín, antes de 1914, una disipada *café-society* se anticipaba a las costumbres de la década de 1920. Incluso se puso de moda la costumbre norteamericana de mezclar bebidas. En Berlín, Maxims anunciaba «bebidas» que unos pocos años después se transformarían en «cócteles». El «feminismo» se convirtió en un asunto bastante alarmante, aunque muchos de sus defensores mantuvieron un considerable esnobismo cuando aquel llegó a las mujeres de la clase trabajadora.

Pero para los jóvenes de la clase media el mundo era también un lugar duro. En numerosas profesiones, se dependía de los «contactos». Una pasantía con un abogado, por ejemplo, significaba un trabajo no remunerado, de largas horas de duración, a las órdenes de un pequeño déspota; lo mismo sucedía en la Iglesia de Inglaterra o en la enseñanza. Conseguir un trabajo universitario suponía una lucha extremadamente tenaz, de modo especial en Francia, donde no existía edad de jubilación y donde algunos profesores vivían hasta una edad extraordinariamente avanzada. En 1900, la competencia por un puesto de trabajo profesional entre la clase media era tal que las profesiones liberales –a su vez, productos de las «prácticas restrictivas» desarrolladas a lo largo de un pasado de siglos– no experimentaron la necesidad de adaptarse a los nuevos tiempos y permanecieron ancladas en sus hábitos. Dos generaciones antes, habría sido fácil para un titulado universitario conseguir cualquier trabajo que hubiera querido. Ahora, esto era mucho más difícil, y los recursos de que podían disponer las familias eran menores. Fue sintomático el hecho de que en 1906

se fundara la Appointments Board (es decir, una bolsa de empleo para titulados) en la Universidad de Cambridge. El mundo en el que un W. H. Auden o una Evelyn Waugh tendrían que encontrar trabajo en una escuela preparatoria no estaba lejos.

El descontento de la clase media explotaba más abiertamente allí donde las nacionalidades chocaban entre sí. El sistema educativo se había extendido, y esto, en Bohemia, Flandes, Cataluña o Noruega, significaba que la gente de la clase media baja pasaba por él en mayor número que antes. En los viejos tiempos, la gente instruida de cualquiera de esos países habría aprendido automáticamente el idioma de la cultura dominante, el «pueblo del Estado». De hecho, patriotas y regeneracionistas checos como František Palacký y Rieger escribieron sus obras en alemán. Pero ahora estaba surgiendo un componente técnico de clase media baja que no podía ser molestado con el aprendizaje de otras lenguas. Esto había causado ya problemas en la Universidad de Carlos IV en Praga a finales de la década de 1870, y en la de 1880 dicha universidad fue dividida en dos partes, una checa y otra alemana. También dio lugar a problemas bastante graves en la Universidad de Gante, e incluso en el gran centro católico de Lovaina, donde, sin embargo, el cardenal Mercier denunció toda idea de enseñar en holandés.

El nacionalismo radical fue el resultado final. En 1894, nació un partido nacionalista vasco (PNV), como consecuencia de la aversión a los *maquetos,* los inmigrantes de la industria vasca procedentes del sur; en 1904, surgió una Lliga (y, posteriormente, una Solidaridad) catalana. El Sinn Féin, en Irlanda, fue fundado en 1905, también como una protesta de la clase media baja, de los periodistas, vendedores de periódicos y taberneros, contra las respetables gentes del Home Rule. Su jefe, Arthur Griffith, había estudiado el

caso de Hungría. Con el tiempo, este radicalismo se hizo violento. A partir de 1906, descontentos con la lenta marcha del cambio, los nacionalistas radicales, partiendo de donde los anarquistas se habían detenido, empezaron a arrojar bombas a los dignatarios. Esto se hizo frecuente en Rusia y en Croacia. En la mayoría de los casos, los que lanzaban las bombas eran hombres que provenían de familias campesinas y estaban destinados a realizar tareas mal pagadas en escuelas primarias, como Gavrilo Princip, el asesino del archiduque Francisco Fernando en 1914. Resulta fácil definir sencillamente a toda esta gente como el resultado de una lucha por los puestos de trabajo, en particular en la burocracia. En caso de que sus lenguas fueran reconocidas oficialmente, podrían conseguir dichos puestos; si el «pueblo del Estado» seguía siendo el dominante, entonces no. El nacionalismo radical tendía, por consiguiente, a atraer a personas con un historial desgraciado. En 1897, las primeras grandes manifestaciones por la introducción del holandés en los asuntos belgas coincidieron con los tumultos entre checos y alemanes en Praga y Viena, tumultos que siguieron al decreto del gobierno Badeni que disponía que las dos lenguas tendrían el mismo rango legal en la administración pública.

Una parte vital de este nuevo radicalismo de clase media pertenecía al sector independiente: agricultores, pequeños comerciantes, artesanos (zapateros remendones, sastres, etcétera). Este sector, al que los alemanes denominaban el *Mittelstand,* había sufrido un duro golpe económico en la década de 1880. Ahora, se enfrentaba también a la inflación. Los tipos de interés, factor de gran importancia para él, subieron continuamente en la década anterior a la Primera Guerra Mundial: por lo general, fluctuaron en torno al 6 por 100, en lugar del 2 o 3 por 100 de la anterior generación. En Gran Bretaña, el tipo de descuento bancario bajó al 2,5 por 100 en 1909, pero subió rápidamente al 5 y no

volvió al 2,5 hasta veinte años más tarde. Además, por entonces, el progreso del transporte hacía que pudieran venderse a nivel local artículos que habían sido fabricados a cientos de kilómetros de distancia; y, en 1910, tanto Francia como Alemania, que contaban con muchos artesanos y campesinos, tenían numerosas organizaciones fundadas para defenderlos, aunque políticamente marcharan en direcciones muy distintas. En términos generales, el *Mittelstand* alemán (cuyo sector protestante hizo todo lo posible por aupar a Hitler al poder) tomó prestadas ideas del antisemitismo y del antisocialismo. En cierto sentido, sus componentes transformaron antes de la guerra el partido conservador alemán, y quizá pueda afirmarse algo similar con respecto a Belfast, Nördlinge o incluso Liverpool, porque en todos estos casos surgió un movimiento conservador radical que, en muchos aspectos, se anticipaba al fascismo.

En 1906, estaba en marcha un movimiento que no tenía absolutamente nada que ver con la política tradicional: la movilización de la Europa retrasada y campesina. En buena parte del continente, y también en Irlanda y en ciertas partes de Escocia, la política era algo muy ajeno a las preocupaciones de estos sectores de la sociedad, a los que los franceses denominaban «rústicos», o «cuadrúpedos». La vida continuaba en ellos igual que había discurrido durante un pasado de siglos. Esto sucedía, más que en ninguna otra parte, en la Rusia zarista, donde la inmensa estepa no había sido hollada aún por los ferrocarriles ni los canales. A partir de 1890, el cambio llegó incluso a estas partes atrasadas. Se hizo bastante corriente para sus habitantes ir y venir a las ciudades; la llegada de los ferrocarriles significó a veces el inicio de un capitalismo agrario, con la consecuente pérdida de tierras por parte de los campesinos autosuficientes. Con mucha frecuencia, «capitalismo agrario» es una expresión demasiado solemne para un proceso que suponía solo la llegada de un buhonero y quizá bastante más usura que

en el pasado. Aun así, ese mundo atrasado estaba cambiando. En Europa occidental, los desórdenes fueron relativamente locales y de pequeña escala: una revuelta de los pescadores de las islas Hébridas debida a que el gobierno decidió enviar inspectores los sábados por la noche, cuando los hombres estaban en la taberna, para ver si sus redes tenían mallas ilegalmente pequeñas, que pudieran retener incluso los peces diminutos que, por el bien de la pesca futura, el gobierno no quería que fuesen capturados; otra de arrieros en el sudeste de Irlanda; otra de vinicultores en el Languedoc en 1907; el levantamiento de Sicilia conocido con el nombre de los *fasci siciliani,* en 1892-1893.

Fue en Europa oriental donde realmente estallaron disturbios agrarios. El sur de Rusia entró en erupción en 1902, con una enorme cantidad de quemas de casas solariegas; lo mismo sucedió de nuevo en 1905, como veremos más adelante. Rumania, en la primavera de 1907, fue un símbolo de todo esto. Vǎsescu, prefecto de Dorohoi, en el norte de Moldavia, decretó la prohibición de la venta de alcohol a principios de marzo; lo hizo conociendo el irascible carácter del mundo rural. En Moldavia, la mitad de las tierras constituían grandes fincas que desde 1861 eran explotadas con vistas a la exportación de cereales. Las rentas se habían triplicado, y la población también. Los propietarios solían arrendar tierras a los campesinos a cambio de una renta en trabajo, el *dijmǎ la tarla* o *clacǎ;* si los campesinos se atrasaban en el pago de la misma, se enfrentaban a multas muy duras, aunque una ley de 1900 declaraba que «está absolutamente prohibido apoderarse de la ropa de los campesinos para saldar tales deudas». Los campesinos tenían sus propias explotaciones comunales, los *obţea sǎtească,* y –al igual que en Rusia– había muchas quejas de que la agricultura comunal funcionaba de forma muy ineficiente. Los propietarios de las grandes fincas tendían cada vez más a dejar sus negocios en manos de sus agentes, los *arendaşi,*

que efectuaban arrendamientos por cinco años. En la mayoría de los casos, estos hombres eran extranjeros –griegos o judíos– y al parecer trataban muy duramente a los campesinos. En la finca del príncipe Mihai Sturdza, en Flriminzi, la segunda en tamaño del principado de Moldavia, la familia Fischer compitió con los campesinos y con la familia Juster por el arrendamiento. Los campesinos no pudieron reunir los 62.000 *lei* que este suponía. La familia Juster también se retiró, pero entabló y ganó una demanda por prácticas ilegales contra los Fischer. Estos, entonces, tuvieron que obtener más dinero de la finca y subieron las rentas a los campesinos, desde los veinticinco *lei* prometidos por *falce* (media hectárea aproximadamente) a treinta y dos. Estalló entonces una gran revuelta y las multitudes campesinas penetraron en las ciudades provincianas de Botosani, Dorohoi e Iasi exigiendo venganza, venganza que tendió a volverse contra los judíos. Tras haber muerto 20.000 personas, la revuelta fue aplastada. El gobierno rumano comenzó inmediatamente a considerar una reforma agraria, que sería llevada a cabo después de la Primera Guerra Mundial.

Tales fueron los descontentos de 1905. En respuesta a los mismos acudió el Estado. A partir de 1906, los gobiernos se hicieron mucho más tecnocráticos y adoptaron actitudes mucho más sociales: había comenzado el siglo XX.

LA «TECNOCRACIA», 1906-1910

Los levantamientos ocurridos hacia 1905 trajeron nuevos gobiernos a todas partes. Estos gobiernos eran conscientemente tecnocráticos, porque intentaban utilizar el poder del Estado para eliminar los males sociales. En la mayoría de los países, hubo en la política una alianza del centro y la izquierda. Políticamente, esta alianza apelaba a las masas en nombre de la reforma, no le importaba crear una considerable burocracia y hablaba el lenguaje de la planificación. En la lucha de clases, el Estado debía convertirse en árbitro.

Los liberales británicos, que llegaron al poder con una enorme mayoría en 1906, encabezaron este movimiento. Pero, en Francia, los gobiernos del *Bloc* de 1902 fueron prorrogados –en la práctica, si no en la teoría– por un largo ministerio radical bajo la presidencia de Clemenceau (1906-1909). En Austria, Max Wladimir, barón Von Beck, trató en esos años de hacer funcionar el *Reichsrat* sobre la base de las mayorías parlamentarias, y no, como en los primeros años del siglo, por decreto imperial, colaborando con los partidos de masas, socialistas y socialcristianos, que habían florecido después de la declaración del sufragio universal. En Italia, Giovanni Giolitti presidió un «largo ministerio» en ese mismo periodo. En Alemania, existió una peculiar alianza de liberales radicales, liberales nacionales y conservadores, conocida con el nombre de «bloque de Bülow». En Rusia, el zar había creado un parlamento, la *Duma,* y aunque los poderes de esta eran limitados, tenía derecho a vetar el presupuesto, y los ministros del zar tuvieron que tratarlo con respeto. El primer ministro de esa época (1906-1911) fue P. A. Stolipin. Incluso España pasó, en esos años, por un periodo de «tecnocracia» bajo la presidencia del regeneracionista Maura.

Esta era terminó en todas partes en 1909-1910, cuando cayeron esos gobiernos de tendencia izquierdista. En Gran Bretaña, los liberales perdieron su mayoría parlamentaria y necesitaron los votos laboristas e irlandeses para mantenerse en el poder. En todas partes, las alianzas de centro-izquierda se rompieron por sus desacuerdos en materias monetarias. Pero los años 1906-1909 habían creado una maquinaria gubernamental mucho más fuerte de lo que nunca había sido. La educación, los servicios de correos, la sanidad, los gobiernos municipales, las fuerzas policiales y, cada vez más, los servicios de la seguridad social conocieron un gran desarrollo. Se produjeron mayores presiones para que el Estado asumiera parte de la economía. Los ferrocarriles

fueron un objetivo obvio y parcialmente cubierto; pero hubo muchos otros. En el continente, había una larga tradición burocrática, en ninguna parte más fuerte que en Austria, donde en 1914 el Estado se había hecho cargo de los ferrocarriles, los hospitales, las escuelas e incluso algunas fábricas. En cierto sentido, esto era herencia de la Contrarreforma: una era de brillantes burocracias, fuertes impuestos y obras públicas costosas, barrocas, que proporcionaban trabajo a expensas de los empresarios privados, quienes a menudo respondían a ello abandonando su país. Los protestantes, entonces y después, contemplaban todo esto con desdén (bien expresado en *Dutch Republic,* la obra en varios volúmenes del austero amigo bostoniano de Bismarck, John Motley). Pero, ahora, incluso los países protestantes tenían que transigir con la burocracia. En Gran Bretaña, los gobiernos municipales se habían desenvuelto con muy poco dinero y los impuestos eran muy bajos: en realidad, un gobierno municipal consistía generalmente en un hombre enérgico con un teléfono y una secretaria a media jornada. Ahora, en la era del liberalismo tecnocrático, esto cambió. En los principales países de Europa, la burocracia y los impuestos aumentaron considerablemente:

Número de funcionarios públicos (no militares)

	1881	*1901*	*1911*
Gran Bretaña	81.000	153.000	644.000
Francia	379.000	451.000	699.000
Alemania	452.000	907.000	1.159.000
(de los que Prusia	–	152.000	542.000)

En todas las demás partes ocurría lo mismo, aunque ningún país tuvo una exuberancia de burocracia comparable

con los cuatro millones de funcionarios de Austria-Hungría.

En la monarquía de los Habsburgo, la burocracia fue utilizada deliberadamente como medio de desarmar al nacionalismo minoritario. Si se proporcionaban suficientes puestos de trabajo estatales a eslovenos, checos o polacos, con una pensión anexa a los mismos, no tendrían motivos para defender la causa de las minorías. Aproximadamente un tercio de la totalidad de los estudiantes de las universidades austriacas se graduaban, por consiguiente, en Derecho y buscaban un puesto en la burocracia, para lo que una preparación en derecho (y especialmente en «derecho administrativo», o *Verwaltungsrecht*) constituía un preliminar esencial. En otros países, las coaliciones imperialistas creadas hacia 1900 habían absorbido a los jóvenes disidentes en la construcción del imperio. Los Habsburgo no podían hacer esto, porque eran demasiado débiles. En su lugar, en la era de Ernst Körber (que acabó en 1904) gastaron el dinero del Estado en la creación de empresas estatales, tales como canales y líneas ferroviarias. Todo ello contribuyó al aumento de la burocracia y del número de graduados en Derecho.

En los países más atrasados, este crecimiento de la burocracia podía resultar peligroso. Equivalía a una especie de revolución social. Los antiguos «notables» –en su mayor parte, terratenientes– comenzaron a perder su control del mundo rural en la década de 1890. Los tiempos en que el caciquismo gobernaba en España, en los que una familia de patronos (caciques), como los Pidal en Asturias, podían dominar una localidad, procurando concesiones de la recaudación de impuestos, exenciones del servicio militar, puestos de trabajo en las oficinas de correos e, incluso juicios «amañados» para sus clientes, todo ello a cambio de votos, habían pasado: y no era el menor motivo el que en 1900 incluso las grandes fincas se estaban resintiendo de la subida

de los costes, y en todas partes, sin excepción, se registraba una perceptible disminución en sus superficies. En Irlanda, España, Sicilia o Rusia, contemplara o no el gobierno la reforma agraria, las grandes fincas estaban en decadencia. En esos lugares no existía, por lo general, la suficiente industria o comercio para revitalizar la economía; cada vez más, los empleos estatales constituían la única salida. En Italia, se decía que «en el sur, la única industria es el poder». Un funcionario estatal, como el prefecto, los diversos miembros a sueldo de la *Mafia* o, en Nápoles, de la *Camorra,* eran parásitos. En Rusia, el departamento de policía formaba parte a menudo del mundo del hampa. El antisemitismo era tolerado y con frecuencia organizado por la policía, y se exacerbaba en el contexto de la decadencia de las grandes fincas, en el oeste de Ucrania o en Besarabia, en cuya capital, Kishinyov, se produjo un notorio pogromo en 1903. En la provincia de Tver, un gobernador, Aklestyshev, designó, de hecho, a hombres con antecedentes criminales para tratar con el consejo representativo local. El partido autonomista irlandés se convirtió, a ojos de sus enemigos, en una monstruosa «maquinaria», especialmente cuando en 1898 se extendieron a Irlanda las formas inglesas de gobierno municipal. La administración de la ciudad de Nápoles fue disuelta catorce veces por decreto gubernamental a causa de su corrupción. Hubo una sobrecogedora ilustración del problema cuando, en 1908, la ciudad siciliana de Mesina fue destruida por un terremoto y un maremoto. De toda Italia, y posteriormente de toda Europa, llegaron voluntarios y dinero para restaurar la ciudad y socorrer a sus maltrechos habitantes. Pero las toneladas de productos y los miles de liras pasaron sin dificultad a las manos de los «patronos» locales y fueron vendidos fuera de Mesina.

En el oeste, la nueva burocracia también ganaba poder, aunque este poder podía ser plausiblemente descrito como progresista. Experimentados funcionarios podían, en efec-

to, determinar la política gubernamental, como hicieron Morant en educación, Llewellyn Smith o Askwith en materia de industria, o, en Francia, Arthur Fontaine en trabajo o Monod en educación. En Gran Bretaña, algunas instituciones feudales habían sobrevivido hasta muy poco antes de esta época: las juntas parroquiales, los grandes jurados y las audiencias que se reunían cada tres meses fueron adaptados con facilidad a las necesidades modernas. La reforma administrativa, cuando se produjo, fue demasiado apresurada y mal proyectada, especialmente en su financiación, el sistema de evaluación para la fijación de los impuestos, que resultó opresivo e ineficaz. Las ciudades británicas se hicieron más saludables en ese periodo, pero el proceso dependió realmente de su capacidad para captar empréstitos, cosa en la que la ciudad de Liverpool había sido la pionera en 1880, en unos tiempos de tipos de interés bajos. En general, la expansión de la burocracia en Gran Bretaña no es comparable con la experiencia continental, dado que no existía prácticamente ningún cuerpo legal para controlar a los burócratas. En Francia (y, por extensión, en la mayor parte de los países que habían recibido la influencia napoleónica) existía un *droit administratif,* presidido por la Cour des Comptes (Tribunal de Cuentas). En Inglaterra, los burócratas lo fueron creando sobre la marcha, y habrían llegado mucho más lejos de lo que lo hicieron si no hubiera sido porque en esa época estaban bloqueados por el extraordinario (a ojos continentales) respeto por la propiedad, protegida por el derecho consuetudinario inglés. La burocracia de los gobiernos municipales (en los que en cierto modo se incluían los sindicatos locales) podía adoptar políticas muy diferentes, por razones muy diferentes, y con resultados muy diferentes en materias tales como vivienda, policía y educación. La transformación de Inglaterra, el país clásico del *laisser-faire,* del «Estado guardián», del individuo moral seguro de sí mismo, estaba en marcha.

Por toda Europa surgieron los instrumentos estadísticos. Prácticamente por primera vez, las estadísticas históricas se hicieron fiables, y la teoría de la estadística se convirtió en un asunto de importancia práctica, tanto en la recién nacida área de la «sociología» como en la economía, en la que el término «econometría» se acuñó en 1909. Hasta esta época no empezaron a ser fiables las estadísticas de la cuestión agraria en Rusia. Con posterioridad a 1904, podemos al menos hacer conjeturas con un mayor conocimiento de causa sobre el volumen de las sucesivas cosechas, aunque la mitad de ellas siguieran siendo comidas por las ratas. Los expertos en agricultura rusos, como el extraordinario erudito A. V. Chayanov o los meticulosos Khryashcheva y Shcherbina, analizaron la agricultura comunal de los campesinos en profundidad. En todas partes, también, los inspectores fabriles realizaron estadísticas mucho más fiables que las cifras en gran medida imaginarias de los ejercicios anteriores de la década de 1890.

Esta maquinaria estatal se creó, en gran medida, para hacer frente a la incipiente lucha de clases: el Estado iba a arbitrar, a tratar los problemas sociales como si fueran ejercicios matemáticos. La extensión de la educación constituyó un inicio obvio, y anticipado en gran medida, en nombre de la «eficiencia nacional», por los regímenes precedentes. Los «tecnócratas» gastaron dinero bastante pródigamente en nuevas escuelas y centros universitarios de formación del profesorado –en Francia, *écoles normales*–, de los que salía una clase de maestros conscientemente comprometidos con esa cruzada educativa. La Iglesia, por lo general, desistió entonces de sus esfuerzos en relación con la educación de las masas. La Iglesia de Inglaterra aceptó dinero del Estado para sus escuelas «protegidas», única forma de que estas sobrevivieran al hundimiento de la renta eclesiástica. En Francia, las escuelas de la Iglesia habían desaparecido prácticamente en la era de la separación de la Iglesia y el Estado

(1905-1906). En Italia, Giovanni Giolitti tuvo con los católicos, en 1908, prolijas escaramuzas que hicieron saltar la coalición; en Austria, el gobierno Beck, que había implantado el sufragio universal, cayó en el mismo año a consecuencia de una cuestión clerical (el caso Wahrmund, relacionado con la Universidad de Innsbruck). Ahora, las escuelas estatales se convirtieron en la norma general, siendo sus componentes religiosos extremadamente limitados. La expansión de la educación hizo también mucho por la «emancipación» de las mujeres, que ocupaban en gran número puestos de trabajo mal pagados en la enseñanza. En todas partes, la institución docente se convirtió en una poderosa maquinaria, y desarrolló su propia ética corporativa y su propia prensa. *«Nous, les maîtres d'école»* constituían conscientemente la espina dorsal de la Tercera República. En Inglaterra, el *Times Educational Supplement* apareció por primera vez en 1910. En Europa central, incluyendo a Italia, los maestros de escuela de los cursos superiores eran llamados «Professor», y se tomaban a sí mismos extremadamente en serio. En Francia, ni siquiera se les exigía ejercer la disciplina en las aulas: esta tarea estaba encomendada a los *surveillants.*

En algunos países, se hablaba continuamente de la reforma agraria. Los disturbios agrarios de finales de la década de 1890 y comienzos de la de 1900 habían afectado a la mayoría de los países exportadores de grano, tales como Rumania, Hungría y Rusia. Posteriormente, hubo disturbios de este tipo en la Polonia austriaca (Galitzia). En todos los casos, los gobiernos, después de 1900, respondieron con una mayor conciencia de la necesidad de la reforma. Los ministros zaristas la discutieron en 1902, y procedieron a una reforma a gran escala, proyectada por el constitucionalista tecnocrático P. A. Stolipin. Los rumanos dieron los primeros pasos hacia la reforma en 1910, y llevaron a cabo después de la guerra un programa de larga duración bajo el

gobierno del general Averescu. La administración austrohúngara de Bosnia-Herzegovina intentó –con no demasiado empeño– subvencionar a los *kmety* o semisiervos que deseaban comprar su libertad a los señores musulmanes, quienes les arrendaban tierras y herramientas a cambio de una parte variable de los productos. Los gobiernos británicos, en 1903 y especialmente en 1909, elaboraron programas que, finalmente, permitieron a los arrendatarios irlandeses la compra de sus tierras. En el siglo XIX ya había habido un anticipo de estos programas, pero sus condiciones no eran generosas, y, en cualquier caso, en una época de depresión agraria con frecuencia era mejor para la gente tener la tierra en arrendamiento que poseerla por completo. Las leyes agrarias de Gladstone y otros diversos proyectos ingleses, aunque bien intencionados y discutidos hasta la saciedad, fueron por lo general ineficaces. Hasta 1887, sus disposiciones solo fueron utilizadas por un total de 731 agricultores. En la época de la ley Wyndham de 1903, y especialmente en la de su complemento liberal de 1909, los precios de la tierra estaban subiendo de nuevo, los agricultores compraban y, allí donde existía oposición, los liberales permitían la expropiación. Estas reformas agrarias tuvieron un éxito muy variado. Si se disponía de mercados urbanos y empleo secundario, por lo general el campo prosperaba, al margen de la reforma; si, como ocurría en la mayor parte de Rusia, las aldeas estaban completamente aisladas, las cosas continuaban como antes. En el sur de Italia o en España, los propietarios de las grandes fincas podían siempre argüir que solo ellos garantizaban un cierto tipo de cohesión, irrigación e inversión en sus atrasadas regiones, y que si los planes de reforma agraria del siglo XVIII fueran a ser aplicados realmente, las grandes fincas deberían tener un tipo especial de reforma a causa de esta necesidad de cohesión.

En las ciudades, los «tecnócratas» comenzaron a darse cuenta de las grandes posibilidades. En los años anteriores

a 1914, el «urbanismo» se convirtió en un concepto muy extendido. Tuvo su origen en Alemania, donde la expresión «ensanche de la ciudad» *(Stadterweiterung)* llamó la atención de un concejal de Birmingham, Nettlefold, que visitó el país en 1905; en Francia se convirtió en *urbanisation,* calco del término original español, acuñado dos generaciones antes por un ingeniero, Ildefonso de Cerdá, en Barcelona. En 1906 se celebraron en numerosas ciudades occidentales conferencias y exposiciones para discutir la remodelación del caos que había surgido durante la expansión de finales del siglo XIX (o, en Inglaterra, desde 1815). Una nueva arquitectura municipal hizo su aparición hacia esa época. En 1906, existía incluso una Asociación Internacional de Gobiernos Municipales, promovida –inevitablemente– por los holandeses y los belgas, que celebró su primera conferencia en Gante. Tenía que haberse hablado en esperanto, pero nadie pudo entender el acento francés en aquel idioma.

En Alemania, los urbanistas tuvieron donde practicar casi desde el comienzo del mismo. Las ciudades alemanas habían perdido buena parte de su poder a finales del siglo XVII y principios del XVIII, y los príncipes habían adquirido la facultad de pasar por encima de los magistrados de las mismas. Legalmente, por tanto, las ciudades alemanas recibieron de sus propios estados un sistema que les otorgaba un poder público sobre la propiedad privada mayor que en cualquier otra parte. Las expropiaciones, en suspenso durante la era del liberalismo clásico, fueron permitidas oficialmente en Sajonia en 1891 y en Prusia en 1900. En Inglaterra, tal atentado contra los derechos de la propiedad privada era todavía impensable. En Alemania, el *Bügermeister* o, en las grandes ciudades, el *Oberbürgermeister,* era un funcionario gubernamental con un salario y un gran número de funcionarios municipales permanentes. Tenía mucho más poder en el *Magistrat* (Ayuntamiento) que la asamblea representativa de concejales. Esto no sucedía en Gran Bre-

taña, donde los alcaldes y concejales elegidos representaban «intereses» (incluidos, posteriormente, los sindicatos).

Las ciudades alemanas crecieron realmente muy deprisa en la generación posterior a 1870. Eran, además, muy feas. Solían tener un pomposo centro oficial, lleno de pesadas construcciones como el *Reichstag;* en torno a él había grandes y oscuros edificios de viviendas; y, detrás de estos, las vastas «casas de vecindad» *(Mietskasernen),* que eran construidas con fines especulativos por «propietarios de terrenos» para alojar a la clase obrera, que de este modo era enviada a las lúgubres calles de Wedding o Kaulsdorf en Berlín. En toda Europa existían problemas similares. San Petersburgo no tenía ningún departamento de urbanismo, y muchos de sus habitantes vivían en sótanos que a veces se inundaban con los deshielos de primavera. Las ciudades industriales del norte de Francia eran hileras de lúgubres ladrillos. El extrarradio de Madrid empezó siendo una ciudad de chabolas para los inmigrantes procedentes del sur. La ciudad de Europa occidental con peor reputación respecto a los barrios pobres era la Glasgow de la industria pesada, que atrajo a inmigrantes de las Highlands y de Irlanda, y luego a refugiados judíos procedentes de Rusia. Los inmigrantes ocuparon un distrito de clase media baja situado al sur del río Clyde, los Gorbals, y el área entera se «convirtió en toda Europa en sinónimo de luchas entre bandas y de bebida». Maryhill, en el extremo norte de la ciudad, le siguió. Una quinta parte de las familias de Glasgow vivían en una sola habitación, y la mayoría de ellas estaban formadas por tres o más personas. La «segunda ciudad» (del imperio británico) constituía una extraordinaria combinación de culturas; el dinero generado en ella por la industria y el movimiento portuario, al igual que en Liverpool, podía realmente hacer muy grandiosas algunas partes de la misma; y, sin embargo, sus problemas sociales eran probablemente los peores de toda Europa. Uno de sus ras-

gos, que compartía con algunas otras ciudades calvinistas, era el sentimiento, entre los manifiestamente no predestinados, de que estaban excluidos de todo aquello que no fuera la bebida. Glasgow produjo los primeros alborotadores de los campos de fútbol: en 1909 el estadio Ibrox fue incendiado con whisky ardiendo después de un partido entre el equipo católico, el Celtic, y el protestante, el Rangers. A pesar de todo, Glasgow fue una ciudad con una civilización singularmente rica, en la que, antes de la Primera Guerra Mundial, se desarrollaba una cuarta parte del tráfico portuario del mundo. En común con otras regiones calvinistas europeas –el sudoeste de Alemania y la Francia protestante–, producía también, en esa época, mayor proporción de físicos, ingenieros, empresarios y médicos de los debidos. En todo el mundo podían encontrarse graduados del «Glasgow Tech» (el Royal College of Technology).

Los escoceses tenían un sistema legal que difería del inglés en numerosas cuestiones substanciales. Estaban interesados en tener un derecho predecible, una especie de máquina, aun cuando la aplicación a machamartillo de las normas originase injusticias en algunos casos, mientras que en Inglaterra el concepto de equidad tenía más sentido (a veces con gran confusión para el derecho). Las leyes escocesas sobre la propiedad permitían una mayor intervención pública que las leyes inglesas, y el urbanismo, basado en la intervención pública, era un concepto bastante antiguo en Escocia. La «ciudad nueva» de Edimburgo fue construida en la segunda mitad del siglo XVIII con arreglo a un trazado tremendamente racional, y fue un modelo para muchas otras ciudades europeas (y, posteriormente, para las americanas, que también siguieron un trazado en «parrilla»). No es en absoluto sorprendente que, en las primeras etapas del urbanismo moderno, la mentalidad puritana estuviera muy a la cabeza. En Inglaterra, escoceses como Patrick Geddes y Patrick Abercrombie escribieron sobre urbanismo y lo

practicaron extensamente (Abercrombie ocupó la primera cátedra universitaria de Urbanismo en Liverpool, en 1910). Tuvieron paralelos en el continente: un número sorprendente de suizos (entre los que se incluye Le Corbusier, el más grande exponente de la «Alphaville», o «la Ciudad de las Torres», del siglo XX); protestantes franceses como Eugène Hénard, quien, como director de tráfico en París, propuso el *carrefour à giration* y las «intersecciones de tráfico a múltiples niveles» (que las generaciones posteriores conocerían con el nombre de «intersecciones *spaghetti*»); y un gran número de alemanes del norte que planearon lo que efectivamente fueron las primeras «urbanizaciones».

El urbanismo surgió en respuesta a una indudable necesidad. Hacia 1900, las calles de la mayoría de las grandes ciudades eran caóticas. En las «horas punta» se producían frecuentes embotellamientos de tráfico, en los que los vehículos de motor y los de tracción animal luchaban a brazo partido durante horas. De 1906 a 1912, el número de vehículos de motor en París pasó de 4.077 a 12.222; en las horas punta, en la intersección de la calle Royale y la del Faubourg St. Honoré se produjo, de 1891 a 1906, un incremento de tráfico de un 45 por 100; se tardaba media hora en cruzar la plaza de la Ópera. Esto, junto con la existencia de *slums* (palabra del argot inglés del siglo XVIII que fue adoptada en toda Europa), hizo que los urbanistas se entusiasmaran por lo que podía realizarse. Otto Wagner, arquitecto vienés (y, por su origen, otro más entre los arquitectos protestantes), propuso «la gran ciudad del futuro», en la que las nuevas técnicas de la construcción se adaptarían para construir enormes torres, separadas por «centros de aire»; la gente viviría en «zonas» y viajaría para trabajar en una «zona industrial»; habría gigantescas carreteras para vehículos de motor, con objeto de explotar las posibilidades del nuevo transporte. Patrick Geddes propuso la adición de «parques, jardines y establecimientos culturales» (lo que los

bolcheviques, posteriormente, en su periodo de progresismo cultural, convirtieron en «parques de descanso y cultura»). En 1910, la «gran ciudad del futuro» *(Grossstadt der Zukunft)* de Wagner dominaba el pensamiento de los arquitectos progresistas. En Alemania, había exposiciones urbanísticas continuas, a las que se invitaba a observadores extranjeros, para presentar los proyectos y obras municipales. En 1913, incluso los franceses –entre los cuales la tradición del individualismo sobrevivió mucho más tiempo que en cualquier otra parte del continente– se estaban incorporando a este movimiento. Los alcaldes progresistas que gobernaron la ciudad de Lyon durante largos años, Augagneur y Edouard Herriot, promovieron cambios en dicha ciudad, que, como el principal centro de los que se beneficiaron del desarrollo del valle del Ródano, era casi la Birmingham francesa. Contrataron a Tony Garnier (otro calvinista) y René Mallet-Stevens para diseñar bloques de torres que ellos consideraban como un maridaje entre la estética europea y los rascacielos estadounidenses.

En arquitectura, el estilo que una generación posterior denominó *Bauhaus* –la escuela asociada con Walther Gropius y Mies van der Rohe en la Alemania de Weimar– estaba, pues, muy a la cabeza antes de 1914. Era un estilo severamente funcional, rehuyendo la decoración. En 1909, el arquitecto francés Auguste Perret había levantado su «25, rue Franklin» (una ubicación apropiada) y Otto Wagner había construido su «Neustiftgasse 40» en el distrito VII de Viena. Ambos edificios eran cajas de zapatos. La construcción de Wagner surgió de un desencanto especial del arquitecto respecto a sus anteriores iglesias y sus bloques de apartamentos en la Linke Wienzeile (1899). Pero estaba lejos de ser el único que soñaba con una arquitectura severa y funcional. Posiblemente fuera cierto que no era posible prolongar los estilos del siglo XIX. El admirado arquitecto inglés Edward Lutyens se hizo famoso a finales de siglo por

sus casas de campo construidas en una extraordinaria gama de estilos; y aunque estas casas eran dignas de su fama, había algo en ellas que las hacía parecerse sospechosamente a decorados de películas. No fue casual que Lutyens procediera a diseñar Nueva Delhi para el imperio británico, en la línea del más puro estilo «Tres lanceros bengalíes», apropiado para los virreyes de la clase media, que se vestían de forma fantasiosa para tratar con los maharajás de un imperio que, al cabo de pocos años, estaría claramente moribundo. Tampoco fue casual que Lutyens siguiera diseñando bloques de torres, y blandos y pomposos edificios para oficinas que en nada contribuían a su reputación.

Los arquitectos «modernistas» (parte de cuya inspiración procedía del contemporáneo movimiento cubista en pintura) se sentían muy frustrados antes de 1914, dado que los ayuntamientos de las ciudades eran con frecuencia bastante retrógrados, y en cualquier caso carecían de recursos para la destrucción de las viejas ciudades que proponían los «modernistas». En Gran Bretaña, el Consejo de Administración Local, a cuyo frente se encontraba John Burns, fue suprimido; en Francia, un movimiento conservacionista, Vieux Paris, adquirió considerables dimensiones después de que Eugène Hénard propusiera derribar buena parte del viejo Palais Royal, e incluso buena parte del distrito de la Île de la Cité, para construir una vía que prolongara sobre el Sena la calle de Rivoli. En Inglaterra, Geddes, que aborrecía las «conurbaciones» (palabra acuñada por él), propuso la construcción de «ciudades-jardín» más pequeñas, alegres y saludables (1904); hizo suya una idea propuesta en Inglaterra por Ebenezer Howard, en 1898, en una obra editada por su cuenta: *Tomorrow: a peaceful path to real reform.* Estos planes se inspiraron parcialmente en el «City Beautiful Movement» norteamericano, que había ejercido influencia tanto en Chicago (cuna del primer rascacielos) como en Washington. Había muchos ingleses de tradición

anglicana que deseaban resolver los problemas urbanos creando comunidades modélicas. T. C. Horsfall, heredero de una fortuna en el norte, pensaba que la bebida y la fornicación serían «la ruina de nuestra raza». Se crearon cátedras universitarias de eugenesia, aunque la anticoncepción seguía siendo un tabú. Lady Betty Balfour se preocupaba por «el Estado y la maternidad». La respuesta tenía que ser –pensaba Horsfall– el «bienestar»: parques, jardines, baños públicos, ejercicio físico, pequeñas casas decentes y limpias y la mal llamada «templanza». El resultado final fue la ciudad jardín, introducida parcialmente por el industrial ilustrado Lord Lever en Port Sunlight y desarrollada por Geddes en Letchworth, o por *Dame* Henrietta Barnett en la barriada de Hampstead Garden. Un observador francés, Georges Benoit-Lévy, aplaudía todo esto, «dado que la cuestión social es principalmente una cuestión de higiene». Las *Cités-Jardin,* las *Gartenstädte,* tenían gran demanda en el continente; en Hallerau, cerca de Dresden, o en Drancy, cerca de París (el escritor Céline lo llamó «Rang»), estos sueños se vieron parcialmente realizados. El arquitecto alemán Bruno Taut construyó una urbanización municipal cerca de Milán a la que llamó «Milanino». En 1910, en París se habían construido *habitations à bon marché,* de promoción municipal, las cuales, una generación después, se convirtieron, más finamente, en *habitations à loyer modéré,* o, como actualmente se les conoce, HLM. Pero esto fue solo el principio. Se necesitaba dinero.

Algunos progresistas fueron incluso más allá del ámbito de la salud pública y de la educación. Surgió una ciencia nueva para mejorar la raza, que aplicaba a los seres humanos descubrimientos de sobra conocidos en biología. Se decía que había que evitar que los enfermos mentales se reprodujeran; hasta H. G. Wells hablaba sin tapujos de la posibilidad de matarlos en cámaras de gas. En Suecia se adoptaron duras medidas para separar a los niños de sus padres

cuando estos no eran considerados aptos para serlo y, en algunos estados de Estados Unidos, se llegó a hablar de castración. En 1911 se creó en el University College de Londres una cátedra de Eugenesia que ocupó un matemático medio alemán: Karl Pearson. En la Primera Guerra Mundial se consideró de mal gusto hablar de inferioridad racial, dado que los países europeos dependían de aliados extraeuropeos y de las clases trabajadoras; la Iglesia católica, en concreto, se mostró contraria a estas nociones. En 1922 la cátedra quedó vacante y la reconvirtieron en una cátedra de Sociología.

En la mayoría de los países europeos, los años que van de 1906 a 1909 fueron conscientemente progresivos; los tecnócratas se encontraban a sus anchas. Sin embargo, estos gobiernos fueron extraordinariamente parcos en realizaciones. En Francia, el radical Clemenceau presidió un largo gabinete ministerial. Prometió dieciocho reformas y llevó a cabo solo una de ellas: la nacionalización de los ferrocarriles del oeste. En Alemania, el canciller Bernhard von Bülow intentó gobernar prescindiendo de católicos y socialdemócratas, y tropezó con problemas presupuestarios. En Gran Bretaña, los primeros años del gobierno liberal fueron también estériles, salvo en el caso de algunas leyes positivas. El único gran legado de esta época fue la ley sindical de 1906; eliminaba virtualmente todas las restricciones a la actividad sindical, salvo las contempladas en el derecho penal, porque los liberales proclamaban su política como la de «ningún enemigo a la izquierda».

En Gran Bretaña, esta política contribuyó a prolongar hasta 1914 la vida del gobierno liberal; la credibilidad de Lloyd George entre la izquierda era tal que, en 1916, pudo dirigir una coalición parlamentaria enormemente fuerte en nombre de la unidad nacional. En 1910, los liberales en el poder convocaron elecciones, y se encontraron con que su

posición estaba muy erosionada, pero con ayuda de los votos laboristas (y de los de los autonomistas irlandeses) el gobierno liberal continuó su mandato en una atmósfera de creciente desorden. Pudo imponer una serie de medidas financieras, que hicieron factible la reforma social (y los costes de defensa); entre estas medidas financieras se incluía un incremento de la imposición directa que comprendía un impuesto progresivo sobre la renta y una exacción sobre la renta de la tierra que subía de valor, sin que los propietarios contribuyeran con otra cosa que no fuera las escrituras de propiedad.

El propio impuesto sobre la renta era bastante reducido ($^{1}/_{7}$ penique por cada libra de ingresos), y la contribución territorial, aunque teóricamente bastante alta, podía evadirse fácilmente. Pero se trataba de una importante afirmación de principio. Para pagar las pensiones de vejez de otras personas, las acomodadas tendrían que pagar más impuestos. Posteriormente, el Estado también anunció un programa de seguro de enfermedad y, en 1912, de desempleo, que tendría que ser sufragado por los contribuyentes. El socialista Philip Snowden pensaba que el impuesto sobre la renta debía subir a siete chelines por libra, lo que fue generalmente considerado como abusivo y revolucionario. Los conservadores británicos, por consiguiente, contemplaban un gobierno que iba a conceder poder a los sindicatos, gravar la riqueza heredada y exigir fuertes impuestos sobre la renta, con objeto de sufragar los subsidios de las personas que no podían valerse por sí solas. En 1909-1910 se produjo un gran forcejeo, porque la Cámara de los Lores, con su enorme mayoría conservadora, se resistía; se necesitaron dos elecciones para confirmar el poder parlamentario de los liberales (1910), y el rey Jorge V tuvo que acceder de mala gana a crear los suficientes pares liberales para frenar a los conservadores en dicha Cámara. En la práctica, los lores ce-

dieron, después de una batalla entre *«hedgers» y «ditchers»,* como eran, respectivamente, conocidos los partidarios de un compromiso y los extremistas, y accedieron tanto al presupuesto como al debilitamiento de su propio poder. Este debate se llevó a cabo ante la general indiferencia pública y, si en él solo hubiera estado implicada Inglaterra, los liberales no habrían conservado el poder.

En todas partes, los regímenes tecnocráticos de 1906-1909 fueron incapaces de prolongar la coalición de izquierda y centro que permitió la supervivencia del liberalismo británico. La cuestión de las finanzas gubernamentales acabó con otros gobiernos. Los terratenientes y los hombres de negocios, así como una gran parte de los profesionales de clase media, no estaban dispuestos a permitir que los impuestos directos sufragasen más que una pequeña parte de las partidas de gastos gubernamentales. En general, los programas de seguridad social elaborados por el gobierno eran acogidos con hostilidad; y dado que en todos los países del continente la agricultura ocupaba una parte proporcional de la economía mayor que en Gran Bretaña, el impuesto directo sobre la renta era completamente impracticable. Los agricultores llevaban su propia contabilidad, y no había forma de comprobarla ni siquiera allí donde realmente existía. Incluso en Gran Bretaña, el impuesto sobre la renta no se exigía a los agricultores irlandeses, y en Inglaterra solo funcionaba un tosco método empírico.

En 1908-1909, el aumento del gasto gubernamental en armas, en burocracia, en proyectos económicos dirigidos por el Estado (tales como las reformas de Stolipin en Rusia), y, en Francia e Italia, en pequeños planes de seguridad social, provocó una serie de desequilibrios presupuestarios. Giolitti, en Italia, se vio obligado a proponer un impuesto directo sobre la renta; en Francia, Clemenceau hizo todo lo posible por evitar plantear este tema, y fue derribado en

1909 por radicales descontentos; en Alemania, el bloque de Bülow propuso un impuesto directo del *Reich* sobre las herencias, pero sus componentes conservadores se negaron a apoyar la propuesta, de forma que Bülow, privado del control del *Reichstag* (y habiendo perdido la amistad del káiser por un asunto característicamente absurdo, la entrevista del *Daily Telegraph*), fue derribado en junio de 1909.

Estas cuestiones económicas tenían mucho que ver con el asunto central de esta época: el papel del gobierno y la parte de la iniciativa gubernamental en la economía. El individualismo liberal estaba a la defensiva y, en cierto sentido, lo había estado desde los tiempos de la nacionalización de los ferrocarriles, y de los aranceles. En estos momentos, la pesadilla de mucha gente era un Estado del Pueblo susceptible de centralizar la economía y reducir a sus ciudadanos a la situación de hormigas.

EL FANTASMA DEL BONAPARTISMO: EL «RÉVEIL NATIONAL», 1910-1914

En su *Strange death of liberal England,* George Dangerfield llamaba la atención sobre el hundimiento del gobierno Asquith antes de 1914. Este gobierno prolongó su existencia gracias a una alianza con la izquierda, en nombre de la reforma social, y a un acuerdo con los miembros del partido autonomista irlandés, a los que trató de dar satisfacción concediendo a Irlanda la autonomía. En ambos casos tuvo problemas. Sus partidarios de clase acomodada desaprobaban en conjunto las medidas sociales y la imposición directa; los distritos electorales liberales comenzaron a rechazar a los candidatos de la clase trabajadora, y los votantes liberales se volvieron con frecuencia hacia la derecha. La propuesta de autonomía para Irlanda llevó a los protestantes, que constituían la cuarta parte de ese país –asentados principalmente en el noreste, en el Ulster–, hacia una oposición cada vez más violenta. En 1913, existía una clara amenaza

de guerra civil que hizo que Asquith, al año siguiente, dejara en suspenso la propuesta de autonomía.

Las ideas de Dangerfield no han gozado de popularidad universal entre los historiadores ingleses. Pero las tesis de su *Strange death* son aplicables al continente con un rigor considerablemente mayor. A partir de 1909, casi todos los países de Europa entraron en un periodo de caos político. En Francia, la relativa estabilidad de la coalición de centro-izquierda (que proporcionó cuatro gobiernos a partir de 1899) dio paso a una era en la que *«les gouvernements valsent»:* hubo diez, incluyendo el gabinete Ribot, que duró tres días. En Italia, la relativa estabilidad de Giolitti dio paso, en la misma época, al caos parlamentario: hubo cinco gobiernos en cuatro años, y, aunque en 1912 se implantó el sufragio universal, Mussolini pudo denominarlo plausiblemente como «el balón de oxígeno administrado a un paciente moribundo, el liberalismo parlamentario». En Rusia, la *Duma,* elegida por un sufragio muy restrictivo, tenía una mayoría nacionalista y antisemita que a veces ponía en aprietos al gobierno. A partir de 1909, la *Duma* no hizo ningún esfuerzo serio por ampliar su propio poder. En 1914, el zar preguntó al presidente de la misma, M. V. Rodzyanko, si deseaba que esta se reuniese durante la guerra; el propio Rodzyanko contestó que no era necesario que se reuniera, pero, si el zar insistía, podía haber «una sesión de gala que durara una sola tarde». En Bohemia y en Istria, en 1913, las Dietas provinciales se habían disuelto; estas querellas, trasladadas al Parlamento central austriaco, provocaron la disolución de este en 1914. Los Habsburgo volvieron al absolutismo. En todos los países de Europa, buena parte de la derecha hablaba en estos momentos el lenguaje del fascismo. Después de 1910, en la mayoría de los países, la inquietud industrial tuvo como resultado muchas más huelgas que antes, y en algunos sitios –Barcelona en 1909, Ancona y San Petersburgo en 1914– las huelgas generales acabaron en la

toma de ciudades enteras por los rojos. Todo esto ocurría en un contexto de tensión internacional que hacía extremadamente difícil separar las cuestiones de política exterior e interior, tanto en los cuatro años anteriores a la guerra como en la propia guerra. En esas circunstancias, las alianzas políticas eran a menudo inestables y de corta duración, y los asuntos internos de los distintos países se tornaban, en consecuencia, confusos.

El desafío de la izquierda era bastante abierto en la mayoría de los países. Los «sindicalistas revolucionarios» se aprovecharon de la inflación, de los altos beneficios y de la afluencia de mano de obra juvenil. Participaron en las amplias y clamorosas huelgas portuarias de Inglaterra e Irlanda; y se las arreglaron para dominar el partido socialista italiano en 1912, cuando expulsaron al «revisionista» Leonida Bissolati por proponer entrar en un gabinete ministerial dominado por los radicales. En Alemania, existió un movimiento de jóvenes metalúrgicos que, en Berlín, amenazó con separarse de su propio sindicato; sus representantes *(Obleute)* consideraban a los cargos sindicales como pusilánimes y conservadores. En Gran Bretaña, hubo un movimiento similar, a escala bastante más amplia, cuando los trabajadores locales se negaron a aceptar las decisiones de su sindicato nacional; y los árbitros del Ministerio de Comercio se quejaban de que existía en general un inexplicable «espíritu nuevo». En 1912, se perdieron 40.000.000 de días de trabajo a causa de los «paros», y una huelga nacional de ferrocarriles, que constituyó una amenaza casi permanente a partir de 1908, estuvo a punto de llevarse a cabo en 1914. En Francia, los ferrocarriles experimentaron problemas similares; aquí las huelgas ferroviarias solo se interrumpieron cuando Clemenceau, y después de él, Aristide Briand, militarizaron a los huelguistas, que con ello quedaban sometidos a la justicia militar. En Italia, Giolitti empleó tácticas similares. En Rusia, la matanza de centenares de

obreros en huelga de las minas de oro del Lena, en 1912, provocó gigantescas manifestaciones en las grandes ciudades y una ola de huelgas que culminaron en la huelga general de San Petersburgo de julio de 1914. En la mayoría de los países europeos (aunque no en todos), las huelgas a partir de 1909 fueron más frecuentes de lo que lo habían sido antes.

Este cuadro puede ser, y ha sido, «relativizado» hasta hacerlo casi inexistente. En primer lugar, no hay duda de que en casi toda Europa la situación de la mayor parte de la clase trabajadora estaba mejorando. La jornada de ocho horas, por ejemplo, se estaba generalizando, en parte gracias a la legislación, pero, más a menudo, gracias a la mejor organización y tecnología de las empresas, o gracias al mayor poder de los sindicatos. El *«weekend»* inglés se estaba extendiendo cada vez más en el continente, y en la mayoría de los países la legislación social había ya dado algunos pasos. Los «tecnócratas» se dieron cuenta también de que era mucho más fácil cooperar con los sindicatos que luchar contra ellos. En Alemania, era cada vez mayor el número de trabajadores que firmaban convenios colectivos sobre salarios a través de sus sindicatos, y en todos los países los programas de arbitraje estatal se estaban haciendo más eficaces. Incluso los 40 millones de días de trabajo perdidos durante las huelgas inglesas constituían una minúscula fracción de los posibles días trabajados.

Además, existían abundantes pruebas de que los trabajadores eran en su mayoría indiferentes a las causas políticas que inquietaban a sus líderes. En 1909, un tal Osborne, perteneciente a un sindicato ferroviario británico, reclamó ante los tribunales el derecho a no estar sujeto al pago de una contribución política exigido por el sindicato. Los tribunales le dieron la razón y lo hicieron voluntario. Esto produjo un gran alboroto. El sindicato realizó entonces una

votación entre sus afiliados para saber si apoyaban la contribución obligatoria y se encontró con que, de 107.499 miembros, solo 5.610 estaban de acuerdo con la misma. En el gran Berlín, los socialistas fueron consultados en 1910 sobre su disposición a contribuir a un fondo para sufragar una campaña gigantesca en favor del sufragio universal en Prusia. De los 116.889 cuestionarios enviados, solo 35.157 fueron devueltos cumplimentados. De estos, 25.138 contestaban negativamente y, de las 9.538 respuestas afirmativas, 6.288 ofrecían solo diez peniques mensuales. En Italia, Giolitti cooperó con los sindicatos en la distribución de las obras públicas en la región de Emilia; en Alemania, durante la guerra, los sindicatos se convirtieron casi en una sucursal del Estado; en Suecia, antes de 1914, «reconocieron» al capitalismo a cambio de un Estado con seguridad social y altas imposiciones tributarias, en el que los sindicatos tuvieran un peso considerable. A medida que el Estado se transformaba en una maquinaria, los socialistas se iban dividiendo. En la mayoría de los países, solo una pequeña minoría de ellos persistieron en los utópicos sueños del siglo XIX; el resto se subió al carro de la política práctica, en alianza con los radicales de clase media. Esto fue lo que el filósofo italiano Benedetto Croce quiso decir cuando, en esta época, escribió una obra sobre «la muerte del socialismo».

Los partidos socialistas, que ocupaban entre una quinta y una tercera parte de los escaños en la mayoría de los parlamentos, se vieron arrastrados hacia la política parlamentaria. Podían utilizar sus votos para obtener reformas inmediatas, y así lo hicieron. El hecho de que llegaran a estar dispuestos a votar incluso en favor de los armamentos constituyó una señal de su creciente integración. Por supuesto, los socialistas originales habían sido generalmente pacifistas, y habían considerado a los ejércitos como agentes de la guerra civil. Pero el argumento de la defensa nacional resultaba difícil de rechazar. Los socialistas alemanes, en espe-

cial, se daban cuenta de que, en el caso de producirse una guerra ruso-alemana, difícilmente podrían negarse a tomar parte en la misma. Ciertamente, en Alemania, donde los sindicatos eran fuertes, una huelga general contra la guerra habría podido tener éxito, pero habría fracasado en Rusia, donde eran débiles o no existían. Lo que sucedería sería la conquista de Alemania por parte de Rusia. La propia Internacional estaba dividida en torno a este tema, y la hipocresía era tal que, en la reunión de Copenhague de 1910, el portavoz socialista alemán, Paul Ledebour, pidió a su intérprete que excluyera de la versión francesa de su discurso un fragmento que había sido pensado para los oyentes alemanes e ingleses. En 1913, los votos socialistas, tanto en Francia como en Alemania, permitieron un incremento considerable del poderío militar.

Algunos contemporáneos marxistas argumentaban que un motivo principal en la marcha europea hacia la guerra había sido, en todos los países, el deseo de derrotar al socialismo mediante el nacionalismo; en otras palabras, que en lo que iba a hacerse hincapié era en la unidad nacional y no en la lucha de clases; y que la política exterior se hacía realmente para consumo interno. Entre los historiadores alemanes, estas consideraciones son conocidas como la «primacía de la política interna» *(Primat der Innenpolitik).* Así, cuando el Gobierno alemán desencadenó una crisis internacional en torno a Marruecos en 1911, lo hizo, según este punto de vista, a causa de la inminencia de las elecciones y del temor de una toma del poder por parte de la izquierda; y, en el caso francés, se ha dicho que la ola de nacionalismo que estalló en 1911 –el *réveil national,* asociado con Poincaré– estaba destinada a hacer que la nación se olvidara de la reforma social. También se ha apuntado que, cuando los conservadores británicos promovieron en 1908-1909 la alarma acerca del número de barcos de guerra alemanes ilícitamente construidos, lo que intentaban era detener las reformas

sociales de Lloyd George, haciéndole gastar el dinero en barcos de guerra. Afirmaciones similares pueden hacerse respecto a Italia, Rusia o Austria-Hungría.

En la orgía de imperialismo (y aranceles) de finales de la década de 1890, es incuestionablemente cierto que los hombres de Estado y los generales dijeron bastante a menudo que la expansión exterior era necesaria para derrotar al socialismo. En lugar de ello, la expansión había provocado una interminable inquietud social; y a partir de 1905 los conservadores de todas partes se dieron cuenta de que la guerra traería probablemente la revolución social. El conservador ruso P. N. Durnovo manifestó esto en un famoso memorándum de febrero de 1914; y Lenin dijo algo parecido. En cierto sentido, la guerra estalló, pues, porque los conservadores habían superado ese temor. Lo que es sorprendente es la arrogancia de los hombres de Estado de 1914, y no su miedo.

Los Estados se habían convertido en máquinas muy poderosas. Las grandes fuerzas militantes, los monopolios, los sindicatos, las burocracias, la alta imposición fiscal y la hacienda pública inflacionaria componían ya la escena social. Había mucha gente a la que esto no le gustaba en absoluto, y a partir de 1910 se produjo una radicalización de los descontentos de clase media que, en alguna medida, hacía prever el fascismo.

Un ejemplo de esto se dio en aquellas áreas que tenían una población mixta de católicos y no católicos. El caso más obvio fue el de Irlanda del Norte. Aquí, la perspectiva de ser gobernados desde Dublín, en el contexto del programa de los liberales, originó una franca revuelta. En el Ulster, los voluntarios protestantes amenazaron con tomar medidas de fuerza: se instruían y desfilaban abiertamente; una parte del cuerpo de oficiales británicos simpatizaba con los que querían seguir siendo gobernados desde Londres. Las

quejas de los protestantes, expresadas en términos religiosos, parecían (y parecen) cerrilmente anacrónicas. Pero en el fondo tenían sentido, porque los hábitos de los individuos de una y otra religión eran con frecuencia tan diferentes que resultaban incompatibles: diferían sus conceptos sobre el papel de cada sexo, sus tradiciones sobre la herencia, sus criterios acerca de la higiene, el tamaño de la familia, la educación, la empresa.

No hay duda de que, en su origen, buena parte de esto era simplemente un reflejo del hecho de que los católicos habían tardado una o dos generaciones más que los protestantes en «desertar del arado» (aunque, obviamente, había algo más). En la mayoría de los sitios, la tasa de crecimiento de la población católica era más rápida que la protestante. En las ciudades protestantes de Baviera –Nördlingen, por ejemplo– esto era bastante evidente, y tales ciudades se convirtieron en islas en un mar católico. Las familias protestantes de clase media seguían siendo de un tamaño limitado, para ahorrar gastos; las familias católicas necesitaban los ingresos de muchos hijos. En Letonia, la región católica, Lettgallia, fue una fuente de peones para los puertos, y especialmente para Riga. Los jóvenes dejaban a sus familias en unas aldeas que funcionaban con arreglo a los mismos principios comunales que en la propia Rusia, y retornaban con algún dinero de la ciudad (y, a menudo, con algunas ideas socialistas). Los católicos letones, que constituían una quinta parte de la población en la década de 1860, ascendían a una cuarta parte una generación después; y, de una forma similar en gran medida, los holandeses, que habían sido la patria del protestantismo inflexible, en 1914 estaban en camino de tener una mayoría católica.

Para entonces, el atraso de los católicos, aunque todavía un factor bastante obvio (en Irlanda los ingresos de los protestantes eran cuatro veces más altos que los ingresos me-

dios de los católicos), se estaba convirtiendo en una cosa del pasado, ya que la distancia era ahora mucho menor que antes. A medida que los católicos recibían educación y obtenían trabajo en la ciudad, se iban adaptando mejor que los protestantes, confinados en sus propias especialidades ya fuera en la industria pesada, en la clase media profesional o en la clase media baja artesanal. Los católicos eran también expertos en el manejo de las maquinarias políticas, haciéndose cargo de los ministerios de correos y ferrocarriles y dando trabajo a su clientela en estas redes. En el plano municipal, la expansión de la burocracia hizo posible el desarrollo de tales sistemas de clientela, con los impuestos locales correspondientes. Los acontecimientos de Irlanda del Norte, lejos de ser anómalos, eran completamente normales en un contexto europeo. Casi exactamente en las mismas fechas (1911-1913) hubo grandes batallas en Baviera, Baden y Bélgica cuando todos los grupos no católicos, desde los socialistas a los conservadores, se coaligaron contra la dominación de la política por parte de los católicos. En Bélgica hubo una huelga general por esta cuestión. Tanto en Baviera como en Baden, los no católicos formaron un «gran bloque» *(Grossblock)* para derrotar a las maquinarias. Estos bloques no consiguieron derrotar a los curas, no siendo la menor razón de este fracaso sus propias e inevitables tensiones internas. En 1911, la Iglesia dominaba Bélgica. Un libro de G. Barnich, *Le régime clérical en Belgique,* demostraba cómo manejaban los seguros, las cajas de ahorro, los clubes deportivos, los nombramientos para los distintos cargos. En Viena, los «socialcristianos» componían una maquinaria de primera clase, en la que el municipio promovía el bienestar del hombre de la calle, oponiéndose, por ejemplo, a las bandas militares porque quitaban trabajo a los músicos callejeros. Se trataba de una forma de conservadurismo de pequeño comerciante, y, al igual que el movimiento autonomista irlandés, podía, por muchos conceptos, merecer el ca-

lificativo de «reaccionario» (Karl Lueger dijo una vez de las que defendían el derecho al sufragio de la mujer que eran «en general… judías»). Pero era muy poderoso y cualquiera que participara en el gobierno municipal no podía dejar de llegar a un acuerdo. Los socialistas así lo hicieron en buena parte de Europa. En Múnich, el servicio de autobuses fue dividido en «proporción» *(Proporz):* los conductores para los socialistas, los cobradores para los católicos. Los estatutos del Partido Laborista irlandés fueron redactados, en parte, por los obispos. El «Clydeside rojo» nació cuando el voto católico se giró a la izquierda.

El *establishment* protestante respondió de forma histérica a muchas de estas cosas. En algunos países, se veía amenazado por un nuevo peligro, procedente del nacionalismo de las minorías, que se entrelazaba con el clericalismo. En Europa, por esta época, estaban floreciendo las pequeñas naciones, algunas de ellas inadvertidas desde la Edad Media, y nacionalidades menores dentro de los grandes imperios estaban tomando conciencia de su potencial en una forma que no se había conocido durante varias generaciones. La literatura irlandesa experimentó un notable renacimiento; en Finlandia, Polonia, Bohemia y Cataluña, los arquitectos se esforzaron por buscar nuevas formas que desbancaran las neobizantinas, neonuremburguesas o neobarrocas que, hasta entonces, habían dominado sus principales ciudades; las Ramblas de Barcelona y los edificios del arquitecto catalán Gaudí casi eran en sí mismas una declaración nacionalista. Lo mismo ocurría con la música checa, en particular con Dvorak; en Noruega, escritores como Ibsen y Hamsun recuperaron el noruego, que, con anterioridad, había sido considerado como una especie de criollo danés. En la década de 1890, las olvidadas lenguas de numerosos pueblos minoritarios resurgieron rápidamente, a menudo gracias al patronazgo clerical, y así como a «patriotas de adopción». Un inglés, Douglas Hyde, desarrolló el gaélico irlan-

dés, o, según sus enemigos, lo inventó. Un escocés, John McLeod, desarrolló el flamenco en Bélgica, y trató de hacer del holandés la forma literaria de una lengua que se había dividido y subdividido en innumerables acentos y dialectos diferentes. En numerosas ciudades, estatuas y teatros de la ópera proclamaban el valor histórico de estas nacionalidades menores; y no faltaban historiadores para demostrar su alcurnia, a veces mediante claras falsificaciones.

Las nacionalidades consolidadas –o, para utilizar la expresión austriaca, «los pueblos del Estado» *(Staatsvölker)*– respondían a esto con histeria. Los alemanes de una Bohemia que en esos momentos era checa en sus dos terceras partes se resentían de la insistencia de los checos en la difusión de su lengua; la proliferación de burócratas y maestros checos, incluso en regiones mayoritariamente alemanas, provocaba conflictos; y la Dieta de Praga fue disuelta porque una u otra parte obstruía su quehacer. En 1910, los socialdemócratas austriacos se dividieron en diferentes grupos nacionales, e incluso los partidos católicos dejaron de celebrar reuniones de todos los grupos nacionales austriacos. En las regiones eslavas del sur, un nuevo radicalismo nacionalista ponía en tela de juicio el dominio de los Habsburgo. En Ucrania apareció un fermento nacionalista similar, un tanto incipiente. El cónsul alemán en Lvov, en la Galitzia oriental, recibió instrucciones desde Berlín para que observara este movimiento y, si fuera posible, lo encaminara hacia Alemania.

El telón de fondo del estallido de la guerra en 1914 fue, pues, una sensación, experimentada en toda Europa, de que las cosas, de algún modo, estaban descomponiéndose. Esta sensación no se limitaba a las cuestiones políticas; afectaba prácticamente a todo lo demás. Hubo, por ejemplo, un gran alboroto cuando en 1913 se ejecutó por primera vez, en el Teatro de los Campos Elíseos, la obra de Igor Stravin-

ski *La consagración de la primavera.* Su naturaleza estrepitosa, caprichosamente sincopada y percutiente, ofendía el gusto parisiense, mientras que Viena, desde hacía algunos años, estaba acostumbrada a sonidos incluso más raros. De una forma que el historiador solo puede reseñar, y no explicar, el clima cambió hacia 1911. Dangerfield lo expresó muy bien al observar cómo, en las historietas de *Punch,* se producía en 1912 un brusco abandono del mundo victoriano. Repentinamente, una serie de cosas se convertían en objeto de burla y las figuras de las historietas aparecían vestidas de manera distinta. Probablemente no sea excesivo afirmar que, antes de 1914, había comenzado a generalizarse un nuevo irracionalismo.

Ciertamente, la política de esa época se volvió bastante extraña. Dominaba la confusión, y en medio de ella había voces que se anticipaban al fascismo. La cuestión del norte de Irlanda hizo que muchos conservadores respondieran con histeria: desfiles y uniformes estaban a la orden del día. En Alemania, a comienzos de 1912, los socialdemócratas obtuvieron un tercio de los votos y se convirtieron en el partido más importante del *Reichstag.* En numerosos círculos industriales y del *Mittelstand* la respuesta a esto fue la histeria. La Asociación Central de Industriales denunció a los «rojos», y se creó una profusión de «ligas para la defensa de las clases medias», o «ligas antisocialistas», que hablaban de antisemitismo y totalitarismo. En Italia, *La Voce* de Florencia hablaba del «imperialismo proletario»; de hecho, la expresión «Tercer Mundo» proviene de un término italiano, por cuanto los nacionalistas italianos consideraban a veces que no eran ni capitalistas ni socialistas, sino capaces de formar un tercer tipo de imperio. Los conservadores ingleses, encabezados ahora por un hombre de negocios, Andrew Bonar Law, eran, en todo caso, mucho más cuerdos que sus correligionarios continentales. Pero estaban tam-

bién afectados por una manía que los privaba de sentido común cuando contemplaban la cuestión irlandesa.

En toda Europa resultaba difícil encontrar un hombre de derechas que no se hiciera eco de las palabras del líder pangermánico Heinrich Class: «Deseo con vehemencia la guerra santa y redentora». Esta era vista como la gran restauradora de la razón; la propia acción, fuera cual fuese la dirección que tomara, resolvería los problemas y restauraría los valores apropiados. En todas las grandes potencias, la derecha comenzó a fomentar las asociaciones militares y navales. En Gran Bretaña, Lord Roberts expuso sus planes para el reclutamiento de los jóvenes. En Francia, Poincaré encontró la forma ideal de aglutinar al Parlamento en torno a la consigna del *réveil national,* y los nacionalistas, que se habían visto desacreditados por el caso Dreyfus, tuvieron entonces su gran ocasión. En Alemania, las «ligas militares» –promovidas por un exgeneral, Keim– siguieron el mismo curso. A partir de 1911, la atmósfera era la de una carrera de armamentos. Esto sirvió, bastante extrañamente, para resolver en la mayoría de los países el problema de la imposición fiscal, que había complicado los debates parlamentarios desde comienzos de la década de 1890. La derecha votaría a favor de unos impuestos graduales sobre la renta, siempre que se gastaran en armas; y la izquierda aceptaría las armas siempre que fueran acompañadas de los impuestos graduales sobre la renta. En 1912, ese problema se había resuelto en casi todas partes, y los grandes ejércitos iban unidos a fuertes impuestos, aunque los detalles de este proceso causaron conflictos interminables y, en Francia e Italia, infinitos cambios de gobierno. En 1913, toda Europa estaba entregada a la carrera de armamentos: a partir de 1911, la guerra ya había estallado en las mentes de la gente. Los países de Europa se habían convertido en máquinas, y las máquinas en esos momentos se atacaban mutuamente. Fue Alemania la que tomó la delantera.

III. LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS

RELACIONES INTERNACIONALES, 1897-1914

Los orígenes de la Primera Guerra Mundial pueden verse claramente desde comienzos de la década de 1890. En ese periodo, tomó forma la política exterior de la época imperialista. Esto respondía a un orden internacional en proceso de cambio, en el que los estados antiguos –China, el Imperio otomano– se estaban desintegrando. Pero respondía, asimismo, a un orden interno también en proceso de cambio.

La ascensión de la izquierda en el interior de los distintos países dio lugar a que algunas personas del centro político intentaran neutralizarla por medio de la condescendencia. Tanto en el último Gobierno de Gladstone (1892-1894, con una breve y confusa prolongación liberal en 1895) como en el régimen del sucesor de Bismarck, Caprivi (1890-1895), se hicieron esfuerzos para atraerse al «pueblo», ya fuera con mejoras democráticas en la gobernación o con reducciones en los precios de los alimentos. Pero estas medidas distaban mucho de ser populares entre todos los que apoyaban esos regímenes, muchos de los cuales eran antidemócratas, en el sentido de que tenían miedo del «pueblo», o eran abiertamente proteccionistas. El imperialismo era para ellos una buena causa para engalanar sus políticas internas un tanto raídas.

La población había crecido vertiginosamente en todas partes, y los ejércitos querían reclutar mayor número de hombres, de acuerdo con ese crecimiento. Las leyes vigentes lo hacían difícil, porque fijaban un número de hombres (y, en Alemania, una suma de dinero) durante un largo periodo de tiempo. A los generales también les preocupaba que si mantenían un servicio militar de tres años –la norma

en la mayoría de los países, aunque en Rusia era de cinco años–, los ejércitos se volverían impopulares. Además, ellos mismos reconocían que, con la educación moderna, un periodo de dos años en filas era suficiente. Después de este tiempo, los soldados solo prestarían servicio en tiempos de guerra, y podrían ser llamados a filas de nuevo como reservistas durante un periodo de dieciocho o veinte años. De acuerdo con esto, en Austria, Francia, Alemania, Italia y Rusia, de 1889 a 1893, se presentaron proyectos de leyes militares que acortaban la duración del servicio y elevaban el número de hombres reclutados cada año.

En todos los casos, la aprobación de estos proyectos de leyes resultó difícil, porque los generales y los liberales encontraron en ellos muchas cosas sobre las que discutir. Pero, en un clima de tensión interna y externa, salieron adelante: ello fue el tímido comienzo de la carrera armamentista, y el Gobierno Gladstone, en Gran Bretaña, respondió incrementando y mejorando su armada. Los rusos respondieron a todo esto efectuando una alianza con los franceses (1893-1894). Dado que Alemania, desde 1870, se había hecho extremadamente poderosa, y que los británicos estaban adoptando una posición antirrusa en todas las partes del mundo, Rusia necesitaba un amigo.

En la práctica, la carrera de armamentos terrestres se hizo entonces más lenta. Esto no se debió a que disminuyera la tensión internacional. Se debió a que Alemania concentró sus esfuerzos en la construcción de una gran flota de combate y por ello no tenía dinero para reforzar el ejército. La flota, creación del almirante Tirpitz, estaba ideada como un instrumento imperialista. Apuntaba claramente a los británicos: en efecto, sus buques llevaban más blindaje que los buques británicos precisamente porque no necesitaban el peso adicional de carbón que precisaban estos últimos para navegar alrededor del globo. Los buques alemanes podían

navegar a través del mar del Norte, y en 1900 los británicos reaccionaron al desafío. La idea principal de los alemanes era bastante simple. Si los británicos iban a la guerra, hundirían sin lugar a dudas la flota alemana, numéricamente inferior; pero perderían en el proceso tantos de sus barcos que se verían expuestos a los ataques de otras potencias navales. Por consiguiente, los británicos tendrían que actuar junto con los alemanes, y compartir el botín imperial, algo que hasta entonces no había sucedido.

Esto no funcionó así en la práctica. Los británicos prefirieron hacer un trato con Francia en 1904: los franceses, con el enérgico Théophile Delcassé al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, estaban desalentados por la debilidad de su aliado ruso en la guerra del Lejano Oriente y temían un nuevo aislamiento. Deseaban adueñarse de Marruecos, que se encontraba en un proceso de lenta desintegración; no querían que lo tomasen los alemanes, y necesitaban la ayuda británica. A cambio del reconocimiento del control británico de Egipto, obtuvieron dicha ayuda para controlar Marruecos cuando llegara el momento. Este trato fue conocido con el nombre de la «*Entente* cordial». Coincidió con otros problemas en la vasta herencia otomana. Las firmas financieras y los hombres de negocios de todos los países industriales, y a veces también de Rusia (aunque generalmente con dinero extranjero), luchaban a brazo partido por obtener provecho de los esfuerzos del Gobierno turco para ampliar los ferrocarriles y la producción mineral. Un grupo alemán obtuvo una concesión para construir un ferrocarril a través de Turquía, proyecto conocido pomposamente con el nombre de «ferrocarril Berlín-Bagdad». Este ferrocarril, en manos de Alemania, podría haber dado a esta un papel preponderante, y el proyecto contó con la oposición de las demás potencias. No se trataba en absoluto de una cuestión sencilla, dado que el proyecto estaba financiado con dinero procedente de otros países distintos

de Alemania. Los rusos, en particular, se daban cuenta de que sería fácil en esos momentos que un ejército turco se volviera contra sus fronteras del sur, en el Cáucaso, y se sintieron alarmados.

En 1905, los alemanes podían pensar que la posición internacional era bastante favorable para ellos. Rusia había sido derrotada en la guerra con el Japón, y, de este modo, Francia no podía contar con ella. En efecto, en julio de 1905, el zar estuvo a punto de firmar una alianza con Alemania después de su encuentro con el káiser en Björkö. En gran parte se volvió atrás porque, en este periodo sumamente agitado, Rusia dependía de los préstamos franceses. El Ministerio alemán de Asuntos Exteriores y los jefes militares pensaban que había llegado el momento de enfrentarse a Francia en relación con Marruecos, esperando siempre que los británicos no apoyarían a Francia. En el mes de marzo, el káiser desembarcó en Tánger; esto constituyó un manifiesto apoyo a la causa de la independencia marroquí. Los diplomáticos alemanes amenazaron a Francia con la guerra; el propio Delcassé dimitió cuando el gabinete dejó de apoyarle. En enero de 1906 se convocó en Algeciras una conferencia de todas las potencias interesadas en los asuntos marroquíes. En ella, los británicos apoyaron a los franceses; la preponderancia francesa en un Marruecos todavía independiente quedó asegurada (por ejemplo, con el control de la policía); y los representantes alemanes perdieron la votación. Su aceptación de esta derrota mostró en parte su conocimiento de la impopularidad de las cuestiones coloniales como causa para una guerra, y, en parte, el gran miedo del almirantazgo alemán a que su armada fuera pulverizada y las costas alemanas quedaran abiertas de par en par a la invasión si llegaban a una guerra con Gran Bretaña. Hasta que el canal de Kiel hubiera sido ensanchado para dar cabida a un vasto tráfico naval, y hasta que Alemania hubiera construido suficientes barcos –pensaba Tirpitz–, no

debía haber guerra con los británicos. La crisis marroquí desapareció, pero hizo que el vínculo entre Londres y París fuera más fuerte de lo que lo había sido. En agosto de 1907, un acuerdo similar sobre las esferas de intereses en Persia, Afganistán y el Lejano Oriente llevó a un entendimiento anglorruso: la *Triple Entente.* Los alemanes se dieron cuenta con disgusto de que estaban siendo excluidos de la expansión ultramarina. Tirpitz incrementó su programa naval en 1907-1908: cuatro acorazados por año. En 1909, los británicos respondieron autorizando la construcción de ocho acorazados.

Por entonces, las «constantes» de los asuntos internacionales estaban comenzando a cambiar. El Imperio turco, que todavía abarcaba una gran parte de los Balcanes, se estaba deshaciendo. El futuro de la vieja monarquía de los Habsburgo parecía muy cuestionable. Alemania y Rusia, ya enfrentadas por la cuestión de Turquía, difícilmente podían estar de acuerdo sobre un reparto pacífico de los dominios de dicha monarquía. En marzo de 1909, cuando los rusos se opusieron a un audaz paso adelante por parte de Austria –la anexión de la provincia de Bosnia, formalmente turca–, el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores les envió un ultimátum. En el espacio de dos años, las relaciones internacionales se habían convertido en una crisis tras otra: una segunda crisis marroquí, cuando los alemanes enviaron una cañonera para proteger sus intereses, en el verano de 1911; un ataque italiano contra Tripolitania, también parte de Turquía, en octubre de 1911; luego, unos pocos meses después, una coalición de estados de los Balcanes contra Turquía, que, a finales de 1912, casi había expulsado a los turcos de aquella región, después de «la primera guerra de los Balcanes». En el verano de 1913 empezó otra guerra de los Balcanes, que tuvo como resultado la pérdida de territorio por parte de Bulgaria en favor de los demás.

Lo que aquí contaba era que el mayor de los Estados balcánicos, Serbia, actuaba como un foco de lealtad para los millones de serbios que vivían bajo el dominio austrohúngaro. La única solución que veían los austriacos era el uso de la fuerza para aplastar a Serbia, porque las provincias eslavas del sur –y no solo esas– se estaban haciendo ingobernables. Continuamente eran asesinados dignatarios, y fue la muerte de uno de ellos, el archiduque Francisco Fernando, en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, lo que provocó la guerra. Su asesino, aunque súbdito de los Habsburgo, era un serbio, Gavrilo Princip. Ha pasado a la historia con su observación, hecha justo antes de su muerte en una prisión de Bohemia en 1918: «Si no lo hubiera hecho, los alemanes habrían encontrado otra excusa».

La principal dificultad consistía en que una contienda entre Austria y Serbia amenazaba con invocar alianzas en ambos bandos: en realidad, la situación en que estalló la Primera Guerra Mundial había sido prevista con una antelación de cinco años en los intercambios de diplomáticos y generales. En virtud de las alianzas y de sus consecuencias militares, un ataque austriaco a Serbia significaría un movimiento ruso contra Austria, lo que implicaría un movimiento alemán contra Rusia, y esto provocaría a su vez un movimiento francés contra Alemania. Los británicos habían tenido buen cuidado de no llegar a un compromiso formal de esta especie, pero en 1911 aseguraron a los franceses que defenderían la costa atlántica, y los generales británicos y franceses habían llegado a un acuerdo de cooperación en el caso de una guerra con Alemania.

En la crisis de julio de 1914, que siguió al asesinato del archiduque, todo esto llegó a un punto decisivo, pero no habría tenido sentido si no hubiera sido en las condiciones de una vasta escalada en la carrera de armamentos a partir de 1911, y también en las de un nacionalismo nuevo y radi-

cal que había surgido en el mismo periodo. En las grandes potencias, este proceso se dio en una atmósfera de creciente histeria a partir de 1890, y el caso más destacado fue el de Alemania.

ALEMANIA

Se ha dicho, acertadamente, que, en el siglo que siguió a 1870, hubo una cuestión dominante en la política exterior británica: ¿Alemania o Rusia? En las dos guerras mundiales, los británicos acabaron por efectuar alianzas con Rusia. Pero en las décadas de que nos venimos ocupando había mucha gente en Gran Bretaña que hubiera preferido una asociación con Alemania. En 1898, y de nuevo en 1901, Joseph Chamberlain habló a favor de una asociación de las razas «anglosajona» y «teutónica»; incluso en la Primera Guerra Mundial, se hicieron esfuerzos para resolver las dificultades existentes entre los dos países, conforme a lo que parecía ser una obvia asociación: Gran Bretaña con su imperio, Alemania con su expansión a expensas de Rusia. En la década de 1930, tales ideas fueron bastante comunes.

Ambos países rompieron esa asociación a causa de un simple hecho: las ambiciones alemanas no parecían estar limitadas en absoluto a Europa oriental, sino que se extendían a Europa occidental y a todo el mundo. Además, esas ambiciones estaban siendo impulsadas con un grado creciente de agresividad desde la caída de Bismarck en 1890. Alemania avanzó a velas desplegadas, se convirtió con mucho en el país más fuerte del continente. Tenía ya un gran ejército; desde 1897 estaba construyendo también una gran armada, claramente pensada para usarla contra los británicos. Además, Alemania no era un país como Gran Bretaña, en donde el poder parlamentario aseguraba que la mayor parte de las cosas importantes se debatieran y decidieran públicamente. Era una «autocracia controlada», en la que el poder del Parlamento era muy limitado. Su Gobierno era

una camarilla y no parecía deseoso o capaz de llevar a cabo las elementales reformas parlamentarias que hubieran hecho de Alemania un Estado constitucional del tipo del británico. El poder y la mala conducta del Ejército prusiano eran tales que Alemania era generalmente acusada de culto al ejército, de militarismo. Los paisanos se bajaban de las aceras para dejar paso a los oficiales; estos tenían el monopolio de los vagones de ferrocarril de primera clase para Potsdam. Era un Estado autoritario, militarista; y, sin embargo, tenía la industria más potente de Europa.

De forma ostensible, Alemania quebrantó varias normas de la evolución política. Los liberales, y los marxistas después de ellos, daban por sentado que, con el progreso industrial, surgiría una gran clase media que llevaría a cabo las reformas liberal-burguesas: un Parlamento fuerte, el fin de las costumbres «feudales», y una monarquía propiamente constitucional. En Alemania, hasta 1918, en los asuntos políticos tuvieron la preeminencia conservadores históricos y, sin embargo, la economía del país no solo no era una economía atrasada, sino que era la más floreciente de Europa.

En 1913, Alemania producía los dos tercios de todo el acero europeo (16.200.000 toneladas), cifra que duplicaba la británica y no estaba lejos de la norteamericana. Producía casi tanto carbón como Gran Bretaña y le había arrebatado numerosos mercados europeos. Con 8.000 millones de kilovatios / hora de electricidad, producía más que Gran Bretaña, Francia e Italia juntas, y, en la industria eléctrica, firmas alemanas, como Allgemeine Elektrizitätswerke, GmbH (AEG) o Siemens-Schuckert y Siemens-Halske, estaban a la cabeza en el mundo entero. Su industria algodonera empleaba el doble de materia prima que la de Francia, que en importancia era la segunda de Europa. Los ferrocarriles prusianos pasaron de 5.000 kilómetros en 1878 a 37.000 en 1914. El cambio fue extraordinariamente rápido. En 1880,

más de la mitad de la población de Alemania trabajaba en el campo, un tercio en la industria y la artesanía, y el resto en diversas clases de servicios (el sector terciario). En 1914, no mucho más de un tercio trabajaba en la agricultura (el 35 por 100), y casi dos quintas partes en la industria. Pero dentro de la propia industria se produjo un gran cambio en la situación, pasando de las pequeñas empresas que empleaban un puñado de trabajadores a las empresas de tamaño medio, y, lo que es más espectacular de todo, a las empresas concentradas de gran tamaño, cuyas feas y enormes fábricas dominaban el Ruhr, Silesia y Sajonia. Sus rudos patronos manejaban el Partido Nacional Liberal, especialmente en la Cámara de los Diputados de Prusia.

La industrialización de Alemania tuvo su origen parcialmente en las industrias pesadas que surgieron en Europa durante el siglo XIX –hierro y acero– y parcialmente en las nuevas industrias, tales como la química o la eléctrica. La industria química surgió de la industria textil que Alemania, como todos los países en vías de industrialización, había conseguido (en gran parte, aunque no enteramente, inspirándose en el ejemplo inglés) a principios del siglo XIX. La necesidad de sustituir en esta industria el índigo importado, que resultaba caro, por tintes químicos fue la chispa inicial, aunque las necesidades militares prusianas de explosivos dieron también alas a este proceso. Alemania tenía en abundancia carbón y potasa, bases de los productos químicos, y a partir de 1880 sus químicos (que habían sido famosos en Europa en el siglo XVIII, o incluso en el xvi) iban a la cabeza, con invenciones casi infinitas de derivados del carbón. En la década de 1890, Alemania tenía casi el monopolio mundial de los tintes sintéticos, y producía fibras artificiales (antecesoras del rayón), materiales fotográficos, medicamentos, los primeros plásticos, nuevos explosivos, celuloide y –mediante ingeniosas adaptaciones en la fábrica Zeiss de Jena– cristales ópticos.

Se ha sugerido que, en materia de industrialización, lo que cuenta es la combinación de las nuevas formas económicas con la idiosincrasia de un país. En el siglo XVI, los holandeses alcanzaron la grandeza debido a que tenían una situación única para actuar como intermediarios en el negocio del transporte de los productos del Báltico, en especial de los cereales; en el siglo XVII, los ingleses pudieron aprovecharse de una versión a escala mundial del mismo proceso; en el XVIII y en el XIX, la tradición de ingeniería especializada de los ingleses del norte y de los escoceses se adaptó al desarrollo industrial de la época, y se combinó con la banca, con una bolsa de valores relativamente flexible, con empresarios procedentes del norte y con una agricultura eficiente, al menos para los niveles de la época.

En Alemania, la química se correspondía con un carácter nacional que siempre se había inclinado hacia la investigación teórica; los enfoques matemáticos de los problemas científicos tenían una larga historia. Leibniz, a finales del siglo XVII y principios del XVIII, se había acercado a la química anticipándose a los métodos estadísticos del siguiente siglo; a mediados del siglo XIX, August Kekulé, adaptando a la materia enfoques matemáticos, pudo simplificar en gran medida los procesos experimentales de síntesis que, de otro modo, habrían resultado excesivamente complejos. A comienzos del siglo, Bunsen y Liebig habían realizado un acercamiento a la química del suelo, inspirado similarmente. En la década de 1880, la existencia de los ferrocarriles –cuya red amplió Alemania en 10.000 kilómetros en cada década posterior a 1870– permitió la explotación de un mercado nacional. Las circunstancias de la «Gran Depresión» reforzaron el elemento urbano de este mercado. La necesidad de reducir los costes en los suministros procedentes del exterior multiplicó los esfuerzos para sustituir un material natural por otro (química orgánica) o, posteriormente, para encontrar un procedimiento sintético que permitiera supri-

mir todos los materiales naturales (química inorgánica). En 1883, incluso en los productos farmacéuticos, los empresarios inteligentes apreciaban la necesidad de la investigación. Carl Duisberg, propietario de lo que llegó a ser la Badische Andin-und Soda-Fabrik (BASF, todavía hoy una de las mayores empresas alemanas), tenía 6.300 trabajadores en 1900 y 233 químicos; la Farbwerke Hoechst, 3.500 y 165, respectivamente. En 1914, la industria química se había expandido realmente muchísimo, ya que el alza de los precios de los materiales orgánicos (los productos naturales) incitó a una búsqueda aún más intensa de sucedáneos. El número de trabajadores en dicha industria ascendía a 300.000. Fue un proceso de invención sin fin, especialmente cuando se alió con la energía eléctrica. En 1904, las tres principales firmas químicas –la tercera era la fábrica de Bayer en Leverkusen, en el Ruhr– habían formado un *trust* para aunar sus recursos y concentrar, por tanto, la inversión; con anterioridad a 1914, en la fábrica de Leuna, cercana a Leipzig, se descubrieron los catalizadores que fueron aplicados a la síntesis del amoníaco, lo que condujo al procedimiento Haber-Bosch de fijación del nitrógeno (y de aquí al volumen de los explosivos alemanes en la Primera Guerra Mundial, que procedían, literalmente, del aire) y posteriormente al petróleo sintético.

En la industria pesada, Alemania se encontraba también bien situada para aprovecharse de las circunstancias del siglo XVIII. De nuevo aquí, aunque los contemporáneos no pudieran dejar de estar impresionados por el modo en que las gigantescas fábricas de hierro y acero habían llegado a dominar el Ruhr, la Silesia prusiana y Sajonia, el elemento de continuidad es muy fuerte. En realidad, la expresión «Revolución Industrial», al menos en su sentido moderno, es una invención de la primera parte del siglo XX. Por entonces, podía aplicarse apropiadamente a la extraordinaria urbanización de Europa en la generación que comenzó en

1870; los historiadores económicos estaban enfrentándose, más o menos por primera vez, con el problema del crecimiento (tema que solo después de 1900 interesó a los periódicos especializados). Incluso en el siglo XVIII, Prusia había sido el segundo país industrial de Europa; algo por detrás de Gran Bretaña. Su anexión de Silesia, con sus minas de carbón y sus industrias textiles, y, en 1815, su anexión de la Sajonia prusiana y del reino de Westfalia (esto es, el Ruhr) proporcionó a sus empresarios un enorme campo para la expansión, que fue acometida hacia 1840.

En el Ruhr, empresarios que, con un duro esfuerzo por ascender, habían surgido de un medio austero y casi siempre protestante, presidieron el desarrollo de los abundantes yacimientos de carbón locales. La embestida de la «Gran Depresión» y las crisis de comienzos de las décadas de 1880, 1890 y 1900 promovieron una cierta racionalización: las empresas se fusionaron y formaron cárteles, primero para agrupar las ventas, luego para acordar las cuotas de producción, y después para agrupar las inversiones. Necesitaban exportar para evitar los límites de las cuotas internas. Necesitaban, por consiguiente, aranceles no solo para contrarrestar la competencia extranjera, sino también para tener precios altos en el interior que compensaran los precios muy bajos en el exterior, la *Kampfpreise.* Dado que el Estado aceptó los argumentos en favor del arancel incluso en 1879, y siguió aceptándolos en general hasta la Primera Guerra Mundial, esos cárteles prosperaron –volcándose en los mercados ultramarinos a expensas del consumidor y del pequeño fabricante de Alemania, que tenían que pagar por su metal y su carbón precios más altos de lo que, de otro modo, habrían necesitado pagar–. Los industriales se dividieron en dos bloques: el *Zentralverband der deutschen Industrie,* que tenía su origen en un grupo de empresarios de la industria pesada de Westfalia, con un nombre muy largo; y el *Bund deutscher Industrieller,* que intentó, sin mucho

éxito, unir a las empresas medianas y pequeñas contra los partidarios de los altos aranceles. En términos muy generales, los partidarios de los aranceles estuvieron relacionados con los liberales nacionales a partir de 1880, mientras que el *Bund deutscher Industrieller* estuvo vinculado a los liberales progresistas.

El mundo de la industria pesada alemana era un mundo muy feo y muy próspero. Empresarios y administrativos protestantes, financieros judíos como Emil Rathenau o Carl Fürstenberg y una mano de obra con frecuencia católica (y en Bochum o Gelsenkirchen en buena parte polaca) reproducían las condiciones casi ideales para el éxito de las crueles y duras empresas de la industria pesada de finales del siglo XIX; condiciones reproducidas bastante extensamente en los Estados Unidos, y, hasta cierto punto, también en Gran Bretaña. En el Essen de Krupp, al igual que en Pittsburgh o Cleveland –donde un Andrew Carnegie podía reinar sobre una mano de obra en gran parte polaca–, cientos de miles de hijos de campesinos, llegados por ferrocarril o barco, procedentes del derrumbamiento de la agricultura campesina, movían las ruedas de la industria pesada. En la década de 1880, la introducción del proceso Gilchrist-Thomas permitió a esas firmas utilizar el mineral de hierro de la cercana Lorena, y la industria alemana del acero medró en consecuencia.

El capital no se encontraba disponible en abundancia. Era manejado en todas partes por un sistema bancario que dominaba Europa en lo relativo a las inversiones. Los bancos británicos facilitaban créditos para transacciones particulares, y las empresas comerciales, para invertir, recurrían a sus beneficios o confiaban en la Bolsa. Los bancos alemanes recibían los ahorros y los prestaban a largo plazo. Se trataba de un sistema frágil, y, de haberse producido una situación de pánico, los bancos, incapaces de recobrar el im-

porte de sus deudas, se habrían venido abajo, como iba a suceder en 1931. El 45 por 100 del sistema bancario alemán, según Werner Sombart, estaba en manos judías, y resulta tentador achacar la adaptabilidad financiera de las instituciones de crédito alemanas simplemente a este factor, porque la «salida del gueto» fue una parte de la industrialización alemana tan importante como cualquier otra. Los judíos, en general, estaban vinculados a las finanzas y el comercio; a partir de 1880, existió en política una cuestión judía específica, dado que muchas de las víctimas del cambio económico culpaban a los judíos de sus problemas.

Por muy floreciente y moderna que pareciera ser la economía alemana, la Alemania del káiser no era, en términos políticos, el clásico Estado próspero de Europa occidental que los esperanzados liberales podían haber imaginado en 1870. A pesar de su amplia clase media y de la creciente prosperidad de su clase obrera, no era un país «democraticoburgués» ni liberalmente pacifista en los asuntos internacionales. No seguía las normas «inglesas».

Antes de la Primera Guerra Mundial, y durante la misma, las dificultades de Alemania se atribuyeron a menudo a la constitución establecida por Bismarck en 1871 para el nuevo Reich. En primer lugar, «Alemania» apenas existía. Estaba formada por 36 Estados separados, que iban desde Prusia, que contaba con los dos tercios de la población total, a Schwarzburg-Rudolstadt, un Estado de opereta con unos pocos kilómetros cuadrados. Estos Estados tenían constituciones diferentes: liberalismo parlamentario con sufragio universal masculino en algunos, libertades restringidas en otros, y, en los dos grandes ducados de Mecklemburgo (Schwerin y Strelitz), sistemas absolutistas al estilo del siglo XVII que incluían un sistema estamental, aunque, desde la Reforma, estaba excluida de él la Iglesia. Estos estados tenían poderes considerables, especialmente en los

asuntos financieros. Su existencia impedía una verdadera centralización, si bien, salvo los estados principales –Prusia, Sajonia, Baviera, Wurtemberg y Baden–, no contaban demasiado, a no ser como aderezo histórico de una especie muy apreciada a finales del siglo. Los distintos estados se ocupaban de los asuntos internos, dejando la guerra y los asuntos exteriores al emperador, que residía en Berlín y disfrutaba de grandes prerrogativas; pero había también un Parlamento central, el *Reichstag,* que estaba capacitado para debatir todo lo referente al presupuesto imperial. Este parlamento era elegido por sufragio universal masculino, con distritos electorales que, al menos en la década de 1870, se establecían de manera equitativa. Pero sus poderes estaban estrictamente limitados. Los miembros del *Reichstag* no podían llegar a ser ministros del gobierno del Estado; para ello tenían primero que dimitir de sus escaños. Esto significaba la exclusión del sistema occidental, en el que los políticos más votados se encargaban del gobierno. El canciller no dependía de los votos del *Reichstag:* únicamente el emperador lo nombraba y lo destituía. Ni siquiera se le exigía responder a las preguntas de los miembros del *Reichstag,* que no tenía derecho a tomar iniciativas legislativas, todo lo cual suponía una transgresión de la ortodoxia liberal de la Europa occidental. En cuestiones militares, el *Reichstag* era con frecuencia impotente. En teoría, el ministro prusiano de la Guerra era responsable, en última instancia, ante los parlamentos que proporcionaban los fondos. Pero el emperador y Bismarck insistían en mantener muchos de los asuntos militares en manos imperiales o reales; y, en cualquier caso, sobrecargaban al ministro de la Guerra con innumerables trivialidades administrativas, mientras pasaban los asuntos serios al jefe del Estado Mayor, que no era responsable ante el Parlamento, sino directamente ante el emperador. De igual manera, la casa militar *(Militärkabinett)* del emperador adquirió grandes poderes en cuanto al

nombramiento y la destitución de los oficiales. Antes de 1914 era frecuente que a los judíos se les negara el nombramiento como oficiales de reserva. El *Reichstag* se quejó de ello; pero el ministro de la Guerra no era capaz de proporcionar detalle alguno, dado que, a este respecto, no era responsable y ni siquiera estaba informado, o eso al menos podía afirmar plausiblemente.

En algunos aspectos importantes, Alemania era, pues, «una autocracia controlada», como pretendían sus enemigos. El *Reichstag* era elegido por sufragio universal masculino, y sin embargo era constitucionalmente impotente en materias estimadas como asuntos internos de los estados, al tiempo que incluso en asuntos imperiales sus poderes eran muy escasos.

Ciertamente, la importancia del *Reichstag* creció mucho más allá del papel original que le había sido atribuido. A medida que la economía se fue desarrollando, fueron aumentando también las demandas de una legislación central en materia de pesas y medidas, sociedades, medidas sociales, transporte, etc. A finales de la década de 1870, se impuso un arancel real, por mandato de la mayoría en el *Reichstag.* Esto proporcionó al Reich un importante ingreso propio, independiente de las contribuciones de los distintos estados (aunque este efecto fue velado). El presupuesto subió. Las necesidades de la defensa también crecieron muchísimo, pasando de solo 100 millones de marcos a comienzos de la década de 1870 a 1.595 millones en 1909 y 2.405 millones en 1913-1914. El *Reichstag* podía causar verdaderos problemas y el gobierno tuvo que tomarlo en serio. Si un canciller perdía el control del mismo, como les sucedió a Billow en 1909 y a Bethmann Hollweg en 1917, se encontraba en peligro y el emperador tenía que dejarle irse. Pero, incluso entonces, Alemania estaba lejos de ser un país gobernado centralmente con un parlamento eficaz. La

constitución no fue reformada seriamente hasta los últimos días de la Primera Guerra Mundial.

La realidad que se encontraba detrás de la constitución de Bismarck era Prusia. Era con mucho el Estado de mayor tamaño, al haber absorbido varios otros en 1866, y por su posición podía bloquear el consejo federal, el *Bundesrat,* en el que los representantes de los estados se reunían para discutir materias comunes. El gobierno de Prusia era a menudo, en la práctica, idéntico al imperial, hasta tal punto que en una ocasión Bismarck, como primer ministro prusiano, se dirigió a sí mismo, como canciller, un escrito de queja. Prusia tenía su propia constitución, pero esta no estipulaba el sufragio universal masculino ni el poder democraticoburgués, sino todo lo contrario. Conforme avanzaba el siglo XIX, Prusia (y Sajonia) se iban convirtiendo cada vez más claramente en estados clasistas.

La Cámara de los Diputados *(Abgeordnetenhaus)* de Prusia no era elegida mediante sufragio masculino con igual peso por voto, sino mediante un complicado sistema conocido como el «sufragio de tres clases». Los votantes de cada zona eran clasificados en tres grupos de acuerdo con la cantidad de impuestos que pagasen. Los que pagaban el tercio superior del impuesto total recaudado en la zona eran colocados en la primera clase de votantes; hacia abajo, prevalecía el mismo principio. Los votantes de cada una de las clases elegían dos electores *(Wahlmänner)* y estos, a su vez, elegían al diputado. Las desigualdades económicas eran tales que el tercio más bajo representaba al 92 por 100 de los votantes. La Cámara prusiana daba, así, una importancia mucho mayor a los votos de la clase acomodada. Por lo general, estaba dividida en tercios entre los partidos conservador, liberal nacional y católico, con un pequeño número de liberales de izquierda, aunque en 1914 las anomalías del sistema incluso permitieron la entrada de un puñado de

diputados socialdemócratas. Las tres clases de sufragio se ajustaban a los distritos electorales, y dado que por entonces existían zonas densamente habitadas por la clase obrera, como Berlín-Kaulsdorf, incluso el tercio superior de los contribuyentes bien podía votar en ellas a los socialdemócratas. En Berlín-Vosstrasse, el tercio superior de los contribuyentes se componía solo de Wertheimer, propietario de unos grandes almacenes; su preponderancia fiscal era tal que incluso hizo retroceder a la tercera clase a algunos antiguos *Reichskanzler.*

En las décadas de 1850 y 1860, en un parlamento que representaba solo a los ricos todavía podían existir graves desacuerdos entre liberales y conservadores. En la década de 1880, el desarrollo de la política de masas hizo que ambos partidos tuvieran casi el mismo miedo a la izquierda y a los católicos. Los socialdemócratas que resultaron elegidos para el *Reichstag* prometieron poner fin al mundo prusiano de los junkers y los ejércitos: parecían ser anticlericales, centralizadores y desdeñosos del pasado; prometieron implantar un impuesto sobre la renta muy alto y enormes impuestos sucesorios. La política del parlamento prusiano se convirtió, en consecuencia, en cosa de unos representantes de la clase alta que se reunían para decir «amén» a las diversas propuestas de la derecha y aprobaban leyes que les beneficiaban.

Las familias de los junkers disfrutaban de una considerable preponderancia en la administración. En la Prusia al este del Elba –las provincias de Prusia Oriental, Prusia Occidental, Silesia, la Sajonia prusiana (anexionada en 1815), Posnania, Pomerania y Brandemburgo–, su situación era envidiable. La administración local estaba en manos de un funcionario nombrado por el gobierno, el *Landrat,* cuyas actuaciones apenas se veían afectadas por la existencia de un consejo local o *Kreistag.* Los *Landräte* eran por lo gene-

ral hijos de junkers licenciados en Derecho (lo que costaba siete años conseguir en Alemania) y cooperaban con su parentela local. Hubo casos famosos de connivencias de los funcionarios en la evasión de impuestos de sus allegados. En 1909, un portavoz de dichos junkers, Elard von Oldenburgo-Januschau, cometió la equivocación de sugerir en público que los nobles prusianos, a diferencia de los judíos, se distinguían por su honestidad en su declaración de la renta. Escribió al Ministerio de Agricultura pidiendo detalles, y fue informado privadamente por el ministro, el conde Arnim-Muskau, de que la evasión de impuestos en Prusia aumentaba conforme se avanzaba hacia el este. Por lo general, la investigación de dicha evasión daba como resultado unos nuevos ingresos para el Estado de 240 millones de marcos, lo que significaba el 4,5 por 100 de lo recaudado; sin embargo, en los territorios centrales de los junkers al este del Elba, el porcentaje era mucho más alto: el 7,7 por 100 en Posnania, el 8,6 por 100 en Allenstein y el 11 en Bromberg. El príncipe Dohna-Schlobitten, por ejemplo, había declarado unos ingresos anuales de 60.000 marcos durante los años 1903-1910: omitió sumas que se le debían en uno de esos años y «olvidó» declararlas el año que le fueron pagadas. Estos asuntos relacionados con los impuestos llamaron la atención del vicecanciller, Hans von Delbrück; pronto descubrió que en ellos estaban implicados varios miembros conservadores del *Reichstag* y de la Cámara prusiana, entre los que se contaba el líder de los mismos, Ernst von Heydebran und der Lasa.

Estas familias disfrutaban también de un cuasi monopolio de los cargos de la administración pública de las provincias prusianas; en efecto, parte del problema relacionado con los impuestos consistía en que los funcionarios encargados de los mismos estaban estrechamente emparentados, a menudo, con los contribuyentes. De manera similar, en el ejército la clase de los junkers tenía un considerable predo-

minio. En 1914, el 52 por 100 de los coroneles eran de origen noble, número que era incluso más alto que en el ejército dominado por la nobleza de 1866. En la década de 1880, el entonces ministro liberal de la Guerra se había visto obligado por un agresivo Estado Mayor a hacer más rigurosas las condiciones para la admisión de oficiales, entre quienes había cada vez más aristócratas, en lugar de menos, a medida que iba avanzando el siglo. En 1910, muchos de los jefes del ejército estaban tan ansiosos por preservar el cuasi monopolio de la nobleza sobre los nombramientos militares que incluso se oponían a la creación de un ejército mayor, que, al necesitar más oficiales, podría dejar entrar en él a elementos «democráticos».

En el aspecto económico, las fincas de los nobles estaban subvencionadas por el gobierno, ya fuera mediante aranceles, subsidios directos, exenciones tributarias, un complicado sistema de descuentos en las transacciones de cereales (el *Einfuhrscheine*) o la prescripción de precios artificiales en las destilerías de los nobles. La masa del pueblo estaba pagando, así, en Prusia el sostenimiento de estas fincas de los junkers y subvencionando los diversos monopolios de estos. Sin embargo, el Parlamento prusiano, formado solo por representantes de la clase acomodada, no estaba dispuesto a intervenir; y los decretos del *Reichstag* no podían aplicarse en Prusia para contrarrestar esto. Cuando los partidos de masas se quejaban, podían encontrarse bastante a menudo con la violencia de la policía. La fuerza policíaca prusiana –y la pequeña burocracia en general– adquirió una formidable reputación de mentalidad mezquina y carácter vengativo. Su mentalidad colectiva se muestra en las siguientes cifras, que fueron solemnemente recogidas por los policías en un cementerio de Berlín, permaneciendo junto a las sepulturas hora tras hora y día tras día.

Visitas a las tumbas de los rebeldes liberales fusilados el 18 de marzo de 1848

Año	*Número de visitantes*	*Coronas*	*Cintas de coronas retiradas por la policía, a causa de su naturaleza ofensiva*
1903	10.135	153	28
1905	7.250	131	14
1906	15.500	212	2
1909	14.500	198	11

Durante dieciocho meses, un *Oberbürgermeister* liberal de Berlín, Kirschner, vio rechazada la confirmación de su nombramiento a finales de la década de 1890 porque había dedicado una placa conmemorativa a esos rebeldes en la Friedrichshain Gate. El comportamiento de la policía prusiana se pone de manifiesto en el laconismo de sus instrucciones: amenazas de violentos castigos que no son susceptibles de ser traducidas al inglés ni, en realidad, a ningún otro idioma. En ese mundo de autoritarismo enloquecido no era sorprendente que numerosos socialdemócratas, que de otro modo se hubieran deslizado bastante fácilmente hacia el tipo de actitud liberal de izquierdas que adoptaron sus correligionarios occidentales, siguieran sintiéndose revolucionarios. Resultaba difícil no gritar *A la lanterne* en esas circunstancias.

Los socialdemócratas podían tener la sensación de que este Estado policíaco había sido establecido para aplastarlos como parte de la lucha de clases que todos los países europeos experimentaron a partir de 1880. Pero en otros países la represión policial se debilitó después de 1900, como en realidad ocurrió en los demás estados alemanes, en cuyas principales ciudades los socialdemócratas celebraron sus congresos anuales (Chemnitz, Jena, Stuttgart, etcétera),

porque la intervención de la policía era menor. El Estado policíaco prusiano era muy anterior a la lucha de clases industrial. En buena parte era producto de la imitación por parte de los electores de Brandemburgo del absolutismo burocrático y la *raison d'état* de los Vasas suecos (no es casual que, después de 1618, la dinastía de los Hohenzollern fuera calvinista, mientras que la mayor parte de sus súbditos eran luteranos). Había prosperado particularmente a partir de sus triunfos en el siglo XVIII, cuando Federico el Grande añadió una gran parte de Polonia a sus posesiones: dos quintas partes de la población prusiana estaban integradas por católicos, y muchos de estos eran polacos. El problema real de Prusia era que en Berlín coincidían una administración colonial y una administración metropolitana. Su respuesta a cualquier problema era el egoísmo más acerbo y más mezquino. La ley de asociaciones, por ejemplo, prohibía toda reunión de más de media docena de personas si no contaban con autorización policial; y si se encontraban presentes más de ese número de personas, tenía que asistir a la reunión un policía, y el idioma empleado en la misma debía ser, en honor de aquel, el alemán. Los católicos a veces fueron perseguidos implacablemente. Sus sacerdotes tenían que ser autorizados por el Estado, y lo mismo sucedía con sus reuniones religiosas. Los católicos no habían conseguido introducirse en la burocracia prusiana: solo un ministerio prusiano, el de Agricultura, fue ocupado por un católico e, incluso en este caso, el ministro se había casado con una protestante y educado a sus hijos en el luteranismo. Numerosos ayuntamientos de ciudades católicas eran monopolio de los protestantes.

En la Polonia prusiana existía una lucha constante por la tierra. A partir de 1854, los trabajadores estacionales procedentes del este –*Sachsengänger*– fueron controlados por una «ordenanza sobre el servicio» *(Gesindeordnung)* que proscribía las huelgas bajo multa de 15 marcos (de un salario de

30) y pena de tres años de cárcel; aun cuando los trabajadores no conocieran de antemano al patrón que los había contratado, les estaba prohibido dejar su servicio. En 1900, a petición de Wangenheim, presidente de la asociación de terratenientes *(Bund der Landwirte),* estas medidas fueron endurecidas, aunque en 1902 algunas de las medidas anticatólicas (la «cláusula de los jesuitas») fueron atenuadas con objeto de asegurar los votos católicos para la implantación de un nuevo arancel sobre los cereales.

En algunos aspectos, aunque de ningún modo en todos, la cuestión polaca en Prusia se parecía a la cuestión irlandesa en Gran Bretaña. Se trataba de un problema doble: en primer lugar, los efectos de la depresión agraria fueron tales que muchos alemanes se arruinaron en la Prusia Oriental, y sus tierras fueron compradas por polacos que, mediante la explotación familiar, podían trabajarlas con menores costes. Además, los católicos polacos tenían una tasa de natalidad más alta, debida en parte a sus principios religiosos y en parte a que necesitaban el trabajo de los hijos, dado que dependían de la explotación familiar o del trabajo a jornal en las fincas de los junkers. De 1903 a 1907, fueron vendidas más de la mitad de las tierras situadas al este del Elba, con exclusión de Silesia. En 1907, en Poznari había 900.000 polacos, frente a 760.000 alemanes; en la región industrial de la alta Silesia (cuyo centro era Katowice) estaba emergiendo una mayoría polaca. Muchos alemanes se quejaban de que los trabajadores polacos remitían dinero a sus lugares de origen para poder comprar las tierras de los junkers despilfarradores; no había duda de que la tierra, y muchas otras cosas, estaban siendo «polonizada». La liga de terratenientes afirmaba que existía «un estado de guerra entre pueblo y pueblo».

Prusia «contraatacó». A comienzos de la década de 1890, se fundó una liga alemana, la *Hakatisten* (llamada así por

las iniciales de sus principales líderes, los tres terratenientes Hansemann, Kennemann y Tiedemann), para «defender los valores de la germanidad en el este». Los liberales alemanes culpaban bastante a menudo a los nobles alemanes de su «situación apurada»: después de todo, eran los nobles los que introducían el trabajo estacional polaco, y también eran los nobles los que, debido a una explotación ineficaz de sus tierras, vendían estas a los polacos. Max Weber escribió su primer trabajo serio sobre la situación al este del Elba con el propósito de explicar esta «calamidad»; de hecho, dimitió de la Liga Pangermana porque esta no era lo bastante nacionalista en esta cuestión (aunque las actitudes de Max Weber se fueron haciendo más sensatas a medida que envejecía). El centro de la ciudad de Poznarí estaba repleto de torvos edificios, imitaciones gigantescas de los castillos de los Caballeros Teutónicos; el káiser, Guillermo II, tomó parte en los ridículos espectáculos celebrados en el restaurado Castillo de los Caballeros, en Marienburg, disfrazado de gran maestre. La ciudad polaca de Inowroclaw fue rebautizada con el nombre de «Hohensalza», en recuerdo de un famoso gran maestre opresor de los polacos. En 1886, el Parlamento prusiano no estableció un fondo para comprar las fincas de alemanes arruinados y venderlas a emigrantes alemanes; este fondo fue incrementado en la década de 1890; y en 1908, el líder liberal nacional Johannes von Miguel impuso la aprobación de una ley que permitiría la compra obligatoria de las fincas de alemanes arruinados o de polacos: y esto en el mismo momento en que la práctica británica en Irlanda consistía en obligar a los propietarios de fincas a venderlas a sus arrendatarios irlandeses. El sistema educativo fue implacablemente germanizado, y en 1906 se produjo en Poznari una colosal huelga escolar, en la que los niños, portando velas, recorrieron las calles en manifestación por la noche.

El programa prusiano no funcionó. En primer lugar, había muchos más polacos que alemanes; en segundo lugar, eran los alemanes los que vendían: incluso bajo la *Lex Miguel,* fueron 32.000 hectáreas adquiridas a alemanes, frente a las 2.620 adquiridas a polacos. Finalmente, los propios alemanes no querían regresar a la tierra una vez que la habían abandonado. Los hombres de Estado alemanes eran dados a mitificar la vida agraria. Pero encontraron pocas personas dispuestas a aceptar la dura existencia de un granjero de la región al este del Elba, como se volvió a poner de manifiesto en los primeros años de la década de 1930, cuando el régimen prehitleriano intentó asentar a los parados de las ciudades en las tierras de propietarios arruinados de Prusia Oriental o de Pomerania.

Un fracaso similar acompañó a las actividades prusianas en Alsacia, que había sido tomada a los franceses en 1871. La población, en su mayor parte, hablaba alemán (aunque en un dialecto difícil). Pero también era católica y en algunos aspectos estaba bastante atrasada. Recibió una ración completa de Prusia. La región anexada no se convirtió en un Estado alemán separado, sino que fue denominada *Reichsland* y gobernada como una colonia. Sus habitantes católicos sintieron el peso de la *Kulturkampf* y de una guarnición militar cuyo comportamiento dejaba mucho que desear. Todavía una generación después de 1871, en una provincia de habla alemana, la mayoría de los votos eran para los grupos francófilos; y aunque en 1911 se concedieron poderes limitados a una asamblea representativa, las autoridades se detuvieron ahí porque tenían miedo de una Alsacia autónoma. Los soldados a menudo se conducían en ella pésimamente. Los gobernadores civiles *(Statthalter)* tenían a veces la sensación de que todo eso era grotesco; incluso figuras bastante obstinadas, como el príncipe Wedel o el conde Dallwitz, protestaban en nombre de sus súbditos. Se les diría entonces: esa gente solo entiende el lenguaje de

la fuerza. Esta se aplicó en un famoso incidente ocurrido en la pequeña ciudad de Saverne (Zabern) en 1913, cuando un teniente castigó cruelmente a la población por «insolencia», insolencia que él mismo había provocado al utilizar el insultante término de *Wackes* aplicado a los alsacianos, término que había sido prohibido por el propio *Stätthalter.* En cualquier caso, el teniente se excedió grandemente en sus poderes. El resultado final fue que recibió felicitaciones públicas del káiser y que el *Reichstag,* aunque expresó su descontento, permitió que el asunto se diera por terminado.

Prusia era, pues, un Estado clasista rígidamente gobernado, con una política exterior agresiva y un gobierno irresponsable la mayor parte del tiempo. Era un Estado cuya ideología consistía simplemente en su propio poder; las fantasías de vanagloria parecían ser el repertorio de sus gobernantes.

Bismarck, el nacionalismo alemán, la constitución o la debilidad de los liberales alemanes fueron en una u otra ocasión culpados de esto. El hecho era, sin embargo, que Alemania tenía un parlamento elegido por sufragio universal, que podía, bloqueando simplemente toda la legislación gubernamental, haber insistido en un cambio constitucional. En la práctica, el *Reichstag* nunca hizo esto. Es cierto que la constitución ponía grandes dificultades que provocaron numerosos quebraderos de cabeza antes de la guerra y fueron soslayadas en cuarenta y ocho horas al final de la misma. El hecho de que el *Reichstag* no funcionara al estilo occidental tenía que ver no con los artículos 15.b y 21 de la Constitución, sino con las actitudes de los partidos. Si se hubieran unido la izquierda y el centro, como lo hicieron a veces en Gran Bretaña y generalmente en Francia, el problema constitucional se habría resuelto según las normas occidentales.

De acuerdo con las ortodoxias liberales del siglo XIX, la paz y la prosperidad tenían que haber ido de la mano con la reforma. La primera paradoja del desarrollo constitucional en Alemania es que la modernización económica no fue paralela a la modernización política. Antes bien, en 1912, el sistema político del país se estaba haciendo caótico, y un general nacionalista hablaba en nombre de buena parte de la derecha cuando decía que el país necesitaba una cura de sangre. El rapidísimo desarrollo económico de Alemania originó, por un lado, una tensa lucha de clases en las ciudades, y por otro exasperó a una gran parte de la comunidad agrícola y artesanal.

La política del *Reichstag* parecía ser compleja. Existían numerosos partidos (catalogados en los dos volúmenes de *Die bürgerlichen Parteien in Deutschland,* de Dieter Fricke) porque había muchos intereses regionales de los que hacerse eco. Los polacos, los daneses de Schleswig-Holstein y los alsacianos tenían grupos propios; en la década de 1890 existían tres partidos antisemitas; Hanover, Hesse y otras regiones enviaban a veces autonomistas al *Reichstag.* En general, estos pequeños partidos constituían una quinta parte del Parlamento alemán. Normalmente eran incluidos en el centro liberal, al que quitaban votos.

Existían cinco partidos principales: los socialdemócratas, el *Zentrum* católico, los liberales de izquierda (en el sur de Alemania, el *Volkspartei*), los liberales de derecha *(Nationalliberale Partei)* y los conservadores, que tenían también un pequeño apéndice en el *Reichspartei.* La izquierda en el *Reichtag* estaba formada por socialdemócratas y liberales de izquierda, que en 1910 tomaron el nombre de «progresistas», pero que con anterioridad habían sido conocidos como los «anticlericales» *(Freisinn).* Los porcentajes variaron a favor de los socialdemócratas después de 1890, pero la unión de izquierdas del *Reichstag* llegó a lo sumo al 40 por

100 de los escaños. Lo mismo ocurrió claramente con la derecha: conservadores, liberales nacionales y sus pequeños partidos aliados. También en ella los porcentajes variaron de un grupo a otro: en 1914, los conservadores y los liberales nacionales habían bajado cada uno de ellos a cerca del 15 por 100 de los escaños. El equilibrio de poder en el *Reichstag* estaba, pues, sustentado por los católicos, que normalmente contaban con algo más de una quinta parte de los escaños (aunque en 1912 solo tenían un 16 por 100). En caso de que los católicos llegaran a una alianza con la izquierda, existiría un bloque de centro-izquierda que podría lograr cambios constitucionales: después de todo, el *Reichstag* disponía de serios poderes para obstruir la labor del gobierno, poderes que, si se hubieran utilizado, habrían podido forzar a este a conceder reformas como las que, desde hacía mucho tiempo, eran normales en otros países. En 1918, se creó efectivamente este bloque de centro-izquierda, que edificó la República Alemana, y como tal llegó a ser conocido con el nombre de *Weimarer Koalition.* La pregunta política esencial de la Alemania del káiser es una pregunta negativa: ¿por qué no existió una coalición de Weimar antes de 1914?

La combinación constante en el *Reichstag* era una alianza de la derecha y el centro, es decir, de los conservadores y los liberales nacionales (los partidos de la mayoría *Kartell* a finales de la década de 1880) con los católicos. Esta combinación era conocida como el «bloque azul-negro»: azul por los conservadores y negro por los católicos. Dada esta mayoría, el *Reichstag* no podía empeñarse con éxito en conseguir un cambio constitucional. Ni una sola vez negó su aprobación al presupuesto; su mayoría apoyó la agresiva política exterior, e incluso consideró a los cancilleres demasiado flexibles. Con escasas excepciones, la clase intelectual de Alemania tenía simpatías autoritarias y nacionalistas.

Se han ofrecido numerosas razones para explicar este estado de cosas. Los alemanes carecían de una «clase política», esto es, de gente que se dedicase a la política pura, a la manera inglesa. No existían *whigs* alemanes; y el elemento junker estaba atrincherado en la mezquina defensa de sus privilegios. Con la excepción, en parte, de Mathias Erzberger, político católico que posteriormente tuvo un papel destacado en la creación de la República, no hubo un Lloyd George que uniera a la izquierda y el centro, haciendo un llamamiento plausible tanto a los industriales liberales como a los trabajadores. También es verdad, en realidad una verdad incontestable, que el nacionalismo debilitó al liberalismo. Los liberales alemanes estaban a favor del imperio e incluso, aunque con muchas reservas, de los ejércitos; una gran parte de los jóvenes de la clase media tenía a gran orgullo ser nombrada oficiala de reserva; el antimilitarismo de la izquierda les disgustaba. El destacado historiador liberal Otto Hintze, que se casó con una judía, decía en un ensayo sobre el desarrollo parlamentario alemán (1908) que Alemania no podía conseguir instituciones adecuadas porque estas no apoyarían al ejército, y este era necesario para defender el país contra su cerco de enemigos; por consiguiente, la única forma de conseguir un parlamento real sería, en primer lugar, derrotar a los franceses, y así no tener enemigos a quien hacer frente.

Estos factores, que tenían un origen muy antiguo, se complicaron a partir de 1880 con dos crisis diferentes, que reflejaban la alteración verdaderamente rápida del país: la lucha de clases industrial y las inquietudes de la *Mittelstand,* esto es, del mundo agrícola-artesanal. En 1912, una gran mayoría de la clase obrera votó a los socialdemócratas, que se anunciaban como un partido revolucionario; aparte de un grupo muy pequeño de liberales progresistas, los demás partidos estaban en una oposición a aquellos casi permanente.

Los liberales nacionales y los pequeños partidos a ellos asociados recibían dinero de los industriales y eran portavoces de los intereses de estos; eran votados por la clase media urbana y por algunas –no muchas– zonas rurales. Su cuota de votos descendió desde un tercio aproximadamente a finales de la década de 1870 a un sexto en 1912, y se vieron sometidos al escarnio de haberse convertido en «las fuerzas auxiliares de la clase media para los conservadores». Como la mayoría de los partidos liberales de Europa, el partido nacional liberal tuvo dificultades para organizarse. En el pasado, se había apoyado en los «ciudadanos eminentes» –*Honoratioren*– y no se adaptó con demasiada facilidad a las necesidades de la política de masas. Su oficina central en Berlín contaba solo con tres empleados en 1902; un secretario general tuvo que recorrer los partidos locales advirtiéndoles que no debían elegir su candidato en el último momento. De vez en cuando se producían alarmas. A finales de la década de 1890, los liberales nacionales votaron en contra de la propuesta del káiser de encarcelar a los piquetes; alrededor de 1903, algunos jóvenes liberales trataron de forzar al partido para que hiciera un llamamiento más serio a la «nueva *Mittelstand*», a sus ejércitos de oficinistas, maestros de escuela y funcionarios, a quienes la década de 1890 había engendrado. Esto habría significado abogar por la reforma del sufragio limitado en Prusia (o Sajonia), aceptando en el *Reichstag* una compañía socialdemocrática y progresista, y, probablemente, una defensa del libre cambio. Tal política inquietó a los industriales que financiaban a los liberales nacionales, así como también a la mayoría de los delegados prusianos. Fue firmemente desechada: y cuando parecía que el líder nacional liberal Bassermann estaba conduciendo el partido hacia la izquierda, fue casi expulsado de su cargo, en el que llevaba largo tiempo. Los votos de la «nueva *Mittelstand*» fueron a otros partidos, e incluso, en algunos lugares, a los socialdemócratas. El liberalismo ale-

mán era, pues, más débil que sus equivalentes francés y británico. En Francia, no existía una lucha de clases que se aproximara en algo a la intensidad de la alemana; en Gran Bretaña, exceptuando Irlanda, no existía ese vasto bloque de pequeños agricultores que proporcionaba electores tanto al conservadurismo junker como al catolicismo político.

Los rivales izquierdistas de los liberales nacionales, los progresistas, presentaban un cuadro aún más penoso. Tuvieron su origen en lugares muy diversos. Una buena parte de la comunidad judía de Berlín votaba por ellos; también en su forma de *Volkspartei* eran votados por los demócratas y los antimilitaristas del sur de Alemania; en las ciudades mercantiles del Báltico, las simpatías librecambistas eran la causa de que buena parte del patriciado votara a los liberales de izquierda. Estos sufrieron, sin embargo, problemas de financiación, por cuanto los industriales que los sostenían no eran tan ricos como los que apadrinaban a los liberales nacionales. Fallaron también en la organización, no siendo la menor causa de ello el hecho de que sus votantes fueran muy distintos entre sí. Los patricios del norte estaban a favor de un derecho de sufragio limitado, y no veían con buenos ojos a los socialdemócratas. Los alemanes del sur podían hablar, a veces, un lenguaje irritantemente particularista. El elemento berlinés, aunque con frecuencia muy inteligente y, en el caso de Eugen Richter –líder en las décadas de 1890 y 1900– mordazmente divertido, tendía a sobrevalorar sus propias fuerzas. Los liberales de izquierda eran muy dados a las divisiones. Se dividieron en relación con las cuestiones del libre cambio y el imperio (algunos de ellos estaban a favor de una gran armada, otros no). Se dividieron en su actitud hacia los liberales nacionales (¿debían aspirar a atraérselos o debían, por el contrario, recurrir a los socialdemócratas?). En 1902, estos últimos propusieron oponerse al arancel de Bülow mediante la obstrucción de todos los asuntos del *Reichstag.* Los progresistas no secun-

daron esa propuesta, y perdieron el apoyo de los socialdemócratas. A comienzos de la década de 1880, ya existían serias divisiones. En 1884, surgió un único partido liberal de izquierdas que utilizaba el título de «anticlerical» *(Freisinn),* dado que el anticlericalismo era casi lo único que el partido tenía en común. Pero cuando Bismarck planteó la cuestión colonial, y, aún más, cuando Caprivi emprendió la reforma del arancel en los primeros años de la década de 1890, el partido se volvió a dividir. En 1893, existían tres partidos liberales de izquierda: dos anticlericales y un *Volkspartei* de Alemania meridional. En 1907, este último estableció incluso una alianza con los liberales nacionales y los conservadores, con vistas a oponerse tanto a los católicos como a los socialdemócratas: fueron los años del bloque de Billow. En 1910, los liberales de izquierda se reunieron de nuevo, con el nombre de *Fortschrittliche Volkspartei* («progresistas»), y trataron otra vez de llegar a alianzas con los socialistas. Pero en las elecciones de 1912 no consiguieron un solo escaño en la primera vuelta, y sobrevivieron en el *Reichstag,* con menos de una décima parte de los escaños, solo gracias a la tolerancia socialista. Todas las ramas liberales juntas sumaban en 1871 la mitad de los escaños del *Reichstag.* En 1912, sumaban una cuarta parte.

Pero si la lucha de clases y la ascensión del socialismo empujaron hacia la derecha al liberalismo alemán, este se vio también incapacitado por el nacimiento de una nueva derecha, parcialmente constituida por el conservadurismo alemán, pero más en particular por la erupción de pequeños partidos criptonazis que emergieron tras la crisis agraria y quitaron votos a los liberales. Relacionados con esto (aunque, por supuesto, no aliados políticamente) estaban los fenómenos más amplios del nacionalismo polaco y del catolicismo político. Cada uno de ellos, a su manera, ponía de manifiesto la extensión del descontento con el liberalismo.

En 1890, Alemania se había convertido en la potencia industrial dominante de Europa. Pero esta gesta industrial tendía a oscurecer la realidad de que existían dos Alemanias: el telón de fondo de las florecientes factorías del Ruhr y Sajonia era un mundo de agricultura y pequeñas ciudades que, incluso en 1914, todavía sumaban el 40 por 100 de la población alemana (a diferencia del 8 por 100 en Inglaterra). Las grandes ciudades alemanas se dividían, políticamente, más o menos como otras ciudades europeas: liberales de derecha, liberales de izquierda, católicos políticos y socialistas. Pero había una dimensión agraria que venía a complicar todo el cuadro, incluyendo un artesanado independiente. Alrededor de 1900, las discusiones políticas en Alemania estaban dominadas por la cuestión de la *Mittelstand.* El famoso economista Gustav Schmoller escribió una obra famosa titulada *Was heisst Mittelstand (¿Qué es la Mittelstand?).* El sociólogo Tönnies aportó una obra igualmente célebre, *Gemeinschaft und Gesellschaft,* en la que contrastaba el mundo atomizado y mecanicista de la gran ciudad con el mundo altruista y «orgánico» de la vieja comunidad artesano-campesina.

Mittelstand no significa burguesía. Se aplica, más bien, al mundo de los agricultores y artesanos independientes situado entre el antiguo terrateniente y sus campesinos. En muchos aspectos, la *Mittelstand* constituía la gloria de la Alemania del norte, como lo fue de la mayoría de las civilizaciones protestantes: luchando por mantener su independencia, sobria, trabajadora y orgullosa, aunque también pagada de sí misma y *«Main Street»* en política. La *Mittelstand* y la gran industria se complementaban mutuamente en numerosos aspectos (al igual que sucedía en los Estados Unidos). La gran industria necesitaba de los conocimientos prácticos de los artesanos de la *Mittelstand* y, al mismo tiempo, se veía obligada a subcontratar artesanos independientes que, a su vez, tenían que comprar productos indus-

triales. Algo parecido a un sistema de castas se desarrolló en Alemania, al igual que en otras partes. Un proletariado católico –irlandés en Gran Bretaña, con frecuencia polaco en Alemania– hacía girar las ruedas de la industria pesada, dirigido y complementado por un artesanado en su mayor parte protestante, y la historia de los éxitos industriales de esta era, como el de Mannesmann en Augsburgo o Krupp en Essen –o también Carnegie en Pittsburgh–, muestra la vitalidad de esta combinación. Los logros de la *Mittelstand* protestante en Alemania en las décadas de 1880 y 1890 sirvieron a Max Weber de inspiración para escribir de forma penetrante sobre los vínculos entre el protestantismo y el capitalismo; y, aunque sus observaciones puedan ser discutidas por lo que se refiere al siglo XVI, son aplicables prácticamente sin modificaciones a la última parte del siglo XIX.

Mientras las cosas fueron bien, el liberalismo alemán recogió los votos de la *Mittelstand* protestante. Pero incluso en la década de 1890 esta lealtad se estaba debilitando. La Alemania de la *Mittelstand* tenía muchos motivos de resentimiento, y a principios de la década de 1930 proporcionó a Hitler lo que era, con mucho, su grupo de votantes más numeroso. Los comienzos de este proceso, y la consiguiente destrucción del liberalismo alemán, pueden remontarse a la década de 1880.

Los aspectos agrarios están bastante claros. El descenso de los precios de los alimentos afectó a Alemania a pesar de sus aranceles; se produjo un abandono general de la tierra, que también hizo ascender los salarios. En los primeros años de la década de 1890, se alcanzó el peor punto de la «gran depresión», y los agricultores –protestantes y católicos– se quejaron con violencia. Todos trataban de compensar la caída de los precios produciendo más, y esto dio lugar a que los precios cayeran todavía más. Al mismo tiem-

po, químicos ingeniosos estaban descubriendo sucedáneos de los géneros producidos por los agricultores. Hicieron su aparición la «sacarina» y la «margarina». Se inventaron máquinas para «vender» botellas de cerveza en las estaciones ferroviarias, máquinas que suponían una amenaza para cerveceros y taberneros. La mayor facilidad de acceso a los mercados extranjeros de carne y verduras afectó igualmente a los vendedores alemanes, incluso en lugares bastante remotos. Aun después de 1896, cuando los precios volvieron a subir, los agricultores nunca estaban contentos, dado que sus costes también subían.

Los agricultores denunciaron el «manchesterismo», la doctrina liberal que sostenía que los productos y los hombres debían desplomarse o ascender hasta su nivel natural de mercado, sin tener en cuenta el daño que pudiera causarse. Deseaban protección, y muchos de ellos iban más lejos: querían que el Estado garantizara el crédito a un bajo interés, e incluso un mercado. Existía también un considerable resentimiento contra los judíos. Se pensaba que se estaban aprovechando de los desastres de la agricultura. Los tratantes de caballos de Hanóver eran por lo general judíos, y, en la época de la caída de los precios, no eran a menudo generosos en sus ofertas. El dinero, especialmente en el nivel local más visible, estaba frecuentemente en manos judías; algo parecido sucedía con la importación y exportación de géneros. Pero, a los ojos de mucha gente, el liberalismo alemán en su conjunto era «judío». En la década de 1880, muchos de sus dirigentes –incluyendo a Lasker, Bamberger y Eugen Richter– eran judíos, semijudíos o estaban casados con judíos. En Berlín, los radicales del *Freisinn* recibían su más fuerte apoyo de la comunidad judía. Los judíos parecían aprovecharse de las circunstancias del momento más que cualquier otro grupo de Alemania. En Prusia, por cada 100.000 protestantes varones, 58 pasaban por

la enseñanza superior; en el caso de los católicos, 33; en el de los judíos, 519.

Pero no eran solo los agricultores los que se quejaban. Los artesanos de los oficios más antiguos –carreteros, zapateros remendones, sastres, pequeños trabajadores del metal, trabajadores textiles a domicilio, etc.– se enfrentaban también a la competencia de los productos manufacturados extranjeros o nacionales. Conforme iban surgiendo en las ciudades los grandes almacenes –la cadena Tietz, por ejemplo, que comenzó con un tendero judío en Rostock y se extendió con grandes tiendas por toda Alemania–, los pequeños comerciantes se quejaban de que aquellos vendían a precios más bajos y ellos se veían forzados a trabajar largas horas. También aquí se encontraban los cimientos del antisemitismo, «el socialismo de los tontos», como lo llamó un austriaco. Hubo una plétora de asociaciones de la *Mittelstand* con nombres portentosos, tales como la Deutsche Handelsgehilfenverband, de los dependientes de comercio. A finales de la década de 1880 apareció un movimiento *christlich-sozial,* dirigido por el pastor Stöcker, con objeto de unir a tales grupos. Se pusieron en marcha los partidos antisemitas, aunque, una vez arrojada su carga de veneno electoral, no supieron cómo seguir y se pelearon a brazo partido entre ellos mismos. Sus votos procedían de los antiguos votantes liberales. En 1892, se hizo un esfuerzo para atraer al partido conservador alemán. Este celebraba sus reuniones en los jardines Tívoli de Berlín; todo el mundo podía asistir a ellas y cualquiera de los presentes tenía voto con respecto a la organización o la dirección. En breve se impuso en el partido un programa radical antisemita, aunque sus líderes se veían puestos en aprietos por los alborotadores criptonazis, y muchos de ellos, casados con judías, detestaban el elemento racial antisemita. En un corto plazo, el partido se recobró y los alborotadores fueron expulsados.

Aun así, la agitación *mittelständisch* llevó al partido conservador hacia una postura más radical. En los inicios de la década de 1890, se produjo una concatenación de disturbios urbanos y rurales. Bismarck fue destituido porque no estaba dispuesto a apaciguar a los socialistas suavizando las leyes vigentes en contra de los mismos. Su sucesor, Caprivi, quiso contener la agitación rebajando el arancel sobre los alimentos, medida que convenía también a las necesidades de los industriales, que, de lo contrario, se habrían visto obligados a pagar salarios más altos. Caprivi, en una maniobra bastante característica de la complicada política del *Reichstag,* esperaba ganar para el ejército los votos de la izquierda a cambio de una reducción de los aranceles de los productos alimenticios. La derecha, en general, protestó enérgicamente. Los conservadores denunciaron a este «*Kanzler ohne Ar und Halm*» [«canciller sin arte ni parte», en una traducción ligeramente aproximada]. Un dirigente conservador, el conde Kanitz-Podangen, pidió un comercio estatal de cereales que garantizara los precios para anular el libre comercio «judío». En 1893, nació una liga de agricultores, la Bund der Landwirte. Rápidamente se convirtió en una organización de masas, con su propia prensa. Exigió, por ejemplo, que a la margarina se le diera un repelente color violeta –el color del zócalo del *Reichstag*– con objeto de apartar de ella al consumidor; la margarina también debería tener, además, un nombre horrible, *Oeltalg,* que más o menos venía a significar «mineral aceitoso». Se propuso la proscripción de las «máquinas vendedoras» en las estaciones de ferrocarriles, y en Wurtemberg esta se llevó a la práctica. Todo esto iba unido a una serie de rasgos ominosos que eran completamente alemanes. El *Bund* publicaba su manifiesto electoral de 1893 con las palabras: «Una lenta pero continuada alza en los precios de los cereales ha sido el sello de todas las grandes civilizaciones». Los grandes almacenes eran descartados como una *Unwesen* («monstruo-

sidad»); las mujeres emancipadas, casi todas ellas polacas y judías, constituían un similar blanco de insultos.

Este grupo agrario y *mittelständisch* recibió parte de su apoyo de los desertores de los liberales. Pero llegó a dominar el *Reichstag* en muchos aspectos, porque consiguió la alianza de los conservadores y los católicos.

Los conservadores, desde sus comienzos, fueron el partido de los junkers. La mayoría de sus votantes y candidatos procedían de las tierras del este del Elba, que en sus dos quintas partes estaban ocupadas por fincas que sobrepasaban las 2.000 hectáreas (frente a una quinta parte en el conjunto de Alemania). El partido era sumamente nacionalista y archiprusiano; no le gustaban los parlamentos; cada vez más, aspiraba a utilizar el poder estatal para afianzar la posición económica de los junkers. Es cierto que existían algunos conservadores que pensaban en el modelo inglés –o incluso en el modelo del *Zentrumspartei* católico– y trataban de ensanchar el partido. Estos fundaron su propio partido, el *Reichspartei,* para abogar por un conservadurismo más liberal, urbano y «popular». Lo apoyaron algunos industriales, pero realmente nunca emprendió el vuelo. A la vista de las actitudes del este del Elba, no había demasiado espacio para este tipo de conservadurismo, verdad que se puso de manifiesto hacia el fin de la República de Weimar, cuando los partidos conservadores moderados fueron abatidos casi tan pronto como aparecieron por el horizonte. En 1890, los conservadores se estaban volviendo notablemente histéricos. Los junkers se consideraban la columna vertebral del país, el *rocher de bronze* de Federico el Grande. Pero la decadencia de la pequeña nobleza durante la «Gran Depresión» fue evidente. Los junkers tenían menos hijos conforme se esforzaban por mantener las apariencias: en 1878, 3,85 por familia; en 1888, 3,17; en 1910, 2,85. Los conventos de monjas luteranas estaban llenos de hijas de junkers a

las que la familia no podía permitirse el lujo de mantener o dotar. La obra de Thomas Mann *Los Buddenbrooks* (1901) podría servir de parábola de tales grupos, porque describe la decadencia de una familia de comerciantes patricios, que comienza con un patriarca de sólidos principios, pasa por un deterioro de las normas económicas y morales, y termina con Hanno, en la cuarta generación, un pobre de espíritu hasta el punto de pasar el tiempo pasivamente entusiasmado con *Lohengrin.*

Algunos junkers se endeudaron hasta extremos inverosímiles; por lo general, cuanto más pequeña era la finca del junker, mayor era la proporción de su valor que podía ser hipotecada; y a comienzos de la década de 1890 existía una amplia demanda de ayuda estatal, en forma de un precio para los cereales garantizado por el Estado, pagadero en una lonja cerealista de la que, excepto en su condición de vendedores, estuvieran excluidos los comerciantes privados (principalmente judíos). Cuando los comerciantes privados boicotearon esta lonja y establecieron en el exterior una independiente, algunos de ellos fueron arrestados. A partir de 1896, incluso las grandes fincas se vieron en apuros a causa de la subida de los costes. Comenzaron a seguir en la decadencia a las fincas más pequeñas, al igual que sucedió en toda Europa. La carga de las deudas se hizo tan grande después de 1900 que los portavoces de los junkers buscaban desesperadamente una nueva ley de vinculación, una fórmula por la cual una finca pudiera preservarse para siempre en una sola familia, pero sin perder su capacidad de actuar como garantía en un préstamo. La complejidad de este sistema preocupaba al Parlamento prusiano incluso en los últimos meses del imperio. Todavía en abril de 1917, cuando los dirigentes alemanes trataban desesperadamente de presentar a su país como una democracia parlamentaria, los conservadores del *Landtag* ocuparon la mayor parte de su tiempo en debatir la cuestión de la vinculación. Para burlar

la oposición de los diputados liberales, se las arreglaron para unir la suerte del proyecto de ley de vinculación a la de una ley referente a las asignaciones por asistencia diaria de los miembros del *Landtag,* de forma que la oposición a la una significara también oposición a la otra, cosa que claramente los miembros liberales no podían permitirse. Esa misma táctica se utilizó en 1902, cuando el *Reichstag* discutía el arancel de Billow, y la izquierda amenazó con obstruir los debates. De igual modo, hacia 1900 se produjo un gran escándalo cuando, en Prusia, los conservadores, algunos de ellos altos funcionarios, obtruyeron los debates con objeto de parar el proyecto del gobierno de construir un canal desde el Rin al Oder. Este canal –el *Mittelland-Kanal*– habría permitido que el cereal barato llegara a la Prusia del este del Elba. La obstrucción fue tal que el canal no se empezó realmente hasta después de la guerra (y no se acabó hasta 1937). En este contexto, las declaraciones de los junkers acerca de su virtud superior en materia de pago de impuestos no podían dejar de sonar a falsas. Incluso uno de sus dirigentes, Hammerstein, fue condenado en 1897 por fraude. Existió una *révolte nobiliaire* incontrolable.

El *Kartei* de los liberales nacionales y conservadores consiguió la mayoría en el *Reichstag* porque contó con la alianza de los católicos. El *Zentrumspartei* –cuyo nombre no representaba para los católicos una postura política, sino más bien un foco– comenzó siendo un partido confesional en 1871, con objeto de defender el catolicismo frente al liberalismo. Si ese partido hubiera apoyado la causa democrática, esta habría ganado. Pero su (aproximadamente) 20 por 100 de los escaños se utilizaron con una finalidad distinta.

La posición de los católicos fue a menudo mal interpretada. Los liberales vieron con bastante frecuencia en el *Zentrumspartei* solo una corporación negativa que protegía la educación católica y apoyaba las causas regionales. Los so-

cialistas, más o menos desde los inicios, dieron por sentado que el catolicismo político sería derechista. Ninguno de estos supuestos era totalmente justo. El particularismo fue a veces una de las causas defendidas por los católicos bávaros; pero la mayoría de los votantes del partido procedían de Prusia (Silesia o Westfalia) y eran indiferentes a los agravios de Baviera. El catolicismo como causa política ciertamente tenía su importancia, pero a partir de 1881 la guerra declarada por el Estado prusiano a los católicos –la *Kulturkampf*– se detuvo, y el propio papa pidió a Windthorst, dirigente católico, que solucionara sus diferencias con Bismarck. El *Zentrumspartei* era profundamente antisocialista, pero esto no era, como muchos socialistas suponían, una cuestión obvia. La mitad de los católicos de Alemania (al igual que la mayoría de los católicos británicos) votaron a los socialistas en 1912; los socialistas y los católicos colaboraron con bastante frecuencia en los municipios, dado que ambos representaban a las masas y no a las clases. En la década de 1920, la propia Prusia estuvo gobernada por una coalición de rojos y negros.

El partido católico ganó fuerza gracias a dos factores importantes, que contaron mucho a partir de 1890. Supo manejar a la perfección la política de las «maquinarias», al igual que lo hicieron sus equivalentes en otros países, en especial en Bélgica e Irlanda. Pero también se convirtió en un partido fuertemente agrario, capaz de alinear al campesinado y al artesanado católicos.

Su carácter cambió en la década de 1880. Los viejos notables católicos fueron desplazados cuando el partido consiguió el apoyo de las masas: los príncipes y los cardenales que lo habían dominado en la década de 1870 fueron reemplazados por abogados de clase media como Trimborn y Spahn, o incluso por figuras de la clase media baja tales como el maestro de escuela Josef Wirth o Matthias Erzberger.

Estos hombres tuvieron que hacer frente a una situación política difícil, porque se vieron obligados a combinar una variedad de elementos sociales diferentes en un solo partido. El catolicismo en política atraía al campesinado, a las clases medias, al artesanado y al proletariado. Tenía su propio movimiento sindical (con un tamaño unas diez veces menor que el sindicato socialista), cuyo líder, Adam Stegerwald, podía hablar de la lucha de clases para terror de sus aliados. En la práctica, al partido le resultó difícil retener a sus votantes de la clase obrera; en el Ruhr, perdió también la lealtad de los trabajadores emigrantes polacos, que fundaron su propio partido por resentimiento hacia las despóticas prácticas de los propios católicos alemanes para con ellos. La fuerza del partido católico pasó a residir cada vez más en las pequeñas poblaciones –de menos de 2.000 habitantes– y en el campo. De los 91 escaños que generalmente conseguía el partido en las elecciones, 73 procedían directamente del campo. Estos distritos electorales eran normalmente mucho más pequeños que los urbanos, porque desde 1871 no habían cambiado los límites de los distritos a pesar del gran crecimiento de las ciudades –así, por ejemplo, Schoumburg-Lippe contaba con 10.707 habitantes en 1912, y Berlín NNW con 104.460–, y esto, por sí solo, dio a muchos diputados católicos buenas razones para no cambiar la situación vigente. En Sajonia, donde existía una intensa lucha industrial, los católicos incluso estuvieron de acuerdo, en 1904, en sustituir el sistema liberal vigente por un sufragio de cinco clases. El nuevo tipo de sufragio excluía virtualmente a los socialdemócratas, pero a costa de excluir también a numerosos católicos.

El partido católico podía considerarse como un partido «marginal». Pero tenía intereses comunes con la derecha en materia agraria. También apoyó los aranceles, si bien es cierto que tuvo sus dudas. Después de todo, sus votantes de la clase trabajadora no podían desear que los precios de los

alimentos subieran de manera artificial; y muchos católicos temían también que el proletariado en su conjunto se sintiera irritado ante un «arancel junker». En los primeros años de la década de 1890, el partido, en general, votó a favor de las reducciones arancelarias de Caprivi. Pero hubo una revuelta agraria, paralela a la creación del *Bund der Landwirte,* y el partido pasó de nuevo a la oposición (lo que ocasionó la caída de Caprivi en 1894-1895). En 1902, apoyó el arancel de Bülow de cinco marcos por cada cien kilogramos de cereal.

Era cierto que, como señaló el economista liberal Lujo von Brentano, para el campesinado católico resultaría perjudicial un arancel sobre los cereales. Los campesinos criaban cerdos, y con el arancel sus costes se incrementarían. Pero existía una contrapartida. Las tarifas ferroviarias fueron manipuladas de manera que la carne y las verduras extranjeras resultaran artificialmente caras. En la frontera existía un complicado sistema de «inspección higiénica»: de hecho, en 1894 se prohibió la entrada de toda clase de ganado extranjero, con el pretexto de que estaba afectado por la fiebre aftosa: solo se exceptuó el ganado sueco, en realidad porque los suecos tenían también mineral de hierro, que Alemania necesitaba. Los liberales nacionales y los conservadores defendían ya la implantación de un arancel industrial, la «alianza de los altos hornos y las casas solariegas». Con la adhesión de los criaderos de cerdos, la alianza dominó fácilmente el *Reichstag.*

Era bastante fácil para el gobierno, por consiguiente, mantener a los católicos en el juego, siempre que pagasen un precio lo suficientemente alto. A veces, se negaba a ello. A partir de 1890, la gran fuerza de los católicos residió en sus maquinarias políticas, que, en muchas partes del país, chocaron con los liberales. Algunas ciudades prusianas eran en su mayor parte, aunque no en su totalidad, católicas; es-

taban gobernadas conforme al sufragio de tres clases; y dado que los protestantes eran por lo general más ricos que los católicos, los ayuntamientos tendían a ser mayoritariamente protestantes y liberales. Tréveris, por ejemplo, que elegía católicos para el *Reichstag,* no tuvo ningún representante católico en su ayuntamiento hasta 1911; en Augsburgo, había en 1911 35 liberales frente a tres socialistas y ocho católicos. El gobierno bávaro estaba en manos de rígidos liberales (Lutz hasta 1875, Crailsheim a partir de entonces). En la década de 1890, tanto allí como en Wurtemberg, se produjo un desafío católico de carácter populista. Hubo campañas en favor del sufragio universal, que, por etapas, fue alcanzándose entre 1895 y 1905. Los protestantes y sus aliados católicos liberales estaban horrorizados ante esto, en parte porque elevaría la presencia socialista, pero particularmente porque proporcionaría un formidable campo de acción a los políticos de la maquinaria católica, que podrían actuar como lo hacían en todos los países de Europa, elevando los impuestos municipales sobre los negocios de los no católicos y utilizando el dinero para crear servicios municipales en los que colocarían a su clientela católica. Una ciudad como Nördlingen, isla protestante en un mar rural católico, respondió a esto con virulencia (y a comienzos de la década de 1920 se había vuelto profundamente nazi). En Baviera, el *Einschwürzung* («ennegrecimiento» o «catolización») de los asuntos públicos hizo que todos los demás partidos, desde los socialistas a los conservadores, se unieran en un *Grossblock* («gran bloque») en contra de los católicos; pero, a pesar de los pactos electorales, la mayoría católica de Baviera, al igual que la de Bélgica en la misma época, solo cayó marginalmente. En 1912, los socialistas llegaron a un acuerdo con la maquinaria católica. Pronto, los servicios municipales de todo tipo fueron divididos sobre la base de la *Proporz.* Artesanos, taberneros y agricultores en decadencia consiguieron así su propia versión del «milagro

junker» y pudieron usar su poder político para apoyar una economía vacilante.

Los avances de los católicos eran tales que, en los años 1907-1909, el gabinete Bülow se puso al frente de una alianza anticatólica en el *Reichstag:* se produjo «un matrimonio entre la carpa y el conejo», esto es, pactos electorales entre conservadores, antisemitas, liberales progresistas y liberales nacionales que tuvieron la singular consecuencia de que, a veces, un antisemita tuviera que ceder su escaño a un candidato liberal judío. Este acuerdo electoral –el «bloque Bülow»– estuvo ostensiblemente provocado por la denuncia por parte de los católicos de las prácticas coloniales; pero reflejaba la creciente desesperación de los liberales ante la penetración de los católicos en la vida pública, y especialmente en las provincias polacas de Prusia. El bloque se desintegró con bastante rapidez. El déficit del Reich –debido mayormente a los armamentos– creció tanto que Billow se vio obligado a proponer la implantación de un impuesto directo del Reich sobre las propiedades heredadas. Esto irritó a los conservadores, que se unieron a los católicos para impedir su aprobación. En 1909, el sucesor de Billow, Bethmann Hollweg, tuvo de nuevo que gobernar el *Reichstag* a través de un «bloque azul-negro», que lo tendría sometido a un continuo chantaje. Tuvo que desplegar una gran cantidad de estratagemas para que fuera aprobada la ley de armamentos de 1913, con un impuesto sobre la propiedad para financiarla.

La política alemana era, pues, una política de bloques. La izquierda del *Reichstag* se encontraba arrinconada, y fue incapaz, hasta el mismísimo final del imperio, de imponer las elementales reformas constitucionales que podrían haber cambiado el carácter público del país. Porque una parte de la tragedia del *Reichstag* la constituyó el hecho de que los socialdemócratas no pudieran extender su control más allá

de un tercio del electorado, el *Drittelsperre* o «barrera de un tercio» con que se encontraron en las elecciones de 1912. Obtenían la mayoría de los votos de la clase obrera, pero parecían incapaces de llegar más lejos. Al mismo tiempo, los dirigentes del partido –Karl Kautsky, Hugo Haase, August Bebel– se fijaron la tarea de refrenar a los «revolucionarios».

Los socialdemócratas alemanes podían estar orgullosos de sus logros. Regían el mayor partido socialista de Europa. A veces, a las manifestaciones asistían hasta 250.000 personas, cifra a la que se llegó en 1910, en una protesta contra el sufragio de tres clases. Los sindicatos contaban, en 1914, con tres millones de afiliados. En Francia e Italia, el movimiento socialista estaba gravemente dividido y los sindicatos eran mucho más débiles; en Alemania, la solidaridad socialista era proverbial. La disciplina se mantenía de una forma que asustaba a los socialistas latinos o eslavos: en las conferencias anteriores a 1914, incluso se estableció la práctica del «aplauso cronometrado». Dentro de sus limitaciones, el partido tuvo un tremendo éxito.

El movimiento sindical tuvo también mucho éxito; era el segundo de Europa, después del británico. Las huelgas constituyeron un rasgo notorio de la vida pública alemana. Su punto culminante se alcanzó en 1905, cuando fueron a la huelga 510.000 personas, por un total de 7.400.000 días. Los dirigentes sindicales consideraron seriamente la posibilidad de una «huelga general política» para conseguir cambios inmediatos en la Constitución. En 1906, fueron a la huelga 320.000 personas, por un total de 6.300.000 días; en 1910, 370.000, por 9.000.000; en 1911, 330.000, por 6.900.000; en 1912, 480.000, por 4.800.000; en 1913, 250.000, por 5.700.000. Tanto en 1905 como en 1910 se organizaron en Prusia enormes manifestaciones en contra del sufragio de tres clases, y el ala izquierda de los socialdemó-

cratas llegó a pensar en la posibilidad de una revolución inmediata. En 1893, los socialdemócratas se convirtieron en el segundo partido del *Reichstag;* en 1903, obtuvieron más votos (aunque no más escaños) que cualquier otro, y en 1912 se convirtieron en el mayor partido tanto en número de escaños (justo por debajo de un tercio) como de votos.

¿Cómo iban a utilizar este poder? El tono dominante en sus asambleas era «revolucionario»: banderas rojas, la Internacional, antimilitarismo, república de los trabajadores, impuestos a los ricos, nacionalización de la agricultura, higiene, amor libre, y la irritante palabrita: *Genosse* («camarada»). Los socialdemócratas no se incorporarían al *Kaiserhoch* del *Reichstag,* no asistirían a las funciones cortesanas. El partido nacional condenó cualquier acercamiento al «millerandismo», es decir, cualquier movimiento por parte de los socialdemócratas de cualquier lugar de Alemania para apoyar, y mucho menos para incorporarse, a los gobiernos burgueses. El partido de Baden fue condenado en 1908 por apoyar el presupuesto, a pesar de que este contenía disposiciones en materia de seguridad social propuestas por un ministro del Interior ilustrado, Bodmann. De igual modo, los dirigentes del partido, y en especial los sindicatos, estaban en contra de una política revolucionaria violenta. No se hizo ningún uso político del arma de la huelga general, y cuando el partido votó a favor de esta (en 1905), los dirigentes sindicales se opusieron a ella, aunque con un lenguaje ambiguo (se aprobaron dos resoluciones contradictorias). La dirección del partido –los «centristas», que se situaban entre la izquierda y la derecha– tenía mucho que perder. Tenían dudas sobre la solidaridad de los sindicatos; y en el fondo se daban cuenta de que el partido, con el tiempo, estaba destinado a convertirse en el partido mayoritario, o «heredero», del *Reichstag.* Su consigna era la «pasividad revolucionaria»; siendo la prioridad inmediata mantener el partido disciplinado y unido.

En Prusia y Sajonia, que eran Estados clasistas gobernados con dureza, el lenguaje revolucionario se ajustaba a los sentimientos dominantes de la clase obrera. Los empresarios industriales, aunque a veces paternalistas (al estilo de Krupp, en Essen), aborrecían a los sindicatos. Llevaron trabajadores emigrantes, generalmente polacos, a Silesia, Sajonia y el Ruhr para romper las huelgas; promovieron la creación de sindicatos «amarillos» (después de 1910, en las minas del Ruhr, estos sindicatos tuvieron más éxito que los sindicatos socialistas); y la maquinaria estatal, desde los ejércitos a las fuerzas policiales, fue empleada, a menudo con mucha crueldad, contra los socialdemócratas. Los precios de los alimentos eran más altos que en cualquier otro sitio a causa de la confabulación de los junkers. Por otra parte, en el sur de Alemania y en algunas zonas de Turingia, las actitudes eran más ilustradas. Baviera, por ejemplo, tenía desde 1905 el sufragio universal (masculino). Existían todas las condiciones para que los socialdemócratas tomaran el poder en Múnich mediante alianzas con los liberales locales, a la manera millerandista. En realidad, el lenguaje revolucionario, al asustar a los potenciales aliados de clase media o campesina, podía producir un efecto bastante contraproducente.

A partir de 1896, se hizo evidente, al menos para algunos socialdemócratas, que el marxismo no funcionaba en la práctica como se había imaginado. Marx esperaba que el capitalismo se hundiera como consecuencia de sus propias «contradicciones»: la clase trabajadora se haría cada vez más pobre, y el capitalismo sufriría crisis tras crisis hasta el momento del derrumbamiento. Pero el hecho era que la clase obrera estaba mejorando de posición. Con la «gran depresión», los salarios reales habían subido; y aunque después de 1903, y especialmente después de 1910, el importe de los salarios en relación con los beneficios descendió, no había duda de que el capitalismo sobrevivía bastante bien.

Eduard Bernstein, que había pasado muchos años en Londres, expresó esas dudas en una serie de artículos en la revista intelectual *Berliner Monatshefte* (1896-1897), que publicó más tarde bajo el título de *Die Voraussetzungen des Sozialismus.*

Bernstein abogaba por un enfoque «revisionista», esto es, un enfoque consistente en revisar el programa marxista original de Erfurt (1890). Se daba claramente cuenta de que el partido podía atraer a un sector más amplio de la población alemana que el proletariado industrial. Debía convertirse en un *Volkspartei* de izquierda, que recogiera los votos de todos los demócratas, ya fueran de clase media o agrícola, y para lograr esto debía moderar su estrategia y su táctica política. Por ejemplo, podía apelar al campesinado y reconocer las pequeñas explotaciones (como harían los socialistas franceses). Podía incluso acomodarse a los sentimientos patrióticos en materia de armada e imperio, como parecían hacer los socialistas británicos: después de todo, una Alemania ilustrada, democráticamente gobernada, podría tener algo serio que ofrecer a las zonas atrasadas del mundo.

Bernstein se encontró con una fuerte oposición, y en los congresos su postura siempre resultó derrotada. Los «centristas» trataban desesperadamente de mantener unido el partido, y tenían que evitar una escisión. Debían también apaciguar a la izquierda, que tenía su propia opinión. Rosa Luxemburgo y (menos abiertamente) Karl Liebknecht defendían la huelga general revolucionaria. Ciertamente, esta podía fracasar; pero, como consecuencia de la represión policial, la clase trabajadora odiaría al Estado y se convertiría en una fuerza auténticamente revolucionaria. Los sindicatos rechazaron este papel, al igual que lo hizo la mayoría del partido. Pero esto no era de ayuda alguna para el «revisionismo». Por el contrario, los argumentos de Bernstein fueron derrotados una y otra vez. Karl Kautsky, el *Chefideo-*

loge del partido, escribió una ampulosa obra para demostrar hasta qué punto estaba equivocado. Rosa Luxemburgo y el austriaco Rudolf Hillferding probaron, de forma más interesante, que Bernstein solo tenía razón en un sentido limitado. La crisis capitalista –decían– se estaba retardando a causa del imperialismo. El botín que este proporcionaba estaba prolongando la vida del capitalismo. Pero el imperialismo tenía sus propias «contradicciones», no siendo la menor de ellas el hecho de que provocaría una gran guerra en la que la sociedad burguesa se derrumbaría.

Los «centristas» consiguieron al menos mantener unido el partido. Pero esto tuvo su precio en el «inmovilismo». Dado que no había acuerdo sobre un programa agrario, el partido tenía muy poco que ofrecer al campesinado. Los portavoces socialdemócratas estaban a favor del libre cambio de los productos alimenticios, y el veterano Liebknecht anunció incluso, en 1893, que lo defendía porque arruinaría a los campesinos, los cuales, destrozados, acudirían en tropel a las ciudades para convertirse en buenos socialdemócratas. Hasta mediados de la década de 1920, el único programa que los socialdemócratas podían ofrecer al campesinado era el exterminio, en la línea establecida largo tiempo atrás por el *Manifiesto comunista:* el hecho de que este programa fuera defendido con la voz de la clase baja no lo hacía más apetitoso. De la misma forma, el partido era a veces despectivo con los emigrantes polacos, que respondían formando sus propios sindicatos y grupos políticos. En Bochum, por ejemplo, solo un tercio de los votos fueron a los socialdemócratas en 1912, debido en parte al catolicismo populista y en parte a los muchos polacos que allí había. En la sufrida Vogtland, donde existía un electorado natural socialdemócrata, los socialdemócratas no hicieron un buen papel. Su visión era estrictamente industrial y progresista, y tenía poco que ofrecer a las nacionalidades, a los campesinos o a los lejanos y atrasados artesanos.

Kautsky hizo de este inmovilismo una virtud. En 1903 le preguntaron si los socialistas belgas hacían bien en recurrir a una huelga general para lograr la ampliación del sufragio. Contestó que una huelga de este tipo probablemente tendría éxito; pero que el único resultado de la misma sería el incremento de la presencia del catolicismo político en Bruselas; los socialistas, para conseguir algo, tendrían que aliarse con los liberales; y esto significaría el abandono del programa del partido, de la causa revolucionaria. En realidad, tal vez podría incluso resultar que los socialistas belgas fueran responsables de la continuidad del capitalismo. Por tanto, en conjunto, para la clase trabajadora era mejor no tener igualdad de voto. Y añadía, con una nota muy característica, que puesto que Bélgica era un país diminuto, carecía de importancia lo que sucediera. Tales actitudes eran repelentes para la derecha del partido. Pero dado que esta amenazaba con dividir el partido, carecía de poder. El precio de la unidad era el inmovilismo, la obsesión por las cuestiones de administración. En 1914, existían claramente dos bandos en el partido; en las elecciones se presentaron candidaturas separadas; en los congresos, la derecha se reunía a menudo por su cuenta en hoteles. La respuesta de la dirección consistió en imponer una mayor disciplina. A los diputados se les exigía una carta de dimisión sin fecha. Los portavoces del partido tenían que hacer un resumen de lo que iban a decir en el *Reichstag* antes de ser designados para hablar en un debate. Sin embargo, a pesar de su fraseología revolucionaria, el partido abandonó buena parte de su anterior aislamiento. En la Internacional, se opuso a cualquier idea de una huelga general para detener la guerra. En 1912-1913, ayudó a Bethmann Hollweg a pagar un gran incremento de los armamentos; en 1914, votó a favor de los créditos de guerra, con solo unas pocas voces disidentes en la reunión que el grupo parlamentario celebró sobre esta cuestión. En la crisis de julio de 1914, Bethmann Hollweg

consultó regularmente a los dirigentes socialdemócratas Philipp Scheidemann, David y Südekum. ¿Se hacían estos alguna ilusión con respecto a lo que aquel estaba haciendo?

En 1912, la política alemana había llegado a un callejón sin salida. Hubo ocasionales sugerencias de colaboración entre socialdemócratas, liberales y católicos. En noviembre de 1913, con motivo del incidente de Zabern, los tres grupos se unieron para denunciar al gobierno, pero la coalición se rompió cuando se propuso un voto de censura. El gobierno siguió apoyándose, esencialmente, en el bloque azul-negro, y pagó el precio de este apoyo con concesiones a los conservadores. Después de las innovaciones de Bismarck en la década de 1880, la legislación social alemana permaneció, pues, de alguna manera, por detrás de la de Lloyd George.

La rabia y la desesperación prevalecían tanto en la izquierda como en la derecha. No había demasiadas perspectivas de reformas serias; de igual modo, la derecha no podía hacer nada para evitar que los socialdemócratas consiguieran una mayor preeminencia, y el tercio de los votos de estos aterrorizaba a numerosos conservadores. Hubo una proliferación de ligas, a menudo abiertamente antisemitas, para defender la *Mittelstand;* surgieron también ligas militares para exigir grandes incrementos en la fuerza militar del país. El general Keim, dirigente del *Wehrverein,* hablaba un lenguaje próximo al fascismo. Académicos y hombres de negocios nacionalistas (y generalmente *Nationalliberal*) se unieron en la ultrarrespetable liga pangermánica *(Alldeutscher Verband)* para promocionar la causa del imperio. Estaba claro que mucha gente cercana al káiser y a Bethmann Hollweg pensaba que los problemas internos de Alemania solo podían resolverse a través del imperialismo, ultramarino quizá, pero también orientado a la conquista de Europa. El problema arancelario parecía ser incontrolable. Ale-

mania no podía deshacerse de sus aranceles, dado que existía una mayoría del *Reichstag* a su favor. Pero estos aranceles podían mover a otros países a elevar los suyos, como intentaban hacer Francia, Rusia y una parte sustancial de la opinión conservadora británica. Esto significaría un serio perjuicio para las exportaciones de Alemania. Hombres como Walter Rathenau, director de AEG, hombre extremadamente inteligente y de influencia sobre Bethmann Hollweg, promovieron la idea de la *Mitteleuropa,* que sería una zona de libre cambio, dominada, por supuesto, por las grandes empresas alemanas. Incorporaría la noción del «Berlín-Bagdad»; países fronterizos, como Holanda, serían atraídos hacia ella; las materias primas de Ucrania constituirían una importante base. Esta zona de libre cambio, con sus mercados y sus materias primas, resolvería los problemas sociales y económicos de Alemania. En 1915, se publicó un libro, *Mitteleuropa,* en defensa de este proyecto. En varias ocasiones fue un *best-seller* y sirvió de guía a los objetivos de guerra alemanes.

La política exterior alemana se hizo cada vez más agresiva a partir de 1897, cuando Tirpitz presentó sus primeros planes para una gran flota de guerra. Alemania siguió adelante con estos planes, a pesar de que todo indicaba que los británicos responderían al desafío, y establecerían semialianzas con los rivales continentales de Alemania en caso necesario. En 1911, durante la segunda crisis marroquí, existió una clara amenaza de guerra entre los dos bloques, y la atmósfera se hizo cada vez más tensa en los años siguientes, con un considerable incremento armamentístico en todas partes. El gobierno alemán no respondió a esto con demasiado sentido de la realidad. Por el contrario, siguió con sus planes de construcción de barcos que, llegado el momento, se pasaron la mayor parte de la guerra tranquilamente en puerto. Aunque la armada recibió una tercera parte del presupuesto de defensa, el gobierno no pudo re-

sistir a los planes para ampliar también el ejército. En 1912, y de nuevo en 1913, se emprendió la expansión militar, en la que, en 1913, se gastaron casi 1.500 millones de marcos, obtenidos mediante un impuesto sobre la propiedad *(Wehrbeitrag).* No son muchos los historiadores que disienten hoy de la idea de que el gobierno alemán, inducido por sus generales, provocó deliberadamente la guerra de 1914.

¿Existió una conexión entre las circunstancias internas del país y su agresiva política exterior? En tiempos pasados, los historiadores alemanes defendían generalmente «la primacía de los asuntos exteriores», queriendo decir con ello que la política exterior dictaba el curso de los acontecimientos internos. A principios de la década de 1930, un perspicaz historiador, Eckart Kehr, afirmaba todo lo contrario: que la política exterior fue diseñada para el consumo interno, de forma que el *Primat der Innenpolitik* tenía que pesar mucho. Kehr demostró, como posteriormente lo han hecho otros historiadores, que un factor importante en la creación de una armada por parte de Tirpitz fue el deseo de dividir al *Reichstag* y mantenerlo impotente. De la misma forma, los historiadores han argumentado que la política exterior alemana antes de la Primera Guerra Mundial (y durante esta) fue diseñada para preservar el *statu quo* en Alemania. Cuando Kiderlen-Wächter, ministro de Asuntos Exteriores de Bethmann Hollweg, desencadenó la segunda crisis marroquí al enviar a Agadir la cañonera *Panther,* lo hizo con vistas a las próximas elecciones: con una alarma de guerra, los partidos gubernamentales saldrían bien parados.

Existen suficientes pruebas que apoyan, al menos parcialmente, estos argumentos. En los dos años anteriores a la crisis de julio, los dirigentes alemanes parecían transidos por una sensación de desesperación. En diciembre de 1912, por ejemplo, el Consejo de la Corona sugirió muy seriamente que debía haber una guerra en el plazo de año y medio,

que la prensa debía ser preparada, que se debían llevar a cabo incrementos militares, y que el *Reichsbank* debía reunir un fondo más cuantioso para la guerra. Todos estos aspectos fueron puestos en práctica. El *Reichstag* no pudo controlar al gobierno; al mismo tiempo, el káiser, rodeado bastante a menudo de generales y nobles histéricos, perdió todo sentido de la fría *raison d'état* que había distinguido a algunos de sus antecesores. Era la tradición bismarckiana de aprovechar los accidentes oportunos, falsificar los documentos y enviar tropas. La guerra suponía la cuadratura del círculo de la política alemana. Bismarck había tenido que conquistar Alemania para gobernar Prusia. ¿Tendría Bethmann Hollweg que conquistar Europa para gobernar Alemania?

RUSIA

Muchos de los problemas de Alemania, y el callejón sin salida en que se encontraba allí la política, procedían de su necesidad de ajustar unas estructuras inflexibles al rápido cambio económico. En Rusia, la cosa fue mucho peor. Hasta 1880, había estado muy atrasada, según los criterios de Europa occidental: la inmensa mayoría de su población vivía de una agricultura primitiva. En la década de 1880, Rusia comenzó a ponerse al día con bastante lentitud al principio, pero con mucha rapidez en la década de 1890 y especialmente a partir de 1908. En 1914, las líneas maestras de la futura «superpotencia» rusa estaban claras para todo el que la conocía. Sir Arthur Nicolson, del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, se congratulaba de que los dos países fueran en esos momentos aliados. El canciller alemán Bethmann Hollweg observó el 7 de julio de 1914 que «el futuro está en Rusia; esta crece y crece, y se echa sobre nosotros como una pesadilla». Advirtió a su hijo que no plantara, en la finca familiar ubicada en Alemania del noreste, árboles de lento crecimiento, porque cuando llegaran

a su pleno desarrollo solo los rusos, por ocupación, se aprovecharían de ellos. Los ministros zaristas, que en 1905 habían pensado que el mundo estaba llegando a su fin, recobraron la confianza. P. A. Stolipin, el hombre fuerte del zar, dijo en 1909 a un periodista extranjero: «Dé al Estado veinte años de paz interna y externa, y no reconocerá usted a Rusia».

Por entonces, Rusia se había convertido en la cuarta potencia industrial del mundo, habiendo sobrepasado a Francia en índices de industria pesada (carbón, hierro, acero). Su población pasó de poco más de 60 millones de habitantes a mediados del siglo XIX a 100 millones en 1900 y casi 140 millones en 1914: y esto contando solo la parte europea, es decir, la parte situada al oeste de los Urales. Las ciudades, que en 1880 solo totalizaban diez millones de habitantes, pasaron a totalizar 30 millones en 1914.

El problema fue que este cambio tan rápido se produjo en un país que estaba mucho menos adaptado a él que Alemania y, ni que decir tiene, que los países occidentales. El sistema ruso de gobierno era el de un Estado absolutista de comienzos del siglo XVIII, y tanto su forma como buena parte de su personal eran de procedencia alemana. Sus grados militares eran copias exactas de los de Alemania: *Yefreitor (Gefreite),* «cabo»; *Feldfebel,* «sargento»; *Vashe Visokoblaforodie (Euer Hochwohlgeboren),* «Vuestra Alta Condición de Bien Nacido», como forma de dirigirse a un teniente coronel. El ejército zarista (y el soviético) recibía una instrucción sumamente estilizada, que incluía el paso de ganso, importado de Holstein. Ciertamente, como en los Estados del siglo XVIII, el idioma francés era empleado frecuentemente en el Estado, y en el siglo XIX continuaba siendo hablado habitualmente por las clases altas. Pero la influencia más fuerte era la alemana. Hombres de familias alemanas del Báltico o suecas –cuyos descendientes seguían

teniendo un papel preponderante en los escalones superiores del ejército– habían conquistado y explotado las extensas tierras del sur de Moscú, Ucrania y las estepas del sur del Volga y el Don. La Rusia del siglo XVIII era un país rico, y el San Petersburgo de Catalina la Grande era probablemente la ciudad más imponente del siglo XVIII, aunque tal vez fuera, como dijo alguien, «una combinación de porcelana de Wedgwood y cartulina».

La dificultad estribaba en que este país había sido engrandecido por la maquinaria estatal. Las vastas tierras de los zares estaban poco pobladas –a comienzos del siglo XVII había menos rusos que franceses– y existían muy pocas ciudades. Los campesinos estaban sometidos a servidumbre para impedirles moverse de sus tierras; y los nobles eran en parte agricultores, por cuanto vivían del trabajo de los siervos, y en parte burócratas, por cuanto administraban la mayor parte de los aspectos de la vida de estos siervos y, asimismo, recaudaban los impuestos. En la Europa del siglo XVIII, la servidumbre había desaparecido: los siervos más acomodados podían comprar su libertad y existían ciudades en desarrollo adonde podían escaparse los demás. En Rusia no se produjo ninguno de estos dos procesos. La servidumbre desapareció, a mediados del siglo XIX, porque los nobles, que con el cambio de circunstancias no podían sacar mucho provecho de ella, manejaron pródigamente la cuestión administrativa y provocaron las revueltas de los siervos. La dificultad estribó en que, mientras que en Europa central y occidental la emancipación de los siervos se produjo como el fin de un proceso, en Rusia acaeció como el comienzo de uno nuevo.

En este periodo la mística del Estado, elaborada en parte por la tradición ortodoxa bizantina, y en parte por la Ilustración alemana, obsesionaba a los zares y sus ministros. Desde lo más alto a lo más bajo de la sociedad rusa, existía

una desconfianza hacia el esfuerzo individual, expresada en actos tales como la prohibición, en la Bolsa rusa, de acciones de empresas en unidades de menos de 5.000 rublos –la suma bastante considerable de 500 libras–, porque automáticamente se suponía que las acciones menores de esa cantidad solamente atraerían a aprovechados y especuladores. El sistema administrativo estaba con frecuencia anquilosado a causa de que los papeles tenían que pasar por diferentes organismos, en diversas copias, ya que de otro modo podía existir un riesgo de corrupción. Los zares, instintivamente, suponían que los cuerpos representativos habían de conducir a la discordia y la corrupción, exponiendo al gran imperio ruso, que había sido edificado por el absolutismo, al destino de la Polonia del siglo XVIII. Las sugerencias de creación de un Parlamento fueron desechadas sin ceremonias por los sucesivos zares, hasta que en 1905 Nicolás II se vio obligado a permitir la existencia de uno, al que luego trató sin el menor respeto. En un vasto territorio como Rusia, donde los rusos propiamente dichos solo constituían el 45 por 100 de la población, existían docenas de otros pueblos con diferentes tradiciones y lenguas. Estos no podían estar representados en un Parlamento central sin convertirlo en una torre de Babel, de lo que se desprendía que era necesario el federalismo para que cada pueblo se ocupara de sus propios asuntos. Lo cual era casi impensable para el Estado zarista. El ucraniano, hablado por 25 millones de personas, era considerado como una «jerga»; los polacos constituían un peligro para Rusia. La grandeza de Rusia dependía de mantener a estos pueblos unidos: un Parlamento, considerado por el consejero del zar. K. P. Pobedonostsev, en la década de 1880, como «la gran mentira de nuestro tiempo», produciría sencillamente el desmoronamiento del Estado. La ley continuó siendo impuesta desde arriba por una torpe maquinaria burocrática, y, a comienzos de la década de 1880, el orden público fue reforzado mediante el

desmantelamiento de las medidas de Alejandro II en materia de educación y limitación de la actuación policial. ¿Acaso no habían conducido estas medidas liberales a su propio asesinato, en 1881, por un anarquista?

En las décadas de 1880 y 1890, durante el reinado de Alejandro III y los primeros años del de Nicolás II, prevaleció un sistema de Estado-policía. Los gobernadores generales, imponiendo la ley marcial (y, por consiguiente, sentencias de muerte –no muchas–, aunque estas habían sido abolidas en el derecho civil), y los jefes de policía, cuya represión necesitaba la autorización del ministro del Interior y no de los tribunales, acallaron a los oponentes políticos. El Departamento de Seguridad (*Ojrannoie Otdelenie,* abreviadamente *Ojranka*), aunque de dimensiones bastante reducidas y mal dotado económicamente, se hizo famoso por ser relativamente único en Europa, donde los Estados no mantenían tales fuerzas desde la década de 1850.

Se hicieron esfuerzos para apuntalar un orden social en ruinas. El ministro de Educación creía que la educación, con independencia de la posición social de las personas, simplemente creaba agitadores, «espejismos de templos de la ciencia para campesinos», como dijo un ministro de Hacienda. Las generosas becas estatales de los tiempos de Alejandro II fueron suprimidas, el número de estudiantes no pertenecientes a la nobleza en las escuelas superiores se redujo del 54 al 46 por 100 en la década de 1880, y en ellas se implantó un programa de estudios clásicos agobiante. En 1885 se creó un banco agrícola especial para ayudar a los nobles, en el que estos podían obtener créditos a tipos de interés preferenciales. Se hicieron también esfuerzos para evitar que los judíos prosperasen: eran considerados peligrosos para el Estado, a veces se les expulsaba de las principales ciudades, y fueron objeto en esa época de un creciente número de pogromos (palabra rusa que significa «devas-

tación»), el peor de los cuales, en la capital de Besarabia, Kishiniov, en 1903, se llevó a cabo con la ayuda de la policía. En educación, se enfrentaron al *numerus clausus,* es decir, a una restricción –severa– del posible número de judíos admitidos. Para las escuelas militares (que contaban con un elevado prestigio) los judíos solo podían examinarse por libre; en la escuela de artillería únicamente se admitía cada vez a un judío (y a un polaco). El sistema de enseñanza pública se rusificó, incluso en Polonia, donde los chicos de las aldeas serían sacados de sus hogares para aprender ruso internos en colegios durante algunos años, antes de ser enviados a dar clases en ruso a sus compatriotas polacos (sistema que no funcionó en absoluto). En 1905, una tercera parte de la juventud polaca se educaba en las «escuelas volantes» organizadas por un grupo de voluntarios polacos, el ZET *(Zwiazek Mlodziezy Polskiej).* En la época de Alejandro II, se promocionó a los filandeses; la zarina era muy popular, y en sus expediciones en yate por el Báltico, era recibida en las aldeas costeras de Finlandia con «champán y crema agria cuajada». En la década de 1890 estaban surgiendo disensiones entre el régimen ruso y el nacionalismo finlandés. También se estaban haciendo esfuerzos para «congelar» el mundo campesino. En 1893, a los campesinos no se les permitía abandonar de forma permanente sus comunidades, y prevalecía un sistema casi equivalente a una servidumbre estatal. La burocracia, desde los funcionarios de aduanas hasta los más exaltados miembros del Consejo de Estado, responsables de la legislación, se conducía con una arrogancia que sublevaba a cualquiera que tuviera que tratar con ella.

Este sistema, aunque tiránico en teoría, era contradictorio: de hecho, sus más graves defectos se revelaban claramente a todas las personas inteligentes (entre las que no se incluía ni Alejandro III, que se distinguía solo por su volumen, su mezquindad y su sometimiento a su mujer, ni Nico-

lás II, aunque este tenía una cierta astucia) en la década de 1850. El Estado era demasiado pobre para permitirse muchos lujos. La «policía de seguridad» de Moscú estaba formada por seis oficiales, con un presupuesto de 5.000 libras para toda la provincia, e incluso en 1900 no se había incrementado mucho más: en realidad, por entonces apenas había presos políticos. La enorme provincia de Penza contaba con tres oficiales y veintiún policías, aunque se les añadieron algunos más en la década de 1880.

No había forma de evitar que las nacionalidades menores fomentaran el uso de sus propios idiomas, como de manera espectacular sucedió en Letonia. Tampoco había forma de evitar que los judíos sobornaran a los mal pagados funcionarios para que les dejaran escapar de los lugares donde estaban confinados y hacer negocios en las capitales. Los censores, abrumados por las «93.565.261» obras que tenían que leer, dejaron pasar *El capital* de Marx sin darse cuenta de lo que trataba, aunque sacaron tiempo para leer *La sonata a Kreutzer* de Tolstoi, y prohibirla. En cuestiones militares, el régimen intentaría extender la disciplina militar a todo el país, pero los resultados fueron bastante curiosos. Si el ejército hubiera llamado a filas a todos los obligados a prestar el servicio militar, habría tenido que pagar sumas inmensas simplemente en concepto de suministros, que suponían las tres cuartas partes del presupuesto militar. Por consiguiente, declaraban exentos a las cuatro quintas partes de los hombres disponibles por diversos motivos: estado físico, fortuna en el sorteo, y «situación familiar» (es decir, si era cabeza de familia o no). Para desconcierto de las autoridades, en el mes de agosto de 1914 se casaron dos millones de campesinos. A finales de 1915, el ejército ruso era realmente más reducido que el francés o el alemán, aunque la población de estos países era mucho menor. El banco agrícola de los nobles contaba con un capital excesivamente escaso para apuntalar la agricultura de aquellos, y sus tierras –por

razones que analizaremos más adelante– se redujeron, entre 1861 y 1901, de más de la mitad de la superficie agrícola a menos de un tercio de la misma.

El sistema pareció funcionar más o menos durante dos décadas únicamente porque fueron tiempos relativamente tranquilos, por lo que se refiere a protestas populares. La lucha de los campesinos por la tierra se había producido a finales de la década de 1870 como una respuesta tardía a la emancipación de los siervos. En 1861, a estos se les había dado, como norma general, dos tercios de las tierras que previamente habían cultivado, y arrendaban el resto a sus antiguos señores. Se esperaba también de ellos que pagaran una suma de dinero al Estado, los derechos de redención *(vikupnie plattzhi),* para que a su vez el Estado compensara a los antiguos dueños por la pérdida de la renta de sus siervos.

Todo este tráfago era absurdo. En primer lugar, los antiguos señores habían hipotecado por lo general a sus siervos al Estado –un total de 700 millones de rublos, frente a los 1.000 millones de «derechos de redención»–, de forma que dichos señores recibieron menos de una tercera parte de los derechos, que fueron realmente para el Estado. La suma en sí misma era bastante reducida y ciertamente no suficiente –ya que, además, era a pagar en cuarenta años– para que valiera la pena encolerizarse. Otros países, a la hora de emancipar a los siervos, habían sido mucho más duros. En Prusia, los grandes campesinos *(spannfähige Bauern)* habían tenido que renunciar a dos tercios de la tierra, habían explotado nuevas tierras, se habían apoderado de los bienes comunales de las aldeas, privando con ello a los pequeños campesinos de las tierras de pasto necesarias para su supervivencia, se habían apoderado de las tierras libres, habían prosperado y luego habían comprado la parte de sus antiguos señores. En Rusia, tales grandes campesinos eran mu-

cho menos visibles. La Rusia zarista, que no tuvo que tratar con un campesinado ya «diferenciado» a la manera prusiana (o inglesa), no se atrevió a portarse demasiado severamente con los campesinos, y los «derechos de rendención», cuya media estadística a lo largo de cuarenta años no ascendía a más de dos peniques y medio por cabeza y año, fueron un gesto.

Este gesto se pagaría con el tiempo. Los campesinos no eran considerados individualmente responsables del pago de sus deudas. Se asignaba un tanto alzado a cada comunidad –la *obshchina,* que adquirió reconocimiento administrativo– y los campesinos acomodados tenían que pagar más de lo que equitativamente les correspondía. Además, los derechos, anteriormente pagaderos en trabajo, tuvieron entonces que pagarse en dinero, que era escaso. Los campesinos emprendieron de nuevo la lucha y, conforme así lo iban haciendo, se produjeron interminables batallas a finales de la década de 1870. En Novgorod, los derechos constituían el 80 por 100 de los ingresos en metálico, y Smolensko tenía unos atrasos del 222 por 100. Se produjeron también batallas en torno a las demarcaciones de las tierras de señores y campesinos, que se convirtieron en tumultos a gran escala cuando se conocieron las sentencias en los últimos años de la década de 1870. En las de 1880 y 1890, los problemas de la tierra se habían solucionado por lo general (aunque no siempre), las comunidades habían adquirido más tierras, y el Estado había permitido que no se pagaran los «derechos de redención», porque en los aranceles tenía una fuente de ingresos alternativa y porque no se atrevía a enfrentarse con el campesinado. Los problemas que habían amargado los últimos años de Alejandro II se extinguieron, pues, gradualmente, y hubo dos décadas de una calma totalmente engañosa, durante la cual el país se volvió «borrascoso» en un grado que, dada la ausencia de instituciones representativas, no puede ser cuantificado.

Fue característico el hecho de que la principal batalla sostenida en las dos últimas décadas del siglo XIX fuera la que tuvo lugar entre el gobierno y las instituciones creadas en la década de 1860, los consejos de los condados o distritos *(zemstva),* que, en las provincias propiamente rusas (a diferencia de las polacas o alemanas del Báltico), eran elegidos, mediante un sufragio restringido, para llevar a cabo tareas administrativas: servicio contra incendios, construcción de carreteras, hospitales psiquiátricos, etc. En estos consejos, que, para empezar, estaban dominados por la pequeña nobleza local, y solo en la década de 1890 por otros elementos, Alejandro II veía una fuerza de progreso. Se les permitió recaudar algunos impuestos. En ciertas zonas, estaban en buenas relaciones con el gobierno central. En otras, existían problemas en infinitas materias.

A veces, los *zemstva* querían implantar un impuesto sobre las transacciones locales que el ministro de Hacienda consideraba lesivo para la iniciativa privada; en otros, el impuesto se aplicaba incluso a empresas gubernamentales, como los ferrocarriles. El *zemstvo* de Tver fue el primero en pedir la descentralización y liberalización. Se le denegó, y a finales del siglo el *zemstvo* estaba envuelto en una fastidiosa e interminable polémica con el gobernador sobre materias tales como la sobretasa impuesta en concepto de seguro de incendios obligatorio. El *zemstvo* de Perm fue penalizado por encargar un retrato del que durante largos años fue director del hospital psiquiátrico, un tal doctor Litvinov, para colgarlo en las oficinas de dicho centro. El *zemstvo* de Suzdal también lo fue porque había dedicado a su biblioteca cincuenta rublos del fondo de reserva. La policía, por lo general, consideraba a los componentes de los *zemstva,* que eran personas cultas y honradas, aunque confusas, como enemigos a los que había que acosar. Hubo incluso casos de hospitales psiquiátricos registrados en busca de sospechosos políticos.

Los portavoces de los *zemstva* pensaban que eran víctimas inocentes de una policía estúpida y venal y de una burocracia que se resentía de la ilustración de los *zemstva,* porque esta les ponía a ellos en evidencia. Pero había algo más. Los *zemstva* resultaban muy caros, y abusaban de su poder para cobrar un canon. En Perm, este ascendía incluso a un tercio del «beneficio de la tierra»; los terratenientes de Tver se quejaron al gobernador, el príncipe Golitsin, de que sus impuestos habían pasado de 16 rublos en 1883 a 83 en 1898. En consecuencia, Golitsin mantuvo una larga batalla con la junta de los *zemstva (uprava),* indicando que la dieta hospitalaria era demasiado abundante, que las carreteras estaban mal conservadas, que no se hacía caso a los libros de sugerencias. Como resultado de la misma, la *uprava* dejó de tener jurisdicción sobre estas materias. Los *zemstva* tomaron muy en serio su papel de liberales y armaron un gran alboroto. Investigadores con un buen conocimiento de los gobiernos locales ingleses de la Edad Media –como los rusos Paul Vinogradoff y M. M. Postan, que aportaron mucho al estudio de esta materia– opinaban que los poderes de los *zemstva* eran tales que una pizca de sentido político habría dado a Rusia un verdadero parlamento apropiado, como la única forma de taparles la boca. Estos rusos, aunque eminentes por lo que respecta a la historia medieval inglesa, estaban equivocados en lo que a Rusia se refiere. El problema residía en que los defensores de los *zemstva* no disponían de mucho dinero. Tver, que encabezaba el movimiento de estos *zemstva,* era también una zona en la que las posesiones de la clase acomodada habían descendido de 2.092.000 *desiatini* (unidad equivalente a una hectárea, aproximadamente) en 1861 a 704.000 en 1896. El liberalismo de Tver constituía el lamento de la pequeña nobleza en decadencia, a la manera rusa.

Mientras se pudo decir, como el título de la antigua ópera rusa, *Narod bezmolstvuyet* («El pueblo está tranquilo»),

estas cuestiones fueron *casi* como boxear con un antagonista imaginario. Los asuntos del imperio eran enormemente complejos, demasiado para que los entendiera la simple cabeza de un Nicolás II. En conjunto, este solo se encontraba cómodo con consejeros que lo tranquilizaran; su mujer, una alemana histérica, no le servía de ninguna ayuda; y, en realidad, cualquiera que comprendiera a Rusia tenía que ser, casi por definición, un hombre al margen de la acción, como lo fue el extraordinario agrónomo A. V. Chayanov, que entendió como nadie la cuestión campesina y advirtió a todos los regímenes que era algo tan complejo que resultaba imposible hacer nada con ella. Era fácil para los zares abandonarse a los consuelos de la espiritualidad ortodoxa, abstenerse del esfuerzo creativo que suponía tanto una represión efectiva como una modernización real y dar rienda suelta al gusto por los entretenimientos ingleses, por la evasión de las obligaciones y por las ceremonias históricas (en las que, a veces, dejaban ver su nerviosismo). Nicolás II, al igual que, antes de él, Luis XVI y Carlos I, era una mediocridad hegeliana.

Sin embargo, necesitaba dinero. A la larga, esto iba a destruirle, porque esta necesidad creó con extremada rapidez nuevas formas económicas, que pocos de los gabinetes ministeriales del zar comprendieron realmente. Desde 1860, como parte del Estado liberal, el imperio había construido ferrocarriles, y en 1881 tenía 21.228 kilómetros de vías. El gobierno reaccionario continuó esta política, y en 1892 había 31.219 kilómetros. La década de 1890, más que la de 1900, también presenció una expansión del ferrocarril, y en 1914 el imperio tenía 70.000 kilómetros de vía férrea, incluyendo el Transiberiano. Estos ferrocarriles funcionaban a veces de forma lujosa, siendo el orgullo del Estado, y se autofinanciaban con bastante facilidad, dado que al otro extremo de la línea existían yacimientos de minerales en profusión, especialmente en Ucrania y el Donbass.

La industrialización rusa fue la mezcla usual de continuidad e imitación; la dificultad principal de la misma consistió en que se llevó a cabo demasiado intensamente en las décadas de 1880 y 1890. Los campesinos fueron llevados a las ciudades y a las fábricas, para las que no estaban preparados, y que tampoco estaban preparadas para ellos. Puertos como Odesa y Riga quintuplicaron su tamaño en el espacio de dos décadas. La grande y sucia ciudad petrolera de Balcú, en el mar Caspio, pasó de la noche a la mañana de ser una aldea de pescadores a constituir el centro del petróleo ruso en los últimos años de la década de 1890; lo mismo, más o menos, les sucedió a las ciudades ucranianas del carbón y el metal, Mariupol y Yekaterinoslav. En San Petersburgo, sobre la que hablaremos detalladamente más adelante, las condiciones eran probablemente las peores de todas, porque se combinaban con una administración local de una apatía y una incompetencia legendarias.

La industrialización rusa contaba con una base sobre la que levantarse. Durante varios siglos, había existido una industria metalúrgica de una escala bastante considerable. En Moscú, había toda una red artesanal, y «los comerciantes moscovitas» tenían una larga historia. Cuando en la década de 1880 pasaron a fabricar textiles con métodos modernos, los Poliakov, Riabushinski, Morozov, Shchukin o Stajeiev sabían lo que se traían entre manos y contaban con una abundante mano de obra en la que apoyarse. En ciertas zonas, tales como Yaroslavl –al nordeste de Moscú– o la región de los Mari (junto al Volga y cerca de Kazán), había también numerosos tecnólogos rusos famosos desde varias décadas, incluso siglos, por sus conocimientos y sus aptitudes para la ingeniería. Siempre habían estado entre los «inconformistas» de Rusia.

Las circunstancias de la «Gran Depresión» proporcionaron el impulso para la industrialización rusa, como en todos

los demás sitios: esto es, el crecimiento de las ciudades proporcionó un mercado y la industria centralizada ofrecía su producción a precios más bajos que muchos de los viejos productores locales. Se vieron afectadas las pequeñas industrias *kustar* de clavos, cuchillos, sacos y algodón practicadas a domicilio en las aldeas. En la región de Moscú, en 1866 había 66.000 tejedores de algodón, y en la década de 1890 solo 20.000. Luego, la caída de los precios agrícolas y el hundimiento de las fincas de la pequeña nobleza, especialmente a comienzos de la década de 1890 (cuando entre el 5 y el 10 por 100 de ellas caían cada año bajo el martillo de los subastadores, a causa de las hipotecas no pagadas), movieron al ministro de Hacienda a pensar en algo más. Burócratas *étatistes* como Sergei Witte, cuyo nombre está asociado a la industrialización de la década de 1890, no tuvieron dificultad alguna en demostrar que el Estado tenía que tomar una parte más activa en la organización del crecimiento económico y establecer prioridades. Sus colegas italianos decían por entonces cosas no muy diferentes, en buena parte por las mismas razones: que un Estado en gran medida agrario, enfrentado con una depresión de la agricultura, debía fomentar el desarrollo de la industria de forma más directa de lo que lo había hecho en el pasado.

Vino entonces la construcción de los ferrocarriles, planificada por el Estado, que generó una demanda de hierro y acero, como ya lo había hecho la industria de la construcción; un arancel más alto proporcionó ingresos al erario público. Este arancel añadió un 28 por 100 a los precios de las manufacturas en 1902, y un 40 por 100 a los de otras mercancías. Witte estabilizó el rublo de acuerdo con el patrón oro (1897) y procuró atraerse a la inversión extranjera. Del exterior vinieron sumas considerables, que para 1914 ascendían a 8.000 millones de rublos (parte del dinero ahorrado en Francia y en Gran Bretaña como consecuencia de la «Gran Depresión»). El dinero, invertido en un principio

en bonos del Estado, después de 1908 fue invertido, por lo general, directamente en la industria. Los extranjeros adquirieron también participaciones en minas y materias primas (tales como petróleo), y el capital francés se encaminó a los bancos que Witte había fomentado. No había nada exclusivamente ruso en todo esto. Italia, por poner otro ejemplo, sufrió en buena parte la misma experiencia. Ambos países conocieron los beneficios y las desventajas propios de las «multinacionales» que estaban emergiendo mucho antes de 1914. Los conocimientos prácticos llegaron de fuera traídos por alemanes, a los que, en su conjunto, no les gustaba Rusia, y por ingleses, a los que, en su conjunto, sí les gustaba, pero eran responsables en última instancia ante los accionistas extranjeros. En 1900, la compañía petrolífera anglorrusa ARMO clausuró sencillamente sus pozos de Nikopol con objeto de reducir la producción mundial y de ese modo hacer subir de nuevo los precios. Esto dejó sin empleo a 10.000 rusos y la ciudad se arruinó. El hecho de que los propietarios fueran extranjeros –aunque los propietarios rusos no se hubieran comportado de manera diferente– añadió una nueva dimensión a los odios resultantes.

En la primera parte de la década de 1890, la industria rasa continuó el progreso iniciado en la de 1880 sobre la base de la construcción de los ferrocarriles, la minería y la construcción. Witte construyó 25.300 kilómetros de vías férreas desde 1894 a 1903, empleando en ello el 37 por 100 de la producción de lingotes de hierro. A finales de la década de 1890, Rusia experimentó un repentino incremento de la actividad económica, como ocurrió en todos los demás países. Las cosechas fueron buenas, los precios (al fin) empezaron a subir y el transporte a los mercados se hizo más fácil. Pero en esa época existía una inestabilidad fundamental en la industria rusa que la afectó en forma parecida, y por las mismas razones, a como había afectado a Alemania a mediados de la década de 1870 o a Italia a finales de la de 1880. Los

bancos, nuevos en el negocio, eran imprudentes; en la industria pesada había un caos competitivo por parte de las firmas, sin la suficiente experiencia; en Alemania hubo una depresión. A finales de 1899, los tipos de interés eran muy altos; los dividendos bajaron; dos grandes grupos bancarios e industriales quebraron; los bancos redujeron sus préstamos para aumentar sus reservas; las empresas, amenazadas por la bancarrota, redujeron sus existencias y los precios cayeron: los lingotes de hierro, que habían estado vendiéndose a 80 kopeks el *pood* (16 kilogramos) en junio de 1900, bajaron a 45 en diciembre; el carbón bajó de 9 a 6; el petróleo, de 17 a 4; y la producción pasó de 177 millones de *poods* de lingotes de hierro –el elemento básico– en 1899, a 149 millones en 1903. En 1899, se habían fundado 325 firmas, con un capital de 363 millones de rublos; en 1902, solo se fundaron 68, con un capital de 73 millones. Dos tercios de las empresas que se cotizaban en bolsa quebraron o se fusionaron con otras, y Witte perdió su posición en el Ministerio de Hacienda.

En el fondo de todo esto había dos problemas principales. El primero y más obvio era la mentalidad de enriquecimiento rápido de las nuevas empresas, que habían sido fundadas con propósitos especulativos y frecuentemente gracias a la concesión de contratos del Estado. Además de esto, estaba la inestabilidad del mercado. Rusia era todavía un país eminentemente agrario: las tres cuartas partes de su población vivían permanentemente en el medio rural y muchos otros vacilaban todavía entre la ciudad y el campo. Los empresarios de la industria pesada se unieron (al igual, todo hay que decirlo, que lo hicieron por aquella época en Alemania y los Estados Unidos). Formaron cárteles para repartirse el mercado; luego establecieron una oficina central para que esos cárteles decidieran quién debía producir y en qué cantidades, con arreglo a un sistema de cupos; más tarde se ramificaron, gracias a sus apoyos bancarios, adqui-

riendo firmas que les abastecieran. Rusia llegó a tener algunos grandes cárteles en esa época, 47 en total, y posteriormente el doble (Alemania, en 1914, tenía más de 200): Prodamet se formó para vender metal en común y mantener así altos los precios; Tsentrosajar, para el azúcar; Med, para el cobre; Krovlia, para las vigas de hierro (en los Urales); Prodvagon, para la venta de material ferroviario; Produgol (del que formaban parte los productores del 90 por 100 del carbón del Donbass), para vender carbón. Estos cárteles no fueron muy eficientes. Los dividendos que pagaban eran considerablemente menores que los pagados por los fabricantes de tejidos de Moscú. No eran muy diferentes de los que existían en el Oeste, especialmente en Alemania, pero, dado que muchos de sus directores eran extranjeros, aparecían como parásitos. Theakston, D'Arcy, Von Dittmar o Butler (que cambió su nombre por el de «Butlerov») constituían una ofensa tanto para los nacionalistas como para los socialistas.

Un rasgo característico de la vida comercial rusa lo constituía el hecho de que muchos de los empresarios eran extranjeros o de origen extranjero. A finales de siglo, sociólogos como Max Weber ponderaron este fenómeno, así como otros sociólogos lo hicieron con el fenómeno, tan extendido, de los ingenieros escoceses en Gran Bretaña. Cuando en la Primera Guerra Mundial los rusos distribuyeron contratos para la fabricación de bombas, bastante más de la mitad de las fábricas contratantes eran propiedad de hombres que llevaban apellidos extranjeros, a menudo alemanes: Knoop, que dirigía en Krenholm (Narva) la mayor factoría textil del mundo; Wogau, que dominaba el cobre; la Elworthy Tractor Company en Yekaterinoslav; la Russki Renault en San Petersburgo; la refinería de azúcar de König; «Ayvaz», firma finlandesa productora de vidrios ópticos; Glaces du Midi de la Russie, cártel dominado por belgas que producía la cuarta parte del vidrio ruso; en Moscú, los her-

manos Bromley, los Shank (sastres), Goujon, «Dutfua» (que es una transcripción de la pronunciación alemana del apellido de un hugonote exiliado, Du Toit), Hübner o Girault. Muchos de los ingenieros eran polacos. En la emigración, después de 1917, los rusos no fueron, en general, hombres de negocios, como lo habrían sido los alemanes, sino abogados, hosteleros o banqueros. ¿Por qué algunas civilizaciones producen empresarios, y otras no? En Rusia resulta bastante fácil dar una respuesta institucional. El Estado, siguiendo una larga tradición, hacía la vida difícil a los empresarios y continuó discriminando durante décadas después de 1861 a las empresas individuales, tanto en los negocios como en la Bolsa. La financiación, cuando nadie se fiaba de nadie, resultaba muy difícil; las transacciones, que en otras partes podían resolverse mediante una llamada telefónica, en Rusia tenían que pasar por interminables procedimientos legales, en diversas copias. La mano de obra era a veces recalcitrante; los mercados, inseguros. Pero, a fin de cuentas, estas no son respuestas suficientes. Los judíos (aunque, sorprendentemente, menos numerosos en Rusia que en otros lugares), los extranjeros y hombres de Yaroslavl –que, en San Petersburgo, en 1861, formaban la mayor comunidad de emigrantes de una sola provincia, y en 1900 la segunda, después de Tver– medraron. Otros no lo hicieron. Como explicación, hasta ahora, solo podemos ofrecer trivialidades. Max Weber intentó cartografiar una costa muy hostil.

Ciertamente, había un profundo abismo entre el mundo del elegante empresario extranjero y sus acompañantes de la banca rusa y el del artesano y el pequeño fabricante rusos. Las empresas industriales, tuvieran su origen en Moscú o en el exterior, tendían a concentrar su mano de obra especializada, su capital y su maquinaria ultramoderna, con objeto de hacer de ellos el mejor uso posible. El resultado fue una serie de fábricas gigantescas. En San Petersburgo, ha-

bía 956 fábricas dentro de los límites de la ciudad, la mayoría en el distrito de Spaskaia o en las márgenes septentrionales del Viborg, y 48 fuera. Algunas de estas fábricas eran muy grandes. La mayor de todas era la Putilov, con 30.000 obreros, pero las fábricas de Nevski, Obujovsld y Treugolnik eran también lugares enormes. Era aquí donde se realizaba una gran parte de la metalurgia y la ingeniería rusas. En otras partes de Rusia seguía habiendo el mismo «gigantismo», aunque bastante a menudo se daba el caso de que los propietarios de las empresas instalaran sus fábricas algo más alejadas de las ciudades, cerca de una mina de carbón o de un centro rural. En 1911, el 83 por 100 de los 61.000 trabajadores industriales de la provincia de Kostroma vívian fuera de las ciudades.

En su *Historia de la Revolución rusa,* Trotski hizo más tarde una gran recreación de esas enormes fábricas. Una autoridad posterior, Olga Crisp, ha cuestionado toda su teoría. Marxistas ortodoxos, Lenin incluido, han sugerido que en 1914 existían en Rusia unos tres millones de obreros fabriles. Pero estas cifras están basadas en materiales censuales zaristas que ignoraban las fábricas de menos de veinte trabajadores o, como mucho, dieciséis. Los inspectores fabriles, que en toda la región industrial central eran unas dos docenas, decían en 1900 que existían 18.000 fábricas que empleaban una media de 93,6 obreros cada una. Los inspectores de Moscú confesaban que el 76 por 100 de las fábricas no habían sido inspeccionadas entre 1884 y 1900, y en toda la Rusia europea en 1899 existían solo 251 inspectores. Por la misma época, los directores de *Vsia Rossia* decían que había 142.000 empresas, con una media de doce trabajadores. En cualquier caso, era absurdo limitar la expresión «clase obrera» a quienes trabajaban en fábricas de un tamaño considerable, y Rashin, una autoridad soviética moderna, sitúa la cifra en 15 millones después de incluir a los mineros, los trabajadores de la construcción, los ferro-

viarios, los bateleros del Volga (que ascendían a 500.000), etc. No resulta fácil extraer conclusiones de todo esto, aunque parece claro que en Rusia había muchas empresas grandes y muchas pequeñas, sin muchos términos medios. Sin embargo, en Europa occidental fue la empresa mediana la que contribuyó al crecimiento económico y a la estabilidad política. Pero decir que había muchas empresas pequeñas es solo decir que había muchos campesinos que vivían en un relativo aislamiento.

La primera ola de industrialización desembocó en una confusión que presagiaba 1917. La depresión de finales de siglo dejó sin trabajo a mucha gente y provocó extremos de descontento entre la población rusa a todos los niveles: los *zemstva,* los sindicatos nacientes, la juventud instruida, las nacionalidades. En 1902-1903, el descontento se manifestó en una gran oleada de huelgas en el sur de Rusia, que comenzaron en la ciudad petrolera de Bakú, donde azeríes, georgianos, osetos y chechenos se unieron a los trabajadores rusos en una lucha que duraría dos semanas; un tipo de lucha industrial transnacional que virtualmente careció de paralelo en Europa occidental. En el verano de 1903, las grandes factorías textiles de Ivanovo-Voznesensk entraron en erupción de manera similar, y las mujeres colaboraron con los hombres de una forma que tampoco tiene muchos paralelos en Occidente, donde las mujeres trabajaban por menos dinero que los hombres, y estos no veían la razón de que no debieran hacerlo. Esta huelga dio origen a un comité que dirigió la ciudad durante una semana, hasta que llegaron las tropas. A fin de cuentas, estas huelgas siguieron una pauta bien conocida en otros países: una depresión que enconó los ánimos, seguida de un gradual aumento de las tensiones, lo que proporcionó a los trabajadores más activos una carta que jugar. Todas las huelgas fueron seguidas por un alza en los salarios. En esta época, la agricultura se había resentido a causa de la depresión urbana. En el ve-

rano de 1902, y en todo el año 1903, hubo también revueltas campesinas, no muy distintas de las de la vecina Rumania cuatro años después, contra los arrendatarios y terratenientes usureros que exportaban los cereales mientras sus aldeanos pasaban hambre. Las provincias de Poltava y Tambov fueron devastadas en su mayor parte, las casas solariegas quemadas y los animales mutilados. En 1901 se produjeron 155 intervenciones de las tropas (frente a 34 en 1898), y en 1903 322, en las que participaron 295 escuadrones de caballería y 300 batallones de infantería, algunos de ellos dotados de artillería. 1902 fue el punto culminante de todo esto. Se emplearon las tropas en 365 ocasiones para aplastar al campesinado. En 1903, para mantener el orden interno, se reunió una fuerza mayor que el ejército de 1812. La finca de Karlovka, perteneciente al gran duque de Mecklemburgo-Strelitz (quien había entrado al servicio del zar), y la de Rakitianskoie, perteneciente a los príncipes Yusupov, fueron incendiadas. En sesenta y ocho de los setenta y cinco distritos de las Tierras Negras se produjeron «desórdenes» (cincuenta y cuatro fincas arrasadas). La zona más afectada fue la de Saratov.

No había nada especialmente nuevo en estos acontecimientos. En Europa occidental existía un arraigado sentido de la propiedad, reflejado en la ley, tanto mayor cuanto más se avanzaba hacia el oeste. En Rusia, todo se combinaba para dar un sentido mucho más amplio de aquello para lo que servía la tierra: a cada cual según sus necesidades. No se entendía que un propietario almacenara incluso una modesta cantidad de cereal, o dejara sin labrar sus campos por motivos «capitalistas». ¿Acaso sucedía algo muy diferente en Irlanda, país también al margen del derecho romano? El problema real es por qué los terratenientes no se transformaron en primeras figuras de un «frente» agrario en Rusia, como lo hicieron sus correligionarios, los Czartoryski y los Sapieha en Polonia, o especialmente los Eszterházy o los

Majláth en Hungría. No resulta fácil contestar a esto; posiblemente, para dar con la clave debamos fijarnos en los sacerdotes y no en los terratenientes.

En todo caso, los desórdenes campesinos coincidieron con un gran crecimiento de la «conciencia revolucionaria». Esto tampoco es peculiarmente ruso. En toda Europa, la depresión de finales de siglo dio lugar a grupos políticos, o simplemente a una organización política más sólida de los grupos existentes: el Partido Laborista británico, el Sinn Fein irlandés, la Confédération Générale du Travail francesa, la reorganización central del Nationalliberale Partei alemán, etc. En Rusia fueron organizados diversos «partidos», especialmente por exiliados de Suiza y el sur de Alemania. Osvobozhdenie («Liberación») fue fundado en 1902 en Stuttgart por el economista político (y exmarxista) P. B. Struve. Los socialdemócratas, cuyos delegados de la primera pequeña conferencia de 1897 habían sido detenidos, constituyeron el Rossiskaia sotsial-demokrati-cheskaia rabochaia partia y celebraron una famosa conferencia en 1903, en la que se dividieron en seguidores de Lenin, la mayoría (de aquí su denominación de «bolcheviques»), y sus oponentes, la minoría (de aquí, la de «mencheviques»). Las nacionalidades de Rusia se organizaron mejor; hubo una famosa disputa en esa época entre los finlandeses y el imperio ruso; en Ucrania, Georgia y Armenia surgieron movimientos, constituidos principalmente por estudiantes, en contra del Imperio.

Hubo en Rusia una contrapartida a esto: un movimiento panruso de «socialrevolucionarios». Sus miembros surgieron de medios bastante similares en diversas partes del país. En Tambov, en el Volga medio, un periodista, Viktor Chernov, y una maestra de la escuela local de educación de adultos, A. N. Sletova, reunieron a una docena de personas que parecían personajes de la obra *Besi (Los endemoniados),* de

Dostoievski. En 1898, celebraron un «congreso campesino» y reunieron a ocho campesinos, un sombrerero, «un representante de la *intelligentsia*» y algunos miembros de la herética secta de los *molokane* (bebedores de leche), que no querían asistir a su asamblea de aldea *(sjod)* porque allí se bebía. En la fea ciudad de Voronej, a orillas del Don, un tal Gotz había organizado un grupo similar; y un tal Gershuni reunió un «grupo del norte». Los socialrevolucionarios creían a veces en el terrorismo y a veces no.

Terroristas de uno u otro signo mataron a Viacheslav von Plehve, ministro del Interior, a su colega de Educación Bogolepov, al gran duque Sergei, gobernador general de Moscú, y a una serie de gobernadores provinciales de esa época; se produjo una procesión de estudiantes pálidos, flacos y a menudo judíos hacia el patíbulo y hacia Siberia, después de unos juicios espectaculares. Estos estudiantes, al igual que los campesinos rebeldes de 1902, podían argüir que el gobierno zarista nunca habría dado los primeros pasos hacia la moderación, los órganos representativos y la abolición de los derechos de redención si no hubiese sido por el terrorismo. Porque es cierto que en 1903 hubo menos ministros antiliberales y discusiones de una asamblea consultiva (la *Duma* de Bullgin). Por el contrario, los demás revolucionarios, así como muchos –quizá la mayoría– de los socialrevolucionarios, desaprobaban el terrorismo por diversas razones: podía ser contraproducente, por cuanto estimulaba a la policía a realizar un mayor esfuerzo (como había sucedido dos décadas antes con Narodnaia Volia); además, al conseguir del gobierno mejoras de poca importancia, podía evitar la revolución; en cualquier caso, el terrorismo era repugnantemente cruel y no era cosa de socialistas decentes de ningún tipo.

Estas divisiones a propósito del terrorismo afectaban a todo el partido socialrevolucionario; pero salían más o me-

nos a la superficie en cada cambio de la situación. Cuando en 1917 llegó la revolución, el partido era notablemente ineficaz, aun a pesar de haber obtenido en enero de 1918 casi dos tercios de los votos (la mayoría de estos procedentes de los campesinos, que habían sido movilizados por la *intelligentsia* rural). La izquierda del partido se desgajó del mismo y estableció una alianza con Lenin, a la que los bolcheviques debieron su victoria; la derecha del partido formó una ineficaz coalición con los blancos; y, posteriormente, los bolcheviques suprimieron a sus aliados de antaño. Esto revela la fatal debilidad de los socialrevolucionarios: a pesar de sus hábitos democráticos y de la generosidad de su temperamento, carecían de toda eficacia real y de toda idea con respecto a lo que tenían que hacer con el poder efectivo; en cualquier caso, en última instancia, representaban a un medio rural amplio, pero aislado y fragmentado.

No es en absoluto sorprendente que el socialismo no marxista de esta clase no atrajera más que a una pequeña parte de la *intelligentsia* o de la clase trabajadora. Y, sin embargo, el socialismo ruso dependía, en gran medida, de la adaptación de Marx a la situación rusa por parte de la *intelligentsia.* El logro de Lenin fue tomar de los socialrevolucionarios (y de los anarquistas) un elemento de violencia «legítima» que se unió a la interpretación marxista «científica» de la situación rusa.

Los intelectuales desempeñaron un papel más predominante en el socialismo ruso que en cualquier otra parte, porque no tuvieron que hacer frente a una traba de los sindicatos tan grande como la que se encontraron en otros lugares. El dinero del partido no procedía de las cuotas sindicales, sino de los simpatizantes ricos, y a veces del producto de asaltos a bancos y venta de propaganda.

La relativa ausencia de sindicatos es bastante fácil de entender. Hasta 1906 fueron ilegales, y después de esa fecha

tuvieron que hacer frente a la discriminación. El gobierno temía que, en caso de autorizar la formación de sindicatos con fines «benéficos», estos destinaran, en cambio, el dinero a fines revolucionarios. En 1912, la *Duma* había llevado a cabo algunas reformas sociales, a fin de que el subsidio de enfermedad fuera costeado en parte mediante una contribución de los patronos. Los sindicatos, o los comités de fábrica, habrían de desempeñar un papel en la aplicación de ese programa. Pero el gobierno insistió en que todo ello debería estar sometido a un rígido control policial, por lo que no es de extrañar que, cuando los trabajadores acudieron a votar a los delegados que manejarían los fondos, las cinco octavas partes de estos fueran bolcheviques.

Pero, de manera más general, los salarios eran demasiado bajos (la media en 1906 era de 250 rublos, la mitad de la cifra alemana, que a su vez era un tercio más baja que la británica). El empleo era también irregular, y los hombres tenían que trasladarse con bastante frecuencia a otras provincias o al campo. En 1905, se calculó que solo el 52,7 por 100 de los habitantes de la Rusia europea vivían en el mismo distrito en que habían nacido; el 16,9 por 100 vivían en la misma provincia, y el 30,3 por 100 en otra totalmente distinta. En 1900 casi los dos tercios de los habitantes de San Petersburgo eran «ajenos» a la provincia, y en otras ciudades la proporción no era mucho menor (en Odesa, el 44,2 por 100). La gran cantidad de idas y venidas que se producían cuando los trabajadores del campo regresaban en el verano se pone de manifiesto en el tráfico ferroviario de San Petersburgo. En enero, se registraron unas 110.000 entradas y salidas de viajeros; en agosto, unas 320.000.

Existía, en efecto, una enorme y rudimentaria masa de trabajadores que dependían de un empleo irregular y un salario bajo, y que con bastante frecuencia erraban de la ciudad al campo. Las autoridades soviéticas, que sensatamente

incluyen a los trabajadores de la construcción y similares, no relacionados con esas grandes factorías que eran el foco de la atención, dan cifras para la «clase obrera» de entre 15 y 18 millones de personas; y Lenin se dirigió al pueblo mucho más allá de las grandes fábricas, incluyendo a elementos que, en Alemania, recibían el despreciativo nombre de *Lumpen.*

El propio San Petersburgo los creó. Sus industrias crecieron hasta llegar a la cifra de un millar de fábricas, la mayoría de ellas dentro de los límites de la ciudad. Su población pasó a más de dos millones de habitantes en 1910 –un incremento de un tercio en cinco años–, a los que había que sumar los itinerantes veraniegos. La competencia por el espacio industrial hacía que los alquileres fueran muy altos. En las zonas industriales del distrito de Spaskaia, el suelo valía 200 rublos el *sazhen* (0,324 kilómetros cuadrados), mientras que en la isla de Vasielievski, zona de clase media, valía solo 50. Las casas de vecindad del príncipe Vyazemski estaban ocupadas por 6.000 personas, muchas de las cuales vivían en un rincón *(ugol).* El alza de los precios del suelo era tal que los especuladores tenían buenas razones para demorar la construcción de viviendas cuando podían fácilmente vender el suelo para la instalación de fábricas, y entretanto la escasez hacía subir las rentas: en San Petersburgo, con los salarios más bajos de la Europa industrial, estas eran más altas que en cualquier otra ciudad importante. En esta ciudad solo un tercio de los trabajadores del metal tenían con ellos a su familia; había borrachos por todas partes y existía una tasa de natalidad ilegítima casi incalculable. En los pisos, la media de personas por habitación era de 1,7; en las habitaciones de los sótanos de 3,9, y en los «albergues nocturnos» *(nochlezhni dom)* la proporción era de cinco hombres por cada cama de tablas, con las plazas separadas por marcas de tiza. El problema de la especulación

en la construcción era tal que en un año no se levantaron más de 700 casas, y nadie sabía cómo enfrentarse a él.

El Ayuntamiento estaba dominado por intereses creados, generalmente oficiales. En 1900, solo 8.000 hombres tenían derecho de voto para elegirlo, y la mayoría de ellos se abstenían. La policía mantenía una estrecha vigilancia sobre las finanzas, que eran manejadas conjuntamente con el *gubernia local.* La deuda de la ciudad, que ascendía a 9 millones de libras, no admitía comparación con la de 50 millones de libras de Glasgow. Los reglamentos de sanidad eran rudimentarios, y los canales constituían una reconocida cloaca. Anualmente se gastaban doscientos cincuenta mil rublos en limpiar la ciudad, una cuarta parte de la cifra que gastaba Berlín, y una octava parte de la de París; los fondos para la educación eran una cuarta parte de los de Viena. A causa del exceso de competencia, los tranvías eléctricos no comenzaron a funcionar hasta 1907, con lo que la concentración de la ciudad, de los barrios oficiales, de las zonas residenciales y de las chabolas y fábricas se mantuvo mucho más alta que en cualquier otro lugar de Europa. No es de extrañar que los intelectuales llegaran a obsesionarse por la reforma total, por la creación de un nuevo mundo de relucientes ciudades modernas, de industrias modernas y de un proletariado limpio, saludable y sobrio. Tampoco es de extrañar que los intelectuales predominaran en el movimiento obrero. Marx parecía ofrecer una especie de física newtoniana en política; y aunque Rusia difícilmente podía ser considerada como un país industrial avanzado, existían, indiscutiblemente, buenas razones para adaptar las ideas marxistas a su situación. Este fue el logro de Lenin, quien en 1917 heredó Rusia en circunstancias de extrema confusión.

Lenin (Vladimir Ilich Ulianov) era hijo de un inspector de escuelas de Simbirsk. Como muchos intelectuales de finales del siglo XIX, se convirtió en un desafecto al régimen

tanto más cuanto que su hermano fue ejecutado por conspirar para matar al zar, en 1893. Sufrió un periodo de exilio en Siberia, y finalmente huyó a Suiza, donde se unió a otros exiliados socialistas, hombres tales como Mártov, Plejánov («el padre del marxismo ruso») o Axelrod, que malvivían de la venta de periódicos y revistas socialistas, y que ocasionalmente se beneficiaban también de la ayuda de rusos ricos o de la caridad socialista alemana o suiza. Los socialistas rusos constituían un equipo muy variopinto. Los primeros socialistas organizados habían sido agrupados en Polonia y en Rusia occidental por el *Bund* de los artesanos judíos, pero en todo el país surgieron pocas organizaciones, y de vez en cuando se enviaba a representantes para discutir la situación con los exiliados. Entre los dirigentes, la clase obrera no estaba en absoluto representada, y eran frecuentes las discusiones teóricas, a menudo de una gran dureza e intensidad.

El propio Lenin fue un teórico constante, y resulta tentador argüir que su éxito en 1917 se debió a su «correcto» entendimiento teórico del estadio de Rusia en el diagrama marxista. Las pruebas de esto no son muy sólidas: la primera vez que fue a Occidente era todavía muy joven, y buena parte de lo que dijo entonces sobre el capitalismo ruso era simplemente un eco de la propia izquierda de los socialistas alemanes, es decir, un argumento teórico en favor de la revolución inmediata. Este objetivo fue una constante para él; y, en sus últimos escritos teóricos, sus argumentos en favor del mismo son a veces incoherentes tanto entre sí como con el marxismo alemán (por ejemplo, era mucho más flexible que Rosa Luxemburg hacia el nacionalismo de las minorías). Sin embargo, su teorización le proporcionó disciplina mental, agilidad y capacidad para escapar de la entumecedora influencia de los socialistas occidentales, la mayoría de los cuales retrocedían ante la violencia.

Lenin tuvo pronto una clara visión del partido que necesitaba. La fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso tuvo lugar en 1898, pero la mayor parte de los participantes en la misma fueron detenidos en seguida. En 1903, se celebró en Ginebra, Bélgica y Londres un segundo congreso, en el que unos cuarenta exiliados y representantes venidos de Rusia discutieron sobre lo que había que hacer. Lenin escandalizó a los socialistas ortodoxos occidentales al dividir desde el comienzo a este pequeño grupo. «Nombró» los comités y se las arregló para que se hicieran las elecciones y se tomaran las resoluciones, mientras los miembros de la oposición eran alejados con engaño. De esta forma obtuvo el control del periódico del partido, *Iskra,* y del comité; su amañada mayoría dio a su facción el nombre de *Bolshinstvo* («mayoría»), mientras que los derrotados se convirtieron en los «mensheviks» (de *Menshinstvo,* o «minoría»). Su victoria duró poco y Lenin tuvo que crear un periódico diferente, *Vperyod* («Adelante»). Ambas partes pretendían ser marxistas ortodoxos, pero a veces pelearon acaloradamente sobre lo que quería ello decir. A partir de entonces, aunque las dos partes se volvieron a unir en ocasiones, existió una tensión continua. Lenin era criticado por su arrogancia: parecía desear un partido formado por gente escogida, dispuesta a obedecer cualquier orden que partiera del centro, y despreciar, además, a los sindicatos (a cuyos portavoces, los «economicistas» y los «liquidadores», denunciaba en voz alta: para él, la conciencia sindical no era suficiente para la revolución social y política, ya que podía ser comprada con una subida salarial).

Los mencheviques querían imitar a la socialdemocracia alemana, y tenían su base en San Petersburgo, donde tales cosas eran al menos imaginables: después de todo, allí había también grandes fábricas metalúrgicas, como en Berlín, y también allí los tipógrafos encabezaban la actividad sindical, como en todas partes de Europa. Era razonable situarse

en ese enclave una plataforma menchevique, esto es, abrir el partido a todos los que acudieran a él y elegir el momento apropiado para aliarse con los liberales burgueses, cuyas tropas eran proporcionadas por los *zemstva* y Struve. Primero, la revolución democrática burguesa, y luego la socialdemocracia: exactamente lo que decía Kautsky. Los primeros textos marxistas corroboraban esto. Marx siempre había dicho que el capitalismo tenía que crear la nueva economía de trabajadores, máquinas y parlamentos. Luego los trabajadores se apoderarían de todo ello. Kautsky no tuvo en absoluto ninguna dificultad para acallar (con arrogancia germánica) a los jóvenes rusos que le contestaban.

Lenin argumentaba que en Rusia el campesinado, lejos de ser la clase pequeñoburguesa condenada a muerte que decían los mencheviques, era una fuerza revolucionaria. Es cierto que esto solo lo vio plenamente después de la revolución de 1905, y que incluso entonces no se dio cuenta de lo que hacía. Además, Lenin adaptó a Marx para demostrar que donde este había hablado de una clase trabajadora en ascenso, en las circunstancias del siglo XX su visión podía ser ampliada. En Alemania y Francia, a mediados del siglo XIX, el campesinado aspiraba a tener su propiedad individual y a apoyar a los regímenes conservadores. Pero, en el siglo siguiente, la experiencia del imperialismo lo cambió todo. Los países ultramarinos fueron explotados, y se transfirió tanto dinero a los países centrales que estos pudieron «librarse» de sus revoluciones nativas. Sin embargo, los frutos del imperialismo llegaron en forma de precios baratos para los alimentos; esto arruinó a los campesinados de las metrópolis y por consiguiente hizo de ellos, a pesar de sus propiedades, proletarios explotados. Si sobrevivieron fue solo porque tenían hijos que pudieron emigrar a las ciudades para trabajar en ellas como peones. Lenin, por tanto, decía que el socialismo debía dirigirse al campesinado. Para ser sinceros, el propio Marx había dicho lo mismo poco an-

tes de su muerte; murió en 1883, con tres metros cúbicos de estadísticas sobre la economía rusa al lado de la cama. Él mismo estaba adaptando su sistema, mientras que los alemanes querían osificarlo. Primero los socialistas alemanes y luego los estalinistas rusos hicieron un misterio de los últimos años de Marx, cuando este estaba aceptando el hecho de que era probable que sus ideas llegaran a fructificar precisamente en el sitio donde nunca lo hubiera imaginado veinte años antes.

Lenin quería un partido dirigido desde el centro que reemplazara a las «fuerzas sociales». Personas como Plejánov le advirtieron: una Rusia que ahora se haga socialista será un Estado criminal. Será como entregar los inmensos instrumentos del socialismo a los criminales. ¿Prestó Lenin atención a esto? ¿Fue 1917 una prefiguración de «1984»?

Los acontecimientos se desarrollaron a la manera de Lenin. A ello contribuyó enormemente, como este había previsto, el hecho de que sus adversarios no tuvieran dos dedos de frente. El zar, en el esplendor del Palacio de Invierno, rodeado de aduladores, reinando desde su fantástica capital de San Petersburgo sobre una sexta parte del mundo, sucumbió al encanto de la Santa Rusia. Las únicas consecuencias de los desórdenes de 1900-1903 fueron la destitución de Witte y el inicio de una disputa con Japón en relación con el Lejano Oriente que condujo a una guerra desastrosa, librada con un armamento totalmente inadecuado, a una larga distancia y con grandes derrotas. Fue una empresa demencial, y todos los que conocían la realidad del ejército ruso protestaron.

Los rusos inteligentes consideraban al gobierno de la época como algo de otro mundo. Cuando se produjeron desórdenes en las universidades, la respuesta del zar consistió en reemplazar al ministro de Educación por un antiguo ministro de la Guerra, Vannovski, que andaba por los

ochenta años (1901). Esto fue el resultado de un cálculo muy característico de aquellos tiempos. El gobierno era incapaz de controlar las universidades y muchas de las escuelas superiores, lo que ocasionó huelgas y manifestaciones a la manera de 1848. La única respuesta parecía ser llamar a filas a los estudiantes que causaban problemas y que, como tales estudiantes, estaban exentos del servicio militar. Pero las autoridades militares no querían admitir a estudiantes inquietos. En cualquier caso, numerosos generales databan de la era de Miliutin, cuando el ejército era considerado liberal y favorable a la educación. Para el zar, la única forma de acabar con esto era, por consiguiente, hacer que Vannovski, su viejo amigo, asumiera la responsabilidad del «orden» e implicar así al ejército. Es de justicia añadir que el anciano asombró a todos los preocupados por el tema al ponerse del lado de los estudiantes. Fue, pues, destituido a los pocos meses. También fue característico el hecho de que, en los disturbios de 1902, el ministro del Interior, Sipiagin, dirigiera al presidente de la Academia de Ciencias un largo memorándum en protesta por el gradual abandono del *yat* y del «signo duro», pintorescos pero superfluos, del alfabeto ruso. Veía esto como «un ultraje al Estado».

El gobierno no podía dejar de observar el descontento existente en todas partes. Pero respondía al mismo con insensatez y carencia absoluta de tacto. No podía controlar a sus propios representantes, ya fueran el príncipe Imeretinski en Varsovia, el almirante Alexeiev, virrey del Lejano Oriente, el conde Vorontsov-Dashkov, virrey del Cáucaso, o el general Bobrikov, gobernador de Finlandia. El zar no trató de controlar a estos hombres a través de unos ministros poderosos, a los que, en general, temía y aborrecía. No existía un gabinete ministerial regular ni una policía regular. Los ministros despachaban individualmente con el zar, y en ocasiones incurrían en políticas contradictorias. En el Mi-

nisterio del Interior había una serie fabulosa de inútiles, y el zar colmó la medida cuando puso a su frente al administrador de la caballeriza imperial (un comentario de la época era que al menos esto constituía un avance en relación con Calígula). Debido a que, en este anquilosado sistema, la antigüedad contaba mucho, los hombres que ocupaban los más altos cargos eran a menudo extremadamente viejos. En esta época abundaron las comisiones de investigación presididas (como en 1915) por octogenarios; el primer ministro favorito del zar era el anciano y memo A. I. Goremikin, que ignoraba los problemas con la esperanza de que esto constituyera un comportamiento positivo. Algunos de los generales y almirantes eran simples bufones. Kuropatkin, el ministro de la Guerra que condujo al ejército contra el Japón en 1904-1905, no podía entender por qué habían resultado ineficaces los cosacos. No se daba cuenta de que los caballos se habían hecho demasiado vulnerables frente a los ordinarios rifles modernos; en lugar de esto, pensaba que los cosacos carecían de «ánimo marcial» y, para hacerles cargar de forma más efectiva con sus sables, proponía que se les retiraran sus rifles ligeros. En realidad, toda la guerra con el Japón –mezcla de presunción, incompetencia, mala suerte e incoherencia gubernamental– demostró hasta qué punto no respondía el sistema.

El gobierno percibía confusamente que no era popular. Como la mayor parte de los contemporáneos partidarios de la *Sammlugspolitik,* un Chamberlain o un Tirpitz, su respuesta consistió en confiar en las emociones del nacionalismo y en el botín del imperio. A un determinado nivel, esto significó lo que Plehve, ministro del Interior, denominó «una divertida guerrita» con el Japón. A otros niveles muy distintos, significó el estímulo de los pogromos contra los judíos y la persecución de los pueblos minoritarios. El conde Vorontsov-Dashkov se ocupó personalmente de confiscar las propiedades de la Iglesia armenia. La situación de

semiindependencia de Finlandia databa de 1809, fecha en que había sido anexionada por Alejandro I (como gran duque). La moneda finlandesa era distinta; había un Parlamento finlandés (que un poco más tarde fue elegido por sufragio universal incluso femenino), para afrenta de las sensibilidades autocráticas; las aduanas constituían un problema, al igual que la justicia, dado que los delincuentes políticos rusos se veían libres una vez que conseguían llegar a Finlandia, que solo estaba a un paseo en coche desde San Petersburgo. Los finlandeses tampoco tenían que soportar el servicio militar obligatorio. El zar envió al general Bobrikov para que pusiera fin a estas anomalías. Fue asesinado; su sustitución dio lugar a grandes alborotos; con la mayor fuerza que el gobierno fue capaz de aplicar, se sostuvo el principio del servicio militar obligatorio; y en 1902 fueron llamados a filas cuatro finlandeses, porque el ejército no podía permitirse el lujo de mantener a ninguno más y, de cualquier manera, porque temía que los reclutas finlandeses pudieran mostrarse un tanto resentidos. En esa misma época, llegó al Palacio de Invierno una delegación de buriatos procedentes de las heladas tierras del norte de Siberia para quejarse de que los recaudadores de impuestos estaban confiscando una proporción excesiva del estiércol de yak, que constituía una parte importante de su economía. Fueron rechazados por el portero.

El plato fuerte de esta colección de hechos fue la guerra con el Japón en los años 1904-1905. Witte había dirigido la construcción del ferrocarril transiberiano, pero todavía quedaba por construir un considerable trecho del mismo cerca del lago Baikal. Empresas bancarias y ferroviarias rusas tenían intereses en Manchuria, en la China del nordeste. Se había conseguido una concesión en Port Arthur, que se utilizó como base naval. Los rusos tenían también intereses en Corea. Todo esto les llevó a un conflicto con el Japón, especialmente con respecto a Corea, pero también con res-

pecto a la China continental. Una banda de aventureros asociados con un tal Bezobrazov, que tenía vara alta con el zar, se comportó de forma provocativa, con la esperanza de sacar provecho del tráfico maderero a través del Yalu. El ministro de Asuntos Exteriores, por miedo a irritar a los británicos, dijo que retiraría las tropas de Manchuria, y luego, por miedo a desagradar al almirante Alexeiev, virrey del Lejano Oriente, no lo hizo. La mayor parte de los miembros del gobierno creían que a los japoneses, por ser asiáticos, no había que tomarlos demasiado en serio. El ministro de la Guerra, Kuropatkin, presentó un plan que acababa con la frase «la captura del Mikado». Los japoneses, que tenían con respecto a Corea una actitud de propietarios y estaban interesados en Manchuria, contaban con su alianza con Gran Bretaña y con el apoyo norteamericano. A principios de 1904, atacaron Port Arthur.

En esa época, el ejército ruso no podía permitirse el lujo de comer caliente. Se encontraba también a mucho tiempo de camino. El ferrocarril transiberiano era de vía única y contaba con muy pocos apartaderos; buena parte del firme estaba muy mal acabado, lo que significaba que los trenes debían circular realmente muy despacio; y existía un tramo sin construir hacia la mitad del trayecto, de forma que las tropas tenían que apearse del tren en un extremo del lago Baikal y andar hasta el otro extremo para subirse al tren de nuevo. Los rusos tardaron un año en alcanzar en Manchuria la misma fuerza que tenían los japoneses, los cuales solo habían de navegar a través de un angosto estrecho. La mitad de los generales rusos no habían alcanzado el cuarto grado, y su edad media era de sesenta y nueve años. La artillería no había sido debidamente modernizada. Los cañones de bronce, pesados y balísticamente insuficientes, constituían todavía la norma general, porque eran más baratos que los modernos cañones de acero, como los que estaba comenzando a producir la fábrica Putilov. No había sufi-

ciente pólvora sin humo, porque solo podía producirla la factoría Ojta, y aunque sus directores, con una obsesión muy propia de la Rusia zarista por la exactitud inútil, podían dar cuenta hasta de la última onza o *zolotnik* que habían producido, no era ni con mucho suficiente. Los cañones, por consiguiente, disparaban muy lentamente y con poca puntería y el humo flotaba alrededor, cegando a los artilleros, como en los tiempos antiguos. El ejército ruso era continuamente derrotado y rechazado. Como última carta, el zar se jugó la flota del Báltico, que partió hacia el Pacífico, hundió en el mar del Norte unas pocas traineras pensando que eran lanchas torpederas japonesas, pasó el invierno en Madagascar y fue destruida el mes de mayo siguiente en los estrechos de Tsushima. Witte fue llamado de nuevo para presidir el gobierno, y en agosto de 1905, en Portsmouth, Nueva Hampshire, se firmó una paz cuyas condiciones eran mejores de lo que podría haberse esperado.

En la Rusia europea, estas derrotas produjeron una tremenda impresión. Coincidieron también con una inflación. El gobierno había gastado 2.000 millones de rublos en la guerra, y esto, junto con un alza del ciclo comercial, trajo la inflación, a la que contribuyó la entrada del gobierno en el mercado textil para la adquisición de uniformes y demás. Rusia, pues, fue testigo en 1905 de una versión salvaje de la crisis que toda Europa experimentó en esa época. La combinación de una guerra perdida, el desempleo y la inflación resultó casi calamitosa para el zar, cuya supervivencia se debió más a las divisiones de sus adversarios que a cualquier mística del Trono y el Altar.

El domingo 9 de enero de 1905, una enorme multitud de trabajadores y sus familias confluyeron, desde Spaskaia y la orilla del Viborg de San Petersburgo, en la vasta plaza que se extiende frente al Palacio de Invierno. Iban conducidos

por un sacerdote, el padre Gapon, y cantaban himnos. Se manifestaban a favor de un verdadero Parlamento, y esperaban que el zar les ayudara en aquel invierno de frío y hambre. La mística del zarismo todavía era considerable; y los zares se enorgullecían de su papel de padres de su pueblo. Nicolás I incluso había recibido en el Palacio de Invierno hasta a 30.000 habitantes de San Petersburgo en sus recepciones navideñas. Los jefes de la policía zarista, tales como Zubatov en Moscú, habían llegado hasta a promover sindicatos de trabajadores, con la esperanza de que el Estado zarista se mantuviera por encima de la lucha de clases y pudiera ponerse fácilmente de parte de los obreros. Pero a comienzos de 1905 la creciente irritación de las masas era evidente. El comandante de Nicolás II ordenó que la manifestación fuera disuelta en la plaza del Senado, ocasionando una enorme carnicería.

En el año 1905 se produjo en Rusia el mayor de los levantamientos sociales y políticos que Europa conoció en esa época. Los cambios en Rusia se estaban sucediendo de forma tan concentrada que, por primera vez, la revolución social estaba en la mente de todo el mundo. En las grandes ciudades hubo movimientos comparables con los que tenían lugar en el alejado Occidente: huelgas y manifestaciones. Los liberales rusos, utilizando su base en las profesiones liberales y en los consejos municipales y de distrito, lanzaron una campaña de banquetes –a imitación de los organizados por los liberales franceses con anterioridad a 1848– para denunciar al gobierno. Este respondió haciendo alusión a la posibilidad de instituciones parlamentarias (aunque sin poderes) y acosando a los *zemstva.* En 1905, los liberales reunieron sus fuerzas y fundaron un partido político, los demócratas constitucionales (abreviadamente, KD 0 cadetes), para hacer campaña en favor de las reformas políticas. Algunos de ellos querían también reformas agrarias.

En 1905 tuvo lugar en Rusia un movimiento revolucionario que llegó más allá de las elucubraciones del socialismo alemán. Existía, en primer lugar, el elemento campesino, con el que los socialistas ortodoxos no estaban pertrechados para tratar. Existía ya la violencia revolucionaria. En junio de 1905, la tripulación del acorazado *Potemkin* se amotinó en el mar Negro y llevó el barco hacia Rumania y la libertad. En el Cáucaso, se desarrolló un movimiento peculiar que nadie entendió realmente. Un hombre llamado Zhordania, teóricamente menchevique, descubrió, en esa sociedad en desintegración, que podía atraer al campesinado a la causa del socialismo, aunque los campesinos, antes de que los condujera en esa dirección, le hicieron prestar juramento ante la Virgen. Musulmanes y cristianos sumaron sus fuerzas y una gran parte de la clase media apoyó a Zhordania por odio a Vorontsov-Dashkov. Fue un movimiento rudimentario que pronto se dedicó a la guerra de guerrillas, recibiendo mucho apoyo por parte de los campesinos. Fue una anticipación de Mao.

En 1905, con repercusiones en 1906, el imperio hizo explosión. Se airearon todas las quejas; las principales ciudades, como Riga o Varsovia, fueron a la huelga; se produjeron oleadas de huelgas en enero, marzo y octubre; el campesinado, especialmente en el cinturón central desde Poltava a Samara, saqueó las casas señoriales, al igual que lo había hecho en 1902-1903; hubo una huelga de ferrocarriles en octubre. Esta huelga, que impidió al zar desplazar tropas, fue la causa de que este mejorase las ofertas constitucionales que ya había realizado. El 19/31 de octubre, prometió instituir un parlamento, la *Duma.* Witte fue llamado de nuevo para presidir por breve tiempo la asamblea de las «Leyes fundamentales». Con un suspiro de alivio, los contestatarios de la clase media resolvieron trabajar con el zar. Los franceses ofrecieron un importante préstamo. En general, el ejército se mantuvo «fiel», y las tropas sofocaron en

Moscú un levantamiento organizado por los socialdemócratas en enero de 1906.

P. B. Struve, jefe de los liberales, expresó la opinión de los liberales de clase media sobre lo que estaba sucediendo cuando dijo: «Dios se lo pague al zar, que nos ha salvado del pueblo». Las huelgas de octubre, especialmente, habían aterrorizado a estos liberales. Porque las clases bajas rusas estaban en buena medida «descontroladas». En lugar de seguir mansamente a los liberales, habían establecido en San Petersburgo una institución representativa que no tenía paralelo en Europa: el sóviet. Se trataba de una democracia directa implacable, eligiéndose y reeligiéndose los cientos de delegados por cortos intervalos de tiempo. Inicialmente actuó como un amplio comité para coordinar las huelgas y las actividades de los sindicatos, pero pronto asumió un papel político. En su conjunto, los socialrevolucionarios que lo dominaban estaban a favor de la colaboración con los liberales, y lo mismo sucedía con los socialdemócratas, aunque el joven Lev Bronstein (Trotski) –en esa época oficialmente menchevique– simpatizaba con las denuncias de la colaboración entre clases formuladas por Lenin, y con las advertencias de este de que los liberales traicionarían a los socialdemócratas. Sin embargo, en 1905-1906 las condiciones no eran las que se iban a dar en 1917. Los incrementos salariales concedidos a los huelguistas no se vieron absorbidos por la inflación; la crisis alimenticia se mitigó; la policía y el ejército se mantuvieron disciplinados. Stolipin a lo largo del Volga, Meinhardt en las provincias bálticas, y los generales Möller-Zakomelski y Rennenkampf desde el extremo opuesto del ferrocarril transiberiano restauraron el orden mediante consejos de guerra sumarísimos y simples fusilamientos incontrolados. El sóviet de Petersburgo fue detenido en diciembre de 1905.

Las elecciones para la *Duma* se celebraron en abril de 1906; el gobierno recobró confianza más que suficiente para desafiar al Parlamento resultante, dominado por los liberales, disolverlo y celebrar nuevas elecciones para una segunda *Duma,* que se reunió durante un par de semanas en 1907 y chocó de nuevo con el régimen, en sus esfuerzos por obtener verdaderos privilegios parlamentarios. El 3 de junio de 1907, el hombre fuerte del zar, Stolipin, clavó durante la noche un trozo de papel en la puerta de la *Duma,* notificando que esta estaba disuelta. Fue un golpe de Estado.

1905 fue un año malogrado por muchas razones. Las fuerzas armadas, en su conjunto, habían permanecido leales; los elementos desleales fueron desmovilizados, y los motines se produjeron de forma aislada. El movimiento obrero se había puesto de manifiesto en grandes oleadas de huelgas, pero existían obvios límites a la duración de las mismas. Los levantamientos campesinos habían cesado en 1902-1903, y los casos de disturbios rurales fueron bastante locales, al este del Dniéper en Ucrania y hasta cierto punto también en Besarabia. Los socialistas no habían clarificado aún su actitud hacia el campesinado y no estaban de acuerdo con respecto a la violencia, de manera que el sóviet de San Petersburgo no emprendió ninguna acción real, y el levantamiento de Moscú de comienzos de 1906 fue también un tumulto aislado. Los ferroviarios no fueron a la huelga, con lo que las tropas pudieron ser transportadas para reprimir esa revuelta. Los liberales, a los que todo el mundo miraba como posibles dirigentes, estaban divididos, y, en cualquier caso, no contaban con los medios necesarios para sublevarse. El manifiesto de octubre les hizo un mal favor. Frente a un gobierno que no estaba dispuesto a conceder demasiado, los liberales eran casi impotentes. Pero ahora el golpe de Estado de Stolipin permitió a este «preparar» una nueva *Duma* con representantes de la clase alta.

La era de Stolipin, o «Monarquía del 3 de junio», fue descrita por los socialistas contemporáneos como el «bonapartismo ruso». Esta expresión hacía referencia a *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de Marx: en él se mantenía que Luis Bonaparte había restaurado una versión del Antiguo Régimen, pero con aventureros burgueses ocupando el lugar de algunos de los elementos «feudales». También se decía que había reprimido el movimiento obrero a viva fuerza, y que para ello había llevado a cabo una alianza con parte del campesinado, a través de la Iglesia. En cierto modo, el «bonapartismo ruso» era una buena descripción de las actividades de Stolipin. Este introdujo la reforma agraria; favoreció las causas nacionalistas; fomentó un lamentable antisemitismo oficial; y, al igual que Luis Bonaparte en Francia o el príncipe Schwarzenberg en Austria, trató de resucitar la religión como fuerza política, construyendo 5.500 iglesias y nombrando a 100.000 nuevos sacerdotes.

Stolipin trató efectivamente de trabajar con la *Duma.* Las dos primeras *Dumi* habían sido elegidas por un sistema muy cercano al sufragio universal masculino; había habido mayorías para las causas de la izquierda. Pero estas instituciones no funcionaron bien. Como habían pronosticado continuamente los apologistas zaristas, el Parlamento ruso era una Babel de diferentes nacionalidades y partidos. Nadie sabía cómo manejarlo. El golpe de Estado de Stolipin sustituyó la anterior *Duma* por un parlamento abiertamente clasista. Utilizando el artículo 87 de las Leyes Fundamentales (que el zar había redactado), el gobierno podía hacer casi todo: en este caso, disolvió la *Duma* y cambió el sistema electoral. Las protestas liberales y las llamadas a una huelga de impuestos fueron ignoradas; retornó, en parte, el Estado policial; y la tercera *Duma* (1908-1913), lo mismo que la cuarta (1913-1917), estuvo formada por mayorías naturales de derecho. Sus poderes eran muy similares a los del *Landtag* prusiano. Aun así, a los ministros del gobierno les irri-

taban estos poderes limitados. En 1909, por ejemplo, se encolerizaron por las interpelaciones de la *Duma* y hubo «una huelga ministerial».

Aparte de un puñado de diputados socialdemócratas y otros izquierdistas, la *Duma* se dividía en tres grupos principales, con deslizamientos de unos a otros. La izquierda estaba formada principalmente por los cadetes, liberales asociados con Pavel Miliukov (historiador republicano); había un centro constituido por los octubristas, liberales de derechas cuyo principal apoyo procedía de la gran industria de Moscú y cuyo portavoz era un industrial, Alexandr Guchkov. A la derecha estaban los antisemitas, las «centurias negras» (como eran conocidos los nacionalistas más extremistas) y un incipiente grupo denominado «las derechas» *(pravy),* que tenían su propia ala moderada, conocida posteriormente con el nombre de «nacionalistas». Para evitar cualquier ampliación de los poderes de la *Duma,* el gobierno solo necesitaba unir a la derecha y al centro. En general, lo consiguió: podía ofrecer programas de nacionalismo (contra los finlandeses, por ejemplo) y grandes armamentos. A partir de 1910, Rusia conoció también una atmósfera de *réveil national.*

Stolipin no fue un personaje perezoso y anticuado, como sus predecesores en el Ministerio del Interior. Fue un «tecnócrata», un conservador preocupado por la eficiencia. Podría incluso haber colaborado con los liberales de la *Duma* si, por su parte, no hubiera tenido que mantener su vínculo con la derecha, la corte y los sórdidos intrigantes que rodeaban al zar, y si los liberales, por la suya, no hubieran estado continuamente preocupados por sus vínculos con la izquierda. El gobierno fue revisado. Incluso por breve tiempo se abandonó la práctica zarista de designar para los cargos a ancianos. En esas fechas se convirtió en un gabinete ministerial normal, con un presidente, en lugar de ser sim-

plemente una colección de jefes de departamento que se reunían cada vez que al zar se le antojaba. Las políticas de los diversos ministerios, que en el pasado podían ser a veces contradictorias, fueron entonces armonizadas hasta cierto punto, al tiempo que la conmoción causada por la derrota hizo que tanto la armada como el ejército llevaran a cabo una reorganización muy necesaria y crearan un auténtico Estado Mayor. Burócratas inteligentes como Kokovtsov y Litvinov-Falinski en el Ministerio de Hacienda comenzaron a estudiar la forma de dirigir la economía en su conjunto a través de la acción del Estado. Sobre todo, Stolipin hizo un gran esfuerzo para dar una respuesta a la cuestión campesina, el mayor problema de Rusia.

Stolipin procedía desde un ángulo político. Nadie que hubiera visto teñirse de rojo los cielos con los incendios de los almiares y las casas en 1905 podía dejar de actuar así. Pero existía un aspecto económico vital. Sin una agricultura eficiente, la industria y las ciudades distarían de tener mercados, abastecimientos alimenticios y exportaciones con los que adquirir maquinarias o productos extranjeros. Y ¿sería capaz de sostener el crecimiento industrial la calidad de la mano de obra que llegaba a la industria, procedente de la atrasada agricultura? Con anterioridad a 1914, todo el mundo estaba interesado en la cuestión campesina.

Utilizando para la comparación las cifras alemanas y norteamericanas (las cifras inglesas son mucho más altas), en los Estados Unidos la producción por hectárea de centeno era de 68 *poods* (16 kilogramos), en Alemania de 100 y en Rusia de 54; y la de trigo de 9,7, 21 y 6,4, respectivamente (era mucho menos resistente que el centeno). De 1901 a 1913, el incremento de estas producciones en Rusia fue escaso, menor que en cualquier otro lugar de Europa. Los fertilizantes artificiales se empleaban solo en un 3 por 100 de la tierra todavía en 1914, y los fertilizantes naturales

también se empleaban mucho menos que en otros países, porque los campesinos rusos no podían criar vacas en sus tierras, ya que necesitaban el grano para ellos mismos. En 1914, había en Rusia 293 vacas por cada mil habitantes, frente a las 622 de Estados Unidos y a las 688 de Dinamarca; y además las vacas rusas eran flacas y huesudas. En 1917, el 52 por 100 de las familias campesinas no disponían de un solo arado, y del 48 por 100 restante, una buena parte solo contaban con un arado primitivo. En los distritos de Beriansk, Melitopol y Dnieprovsk, en la provincia de Taurida, comparativamente prósperos, solo dos quintas partes de las familias campesinas tenían animales y un arado para su uso; una tercera parte no tenían ningún arado, y el resto o tenían solo un arado primitivo o no tenían animales. Este problema se agravó porque la población creció espectacularmente, de forma que la tierra en 1900 sustentaba el doble de habitantes que en 1860. La industrialización rusa dependía de las importaciones de maquinaria y productos, al tiempo que la necesidad de divisas exigía también que el país exportara su cereal. El valor de este representaba casi la mitad de las exportaciones rusas de 1913, y equivalía a 12 millones de toneladas de una cosecha de 70 millones (cifra desacostumbradamente alta y por consiguiente atípica). El desarrollo económico de Rusia dependía de la continuación de este tipo de exportación, que no era popular entre los campesinos, que no tenían suficiente para comer.

Ya en 1902 una comisión (formada por 184 hombres) se había reunido para discutir la cuestión agraria. En noviembre de 1906, y con la subsiguiente legislación de 1910 y 1911, Stolipin atacó el núcleo de la misma, la comuna campesina, que él y muchos otros consideraban como la principal causa del retraso agrícola de Rusia y de su inquietud política. La comuna, y no los campesinos a título individual, poseía oficialmente la tierra. Estaba pensada para evitar que los campesinos a título individual adquirieran sus propias

tierras y las transmitieran a sus hijos; por tanto, los campesinos no tenían ningún incentivo para invertir en ellas. La tierra era también usada, por lo general, en «franjas» de un tamaño que permitiera ararla en un solo día, y lo más corriente era que estas franjas no estuvieran unidas, porque los campesinos las repartían de acuerdo con el valor de la tierra. Por tanto, el esfuerzo del campesino se dispersaba en varias franjas, con lo que había que andar mucho de un lado para otro y se desperdiciaba mucha tierra en los senderos. Algunas familias campesinas podían tener hasta cien franjas, y en la asamblea de aldea, la *sjod,* había continuas discusiones sobre quién debía recibir tierras y cuándo.

Este sistema no era exclusivo de Rusia. Tenía sus paralelos en el *rundale* de Irlanda o en el *runrigg* de Escocia; incluso en 1945, una décima parte de las tierras en Francia eran poseídas en común y no individualmente; todavía existen elementos del arcaico cultivo en franjas en Alemania occidental; y, en los Balcanes, la *zadruga* de Croacia era muy similar a la comuna rusa, la *obshchina.* El *quid* de todo el asunto consistía en que daba a cada campesino la oportunidad de conseguir tierras. Esto se lograba a expensas de la agricultura, dado que los campesinos de una comuna no invertían en la tierra y no la hacían producir más. En el siglo XVIII, la Europa protestante –con los británicos a la cabeza– combatió sus propias formas de comunas con leyes sobre la consolidación y la herencia que, especialmente en Inglaterra, constituyeron un éxito. El norte de Francia, Bélgica y el norte de Italia pasaron por el mismo proceso para generar agricultores individuales, aunque a veces quedaran vestigios de propiedad comunal. Uno de los puntos centrales del liberalismo del siglo XIX era recompensar la iniciativa individual, y esto tuvo inevitables repercusiones en la agricultura. Contribuyó, en todos estos casos, a que existieran industrias y ciudades florecientes que absorbieran cualquier «excedente» de población agraria, y la emancipación

de la tierra fue un preliminar indispensable para el desarrollo industrial.

Una de las condiciones esenciales de esta emancipación era que, entre los campesinos, existiera una clase de agricultores que cooperaran en el desmantelamiento de la organización comunal y en la compra de la parte de sus compañeros más pobres; es decir, la clase de los «capitalistas rurales» –aunque la expresión apenas se ajusta al caso–, que incluso en el seno de la comuna rural había establecido el derecho hereditario y la consolidación. En la Prusia de finales del siglo XVIII, el crecimiento de los mercados, el dinero y la población habían posibilitado el surgimiento de algunos campesinos de este tipo, y para ellos la liberación de los siervos se había anticipado mucho. Otra condición esencial era que en el campo existieran terratenientes capaces de organizar todo el proceso de consolidación y de propiedad privada y de dar a un grupo de aldeas una cierta coherencia en materias comunes (como por ejemplo la recolección, que exigía, más o menos continuamente, un trabajo duro por parte de todos los hombres, mujeres y niños de la zona; o la irrigación). En Europa occidental, el sistema legal inglés permitía entre el propietario y el arrendatario una relación lo suficientemente flexible como para tomar en cuenta los precios de la tierra, los tipos de interés y los precios de los alimentos, de forma que ambas partes, con arreglo a los niveles de la época, se mostraran eficientes. En Prusia, los terratenientes que sucedieron a los junkers «precapitalistas» en la primera mitad del siglo XIX impusieron una cierta racionalización de la agricultura, y el campesinado «excedente» se fue (por millones) a las ciudades.

Una parte esencial del problema campesino ruso fue que los grandes terratenientes no asumieron un papel similar. Por el contrario, a partir de 1861 experimentaron una decadencia permanente. En 1914, todavía existían algunos lati-

fundios espectaculares, 699 con más de 2.000 hectáreas. La mayoría de ellos abarcaban enormes extensiones de montes y bosques, como las 240.000 ha de la familia Orlov-Davidov, o las apenas menos fabulosas posesiones de los Beloselski-Belozerski, los Golitsin o los Yusupov, aunque en todos los casos estas familias estaban transfiriendo sus intereses inmobiliarios a las ciudades (los Beloselski-Belozerski eran propietarios de la isla de Vasilievski, en el río Neva, en San Petersburgo). En las antiguas regiones polacas del sudoeste, y en Ucrania, al oeste del Dniéper, las grandes familias nobles polacas mantenían una presencia dominante. Las tierras de los Ronikier o los Czetwertyriski, donde se cultivaba la remolacha azucarera, eran imperios patriarcales similares a los que eran bastante frecuentes en la frontera austrohúngara, con negocios que se extendían desde las minas de carbón hasta las destilerías. Pero, por lo general, la agricultura de los nobles estaba en decadencia, al igual que en todos los lugares de Europa. Los nobles tenían, en 1861, 120 millones de *desiatini* (hectáreas), o sea, un poco más de la mitad de los 219 millones de la Rusia europea por debajo de las tierras heladas del norte. En 1905 tenían 79.300.000. En 1914 tenían 35.000.000 y, dado que de las mismas una tercera parte eran tierras de cultivo, la porción de terreno cultivable correspondiente a los nobles –el fondo de la cuestión– era, pues, inferior a una décima parte en 1914. En Perm y Viatka, las propiedades de los nobles ascendían al 0,4 por 100 de las tierras de cultivo.

No resultaba difícil ver los motivos de esto, motivos que habían estado en el origen de la emancipación de los siervos en 1861, cuando ya dos tercios de los nobles propietarios de siervos se encontraban prácticamente en bancarrota. Era extremadamente difícil hacerse rico en Rusia con la agricultura. Salvo en las regiones de las Tierras Negras, el suelo era muy pobre. En la región de Moscú, las heladas impedían a los agricultores trabajar sus campos durante diez meses al

año. La sequía y los fuertes vientos afectaban a la fértil región de las Tierras Negras. Las cosechas eran sumamente irregulares, y cada siete años se producían situaciones de hambre en uno u otro lugar (en 1891, de forma generalizada). Los precios de los cereales habían ido cayendo constantemente durante la última cuarta parte del siglo. En buena parte del país, el transporte era imposible, e incluso después de que comenzaran a funcionar los ferrocarriles, el envío de cereales podía resultar tan caro que un viaje de Irkutsk a Riga absorbiera todo posible beneficio. En Tver, situado a mitad del trayecto Moscú-San Petersburgo, una finca de 250 *desiatini* podía producir como mucho un beneficio de 1.500 rublos; es decir, aproximadamente los ingresos de un funcionario medio, incluso en una provincia que, como la vecina Smolensko, tenía cualidades que la hacían apropiada para cultivos industriales tales como el lino. Existía también el problema de la mano de obra, que Tolstoi consideraba como el fondo de toda la cuestión. Los campesinos que contaban con parcelas propias tendían a trabajar para sus señores de forma muy irregular, y tenían que ser forzados. Pensaban también que les habían robado tierras en la época de la emancipación, y con este motivo se vieron en los tribunales algunos casos increíbles. En el distrito de Bolshaia Yaroslava, en Riazán, hubo una batalla que duró cincuenta años, entre los herederos del conde Zubov y el príncipe Bariatinski por un lado, y varias aldeas campesinas por el otro, cuyos levantamientos armados acabaron en diversos encarcelamientos, en torno a 2.300 *desiatini.* En el distrito de Balashovski, en Samara, 253 propietarios disputaron a sesenta y nueve comunas campesinas una enorme comarca; los mapas del área en disputa ocupaban varias habitaciones, y un repaso cuidadoso de los mismos llevó cinco días. Todo esto se prolongó durante varias décadas. En 1907, el Banco Rural de los Campesinos se hizo cargo de

1.891 fincas rústicas vendidas por los aterrorizados propietarios, cifra más alta que la de los once años anteriores.

Finalmente existía la cuestión del crédito. Rusia era demasiado pobre, y el sistema bancario no estaba ni mucho menos suficientemente desarrollado. El Banco Rural de los Nobles de Alejandro III (y la posterior fundación hermana, el Banco Rural de los Campesinos) no contaban con suficiente dinero. Incluso en 1894, la suma total adelantada a los nobles en forma de hipotecas –4 millones de rublos– no superaba el importe total de las adquisiciones de tierras efectuadas por el banco durante un solo año.

Sin embargo, si los nobles se estaban batiendo en retirada, podían ser reemplazados por agricultores como los que, a consecuencia de la «Gran Depresión», habían surgido en la mayoría de los demás países. No fue sino en tiempos de Stolipin cuando el Estado fomentó la agricultura campesina individual –de hecho, las comunas fueron reforzadas en 1893–, pero un punto esencial del pensamiento de Stolipin era que hubiera campesinos «tenaces y fuertes» capaces de desbancar a sus hermanos «beodos y débiles». Esto constituía también un punto esencial para Lenin, aunque sus argumentos llevaban a una conclusión diferente. En otros países, la emancipación del campesinado había ido precedida de su diferenciación en potenciales capitalistas rurales, pequeños propietarios y pobres rurales: en *kulaks* con unas 20 ha, *seredniaki* o «campesinos medios» con unas 10 *ha, bedniaki* o «campesinos pobres» con unas cuatro ha, *y batraki* sin tierras. Lenin preveía la «proletarización» del campesinado medio o pobre y la aparición en Rusia –anterior a Stolipin, pero también en gran medida alentada por este– de una clase de *kulaks* que constituía aproximadamente el 3 por 100 del campesinado ya en 1900, tanto en las comunas como en la propiedad privada. Historiadores marxistas posteriores destacan el hecho de que Stolipin reforzó esta

clase capitalista a expensas de los demás campesinos, cuyo levantamiento en 1917 resulta por consiguiente comprensible. Puesto que nos estamos refiriendo a las tres cuartas partes de la población rusa, la cuestión del capitalismo rural va inextricablemente ligada a muchas otras cuestiones: la naturaleza del desarrollo económico de Rusia, de su sistema social, de la ideología de Lenin, del papel del campesinado en la revolución y, por implicación, del posterior desarrollo de la agricultura soviética, a través de la colectivización, hasta su actual estancamiento. Los contornos del problema están bastante claros: ¿por qué la agricultura rusa permaneció atrasada, y por qué no respondió el campesinado a la revolución en la forma contrarrevolucionaria en que generalmente respondieron los campesinos europeos a los levantamientos urbanos, en tantos países, a partir de 1848?

Tendríamos que hacer numerosas reservas de forma inmediata. En primer lugar, en un país tan enorme como Rusia, es dudoso que podamos hablar de «la» cuestión campesina. Esta variaba de un lugar a otro, según el tipo de suelo, el clima, el sistema de posesión de la tierra, las tradiciones religiosas y el empleo alternativo en la industria o en el artesanado. En las provincias bálticas existían grandes fincas muy prósperas (fincas que ocupaban una cuarta parte de la tierra), aunque las *baroni ostzeiskie* –como se les denominaba en Rusia– no eran muy populares. El núcleo de la agricultura comunal era la región de las Tierras Negras, que se extendía por el este de Ucrania y el curso medio de los ríos Volga y Don. Crimea era bastante próspera; también lo era la «Nueva Rusia», las tierras ocupadas por Catalina la Grande al norte del Cáucaso y en la costa del mar Negro. Alrededor de Moscú prosperaban los huertos; alrededor de San Petersburgo, no; y la única razón alegada para esta diferencia –aunque con la típica inverosimilitud– es que en las cercanías de esta última ciudad las familias campesinas recibían tanto dinero por criar a los niños expósitos de la

ciudad, que podían sobrevivir sin molestarse en cultivar verduras.

También en este caso, por debajo del nivel de las fincas de los nobles, resulta difícil encontrar estadísticas en que basar una investigación. Hasta este periodo, solo cuando el problema agrícola se planteaba muy seriamente era cuando se recogían con regularidad incluso las cifras de las cosechas, como ocurrió en la década de 1850 y de nuevo con posterioridad a 1893. No fue sino en 1904 cuando se llevó a cabo una división de las cosechas según procedieran de tierras en arriendo, propiedades privadas, comunas o cooperativas; y, de acuerdo con el historiador soviético Kovalchenko, incluso las cifras oficiales acostumbraban exagerar en cerca de un tercio la cantidad de tierras de propiedad privada. La mayoría de los historiadores soviéticos afirman que solo es fiable la encuesta estadística de 1916. También aquí, las comunas variaban grandemente: algunas eran grandes, otras pequeñas; algunas eran una simple formalidad administrativa, otras no estaban reconocidas.

Stolipin deseaba fomentar el capitalismo rural acabando con las comunas. Pero esto no era fácil. Anteriormente, el gobierno las había utilizado como un mecanismo administrativo. El jefe de aldea había asumido algunas de las funciones judiciales del antiguo propietario de siervos. Puesto que la comuna entera era responsable del pago de las contribuciones, nadie podía abandonarla sin el permiso de los demás: de aquí que las comunas pudieran extender pasaportes. Stolipin acabó con el aspecto administrativo de las comunas, incrementó la cantidad de dinero de que disponía el Banco Rural de los Campesinos y envió un pequeño ejército de tasadores de tierras (los *zemleustroiteli*) al campo para solucionar los problemas planteados por los límites (cubrieron una extensión de 20.200.000 *desiatini* en diez años, tarea con frecuencia agotadora que había de llevarse a

cabo a pesar de la resistencia rural). Las tasas de emancipación se habían dejado de exigir en 1903 y 1905, tras haber causado mucho daño sin haber aportado nada. A causa de la responsabilidad colectiva, estos derechos habían recaído, muy pesadamente, sobre los hombros de los campesinos más acomodados, y en 1900 las sumas debidas eran bastante considerables. Algunos distritos tenían atrasos de varios 100 por 100, esto es, habían pagado tan poco, incluso de la parte de los intereses, que, a interés compuesto, su deuda era siete u ocho veces superior a la de la década de 1860.

El gobierno había sido acusado por los liberales de mantener al campesinado en las comunas porque necesitaba controlarlo rígidamente y para impedir que los «tenaces y fuertes» ejercitaran sus músculos liberales e individualistas. Había algo de verdad en esto, pero suponía ignorar el carácter de buena parte del campesinado, que hasta tal punto deseaba mantener la agricultura comunal que cuando los campesinos pudieron elegir, en 1917, el 95,5 por 100 de ellos optaron por retornar a las comunas.

En la mayoría de las zonas de tenencia comunal, y en especial en las vastas regiones existentes entre el Dniéper (que divide Ucrania en dos) y el territorio del Volga, la razón de esto era bastante sencilla. El sentido de la propiedad privada, tan inseparable del concepto de propiedad en Europa occidental durante siglos, no tenía demasiada fuerza en Rusia. La tierra era allí un bien abundante: incluso en la Poltava hambrienta de tierras, la cifra media por familia era de 4,8 ha, y la parcela *(nadel)* más pequeña era de 2 ha, frente a la media francesa de 4 ha en 1815, o a la mitad de los campesinos prusianos, que tenían 1,5 ha o menos. El bien escaso era la mano de obra, y solo a partir de 1860 creció la población, aunque muy lejos de lo que hubiera sido necesario para que la tierra estuviera lo suficientemente poblada según ciertos niveles europeos.

En su mayor parte, la finalidad de las comunas era asegurar que cada hombre tuviera tierra suficiente cuando tenía mano de obra para labrarla y bocas que alimentar. En otras palabras, cuantos más hijos, más tierra. Cada doce años, la tierra (con excepción de una parcela original, alrededor de la casa) era revisada por la asamblea de la aldea, y aquellas familias cuyos hijos se habían hecho adultos perdían parte de su tierra. Esta se dividía en franjas porque, de ese modo, cada familia podía tener su parte de tierra buena, mala y mediana. En tales circunstancias, lo que Lenin y otros decían era bastante cierto: que en la cúspide existía un sector del campesinado que podía poseer mucha más tierra que los demás. Pero la cuestión, ignorada por Lenin, era que los «grandes campesinos» perdían generalmente de nuevo esa mayor posesión. Con anterioridad a 1914, algunos estadísticos brillantes trabajaban sobre estos problemas, siendo el más importante de ellos A. V. Chaianov. Jriashcheva, en el distrito de Yepifan, averiguó que de 1899 a 1911 los dos tercios de las familias que poseían cuatro caballos se habían dividido al cabo de los doce años. En el grupo siguiente el 56 por 100 de las familias que poseían de nueve a quince *desiatini* se habían dividido; en el siguiente, de los que poseían de seis a nueve *desiatini,* la mitad se habían dividido. Lejos de ser necesariamente un capitalista, odiado por sus compaiieros, el «gran campesino» simplemente tenía muchos hijos, y se convertía en un campesino «medio» una vez que estos alcanzaban la edad de establecerse por su cuenta. Teodor Shanin ha reunido estadísticas impresionantes en este mismo sentido, y cree que el fenómeno no solo era bastante general, sino que tenía mucho que ver con el aumento de la población.

De esto se infiere casi automáticamente que cuantos más hijos tenía un hombre, más rico era. Un estudio de Kaluga realizado en 1897 mostró que dentro de la categoría de familias que poseían de nueve a doce *desiatini* había una me-

dia de 9,8 personas, con dos *desiatini per capita;* pero en la categoría de las familias que poseían de tres a seis *desiatini,* había 6,6 personas por familia, con una media de 1,4 *desiatini per capita;* dándose así generalmente el caso de que a más hijos, más tierra. El estadístico Knipovitch puso esto de manifiesto en relación con los animales poseídos: obviamente, a más tierra, más animales, yendo de 0,5 caballos para familias de cuatro personas con dos *desiatini,* a 1,5 caballos para familias con más de diez *desiatini.* Otro estadístico, Shcherbina, consideró los ahorros y, en Voronezh, descubrió que una familia con cinco *desiatini,* y 5,17 miembros, tenía unos ingresos *per capita* de sesenta rublos anuales, de los que ahorraba seis; una familia situada en la categoría de quince o veinticinco *desiatini* ganaba setenta y cinco rublos por cada uno de sus 8,53 miembros, cantidad de la que ahorraba diez.

Si los cálculos de Shanin son correctos –y cuadran demasiadas cosas en esta difícil área para que estén muy alejados de lo cierto–, entonces podemos ver por qué la comuna campesina se mostraba tan resistente. Los «grandes campesinos» situados en la cúspide del sistema no eran generalmente capitalistas rurales de un nuevo tipo, porque perdían buena parte de sus tierras cuando sus hijos crecían, lo que significa que todo el complicado asunto de la subdivisión de la tierra por la herencia, fenómeno de Europa occidental, no se producía de la misma manera en Rusia. Los «grandes campesinos» se convirtieron, sin embargo, en capitalistas de un viejo tipo. Debido a que sus ahorros eran mayores, contaban con dinero que prestar, a altos tipos de interés, a otros campesinos que lo necesitaban. Se hicieron usureros, posiblemente con un caballo y un carro o herramientas para alquilar. En esa dimensión, fueron conocidos con el nombre de *kulaks,* una fea palabra que significa «puño»; a veces se les conocía con el nombre de *miroiedi,* «devoradores de la comuna». Pero esto no tenía nada que ver

directamente con el capitalismo agrario como tal. En su condición de *kulaks,* estaban a sus anchas en la comuna, ya que era en ella donde tenían a sus clientes. En Voronezh, investigada por la historiadora soviética Simonova, un tercio de la tierra «liberada» por Stolipin no fue a parar a los «grandes campesinos», sino a los que carecían de tierra: los *kulaks* prefirieron continuar como estaban. La palabra *kulaks* es, pues, uno de los grandes nombres inapropiados de este siglo. La expresión propia de los campesinos rusos para designar a los «grandes agricultores» era *zazhitochni krestianin* («campesino próspero»).

Los «tecnócratas» de Stolipin se fueron encontrando, pues, con problemas que más tarde serían familiares –a veces, terriblemente familiares– en las «estrategias de desarrollo». No resultaba fácil en absoluto «resolver» la cuestión de las comunas, y los esfuerzos en este sentido causaron muchos problemas. En este cuadro se pueden introducir, por supuesto, innumerables matizaciones. Las observaciones anteriores no son válidas para diversas partes de Rusia, como, por ejemplo, Crimea, donde una combinación de circunstancias favorables hizo de las comunas una formalidad administrativa; las tierras de Stavropol, al norte del Cáucaso; la mayoría de las provincias occidentales, incluyendo Polonia; y la mayor parte de Siberia. Muy posiblemente sea ilusorio hablar de modernización agrícola sin hacer referencia a los factores que la originaron en Occidente: mercados, migración estacional, mano de obra rural, grandes fincas rústicas o (en Dinamarca) cooperativas rurales planificadas desde el centro.

Aun así, en el gran cinturón central que va desde el Dniéper al curso medio del Volga –el área de la «lucha por la tierra»–, las reformas de Stolipin fracasaron. Los campesinos veían en las comunas su oportunidad de poseer tierras; muchos de los trabajadores de las ciudades, gran nú-

mero de los cuales mantenían sus vínculos con las comunas, veían también su derecho a la tierra en ellas como un seguro de incapacidad o vejez (esto fue lo que un ministro del Interior, el príncipe Sviatopolk-Mirski, quiso decir en 1904, cuando hizo la declaración, que de otra manera hubiera sonado absurda, de que en Rusia no existe cuestión social).

Prescindiendo de las enormes comarcas de bosque, tundra o monte que pertenecían a la Corona, a la Iglesia, al Estado o a las grandes familias, la tierra de labor ascendía en Rusia a 80 millones de *desiatini.* En tiempos de Stolipin, aproximadamente la mitad de la tierra que se encontraba en manos privadas fue transferida a los campesinos, en gran medida a través del Banco Rural de los Campesinos; en 1916, apenas un 10 por 100 (en una fuente, el 11,3 por 100) de esta tierra seguía correspondiendo a grandes fincas; y, desde luego, una gran parte de estas estaban arrendadas a campesinos, a menudo a comunas enteras. La tierra campesina, globalmente, alcanzaba las cuatro quintas partes del total en 1905, y las nueve décimas en 1916, aunque existían variaciones: en el Báltico y Lituania, alrededor de las tres cuartas partes; en Ucrania oriental, el 85 por 100; en el sudeste, casi toda; en el curso medio del Volga, el 93,6 por 100.

Dentro de la categoría «tierra campesina» habría que hacer divisiones para las que no resulta adecuado el material estadístico. Se afirma generalmente que el 80 por 100 de la tierra «campesina» era explotada por las comunas, aunque es posible que algunas de estas fueran solo meras formalidades. El resto de la misma era poseída de forma privada por pequeños propietarios *(jutoriane)* que vivían en granjas aisladas. Algunos de estos pequeños propietarios, aunque no constituían más del 3 por 100 del total del campesinado, se contaban entre los agricultores importantes, del tipo de los granjeros independientes norteamericanos; esto es, de

los que contrataban mano de obra asalariada. Existía otra categoría de campesinos sancionada por Stolipin, la de los hombres que se separaban de las comunas quedándose con una parcela de tierra consolidada, pero que todavía vivían en la aldea: en ruso, los *otrubniki.* La cuestión para Stolipin era, por consiguiente, cuántos *otrubniki* surgirían de las reformas.

Evidentemente, era imposible obtener tierra de las comunas a menos que estuvieran de acuerdo una mayoría de los campesinos que las formaban; si se producía este hecho, entonces podían dividirse incluso los bienes «comunes» para pastos o leña. Algunas de las comunas eran meras formalidades, en las que desde hacía algún tiempo no se había realizado ningún reparto de las tierras siguiendo el ciclo de doce años, y en las que las franjas ya habían sido consolidadas. Tales comunas fueron disueltas oficialmente en 1910-1911. En otras, se había producido una división del campesinado, y los campesinos pobres habían vendido sus derechos a los acomodados. Tan pronto como se aprobaron las leyes pertinentes, la gente se aprovechó de ellas; entonces comenzaron los problemas reales.

Número de campesinos que dejaron su comuna poseyendo tierras

1908	*1909*	*1910*	*1911*	*1912*	*1913*	*1914*	*1915*
508.300	579.400	342.200	145.600	122.300	134.600	97.900	29.800

Es significativo el hecho de que el 57 por 100 de los campesinos que pidieron la separación procedieran de las catorce provincias del noroeste, el sur y el sudeste, mientras que el 43 por 100 procedían de las otras treinta y dos provincias.

Los resultados de la reforma lo demostraron. En algunas áreas, un gran número de campesinos se las arreglaron para establecer su derecho individual a sus tierras y las desglosaron de la comuna. En Stavropol, por ejemplo, se separaron una cuarta parte de los campesinos, quedándose con un tercio de la tierra; en la zona occidental de Ucrania, abandonaron las comunas la mitad de los campesinos, con la mitad de la tierra; en San Petersburgo, ligeramente menos de un tercio de los campesinos dejaron las comunas, con más o menos la misma proporción de tierra, y esa pauta fue bastante corriente en Smolensko, Tver y Pskov. En la región de las Tierras Negras, las abandonaron, por lo general, el 28 por 100 de los campesinos, con el 18 por 100 de la tierra; fuera de las Tierras Negras, el 14 y el 9 por 100, respectivamente. En el norte, casi nadie se molestó en dejar oficialmente la comuna. En Riazán, Kursk, Kaluga y Tambov, centro de la cuestión campesina, apenas el 5 por 100 abandonó las comunas, con el 5 por 100 de la tierra. En total, 2.487.000 campesinos adquirieron derechos sobre sus tierras (solo los dos tercios de los que lo solicitaron: en muchos casos las comunas se opusieron). 1.101.800 familias (de un total de 13 millones en la Rusia europea de esa época) vendieron sus pequeñas parcelas –4 millones de *desiatini*–, que fueron luego compradas por los *otrubniki* acomodados; 17 millones de *desiatini* fueron, pues, adquiridas o conservadas por ese millón de familias de *otrubniki;* y a estos, como campesinos privados, hay que añadir los pequeños propietarios existentes antes de las reformas de Stolipin, los 2.818.000 de *podvornie krestiane* o *jutoriane.* Se enviaron agrimensores para efectuar los deslindes.

Oficialmente, pues, bastante más de una cuarta parte del campesinado no participaba en la agricultura comunal en 1916. Sería equivocado negar que algo se había logrado. Fueron años de buenos precios; el centeno, a 55 kopeks el

pood en 1901, alcanzó los 62 en 1912 y los 70 en 1913; en Odesa, el trigo había estado a 86 kopeks en 1901, y alcanzó los 124 en 1912. El Estado prestaba dinero a los *atrubniki* a un interés más bajo que a los demás clientes, al 5 por 100, y los *jutoriane* podían obtener hipotecas del 100 por 100. Siberia fue colonizada y la explotación en ella de los productos lácteos tuvo bastante éxito, suministrándose, por ejemplo, a Londres una buena parte de la mantequilla allí producida. El movimiento cooperativo comenzó a avanzar en Rusia, al igual que lo había hecho en Dinamarca (como consejero del ministerio en esta materia se empleó a un experto danés apellidado Köföd) y en el sistema *Raiffeisen* de Alemania y Austria. Las cosechas fueron excelentes: alrededor de 60 millones de toneladas durante la mayor parte del tiempo, con 70 millones en 1913, de las que se exportarían 12 millones.

Una quinta parte del cereal procedía de las grandes fincas privadas supervivientes, aunque estas ocupaban solo una décima parte de las tierras sembradas. Estas fincas eran también responsables del 47 por 100 del cereal que acudía a los mercados (aunque a menudo actuaban como intermediarias para el cereal de los campesinos), dado que los campesinos se quedaban con la mayor parte de lo que producían. La cuestión entonces era: ¿podría el campesinado recién independizado producir excedentes?

Aunque hubo signos esperanzadores, estos estuvieron sujetos a matizaciones. Siberia, por ejemplo, recibió del interior a 3.145.753 personas entre 1906 y 1916, pero 546.607 se volvieron a sus lugares de origen porque no pudieron arrostrar las penalidades y porque la burocracia hacía las cosas tan mal que, en 1909, 700.000 personas fueron abandonadas en los yermos de Tomsk sin ningún tipo de preparación. El movimiento cooperativo arraigó en las zonas donde la agricultura ya había sido modernizada o estaba

empezando de la nada, como en la región del Báltico o en Siberia. En las tierras del Báltico, las cooperativas contaban con un capital de cien rublos por cabeza, pero en la región agrícola central solo de cinco y, en el sur, de quince. El Estado contribuía con cinco rublos por cabeza, pero a un interés del 12 por 100; y esto apenas ayudaba a la compra de un arado de treinta a cuarenta rublos, o de un caballo de cincuenta a sesenta. El crédito cooperativo de Ufa ascendía a once rublos por miembro, mientras que los de *Raiffeisen,* en Alemania, ascendían a 7.900.

También en este aspecto, romper con las tradiciones comunales del pasado resultaba bastante difícil. A pesar de las hipotecas, numerosos agricultores independientes no pudieron sobrevivir: en esos años hubo 570.000 ejecuciones de hipotecas, y los atrasos debidos al Banco Rural de los Campesinos por los 1.600.000 agricultores independientes que poseían sus tierras gracias a él pasaron de 9 millones a 45 millones de rublos. Con bastante frecuencia se producían fraudes ingeniosos: casos de hombres que adquirían tierras, obtenían una hipoteca, y luego seguían viviendo en la comuna, descuidando la tierra y viviendo como usureros en la aldea. De las 20.200.000 *desiatini* deslindadas por los agrimensores, casi un tercio se encontraban todavía bajo alguna forma de posesión comunal. Si los agricultores independientes continuaban teniendo hijos como antes, sus parcelas llegarían a ser insuficientes, y pensarían en regresar a las comunas como forma de obtener más tierra. A veces, los independientes se encontraban en peor situación de la que hubieran tenido si hubieran permanecido en la comuna. En el distrito de Rzhev, en Tver, existían 1.045 familias de pequeños propietarios, y la mitad de la tierra que en total poseían estas familias pertenecía a las tres cuartas partes de las mismas, con una media de menos de cinco *desiatini.* En el distrito de Toporetski, en Pskov, solo una décima parte de los pequeños propietarios tenían tres o más caballos, otra

décima parte no tenían ninguno, y casi la mitad solo tenían uno. No es de extrañar que en 1914 existiera un serio movimiento de regreso a las comunas: en ellas, los hombres se encontraban a salvo.

Con todos estos cambios, el ambiente del campo empeoró. En enero de 1909 se utilizaron las tropas en 13.507 ocasiones, y, a lo largo de ese año, en 114.108. En 1913, se produjeron 100.000 detenciones por «ataques al poder del Estado»; la acción de los tecnócratas provocó disturbios, y hubo también ataques contra los grandes propietarios que abandonaban las comunas. El gobierno hizo lo que pudo para demostrar las ventajas del nuevo sistema. Se organizaron excursiones para que los campesinos vieran por sí mismos las pequeñas propiedades bien irrigadas en Letonia, los pozos artesianos de los menonitas cerca de Samara, las casas de piedra y los sólidos tejados de los asentamientos alemanes en Jerson. Para un pequeño propietario con cinco *desiatini,* esto solo servía para aumentar el resentimiento. El «tenaz y sobrio» pequeño propietario de Stolipin es una de las posibilidades fallidas más tristes de la historia.

Otra de las posibilidades fallidas de esta era fue el capitalismo ruso. De 1908 a 1914, Rusia experimentó un gran *boom,* con una tasa de crecimiento del 8,8 por 100. Los ingresos del Estado se duplicaron, hasta llegar casi a 4 millones de rublos en 1913-1914. El número de bancos también se duplicó, alcanzando la cifra de 2.393; sus recursos aumentaron en 2.500 millones de rublos, hasta llegar a 7.000 millones; y el valor de las «operaciones del activo» ascendió a cerca de 7.200 millones de rublos al invertir los bancos, y especialmente los trece grandes bancos de San Petersburgo, tales como el *Peterburgski methdunarodni* y el *Azovsko-Donskoi,* que dominaban el proceso. La creciente prosperidad se puso de manifiesto en el aumento en un 250 por 100 de los depósitos ordinarios de los bancos. La construcción

sirvió de estímulo a la industria metalúrgica, que a su vez sirvió de estímulo a la minería del carbón. La producción de lingotes de hierro, el índice básico, subió en Rusia cerca del 74 por 100, frente al 32 por 100 en todo el mundo y al 50 por 100 en Alemania; las obras de ingeniería y la metalurgia subieron cerca del 75 por 100, frente al 42 por 100 de Alemania. En Moscú dio comienzo la industria química, seguida de las industrias eléctricas, que constituyeron un cártel en 1912 llamado *elektroprovod* (para cables). De 1910 a 1913 aparecieron 757 nuevas compañías, añadiendo un capital en acciones de 1.112 millones de rublos al capital de 1.000 millones de las compañías existentes. Solo en las estadísticas de la inspección fabril, que subestimaba seriamente todo, se observa un proceso de concentración industrial y el empleo de un mayor número de trabajadores por fábrica: 25.300 fábricas en 1900, que empleaban a 2.040.000 trabajadores, con un capital de 3.200 millones de rublos; 22.600 en 1908, con 2.500.000 trabajadores y 4.300 millones de rublos; 24.900 en 1913, con 2.900.000 trabajadores y 6.600 millones de capital. La producción de carbón subió de 1.019 millones de *poods* en 1901 a 2.200 millones en 1913; la de acero, de 133.000 millones a 295.000 millones. En el sur, el consumo de energía se multiplicó por 3,3; y, por consiguiente, la productividad (por trabajador) también subió.

Ascendió la cantidad de dinero procedente de préstamos del exterior. Pero, en relación con la inversión propia, descendió desde la mitad en 1900 a una quinta parte en 1914; y cambió de dirección, abandonando los valores públicos, que eran seguros pero sin alicientes, por la industria, que parecía igualmente segura, pero que resultaba mucho más atractiva. En los viejos tiempos, los minerales de Rusia eran explotados por extranjeros. En la época de que nos venimos ocupando, se produjo un desarrollo bastante fuerte de la manufactura rusa, e incluso de las máquinas herramienta, y el país pasó el punto de «despegue» –si es que esto tiene

algún significado–, en el sentido de que podía generar su propia inversión.

¿A qué se debió esto? La experiencia de Rusia en este aspecto no fue única, solo fue una experiencia a una escala mucho más amplia. Tanto Italia como Hungría experimentaron un tremendo crecimiento en este periodo, partiendo de unos antecedentes similares «agrarios». También en estos países la industria, y a veces la industria pesada, surgió de forma localizada: Milán, la isla de Csepel en Budapest, Brescia o Resiczabánya tuvieron asimismo altas tasas de crecimiento, con una adaptación gradual en algunos lugares a las nuevas industrias de la época, ya fuera Italia, con su respetable puesto en la industria del automóvil, o Hungría, que en 1914 tenía la fábrica de bombillas mayor de Europa. Incluso la región agrícola del sur de Alemania comenzó a industrializarse en esa forma bastante deshilvanada, con grandes empresas, como la Mannesmann y pequeñas firmas subcontratistas, como las fábricas de armamentos Mauser en Wurtemberg y la católica Baviera.

En todos los casos, la «Gran Depresión» influyó de forma calamitosa. Destruyó buena parte de la tradicional clase artesanal; la caída de los precios agrícolas arruinó la agricultura tradicional; no existía una base industrial sobre la que edificar; el Estado se vio obligado a desarrollar una política de estímulo a la inversión extranjera y de ampliación de la red ferroviaria; los bancos se vieron forzados a modernizarse; las industrias más sencillas, necesarias e imitables, como la textil, florecieron, en parte debido a que las importaciones extranjeras se habían vuelto demasiado caras. La recuperación de los precios después de 1896 produjo en los tres países más o menos el mismo fenómeno. Sus grandes industrias, agrupadas en cárteles, se hicieron más prósperas. La demanda de productos agrícolas aumentó, y en los tres casos la agricultura acaparaba las tres cuartas partes de la po-

blación todavía en 1914. Los trabajadores se vieron succionados por las ciudades; y la combinación de la inflación, actitud empresarial e inadecuación de la maquinaria estatal tuvo como resultado un malestar urbano que, al final, a partir de 1917, produjo una «situación revolucionaria» muy seria en estos tres países. El *boom* ruso fue, pues, una fase de una onda larga de Kondratiev. El país dependía todavía, esencialmente, de los precios de los recursos naturales. Cuando estos bajaban de nuevo –como lo hicieron desastrosamente en los últimos años de la década de 1920– se producía una crisis, como la que tuvo lugar en Rusia, a pesar de su sistema socialista. Porque el telón de fondo de la colectivización estalinista de la agricultura fue la determinación de exportar el cereal suficiente para pagar maquinaria industrial, en una época en que, en 1932, los precios del grano descendieron a una cuarta parte de su nivel de 1925, que a su vez suponía los dos tercios del nivel de 1913.

A fin de cuentas, aunque el *boom* ruso fue impresionante, tenía sus puntos flacos. El 40 por 100 de la mano de obra estaba todavía en la industria textil, trabajando muchas horas y mal pagada en Ivanovo-Voznesensk o Lódz. Los grandes beneficios iban a las empresas textiles, que ocuparon el lugar de las importaciones. Los beneficios comerciales de la región de Moscú fueron, en 1913, con 434 millones de rublos, 2,3 veces los de todo el petróleo de Bakú, 4,7 los de las empresas metalúrgicas del sur, y 14 veces los del carbón del Donbass. Existía en Rusia una gran debilidad en el nivel de las fábricas medias, y especialmente en la misma base de la sociedad. Una ciudad rusa provinciana, por ejemplo, no era la animada y próspera ciudad de Occidente: era una colección de pomposos edificios bizantinos de color ocre, rodeados de humildes callejuelas, con pequeños y mugrientos bares, y «almacenes» en los que todos ellos vendían exactamente el mismo surtido de mercancías, enfrente unos de otros a lo largo de la calle; los habi-

tantes, cuando no pertenecían a la nobleza o al ejército, iban de un lado para otro en blusa y alpargatas. Las ciudades provincianas clásicas de los novelistas rusos, «nuestra ciudad de Z», contaban con 1.200.000 comerciantes para una población aproximada de 150 millones de habitantes en la Rusia europea en 1914. En Francia, el impuesto de *patente* de los tenderos lo pagaban 2.300.000 personas, con una población de solo una cuarta parte de la de la Rusia europea. En esta, los grandes hombres de negocios prosperaban como nunca lo habían hecho antes, pero esto solo ocasionaba una mayor desintegración de la economía.

Por lo que respecta a Rusia, era corriente oír que «si no hubiera sido por la Primera Guerra Mundial» habría continuado desarrollándose al estilo occidental, esto es, en dirección hacia el capitalismo y la democracia. En todos los países afectados por dicha guerra se adoptó un punto de vista similar: si no hubiera habido guerra no habría habido un Mussolini, ni una extraña muerte del liberalismo inglés, ni un Hitler. En el fondo, tales argumentos, aunque quizá bastante plausibles, son poco realistas. La obsesión de los Estados europeos en esa época era prepararse para la guerra con Alemania o llevarla a cabo. Sus formas de librar esta guerra revelaron mucho con respecto a su carácter. No es un criterio que permita afirmar que la Rusia zarista hubiera sobrevivido, porque resulta evidente que no era una sociedad que pudiera responder a los rápidos cambios de la civilización del siglo XX.

Esto se hizo evidente en la política. La tecnocracia de Stolipin se desintegró, superada por un nacionalismo histérico que afectó también a buena parte de la *Duma.* Las *Dumi* elegidas por sufragio (casi) universal no habían resultado viables. En 1907, una nueva ley electoral las sustituyó por un parlamento elegido por el sistema de clases, que se reunió en noviembre, con una representación marginal de

la clase baja. En conjunto, constituía un agregado de terratenientes, funcionarios, algunos (no muchos) portavoces de la industria y profesionales. El gobierno lo trató con un cierto desdén: hubo, por ejemplo, una gran crisis desde mayo de 1908 a abril de 1909, porque la *Duma* se había atrevido a realizar una incursión en la prerrogativa sobre nombramientos de oficiales del ejército. El hecho era que a los generales y los almirantes no les gustaba que los miembros de la *Duma* escudriñaran sus cuentas, que no se parecían en nada a las de Tirpitz. En realidad, las autoridades navales estaban haciendo lo más difícil: se ocupaban de planificar dos grandes flotas, la del Báltico y la del mar Negro; fluctuaban desesperadamente de una a otra, y terminaron con dos medias flotas que prácticamente no sirvieron de nada en la Primera Guerra Mundial. La cámara alta daba vueltas y más vueltas para obstaculizar la no deseada aprobación de la *Duma,* y esta absurda batalla se prolongó durante mucho tiempo. Stolipin, que defendía los derechos elementales de la *Duma,* se hizo impopular ante el zar, y algunos de sus colegas simplemente se negaron más tarde a comparecer ante la *Duma.*

En todo este proceso, los cadetes se vieron eclipsados. El Parlamento elegido por clases les dio 84 escaños (de un total de 442) y, en ocasiones, pudieron imperar sobre un bloque formado por dos docenas de diputados de clase baja (que incluía a una docena de socialdemócratas), con los octubristas de izquierda y los veintiocho «progresistas», aliados con hombres de negocios tales como Riabushinski, Tretiakov y Konovalov. Sus votantes eran en parte de clase media y en parte magnánimos aristócratas; pero también reunían muchos votos de las clases medias bajas, a pesar del sistema de sufragio que tanto les perjudicaba. En noviembre de 1912, sus votantes se alejaron de ellos: los más acomodados tendieron a votar a los «progresistas» y los de clase baja incluso a los socialdemócratas, de tal forma que en

la segunda *curia* de San Petersburgo los cadetes perdieron los dos tercios de los votos. En las elecciones para la cuarta *Duma,* constituida en 1913, bajaron a 59 escaños, y los conservadores de las diversas ramas predominaron con facilidad. Incluso en 1909, los cadetes se encontraban en una situación bastante grave, apenas se atrevían a celebrar un congreso representativo y, cuando lo celebraron, lo abrieron a todos. Ni que decir tiene que los liberales se dividieron una vez más. Nekrasov, Gredeskul y el príncipe D. I. Shajovskoi deseaban sobre todo mantener su vínculo con la izquierda. Miliukov, que luchaba por conservar unido el partido, propuso relanzarlo como «el partido de la renovación del mundo». En el ala derecha, el príncipe Trubetskoi y Struve esperaban, en cambio, acercarlo a los sectores menos repulsivos de la derecha nacionalista, y Struve explicaba que no era tanto antisemita como «a-semita». En la práctica, la *Duma* llegó a estar dominada por un amplio bloque nacionalista, que constituía una especie de *chambre introuvable.* Las divisiones de los liberales, como reacción a su situación minoritaria en el Parlamento, son un tema al que se ha dado exagerada importancia y hacia el que se ha mostrado un exagerado interés.

Los terratenientes, que constituían una buena parte de la asamblea, estaban en 1909 en un estado de alarma. Después de todo, Stolipin había cumplido uno de los requisitos necesarios para optar al título de «gran hombre de Estado conservador», por cuanto apuñalaba por la espalda a sus seguidores. Los nobles perdían cada vez más tierras; el feudalismo se acababa, aun cuando el capitalismo todavía no hubiera comenzado. Los habitantes de las ciudades hacían mucho dinero. Entre estos se incluían numerosos judíos que, en 1906, habían visto desaparecer algunas de sus prohibiciones oficiales. La burocracia, amenazada por las críticas de la *Duma* y por el reconocimiento por parte de Stolipin de que era necesario un esfuerzo gubernamental,

dejó de luchar con los *zemstva.* En el ejército, el nuevo Estado Mayor hacía incómoda la vida a la vieja banda. Las nacionalidades se aprovechaban de los años del *boom,* e incluso los despreciados ucranianos habían organizado un movimiento nacional que preocupaba a los terratenientes de aquella región, principalmente rusos.

La respuesta de la Rusia propietaria, el elemento que elegía a la *Duma,* fue abiertamente nacionalista, y el nacionalismo arrastró consigo a buena parte del grupo centrista de los octubristas, a algunos progresistas y a toda la derecha. En abril de 1909, el terrateniente Balashov fundó un grupo de «derecha moderada»; en enero de 1910, este grupo se unió a los octubristas de derecha para formar la *Vserossiski Natsionalni soyuz,* o «Asociación Nacional Panrusa». El VII Congreso de la Nobleza Unida *(Dvorianstvo)* declaró en 1910 que «es necesario limpiar de judíos la tierra rusa, limpiarla rigurosa y resueltamente», paso a paso y «mediante un plan preestablecido». En 1911-1912, el caso de Mendel Beylis, judío falsamente acusado de asesinato ritual, demostró que esta actitud se extendía hasta el Ministerio de Justicia. Beylis fue finalmente absuelto, pero solo después de grandes protestas internacionales. Una colección de auténticos gánsteres denominada *Soyuz Russkogo Naroda,* con sede en Kiev y dirigida por un tal doctor Dubrovin, se puso a la cabeza de la propaganda antisemita y de los pogromos. El príncipe A. A. Shirinski-Shijmatov fundó el semanario *Okraini Rossii* para apoyar la campaña contra los ingobernables pueblos minoritarios; el ministerio de Educación, bajo la dirección de A. I. von Schwarz, declaró en 1908 que no se iba a crear ninguna nueva universidad en aquellas áreas en las que existiera una presencia, por insignificante que fuera, de pueblos minoritarios (*inorodscheski,* que significa «pueblos no como nosotros»). En 1911 y 1912, la *Duma* dedicó casi todo su tiempo a la discusión de tres temas: cómo recortar los derechos de los finlandeses; cómo lograr

que el pueblo católico griego de la provincia de Chelm, en Polonia, se uniera a la Iglesia ortodoxa; y cómo conseguir que las ciudades polacas pagaran los gastos de su administración sin estar representadas seriamente en el gobierno local (la cuestión de los *Zemstva* occidentales).

En cada uno de estos casos, el gobierno, de alguna manera, se encontraba detrás de la *Duma* elegida por el sistema de clases. Stolipin se hizo muy impopular entre la derecha, y el zar llegó a tratarle con poco respeto. Ya en 1909, como resultado de la afirmación por parte de la *Duma* de sus derechos en materias presupuestarias, Stolipin había perdido la confianza del zar, y si fue mantenido en su puesto fue sobre todo porque solo él parecía conocer cómo manejar a ese organismo. Pero en 1911 el zar se sentía más seguro de sí mismo y estaba en condiciones de prescindir de Stolipin. En circunstancias que nunca han sido esclarecidas, el primer ministro fue asesinado en un teatro de Kiev en septiembre de 1911. El asesino, Mordai Bogrov, tenía un pase de la policía para entrar en dicho teatro (fuertemente protegido); antes de eso, el zar había dado a Stolipin una reprimenda pública. Durante los dos años siguientes, el zar volvió a su vieja costumbre de nombrar títeres: el primer ministro fue, una vez más, el viejo Goremikin, que no decía más que tópicos, para satisfacción del zar, y que no escuchaba ni siquiera a los colegas que le apoyaban, por no hablar de los que se oponían a él.

Además, por entonces, incluso liberales como Miliukov hablaban el lenguaje del «saludable egoísmo» en materias nacionales, utilizando la expresión alemana *Staatsvolk (Gosudarstvennaia natsia)* para describir a los rusos, expresión que el derecho vertió a su jerga como *narod jizia yin,* que a su vez volvió al alemán transformada en *Herrenvolk.* Struve, aunque creía que los finlandeses y los polacos debían tener algún tipo de autonomía, pensaba también que esto so-

lo sería sensato en un imperio ruso realmente grande. Otros liberales habían dado el paso de la conversión a la ortodoxia y al nacionalismo. El grupo *Veji,* formado por Struve, el escritor Bulgakov, el cadete Izgoiev y otros liberales prominentes, era, en frase de Lenin, «una enciclopedia de liberalismo renegado». En 1913-1914, la *Duma,* donde se estaba formando una gran mayoría favorable a una política de grandes armamentos navales y militares, aceptaba, al parecer, la desaparición del gobierno parlamentario. Se había dividido en subgrupos rivales, era tratada con un completo desprecio por los ministros del zar y no se atrevía a hacer nada por afianzarse.

Pero, tras el triunfalismo de la autocracia militar resucitada, el espejismo de las fábricas en expansión y el auge de las acciones de las compañías, existía un aumento del conflicto social que preocupaba a todo el que pensaba en él seriamente. El *boom* había producido una inflación de aproximadamente un 40 por 100 desde 1908, factor que, si bien no se limitaba en absoluto a Rusia, era allí donde se acusaba en el más alto grado. El salario medio industrial subió solo de 244,7 rublos en 1908 a 263,6 en 1914, con una ligera caída entre medias, en 1911. Esta media encubría, por supuesto, grandes variaciones: en San Petersburgo, un metalúrgico especializado podía ganar bastante más de 500 rublos; en Moscú o en los Urales, un tercio menos, y en las fábricas del sur los salarios eran los más bajos de todos. También aquí intervenía un factor no limitado a Rusia –la tendencia de los patronos fabriles a mantener los beneficios, a expensas de los salarios–; y en Rusia se produjeron desórdenes industriales, al igual que en cualquier otro sitio:

Año	*Número de huelgas*	*Número de huelguistas*
1905	13.995	2.863.173
1906	6.114	1.108.406

1907	3.573	740.074
1908	892	176.101
1909	340	64.166
1910	222	46.623
1911	466	105.100
1912	2.032	725.491
1913	2.404	887.096
1914	3.574	1.337.458

El cuerpo de inspectores de fábricas que recogió estas cifras estaba compuesto, en toda la Rusia europea, por 150 hombres y mujeres; y si Leopold Haimson está en lo cierto, la incidencia de las huelgas está subestimada en cerca de un 20 por 100. Una moderna autoridad soviética manifiesta que, en 1913, hubo 3.000 huelgas en las que participaron 1.463.000 huelguistas.

La resurrección de la autocracia dio lugar a continuos desórdenes del tipo de los que habían precedido a 1905. Hubo huelgas y asonadas en las universidades, provocadas por el trato infligido por la policía a los detenidos; el funeral del viejo Tolstoi, el 9 de noviembre de 1910, constituyó la señal de partida para una serie de manifestaciones gigantescas; en febrero de 1912 se produjo la matanza de Lena. *Lenzoto,* una compañía con participación inglesa, explotaba una mina de oro de difícil acceso en Lena, en la taiga, alejada de las cabezas de líneas ferroviarias. Sus trabajadores se amotinaron; hubo arrestos, nuevas protestas y, finalmente, se llamó a las tropas, que, el 4 de abril, mataron a 270 personas e hirieron a otras 250. Esta acción condujo a una serie de huelgas y protestas el primero de mayo, que el go-

bierno no se atrevió a prohibir. Después de esto, se produjeron numerosas huelgas abiertamente políticas, como por ejemplo la de junio de 1913 contra la proyectada ejecución de 53 marineros de la flota del Báltico, la de julio contra las restricciones a la prensa; y de nuevo, en el mes de mayo siguiente, 225.000 personas fueron a la huelga por la detención de seis trabajadores de la factoría Obujov, que iban a ser juzgados por huelguistas. Inmediatamente antes de que estallara la guerra, San Petersburgo fue escenario de una huelga general, que comenzó el 1/14 de julio: en la fábrica Putilov se reunieron 12.000 trabajadores, e intervino la policía. El 3/16 de julio resultaron muertos varios trabajadores, y el 4/17 fueron a la huelga 90.000. Tres días después, se puso en huelga prácticamente toda la capital, incluyendo las tiendas y los tranvías: la huelga duró hasta el 12/25 de julio, sumándose a la misma Moscú y Riga. La tensión solo llegó a su fin cuando se vio diluida en la gran ola de patriotismo que se produjo al estallar la guerra.

Posteriormente, hubo un debate sobre el significado de todo esto: ¿había acaparado el bolchevismo, ya en 1914, al movimiento obrero? Existen obstáculos insuperables para ofrecer una respuesta tajante. Las elecciones no fueron particularmente reveladoras, y hubo diversos factores contrarios al desarrollo de los sindicatos en Rusia, como en cualquier otra parte del continente (siendo, obviamente, comparables los casos de Italia y España). En Rusia, los salarios eran más bajos que en todo el resto de Europa, el empleo era irregular, la policía era a menudo hostil (aunque el tecnócrata Kokovtsov pensaba que en Alemania los sindicatos eran un factor que impedía que los trabajadores tomaran «decisiones apresuradas y poco meditadas»). En San Petersburgo solo había 30.000 afiliados a los sindicatos, de los que 7.000 pertenecían al sindicato de mayores dimensiones, el *metallisti.* Con bastante frecuencia resultaba imposible

detectar la diferencia en la base de uno u otro tipo de socialistas.

Sin embargo, en aquella época los líderes socialistas estaban enfrentados en una dura lucha. Lo mismo ocurría en la mayoría de los demás partidos socialistas. Para un Lenin, en Suiza, la meta del socialismo era crear un mundo totalmente nuevo y no tenía objeto preocuparse por unas simples reformas parciales; en realidad, estas podían ser contraproducentes, dado que las condiciones existentes se verían mejoradas por las mismas. Carecía de sentido utilizar el puñado de diputados socialdemócratas de la *Duma* para efectuar alianzas con los liberales simpatizantes; ese organismo solo podía ser utilizado para hacer propaganda. Apelar a los liberales no tenía sentido: construían castillos en el aire. Sí lo tenía, y mucho, elevar la «conciencia revolucionaria», provocando desórdenes en la ciudad y en el campo, mediante el terror si fuera necesario, y dar así alas a una reacción policíaca que enfureciera tanto a la clase trabajadora que se reforzaran sus sentimientos revolucionarios. El dinero no debía ser destinado a la organización sindical, sino más bien a propaganda (*Pravda* se fundó el 22 de abril de 1912, tras los sucesos de Lena). Los socialistas más partidarios de los sindicatos estaban aterrorizados y trataban de organizarlos con vistas a conseguir la clase de poder que estos tenían en Alemania. Lenin acusó a esta gente de intentar insensatamente «liquidar» la lucha de clases mediante reformas parciales y los denunció. A causa de esto, dividió al partido, que se había reagrupado tras los sucesos de 1905; pero en 1910 existían otra vez tensiones; y en enero de 1912, en una conferencia celebrada en Praga, las tensiones se hicieron públicas. Allí donde los mencheviques (en su conjunto) querían dedicar, por ejemplo, al subsidio de enfermedad las contribuciones de los trabajadores destinadas al subsidio de enfermedad, los bolcheviques (en su conjunto) preferían utilizarlas para fines revolucionarios. La confianza de los

mencheviques en Lenin no se incrementó cuando descubrieron que uno de sus principales partidarios, Malinovski, era un confidente de la policía, al igual que lo era el social-revolucionario Azev. Inmediatamente antes de la Primera Guerra Mundial, el socialismo ruso se dividió de nuevo, y el grupo parlamentario se escindió en siete mencheviques, encabezados por Chkeidze y Tsereteli, y seis bolcheviques.

Para el zar, las grandes ceremonias que acompañaron al tricentenario de la dinastía de los Románov en 1913 solo podían confirmar su convicción de que su imperio únicamente sería grande mediante la autocracia. La *Duma* se hallaba dividida en una serie de subgrupos siempre enzarzados en disputas y solo capaces de unirse cuando se trataba de los grandes armamentos. Su uso por un puñado de revolucionarios con fines propagandísticos era peligroso; fue responsable de la ola de desórdenes. El zar proyectó reducirla a un órgano consultivo. Mediante el «gran programa» de 1914, elevó el número de los componentes del ejército, en tiempo de paz, a casi tres millones de hombres, y planeó también una vasta fuerza naval. Algunos conservadores inteligentes, como Witte y Durnovo, aconsejaron en contra de esto. Lo mismo hizo el confidente del zar, el «monje loco» Rasputín. Pero los generales estaban bastante resueltos a llevarlo a cabo, y también lo estaba el ministro de Asuntos Exteriores, confiado en sus conexiones francesa y británica. En 1908, Rusia había sido claramente incapaz de contemplar la posibilidad de una guerra. En 1914, aunque con muchas vacilaciones, respondería a un desafío alemán.

ITALIA

Si existía algún hombre de un Estado continental al que admirara Gladstone, este era Camillo Cavour, el artífice de Italia. El reino, que fue creado en 1861, parecía preservar los puros principios del liberalismo clásico: libre cambio, educación, una poderosa Cámara de Diputados, una mo-

narquía constitucional. La administración siguió un modelo francés, de prefectos que supervisaban muy atentamente los gobiernos locales, impidiendo (teóricamente) los abusos de la descentralización, que los liberales detestaban. Los liberales que gobernaban el Estado eran a veces buenos católicos, pero desaprobaban muchos aspectos de la Iglesia, y en especial sus excesivas ambiciones terrenales. Eran partidarios de la Ilustración, y Gladstone les daba su beneplácito. Los italianos respondían admirando a los ingleses.

En la práctica, su clase política llegó, cada vez más, a admirar a Prusia, o a simpatizar con el bolchevismo ruso. Porque Italia demostró, en un grado extremo, la fragilidad del liberalismo. Se produjo un considerable avance económico a partir de 1881, al igual que sucedió en Rusia, pero este fue unido a un crecimiento extraordinario de la población, un imperialismo pretencioso e ignominioso, una desintegración de la estructura agraria, una alienación de numerosos intelectuales y un aumento de la intensidad de la lucha de clases, que llevó a la violencia. En 1912, la vida parlamentaria italiana se había derrumbado. Se oían voces fascistas que hablaban de «nacionalismo integral» y de «imperialismo proletario». En el socialismo italiano, los extremistas (como Benito Mussolini por aquella época) ganaban en los congresos; un líder socialista, Leonida Bissolati, fue expulsado del partido por «acudir a la corte» a discutir la posibilidad de que los socialistas se unieran al gobierno. En mayo de 1915, cuando Italia entró en la guerra al lado de la Entente, el parlamento no fue consultado, y se vio arrinconado por una conspiración del rey, los generales y el gobierno. Al final de la guerra, Italia se hundió en el *biennio rosso,* y en 1922 los fascistas establecieron una versión violenta y dictatorial de la contrarrevolución, que sirvió de ejemplo a Hitler.

Al igual que sucedió en Rusia, el crecimiento industrial de Italia fue bastante impresionante a partir de 1880. En la

década que comienza en ese año, el Estado había promovido la construcción de ferrocarriles y prestado apoyo –mediante aranceles, y a veces mediante subsidios directos– a la producción de hierro y acero y a la construcción naval. Los primeros años de la década de 1890 fueron una mala época, al menos para la agricultura y los bancos, pero después de 1896 Italia marchó a «velas desplegadas», lo mismo que lo había hecho Rusia, de forma más impresionante que cualquier otro país de Europa, con la excepción de Rusia, en términos de tasas de crecimiento, y a pesar de no contar con los recursos minerales con que contaba esta última. Donde en 1861 existían 9.000 empresas industriales, en 1900 existían 117.000, y en 1914 188.000. En la primera mitad de la década de 1890, el comercio exterior de Italia se encontraba en su punto más bajo desde 1870; pero desde 1896 a 1914 pasó de 2.600 millones de liras a 5.900 millones, alza mucho más rápida que la de Alemania. En los viejos tiempos, Italia había exportado productos agrícolas y algunos artículos de lujo. En 1914, las manufacturas representaban una parte muy sustancial de las exportaciones. Los automóviles italianos (FIAT, Lancia, etc.) constituían una industria próspera; la nueva tecnología de la década de 1890 estaba también bien desarrollada, especialmente en la industria eléctrica, en la que Italia estaba a la cabeza. Las máquinas de escribir de Camillo Olivetti comenzaron a aparecer en el mercado en 1911; los automóviles de Agenlli, en 1899; los de Lanza, en 1898. En ese año se consumieron 100 millones de kilovatios-hora; en 1914, 2.575 millones. Italia necesitaba esto porque, al igual que Francia, tenía que importar carbón, y la electricidad permitía el desarrollo de toda clase de nuevas industrias. La industria pesada italiana no era tan impresionante, pero las fábricas de Terni de la década de 1880 se extendieron hasta Piombino, en Toscana, y Portoferraio, en la isla de Elba, e hicieron incrementarse la producción de acero desde cien mil toneladas en

1890 a un millón en 1914. En general, la producción industrial aumentó en un 87 por 100 de 1910 a 1911, un tercio más de la cifra media europea.

Lo mismo que en Rusia, se produjeron lagunas en este cuadro general de progreso. En los comienzos de la década de 1890, Italia sufrió una seria crisis bancaria y se resintió de la caída mundial de los precios de los recursos naturales. A finales de siglo hubo años de depresión, y en 1908-1909 las nuevas industrias que empleaban fuerza eléctrica se dieron cuenta de que habían estado sometidas a un exceso de competencia, y experimentaron una grave, aunque breve, recesión. Los años que siguieron a 1909 fueron años de *boom,* al igual que en todas partes, con los habituales fenómenos concomitantes de inflación y estancamiento de los índices salariales. Estas recesiones, que se dieron paralelamente en otros lugares, fueron acompañadas de crisis políticas: las fantasías imperialistas de Crispi a comienzos de la década de 1890, la semidictadura monárquica del general Pelloux en 1899, el hundimiento de la «tecnocracia» de tendencia izquierdista de Giolitti en 1909, y la caótica era de imperialismo y lucha de clases que acabó en 1915, con la declaración de la guerra.

No hubo muchos misterios en el desarrollo económico italiano. La «Gran Depresión» había ido arruinando lentamente la agricultura tradicional y los oficios artesanales: el cereal barato procedente del exterior y los textiles baratos acabaron con las economías locales. El gobierno respondió promocionando la industria (hierro y acero, ferrocarriles, etcétera). Los bancos se vieron obligados a adoptar una perspectiva diferente de sus actividades, porque la «antigua» ya no producía beneficios. Algunos de ellos se entregaron a una especulación incontrolada en el *boom* de la construcción romana de la década de 1880, emitieron (ilegalmente) su propia moneda para financiarla y quebraron,

de forma resonante, en 1891-1892. El ejemplo alemán de los «bancos mixtos», que tomaban el dinero a corto plazo y lo prestaban a largo plazo a la industria, fue luego imitado con efectos dramáticos. Al mismo tiempo, se produjo un abandono de la tierra (incluyendo a los emigrantes, que sumaban 300.000 anuales antes de la guerra) que en algunos sitios hizo cambiar la agricultura. En el valle del bajo Po, alrededor de Mantua y Rovigo, se pusieron en marcha nuevas explotaciones agrícolas con mano de obra emigrante, y la producción de la agricultura aumentó en un tercio desde 1896 a 1914, aunque el número de trabajadores de este sector cayó de las tres quintas partes de la población a las dos quintas partes. Ello contribuyó grandemente, por supuesto, a que los precios de los productos naturales experimentaran un aumento sostenido a partir de 1896.

Dado que el norte de Italia –Lombardía, el Véneto y Piamonte– tenían una larga tradición de trabajo artesanal cualificado, no es de extrañar que, cuando los artesanos se vieron obligados a abandonar sus antiguos oficios, pudieran adaptar sus habilidades a industrias sofisticadas. Prato, próximo a Florencia, en Toscana, contaba con una ininterrumpida tradición de «seriedad» económica que se remontaba a comienzos de la Edad Media. Después de las recesiones, la industria italiana también se «cartelizó», al igual que lo hicieron la mayoría de las demás industrias europeas. El Istituto Cotoniere regulaba la producción algodonera; la Unione Zuccheri, la de la remolacha azucarera, como la Tsentrosajar en Rusia; el ILVA, que surgió a finales de siglo, aunque no estuvo en pleno funcionamiento hasta 1911, cubría buena parte del hierro y el acero, y se ponía de acuerdo con los alemanes para fijar las cuotas. Lo mismo que en Rusia, se produjo un aumento espectacular de los depósitos bancarios, procedente en parte de los nuevos préstamos «creativos» y en parte de la recogida de los ahorros que hasta entonces se habían guardado «en un calcetín». Estos

depósitos se multiplicaron por cinco entre 1899 y 1914. Los ahorros, que habían constituido el 9 por 100 del PNB en 1897, constituían el 16 por 100 del mismo en 1914.

Al igual que en Rusia, este rápido avance económico se impuso a una sociedad que en 1870 estaba todavía generalmente atrasada, con una sexta parte de la renta *per capita* de Francia. Las ciudades industriales, como Turín o Milán, se expandieron muy rápidamente. Por razones no distintas de las circunstancias rusas, los sindicatos no tenían muchos afiliados. Estuvieron prácticamente prohibidos hasta los primeros años de la década de 1880 (en la época izquierdista de Depretis) y no prosperaron, como en Alemania, a causa de la falta de trabajo fijo, los bajos salarios y la desconfianza hacia los administradores de los sindicatos. Ciertamente, las industrias del norte tenían una larga tradición y habían crecido lo suficientemente aprisa como para contar con una tradición sindical en algunas ramas (inevitablemente, en la de los tipógrafos) en la década de 1870. Eran pequeñas organizaciones cerradas, casi gremiales en sus actitudes; y les disgustaba tanto el patrocinio de los intelectuales que no quisieron incluir la palabra «socialista» cuando en los primeros años de la década de 1880 comenzaron a formar un grupo político, el Partito Operaio Italiano. No fue sino en la crisis de la década de 1890, con la abundancia de quiebras bancarias y escándalos políticos, cuando se resolvió esa situación. En Génova se formó en 1892 un partido socialista italiano, aunque hasta 1895 no se utilizó el nombre de Partito Socialista Italiano.

Los intelectuales como Filippo Turati, hijo de un prefecto católico, tuvieron grandes problemas para derrotar a los anarquistas, muchos de los cuales no querían unirse a ese partido dominado por los burgueses. En realidad, los anarquistas tenían una organización propia. Osvaldo Gnocchi-Viani se había informado acerca de las *Bourses du travail* en

Francia durante su visita a la exposición de 1889 y se unió a otros socialistas para promover una nueva (Segunda) Internacional, proponiendo estas instituciones para Italia. Algunos municipios le apoyaron aduciendo que esas instituciones (en Italia, *Camere del Lavoro*) podían actuar como bolsas de empleo, aunque tenían también «instalaciones recreativas». Los anarquistas se apoderaron de esas «instalaciones», establecieron una federación de *Camere del Lavoro,* y las utilizaron no como lugares para estimular la creación de sindicatos gremiales, sino más bien como centros de agitación para la clase obrera en su conjunto.

Si hubieran avanzado un poco más, se habrían convertido en sóviets. En 1901, existían unas 90 *Camere* en el norte de Italia, que constituían caldos de cultivo para el «anarcosindicalistno». Tal vez se exageraba su importancia, pero sirvieron como lugares de reunión para los trabajadores emigrantes y sin trabajo fijo, que en ellas podían volver a encontrar gente de sus mismos lugares de origen. Los anarcosindicalistas los utilizaban, y atacaban a los sindicatos. En 1900, estos, temiendo perder afiliados potenciales, fusionaron su propia organización, la Confederazione Generale del Lavoro, con la de las *Camere del Lavoro.* Pero todavía existía una considerable división entre ellas.

Los sindicatos eran bastante débiles. Incluso en 1907, solo contaban con 670.000 afiliados, una cuarta parte de los cuales lo estaban a sindicatos agrarios, y en 1914 aún no habían alcanzado la cota del millón. Estaban muy concentrados en el norte, en el «triángulo» industrial de Turín-Génova-Milán. Su poder era muy local, aunque tenían que ser respetados, dado que podían poner en apuros a importantes industrias. Incluso en los últimos años de la década de 1890 y en los primeros de la de 1900, tuvieron una indudable capacidad para atraer a una gran cantidad de seguidores –en parte a través de las *Camere del Lavoro*– y para dedarar

huelgas que, al intervenir la policía con mucha dureza, «aumentaban la conciencia proletaria», como incuestionablemente fue el caso de la huelga general de septiembre de 1904, convocada para protestar contra la manipulación por parte del prefecto local de la *Camera del Lavoro* de Génova. «Cinco minutos de acción directa han hecho más que diez años de cháchara parlamentaria», afirmaba Errico Ferri, un decidido revolucionario, con el beneplácito de un Lenin o una Rosa Luxemburgo. Pero la base de tales actividades estaba en que los sindicatos italianos no se habían desarrollado lo bastante para asumir el tipo de actividades burocráticas y administrativas que en las economías más «maduras» distinguían a los sindicatos.

Para el socialismo italiano, las cosas se veían complicadas, por la existencia de una amplia clase campesina que ofrecía un apoyo potencial. Por supuesto, para los socialistas, cortejar al campesinado no era marxismo en el sentido en que lo entendían los prusianos: Kautsky detestaba a los campesinos en forma muy parecida a como, la mayor parte del tiempo, lo había hecho Marx. Pero en la Europa latina distaba mucho de ser inimaginable un vínculo entre el campo y el socialismo. Especialmente en la Romaña, «los rebeldes primitivos» tenían una larga historia; allí, en las décadas de 1870 y 1880, habían estado funcionando los anarquistas. En las nuevas explotaciones agrarias del valle del Po, los trabajadores agrícolas inmigrantes, los *braccianti,* se encontraron amontonados en lugares que carecían de escuelas, iglesias y viviendas decentes. En Toscana, a finales del siglo XIX, el viejo sistema de aparcería, la *mezzadria,* se había venido abajo. El cabeza de la familia extensa, el *capoccio,* estaba perdiendo su autoridad; el dueño de la tierra tendía a endurecer sus condiciones y a acortar sus arrendamientos; sus agentes se conducían de forma más tiránica; y la presencia de centros industriales como Piombino o Liorna hacía que las doctrinas socialistas pudieran penetrar en el campo.

En 1919-1920, Toscana se había hecho «roja», como en gran medida todavía lo es. El grado de penetración del socialismo en el campo era tal que Emilia se hizo «roja» incluso antes que su ciudad principal, Bolonia.

Sin embargo, el socialismo italiano no tenía prácticamente ninguna respuesta a lo que, en muchos aspectos, era su mayor desafío: el sur. En este, los socialistas, como sucedía tan a menudo, no hacían más que repetir la experiencia de los liberales, que se habían encontrado igualmente desconcertados. La Italia del sur y Sicilia eran tierras de latifundios: en la década de 1870, solo en Sicilia había 70, con una extensión de más de 2.000 hectáreas. Las tierras, normalmente, eran poco fértiles y la irrigación, fuera de unas pocas zonas favorecidas, estaba extremadamente limitada; y aunque habitualmente las grandes fincas no funcionaban bien, al menos garantizaban alguna clase de organización central. El *latifondo* y el *minifondo* se sostenían mutuamente. En la última parte del siglo XIX, el antiguo sistema de propiedad de la tierra se vino abajo, en forma muy parecida a como ocurrió en otros países. Las ciudades se llenaron de hombres rechazados por el campo, que vivían apiñados en los *fondaci* de Nápoles. Hubo una epidemia de bandolerismo. En el campo, la pobreza horrorizó a los miembros de una comisión investigadora del norte, que encontró a personas vestidas con pieles de cabra.

En la mayoría de los países, la «Gran Depresión» hizo al menos que surgiera una nueva forma de vida del naufragio de la antigua. Pero, en el sur de Italia, esa nueva forma de vida solo surgió muy débilmente; buena parte de la región cayó en la fantasía. El sistema educativo no funcionaba en absoluto, en buena medida porque el lenguaje de los italianos del sur era distinto del toscano. El hampa abarcaba a los dos tercios de la población en Calabria, y en Sicilia a más de la mitad. El analfabetismo era casi total en algunas

zonas. Los impuestos no se pagaban: en Calabria, los embargos de propiedades por falta de pago de impuestos se producían en un caso de cada 114, mientras que en Lombardía se producían en un caso de cada 27.416. Los males de Sicilia ni siquiera podían ser atendidos por la Iglesia, porque también esta era casi impotente en la mayor parte de la región. En los años 1892-1894, estallaron en Sicilia una serie de revueltas, los *fasci siciliani,* en los que la pequeña burguesía de las ciudades se unió a los trabajadores de las minas de azufre (que habían perdido su mercado francés por culpa de los sintéticos) y a los campesinos. Durante un tiempo, el país se sumió en el caos: saqueos de las oficinas de recaudación de impuestos, asesinatos de funcionarios, pillaje de tiendas y almacenes. Un exaltado, De Felice Giuffrida, dirigió a las multitudes de campesinos, que, para total desconcierto de los observadores del norte, llevaban retratos del rey y la reina, de Garibaldi y de Karl Marx.

Los socialistas no sabían qué hacer. Incluso Labriola, que era napolitano, describía los *fasci* como «el bandolerismo de la Romaña, solo que peor: una mezcla de socialismo, anarquismo, arribismo y mafia». En realidad, los *fasci* procedían de una tradición de «rebelión primitiva» bastante antigua, que había aflorado por última vez con el extenso brote de bandolerismo que tuvo lugar en el sur en la década de 1860: entonces, los jefes de los bandoleros habían declarado su lealtad a la destronada dinastía de los Borbones. Ahora había elementos socialistas nuevos en el bandolerismo. Pero, en conjunto, los socialistas italianos no deseaban tales alianzas. Su «Iglesia» en Milán –como denominaban desdeñosamente los del sur a la dirección del partido– adoptó con respecto a los levantamientos campesinos una postura muy similar a la de los mencheviques en Rusia.

El partido socialista se dividió en «reformistas» y «revolucionarios», lo mismo que los demás partidos europeos. El

argumento de los revolucionarios era bastante claro: nada bueno podía esperarse de la sociedad burguesa, y por tanto había que derribarla. El lenguaje de los reformistas era también totalmente deducible de sus principios. Un Bissolati podía demostrar fácilmente que en las circunstancias italianas un voto socialista en la Cámara de los Diputados podía conseguir un gobierno simpatizante, con las consiguientes reformas. Estos dos bandos se peleaban en las conferencias del partido, y dieron lugar a las expresiones *massimalisti* y *minimalisti,* que en gran medida querían decir lo mismo que «bolchevique» y «menchevique», aunque no directamente. El partido socialista italiano, al igual que el alemán, produjo un fuerte «centro» de intelectuales del norte y especialmente Filippo Turati, que lo dominaba. Los socialistas estaban decididos a mantener unido el partido. Esto significaba impedir que Bissolati fuera demasiado lejos en su búsqueda de una alianza con los liberales burgueses; significaba también refrenar a los locos de la izquierda, como Errico Ferri, Antonio Labriola («un alemán, nacido en Nápoles por equivocación», como él mismo dijo a Engels) y, finalmente, Mussolini. Hasta la Primera Guerra Mundial, la tendencia del partido fue incuestionablemente revolucionaria, aunque desde 1905 a 1912 los congresos adoptaron acuerdos «reformistas», desaprobando las huelgas con fines políticos. A finales de la década de 1890, se produjo una ola de protestas en Milán, que fue aplastada de manera incompetente por el régimen militar del general Pelloux, en los *fatti di maggio* de 1898, con el resultado de 500 muertos y el procesamiento de 828 personas. A partir de 1908, el incremento del carácter revolucionario se hizo bastante evidente (véase cuadro).

Año	*Número de huelgas*	*Número de huelguistas*
1899	400	

1900	1.700	
1901	1.671	420.000
1902	1.042	197.000
1904	839 (231 agrarias)	210.000
1906	1.649 (350 agrarias)	382.000 (118.000)
1907	1.891	327.000
1908	1.474	316.000
Después de un descenso, posterior a la recesión, en 1909 y 1910		
1911	1.255	327.000

El liberalismo italiano de tipo clásico –que todavía afloró con el anciano Saracco como primer ministro en 1900– fue casi impotente frente a este fenómeno. En la década de 1880, los radicales habían intentado capearlo en parte ampliando ligeramente el sufragio y, sobre todo, implantando un arancel, de manera que los puestos de trabajo quedaran protegidos y el gobierno dispusiera de algún dinero que gastar. La singular figura de Francesco Crispi, antiguo republicano que a finales de la década de 1880 se convirtió en el sucesor de Depretis, practicó el imperialismo con la esperanza de que el problema de la pobreza y la superpoblación desapareciera literalmente de Italia. En palabras de A. J. P. Taylor, hizo correr a Italia con la esperanza de que aprendiera a caminar. Pero su política se vino abajo en 1896, cuando la invasión italiana de Abisinia fracasó en Adua: la falta de dinero para el ejército condujo al desastre, como sucedió en otras partes con aventuras similares. Después, se realizaron esfuerzos para solucionar el problema de Sicilia mediante un programa de descentralización elaborado por un aristócrata siciliano, De Rudini. Esto no llevó a nada

concreto; y en 1898 la situación social cada vez más soliviantada movió al rey a designar como jefe del gobierno a un general, Pelloux. Su táctica fue totalmente contraproducente: la Cámara de los Diputados se negó a secundarle cuando trató de gobernar por decreto, y las matanzas de Milán en 1898 solo consiguieron que las masas se radicalizaran. En 1901, la monarquía llamó a los liberales radicales con objeto de llegar a un entendimiento con las masas, y primero Zanardelli y luego, a finales de 1902, Giovanni Giolitti fueron invitados a formar gobierno. El periodo que abarca hasta la Primera Guerra Mundial estuvo dominado por Giolitti, aunque su ascendencia se debilitó claramente después de 1909.

La grandeza de la Italia liberal la habían constituido siempre los cavourianos, esto es, los honrados y esforzados constructores del Estado dispuestos a sacrificar los intereses locales en aras del progreso. Giolitti procedía de esa tradición, porque había nacido en 1842 en Mondovi, en el Piamonte. Era un burócrata trabajador y ascético, legalista y casi puritano. Sus opiniones políticas eran muy radicales. A principios de la década de 1880, cuando formaba parte del gobierno *trasformista* de Depretis, había dimitido (al igual que su colega Zanardelli) ante la incapacidad del gobierno de introducir un impuesto sobre la renta (que habría molestado a los ricos) y una ley de divorcio (que habría molestado a la Iglesia). De nuevo, en 1889 dimitió de su puesto de ministro de Hacienda en el gobierno de Crispi por lo que consideraba una frívola gestión financiera. Con ello, consiguió el apoyo de economistas liberales como Pantaleone y Luzzatti, en el *Giornale degl'economisti,* que defendía el libre cambio y el liberalismo de tendencia izquierdista. También se ganó el respeto de la izquierda en general. En 1897-1898 tuvo un enfrentamiento público con el sostenedor «prusiano» de la derecha Sidney Sonnino, quien defendía una solución de fuerza para los levantamientos, y dijo:

«Deploro tanto como los demás la lucha de clases. Pero seamos sinceros: ¿quiénes la comenzaron?».

La gran fuerza de Giolitti estribaba en que podía hablar a la izquierda: en una situación casi revolucionaria, como la de los dos últimos años del siglo, cuando el propio rey Humberto fue asesinado en Monza por un anarquista, Giolitti parecía ser la única salida. Hasta 1912, contó en la práctica con el apoyo oficial, aunque tácito, de los socialistas.

Pero tuvo otra habilidad esencial: fue capaz de manejar el tipo de parlamentos que Italia producía en aquellos momentos, parlamentos en los que los programas políticos significaban muy poco, y en los que los partidos como tales apenas existían. Hasta 1882 (Depretis), el voto había estado muy restringido, llegando solo a un 5 por 100 de la población, y después de Depretis a un 10 por 100. Incluso entonces, existía mucha abstención. En el norte de Italia, que contaba con grandes ciudades (y bastante más de un tercio de los 500 diputados que formaban el Parlamento), las elecciones constituían normalmente batallas abiertas. Como podía esperarse de un Parlamento elegido por sufragio limitado en los primeros años de este siglo, los diputados del norte de Italia se dividían en fracciones no muy diferentes a las del *Landtag* prusiano: unos sesenta liberales clásicos, elegidos en distritos electorales ricos, que se agrupaban alrededor de Sonnino; aproximadamente el mismo número de diputados católicos; y también más o menos el mismo número de liberales de izquierda de la *Estrema,* incluyendo dos docenas de socialistas. Estos liberales de izquierdas, «republicanos» o «radicales», descendían de los demócratas de la década de 1850, pero, como sucedió en todas las demás partes, se volvieron «respetables» en la década de 1900 y, como de costumbre, se dividieron. Los políticos de la Italia central eran incontrolables. Sus cien escaños solo parcial-

mente iban a los mismos grupos que en el norte (Roma tuvo un alcalde liberal judío, Nathan, en 1900), porque el socialismo fue abrazado como causa por regiones que aparentemente no tenían ningún motivo para votar a los socialistas: los autonomistas de Ancona, que protestaban contra los impuestos y el servicio militar obligatorio; los campesinos de Emilia, que protestaban por la dominación de Bolonia. El resto de los escaños iban a los candidatos de las maquinarias políticas locales, que se llamaban a sí mismos *ministeriali.* Prácticamente la totalidad de los 200 diputados del sur y la mitad de los del centro entraban dentro de esta categoría.

A finales de la década de 1870, los liberales clásicos de la *Destra* de Cavour se habían dividido a causa de los aranceles, las finanzas y la nacionalización de los ferrocarriles. Una parte de ellos establecieron una alianza con los liberales radicales de la *Sinistra,* alianza de la que surgieron primero Cairoli y luego Depretis. Esos hombres, muchos de ellos del sur, habían iniciado su vida política como violentos anticlericales e incluso como republicanos, pero luego se «transformaron», a causa de sus cargos, en defensores del orden y del imperio. Sus jefes, terratenientes acosados por la crisis económica, se aliaron con los industriales del norte partidarios de los aranceles. Esta fue la base del largo dominio de la política por parte de Depretis. La crisis de 1885-1886 lo derribó; pero fue reemplazado por una figura no muy diferente, Crispi, cuyo gobierno, interrumpido brevemente en 1892-1893 por el primer gabinete ministerial de Giolitti, duró hasta 1896.

Crispi había comenzado su carrera política en la década de 1850 como radical extremista. Había sido violentamente anticlerical (hasta el punto de cometer bigamia), y tenía el aspecto austero de numerosos radicales de mediados del siglo XIX (murió muy pobre). Pero también, como muchos

otros radicales de aquella época, se había convertido a la causa del imperialismo y había establecido vínculos con Alemania, con el objeto de contar con el apoyo de Bismarck (y, posteriormente, con el de Gran Bretaña) para sus aventuras mediterráneas. En asuntos interiores, intentó la cuadratura del círculo. Ofreció anticlericalismo para obtener el apoyo del norte en materia educativa y un arancel alto para obtener el apoyo agrario. Siguió también a partir del punto donde Depretis se había detenido, y redujo de forma importante los poderes de los prefectos, permitiendo a los municipios elegir a sus alcaldes. En el norte quizá esto no tuvo demasiada importancia, pero en el centro y en el sur hizo que fueran desplazados los antiguos *notabili* y que ocuparan su lugar los «hombres nuevos», los *galantuomi.* Fue un paso que en la Cámara italiana de los Diputados transfirió el poder a los elementos más indeseables del sur.

En el sur de Italia se decía que la única industria era el poder. En las décadas de 1880 y 1890, el viejo sistema de posesión de la tierra en el sur se vino abajo. Los *fasci siciliani* fueron la prueba de ello. Basilicata y Calabria eran terriblemente pobres; en Sicilia, las iglesias desconchadas, el campo erosionado, las grandes fincas arruinadas y la agricultura comunal no producían otra cosa que niños y cada vez más crímenes. Una pequeña capa de parásitos representaba a la burguesía, excepto en las ciudades más importantes, en las que existían figuras más sólidas, que demostraban que, después de todo, era posible hacer algo de dinero a costa de los muy pobres. Las industrias respaldadas por el antiguo reino de Nápoles y Sicilia se habían hundido al derribarse las barreras arancelarias establecidas contra el norte. Poca cosa vino a ocupar el lugar de aquellas. Mesina exportaba zumo de limón, que producía, todavía en la década de 1900, con los procedimientos más rudimentarios: hombres, mujeres y niños, amontonados en tórridos patios, partían los limones, los estrujaban y los exprimían a mano, pa-

sando luego el zumo por un colador para quitarle las pepitas. Si alguna industria o negocio obtenía beneficios, se encontraba a merced de los protectores-chantajistas locales. En 1902 se celebraron dos juicios: uno, por el asesinato de un banquero incorruptible a manos del diputado siciliano Palizzolo; otro, por encubrimiento por parte del funcionario napolitano Casole. La administración de Nápoles fue disuelta catorce veces entre 1861 y 1906.

En tales circunstancias, la elección de los alcaldes por sus propios municipios era simplemente una invitación a que los «nuevos hombres» locales asumieran algunas de las facultades gubernamentales y aumentaran así sus sistemas de clientela. Significó, en efecto, que con frecuencia los diputados del sur fueran elegidos por su capacidad de «apoyarse» en el gobierno y de chalanear. Una prueba de esto se produjo en las elecciones de 1891. El gobierno de Crispi contaba con una mayoría de 400 diputados. No supo entonces mover los hilos de la forma adecuada y a la semana de la primera sesión de la Cámara perdió por cuatrocientos votos una votación de confianza. Después de la caída de Crispi, su sucesor, el conservador marqués de Rudini, trató de reforzar el poder de los terratenientes en el sur mediante la descentralización, a fin de quebrar el vínculo cada vez más fuerte entre los *galantuomi* y el gobierno. También él perdió la «confianza». El rey, desesperado, recurrió a sus generales y luego, todavía más desesperado, su hijo recurrió a los «tecnócratas» liberales radicales.

Giolitti heredó el sorprendente resultado de la unificación italiana: que el sur conquistara al norte. Al igual que Crispi, Giolitti tuvo que cuadrar numerosos círculos. Tuvo que contentar a los *ministeriali,* evitar que los socialistas siguieran paralizando partes considerables de la vida económica del país y demostrar a los radicales del norte que deseaba promover la educación y la modernización. Tuvo

también que entendérselas con un elemento nuevo en política, el clericalismo: los orígenes de la *Democrazia Cristiana.*

Los liberales italianos habían sido violentamente anticlericales y habían mantenido una larga batalla con el papa, recluido en su «prisión» del Vaticano, donde incluso reprendía a los cardenales por responder a los saludos militares italianos. Pero la movilización política de las clases bajas italianas proporcionó a la Iglesia, en la década de 1890, un poder muy fuerte, y la maquinaria política católica de los alemanes le mostró el camino que seguir. Como cuestión de principio, el papa decretó que los católicos no reconocieran al Estado liberal, pero en la práctica no les impidió que tomaran parte en los asuntos del mismo; a un nivel, para evitar la promulgación de una ley sobre el divorcio y, al otro, para aprovecharse de la extensión de los gobiernos municipales. Industriales como el fabricante de bicicletas Prinetti o los propietarios de industrias textiles de Brescia y el Véneto –que guardaban un estrecho parecido con los austeros industriales católicos de Roubaix o Tourcoing, en Francia– estaban deseosos de tener un grupo político. En 1905, el papa, necesitado del apoyo italiano en su disputa con Francia, animó a los nuevos clericales a entrar en la Cámara («no como diputados católicos, sino como católicos diputados»). León XIII ya había promulgado una encíclica famosa, la *Rerum Novarum,* en 1893, en la que defendía el «catolicismo social».

Italia alcanzó así su equivalente del Zentrumspartei alemán, que algo más tarde fue organizado formalmente como el Partito Popolare Italiano. Algunos de sus dirigentes, y en especial Dom Sturzo, hablaban el lenguaje de la reforma social. Era un partido con una base fuertemente agraria en algunas zonas del norte, tales como Bérgamo. A partir de 1886, los sacerdotes habían venido organizando asociaciones de ahorro y promoviendo las *cattedre ambulanti,* que

enseñaban a los campesinos a utilizar los fertilizantes. Con frecuencia, el partido se enfrentó a los notables locales y, en tales casos, promovió a sus propios candidatos de la clase media baja. Contó con un ala izquierda vociferante; de hecho, uno de sus sacerdotes, Murri, se sentó durante algún tiempo en los bancos de los socialistas. Hablaba de reforma agraria. Uno de los portavoces del partido, el profesor pisano Toniolo, elaboró un complicado sistema para soslayar la lucha de clases que implicaba la resurrección de los gremios o *corporazioni.* De aquí tomó Mussolini su expresión «Estado corporativo» (que en la práctica quería decir burocracia inútil, con los inútiles grados legislativos que desde entonces han constituido el maleficio de Italia).

Con la intervención de los codiciosos arribistas del sur, la política italiana llegó, pues, a comprender un grupo de diversas clases de liberales, un grupo católico y, a la izquierda, unos cincuenta socialistas (1909). Si Giolitti conseguía unir a los políticos del norte, podía superar en votos a sus propios «partidarios» del sur, bloquear a los católicos estableciendo una alianza con el sur y, parcialmente, con la izquierda, y silenciar a los liberales simplemente adjudicándoles responsabilidades. De vez en cuando, la Cámara se impacientaba ante la larga dominación de Giolitti. Este adoptaba entonces, para mejorar su credibilidad ante la izquierda, alguna medida que sabía que no tenía ninguna probabilidad de éxito (su medida favorita era un impuesto progresivo sobre la renta) y resultaba derrotado. Le sucedía un liberal: Sonnino en 1905-1906, Fortis en 1909, Luzzatti en 1912, Salandra en 1914. Estos durarían unos cuantos meses como mucho, ya que carecían de la extraordinaria capacidad de Giolitti para tener presente el precio de un hombre.

Giolitti se benefició del *boom* de esa época. Se duplicaron los ingresos públicos. Giolitti incrementó los gastos del

Ministerio de Obras Públicas, que pasaron de 69 millones de liras en 1901 a 123 millones en 1908 y 465 millones en 1912. Esto supuso la construcción de carreteras y la puesta en cultivo de nuevas tierras. Consultó sobre esto a los sindicatos y, en Emilia, les confió la responsabilidad. Las sumas enviadas a Mesina después de su espantoso terremoto, lo fueron directamente a los arribistas locales, con los resultados que podían predecirse. El ministerio de Correos y Telégrafos y el de Transporte eran, evidentemente, los blancos de las maquinarias políticas. Estos ministerios llevaban consigo los nombramientos para innumerables pequeños cargos en los servicios estatales, y de ahí que fueran vitales para los funcionarios y, cada vez más, también para los clericales. La única función del Partido del Crédito Social de Bonomi era hacerse con las oficinas de correos mediante hábiles maniobras parlamentarias, al margen de toda otra cuestión. Parecía incluso que los partidos no tuvieran demasiada coherencia. En el seno de todos ellos existían serios desacuerdos respecto a las alianzas que debían realizarse. En una determinada zona, los católicos cooperaban con los liberales; en otra, los liberales con la izquierda; en buena parte del sur, los liberales con los arribistas, o los católicos con estos últimos. Así, en el seno de los partidos, algunos grupos rompían la disciplina de partido si esta corría el riesgo de molestar a sus aliados locales. Cuando se suscitaban cuestiones relacionadas con materias tales como los subsidios navales, la nacionalización de los ferrocarriles o la nacionalización de todos los tipos de seguros –las tres grandes cuestiones de la época de Giolitti–, se producían extrañas combinaciones parlamentarias, que solo podrían explicarse en función de unas prácticas locales extremadamente venales. El hecho era que la permanencia en su cargo de los burócratas –esto es, los prefectos locales– había pasado a depender de un Ministerio del Interior que podía estar ocupado, o apoyado, por partidos con intereses completamente

locales, a menudo corruptos. La burocracia se hizo también venal, aunque menos en el norte que en el sur. Hacía la vista gorda ante los evidentes fraudes electorales, como las elecciones parciales de 1911 en Molfetta, en las que criminales a sueldo de los arribistas mantuvieron alejados a los oponentes por el procedimiento de molerlos a palos.

Este sistema comenzó a desintegrarse en 1910. El proceso de inflación en Italia fue tan marcado como en Rusia; como consecuencia, se produjeron desórdenes en el campo y en las ciudades. Los socialistas volvieron a la línea revolucionaria, destituyendo a Bissolati por tratar de apuntalar los mejores aspectos del sistema de Giolitti. Ancona y otras ciudades conocieron una «semana roja» en junio de 1914. La respuesta inicial de Giolitti a la desintegración de la política –que incluso fue más allá de su capacidad para tener presente los precios– consistió simplemente en quedarse cruzado de brazos. No hizo nada durante las grandes huelgas (del mismo modo que en 1921, en su último periodo como primer ministro, se fue de vacaciones al extranjero en los momentos en que se producía una huelga general). Su única respuesta consistió en hacer todavía más complicada la política, y presentar un proyecto de ley de sufragio universal que, según pensaba, le reportaría el apoyo de católicos y socialistas. En efecto, las elecciones de 1912 dieron como resultado setenta diputados socialistas y un partido católico de masas en el norte, aunque en el sur la «abstención» fue considerable, y los arribistas sobrevivieron como «liberales».

Era una situación que podía conducir a la desesperación a cualquier hombre honrado. El ala socialista revolucionaria, que prometía la destrucción completa del sistema, atraía a numerosos intelectuales. Los liberales honrados se refugiaban a menudo en un pesimismo desesperanzado. Otros recaían en el hedonismo, una estética bastante triste,

característica también de Viena; o, siguiendo a D'Annunzio, imaginaban que, puesto que el pensamiento no producía nada más que desesperación, la respuesta tenía que ser una actividad insensata: el nacionalismo imperialista. A partir de 1908, un grupo florentino que disponía de un periódico, *La Voce,* se expresaba en un lenguaje de nacionalismo histérico y tiranía: eran los precursores del fascismo.

Cuando en la década de 1890 se desintegró el sistema de Crispi, este se entregó al imperialismo. La creación de una crisis externa mostraría –así lo esperaba– que el gobierno no debía ser derribado: incluso los arribistas podían responder a una llamada patriótica, especialmente si se producían victorias. Giolitti hizo lo mismo en 1911. Después de la segunda crisis marroquí, las potencias occidentales estaban enfrentadas con Alemania; ambos bandos se disputaban el favor de Italia. Los rusos, después de una reunión celebrada en 1909 en Racconigi entre Sazonov y Tittoni, ministro de Asuntos Exteriores de Giolitti, buscaron el apoyo italiano para sus planes sobre los Estrechos. En el otoño de 1911, los italianos invadieron Tripolitania, en Libia, territorio que conservaron después de unos momentos de confusión (tratado de Lausana). Esta escapada sirvió para abrir el apetito. El ejército se vio a sí mismo como el bastión del orden en el Estado; los nacionalistas se enardecieron con el destino de la *Italia irredenta,* las zonas de Austria habitadas por italianos y la herencia de Venecia en Dalmacia. Parecía como si la intervención italiana fuera a terminar con la monarquía de los Habsburgo en pocas semanas. Es cierto que la Cámara de los Diputados se opuso por mayoría. Pero pocos italianos tenían tiempo para ocuparse de esos diputados. La combinación de una maniobra bajo cuerda del rey, de un gobierno militar y de la instrumentalización de violentas multitudes que exigían la guerra arrolló a los diputados. El 23 de mayo de 1915, Italia y Austria-Hungría entraban en guerra. La cosa no fue tan fácil como

pensaban los generales. La guerra en el Isonzo fue tan horripilante y difícil como la guerra en Occidente: demostró ser el paso final en la desintegración de la Italia liberal.

FRANCIA

La Francia de la Tercera República destacaba en la Europa de finales del siglo XIX como el único país en el que la aristocracia no predominaba en la política. Después de la singular época de la *République des Ducs* en la década de 1870, el Estado se volvió conscientemente burgués. Esto se puso de manifiesto en una institución que en todos los demás sitios era extremadamente aristocrática: el servicio diplomático. Hasta los embajadores franceses eran a veces de clase media. Sus colegas rusos, a pesar de la alianza franco-rusa, preferían normalmente a sus adversarios, los embajadores alemanes. En Londres, en 1914, el embajador austrohúngaro, conde Mensdorff-Pouilly-Dietrichstein, el embajador alemán, príncipe Lichnowsky, y el embajador ruso, conde Benckendorff, eran primos y se mantenían apartados de su colega francés, Paul Cambon, quien, al igual que su hermano Jules en Berlín y Maurice Paléologue –el arquetípico «hombrecillo divertido»– en San Petersburgo, era el inconfundible producto de la «meritocracia».

La República, apresuradamente proclamada durante la confusión de 1870, no adquirió forma hasta la constitución de 1875 y no se vio libre de la dominación de los clericales y de los *notables* hasta finales de la década de 1870. Era «burguesa» casi por definición, dado que las repúblicas estaban emancipadas de las monarquías y aristocracias formales que, en todas partes, se justificaban a sí mismas en nombre del buen gobierno. La República francesa, pensando en sus distinguidas predecesoras holandesa, suiza y norteamericana, así como en la República romana original, en que se habían inspirado todas ellas, era concebida como un Estado en el que un individuo valía tanto como su vecino. Aspiraba

al autogobierno responsable del individuo seguro de sí mismo, y sus instituciones estaban diseñadas de manera que no pudieran volver los regímenes tiránicos. Donó a los Estados Unidos la estatua de la Libertad.

Fue este principio el que, en parte, hizo tan confusa la política de la República. De 1870 a 1940 hubo 108 gobiernos (frente a quince en Gran Bretaña). Con una votación «sobre la marcha», los diputados podían derribar cualquier gobierno. Los propios diputados estaban tan desorganizados que ninguno podía decir el camino que seguiría un grupo determinado. En 1910, la *Chambre* intentó formar grupos, y surgieron diez, de los que el de los «independientes» era uno de los más importantes. Los otros eran terriblemente propensos a escindirse, y los partidos, salvo el socialista, tenían una existencia muy imprecisa. El primer ministro fue desconocido por la ley hasta 1934, y el presidente de la República tenía muy pocos poderes. Este sistema, con todo lo extraño que pueda parecer, funcionó bastante bien hasta 1914. Muchas personas de otros países europeos habrían preferido nacer en Francia.

El sistema francés de gobierno, por anómalo que pareciera en una época de monarquías, era la expresión de un viejo sueño de los liberales radicales: el Estado se cuidaba de los servicios públicos, la educación y la defensa, y dejaba que la gente se ocupara de sus propios asuntos. El Parlamento era una asamblea de representantes de hombres libres con alguna propiedad; sus poderes eran tales que las tiranías aristocrática, militar y clerical quedaban desechadas. Por supuesto, existía en Francia una derecha, una izquierda y un centro, y sus papeles en política –sus divisiones, sus alianzas y sus realineamientos en torno a las principales cuestiones de la época– no eran realmente muy diferentes de los de sus equivalentes en otros países parlamentarios. Así, en la primera mitad de la década de 1890 hubo intentos confusos, al

igual que en Alemania durante el gobierno de Caprivi, de hacer frente a la cuestión social: Tirard ofreció una reducción de los aranceles, Freycinet un mayor esfuerzo militar, Dupuy la clausura de la Bourse du Travail de París, Léon Bourgeois cooperativas *(Mutualités),* Casimir-Périer las *lois scélérates* «antianarquistas», etc.; mientras que otros gobiernos «provisionales» se limitaban a subsistir y Jacques Méline se esforzaba por conseguir un bloque industrial-agrario basado en un arancel elevado (1892) y en el imperialismo *anti-Dreyfusard* (1896-1898). En Alemania, Italia y Gran Bretaña, por no hablar de otros países más pequeños, estas cuestiones se plantearon en un solo gobierno. En Francia, las peculiaridades del sistema hacían que las cuestiones se plantearan por separado bajo una serie de gobiernos de corta duración, que a menudo estaban formados por las mismas personas.

La inestabilidad gubernamental de Francia no fue muy distinta de la experiencia italiana, y tuvo causas parecidas. Cada diputado, con su mente ocupada por intereses extremadamente locales, intentaba presionar al ministro del Interior para conseguir algún favor: la construcción de una carretera, un préstamo escolar, condecoraciones para sus clientes, etc. Si el ministro no le daba lo que quería, el diputado se unía a las filas de la oposición, y, sin ninguna seria referencia a cualquiera de los grandes temas de la época (imperialismo, impuesto sobre la renta, reforma social, etc.), trataba de derribar el gobierno en una u otra votación «sobre la marcha». Al igual que en Italia, los jefes políticos que conocían el juego y tenían un considerable carisma personal podían organizar a esos hombres. La obediencia personal a un Clemenceau, *el Tigre,* estaba por encima de las divisiones de los partidos.

Pero este proceso tenía unas limitaciones mucho más estrictas que en Italia o España. En estos países, la política

parlamentaria se convirtió en un juego un tanto alejado de los problemas nacionales importantes, y, en la confusión de la posguerra, ambos países cayeron en el fascismo. En Francia existía el sufragio universal masculino, y, por ello, había mucho menos caciquismo, esto es, mucha menos dominación de la política local por un «cacique». No había demasiada violencia política. Existía una *intelligentsia* republicana de carácter puritano. El Senado actuaba como un serio obstáculo a la tiranía gubernamental. La burocracia, en su conjunto, no era venal y, aunque hubo algunos errores judiciales espectaculares (en 1907 se sentenció a tres meses de prisión a un hombre que había intentado asesinar a Dreyfus), la ley no podía ni comprarse ni venderse. Los diputados franceses podían a menudo derribar gobiernos con pretextos triviales, pero existía una izquierda, un centro y una derecha que se dividían, se aliaban y se realineaban de acuerdo con los importantes problemas nacionales (impuestos, reforma social, educación, imperialismo, etc.), de una forma que hizo que la política francesa (si juzgamos por «series» de gobiernos) no fuera diferente, en sus pautas, de la de otros Estados europeos que eran ricos y contaban con un amplio sufragio.

No obstante, existían diferencias importantes. Francia quebrantó muchas de las «reglas» europeas. Virtualmente en todas las demás partes, los liberales, en la década de 1880, dejaron de constituir mayorías en los parlamentos: fueron superados en número por la derecha (conservadores y clericales) y por la izquierda (socialistas) en combinación. En Francia no sucedió esto. La derecha y la izquierda sumadas formaban aproximadamente las dos quintas partes de la *Chambre des Députés.* A los gobiernos centristas les era posible seguir y seguir casi como gobierno monocolor, sin la disciplina que una oposición seria podría haber impuesto. Los gobiernos cambiaban con frecuencia, pero los ministros no. Hasta 1879, mientras estuvieron en el go-

bierno los hombres de la derecha, hubo sesenta y tres ministros, de los que solo cinco desempeñaron el cargo dos o más veces. Pero de 1871 a 1914 hubo en total 561 ministros, de los que 217 solo desempeñaron su cargo una vez; 103, dos veces; 71, tres; 48, cuatro; y 122, cinco o más. Los gobiernos eran centristas, aunque en ocasiones, para escapar de la excesiva dependencia de sus propios partidarios, podían nombrar a un determinado ministro para recurrir a la derecha o a la izquierda y poder prescindir así de los votos de algunos de sus propios seguidores. En conjunto, la Tercera República fue un régimen de centro e izquierda, con la derecha en la oposición, y no la usual situación europea en esa época. No fue sino a finales del siglo, con Jacques Méline, cuando la «lucha de clases» comenzó a forzar la unión del centro y la derecha; y el proceso solo se hizo evidente después de 1910, cuando produjo grandes convulsiones y los más rápidos cambios de gobierno de la historia de la República (diez en cuatro años).

En 1910, el sentimiento de emergencia nacional y la naciente amenaza de la izquierda eran tales que los políticos serios del centro deseaban tener un gobierno «serio». La propia *Chambre* se vio obligada a organizarse por partidos (resultaron diez grupos, siendo bastante grande el de los Independientes). Para acabar con la dependencia de los gobiernos respecto de los diputados que defendían intereses locales, procedentes de las *petites mares stagnantes* de distritos remotos, Aristide Briand hizo un gran esfuerzo para imponer la representación proporcional. En 1913, Raymond Poincaré fue elegido presidente, con instrucciones para incrementar los poderes de su cargo. Estos pasos tropezaron con una fuerte oposición, que utilizó una diversidad de astutos recursos, y cuando llegó la guerra el sistema político de la República pasaba por una mala situación.

Se trató, pues, del surgimiento y la supervivencia de un centro tan fuerte que pudo prescindir de las disciplinas formales que marcaron a la Tercera República. La derecha y la izquierda eran mucho más débiles que en cualquier otra parte. Esto reflejaba claramente las condiciones sociales y económicas de Francia en esa época. No era un país de grandes industrias y sindicatos. Rompió muchas de las reglas europeas. La población solo creció marginalmente, pasando de 36 millones a 39 millones en una época en que las cifras de habitantes de otros países se duplicaron. A causa de ello, Francia proporcionó pocos emigrantes y aceptó más de un millón de ellos. Sin embargo, siguió siendo mucho más sólidamente «campesina» que otras grandes potencias. En 1910, el 56 por 100 de los franceses vivían aún en poblaciones de menos de dos mil habitantes; Francia bajó del segundo al cuarto lugar entre los países industriales (sobrepasada por Alemania y Rusia, con una ventaja cada vez mayor por parte de estas). En cualquier parte, una preponderancia tal de campesinos habría dado lugar a un país pobre. Pero Francia era rica: sus niveles salariales estaban por debajo de los de Inglaterra, pero por encima de los de Alemania. El valor de sus exportaciones ascendía a 2.000 millones de libras (frente a los 4.000 millones de Gran Bretaña), lo que suponía casi dos veces el valor de las exportaciones alemanas. En otros países, la alta proporción de campesinos habría hecho casi automáticamente que la política variara de la reacción a la revolución. En Francia gobernaba el centro, y sus divisiones dictaban las pautas políticas.

Francia debía buena parte de su carácter a su síntesis de dos civilizaciones, la mediterránea y la atlántica, y esta división fundamental subyacía también en la Tercera República, como lo pone de manifiesto la expresión *«c'est le Nord qui travaille et le Midi qui gouverne».* No obstante, incluso en esto existían diversas peculiaridades. La base del protestantismo francés estaba en el sur, en el Languedoc; y mu-

chas de las grandes dinastías industriales del *Nord,* tales como los Motte de Rubaix, eran austeramente católicos, hasta el punto de que, en Bélgica y el norte de Francia, las tesis de Max Weber no son aplicables. Las singularidades regionales, heredadas del *Ancien Régime* y no borradas por la «modernización», como sucedió en otras partes, hacen de la generalización en la historia francesa una cuestión arriesgada. En el departamento de Doubs, un pueblo destaca políticamente por haber elegido candidatos de izquierda, desde Ledru-Rollin en 1848 a los comunistas después de 1945; sus vecinos votaban a la derecha. Nadie podría explicar la razón de esto, salvo que durante la Revolución hubo en el pueblo un sacerdote republicano.

En Francia, la tradición del industrial y del campesino firmemente independientes sobrevivía con tal fuerza que el socialismo tuvo que desarrollarse dentro de ella, adaptarse y perder parte de su carácter industrial. El desarrollo industrial a gran escala fue mucho menor que en Alemania. A mediados del siglo XIX, Francia tenía industrias metalúrgicas y textiles que utilizaban lo que entonces se conocía con el nombre de «sistema maquinista»: ambos tipos de industrias contaban con claros mercados y con claras fuentes a las que recurrir. Francia necesitaba importar una tercera parte del carbón que consumía y durante algún tiempo no produjo ni mucho menos lo suficiente, lo cual podría haber frenado el desarrollo industrial. La industria estaba confinada en el norte, en partes del este, en el valle del Ródano y en algunas bolsas en otros lugares, tales como las minas semirrurales del Loira. En conjunto, se estancó en la década de 1880, y una buena parte de ella permaneció estancada también a partir de esa fecha. La economía creció a una tasa baja, escasamente superior al 1 por 100, durante la Tercera República, hasta 1914.

A primera vista, no resulta difícil encontrar la razón de esto. Entre los países industriales, Francia se distinguía por la peculiaridad de ser sólidamente campesina. La proporción de su población que vivía en las ciudades pasó del 33 al 44 por 100 en la totalidad del periodo, pero buena parte de este crecimiento estuvo limitado a Marsella, Lyon y París, en contraste con Gran Bretaña o Alemania, donde en 1914 existían varias ciudades muy grandes. Aunque las tres eran grandes ciudades modernas, encubrían la realidad de que en Francia la mayoría de la gente vivía directa o indirectamente de la agricultura. Solo una de cada veinte personas vivía fuera de su departamento de nacimiento, frente a una de cada siete en otros países, incluida Rusia. Había habido, por supuesto, un abandono de la tierra por parte, quizá, de unas 800.000 personas a finales de la década de 1870, y bastante menos de esa cifra a finales de la de 1890, pero esto no justificaba que Jacques Méline, al hacer propaganda de su arancel, hablara del *désert français.* Los pueblos cambiaron –perdiendo muchos de sus artesanos durante la «Gran Depresión», dado que estos vendían más caro que las ciudades próximas, sufrían un exceso de competencia y podían encontrar ocupación en cualquier parte–, pero siguieron siendo pujantes. En 1906, más de las dos quintas partes de los franceses vivían de la agricultura, y otra quinta parte de los suministros necesarios para los primeros. La pequeña ciudad campesina (la «Eurcques sur Ourcques» de Céline) sobrevivía bien en Francia.

La verdadera particularidad de la Tercera República era el enorme número existente de pequeñas ciudades-mercado de 5.000 a 25.000 habitantes, rasgo heredado del siglo XVII. Entre ellas se incluían varios *chefs-lieux de département* como Tulle, Guéret, Gap, Rodez, Saint-Lô o Carcasona. Este rasgo tenía una especial importancia en el Midi, dado el gran número de políticos procedentes de allí. A partir de 1890 Francia fue una república meridional.

Francia se convirtió en un país campesino clásico, en el que los agricultores, junto con sus familias, explotaban pequeñas parcelas de tierra: el sueño de los republicanos. En 1826 había habido 10.290.000 parcelas de tierra; en 1881 había 14.300.000. La cantidad de tierra perteneciente a propiedades de más de cuarenta hectáreas descendió de 22 millones de hectáreas en 1882 a 16.300.000 en 1908, a medida que la iban absorbiendo las pequeñas propiedades. En Gran Bretaña, 2.184 propietarios, con más de 2.000 ha cada uno, poseían la mitad de la tierra; en Francia, 50.000 propietarios, con más de 100 ha cada uno, poseían una cuarta parte. La extensión de la propiedad campesina no había alcanzado todavía en Francia el ideal de Henry George, y en algunos lugares los nobles sobrevivían sin problemas –particularmente en Maine, Anjou y Poitou–, mientras que en tres departamentos –Hautes-Alpes, Cher y Bouches-du-Rhône– las grandes fincas ocupaban más de la mitad de la superficie, y en otros once, entre los que se incluía Var, no mucho menos de la mitad. Pero, por lo general, las grandes fincas de una buena tercera parte del país, y hasta cierto punto, de una mayor proporción aún descubrieron una verdad que sus equivalentes rusas sabían muy bien: que si los potenciales labradores disponían de pequeñas parcelas propias, estas llegarían a ser las más productivas. La batalla se había perdido realmente en la década de 1840, si no antes, y la «Gran Depresión» completó la derrota. En 1900, aproximadamente, un tercio de la tierra del país estaba en manos de agricultores con grandes propiedades, como los 8.000 de Seine-et-Marne que abastecían a París, y los otros dos tercios estaban divididos entre agricultores con propiedades pequeñas y medias. Las pequeñas propiedades predominaban, naturalmente, en los suelos pobres: Creuse, Corrèze, Ardèche, etc. En Francia no existía nada parecido a las enormes posesiones de Gran Bretaña o Prusia, aun

cuando, hasta 1914, en política la propiedad de la tierra contara más que la banca.

La pujanza del «campesino fuerte», con su parcela propia, tuvo muchas consecuencias. La primera de ellas fue que, en las pequeñas ciudades campesinas, sobrevivieron las pequeñas firmas familiares que abastecían a la agricultura y a los que de ella dependían, ya fuera de servicios del «sector terciario» o de mercancías que necesitaban los campesinos. Las grandes firmas industriales solo existían en las regiones industriales del norte; en el resto de Francia predominaban las pequeñas firmas. El impuesto de *patente,* satisfecho por 1.750.000 comerciantes «independientes» en 1870, fue pagado por 2.300.000 en 1906: casi dos veces la cifra de toda Rusia, a pesar de que la población de Francia no había aumentado mucho desde 1870. Incluso en la «industria» había tantos artesanos independientes que una cuarta parte de los «trabajadores» se declaraban «autónomos». La situación no cambió sustancialmente hasta que el transporte permitió que las mercancías baratas, producidas en serie, penetraran en el campo, lo que no ocurrió hasta finales de la década de 1930.

La base de toda la estructura era bastante simple. Si los agricultores independientes hubieran tenido muchos hijos, sus propiedades se habrían subdividido y se habrían vuelto inviables; además, habría habido demasiadas bocas que alimentar, situación que repercutió penosamente sobre muchas hijas de familias campesinas francesas. En Lot-et-Garonne, a las familias se les daba el pésame cuando les nacía un segundo hijo. La singular estructura de la propiedad en Francia dependía de la limitación del número de hijos, lo que finalmente produjo un descenso de población en el periodo de entreguerras. En 1891, hubo llamadas de alarma. Un tal doctor Bertillon se preguntaba qué podía hacer el gobierno. Existía un periódico dedicado a la anticoncep-

ción, denominado *La Génération Consciente,* equivalente francés de la expresión «planificación familiar». La Iglesia se preocupó, y condenó a los que lo editaban, cuyo anticlericalismo no iba a verse disminuido por la reprobación. Según Eugen Weber, en las regiones más primitivas los fetos de los abortos provocados se daban como alimento a los cerdos. Una de las contrapartidas de todo esto fue el feroz ahorro de los franceses: 2.000 millones de francos anuales. Las masas rurales guardaban a menudo sus ahorros en el legendario calcetín o bajo el colchón. Los ahorradores urbanos utilizaban las numerosas instituciones de ahorros existentes –no en «bancos», que era una palabra malsonante desde los tiempos del arriesgado experimento con el papel moneda de John Law, sino en *caisses,* a las que se exigía un comportamiento prudente con el dinero– y lo hacían en manifiesto detrimento de la industria francesa.

En la década de 1880, Francia, de forma no distinta a Italia o Rusia, con sus grandes masas agrarias, se estancó. Pero la «Gran Depresión» surtió efecto también en este país, ayudada por las inversiones estatales del Plan Freycinet. Los artesanos se trasladaron desde el campo a la ciudad; la agricultura fue racionalizada hasta cierto punto; los viticultores se vieron afectados por la filoxera, que desde mediados de la década de 1870 hasta mediados de la de 1880 hizo descender la producción de vino francés en tres cuartas partes; y se hizo hincapié en los productos lácteos y en la exportación de productos de lujo fabricados en el campo, tales como el cuero. Los bancos se vieron obligados a modernizarse, aunque no de forma tan espectacular como en Italia, ya que las empresas hacían frente a muchos de sus costes mediante el *autofinancement.* El *Paribas,* la Banque de l'Union Parisienne (Schneider en 1904) y la Banque Française pour l'Industrie et le Commerce (Rouvier en 1901) enfocaron con amplitud de miras la inversión industrial y en los años del *boom* anteriores a 1914 pasaron por

una época de gran prosperidad: el beneficio del *Paribas* en 1914 fue del 35 por 100, frente al 16,4 por 100 del Crédit Lyonnais, más circunspecto. Prácticamente todos los bancos franceses, con la bendición del gobierno, dirigían a sus clientes hacia los fondos públicos rusos. De los 45.000 millones de francos invertidos en el exterior durante los quince años anteriores a 1914, una cuarta parte fue a Rusia.

La «Gran Depresión» no afectó a la agricultura francesa de forma tan grave como en otros lugares, porque el campesino francés, con muchos menos hijos y con un mercado estable, estaba protegido de sus consecuencias. Sí afectó al artesano, dado que se hicieron asequibles mercancías fabricadas a menor coste, y también a la banca conservadora, a través de la caída de los tipos de interés. El movimiento de la década de 1890, cuando todas estas cosas se produjeron juntas, fue depresivo en sus comienzos, pero una vez que tanto el capital como el trabajo se vieron obligados a movilizarse, Francia produjo nuevas industrias, utilizando lo mejor de la nueva tecnología disponible y sus viejas habilidades propias, que contaban con una larga historia. Enfrentados con la competencia japonesa e italiana, los trabajadores de la seda de Lyon encontraron una forma de utilizar hilos de borra de seda *(lilés de schappe)* que en otros tiempos se habrían desechado. El problema de disponer de energía barata se resolvió con la electricidad. El valle del Ródano y Lyon, cuna del artesanado francés, sacaron partido de la energía hidroeléctrica, al igual que hizo Milán. Tanto la industria del automóvil como la aviación, que se ajustaban perfectamente a la capacidad francesa para el trabajo artesanal en pequeños talleres, funcionaron extremadamente bien. Renault empezó en un cobertizo en Billancourt, y en 1914 contaba con dos factorías en Rusia; Citroën comenzó de igual forma, y en 1917 era capaz de proyectar, construir y poner en funcionamiento en el plazo de seis semanas una fábrica de tanques. Panhard, Levassor y Peugeot se les

unieron; y la multiplicación de los servicios auxiliares para vehículos de motor, como por ejemplo los neumáticos de Michelin o *Zénith* (Lyon), con su motor policilíndrico V8, hicieron que toda esta región prosperara. Lyon, en tiempos de Edouard Herriot, era una magnífica ciudad, y su periódico radical, *Le Progrès,* lo mismo que el *Dépêche* de Toulouse, era el equivalente francés del *Manchester Guardian* o el *Glasgow Herald.*

Asimismo, se desarrolló una industria química en St. Gobain, con 24.000 trabajadores, en la que se utilizaban técnicas alemanas. Para poder prescindir del azufre siciliano, los superfosfatos se fabricaban a partir del gas de hulla y del sulfato amónico. La industria eléctrica también se desenvolvió bien, y Bréguet empleó mano de obra femenina, de dedos ágiles, para la producción de bombillas eléctricas (lo que también hizo Philips en el este de los Países Bajos). Se creó asimismo una industria electroquímica: la electrólisis condujo al procedimiento Hérault para la fabricación de aluminio, y dado que Francia disponía de bauxita, el material básico, se convirtió en el mayor productor mundial de dicho metal. En la Primera Guerra Mundial, Francia, a pesar de su mayor debilidad en la industria pesada, fabricó mucha mayor cantidad de proyectiles que Alemania (11 millones de proyectiles al mes en 1918, frente a los 7 millones de los alemanes). La razón última de esto (aparte de la movilidad de la mano de obra de 1914-1918) residió en el éxito de la adaptación de sus industrias química y eléctrica. Francia estuvo a la cabeza del mundo en aviación durante la Primera Guerra Mundial (aunque el primer servicio aéreo regular con fines civiles fue, curiosamente, el austriaco entre Viena y Kiev, que comenzó a funcionar en 1918).

Las exportaciones francesas, que se habían estancado en la década de 1880, recobraron en 1897 sus niveles de 1875, y los duplicaron en 1914. Las nuevas industrias, los próspe-

ros bancos y las exportaciones dieron lugar a un considerable *boom* antes de 1914, al igual que ocurrió en Italia, solo que en Francia con una base más sólida. La tasa de crecimiento se duplicó entre 1896 y 1914, fecha en que llegó al 2,4 por 100, y las «áreas dinámicas» identificadas por François Crouzet crecieron del 2,97 por 100 anterior a 1896 al 5,2 por 100 a partir de entonces. Tal vez las bases de todo esto fueran frágiles. El derrumbamiento de la estabilidad financiera internacional y la caída de los precios de los productos naturales en la década de 1930 causaron estragos en la economía francesa, basada en la agricultura, al igual que lo hicieron en la italiana (y en este aspecto, en la rusa). Sin embargo, con anterioridad a 1914, la tasa de crecimiento estuvo asociada a la *belle époque.*

La transferencia de dinero del campo a la ciudad y, a partir de 1896, el aumento de dinero en uno y otra condujeron al auge de la construcción. París, que durante la mayor parte de la década de 1880 había experimentado restricciones con respecto a la altura de los edificios, añadió a estos las buhardillas *(mansardes)* de estilo renacimiento que tan características son hoy en día (el Hôtel Talleyrand, que domina la plaza de la Concordia, fue comprado por los Rothschild, quienes añadieron un remate de este tipo a su aspecto clásico). Hénard planeó el ensanche de París; Herriot y Augagneur, el de Lyon; después de la Exposición de 1900, el Campo de Marte, en el que se habían instalado los pabellones de la misma, fue parcialmente ocupado por bloques de viviendas, altos y elegantes, justo a la altura de la avenida de la Bourdonnaye, y el *septième arrondissement* de la orilla izquierda se convirtió, lo mismo que el *seizième,* en el lugar ideal para vivir, a medida que la burguesía iba emigrando a ellos desde las zonas del *huitième,* ubicadas en el «centro». La capacidad de los franceses para explotarse a sí mismos (y explotar a los demás) se puso de manifiesto en la proliferación de pequeñas tiendas, no obstaculizadas por ninguna

de las legislaciones absurdamente restrictivas que en otros países se imponían con respecto a las horas de apertura. Boucicaut, del Bon Marché, ya había mostrado el camino; Samaritaine y Galeries Lafayette le siguieron en el campo de los grandes almacenes, pero también proliferaron las tiendas pequeñas. De 1900 a 1914, el número de comercios al por menor pasó de 198.000 a 226.000; el número de restaurantes se cuadruplicó; en París, el valor de los negocios al por menor se duplicó. A otro nivel, Francia comenzó a desarrollar la industria pesada. El procedimiento Gilchrist-Thomas le permitió utilizar el mineral de hierro de Lorena (Briey y Longwy), a pesar de su alto contenido en fósforo. El carbón alemán lo convertía en hierro y en acero, ya fuera en Francia o en Alemania, y se produjo una cierta cartelización internacional que prefiguraba la Comunidad del Hierro y el Acero. La producción de mineral de hierro francés se multiplicó por diez de 1895 a 1914. La de acero pasó de 800.000 toneladas en 1890 a 1.500.000 en 1900, y a 4.500 millones en 1914; y la de carbón creció, al ser explotadas las vetas de difícil acceso mediante energía eléctrica, desde 28 millones de toneladas en 1895 a 40 millones en 1914.

En 1914, Francia podía enfrentarse confiadamente a la Alemania industrial, lo que anteriormente no había osado plantearse. Sin embargo, el proceso de industrialización y modernización había proporcionado a Francia un problema social que apenas había conocido con anterioridad: el reto socialista. En 1914 había en la *Chambre* 103 socialistas, una quinta parte de los diputados. La fuerza sindical había pasado de cien mil afiliados a casi un millón en los últimos catorce años; estaba en condiciones de echar abajo la economía y ya se habían producido grandes huelgas.

El socialismo francés contaba con una tradición más larga en el tiempo que la de cualquier otro lugar, ya que tenía sus orígenes en su propia revolución. Pero después de 1884

carecía del estímulo para la violencia (como sucedió en Italia y en Prusia) de vivir en un Estado que no le diera ninguna oportunidad electoral y que le acosara a través de la ley y la policía. Además, no se desarrolló sobre la misma base industrial que el socialismo alemán. En 1896, solo un 1,3 por 100 de las empresas francesas tenían más de cincuenta trabajadores; un 13,5 por 100, de cinco a cincuenta; y el resto, cuatro o menos. Todavía en 1914 el partido solo contaba con 99.000 miembros y únicamente uno de cada siete trabajadores estaba afiliado a un sindicato.

En su conjunto, la Francia industrial siguió las pautas de otros países industriales del continente. A finales de la década de 1870, los trabajadores encuadrados en los pocos sindicatos existentes se unieron para crear un partido obrero. En el mismo figuraban intelectuales –en este caso, una severa figura de clase media, Jules Guesde–, pero los sindicatos no deseaban ver empleados sus escasos fondos para escarceos políticos, y las relaciones fueron tensas. En realidad, el primer partido *(Parti Ouvrier Français)* se dividió en grupos rivales, uno de ellos marxista ortodoxo, dirigido por Guesde; otro semianarquista (los *allemanistes*); y otro prácticamente indistinguible del liberalismo de izquierda. La mitad de los cincuenta diputados elegidos en 1893 siguieron siendo independientes de cualquiera de esos grupos. La mitad, como máximo, de los socialistas procedían del norte industrial o de París; el resto, de regiones no industrializadas. A ojos de los alemanes, una de las peculiaridades de Francia era que en algunas zonas el campesinado elegía diputados socialistas: el Var, Creuse, Corrèze, Aveyron, etc. En realidad, no tenía nada de peculiar el hecho de que los campesinos votaran a los socialistas: lo hacían incluso en Alemania, a pesar de lo poco que les alentaban los socialistas. La gente no necesitaba pertenecer a la clase obrera para entender que era necesaria alguna nueva forma de sociedad.

A comienzos de la década de 1890, Francia fue testigo de algunas grandes huelgas: en las minas de Carmaux en 1892, en la mina Cammetry en Fourmies, en el alto Loira, en 1891, cuando en la manifestación del primero de mayo murieron nueve personas por disparos. Estas huelgas mineras se producían en buena parte por las mismas razones que en otras latitudes: los patronos intentaban reducir los salarios cuando los precios caían. En 1893 hubo en Carmaux un enorme desastre minero seguido de una huelga, con la que el gobierno se mostró brutalmente incomprensivo. Después de una dura campaña electoral, Carmaux eligió como diputado al socialista Jean Jaurès. Todo esto impulsó un cierto grado de sindicalización. Se formó una Confédération Générale du Travail, que solo estaba integrada por cuatro sindicatos. Se cursaron invitaciones a todos los demás, y a todos, por pequeños que fueran, se les prometió igualdad de voto (incluido, por ejemplo, el de los «cincuenta cocineros comtistas de Caen», que prácticamente contaría lo mismo que los sindicatos de los ferroviarios o de los mineros). En Gran Bretaña, la TUC adoptó exactamente la política opuesta. Puesto que ya agrupaba a la mayoría de los sindicatos, hizo todo lo posible porque los más grandes controlaran a los más pequeños, y, por consiguiente, subscribieran el «voto en bloque», lo que permitiría a los secretarios de los grandes sindicatos dominar cualquier reunión. Esto se hizo en el caso británico para asegurar la responsabilidad, y en el caso francés para asegurar la afiliación.

El aspecto revolucionario de estos sindicatos fue reforzado, como en Italia, a través de las *Bourses du Travail* que, al igual que las *Camere del Lavoro,* eran subvencionadas por los ayuntamientos simpatizantes para que actuaran como oficinas de empleo *(bureaux de placement)* y como centros de reunión de la clase obrera. Estas *Bourses,* que crearon su propia federación, estaban controladas por anarquistas como el periodista Fernand Pelloutier. Hablaban un lenguaje

revolucionario, aunque el periódico anarquista, en una era de grandes tiradas, solo tenía 7.000 suscriptores. A finales de siglo, las *Bourses* y la CGT se unieron, y su lenguaje revolucionario –el «sindicalismo revolucionario»– alarmó a las fuerzas vivas. En 1906, la CGT se pronunció en la *Charte d'Amiens* por una «lucha económica» al margen de los partidos políticos, que era precisamente el programa de los sindicalistas revolucionarios, para los que todo diputado era un traidor *(«homme élu, homme foutu»).* Hubo realmente muchas huelgas: en 1902, cinco millones de jornadas perdidas, más que en los diez años anteriores; en 1903, una tregua; en 1904, un millar de huelgas en las que participaron 270.000 personas, con cuatro millones de jornadas perdidas; otra tregua; en 1906, 1.309 huelgas en las que participaron 440.000 personas, cada una de las cuales paró una media de diecinueve días. En mayo de 1906 hubo una ola de huelgas que afectaron a los trabajadores de la construcción, a los tipógrafos (por la jornada de ocho horas) y al metro. La policía, con el *Manège Mouquin,* mantuvo el orden de forma convincente, al extenderse entre la burguesía parisina una especie de *grande peur.* Después de eso, aunque los ferroviarios fueron a la huelga por breve tiempo en 1906 y 1910, hubo una tregua hasta la Primera Guerra Mundial.

Los nombres de Griffuelhes, secretario de la CGT, Pataud, dirigente de los electricistas, Pouget, un periodista anarquista, Merrheim, un *chaudronnier* (calderero) puritano de Roubaix, y Pierre Monatte, el editor de la *Revue Syndicaliste,* asustaban a la burguesía. Pero, en qué medida eran efectivos? La CGT comprendía solo un tercio de los sindicatos (con un total de 350.000 afiliados), y los sindicatos principales –especialmente el de los tipógrafos de Keuger, pero también el de los mineros de Basly– estuvieron siempre en contra de una huelga general con fines revolucionarios. Esta era realmente propugnada por los sindicatos

más pequeños, los sindicatos de los artesanos sometidos a fuertes presiones, hombres muy similares a los sastres alemanes con los que Marx había comenzado. Los seis sindicatos más pequeños, con un número total de veintisiete afiliados, tenían el mismo peso a la hora de las votaciones que los seis más grandes, con 90.000 afiliados. En el comité ejecutivo, un tercio de los votos se emitían por poder, porque los sindicatos a los que correspondían no podían permitirse el lujo de enviar un delegado. Incluso sindicatos aparentemente grandes eran poco representativos: el de la construcción, por ejemplo, contaba con 9.000 afiliados en 1905 y con 30.000 en 1908, solo una pequeña parte de la fuerza laboral de dicho ramo.

Quizá el «sindicalismo revolucionario» fuera pura palabrería –la clase de lenguaje hablado en privado por sectarios–, pero revelaba, incuestionablemente, un grado de descontento que el sistema republicano vigente no podía admitir. Los empresarios, que en Francia procedían a menudo de la clase trabajadora, no querían reconocer a los sindicatos. El propio gobierno no permitía la sindicación de sus funcionarios. Los ferrocarriles, parcialmente nacionalizados, estaban sometidos a una fuerte explotación. El gobierno mantenía bajas las tarifas, y los salarios descendieron en términos relativos. En 1900, los maquinistas tenían un salario equivalente al de un peón. Su trabajo era más duro; y, en las líneas del norte, se producía un accidente diario. Se jubilaban, por lo general, a los cincuenta años; y el elemento más numeroso en los sindicatos ferroviarios *(cheminots)* era precisamente el de los maquinistas mayores de cuarenta años, quienes perdían su pensión si iban a la huelga. Los empleados de correos (*employés des* PTT) estaban mal pagados, a pesar de que el volumen de su trabajo aumentó en un tercio entre 1900 y 1906; los maestros de escuela estaban notoriamente mal pagados. Constituyó un signo de los tiempos el que el radical Clemenceau, una voz del pueblo

en la década de 1870, dado a unir el sufijo *«socialiste»* a su radicalismo, reprimiera las huelgas ferroviarias militarizando a los empleados de los ferrocarriles, colocándolos bajo la disciplina militar, y deteniendo y destituyendo al *instituteur* Nègre y al empleado de correos Quilici, cuando amenazaron con ir a la huelga. La industria francesa era demasiado pobre y estaba demasiado desorganizada para producir un movimiento sindical realmente a gran escala. Pero el descontento era, sin duda, lo bastante grande como para crear un gran partido socialista. Después de la unificación de los socialistas en 1904-1905 como Section Française de l'Internationale Ouvrière, ganaron 76 escaños en 1910 y 103 en 1914, estando concentrada su fuerza en el norte, en París y en el sudeste.

Su pujanza en esas tres regiones constituye un resumen del socialismo francés. Este era en parte industrial, en parte metropolitano y en parte campesino. La unificación de estos tres elementos fue difícil, y una vez lograda dio lugar a un partido que tendía a dividirse (hasta el punto de que, en 1914, la mitad de los socialistas eran «independientes»). En las zonas rurales, como el Var, el socialismo defendía algo mucho más amplio que una causa industrial –podía significar libertad frente a la dominación de las «maquinarias» radicales locales– y nació de la costumbre existente en las regiones vinícolas de reunirse continuamente en los bares durante el verano para quejarse de la situación. En 1914, cincuenta de los distritos electorales representados por socialistas eran realmente distritos agrarios. Esto desconcertaba a los alemanes, aunque no había motivos para ello. El congreso socialista de Limoges en 1906 había recalcado la necesidad de considerar «las justas reivindicaciones del campesinado», consigna muy alejada de la colectivización de la agricultura que parecían estar contemplando los socialistas alemanes. El partido francés incluía asimismo un gran número de intelectuales. Esto también era comprensible en las

circunstancias francesas. Las profesiones y la educación a todos los niveles discriminaban a la juventud y a las clases menos acomodadas. No existía una edad de jubilación en las universidades, y las cátedras estaban ocupadas a veces por personajes inútiles y extraordinariamente ancianos. La Ecole Normale Supérieure para la formación de profesores, situada en la *rue d'Ulm,* constituía un campo de entrenamiento para los intelectuales socialistas. Su bibliotecario, Lucien Herr, fue el transmisor de un enfoque positivista hacia un gobierno racional, es decir, el socialismo, que significaría la planificación y el bienestar en este mundo caótico. Su discípulo más destacado fue el líder socialista Jean Jaurès.

En el socialismo francés existían tres corrientes, al igual que en todas partes: una revolucionaria (dividida, a su vez, en sindicalistas revolucionarios y políticos), una centrista, que se esforzaba por mantener unido el partido, y una «reformista». Los reformistas adquirieron un protagonismo en Europa cuando uno de ellos, Alexandre Millerand, defendió en 1896 una alianza con el liberalismo de izquierda (el discurso de Saint-Mandé, recogido en Alemania por Bernstein). En 1899, Millerand entró en un gobierno de coalición de izquierdas, y a partir de ese momento fue una figura destacada en la política. Por entonces, algunos socialistas simpatizaban con él. Después de todo, en su tarea como jefe del Ministerio de Trabajo podía decretar muchas cosas importantes para los trabajadores (tales como la imposición de un *numerus clausus* en la cifra de inmigrantes que el gobierno podía emplear en sus acciones directas). Pero la mayoría de los socialistas estaban escandalizados: he ahí un hombre que utilizaba el poder de una causa revolucionaria para lograr un puesto en un gobierno reaccionario. Aristide Briand y Viviani siguieron el camino de Millerand, con el mismo resultado. Hasta 1904-1905, Jean Jaurès cooperó con los liberales de izquierda de la era del *Bloc,* y después

de esto varios de los socialistas unidos persistieron en votar a favor de medidas que ellos aprobaban. En 1914, la división de los socialistas era tal que, al igual que en Alemania, se votó a favor de los grandes armamentos con tal de que fueran unidos a un impuesto progresivo sobre la renta, como en efecto ocurrió. Por entonces, el partido socialista francés se mantenía unido gracias, principalmente, a Jaurès, que tenía un gran carisma personal. Fue lo suficientemente inteligente como para admitir un programa *(chronologique)* que declaraba el objetivo de la revolución, pero la posponía *sine die,* y mientras tanto, a cambio de reformas, permitía a los socialistas participar en alianzas electorales y en el juego del poder parlamentario. Esto exasperaba a los puristas revolucionarios, que aspiraban a un completo derrocamiento del capitalismo, pero ofrecía a los republicanos liberales de izquierda unos aliados que podían utilizar (al contrario de lo que ocurrió en Italia) para librarse de la dependencia de sus partidarios venales. Joseph Caillaux, en particular, consideraba a Jaurès como un aliado en la marcha hacia la «tecnocracia», especialmente en materias de reforma tributaria. A los socialistas no les importaba votar a favor de un gran ejército si ello traía consigo también una reforma social en materia de impuestos sobre la renta. Realmente estaban demasiado aislados para lograr cualquier otra cosa por sí solos.

En esas circunstancias, no se creó un gran bloque de centro-derecha, en la línea de la *Sammlugspolitik,* para desafiar a la izquierda. Por el contrario, buena parte del centro consideraba a Jaurès como un aliado contra la derecha. En la Tercera República, un rasgo siempre impresionante es la debilidad, el aislamiento y la ineptitud de ese sector. El historiador, recordando el talento de un Miguel o un Salisbury, solo puede otorgar a la derecha francesa el premio de Carlos X a las relaciones públicas, y nada más. Sus resultados electorales fueron generalmente malos: en 1898, en una

época que le era razonablemente favorable, los tres partidos asociados con la derecha obtuvieron respectivamente cuarenta y cuatro, treinta y cinco y quince escaños, en total unos cien, la cuarta parte de los diputados de la *Chambre.* Esta proporción creció de forma marginal hasta 1914. La derecha original estaba confinada a las zonas rurales aisladas donde se votaba al *notable* (tanto más cuanto que no se votó detrás de una pantalla hasta 1913) en el *bocage* del Loira inferior, el Macizo Central, los Pirineos, el Ardèche (por encima de los 1.000 metros) y Bretaña.

En otras partes, el conservadurismo sobrevivió porque selló un pacto con las clases empresariales. El conservadurismo francés no lo hizo. En la primera parte de la Tercera República perseveró en un catolicismo anticuado y en el monarquismo, y luego derivó peligrosamente hacia la histérica demagogia *anti-Dreyfusard* de Action Française. En Francia, el catolicismo no supo desarrollar un aspecto político popular como el que, con evidente éxito, había desarrollado en otras partes. Existían, por supuesto, católicos de la clase obrera en el norte textil, pero el catolicismo siguió siendo una causa identificada en su conjunto con las clases altas, y en esto difería en grado sumo del de casi todos los demás países, donde mozos de pueblo podían llegar a obispos y conducir a la grey electoral hacia un único partido católico. En Francia –quizá a causa de su estabilidad– la Iglesia seguía siendo conservadora en un sentido muy estricto. Ya había proporcionado al régimen bonapartista la clase de tropa para organizar los plebiscitos. Contaba con un concordato muy favorable, por el que se pagaban diezmos para el mantenimiento de las tierras, y el Estado pagaba los salarios, al tiempo que la Iglesia controlaba buena parte de la educación. Parecía haber una mafia clerical. En 1876, los candidatos para los exámenes de las Grandes Ecoles procedentes de la escuela de los jesuitas de la *rue de Postes* salieron bien parados, porque, evidentemente, habían tenido

conocimiento previo de las preguntas. Incluso bajo la República, los prefectos eran nombrados en función de sus creencias; así lo eran también muchos *généraux de jésuitière,* dado que el ejército se fue haciendo cada vez más aristocrático en las décadas de 1870 y 1880. La Iglesia defendió su posición en la década de 1870, y propuso una cruzada nacional, en el espíritu del recién descubierto Lourdes, para regenerar a Francia. El pretendiente al trono, Chambord, simpatizaba con ella. Fue una actitud que sublevó incluso a muchos católicos liberales, y la defección de estos hacia la causa republicana contribuyó en 1875 y después a hacer realidad la Tercera República.

A finales de la década de 1880, la Iglesia comenzó a temer verse rebasada por el socialismo. Además, el papa deseaba contar con una Francia aliada en su lucha contra el anticlericalismo italiano; en 1893 publicó la encíclica *Rerum Novarum,* un anticipo del «catolicismo social», y en 1892 se dirigió a los fieles franceses con *Au milieu des sollicitudes.* El cardenal-arzobispo de Argel, Lavigerie, hizo un llamamiento a los católicos para que apoyaran la República, y no la monarquía, y formasen un partido. Los católicos de las clases altas respondieron al mismo. El católico liberal Jacques Piou organizó un grupo de figuras de la clase alta con igual forma de pensar: el conde d'Haussonville, el banquero Hély d'Oissel, el príncipe d'Arenberg (quien, desde sus grandes fincas en Lovaina, Bélgica, y en Westfalia, podía apreciar bien el catolicismo político), para promover una «incorporación» *(Ralliement)* de los católicos a la República. Pero ni el papa, ni el nuncio, ni el cardenal, ni el banquero, ni el príncipe pudieron vencer el odio de los obispos franceses hacia la República. La denunciaban, empleando el perseguidor el lenguaje del perseguido. Querían el control de la educación; estaban escandalizados por el divorcio; no veían en el *Ralliement* el camino que seguir. Una Union de la France Chrétienne, bajo la dirección del vete-

rano monárquico Chesnelong (cuya primera sede central había estado, de forma muy propia, en el *impasse des Chevaux-légers*), denunció a los *ralliés,* con el apoyo de los obispos. Este grupo consiguió solo veinticinco escaños en 1893 y poco más hasta 1914, cuando pasó a denominarse Action Libérale. Los distritos electorales dominados por la derecha continuaron votando a los *notables;* los *ralliés* solo obtenían escaños allí donde a su vez eran *notables* y, dada la extraordinaria fuerza del liberalismo francés, tales escaños no eran muy numerosos. Francia no llegó a tener un partido conservador basado en la alianza de la religión y los negocios. Pocos hombres de negocios en su sano juicio podían estar al lado de la derecha francesa. En Francia, los demócratas no eran cristianos y los cristianos no eran demócratas.

La política francesa estuvo, pues, dominada por el centro, un centro que, a causa de la estabilidad del empleo y del moderado incremento de la prosperidad de la clase media y de la clase media-baja, no perdió partidarios a favor de la derecha o de la izquierda, como ocurrió en otros países. En conjunto, los grandes empresarios siguieron siendo liberales, con tendencia a la izquierda. El centro estaba formado por innumerables grupos políticos. En la década de 1870, estaba integrado esencialmente por liberales clásicos, que habrían aceptado una monarquía constitucional siempre que esta no hubiera tenido que soportar la carga de un clericalismo susceptible de provocar divisiones sociales. Muchas de las más importantes figuras eran protestantes: Say, Jauréguiberry, Freycinet, etc. En la década de 1880, estos liberales clásicos –*opportunistes* o *modérés*– tropezaron frecuentemente con la oposición de liberales radicales como Clemenceau. Los radicales eran hombres de negocios que querían que el gobierno tomara una parte más activa en el sostenimiento de la economía, y que aspiraban a una mayor democracia, antes que a unos presupuestos equilibrados. Estos radicales tenían también una serie de diputados

que, dentro de ciertos límites, estaban interesados simplemente en los problemas locales y podían derribar cualquier gobierno, fuera cual fuese su composición, si este no daba satisfacción a dichos problemas. Existían también algunos radicales que, para reforzar su compromiso con la democracia, añadían el sufijo *socialiste* a su denominación. Esto no significaba nada más que una cierta simpatía por la clase baja. De aquí que, a mediados de la década de 1880, la política se viera reducida a un juego y que la confusión resultante de ello fuese suficiente para animar al general Boulanger a soñar con un nuevo bonapartismo, una alianza del radicalismo de la clase media baja y el ejército, con la derecha pisándole los talones. Consiguió algunos titulares en los periódicos, pero el sistema cerró filas contra él, y sus candidatos solo lograron tres docenas de escaños, mientras que él mismo no fue capaz de persuadir a los otros generales a alzarse contra la República, que pagaba sus pensiones. En 1889, ya estaba fuera de juego. Las elecciones de 1893 arrojaron unos resultados clásicos: 122 radicales, 50 *républicains* (esto es, *opportunistes* de tendencia conservadora) 32 *ralliés,* 56 conservadores y 250 *républicains gouvernementaux,* que generalmente eran diputados con intereses locales, junto con 50 socialistas.

Aunque, a partir de 1895, la economía francesa cambió, los partidos no eran significativamente distintos en 1910, cuando las normas de la *Chambre* obligaron a los diputados a formar grupos. Había 20 diputados «independientes», 19 del *groupe des droites,* 34 de *Action Libérale (ralliés), 75 progressistes* (liberales de derecha, en realidad conservadores), 72 de la *gauche démocratique* (liberales de derecha, en realidad liberales), 113 de la *gauche radicale* (liberales radicales), 150 radicales (liberales de izquierda), 75 socialistas oficiales y 31 socialistas independientes. Todavía existía una enorme preponderancia del centro, aunque, cada vez más, se estaba estableciendo una combinación entre la derecha y

este. Pero esta combinación resultó imposible hasta que se plantearon debidamente las modernas cuestiones de la reforma social y del impuesto progresivo sobre la renta.

En las décadas de 1880 y 1890, a medida que crecía la tensión social, los hombres de la derecha esperaban poder llegar a un acuerdo con los elementos más derechistas del centro. La vía obvia para llegar a ello era la utilización del escándalo. Un sistema como el francés era particularmente susceptible de dicha utilización. Después de todo, un gran número de diputados se encontraban allí para promover los intereses locales y su propia causa. Numerosos radicales eran excampesinos, experiodistas, ex cualquier cosa, con solo perspectivas y una esposa rica por toda reputación. Lo mismo que Lloyd George en Marconi, tenían contactos con el mundo de los negocios y la intención de hacer dinero. Sus amigos políticos podían ayudarles. Se averiguó que el yerno del presidente Grévy había vendido condecoraciones. En 1891-1892 se desató un gran escándalo cuando se demostró que la Compañía de Panamá, en quiebra en esas fechas, había pagado sumas a algunos diputados –los *chéquards*– en concepto de «publicidad». En la práctica, los diputados involucrados, entre los que se incluían los radicales Clemenceau y Rouvier, eran inocentes: se habían limitado a comprar acciones preferenciales. Pero hubo jaleo. Esto no disuadió al electorado de votar a la izquierda en 1893, aunque a lo largo del camino algunos financieros judíos de dudosa moralidad se suicidaron.

El antisemitismo fue motivo para el siguiente escándalo, el mayor de la Tercera República, descaradamente explotado por la derecha francesa: el caso Dreyfus. A finales de 1894, un oficial judío de Estado Mayor, Alfred Dreyfus, fue falsamente acusado de espionaje a favor de Alemania. La acusación era frágil, el motivo bastante oscuro, ya que Dreyfus era rico. Además, una coalición de oficiales aristócra-

tas, surgida del odio al advenedizo, al judío, conspiró para ocultar la verdad, para probar falsamente la culpabilidad de Dreyfus y negarle durante varios años un juicio justo. Como consecuencia de ello se produjo un gran escándalo, dado que la familia de Dreyfus, con la ayuda de oficiales honorables, descubrió que la culpabilidad del mismo había sido probada sobre la base de una falsificación. En 1898, el falsificador, el coronel Henri, se suicidó. Entretanto, los intelectuales de la izquierda, entre los que se contaba el novelista Zola *(J'accuse),* habían denunciado vigorosamente al gobierno de Méline y al círculo de oficiales de la clase alta por mantener a Dreyfus en la isla del Diablo, a sabiendas de que no podía ser culpable. La derecha respondió con una exhibición de la Francia católica; la orden asuncionista, con su periódico *La Croix,* hizo causa común con el antisemitismo vulgar, avivado por la inmigración de judíos procedentes de Rusia en la década de 1890. En todo este asunto, la locura de la derecha fue tal que los esfuerzos de Méline por tender un puente entre aquella y el centro fracasaron. Méline se vio rechazado en las elecciones, y Dreyfus fue llevado de nuevo a Francia y «perdonado» en 1899. Algunos años más tarde, fue oficialmente exonerado y readmitido en el ejército.

No es excesivo decir que el resultado del caso Dreyfus provocó el descontento de toda Francia. El sistema republicano se había osificado. En la década de 1870, significó la liberación respecto al bonapartismo y al monarquismo clerical. Sin embargo, en muchos aspectos, la vieja derecha había reconstituido su poder por otras vías. Un tercio del cuerpo prefectoral era abiertamente *anti-dreyfusard.* El ejército reclutaba en gran medida en los aristocráticos Saumur, St. Maixent y St. Cyr –los *cyrards*– a sus oficiales, incluyendo a los Clermont-Tonnerre, Du Paty de Clam y Rohan Chabot, que desempeñaron un papel tan importante en la acusación a Dreyfus, el intruso. Algunos oficiales pro-

testantes y «técnicos» se pusieron de parte de Dreyfus, y hubo algunos realistas que se negaron a participar en esa campaña vulgar, pero no fueron muchos. El elemento *anti-Rallié* de la Iglesia tuvo una actuación lamentable.

Pero el hecho de que el sistema permitiera a la derecha más preponderancia en el Estado de la que parecía posible tras la crisis del *seize mai* de 1877 era debido a esa mayor osificación. Numerosas reformas sociales, del tipo de las emprendidas como cosa inevitable en todas partes, fueron simplemente ignoradas en una Francia fuertemente dominada por los pequeños intereses. La estructura educativa había continuado con su *baccalauréat* clásico, ignorando materias modernas tales como los idiomas y la ciencia. En las universidades no existía edad de jubilación y los profesores vivían hasta una avanzada edad. Las profesiones liberales cerraban filas frente a los jóvenes y las personas procedentes de las clases no acomodadas. En la administración de justicia, por ejemplo, los jóvenes principiantes tenían que trabajar gratis durante varios años, hasta que tenían la suerte de conseguir un trabajo fijo, a su vez mal pagado. El salario medio anual de un funcionario público, 1.500 francos, era más o menos el de un peón, y el salario más alto, el de los prefectos, 35.000 francos, era más bajo que el que cobraba el jefe de planta del *Bon Marché* de París. La situación de la sanidad pública era penosa. La tan cacareada *Mutualité* de Léon Bourgeois, aunque transformada en ley por Méline en 1890, se reducía a una pensión de jubilación por vejez o enfermedad de 75 francos anuales y la posibilidad (no utilizada con frecuencia) de bañarse una vez a la semana. Las medidas para la limitación de la jornada de trabajo habitualmente adoptadas en otros países no tuvieron en Francia ningún eco. La proliferación de pequeñas empresas y la supervivencia de la agricultura hacían que la mayoría de las personas estuvieran acostumbradas a explotarse a sí mismas, trabajando en las tiendas desde las 7,30 de la

mañana hasta las diez de la noche, con una interrupción de tres horas a mitad de la jornada. Las propuestas de jornada de ocho horas, tal como la que impulsó a los tipógrafos a ir a la huelga en 1906, tropezaban con la incomprensión de la inmensa mayoría de los votantes liberales; la idea de unas vacaciones pagadas, de una pensión de vejez o de una edad obligatoria de jubilación, tropezaban con una resistencia similar. Hasta que llegó el Frente Popular en 1936, Francia no consiguió parte (no todas) de las reformas sociales que otros países habían conseguido incluso –como en el caso de Alemania– cincuenta años antes. El hecho de que tantos franceses fueran independientes hizo también que no hubiera ninguna esperanza de que la reforma social se pudiese sufragar mediante el sistema impositivo. Un impuesto progresivo sobre la renta, como el que Prusia tenía desde 1891 y Gran Bretaña desde 1893, era casi impensable. Como decía Clemenceau, un francés puede dar su vida por su país, pero su dinero nunca.

Para mucha gente, la Tercera República se había convertido en un sistema por el que los intereses a corto plazo se preocupaban por el juego político e ignoraban la osificación de aquel, al tiempo que una conspiración clerical reservaba los puestos importantes para los católicos de clase alta. Estos católicos estaban entonces estrechamente unidos a los antiguos *opportunistes* que, en la década anterior, habían sido sus enemigos. Un Edmond Blanc, por ejemplo, aunque radical en política, era un hombre rico cuya hija se casó con un Radziwill y cuya hermana se casó con el católico Hély d'Oissel. Siempre había existido en el liberalismo radical francés un elemento de arribismo social; su radicalismo era en parte el resultado del constante desaire que el «comercio» encontraba en el Faubour St. Germain. Pero incluso la aristocracia francesa no carecía totalmente del sentido de la supervivencia, y en esta época se dieron muchos matrimonios de miembros de esta clase con miembros

de la alta burguesía: los Heine, Fould, Mirès, Rothschild y sus equivalentes no judíos eran buenos partidos para los hijos e hijas de los aristócratas. Las «doscientas familias», o las *grandes dynasties bourgeoises,* habían conseguido una posición de aparente indestructibilidad: el *mur d'argent,* como posteriormente se le conoció. Hacia 1900 se produjo un anticipo del Front Populaire. En las elecciones de 1902, la derecha y la izquierda lucharon desde posturas claras, y solo hubo nueve votaciones entre tres candidatos.

En 1896-1898, Jacques Méline había tratado de «agrupar» al estilo alemán a los partidos de la propiedad en contra de la izquierda. Con ello provocó una fuerte oposición, incluso en el seno de los propios partidos de la propiedad. Los republicanos de clase media alta, los *modérés,* habían sido gravemente derrotados en las elecciones de 1893, viendo cómo sus votantes se deslizaban hacia los radicales que querían reformar el sistema y «democratizarlo». No todos esos *modérés* (a los que Méline reconstituyó como *progressistes*) estaban por una costosa e inútil lucha de clases. Hombres como el rico abogado Raymond Poincaré, que representaba los intereses de la empresa de armamentos Schneider-Creusot, o Waldeck-Rousseau, otro rico abogado, o los imperialistas Eugène Etienne, Rouvier, Georges Leygues o Louis Barthou –todos ellos prudentes financieros–, desaprobaban a los *clérico-nationalistes,* y apoyaban la causa de Dreyfus. Fue fácil para ellos encontrar un terreno común con los radicales. Estos, después de todo, constituían un partido de hombres de negocios, algunos de ellos muy ricos, como Edmond Blanc, Klotz, Deschanel, Doumer o el propio Clemenceau. Había, ciertamente, en el elemento radical un grupo de desagradables arribistas y había radicales que unían a su denominación el sufijo *socialiste.* Pero, ¿no podían ser controlados mejor mediante complicadas alianzas que mediante una oposición? Finalmente, existían claros indicios de que, en el seno de los socialistas,

había muchos diputados dispuestos a adoptar un programa de reformas que mejorase la sociedad capitalista en vez de destruirla con el colectivismo. En 1899, Waldeck-Rousseau se las arregló para formar su propio Grande cercle Républicain, llamado posteriormente Alliance Démocratique, de los *républicains de gauche* con los radicales y los radical-socialistas (que se fusionaron en 1901-1902 en un grupo enorme y mal organizado, denominado Parti Républicain Radical et Radical-Socialiste), y algunos socialistas entre los que se encontraba el «revisionista» Alexandre Millerand. Este formó parte de un gabinete ministerial en el que también estaba el general marqués de Galliffet, que había participado en la represión de la Comuna en 1871.

El propio Waldeck-Rousseau abandonó en 1902 y fue reemplazado por el dirigente de los radicales, Emile Combes, cuyas mayorías fueron conseguidas gracias a las *délégations des gauches* presididas por el pomposo radical Sarrien, con el que cooperó Jean Jaurès. En diversas formas, este bloque gobernó Francia hasta diciembre de 1909, fecha en que Clemenceau se vio obligado a dimitir después de haber sido presidente del consejo de ministros durante tres años.

Fue un bloque extremadamente frágil. Tanto su ala derecha como su ala izquierda se asustaban de la presencia de la contraria en el gabinete: algunos socialistas no podían tragar al marqués de Galliffet; algunos liberales no podían tragar a Millerand, quien intentaba que los patronos reconocieran a los sindicatos. En materia de política económica, el grupo estaba desunido; por supuesto, no aprobaría el impuesto progresivo sobre la renta, única forma de sufragar una reforma social seria, y las propuestas en este sentido fracasaron. Se llegó a un acuerdo sobre la reforma de la educación y se estableció un *baccalauréat* moderno. En pocos años, el número de estudiantes se incrementó de 30.000 a 40.000. Se hizo algo en favor de la educación de la mujer.

Se realizaron algunas tímidas acciones en materia de legislación social: se estableció una pensión de vejez voluntaria y se adoptaron medidas de asistencia pública para los ancianos y los enfermos, aunque su importe ascendía solo a 34,9 francos *per capita,* frente a la cifra británica de 180, que, además, alcanzaba al doble de personas que en Francia. Se hizo un esfuerzo por mejorar la situación de la Administración pública, pero la mayoría de los radicales veían en ella un cuerpo parasitario. Se permitió a los funcionarios ver sus fichas personales, lo que hizo que de estas fichas desapareciera todo lo que no fueran datos cronológicos.

Continuaba existiendo un espíritu de venganza contra los *antidreyfusards* de la clase alta. A finales del siglo XIX, la Iglesia, y en menor medida los oficiales y jefes del ejército, era considerado como el baluarte de la reacción. La Ligue pour la Défense des Droits de l'Homme, con sus 240.000 miembros, constituía la vanguardia de un amplio y clamoroso movimiento anticlerical. En numerosos pueblos existían organizaciones masónicas y seculares que unían a la gente en contra de la Iglesia. En el descubrimiento de la estatua de Dalou, el *Triomphe de la République,* hubo un desfile de estas organizaciones, encabezado por los masones con mandiles y martillos. En el aniversario de la ejecución de Luis XVI, la gente se reunía para comer *tête de veau.* El *Bloc* tuvo un objetivo fácil. El ejército fue puesto bajo el control de un general republicano, André, quien dirigió la política de nombramientos militares para crear su propia camarilla de generales masones (tales como Sarrail y Joffre), frente a los *capucins bottés* (tales como Foch o Castelnau). Se hicieron esfuerzos por democratizar el cuerpo de oficiales. Por ejemplo, se derogaron las disposiciones que lo reservaban a la clase alta. Las esposas de los oficiales ya no necesitaban una dote de 1.200 francos, podían trabajar y ya no estaban obligadas a viajar en primera clase. En tales circunstancias, un escándalo relacionado con el uso por parte

de André de espías masones para informar de las opiniones emitidas por los oficiales durante las comidas *faire des fiches*– proporcionó a la derecha un pretexto para romper con el *Bloc.* En los tiempos de Emile Combes, el bloque estaba aglutinado por la oferta de cargos y prebendas. Combes organizó su propia oficina, con 18 *adjoints* y 15 *chefs de bureau.* Su hijo repartía medallas en abundancia. En el sudoeste, Georges Leygues desplegaba «kilómetros de cinta roja», o *palmes académiques.* Los dirigentes políticos radicales (y algunos socialistas) conocieron una época dorada concediendo licencias para la venta de tabaco.

El mayor de los esfuerzos, y el que ocupó más tiempo parlamentario, fue la separación de la Iglesia y el Estado, realizada en medio de un gran estruendo en los años 1905-1907. La Iglesia se había hecho muy impopular; había defendido también la división social en educación. Los honorarios de un colegio jesuita en París eran de 1.400 francos anuales –casi tanto como el salario de un funcionario– y los receptores de esta educación católica estaban claramente en mejores condiciones de desenvolverse profesionalmente que los chicos de los *lycées* estatales, no porque la educación de aquellos fuera mejor (más bien lo contrario: los niveles en los *lycées* del Estado eran con frecuencia mucho más altos), sino a causa de los «contactos» y de sus modales más distinguidos. Los *réguliers* dedicados a la enseñanza ascendían en esos momentos a 162.000, dos tercios más que en 1789; se había producido una expansión similar de los *séculiers,* o sacerdotes ordinarios. La literatura francesa no evoca con afecto a los miembros de las órdenes regulares: de manera casi general, estos aparecen en ella como locos fanáticos. Se acusó también a la Iglesia de haberse enriquecido, de tener un *milliard* (mil millones) de francos. Era evidente que había empleado los 40 millones de francos de salarios anuales pagados por el Estado para construir un im-

perio privado que luego fue utilizado contra el Estado republicano.

La discusión de este asunto dio muchos quebraderos de cabeza a los radicales. Absorbió todo el tiempo de los debates parlamentarios, de forma que no hubo que tomar en consideración los molestos planes de los socialistas. Incluso Jaurès se puso al lado del anticlericalismo, puesto que, al igual que los socialistas británicos en la cuestión irlandesa, pensaba que todo el asunto tenía que ser retirado de la agencia si se quería abordar los importantes temas de la reforma social. Las propiedades de la Iglesia podían satisfacer también las ansias de los más sospechosos clientes de los radicales. Si Dios no hubiera existido, habría que haber inventado al menos su Iglesia, por el bien de los radicales. En 1904, los colegios equivalentes a las escuelas privadas inglesas fueron clausurados: en Lyon dejaron de funcionar las escuelas de las órdenes religiosas, y el 40 por 100 de los alumnos de las escuelas secundarias lyonesas pasaron a los *lycées* del Estado. En diciembre de 1905, se decretó la separación de la Iglesia y el Estado, y en 1907 se habían reglamentado los detalles de la misma. El Estado dejó de ser responsable de los salarios y edificios clericales; unos y otros pasaron a depender de los creyentes, aunque en la práctica ayudaron a veces los municipios. La Iglesia, por su parte, ya no necesitaba la aprobación estatal de sus nombramientos. Las propiedades de la Iglesia fueron nacionalizadas y en ocasiones vendidas. El monasterio de la Grande Chartreuse fue vendido a Cusenier, fabricante de licor, a un precio muy bajo, quizá porque los tasadores estatales habían sido sobornados. Las inofensivas órdenes fueron expulsadas, y se establecieron en Inglaterra y Bélgica, al igual que los jesuitas. En Bretaña, cuando los aldeanos se congregaron para defender su Iglesia, hubo algunos incidentes desagradables. En 1907, el Estado había cedido en alguna medida, y se había llegado a un compromiso viable en relación con las pro-

piedades. A partir de entonces, el anticlericalismo, como en Inglaterra el inconformismo, fue una cuestión zanjada.

Después de 1907, los radicales tuvieron que afrontar el problema que el anticlericalismo les había permitido esquivar: la cuestión del impuesto sobre la renta y, en general, de la reforma social. Los radicales salieron bien parados en las elecciones de 1906: 247 escaños (el 42 por 100), frente a los 59 de la SFIO, los 100 de los viejos liberales (Alliance Démocratique) y los 80 repartidos entre la derecha. Clemenceau fue primer ministro hasta diciembre de 1909. Prometió 17 reformas y solo llevó a cabo una. Reprimió con vigor las huelgas, hasta el punto de que su propio partido lo expulsó de sus filas (aunque él no se preocupó por ello, ya que nunca había solicitado la afiliación). Se mostró especialmente cruel después del desastre minero de Courrières, en el que murieron 1.100 hombres. Siguió gobernando hasta que los radicales le hicieron abandonar, por temor a las consecuencias de tenerlo a su frente en las próximas elecciones de 1910. Clemenceau gobernó con gran dureza y vigor; en política exterior, se esforzó por encontrar una cuestión que sustituyera al anticlericalismo del que se habían visto privados a causa de su propio éxito. Clemenceau era un viejo radical: un médico, desdeñoso de la moralidad de la derecha (estaba divorciado de su esposa norteamericana, y la acosaba sin piedad, hasta el punto de que se vio obligada a enseñar París a grupos de turistas, y en una ocasión fue arrestada por su extremadamente infiel marido, cuando era ministro del Interior, por adulterio). Pero Clemenceau era rico. También lo eran muchos otros radicales. Una vez zanjados los problemas más antiguos, no era posible evitar que los socialistas y los liberales de izquierda de las grandes ciudades plantearan la cuestión de la reforma del sistema impositivo francés.

Después de la caída de Clemenceau a finales de 1909, las cuestiones de los impuestos, el rearme y la reforma social se plantearon en Francia como en todas partes, en una atmósfera de creciente tensión social y de amenazas de guerra internacional. En general, los nacionalistas no querían el impuesto sobre la renta, y los defensores de la reforma social no querían un nacionalismo militarista, aunque los socialistas mostraban principalmente su patriotismo en el hecho de estar dispuestos a aceptar una guerra defensiva contra Alemania.

Las elecciones de 1910, y todavía más las de mayo de 1914, mostraron hasta qué punto estaba en decadencia la vieja fuerza radical de la República. Bajo el caleidoscopio de las desorientadoras denominaciones de los partidos y la abundancia de diputados en los bancos de la izquierda, se produjo un notable desplazamiento hacia la derecha. En 1910 había 76 diputados socialistas, 85 diputados de la derecha (incluyendo los de Action Libérale) y 60 *progressistes,* o liberales de derecha; en el centro estaban 93 *républicains de gauche* y 225 radicales. En 1914, el declive de los radicales fue notable, porque descendieron a 172, mientras que los socialistas (incluyendo los independientes) ascendieron a 126. Los radicales solo podían gobernar ahora con un fuerte apoyo, bien de la derecha o bien de la izquierda.

Los radicales, lo mismo que otros liberales, eran aparentemente incapaces de crear una organización seria. En 1914 había 238 diputados radicales, pero solo 172 aceptaban la autoridad de la *rue de Valois.* Su partido databa de finales de siglo, pero su aparato central era enorme, y sus conferencias estaban abiertas a todos los que quisieran asistir a ellas (con derecho a voto). Estas conferencias, que eran ignoradas por los diputados, votaban a favor de las tesis habitualmente defendidas por los liberales de izquierda, incluido el sufragio femenino. Pero una tercera parte de los afilia-

dos se negaban a pagar su cuota de 200 francos o, como en 1910, a admitir el «programa». Los diputados ignoraban las severas críticas de las conferencias, y continuaron votando a favor de Clemenceau después de que fuera expulsado, o a favor de Barthou en 1913, después de que fuera proscrito. Los radicales constituían un partido de bienintencionados maestros de escuela y funcionarios que proporcionaban los militantes en nombre de la *laicité.* Pero era también un partido de maquinarias locales. El progreso del socialismo en las ciudades confinó cada vez más al partido radical a las pequeñas poblaciones y a los distritos electorales rurales del sur, donde la decadencia de la agricultura confirió importancia, en materias económicas, a la «maquinaria» rural. Había también radicales ricos, vigorosos denunciantes de los males del pasado, que ahora abrazaban con entusiasmo la causa del imperialismo. Albert Sarraut, diputado por el Aude, llegó a ser gobernador general de Indochina en 1911; le había precedido Paul Doumer, que tenía también intereses en el ferrocarril de Yunnan. Léon Mougeot, que había atacado a la Compagnie Occidentale en Madagascar, fue ministro de Agricultura en el gobierno de Combes y adquirió tierras en Tunicia; después de esto, protegió a la Compagnie Occidentale, que estaba dirigida por una versión más joven de él mismo. Justin Derchot dirigió Le Radical a partir de 1909 y se enriqueció comprando tierras que el Estado había confiscado en Marruecos.

Un Clemenceau reprimiendo vigorosamente las huelgas, con la intención de adquirir credibilidad entre la derecha, podía ser mal visto por la base de su partido. Sin embargo, ¿qué otra cosa había? En los proyectos de reforma social se produjeron curiosos retrasos. Por ejemplo, la aprobación de las pensiones de vejez se alargó hasta 1910, año en que finalmente se convirtió en ley un proyecto muy tímido. Como era característico en Francia, solo un tercio de los beneficiarios contribuían. Los socialistas y los radicales, con al-

guna ayuda del centro, podían, ciertamente, aprobar más leyes de este tipo, y más generosas. Pero, ¿de dónde iba a salir el dinero? Esta cuestión, y los proyectos de ley de armamentos relacionados con ella, coincidió con un valiente esfuerzo por parte de Briand de terminar con las irregularidades de las pequeñas poblaciones y los distritos electorales rurales, introduciendo la representación proporcional. El resultado fue un caleidoscopio de gobiernos a partir de 1910, cuando los partidos se dividieron: después de Clemenceau, Briand; de nuevo Briand; un corredor de bolsa, Maris; el tecnócrata liberal de izquierda, Caillaux; Berteaux; Poincaré; Deschanel; Briand nuevamente; Barthou; Doumergue; Ribot durante tres días; y Viviani, que presidía el gobierno al estallar la guerra. El rasgo principal de esta época lo constituyó el hecho de que algunos radicales se acomodaban a cualquier programa con tal de conseguir uno de los puestos de grandes «clientelas»: correos, interior, transportes, etc. Mientras tanto, los asuntos parlamentarios podían estar empantanados por una serie de intachables pero complicadas leyes de escasa importancia, como, por ejemplo, la de «inalienabilidad del hogar familiar» (1909), que paralizó la discusión del impuesto sobre la renta. Aristide Briand fue un maestro en el arte de conseguir que el Senado rechazara cosas que la *Chambre* no había tenido el valor de rechazar, aunque en la práctica el Senado era un fósil que podía haber sido soslayado (y en ocasiones lo fue) mediante el uso del decreto-ley.

Sin embargo, con la segunda disputa marroquí del verano de 1911, quedó claro que Francia tendría que hacer un gran esfuerzo armamentista si quería seguir siendo una gran potencia. Su población no le permitía reclutar el mismo número de hombres que Alemania; si quería contar con un ejército tan grande como el de esta, tenía que contar con un servicio militar de tres años, y no de dos (como sucedía desde los tiempos de Combes, en 1905). Esto significaba un

gran incremento del presupuesto militar. ¿Cómo sufragarlo? Las finanzas ya causaban problemas. Aun sin la carga de la nueva pensión, el gasto público había subido en una quinta parte entre 1900 y 1909.

El sistema impositivo era herencia de un pasado lejano. En los primeros tiempos de la República, había parecido bastante adecuado para un mundo en gran medida agrario. Se trataba de un sistema de imposición indirecta, sobre la tierra o los edificios, y los aranceles constituían una parte importante de los ingresos públicos. Algunas zonas pagaban más que otras, y el sistema en su conjunto, al recaer sobre los productos de consumo ordinario, afectaba más a los pobres que a los ricos.

Mucha gente se quejaba de ello. La alternativa era un impuesto gradual sobre la renta. Pero esto en Francia tropezaba con grandes dificultades. La preponderancia del sector «independiente» de agricultores y pequeños comerciantes hacía que la mayoría de la gente llevara sus propios libros, cuando los llevaba, de forma que sus ingresos solo podían ser evaluados mediante una dificultosa investigación, de un tipo en contra del cual se suponía que había sido construida la República. ¿Por qué sacar más dinero de los más prósperos, penalizándolos así? Sesenta y cinco proyectos de esta clase de impuestos fracasaron antes de 1909, incluyendo uno del veterano Rouvier. El Senado rechazó otros dos en 1907 y 1910. No fue sino en 1913, gracias a las necesidades de la defensa nacional, cuando se aprobó dicho impuesto. Estaban exentos del mismo la totalidad de los agricultores. El propio impuesto era bastante reducido: el 3 o 4 por 100 de los ingresos superiores a 5.000 francos, con un ligero recargo para los que pasaban de los 25.000.

De los tres grandes proyectos de reformas, el impuesto sobre la renta y el del servicio militar de tres años fueron aprobados en 1913, pero no así el de la representación pro-

porcional, el arma del centro contra los notables locales de dudosa moralidad, en parte a causa de los desacuerdos de sus autores sobre la forma en que debía realizarse. Pero, para entonces, la coalición de centro-izquierda sobre la que se había basado la República estaba llegando a su fin: su disolución quedó registrada en el caleidoscopio de gobiernos que siguieron al de Clemenceau, mientras luchaban con distintas combinaciones de las tres principales cuestiones, o con espaciosos aplazamientos de las mismas. La derecha francesa reivindicó para sí, con éxito, la causa nacionalista. A partir de 1911 llegó el *réveil national,* una era de desfiles y trompetas. Se produjeron manifestaciones gigantescas en favor de una ley militar que colocara a Francia al nivel de Alemania. Action Française hablaba en nombre de la derecha nacionalista y autoritaria, con ribetes de antisemitismo. El nombramiento como presidente del declarado *revanchard* Poincaré en 1913 significó que Francia tenía ahora un presidente activo, no un figurón. Animó a sus aliados rusos a seguir en los Balcanes una política osada, y prometió que Francia iría a la guerra, fuera cual fuera el pretexto (agosto de 1913). En 1913, se aprobó la ley del servicio militar de tres años. En la campaña electoral, la izquierda había prometido oponerse a ella. Pero en mayo de 1914, cuando fue sometida a votación, de los 602 diputados, 325 se mostraron a favor de la misma, y entre ellos se incluían tanto socialistas como cien radicales. El liberalismo de la Tercera República finalizaba con una «extraña muerte»; después de la Primera Guerra Mundial, Francia se convertiría, una vez más, en un país fatalmente dividido.

AUSTRIA-HUNGRÍA

La monarquía de los Habsburgo constituía una versión en miniatura de Europa. Se extendía por toda Europa central, desde la frontera suiza hasta la remota Bucovina, en la frontera ruso-rumana; desde lugares prósperos, sosegados,

como Salzburgo, en el oeste de Austria, pasando por la industriosa Bohemia, hasta las pobres aldeas judías de la Galitzia polaca y hasta la región de los Cárpatos, en Hungría, donde una población montañesa terriblemente pobre tuvo que ser eximida del servicio militar obligatorio porque, a los veinte años, las voces de los hombres no habían cambiado debido a la extrema pobreza de su dieta. Era una tierra de enormes fincas, heredadas de los tiempos en que el conde húngaro Eszterházy poseía más tierras que el rey de Wurtemberg; pero existían también grandes ciudades modernas como Viena, con dos millones de habitantes diseminados en la mayor área urbana de Europa, o Budapest y Praga, ambas con una población en rápida expansión a finales del siglo XIX: Budapest era prácticamente una ciudad recién construida, con algunos elementos barrocos en Buda, a orillas del Danubio, y Praga era una obra maestra del Barroco y el Gótico (todavía hoy casi intacta), igualada solo por Cracovia, el centro (aunque no la capital) de la parte austriaca de Polonia. En la monarquía de los Habsburgo, los carteles anunciadores de la movilización se redactaban en quince idiomas; pero existía una uniformidad puesta de manifiesto en la arquitectura urbana. Znojmo o Brno en Moravia, Zagreb en Croacia o Kolozsvár (Cluj) en Transilvania: iglesias con cúpulas en forma de cebolla, edificios semiclásicos de color ocre, una gran plaza del mercado donde, los domingos, las bandas militares tocaban para los paseantes del inmediato *corso;* a veces, en las ciudades que habían sido la cuna de la Contrarreforma, como Eger (Erlau), una inmensa catedral barroca dominando un montón de casitas; o, en los viejos centros calvinistas, un *Templom* protestante mucho más modesto, como la iglesia central de Debrecen, en Hungría oriental, donde, bajo la protección de los *Bethlen* calvinistas de Transilvania, exiliados escoceses habían promovido la causa de su inflexible internacionalidad.

El emperador Francisco José (nacido en 1830) había heredado el manto del Sacro Imperio Romano, que se remontaba hasta su antecesor Carlomagno, mil años atrás. Tenía el mandato del cielo, y sus dominios estaban tachonados de enormes catedrales y monasterios, como los de Kremsmünster o Melk, dominando el Danubio por encima de Viena, para recordarle el papel de su dinastía en la Contrarreforma, cuando los Habsburgo reconquistaron para el catolicismo la Europa central. Los rígidos rituales borgoñones del *Hofburg* del emperador en Viena –aunque las listas de precedencia del *Ancien Régime* variaban en el Vár de Budapest y en el *Hradčany* de Praga– recordaban a la generación actual lo lejos que se remontaba en el tiempo este imperio, más allá de los días en que, por decreto papal, sus antepasados españoles eran recompensados con la mitad del mundo. Los servidores de la dinastía se comportaban corno si tuvieran su porción de mandato del cielo: las actas de los consejos de ministros estaban redactadas en un lenguaje extraordinariamente solemne, con abundancia de subjuntivos y largos parlamentos en alemán, y los bramantes que sujetaban los documentos eran de diferentes colores, de acuerdo con el país histórico a que correspondían (negro y amarillo para los asuntos imperiales, tales como el ejército; rojo, blanco y verde para los del reino apostólico de Hungría; rojo, blanco y rojo, los colores de los cruzados de Babenberg, para los asuntos internos de Austria; marrón y amarillo para las tierras de Bosnia recientemente anexionadas). Francisco José hablaba 19 idiomas –aunque Karl Kraus, escritor satírico vienés, abrió un libro para registrar en él los lugares comunes que en los distintos idiomas decía el emperador en sus discursos públicos–, e hizo todo lo que pudo por gobernar de forma imparcial sus pueblos, descritos por un ministro de Asuntos Exteriores como *eine besonders farbenprächtige Kollecktion,* en el intraducible lenguaje irónico que constituía una segunda naturaleza para todo el que vi-

vía en la monarquía. Quince idiomas: pero una extraña uniformidad en todas partes.

Formaba parte de la ideología de la Contrarreforma la creencia de que la política era una versión del pecado original, creencia abundantemente confirmada por la experiencia de Francisco José, desde su ascensión al trono en el invierno de 1848. A los dieciocho años fue coronado en un castillo de la Silesia austriaca por el «salvador» de la dinastía, el príncipe Schwarzenberg. Se esperaba del joven emperador que saliera del caos de la revuelta de los liberales, caos al que su predecesor y tío, el emperador Fernando, había sido incapaz de oponer otra cosa que una continua ironía, parte de la cual era casi húngara por su frustrada inteligencia. («No era necesario hacerme abdicar para perder tantas batallas y provincias», diría más tarde.) Sin embargo, Francisco José tuvo que adaptarse al liberalismo. Renunció al esfuerzo de gobernar la monarquía como un solo Estado, la Gran Austria *(Gross-Oesterreich),* y en 1867 la dividió en dos partes. El reino histórico de Hungría, dos veces mayor que la Hungría actual, estaba gobernado por un Parlamento radicado en Budapest, y el resto de la monarquía, un enorme Estado en semicírculo que abarcaba tierras italianas, alemanas y checas, Galitzia y la Bucovina, así como el litoral esloveno del Adriático, tenía en Viena su propio Parlamento central, el *Reichsrat.* Los históricos «reinos y tierras» de este Estado gobernado desde Viena contaban con sus parlamentos propios, los *Landtage* (denominados usualmente «Dietas»). La parte no húngara de la monarquía tenía un nombre oficial extremadamente largo y no se llamó «Austria» hasta 1915, aunque de manera no oficial este había sido su nombre desde el comienzo. Había una constitución compleja, el «dualismo». Los dos Estados estaban separados formalmente, pero tenían en común algunas cosas: un arancel aduanero, la política exterior, el ejército. De vez en cuando, los ministros de estas materias se reunían con

los primeros ministros de Austria y Hungría en un consejo de ministros común. Las decisiones en materias comunes se sometían a «delegaciones» de los dos parlamentos, que se reunían alternativamente en Budapest y Viena. Característico de las absurdas disputas existentes entre Austria y Hungría es el hecho de que en 1889 se produjo una gran trifulca a causa de una conjunción. El ejército común era conocido con el nombre de *kaiserlich-königlich,* y su organización central como *Reichskriegs-ministerium. Königlich* significaba que el emperador era también rey –de Hungría, Bohemia y Croacia– y por consiguiente situaba a los otros reinos al mismo nivel que la semiseparada Hungría. A los húngaros esto les molestaba intensamente, y también les molestaba la expresión *Reichs-,* porque implicaba que lo que existía era un vasto *Reich* de los Habsburgo, y no dos Estados. Después de muchas discusiones se introdujo la conjunción *und* entre las dos «k» –quedando *k.u.k.*– y en 1911 el sufijo *Reichs* fue abandonado, siendo reemplazado por *k.u.k.,* con lo que todas las tierras austriacas quedaban englobadas en una «k» imperial y los territorios húngaros en la otra, real pero igual. A partir de entonces, *k.k.* significó «austriaco».

La política austriaca reflejaba el hecho de que Austria era un país moderno (en su conjunto) y seguía el modelo europeo: es decir, un confuso entrelazamiento de liberales y clericales en la década de 1880; un intento de silenciar los descontentos de las clases bajas a principios de la década de 1890; un giro a la derecha a finales de la década de 1890 y comienzos de la de 1900; un corrimiento hacia la izquierda en 1905-1907, cuando se implantó el sufragio universal masculino; unos años de «tecnocracia» de tendencia izquierdista; y luego, a partir de 1909, la misma desintegración política que se dio en otros países. Austria fue a la guerra en 1914 con el Parlamento de Viena ya clausurado.

Hungría era algo diferente. En Austria, el peso económico estaba distribuido de manera relativamente uniforme entre alemanes, checos, polacos, eslovenos e italianos, de forma que incluso en un Parlamento de sufragio restringido, las dos quintas partes alemanas de Austria, aunque de algún modo eran el elemento más rico, no constituían una mayoría en el *Reichsrat.* No era, pues, practicable la opresión de otras nacionalidades. En cualquier caso, los propios Habsburgo no estaban a favor de esta opresión. Francisco José deseaba ser un padre para sus pueblos, y la Iglesia reforzaba su intención. Su antecesor, el emperador Leopoldo II, había fundado una cátedra en checo en la Universidad de Viena; los censores del emperador Francisco habían prohibido partes de una obra teatral de Franz Grillparzer, *König Ottokars Glück und Ende,* porque presentaba a los checos desde un punto de vista negativo. En la década de 1860, la monarquía de los Habsburgo promovió en Galitzia la causa polaca, mientras que los prusianos y los rusos, en las zonas de Polonia que dominaban, se mostraban cada vez más opresivos, hasta el punto de prohibir la enseñanza en lengua polaca. El clerical conde de Taaffe, que fue ministro-presidente durante largo tiempo en la década de 1880, promovió acertadamente el uso del checo y el esloveno, que florecieron en esta época, y muchos hubieran visto con buenos ojos que Austria-Hungría adoptara un sistema de cantones similar al de la multinacional, pero pacífica, Suiza.

La dificultad estribaba en que, en los «reinos y tierras» históricos, las nacionalidades estaban entremezcladas. Una tercera parte de Bohemia era alemana, los alemanes sudetes, como fueron llamados (1902), aunque de hecho los alemanes sudetes eran solo los más prominentes entre los alemanes de Bohemia, Moravia y Silesia. Estos alemanes vivían principalmente en las orillas de las tierras checas, pero existían también importantes islas lingüísticas, por ejemplo, en Iglau (Jihlava). Los alemanes de Praga se habían reducido a

unos cuantos miles hacia 1910, pero Brno, capital de Moravia, era todavía una ciudad en gran medida alemana en el seno de una zona rural checa; y en las ciudades de Silesia había con frecuencia una mezcla de alemanes y checos, o, en el caso de la ciudad minera de Tesín (Teschen), de alemanes, checos, polacos y –a juzgar por los padrones del censo de 1910– «intereslavos». En Eslovenia existía una versión reducida del mismo modelo. En Galitzia, los rutenos –llamados también ucranianos o pequeñorrusos– constituían una tercera parte de la población, concentrada en el este, pero con un apéndice en las montañas del sur de Polonia. En Trieste, convivían eslovenos e italianos; en el sur del Tirol, alrededor de Trento, alemanes e italianos. Las zonas de las «tierras hereditarias» de la casa de los Habsburgo –aproximadamente el territorio de la Austria moderna– eran un bloque germánico, pero incluso en ese caso existían particularidades: Viena había recibido tantos inmigrantes eslavos que casi se había convertido en la capital de la Checoslovaquia independiente al acabar la Primera Guerra Mundial. Con el tiempo, algunos de esos eslavos se convirtieron en nacionalistas alemanes: el dirigente nazi de Viena se llamaba, absurdamente, «Odilo Lotario Globočnik».

Fue, de hecho, el *Reichsrat* de Viena el que convenció al joven Hitler, que vivió en dicha ciudad durante varios años antes de la guerra, de que los parlamentos eran inútiles; por otra parte, los conservadores rusos no tuvieron ninguna dificultad en señalar a ese organismo como un ejemplo de lo que sucedería si su propia *Duma* se hacía realidad. En los Estados con varias nacionalidades, un parlamento centralizado podía sencillamente resultar inviable. Las disputas lingüísticas dominaban todo lo demás. Si un determinado grupo nacional particular quería obligar al gobierno a que aceptara una determinada medida, no tenía más que obstruir la labor del *Reichsrat.* Así, cuando en 1895-1896 se planteó la cuestión de un instituto de enseñanza media en

la ciudad de Celje (Cilli), donde predominaban los alemanes, y de nuevo durante la crisis de Badeni en 1897-1898, cuando el gobierno otorgó igual estatuto en el seno de la burocracia bohemia a checos y alemanes, tanto el grupo eslavo como el grupo alemán hicieron una labor de obstrucción: largos discursos, a veces en ruso (de un diputado ruteno); trompetas de caballería; lanzamiento de libros de leyes y tinteros. Con esta obstrucción resultaba imposible aprobar aquellas normas internas que la habrían evitado, problema que los británicos (con los irlandeses), los italianos y los húngaros también sufrieron.

En la década de 1880, existía un sufragio limitado, aumentado ligeramente en 1882 para incluir a los «hombres de cinco *Gulden*». Esto significaba un parlamento de clase media, en el que el conde de Taaffe podía desenvolverse con mayorías cambiantes (a veces liberales, a veces clericales). En la década de 1890, al incluir más gente el censo electoral, llegó al *Reichsrat* un elemento mucho más numeroso de la clase media baja, cuyos representantes eran más radicales, demagogos como Karl Lueger, que hablaba un lenguaje violentamente antisemita, o Karel Kramář, dirigente de los «jóvenes checos». Los «jóvenes checos», que barrieron en los distritos checos en las elecciones de 1890, eran despiadados y confiados en su futuro, y totalmente contrarios al compromiso con la minoría alemana. El *Reichsrat* alcanzó el sufragio universal en 1907, dado que el emperador deseaba dar entrada en el mismo a socialdemócratas que hablaran más de dinero que de nacionalismo. Pero esto tampoco funcionó. Los propios socialdemócratas se dividieron en relación con el problema de las nacionalidades, y en 1910 existía un partido checo independiente. Por entonces, también los católicos austriacos habían dejado de celebrar asambleas conjuntas: las celebraban por separado para los «reinos y tierras». La única forma de manejar el *Reichsrat* era hacer un uso constante del artículo 14 de

la Constitución, que estipulaba el gobierno por decreto en caso de emergencia. El artículo 14 se empleó para el presupuesto y para la mayor parte de la legislación.

Este era un modo absurdo de gobernar el país. La única respuesta posible habría sido construir una federación de nacionalidades. Pero esta solución era ilusoria, dada la gran cantidad de unidades federales que tenían sus propios problemas de nacionalidades. En realidad, a partir de 1880 las unidades habían ganado peso en relación con el centro. El *Landtag* de Bohemia y el *k.k.Statthalterei* de Praga controlaban considerables sumas de dinero, una vasta burocracia y una sorprendente autonomía incluso en materias supuestamente centrales, como los ferrocarriles. Pero el *Landtag* era aún más difícil de manejar que el propio *Reichsrat;* y esto mismo acabó ocurriendo en todas partes, en Istria o en el Tirol, con su amplio elemento italiano.

Bohemia constituía el caso más grave. En los viejos tiempos, el alemán era la lengua del comercio y de las ciudades y los checos lo aprendían como una cosa normal (Giskra, destacado liberal alemán de la década de 1860, opuesto a la enseñanza en idioma checo, era de esta nacionalidad). Pero la expansión de la población hizo que acudieran a las ciudades muchos más checos que antes. La expansión de la educación fue tal que los checos llegaron a constituir una mayoría en las escuelas y las universidades. En la década de 1860, más de la mitad del total de los estudiantes de la monarquía eran alemanes; una generación más tarde, solo lo eran las dos quintas partes. La educación fuertemente clásica de comienzos del siglo XIX había estimulado la absorción de la cultura germánica por parte de los hombres de nacionalidades no alemanas; algunos de ellos hablaban y escribían con distinción el alemán (como lo hacía el dirigente checo Tomás Masaryk). Pero era muy poco realista suponer que las masas de médicos, ingenieros y abogados adquiri-

rían alguna vez el suficiente dominio del alemán como para ser capaces de desenvolverse bien en sus tecnicismos. Además, los checos, que eran casi por definición un pueblo de clase media, media baja y obrera, con una amplia base campesina, tenían una tasa de natalidad más alta que los alemanes, cuya fuerza residía en su gran núcleo de profesionales de clase media y en las clases altas. Como cualquier otro país «respetable» de Europa en esa época, los alemanes teníian una tasa de natalidad más baja: el 7,8 por 1.000 en la década de 1870, frente al 10,5 de los checos; el 6,8 frente al 8,8 en la de 1880, y parecida diferencia desde entonces en adelante. Praga se convirtió en una ciudad resueltamente checa, y engendró un formidable resurgimiento nacional; ciudades como Plzéň (Pilsen) o Mlada Boleslav (Jungbunzlau) llegaron a tener una población mayoritariamente checa.

Bohemia, y en menor extensión Moravia, eran las zonas más prósperas de la monarquía. Bohemia concentraba más de un tercio de la industria de toda la monarquía; y el vidrio de Jablonice (Gablonz) o la industria pesada de Skoda (y la familia Wittgenstein) eran famosos en toda Europa. Aquí, como en todas partes, la industrialización fue sobre todo un problema de continuidad. Bohemia, con su salida al mar a lo largo del Elba hasta Hamburgo, siempre había sido un centro industrioso. El carbón de la vecina Silesia y el elemento empresarial permitieron una expansión de la industria pesada y, posteriormente, de las fábricas de tejidos, calzado y productos químicos y eléctricos. No puede ser totalmente casual el hecho de que Bohemia, al igual que Bélgica –que era también un país industrial, pero católico–, estuviera en la frontera del mundo de la Contrarreforma. Ambos países contaban con un fuerte movimiento subterráneo anticlerical que contribuyó al radicalismo en política y al éxito en los negocios una vez desencadenada la revolución liberal tanto en la política como en la vida económica.

Si no hubiera sido por el problema de las nacionalidades, la política de Bohemia habría seguido claramente los «primeros principios» europeos: una batalla a tres bandas entre la izquierda, los clericales y los liberales clásicos. En la práctica, el electorado respondía generalmente situando en primer lugar las opciones no nacionalistas. Había un gran partido agrario; había un elemento liberal radical, los «jóvenes checos». Hasta 1891, hubo también un pujante grupo checo de carácter conservador, los «viejos checos», hombres de una rectitud inconmovible, como Palacký o su yerno, Rieger, que por lo general hablaban el checo y el alemán, respetaban a la aristocracia y, en su conjunto, eran liberales clásicos en el aspecto económico. En la década de 1880, la política checa se había visto modificada por la irrupción de un elemento de clase baja, y los agrarios, aunque no fueran oficialmente clericales (en Bohemia la Iglesia no era «nacional», como en Polonia, y su propio partido tenía escaso éxito), se mostraban en la práctica respetuosos con la Iglesia y se convirtieron en el equivalente checo del *Zentrumspartei,* es decir, el partido más importante y, a partir de 1918, el partido en el gobierno. El mismo radicalismo que había creado a los agrarios creó también a los «jóvenes checos». Eran hombres de negocios, generalmente independientes, periodistas, abogados; muy parecidos a los radicales en Francia. Aspiraban a establecer un vínculo «nacional» con la nueva clase obrera; estaban en contra de la aristocracia y de la Iglesia, al igual que sus homólogos franceses; estaban resueltos a procurar un puesto en la burocracia para aquellas personas que no sabían hablar bien el alemán; estaban decididos también a evitar la escolaridad en alemán, que con tanta facilidad podía transformar a los niños checos en adultos alemanes. El hecho de que un cierto número de «jóvenes checos» fueran maestros de escuela contribuyó mucho a esto.

Los «viejos checos» eran ciegamente leales a la monarquía, casi siempre a la Iglesia y siempre a sus patronos, la aristocracia bohemia. Eran hombres de una gran respetabilidad que, embutidos en sus levitas, miraban con recelo las mangas de camisa y el constante fumar de los «jóvenes checos«. En 1890, se realizó un esfuerzo por resolver la cuestión lingüística: un *Statthalter* muy razonable, el conde Franz Jaroslav Thun-Hohenstein, estuvo a punto de alcanzar un compromiso. Este se vino abajo cuando los «jóvenes checos» obtuvieron una victoria aplastante en las elecciones de 1891, y después de esto incluso los partidos cuyo principal interés no era el nacional se vieron inmersos en una batalla entre los bloques alemán y checo.

La batalla atañía a las escuelas, a la burocracia, al dinero. Los alemanes sabían que sus ciudades tenían muchas probabilidades de seguir siendo alemanas si la enseñanza se impartía en su lengua; los checos, además de desear que sus hijos se educaran en su propia lengua, consideraban a veces que su tasa de natalidad conduciría a la dominación checa de toda Bohemia en el espacio de una o dos generaciones. La cosa se complicaba, porque algunas familias checas de clase media (y no solo ellas) querían que a sus hijos se les enseñara en alemán, para hacerlos «respetables»; y los nacionalistas checos (como los de cualquier otra parte) tuvieron que enfrentarse a una considerable apatía, e incluso a un elemento hostil en su propio campo, especialmente en Moravia. Se crearon dos «asociaciones escolares», encargadas de recaudar fondos. El fondo del problema era que para un checo aprender alemán constituía un paso hacia delante en el mundo; mientras que para un alemán aprender checo era, en muchas regiones, adoptar el idioma de la clase servil. Los estudiantes alemanes podían ser especialmente arrogantes a este respecto, burlándose del acento de sus compañeros checos, colocando avisos en sus clubes –«aquí no se habla checo»–, etc. En 1880 algunos estudiantes ale-

manes de Praga que realizaban una excursión a Kuchelbad fueron atacados por checos armados con piedras y, cuando regresaban a Praga en sus botes, les echaron basura al pasar bajo los puentes. En 1898, la contienda estudiantil era tan seria que los checos llegaron a invadir los hospitales alemanes para amotinarse contra el uso público en ellos del alemán. En 1913, en las tres cuartas partes de las escuelas checas no se enseñaba el alemán y el checo solo se enseñaba en 124 de los miles de escuelas primarias alemanas. En Bohemia nunca se solucionó la cuestión escolar, pero en Moravia se llegó a un compromiso en 1905. En esta región, la minoría alemana, que pagaba más impuestos (porque era generalmente más rica), había venido luchando por una enseñanza en alemán, y en esta parte más tranquila de las tierras checas muchos checos deseaban también que sus hijos estudiasen en escuelas alemanas. Como solía ocurrir en otras partes, esta forma de pensar «por bloques», necesaria para velar por los derechos colectivos, emponzoñó los sentimientos en el seno de cada grupo y deterioró las relaciones entre ellos. En Moravia, los alemanes, en aras de la paz, accedieron a un compromiso: los niños checos estaban obligados a asistir a una escuela checa en todas aquellas comunidades en que existieran cuarenta familias checas, aun cuando esto significara un largo recorrido en autobús o a pie. En 1910, una escuela alemana podía ser demandada por admitir a niños checos.

Pero en Bohemia las actitudes nacionales, reforzadas por la inmigración que la industria pesada había estimulado, eran más definidas. Las fuerzas vivas alemanas de las ciudades presentaron batalla en la década de 1880. En el Ayuntamiento de Budějovice (Budweis), había nueve checos y veintidós alemanes. Únicamente se consentían discursos en checo si el presidente, un alemán, sabía que el orador no dominaba suficientemente el alemán. Aunque su alemán fuera bastante bueno, los checos empleaban de hecho su

idioma, cosa que no se les admitía. Los checos llevaron el caso ante el tribunal administrativo del reino y lo ganaron; los alemanes recurrieron entonces ante el tribunal administrativo del Estado y lo perdieron por una escasa mayoría. Como consecuencia de ello se produjeron alborotos. También se produjeron en 1890, cuando un hombre de negocios checo, al que en la aduana de Praga se le había dado un recibo en alemán, se querelló. El más importante de tales disturbios se produjo con motivo de los decretos promulgados por Badeni en 1897 sobre el empleo de las distintas lenguas, en los que se especificaba que el alemán y el checo se usarían en igualdad de condiciones en toda la burocracia bohemia: es decir, que ningún funcionario podía negarse a aceptar un documento en checo de un colega. Esta fue una medida bastante sensata. En realidad, resultaba superflua, dado que los checos, que aceptaban con mayor facilidad que los alemanes los bajos salarios burocráticos, constituían (en 1914) el 92,5 por 100 de los funcionarios bohemios, las tres cuartas partes de los altos cargos de la administración financiera del *k.k.,* y una proporción mucho mayor de los puestos más bajos. Pero los decretos de Badeni dieron lugar a alborotos a una escala que nunca había conocido antes la monarquía. A estos alborotos se unieron los alemanes de Eslovenia, dado que se enfrentaban a un problema similar; los eslavos respondieron en todas partes, hasta que el *Reichsrat* y varias Dietas se hicieron totalmente inviables. Los gobiernos se sucedieron, y para gobernar el país se utilizó el artículo 14.

Estos conflictos de nacionalidades se multiplicaron: polacos contra rutenos, italianos contra eslovenos, alemanes (en Carintia y Carniola) contra eslovenos, italianos (en el Tirol) contra alemanes. En todos estos casos, los problemas eran los mismos: la modernización de la economía, la migración, las diferencias de clase entre los «tipos ideales» de los dos pueblos, las grandes desigualdades entre las tasas de natali-

dad, las discusiones sobre la escolarización, el idioma de los asuntos públicos y la absurda concentración en cuestiones secundarias (tales como poner nuevos nombres a las calles en una u otra lengua). Dux (Duchcov) prohibió las inscripciones funerarias en checo; Trieste hizo lo mismo con el esloveno. Cuando se inauguró oficialmente la línea ferroviara de los Tauern, justo antes de la guerra, los invitados se quedaron perplejos al encontrarse con que la estación a la que llegaban, con las ceremonias programadas, no tenía nombre alguno. Los italianos se habrían amotinado si el nombre dado a la misma hubiese sido el esloveno «Gorica»; los eslovenos se habrían amotinado si la estación no hubiese tenido ese nombre; y los alemanes se habrían molestado si se hubiese prescindido del nombre de «Görz». De esta forma, «Gorizia» se quedó sin nombre. Lo mismo sucedió en la década de 1880 con Eger, en Bohemia (Cheb). Las reivindicaciones de las nacionalidades rivales se hacían en un lenguaje pseudohistórico, y el «derecho constitucional bohemio» *(böhmisches Staatsrecht)* se convirtió en una machacona cantilena a finales del siglo XIX. En 1914, la Dieta bohemia fue suspendida (después de la *Anna Patent*) y el Parlamento de Viena, al que se trasladaron las discusiones, fue clausurado *sine die.*

Francisco José no se mostró particularmente sorprendido por la incapacidad de los políticos para encontrar una respuesta: él había aceptado el liberalismo parlamentario bajo coacción y con escepticismo. La monarquía de los Habsburgo se situaba conscientemente «por encima» de la polémica de las nacionalidades, y Francisco José se daba cuenta de que podía hacerse eco de la «verdadera» opinión de la mayoría moderada, que indudablemente se encontraba muy lejos de la histeria de los extremistas nacionalistas. La mayoría de los checos, por ejemplo, podían simpatizar con las inquietudes educativas, y podían también encontrar que los alemanes eran insoportablemente arrogantes. Pero asimis-

mo les halagaba formar parte de un gran Estado, esperaban de este una pensión y, por lo general, tenían muchas otras cosas en que pensar en materia política, además de la eterna cuestión de las nacionalidades. Los «jóvenes checos» radicales, aunque en 1891 se llevaron el grueso de los votos de la clase media baja, fueron batidos en las elecciones de 1907, celebradas por sufragio universal, y nunca se recobraron. En 1914, el nacionalista Kramář era considerado como un hombre de la derecha y sus opiniones políticas eran muy similares a las de Alexandr Guchkov o, por lo que a esta cuestión se refiere, Clemenceau. Los agrarios y los socialistas checos podían tener dificultades formales para aliarse con sus homólogos alemanes, pero en los temas serios coincidían en gran medida. Además, Bohemia era el centro de Europa, una zona disputada. ¿No estaban mejor los checos en el seno de una gran potencia, que pudiera protegerles de Alemania o Rusia? La mayoría de los checos lo creyeron así hasta 1917-1918.

La propia monarquía aspiraba realmente a la «supranacionalidad». En el ejército, por ejemplo, se hizo un esfuerzo muy loable para evitar que alguna nacionalidad se sintiera en él fuera de lugar. Es cierto que dos tercios de los oficiales eran de origen alemán, lo que se correspondía con el peso de los alemanes entre los elementos cultos y acomodados. Pero tenían toda clase de estímulos para aprender el idioma, o los idiomas, de los hombres bajo su mando. Los reclutas aprendían la docena aproximada de palabras del *Kommandosprache,* y, si podían, las pocas docenas de palabras del *Dienstsprache,* como por ejemplo los nombres de las distintas piezas de un rifle, que, obviamente, tenían que formar parte de un vocabulario común. Para todo lo demás, se utilizaba el *Regimentssprache.* En los distritos mixtos, donde los regimientos estaban formados por hombres de dos o tres nacionalidades distintas, oficiales y suboficiales empleaban esos dos o tres idiomas. En tiempos de paz,

esto funcionaba realmente bien. En tiempos de guerra, se dieron extrañas soluciones al problema. Un regimiento compuesto por húngaros, alemanes y eslovacos recibía órdenes en inglés, porque los oficiales conocían esta lengua desde la escuela, y los hombres sometidos a su mando procedían de un distrito con un número de emigrantes tan alto que el inglés se había convertido en el idioma que habitualmente aprendían los hombres de esa zona. En la India, el ejército británico se regía por principios parecidos, y se las arreglaba, de igual modo, asombrosamente bien. Si los oficiales daban demasiada importancia a su «germanidad», eran expulsados del ejército; y un tercio de los oficiales eran de origen húngaro o eslavo. Los croatas proporcionaban al cuerpo de oficiales un porcentaje mayor del que constituían dentro de la monarquía, como lo venían haciendo desde la Contrarreforma; los checos (entre los que se contó el gran mariscal Radetzky) proporcionaban aproximadamente el mismo porcentaje que constituían en la población total; solo los pobres y atrasados rutenos estaban escasamente representados, porque prácticamente cualquier ruteno con ambiciones militares podía hacerse pasar por polaco o incluso por alemán: los decretos de Taaffe sobre la cuestión lingüística fueron violentamente atacados por el profesor «alemán-liberal Konstantin Tomaszczuk», de Czernowitz (e incluso entonces, pese a su nombre ucraniano, era de origen rumano).

Para superar el problema de las nacionalidades se hizo un esfuerzo de una increíble complejidad: innumerables comités e informes redactados en una inextricable jerga legal, con la esperanza de solucionar el problema bohemio. Se puso en práctica el principio de la *Landesüblichkeit* («costumbre de la provincia») con objeto de amparar el uso de una u otra lengua, y tanto los burócratas checos como los alemanes idearon infinitos planes para acallar a los nacionalistas. Existía en Austria una tradición que se remontaba a

la Contrarreforma, pero que se debía sobre todo al emperador José II: la de que la acción burocrática lo resolvería todo. A finales del siglo XIX existía incluso la sensación de que la mera intervención de la burocracia equivalía a una solución: después de todo, si todo el mundo estuviera al servicio del Estado, los problemas de las nacionalidades desaparecerían, porque nadie querría que el Estado fuera derribado. Mientras que en los países protestantes industrializados se trataba de no nacionalizar, y los ayuntamientos eran regidos en gran parte por un solo hombre de buena memoria con un teléfono, los austriacos recurrían a una burocracia y unos impuestos infinitos. Para explicar los impuestos eran necesarios tres volúmenes, cada uno de ellos con seiscientas apretadas páginas. En 1914 había más de tres millones de funcionarios encargados de cosas tan diversas como las escuelas, los hospitales, la asistencia social, los impuestos, los ferrocarriles, el correo, etc. El simple pago de un impuesto requería la atención de veintitrés burócratas diferentes. Los hombres de negocios encuadrados en los «jóvenes checos» se quejaban de ello, lo mismo que los nacionalistas alemanes, porque tanto unos como otros pagaban fuertes impuestos para costear esa barroca insensatez. Pero era tan elevado el porcentaje de la población bohemia directamente interesado en la burocracia que atacar a esta era tan inútil como atacar a las maquinarias de Giliotti. El problema de la multiplicación de los burócratas era que tenía que producirse también una duplicación para los diferentes idiomas. Más de una cuarta parte de los estudiantes alemanes, poco menos de una cuarta parte de los checos, y más de un tercio de los polacos cursaban la carrera de Derecho, como preparación para la carrera administrativa; estudiantes y graduados de Derecho subempleados constituían el núcleo de los movimientos nacionalistas, como a menudo lo eran del movimiento antisemita. Las complicaciones administrativas absorbían tanto dinero que no que-

daba mucho ni siquiera para el ejército: en 1913, este recibió menos dinero que el ejército británico, infinitamente más pequeño (25 millones de libras frente a 28 millones).

El problema empeoró por la posición autónoma de Hungría. Este país no evolucionó a la manera austriaca. Estaba formado también por numerosas nacionalidades, que constituían aproximadamente la mitad de la población: alemanes, diseminados por todas partes en comunidades de colonos que, en el caso de los sajones de Transilvania, se remontaban al siglo XII; eslovacos, principalmente en el norte; rutenos, en el nordeste; rumanos, en el este; serbios, en el sur; croatas, con su propio reino, en el sudoeste, regidos por un gobernador que recibía órdenes de Budapest. Cada uno de estos pueblos evolucionó de la misma manera a finales del siglo XIX, aunque hubo grandes variaciones en el ritmo de esta evolución: los rutenos, en los Cárpatos, y muchos de los eslovacos católicos (a diferencia de los luteranos) siguieron siendo analfabetos.

La Gran Hungría era un Estado unitario. El Parlamento se elegía por un sufragio que alcanzaba a un 5 por 100 aproximadamente de la población, y se caracterizaba por las anomalías más descabelladas de Europa. La clase archinacionalista era la pequeña nobleza, cuyos ingresos dependían, en la mayoría de los casos, del poder político. Al menos una cuarta parte de los votantes eran hombres cuyos apellidos figuraban ya en las listas electorales de la antigua Dieta de la época «feudal» anterior a 1848: esto constituía su derecho al voto. En la mayoría de los casos esta nobleza *bocskoros* vendió los pocos bienes que poseía después de 1867. Cincuenta mil nobles consiguieron un trabajo en el nuevo Estado semiindependiente y otros tantos encontraron empleo como «abogados». Sus representantes coincidían en materia de política y constituían la médula del partido liberal húngaro, partido que era dirigido por un conde

protestante, Kálmán Tisza. Su maquinaria –los «mamelucos»– funcionaba como la de los otros partidos. Amañaba las elecciones, y los diputados podían obtener un puesto en los ferrocarriles, los bancos y las nuevas industrias. En 160 distritos electorales alejados del centro, los funcionarios gubernamentales, con la ayuda de la policía y la burocracia local, podían falsear los resultados de unas elecciones sin dificultad alguna, en ocasiones estableciendo un cordón policial alrededor de los colegios electorales para mantener alejados a los votantes honrados. En otros 60 distritos electorales, el representante de la familia de magnates locales era elegido automáticamente, y el Parlamento tenía su cupo de Apponyi, Károly, Majláth, Zúchy, Andrássy, Pálffy y Szapáry, que bastante a menudo se consideraban a sí mismos como *whigs.* En otros 200 distritos electorales podía haber una auténtica lucha y el gobierno tenía que ganarse a cincuenta de ellos para obtener en el Parlamento una mayoría operativa. Muchos de los votantes en estos distritos –y, en Budapest, la mitad– eran judíos, los cuales abundaban en Hungría hasta el punto de que constituían una cuarta parte de la población de Budapest y monopolizaban sus bancos y su comercio, al igual que en muchas otras partes.

En la práctica, el gobierno podía «fabricar» elecciones con bastante facilidad, aunque, al igual que el italiano, tenía dificultades para apoyar a los que le apoyaban. La política era una industria, con mucho dinero en juego. En las regiones habitadas por otras nacionalidades, se hizo un esfuerzo por promover el uso del húngaro: aquí no se cometió la insensatez de dar a las ciudades y pueblos otros nombres que no fueran los húngaros, incluso en Croacia, que se suponía que debía ser respetada. La vieja Hungría conoció efectivamente el imperio de la ley, y existieron límites en la persecución sufrida por las minorías (en los juicios por traición anteriores a 1914, los defensores consiguieron sentencias leves, aunque injustas). Aun así, en la carrera de enloquecidas

persecuciones mutuas entre las distintas nacionalidades centroeuropeas, Hungría fue la primera en tomar la salida. La dinastía de los Habsburgo era impotente: el Parlamento húngaro, a diferencia del austriaco, apenas contaba con representantes de los otros pueblos, y, así, Hungría parecía ser menos caótica que Austria.

La monarquía esperaba que Hungría compartiera los gastos «comunes» y sobre todo los del ejército. Pero los gobiernos húngaros se mostraban remisos a aumentar sus contribuciones, y desde 1889 el ejército anduvo muy escaso de dinero, hasta el punto de que tuvo que disolver las bandas de los regimientos con objeto de contar con más hombres en infantería. El sistema del servicio militar obligatorio fracasó porque no había dinero suficiente para mantener un reclutamiento universal. Solo un tercio de los hombres disponibles fueron llamados a filas, y muchos de ellos fueron devueltos a sus casas con un «permiso permanente». De ahí que cuando el joven Hitler eludió su llamada a filas, las autoridades militares le dejaron ir sin demasiado revuelo, después de que para rechazarle se hubiera empleado el habitual «reconocimiento médico». (También se utilizó este en el caso de Erich von Stroheim, cuyo verdadero nombre era Erich Stroh, que nació en las proximidades del Ministerio de la Guerra en la Stiftgasse y creció fascinado por las cosas militares, si bien descubrió que no era capaz de sobrevivir más de unas cuantas semanas a la experiencia concreta de las mismas.)

La objeción de los húngaros al ejército se basaba, al menos en parte, en que se trataba de un ejército dinástico y no húngaro. En él se toleraban lenguas cuyo uso no fomentaba el Estado húngaro; un general imperial de origen rumano fue incluso encarcelado cuando protestó por la desventaja en la vida pública que tenían que soportar los rumanos. En la atmósfera de nacionalismo radical de principios de siglo,

los políticos húngaros, muchos de ellos de una magiarización bastante reciente, armaron un escándalo, porque querían que la parte húngara del ejército usara el idioma y las insignias de Hungría. En 1903, presentaron un programa de nueve puntos a estos efectos. Fueron apoyados por un grupo de industriales que deseaban contar con un arancel contra los productos baratos de Austria y Alemania y formar sus propios cárteles tras la depresión de finales de siglo. La vida política se hizo caótica: a partir de 1897, se dejó en suspenso el acuerdo sobre la «cuota» húngara en los gastos conjuntos; la obstrucción imperaba en el Parlamento. El gobierno, presidido por István, hijo de Tisza, perdió el control de los *whigs* y de sus propios funcionarios, y echó a estos la culpa por haber perdido de manera deliberada las elecciones de 1904.

Para restaurar el orden, Francisco José nombró a un general, Fejérváry; este clausuró el Parlamento y gobernó por decreto. En esa época, el emperador y el primer ministro austriaco, el barón Gautsch, optaron por promover la causa del sufragio universal en Hungría, para «arrojar de la Cámara de Diputados a esos elementos –los arrogantes oligarcas, abogados, clérigos y miembros de la pequeña nobleza– que por espacio de unos 150 años han estado formando el Parlamento húngaro y dominándolo, y que durante el mismo periodo han estado siempre planteando las mismas y estériles cuestiones constitucionales» (en las palabras airadas de Fejérváry). Kristóffy, ministro del Interior, cultivaba al pequeño partido socialista húngaro. Se produjeron desórdenes sociales. En Budapest existía una atmósfera de intoxicación nacionalista, mientras el pueblo boicoteaba las mercancías austriacas y llevaba un tulipán en la solapa para anunciar dicho boicot (los tulipanes se hacían en Austria). Con el sufragio universal, la Gran Hungría habría reproducido los problemas de Austria agravados. Los nacionalistas dieron marcha atrás, aceptaron sus responsabilidades, y

hasta 1909 hubo estabilidad política. Se pagó la «cuota», incluso incrementada.

Sin embargo, el problema húngaro no se resolvió. El sistema se desintegró allí antes de 1914, al igual que en todas partes. Los nacionalistas radicales del partido de la independencia eran fuertes en Budapest; algunos de los grandes nobles simpatizaban con él; y los liberales en el poder (reconstituidos por Tisza con el nombre de *Nemzeti Munkapárt,* traducción húngara del *Arbeitspartei* alemán, que significaba «partido del trabajo») estaban bastante divididos. En 1912, cuando se discutió otro proyecto de ley militar, el gobierno solo logró que se aprobara haciendo salir del edificio a la oposición. Hungría, aunque en apariencia era sólidamente unitaria bajo el régimen de Tisza, en la práctica era mucho más inestable que Austria. Cuando se desintegró la monarquía, la independencia de las nacionalidades austriacas fue en gran medida cuestión de unas cuantas llamadas de teléfono. En Hungría se produjo la guerra civil y el comunismo.

No obstante, si bien el efecto de la autonomía húngara consistió en reducir notablemente la eficacia militar de la monarquía, el ejemplo de Hungría suscitó también las expectativas de las nacionalidades menores, en un grado incompatible con la supervivencia del sistema dual. Pero fue en las tierras eslavas del sur donde la monarquía de los Habsburgo lo pasó peor; y fue la cuestión de las tierras eslavas del sur la que hizo que los problemas de Austria-Hungría terminaran por provocar la Primera Guerra Mundial.

Hubo un movimiento formado por los eslavos del sur en el imperio Habsburgo desde principios del siglo XIX: su nombre eslavo era Yugoslavia. Las lenguas de los pueblos eslavos de los Balcanes eran bastante similares y todos ellos llevaban varios siglos bajo dominio extranjero. ¿Acaso no podían formar un Estado único, ahora que se estaban recu-

perando? Los eslovenos, de las tierras interiores de Trieste, hablaban una lengua muy arcaica que debía bastante al proceso de migración desde Chequia de sus ancestros. (En aquella región los Habsburgo utilizaban administradores checos, si no no se entendería la expresión «costa de Bohemia», utilizada por Shakespeare). En el siglo XIX, lucharon encarnizadamente, en lo que fue una versión menor de la evolución checa. Vincular a los eslovenos con los eslavos de los Balcanes del sur requería buenas dosis de ingenuidad, pero la amenaza de Italia y de las influencias germanizantes de Austria eran un buen motivo para hacerlo. En 1910, gran parte de la generación más joven se había convertido a la causa «yugoslava», y, en 1918, los eslovenos optaron por un futuro en un Reino Eslavo Meridional, que compartirían con serbios y croatas. Durante un tiempo, la «idea de Yugoslavia» incluía a Bulgaria, pero tenía demasiada rivalidad con Serbia.

Tanto Bulgaria como Serbia habían tenido su momento de grandeza en la Edad Media, pero ambas habían caído víctimas de los turcos otomanos en los siglos XIV y XV. En el siglo XIX, cuando se desmembró el Imperio otomano, recuperaron su independencia y extendieron sus fronteras bajo la protección de Rusia. El nacionalismo serbio era especialmente virulento y atrajo mucho interés en el norte de Europa, porque atacaba a las dos grandes pesadillas del liberalismo norteño: la Iglesia católica y el Imperio otomano. Los serbios no tenían que librarse solo de los otomanos, también había muchos serbios en el oeste y el norte, en Bosnia-Herzegovina, Dalmacia y Croacia. De hecho, cuando los intelectuales serbios echaban un vistazo al norte y al oeste, afirmaban, como hizo el filólogo Vuk Karazic, que desde el punto de vista de la lengua había «serbios por todas partes». El principal dialecto de Serbia, el «serbocroata», muy utilizado más al norte, se convirtió rápidamente en la lengua oficial local. ¿No podría Serbia ser el núcleo de

un Estado eslavo meridional, quizá incluso en el seno del Imperio Habsburgo?

En la Edad Media hubo Estados independientes en Bosnia y Croacia (el famoso «Reino de Eslavonia»). Nunca fueron tan grandes como lo fue la Serbia medieval durante un tiempo. Los serbios eran ortodoxos y copiaron sus instituciones de Bizancio. Los croatas eran cristianos fieles a Roma, y sus instituciones eran las del Occidente feudal. Pero Croacia-Eslavonia se fragmentó en seguida y perdió a Dalmacia a manos de Venecia (aunque parte, una ciudad-estado croata, la República de Dubrovnik, Ragusa en italiano, sobrevivió y hasta alcanzó cierto renombre en asuntos marítimos). Los reyes de Hungría los conquistaron en 1104 y gran parte de la nobleza croata (Keglevich, Somssich, Pejácsevich) se hizo húngara. Cuando los otomanos entraron en Croacia, tras conquistar Bosnia en el siglo XV, los croatas y los húngaros pidieron a los Habsburgo que aceptaran la Corona y los protegieran. Los otomanos, Venecia y los Habsburgo se repartieron Croacia, a la que se denominó «el resto de los restos» *(reliquia reliquiarium)*. Zagreb, una capital que parecía una miniatura gótica y católica, sobrevivió, pero en el sur, el este y el oeste las guerras continuaron. La última vuelta de tuerca fue que, para protegerse de los otomanos, los Habsburgo concedieron tierras en la «frontera militar» de Croacia a pueblos que habían huido del sur. Estos pueblos eran ortodoxos y se los identificaba con los serbios. Eran, por definición, guerreros y granjeros, y allá donde iban creaban tensiones por motivos religiosos, materiales o culturales. Los Habsburgo los favorecían a pesar de todo por su pericia en el ámbito militar. Los «croatas», como los llamaban de forma no del todo exacta, fueran conocidos en todos los campos de batalla: los de la Guerra de los Treinta Años, los de época napoleónica y los de la Primera Guerra Mundial, en la que tanto el comandante austrohúngaro del

frente italiano (Boroevič) como el jefe de las fuerzas aéreas (Uzelac) eran de origen croata-ortodoxo o serbio.

¿Qué debía hacer un croata? El territorio estaba dividido en Dalmacia, gobernada por los austriacos, y la Croacia-Eslovenia húngara. También había una minoría católica en la Bosnia-Herzegovina otomana. La antigua lengua se había fragmentado en tres dialectos y la gente de Zagreb no entendía a los isleños de Dalmacia. En 1848, enfrentado al liberalismo, el gobernador, general Jelačić, peleó por el absolutismo católico de los Habsburgo (con el apoyo del patriarca ortodoxo). Muchos croatas, sobre todo los del interior, se mostraron conformes, pero no tenían gran cosa que ofrecer a los Habsburgo; en 1867-1868, tras el Compromiso Húngaro, Croacia volvió a estar sometida a Budapest y perdió su mayor puerto, Rijeka (Fiume en italiano), con todos sus ingresos, ante Hungría. El Parlamento croata protestó, pero el dominio húngaro se fue endureciendo, y, a principios del siglo XX, más y más miembros de las clases cultas de Croacia veían con agrado la «idea yugoslava». Cierto que en Croacia había tensiones entre croatas y serbios, a los que los húngaros tendían a favorecer en la administración y en los negocios; en Zagreb hubo disturbios en 1903. Los nacionalistas croatas seguían esperando que los Habsburgo los apoyaran, puesto que eran católicos. Unos pocos llegaron a exigir por este motivo la creación de una Gran Croacia que abarcara todos los antiguos territorios croatas, incluida Bosnia-Herzegovina. Pero en la costa dálmata, con sus tradiciones marineras y de tolerancia religiosa, serbios y croatas hicieron causa común, por la hostilidad que ambos sentían hacia la burguesía italiana de las antiguas ciudades venecianas. En 1905, tras la Resolución de Fiume, surgió un «partido yugoslavo» que pronto dominó el Parlamento croata. Cuando los gobernadores húngaros respondieron, desafiantes, en 1911, empezaron a atentar contra sus vidas.

En aquel momento, los nacionalistas serbios no mostraban gran interés por «Yugoslavia». Su programa incluía la anexión de territorios antaño serbios, definidos de forma extensiva (para incluir a Dubrovnik y el sur de Dalmacia). Gran parte de estos sucesos afectaban al Imperio otomano y, de hecho, los serbios se quedaron con algunas regiones otomanas en las Guerras de los Balcanes de 1912-1913. Pero también estaba Bosnia-Herzegovina, y ahí es donde estalló un conflicto con Austria-Hungría. Francisco José había ocupado Bosnia en 1878, la administró y acabó anexionándola en 1908. Dos quintas partes de la población era serbia en sentido religioso y lingüístico y solo una décima parte era croata. El resto eran musulmanes, que se identificaban con siglos de dominio otomano, aunque no hablaban turco, sino una variante del serbocroata. Circulaban ciertas teorías raciales sobre sus orígenes: se decía que eran europeos que, en la Edad Media, habían practicado una herejía que negaba la divinidad de Cristo. De ahí que se hubieran convertido al islam, pues consideraban que Cristo era un gran profeta, como se afirma en el Corán. Según otra versión más prosaica, parece que muchos de los habitantes originales de Bosnia, al igual que los de otras zonas de los Balcanes, se convirtieron al islam por las ventajas fiscales que suponía. Cuando los musulmanes se retiraron de Hungría acabaron en Bosnia miles de refugiados que practicaban el islam. Sea como fuere, los serbios consideraban a estos musulmanes serbios renegados; los católicos croatas opinaban lo mismo, y los gobernantes austrohúngaros creían que, con mejoras económicas y una mejor educación, los musulmanes volverían a abrazar el cristianismo, probablemente el catolicismo, en una generación o dos. Esta esperanza parecía fundada, porque, al parecer, la dominación musulmana descansaba sobre una estructura arcaica de la propiedad de la tierra. En general, los *ağas* terratenientes eran musulmanes y sus aparceros campesinos, o *kmets,* eran serbios. Los goberna-

dores de los Habsburgo, el húngaro Kállay y el polaco Bilinski decidieron «modernizar» y, fondos mediante, llevar a cabo una reforma agraria. Edificaron cinco mil escuelas, algunas carreteras y muchos edificios públicos en la ciudad principal, Sarajevo, como si quisieran rivalizar con los impresionantes artefactos construidos por el Imperio otomano. Se construyeron 4.000 kilómetros de vías férreas, pero eran de vía estrecha, en parte porque resultaba más barato y en parte porque se adaptaba mejor al terreno montañoso. También porque los húngaros, que querían evitar la competencia en el negocio del cerdo, pretendían obligar a cualquier tren procedente de Bosnia a cambiar de máquina y vagones en la ciudad fronteriza de Brod, con el consiguiente incremento del coste.

Eran las medidas imperiales habituales, y, como siempre, produjeron consecuencias inesperadas. El programa de escolarización alfabetizó a la mitad de la población, pero creó la necesidad de contratar a maestros de primaria, que procedían del campesinado y habían roto totalmente con sus raíces, distanciándose de las colonias agrícolas. La «modernización» colapsó el sistema agrícola, las posibilidades de emigración acabaron con las comunas en el campo y con la autoridad de los padres; algunos terratenientes abandonaron los métodos antiguos, buscando un incremento de la productividad; la población creció, pero tenía que alimentarse con lo que producía la misma superficie de tierra, parte de la cual había que dejar en barbecho. Los esfuerzos del imperio por llevar a cabo una reforma agraria fracasaron; en 1915 menos de una décima parte de los *kmets* había sido emancipada y, además, debían al Estado las sumas que este les había adelantado para pagar su «liberación». Muchos musulmanes emigraron a Turquía y pocos se convirtieron al cristianismo. Los húngaros iniciaron una «guerra del cerdo» en 1906 para intimidar a los gobernantes serbios, prohibiendo la importación de su principal producto de ex-

portación. Pero en 1912 el ejército serbio se distinguió en las Guerras de los Balcanes y el nacionalismo cobró un gran auge en Serbia. Los estudiantes bosnios iban y venían de Belgrado, donde se hicieron eco de las ideas «nihilistas» de moda que justificaban el asesinato. En Zagreb y Sarajevo empezó a haber ataques terroristas, y el gobernador general de Bosnia, Oskar Potiorek, se alarmó tanto que permanecía en el antiguo *konak* administrativo turco y solo se comunicaba con su jefe de Estado Mayor por medio de pequeños papelitos garabateados que pasaba por debajo de la puerta.

¿Qué se podía hacer? En cierto modo los austriacos habían hecho todo lo que habían podido. Les habían ofrecido la civilización y muchos serbios conservaban los retratos del emperador en sus paredes, mientras la hija de la casa tocaba el piano tras un visillo y el hijo se debatía con el latín. Sin embargo, el colonialismo creó su propia clase baja resentida, a la que el terrorismo atraía sobremanera. Los observadores austriacos más conservadores veían esta evolución y pensaban que tal vez podrían salir del embrollo gracias a la Gran Croacia. El archiduque Francisco Fernando, heredero al trono, solía hablar con simpatía de esta posibilidad: un Estado en el que a lengua oficial fuera el serbocroata, con capital en Zagreb, que incluyera Dalmacia y Bosnia, no era ninguna tontería, pero había que superar dos obstáculos. El primero era Hungría: ninguno de sus políticos estaba dispuesto a renunciar a sus derechos sobre Croacia y el puerto de Rijeka. El otro eran los grupos serbios u ortodoxos de la población, a los que no gustaba el nacionalismo croata, con sus títulos en Derecho y engorrosos germanismos. De manera que nadie sabía cómo solucionar el problema de Bosnia sin salirse de los parámetros de los Habsburgo. Serbia ya no era el Estado salvaje e insignificante que había sido durante gran parte del siglo XIX y estaba en situación de exigir que los austrohúngaros les devolvieran Bosnia-Herzegovina. Tras establecer una alianza con Rusia podía pen-

sar incluso en la Gran Serbia, un plan diseñado mucho tiempo antes, en la década de 1840. En el ejército y el gobierno serbios había quien no planteaba objeción alguna a provocar problemas con Austria-Hungría, siempre y cuando eso desestabilizara a sus rivales en Belgrado. Una organización terrorista semisecreta, «Unión o Muerte», tenía adeptos en las altas esferas; el terrorismo no cesaría en Bosnia. El problema de la seguridad parecía imposible de combatir y las autoridades Habsburgo no tenían muchos fondos para hacerlo, porque habían duplicado los cargos y las pensiones en los territorios de estas nacionalidades. Cuando el archiduque Francisco Fernando realizó una visita a Sarajevo, en un alarde de poder austrohúngaro, el gobernador tuvo que contratar en Budapest a detectives privados para que se infiltraran en la multitud.

En junio de 1914 se realizaron maniobras militares en Bosnia, donde se adiestraba a dos cuerpos de ejército para una eventual ocupación de Serbia. El archiduque Francisco Fernando visitó a esas tropas en su calidad de inspector general y lo natural era que pasara por Sarajevo, aunque lo hiciera con cierta renuencia. Se fijó como fecha para la visita el 28 de junio, domingo, un día en el que se conmemoraba la Batalla de Kosovo de 1389, cuando, según la leyenda (muy legendaria), el reino medieval de Serbia había caído heroicamente ante los turcos. Al gobernador general Potiorek no le gustaba el archiduque, que había promocionado a su rival, Franz Conrad von Hötzendorf, a jefe de Estado Mayor. Puede que quitara lustre deliberadamente a la exhibición militar para no conceder honores excesivos al archiduque o a su esposa, que no era de sangre real, lo que dificultaba la aplicación del protocolo en aquel mundo tan jerárquico y consciente de los símbolos. El archiduque conducía por una carretera con pocos soldados para protegerlo y un joven terrorista serbio le tiró una bomba que había adquirido en Belgrado. Rebotó sobre el capó trasero del co-

che y explotó bajo el caballo del ayudante que le seguía. El archiduque prosiguió su viaje hacia la residencia del gobernador general, donde fue recibido por unas niñas que lo agasajaron con danzas regionales y dulces. Las apartó, furioso, y pidió ser conducido al hospital donde estaba su ayudante. El automóvil volvió a arrancar y cruzó un puente, pero luego giró donde no debía y entró en una calle lateral. El gobernador general dijo al conductor que se había equivocado y le ordenó dar la vuelta. Iba marcha atrás cuando se detuvo frente a un café donde se encontraba un joven estudiante serbio de Bosnia, Gavrilo Prinčip. Había participado en el complot de la bomba, había visto cómo fracasaba y vuelto al café desconsolado. De repente apareció su objetivo y se paró ante él. Sacó su revólver y disparó, casi a ciegas, hasta que lo redujeron. El archiduque Francisco Fernando y su esposa habían muerto.

IV. GUERRA Y REVOLUCIÓN, 1914-1918

UN «REGALO DE MARTE»

El asesinato del archiduque fue la culminación de una desavenencia entre Austria-Hungría y Serbia. El conde Berchtold, ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro, no tenía la menor duda de que el asesinato había sido organizado en suelo serbio, y con la connivencia de los serbios influyentes; existió incluso la sospecha (infundada) de que el archiduque había sido eliminado porque había amenazado con resolver la cuestión de los territorios eslavos del sur en el seno de la monarquía. Los asesinos habían sido alentados por nacionalistas extremistas serbios; pero también habían sido desalentados por aquellos miembros del gobierno que habían oído hablar de la conspiración. Pero no fue difícil para los austriacos suponer que los asesinos habían sido armados y entrenados en Serbia. En Sarajevo, Potiorek había argumentado durante algún tiempo que la crisis de Bosnia era insoluble en sus propios términos; tendría que producirse un «escarmiento» en Serbia. Pero para Viena la cuestión serbia simbolizaba mucho de lo que en otros aspectos iba mal. Había llegado el momento de reafirmar el prestigio de la monarquía, de atraer a los pueblos disidentes mediante un golpe de efecto. Los generales de los Habsburgo, y Conrad sobre todo, se veían a sí mismos –con razón– como el centro del imperio y durante algún tiempo habían estado deseando ese golpe. Se habían visto refrenados –paradójicamente– por el archiduque Francisco Fernando y por su aliado alemán. En la segunda Guerra de los Balcanes, en el verano de 1913, Berchtold se había alarmado ante la extensión del poder serbio. Había tenido que proteger al recién creado Estado de Albania de las incursiones serbias y montenegrinas; pero a lo largo de toda la crisis Bethmann Ho-

llweg se había negado a apoyar cualquier plan de guerra. En noviembre, el propio káiser dijo a Berchtold que no habría guerra en un plazo de seis años; para la cuestión serbia había que encontrar alguna otra solución. En enero de 1914 se produjo una disputa entre Viena y Berlín a propósito de la política futura; Berchtold se manifestó a favor de una alianza con los derrotados búlgaros, cosa que no gustó a los alemanes. Pero ahora, con el archiduque –amigo del káiser– muerto, ¿no aceptaría Berlín el argumento de los austriacos? Se trataba, según Giesl y Forgách –expertos austriacos en el tema serbio–, de un «regalo de Marte».

Alemania tenía la clave de todo esto. Austria-Hungría era demasiado débil para actuar por sí sola. El ejército de los Habsburgo, con cuarenta y ocho divisiones y media de infantería, tenía que hacer frente a las once divisiones serbias, y las condiciones del campo de batalla hacían las cosas bastante difíciles. Pero Serbia tenía su protector, el zar. Ya en el invierno de 1912-1913 había habido una crisis austrorrusa cuando Viena amenazó a Serbia. Los rusos habían patrocinado la Liga de los Balcanes, que había luchado con éxito frente a Turquía, y ellos mismos tenían ambiciones con respecto a los Estrechos. Estaban construyendo una gran flota para el mar Negro, y su ministro de Asuntos Exteriores, S. D. Sazonov, argüía en un memorándum de diciembre de 1913 que los intereses rusos exigían una pronta toma de Constantinopla, sugiriendo la fecha de 1918. En enero de 1914 los ministros del zar estaban de acuerdo en que la guerra no sería conveniente en aquella fecha, aunque Zhilinski, el jefe del Estado Mayor, creía que, a diferencia de los años anteriores, la misma podría mantenerse, si era necesario. Era muy probable que Rusia apoyara a una Serbia independiente; y con ciento catorce divisiones y media de infantería y un aliado francés, Sazonov hablaba con fuerza.

En consecuencia, los alemanes tenían en sus manos la decisión: únicamente ellos podían respaldar a Austria-Hungría, lo que en cierto sentido ya habían hecho en marzo de 1909, cuando, con un ultimátum a Rusia, silenciaron las quejas de esta sobre la anexión de Bosnia. Durante la Guerra de los Balcanes, la voz de Alemania había sido una voz de moderación. Ahora, en julio de 1914, su voz se había convertido en una voz de estímulo. Inmediatamente después de que llegara la noticia de la muerte del archiduque, el embajador alemán en Viena, Heinrich von Tschirschky, habló por su propia cuenta de refrenar a Berchtold, cosa que, por pasadas experiencias, suponía que era lo que había que hacer. Inmediatamente fue advertido por Berlín de que no tomara otra vez tales iniciativas. Austria tenía que «actuar». Un diplomático austrohúngaro, el conde Hoyos, fue a Berlín y vio al káiser el 5 de julio; Bethmann Hollweg fue consultado. A Hoyos se le dijo inequívocamente que los austriacos debían ir a la guerra con Serbia.

Es posible que la Primera Guerra Mundial no se hubiera desencadenado si el conductor del archiduque no hubiera realizado el fatal giro equivocado. Pero el hecho fue que, desde enero de 1914, numerosos alemanes habían estado argumentando a favor de la guerra. Las constantes que habían asegurado la paz en Europa estaban cambiando.

Del liberalismo europeo casi podría decirse, con palabras del conde Czernin sobre la monarquía de los Habsburgo, que «estábamos condenados a morir. Éramos libres de elegir la forma de nuestra muerte, y elegimos la más terrible». En los viejos tiempos, el consenso liberal había supuesto un fuerte contrapeso a los ejércitos. Gran Bretaña, el país archiliberal, solo tenía seis divisiones en Europa. Los liberales alemanes habían armado un continuo escándalo a Bismarck y Caprivi en relación con el importe y los plazos de financiación del ejército, y hasta 1911 los presupuestos militares

no se incrementaron de manera sustancial. Es cierto que los republicanos franceses estaban más dispuestos a gastar dinero en sus fuerzas armadas. El republicanismo heredó la tradición jacobina de «la nación en armas», y se justificaba implícitamente por la necesidad de revocar el fallo de 1871 y reconquistar las provincias perdidas, Alsacia y Lorena. Hace mucho al caso el hecho de que el cuerpo de oficiales franceses se reclutara entre elementos «democráticos», los cuales apenas figuraban en los ejércitos alemán y británico.

Los liberales podían ser persuadidos de que votaran fondos para las armadas. Estas no amenazaban ni con mucho la paz interna, como lo hacían los ejércitos, y además se suponía que aportaban beneficios económicos tangibles. Todos los libros de historia, sin excepción, señalaban que los británicos eran prósperos y pacíficos gracias a su armada; los Estados Unidos, el último país gladstoniano, construyeron una gigantesca flota de guerra a emulación de los británicos. También Alemania había construido una flota de guerra, construcción que comenzó con la ley naval de 1897. Estaba claramente destinada a una posible guerra con Gran Bretaña, para que actuara como un arma constante de chantaje; esto se hizo evidente en la segunda ley naval, de 1900. La motivación era obvia: que Gran Bretaña se viera obligada a ayudar a Alemania en la adquisición de un imperio ultramarino. Durante la Primera Guerra Mundial se produjo una verdadera explosión de desvarío colonialista en el seno del gobierno alemán: el «África central alemana», colonias aquí, allí y en todas partes. Esto no fue una coincidencia.

Esta amenaza fue el factor aislado más importante en la aparición de otra constante de la Europa eduardiana: la rivalidad anglo-alemana. Los británicos habían estado persiguiendo acuerdos coloniales con Francia y Rusia (y con los Estados Unidos) porque sus recursos estaban sometidos a

bastante presión, por decirlo de alguna manera. No podían, por ejemplo, asegurar su situación al mismo tiempo en el Lejano Oriente y en el Mediterráneo, como lo habían hecho en el siglo XIX. La *Entente* de 1904 con Francia y la de 1907 con Rusia reflejaban el hecho de que estas dos naciones tenían algo concreto que ofrecer, mientras que Alemania no lo tenía. Pero siempre hubo algo más que esto: los británicos temían la expansión de Alemania por motivos económicos y militares, y se esforzaban por preservar un equilibrio en Europa. Les aterraba que Alemania y Rusia pudieran hacer causa común, por ejemplo, en el Oriente Medio («esa pesadilla», como decía Sir Arthur Nicolson). Resultaba necesario indicar a Alemania que existían respuestas al chantaje naval.

Comenzó entonces una carrera naval. En 1905-1906, se botó el primer acorazado con piezas de gran calibre, el *Dreadnought.* Este acorazado, que hizo que toda la flota de guerra anterior quedara obsoleta, fue notablemente perfeccionado hasta 1914. Tirpitz hizo nuevas demandas al *Reichstag,* que fueron aceptadas, y en 1908-1909 actuó incluso a espaldas del *Reichstag* para construir navíos en secreto. El hecho llegó a oídos de los británicos, que se alarmaron. Continuaron con su anterior política de construir dos buques por cada uno de los construidos por Alemania, y en 1909 el presupuesto de Lloyd George comprendía partidas para la construcción de ocho, y no cuatro, acorazados (aunque en parte esto se hizo para introducir la imposición directa, pasando por encima de los liberales de derecha). Los británicos intentaron solucionar la cuestión mediante el compromiso. En 1910, de nuevo en febrero de 1912 (la misión Haldane), y nuevamente, de forma esporádica, con anterioridad a 1914, se hicieron declaraciones en este sentido. Pero Tirpitz se mostró inexorable. Rebajar sus demandas navales habría significado aceptar que había fracasado todo su proyecto de conseguir una armada. En conjunto, el kái-

ser le apoyaba. Los alemanes responderían que solo detendrían la construcción naval si los británicos firmaban un pacto de neutralidad. En Londres casi todo el mundo entendió que, en ese caso, los alemanes atacarían a Francia y luego ajustarían cuentas con los británicos. Se realizaron acuerdos sobre materias extrañas –incluido el ferrocarril Berlín-Bagdad– como prueba de buena voluntad, pero a estos no siguió ningún pacto. Por el contrario, los británicos apoyaron a Francia en las dos crisis marroquíes.

En esas circunstancias, funcionó el equilibrio de poder. El ejército alemán podía amenazar a Francia. En 1905, cuando Rusia era débil, la amenaza era muy real. Pero la idea de que Gran Bretaña intervendría disuadió a los alemanes; la armada alemana no estaba en absoluto preparada para vencer en caso de una intervención naval y, además, la interrupción del comercio alemán por un bloqueo británico indudablemente podría sembrar la confusión en las ciudades alemanas. Después de todo, en 1905 la atmósfera social de Alemania era realmente muy tensa. Sazonov manifestó en enero de 1914 que «Alemania se da cuenta del peligro de la completa catástrofe social interna a la que, de producirse una intervención británica, se vería expuesta en un plazo de seis semanas»: habría tumultos ocasionados por la falta de alimentos, de los que se aprovecharían los revolucionarios socialistas. Este mismo miedo obsesionaba a los británicos que pensaban en la guerra. La interrupción del comercio causaría terribles desórdenes sociales; y la estrategia del gobierno estaba basada, de manera sorprendente, en el lema «el negocio, como siempre». Tan pronto como estalló la guerra, el Ministerio de Comercio contrató a cien empleados más y alquiló locales en Cheapside para aconsejar a los comerciantes sobre cómo debían emprender la conquista de los vastos mercados dominados anteriormente por los alemanes. En Alemania, la reacción del káiser a la primera crisis marroquí fue la de que no podía emprenderse ningu-

na política arriesgada sin «matar primero a tiros a los socialdemócratas». En Rusia, los conservadores desaconsejaron enérgicamente la guerra en 1914. Esta era también la postura de un ministro británico, John Motley, que dimitió tras la declaración de guerra de 1914: «La atmósfera de guerra no puede ser favorable al orden, en un sistema democrático que se encamina hacia el clima del año [18]48».

Los socialistas de izquierdas han argumentado a veces que la guerra se desencadenó porque las fuerzas vivas querían atajar la crisis social. Indudablemente, es cierto que un argumento importante en favor del imperialismo era el de que conseguiría esto: lugares donde enviar el excedente del proletariado, mercados propios y materias primas baratas para hacer prosperar a la metrópoli. Esta idea estuvo claramente presente en la propia guerra, cuando se elaboraron sus objetivos, y en Alemania, con anterioridad a 1914, hubo numerosas conversaciones en ese sentido entre banqueros e industriales. Resulta imposible localizar tales consideraciones en la propia crisis de julio. Los documentos de los principales países, e incluso los papeles privados de todos los que tomaron parte en las decisiones principales, solo indican una preocupación por cuestiones de prestigio, estrategia, «alta política». Lejos de haber sido desencadenada para atajar una crisis social, la guerra debió en buena parte su origen inmediato a la opinión de que, si se presentaban de manera adecuada los «argumentos» del país, los propios socialistas la aceptarían. Bethmann Hollweg informó a los socialdemócratas, durante la segunda mitad de la crisis de julio, de lo que estaba sucediendo; estos lo aceptaron, como sus correligionarios de otros países, con pocas excepciones, y la atmósfera patriótica de agosto de 1914 produjo la euforia entre los monarcas y los hombres de Estado que habían temido todo lo contrario.

Los gobiernos occidentales tenían una idea de lo que harían al menos los partidos socialdemócratas y los sindicatos. En Francia, una tercera parte de los socialistas elegidos en marzo de 1914 habían votado a favor del servicio militar de tres años de duración, aun cuando la postura oficial de su partido había sido la de oponerse; en Alemania, en el verano de 1913, los socialistas habían votado a favor de unos impuestos que iban a permitir un incremento muy importante del poderío del ejército alemán. Sin embargo, una cosa eran las actitudes oficiales de sectores de los partidos y otra muy distinta las reacciones de las masas; y sería ingenuo suponer que los estadistas, que se pasaban la mayor parte del tiempo discutiendo de asuntos financieros, no iban a considerar la prosperidad de su país como algo de vital importancia. En Alemania, a partir de 1910, existieron crecientes temores a que la economía se viniera abajo. Las exportaciones suponían una tercera parte del producto nacional bruto, y si se paralizaban se produciría un desempleo generalizado. Se paralizarían si otros países establecían aranceles aduaneros. Pero los propios alemanes tenían aranceles; difícilmente podrían quejarse si los rusos y los franceses los implantaban también, como parecía probable que hicieran; mientras tanto, los constantes rumores en los círculos derechistas británicos sobre el abandono del libre cambio causaban escalofríos de alarma en el mundo de los negocios alemán. En Alemania se discutía cada vez más la posibilidad de crear un bloque centroeuropeo, la idea de una *Mitteleuropa,* en la que los alemanes tendrían una vasta zona libre de aranceles, más sólida que su territorio en aquellas fechas. En abril de 1914 se fijaron, en Budapest y Viena, conferencias para estudiar el establecimiento de dicho bloque. Este uniría a la monarquía de los Habsburgo, los países balcánicos y quizá Italia y Bélgica en un gigantesco *Zollverein* como el que había contribuido a la grandeza económica de Prusia setenta años antes. Este programa era

difícil de realizar, dado que los agricultores alemanes temían la competencia del barato cereal húngaro. Pero iba a figurar de manera muy importante en los objetivos de guerra de Alemania. Un rasgo esencial de la crisis de julio fue que Bethmann Hollweg no recibió ni siquiera objeciones rutinarias de los hombres de negocios, ya pertenecieran al *Hansabund,* partidario del libre comercio, o al *Zentralverband,* defensor del arancel. Por el contrario, el hombre de negocios más inteligente de todos ellos, Walter Rathenau, fue un abierto defensor de la *Mitteleuropa,* y su principal artífice.

Otra «constante» que cambió antes de 1914 fue la actitud de los liberales hacia el ejército. En la década de 1890, los liberales se habían convertido a la armada y al imperio. Pero seguían siendo hostiles al ejército, que a menudo era considerado como tiránico y despilfarrador. En Alemania, una alianza de liberales de izquierda, socialdemócratas y católicos evitó a partir de 1893 todo incremento en el presupuesto del ejército durante muchos años, y casi la mitad de los jóvenes alemanes escaparon al servicio militar por uno u otro medio. Este factor significaba mucho todavía en 1905. Pero, a partir de ese año, las ligas militares hicieron su irrupción en la conciencia liberal, como acaso puede verse en la gran cantidad de literatura bélica que surgió en esa época. El entusiasmo de agosto de 1914 habla por sí solo. El Estado tuvo un romance y un misterio propios; el servicio militar permitió incluso que participaran en él las minorías nacionales, las clases medias bajas y los judíos. El Estado se convirtió en una gran maquinaria, tanto en cuestiones militares como de otro tipo; maquinaria a la que ya habían contribuido mucho los «tecnócratas» liberales. No fue un romance limitado a las clases medias. El ejército demostró tener un gran atractivo para buena parte de la clase obrera, y esto quizá explica la sorprendente cantidad de teóricos militares que salieron de las filas socialistas. Jean Jaurès, en

Francia, escribió un libro sobre los ejércitos de voluntarios; Reinhard Höhn, en Alemania, puso de manifiesto el interés, a menudo muy documentado, desplegado por el SPD. Cuando los británicos pidieron voluntarios, obtuvieron la mejor respuesta en los distritos más claramente obreros, por ejemplo, el de Rhondda.

Con anterioridad a 1911, los propios jefes de los ejércitos estaban a menudo deseosos de evitar el ingreso de reclutas de la clase obrera. Se decía que los proletarios eran físicamente ineptos, probablemente hasta el punto de no soportar con demasiada facilidad el tipo de rígido comportamiento militar que supuestamente toleraba el campesinado. Rusos, alemanes y austriacos habían empleado este argumento como una razón para limitar en gran medida el reclutamiento al campesinado. A partir de 1911, esto cambió. El ministro prusiano de la Guerra se vio obligado a aceptar la tesis del coronel Ludendorff de que Alemania necesitaba contar con un ejército masivo, aun cuando ello significara la aceptación de oficiales que no hubieran encontrado un hueco en el mismo en los viejos tiempos de la aristocracia. En diciembre de 1912, el jefe del Estado Mayor alemán abogó por una gran ampliación del ejército. En esos momentos, el peligro de guerra como consecuencia de alguna de las disputas relacionadas con los Balcanes era evidente, y Moltke deseaba estar debidamente preparado. La sensación que tenían los alemanes de que tendrían que proteger sus intereses centroeuropeos se combinaba con una idea bastante clara de que el ejército ya no tenía por qué limitarse a los campesinos y a los junkers. Además, el propio Bethmann Hollweg incitaba a los soldados a exigir más dinero, con objeto de poder negárselo a Tirpitz, cuyos planes estaban frustrando la oportunidad de Alemania de contar con una Gran Bretaña neutral. El camino estaba, pues, abierto no solamente a una carrera naval, sino también a una carrera armamentista en general, que podía llegar más allá de to-

do lo conocido hasta entonces. En 1913, Alemania amplió su ejército de tiempos de paz (que antes era de 530.000 hombres) a 665.000 y proyectó ampliarlo todavía más en 1914. Ello costó 1.465.000 marcos y exigió un impuesto directo especial, el *Wehrbeitrag,* sobre la propiedad. En ese contexto, los franceses, para no quedarse atrás, volvieron a introducir el servicio militar de tres años, a fin de formar en tiempos de paz tantos reclutas como los alemanes. El ejército austrohúngaro incorporó anualmente, a partir de 1912, 160.000 hombres, en lugar de los 100.000 que venía incorporando.

La mayor parte de todo esto ocurrió en el contexto de otra «constante» en proceso de cambio. Rusia se estaba haciendo realmente muy fuerte. En marzo de 1914, la prensa alemana, incluyendo el periódico semioficial *Norddeutscher Anzeiger,* organizó un gran revuelo a este respecto. Un tema constante en las discusiones internas de los alemanes por esa época fue la necesidad de derrotar a Rusia antes de que esta, Francia y Gran Bretaña formaran una coalición insuperablemente poderosa.

En este cálculo entraban dos elementos, ambos bastante lógicos en sus propios términos. El primero era la potencia del ejército del zar. En otros tiempos, Rusia no podía reclutar más que una parte de su potencial humano, y la guerra ruso-japonesa había puesto de manifiesto la debilidad de su equipamiento. Pero, al aumentar el presupuesto, el gasto del ejército pudo subir de 473 millones de rublos en 1909-1910 a 528 millones en 1912-1913 y a 581 millones en 1913-1914, al tiempo que se duplicó el gasto naval. Estos gastos no incluían las sumas «extraordinarias», otorgadas como subvenciones tanto al ejército como a la marina: el «pequeño programa» de 1908 y la «reorganización» de 1910 dieron al ejército un total de 700 millones de rublos. En 1913 se discutió un nuevo «gran programa» (que se convirtió en

ley en junio de 1914) para suministrar 140 millones de rublos anuales y una subvención de capital de 432 millones para permitir al ejército ampliar su capital e incrementar el número de reclutas de 450.000 anuales a casi 600.000 (lo que dio lugar a un ejército en tiempos de paz tres veces mayor que el de Alemania, y armado con 6.700 piezas móviles de artillería, frente a las 6.004 de los alemanes). Es cierto que el ministro ruso de la Guerra y el arma de artillería cometieron errores espectaculares en el uso de ese dinero, y que buena parte de este se desperdició. Pero los tiempos en que los alemanes podían contar automáticamente con una Rusia débil habían pasado. En 1917, decían los expertos militares, Rusia sola podría desafiar a Alemania en igualdad de condiciones.

El pánico alemán no solo se refería a la fortaleza de Rusia, sino también a su velocidad de movilización. La respuesta del Estado Mayor a la alianza entre Francia y Rusia había sido bastante lógica en la década de 1890, bajo el mando del conde Schlieffen. Rusia no contaba con demasiados ferrocarriles, y a causa de ello no podía movilizar rápidamente a todo su ejército, a diferencia de los alemanes, que podían usar líneas con capacidad suficiente para 700 trenes militares diarios (hacían falta treinta y seis trenes para transportar una división de infantería). Los rusos respondieron a esto construyendo lo que ellos creían que eran fortalezas seguras, que absorbieron una gran parte de su presupuesto, atiborradas de piezas de artillería inmóviles, sin utilidad en el campo de batalla. Esto significaba que Alemania, en tiempos de guerra, dispondría de varias semanas, y quizá incluso de varios meses, para atacar a Francia antes de que Rusia estuviera preparada. Schlieffen respondió a esto con un plan para aniquilar a Francia, dejando la defensa frente a Rusia en manos de una fuerza muy débil y de los austriacos. Dado que los franceses habían construido unas defensas muy fuertes a lo largo de la frontera, los alemanes

tendrían que soslayarlas a través de una Bélgica neutral, plan elaborado, y no por coincidencia, en 1897, justo cuando Tirpitz planificaba su flota de guerra contra los ingleses. Con posterioridad a 1914, Schlieffen fue criticado, ya que el plan fracasó.

Cualquier avance en la velocidad de movilización de los rusos habría hecho fracasar ese plan. Este avance se produjo a su debido tiempo. Los rusos construyeron ferrocarriles a toda costa, ya que Polonia constituía una parte importante de su economía. Pero algunos de esos ferrocarriles tenían fines puramente estratégicos, y la expansión tanto en construcción como en bienes de equipo fue tal que el ejército ruso fue capaz de movilizarse con bastante rapidez. En 1912-1913, los franceses ofrecieron a Rusia un empréstito de 500 millones de francos que permitieran a los rusos la construcción de ferrocarriles estratégicos. Este empréstito aceleró las cosas, pero no fue vital, dado que los rusos eran capaces de encontrar por sí mismos el dinero. Danilov, el verdadero cerebro de la planificación rusa, continuó revisando al alza sus previsiones de movilización. En 1900, Rusia aún no era capaz de enviar al oeste doscientos trenes diarios. En 1910, llegaba a 250. En 1914, a 360. En 1917, a 560. Esto permitió al ejército ruso movilizarse, no con arreglo a las artríticas soluciones del plan núm. 18, que databa de 1905, sino con arreglo al plan 20, que debía surtir efecto en septiembre de 1914, fecha en que debía efectuarse la reunión de setenta y cinco divisiones de infantería en la frontera occidental a los dieciocho días de la movilización, solo tres días después que Alemania. En el verano de 1914, el antiguo plan (el «19 modificado») todavía estaba vigente, y la movilización llevó treinta días. Esto dio al ejército alemán, formado por noventa y cinco divisiones, el tiempo justo para derrotar a Francia antes de que la propia Alemania fuera invadida por un grupo del ejército ruso, apoyado por solo doce divisiones. Si Alemania no hubiera ido a la guerra

en 1914, habría tenido que replantear toda su operación militar y, sin embargo, ni Moltke, ni prácticamente nadie, habían podido encontrar una alternativa a la misma.

Pero, en cualquier caso, los alemanes sabían que no podían confiar durante mucho tiempo en su aliado Habsburgo. Ya en la época de la crisis de Badeni, se había extendido el temor a que Austria-Hungría se desintegrara. Por esas fechas, los franceses y los rusos habían estrechado su alianza y hecho de ella, prácticamente, una alianza agresiva para el caso de que Alemania ocupara la monarquía en ruinas. A partir de entonces cada una de las sacudidas de la crisis interna austrohúngara había suscitado temores similares. Ahora, el asesinato del archiduque los hizo revivir de nuevo. Además, los alemanes temían por el futuro de Turquía. Los protegidos de Rusia en los Balcanes se habían repartido las posesiones turcas en Europa (con la excepción de Albania y una franja de Tracia). Los esfuerzos alemanes por encontrar un hueco en Turquía habían conducido al envío de una misión militar, bajo el mando del general Liman von Sanders, en el invierno de 1913-1914. Los rusos habían protestado por la presencia de un general alemán con mando en los Estrechos, a través de los cuales encontraba salida la mitad de su comercio. Finalmente, Liman fue destinado a un puesto bastante distinto, pero la cuestión estaba ya suficientemente clara (enero de 1914), y las relaciones entre los dos países eran notablemente peores que en el pasado. Y sobre todo ello planeaba el imponderable de qué sucedería en el este de Europa, lo que producía tensiones entre ambos. Esto hizo también que Sazonov, en junio de 1914, dijera al zar que tenía que hacer algún esfuerzo para entenderse con los polacos, que, de otra manera, podrían gravitar hacia las potencias centrales.

Cuando los austriacos preguntaron a Alemania qué debían hacer respecto a Serbia, la respuesta fue muy clara: lu-

char con ella y, si hay problemas con Rusia, entonces mejor ahora que más tarde. En ese sentido, la respuesta a «los orígenes de la Primera Guerra Mundial» es obvia: Alemania. Por entonces, Bethmann Hollweg y otros tenían que ocultar lo que preparaban. Esperaban que los británicos permanecieran neutrales. Los socialdemócratas tenían que ser contentados, y no estaban dispuestos a transigir con el «militarismo prusiano» ni permitir más telegramas de Ems. Tenía que parecer como si una Austria ofendida buscara una reparación adecuada por parte de una nación semibárbara. El propio Bethmann Hollweg llegó incluso a alardear de que los primeros días de la crisis se encontraba de vacaciones. Pero fue lo suficientemente incauto como para pedir después sus cuentas de gastos: estas revelan que viajó a Postdam cada uno de esos días, excepto el 1 y el 3 de julio, para aconsejar al káiser. Asimismo, hizo instalar un costoso telégrafo en su finca, exigió el coste de hasta la última sílaba. Los agregados militares de Sajonia y Baviera informaron fielmente a sus capitales de lo que estaba fraguándose, incluida una guerra preventiva. Inmediatamente después de la guerra, un gobierno comunista de Baviera publicó esos documentos y otros similares. A la llegada de la contrarrevolución, el editor fue condenado a una larga pena de prisión (mucho más larga que la de Hitler) por traición, esto es, por decir la verdad.

Los días 5 y 6 de julio a los austriacos no les quedaba ninguna duda sobre los propósitos de los alemanes, y los retrasos vinieron de su lado y no del de Alemania. Tuvieron que vencer la oposición húngara: Tisza temía una revuelta en Rumania si entraba en guerra, y probablemente solo se sintió forzado a ella cuando su amigo István Burián, ministro húngaro en Viena, le contó todos los detalles relativos al apoyo alemán. A mediados de julio, Viena había desarrollado su plan: plantear a Serbia unas exigencias aparentemente razonables, pero inaceptables en la práctica, rechazar la

respuesta y declarar la guerra con aires de ofendida inocencia. Todo esto se hizo: el ultimátum se transmitió el 23 de julio, la respuesta se rechazó el 25, y la guerra a Serbia se declaró el 28 del mismo mes. Los alemanes fueron informados de cada uno de los pasos, y a veces exigieron una acción más pronta por parte de sus indecisos aliados (cuya nerviosa incapacidad para organizar la movilización les causó posteriormente muchos disgustos).

Para el 28 de julio, la guerra europea era claramente visible en el horizonte. Sazonov mostró buena voluntad para llegar a un arreglo. Pidió a los serbios que hicieran concesiones; se mostró dispuesto a aceptar la mediación británica. Pero no quería ver un interés vital para los rusos tratado sin ningún respeto. A partir de 1913, había estado sometido a una fuerte presión por parte de los franceses, que se encontraban en pleno apogeo de su *réveil national,* para que no retrocediera ante las amenazas –en realidad, en agosto de 1913 el presidente francés, Poincaré, se había mostrado más incisivo que el propio Sazonov en relación con las acciones de los Balcanes–; y, aunque no sabemos qué se dijo en la visita de Estado realizada por Poincaré a San Petersburgo inmediatamente antes de que estallara la guerra, parece prudente suponer que estuvo en la línea anterior. Los militares rusos estaban bastante confiados, aunque no tanto como esperaban estarlo después de la realización del «gran programa» de 1917. Sazonov decidió dar un aviso: una movilización parcial contra Austria-Hungría. Iba a anunciarse el 29 de julio, y los alemanes fueron avisados de antemano.

Esto, y la creciente sospecha de que los británicos no serían neutrales, produjo alguna vacilación en Berlín. El káiser regresó de sus vacaciones y (como había previsto Bethmann Hollweg) retrocedió ante la crisis: dijo al canciller que explicara a Viena que no existían motivos para desen-

cadenar una guerra europea. Bethmann Hollweg atenuó las instrucciones, pero informó a Viena a últimas horas de la noche del 29 y primeras de la mañana del 30 de que Alemania «no podía verse envuelta por Viena en una conflagración mundial sin tener en cuenta nuestro parecer». Esto contradecía todo lo que había dicho antes, pero mostraba, quizá, que se había hecho evidente la posibilidad de una intervención británica. Fuera como fuere, esas maniobras –ya se tratara de un fallo de nervios o de un cálculo táctico– fracasaron. Los generales rusos se daban cuenta de que, si se producía únicamente una movilización parcial, podían verse en un terrible peligro. Debían enviar la mitad de su ejército, de acuerdo con la variante «A» del plan 19, contra Austria-Hungría; lo cual expondría a la otra mitad a un ataque alemán, en un momento de terribles complicaciones en los ferrocarriles. La única respuesta era la movilización total, que el zar aceptó el 30 de julio a las tres de la tarde y que se proclamó al día siguiente. Pero, en cualquier caso, los generales alemanes estaban haciendo cálculos no muy diferentes: si iniciaban lentamente su movilización, Rusia llevaría una ventaja de salida y el plan de Schlieffen sería inviable. Bethmann Hollweg tuvo terribles dificultades para mantenerlos tranquilos los días 29 y 30 de julio. Finalmente, sometido a la presión de Moltke y del ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, accedió a proclamar la movilización alemana a mediodía del 31 de julio. Fue una casualidad que la movilización general rusa se proclamara primero. El 31 de julio, la movilización general de Austria-Hungría, Rusia y Alemania era un hecho. Alemania envió un ultimátum a Rusia, y declaró la guerra el 1 de agosto. Los franceses, en cumplimiento de su alianza, se movilizaron el 1 de agosto (con efectos el 2). Los alemanes encontraron una excusa para declararles la guerra el 3 de agosto. Se puso entonces en marcha el plan de Schlieffen. Los

ejércitos alemanes ocuparon Luxemburgo y avanzaron hacia Bélgica.

Esta fue la señal para Gran Bretaña. Sus jefes militares y navales solo deseaban una excusa. La invasión de Bélgica por los alemanes comprometía a Gran Bretaña como garante de la neutralidad de aquella. El ataque a un país neutral (que los expertos habían visto venir) proporcionaba un perfecto argumento moral con el que se podía silenciar a los miembros disidentes del gabinete, y el 4 de agosto salió de Londres un ultimátum. El resultado del mismo fue la guerra.

LA GUERRA, 1914-1918

«La guerra es la partera de la historia»: una idea muy hegeliana de una guerra alemana. El periodo 1914-1918 fue un momento obvio de «suspensión» hegeliana, de cambio de una era a otra. Pero poner fin a ese mundo costó cuatro años y medio de guerra, diez millones de muertos y otros diez millones de muertos ocasionados indirectamente por la guerra.

La guerra terminó de una forma que hacía prever 1940: tanques y aeroplanos, utilizados por los franceses en su ofensiva de Villers-Cotterêts, en julio de 1918, en una especie de *Blitzkrieg* [guerra relámpago]. Pero comenzó de una forma que recordaba 1870, con cargas de caballería, heroísmo individual y grandes maniobras. Nunca antes había comenzado una guerra partiendo de un malentendido terrible sobre lo que iba a suceder. Las masas europeas empujaban alegremente a sus jóvenes hacia la guerra. Los británicos dejaron asombradas a sus autoridades militares por el enorme número de voluntarios. En el continente, los reservistas casi en su totalidad se precipitaron a alistarse, lo que cogió bastante desprevenidas a las autoridades, porque estas esperaban tener que enviar a la policía militar para recoger a los recalcitrantes. Fueron tantos los austrohúngaros que

comparecieron ante las cajas de reclutamiento, incluso antes de la movilización oficial, que tuvieron que ser rechazados, porque no se había preparado nada para alistarlos.

Una de las razones de que la guerra durara tanto fue, paradójica y significativamente, que todo el mundo esperaba que fuera una guerra corta, a la manera de las guerras del siglo XIX. Las oficinas austriacas de la seguridad social se negaron incluso a pagar subsidios a las familias de los reservistas, basándose en que los soldados pronto se reintegrarían a sus trabajos. El preámbulo del «gran programa» ruso de junio de 1914 decía que la situación de los vecinos de Rusia descartaba la posibilidad de una guerra larga. Con esto se expresaba una idea muy extendida en Europa. Se pensaba que los garantes de la prosperidad y del orden interno eran las exportaciones y el comercio internacional. La interrupción del comercio durante un cierto periodo de tiempo significaría el desorden y la revolución. Las potencias industriales tendrían que firmar la paz a los seis meses o, como mucho, al año. Los cálculos financieros funcionaban en el mismo sentido. Los ministerios de Hacienda suponían que su crédito se agotaría a los pocos meses, aunque los británicos, con sus enormes inversiones ultramarinas, eran bastante más optimistas. El ministro de Hacienda húngaro afirmó en su gabinete que solo veía posibilidad de financiar la guerra durante tres semanas, esto es, ni siquiera hasta el final de la movilización del ejército austrohúngaro. Después de eso, el crédito se agotaría. Nadie suponía seriamente que la guerra pudiera librarse con papel moneda. Sir Frederick Schuster, llamado para aconsejar al gobierno británico en nombre de los banqueros sobre este punto, dijo que si se realizaba un esfuerzo para librar la guerra con *assignats,* al estilo de la Revolución francesa, «no llegarán ustedes muy lejos». Sin una moneda sólida, se produciría una inflación y un desasosiego terribles. El banquero estaba en lo cierto.

Pero se equivocaba al suponer que, en la mayoría de los países, la inflación echaría por tierra el esfuerzo bélico.

Los propios generales, sin excepción, hicieron planes para una guerra de corta duración, y con ello infligieron un golpe terrible a sus posibilidades de librar una guerra larga. Desaprovecharon a un número extraordinario de hombres que habrían podido ser utilizados más sensatamente para entrenar a otros hombres, y no para librar batallas desacertadas. Por supuesto, esto se ajustaba a las necesidades del sistema de alianzas, así como a los usos de 1914. Alemania tenía que dejar fuera de combate a Francia antes de que el ejército ruso se encontrara realmente en el campo de batalla: en otras palabras, tenía que caer sobre Bélgica, desbordar a los franceses y rodearlos en la región de París en el espacio de treinta días, pasados los cuales los rusos avanzarían hacia Prusia oriental, y quizá llegarían más allá del Vístula, a solo unos ciento cincuenta kilómetros de Berlín. De igual modo, los austriacos se prepararon para dejar fuera de combate a Serbia. Los rusos hicieron todo lo posible por reunir un ejército del noroeste para invadir Alemania el «M 15», el decimoquinto día de la movilización. El Estado Mayor francés había sido muy prudente en sus planes hasta 1911, pero en 1911-1912 Joffre había sustituido el proyecto de una ofensiva en Alsacia por el «Plan XVII», con objeto de apoyar el ataque simultáneo de Rusia a Prusia oriental, que ahora podía realizarse.

Todas estas ofensivas iniciales acabaron mal. Se fundaban en cuatro factores: caballería, enormes masas de infantería, bombardeos con granadas de metralla (que estallaban en el aire) y táctica de ataques masivos con bayoneta. La caballería resultó ser la primera víctima de la guerra. Los caballos utilizados en las cargas, en los viejos tiempos, podían moverse más deprisa de lo que los cañones podían disparar: en la carga de la Brigada Ligera, por ejemplo, la caballería ha-

bía llegado al menos hasta los cañones rusos, aunque solo a costa de grandes pérdidas. La revolución del tiro rápido en la artillería en la década de 1890 puso fin a esto; ahora, un rifle de precisión podía derribar a un caballo desde una distancia de un kilómetro y medio. Además, las divisiones de caballería, incluso sin oposición, eran muy difíciles de abastecer, porque los caballos comían una cantidad de cereal tan grande que el pienso de los caballos suponía por lo menos la mitad de los transportes militares de Rusia, y ocupaba más barcos británicos que los que fueron hundidos por submarinos. Nueve divisiones de caballería rusas cruzaron a galope la frontera de Prusia el 15 de agosto, perdieron el contacto entre ellas, se armaron un lío con sus provisiones, y provocaron un ataque de nervios en su comandante, el anciano jan de Najichevan. Después de esto, entorpecieron las líneas de avituallamiento en tal medida que el primer ejército ruso apenas pudo moverse, excepto para someter al tradicional asedio a la fortaleza de Königsberg. En el ejército austriaco, también el 15 de agosto, diez divisiones de caballería cabalgaron hacia la Polonia rusa. En una semana estaban de vuelta, tirando los hombres de los pobres animales, cuya piel había sido desollada por una silla de montar que constituía un asiento agradable, pero que solo era apropiada para los caballos del ejército y no para los requisados.

Los ataques masivos de la infantería no eran, por lo general, mucho más efectivos. La táctica clásica era una táctica simple y estúpida: agrupar a la infantería y hacerla avanzar lo más rápidamente posible. Esto se justificaba haciendo referencia al *élan vital* o a algún mito de este tipo, y ninguno de los ejércitos (con excepción del serbio, que tenía una cierta experiencia) pensó en otra cosa. Los generales eran ascendidos por su capacidad para soportar el fuego enemigo, y la infantería rusa era normalmente mandada, al nivel del ejército, por generales de caballería como Rennenkam-

pf. La idea era crear un «rombo» napoleónico, es decir, las grandes formaciones que había empleado Napoleón (con efectos autodestructivos) en la Batalla de Wagram en 1809. Hacer esto era cosa de locos. En primer lugar, el disparo de fusil era mucho más rápido de lo que lo había sido en la época de Napoleón: un soldado británico bien entrenado, un profesional, podía efectuar dieciocho descargas por minuto, es decir, disparar, meter la siguiente bala, accionar el cerrojo y disparar de nuevo, todo ello en tres segundos. Las ametralladoras (aunque se encasquillaban con frecuencia) complementaban la fusilería; y la revolución en la artillería era también tal que se podía desbaratar un ataque de infantería desde una distancia de tres a cinco kilómetros mediante cañones de precisión, y de menos de tres kilómetros incluso con cañones poco certeros. La ofensiva francesa en Alsacia se vino abajo, con 500.000 bajas, en pocos días, después del 15 de agosto. Lo mismo sucedió con el ataque austriaco a Serbia el 16 de agosto y con el ataque austriaco a Rusia, que comenzó extrañamente tarde, el 21 de agosto, y continuó hasta la retirada de Galitzia oriental, el 11 de septiembre (la «Batalla de Lemberg»), con la pérdida, también, de 750.000 hombres en ambos frentes.

Las otras dos ofensivas fracasaron, aunque en circunstancias bastante diferentes. Seis ejércitos alemanes se desplazaron hacia el oeste (al tiempo que uno defendía la frontera alsaciana). Dado que los franceses se habían concentrado en el sur, el ejército alemán ocupó un territorio desierto. Se enfrentó primero a un ejército belga que cometió equivocaciones. Los belgas habían creado una fortaleza, Lieja, justo en la frontera, y se proponían crear otra más, Amberes, si era necesario. Pero las fortalezas (en las que los rusos también habían invertido grandes sumas) resultaron ser una trampa para la defensa. Ofrecían un blanco obvio para los grandes cañones pesados que poseían ya todos los ejércitos (aunque los alemanes, en el caso de Lieja, tuvieron que pe-

dir prestados algunos a los austriacos). La defensa, en cambio, era fija: no podía hacer gala de ninguna flexibilidad a la hora de defender la fortaleza. Los acontecimientos demostraron que la única manera de hacerlo era abandonarla y defenderla desde una línea de trincheras exterior (como hicieron los franceses en Verdún en 1916), que la artillería enemiga no podía «localizar» tan fácilmente y que podía ser abastecida con reservas de las trincheras de comunicación disimuladas. En agosto de 1914, esto se consideraba como cosa de magia, y en Rusia, antes de la guerra, el general Sujomlinov había sido acusado de traición por sugerir que toda la costosa red de fortalezas debía simplemente ser volada.

Lieja –al igual que Amberes en el oeste y Przemygl, Ivangorod y Nowgeorgiewsk en el oeste (y un montón de fortalezas más en 1915)– se vino abajo después de algunos bombardeos con artillería pesada, sembrando el caos en las defensas belgas. Los alemanes avanzaron implacablemente por toda Bélgica, ocupando Bruselas el 22 de agosto y rodeando Amberes. Los franceses respondieron con otra ofensiva inútil, en el nordeste, donde atacaron de frente y perdieron de nuevo 250.000 hombres. Pero en el avance alemán se interpuso la fuerza expedicionaria británica, que hizo una buena labor en Mons antes de retirarse, una y otra vez, en vista de la crisis francesa. El 1 de septiembre, los ejércitos alemanes se preparaban para tomar París; el gobierno francés se trasladó a Burdeos, y los alemanes entraron en Amiens, en Noyon y casi en Reims. Bombardearon Soissons y dañaron la catedral, al igual que habían destruido la histórica biblioteca de Lovaina, en Bélgica.

Cruzaron los ríos Somme y Marne. Si esto hubiera sucedido en 1940, habrían realizado dicha toma. Pero a los alemanes no les era en absoluto fácil obtener provisiones. Había en todo el ejército 47 camiones y todos ellos se habían

estropeado sin remedio en Bélgica. Los ferrocarriles no funcionaban. No había telégrafo para decirle a Moltke, que se encontraba en Coblenza, lo que estaba sucediendo. Las tropas estaban muy cansadas debido a su incesante marcha a través de Bélgica y el norte de Francia. Los franceses, aunque afectados muy duramente por sus enormes pérdidas iniciales, se retiraron hacia las cabezas de las líneas ferroviarias que partían de París, dentro de toda la red. Los taxistas de París se ofrecieron voluntariamente a transportar al frente a los soldados. Pero, a pesar de este gesto dunkerquiano de magnificencia, los taxis fueron esencialmente un arma de propaganda.

En la confusión, el primer ejército alemán, bajo el mando de Kluck, intentó ir hacia el oeste de París, mientras que su vecino, el segundo ejército de Billow, iba hacia el este, en parte como respuesta a las llamadas de ayuda del tercer ejército, bajo el mando de Hausen, que se había encontrado con una firme resistencia en la ondulada región del Marne. Los generales franceses –Joffre, comandante en jefe, y Galliéni, comandante de París– se aprovecharon de esto. Kluck fue aislado y quedó desconcertado. El flanco occidental de su ejército fue atacado, y tuvo que dar la vuelta para hacer frente al ataque. Se abrió entonces una brecha entre sus tropas y las de Bülow: la fuerza expedicionaria británica, que se encontraba allí, recibió (con sorpresa) órdenes de avanzar. El flanco del segundo ejército alemán, sometido a un ataque, tuvo también que retroceder. Por prudencia, Moltke, que recibió informes alarmantes de su representante personal, Hentsch, ordenó a todos la retirada. El 11 de septiembre se emprendió esta. La «Batalla del Marne» acabó con una retirada alemana hasta la línea del río Aisne, que podía ser defendida con bastante facilidad.

La invasión de Prusia por los rusos fue una historia similar, pero, debido a la extraña creencia de los alemanes de

que debían portarse como caballeros teutónicos, se tejió una leyenda alrededor de la «Batalla de Tannenberg» con la que terminó dicha invasión. Dos ejércitos rusos, cada uno de ellos tan fuertes (en teoría) como el único ejército alemán en la región, el octavo, invadieron la provincia el 15 de agosto, uno desde el sur y el otro desde el este. Fueron precedidos por un destacamento de caballería que, por supuesto, apenas fue de utilidad. Se desplazaban a una velocidad de tres kilómetros diarios, y los telegramas del alto mando *(Stavka)* les llegaban en pedazos de papel de estraza, por automóvil, desde Varsovia. La fuerza del este se enfrentó con los alemanes en Gumbinnen el 20 de agosto; los ataques alemanes fueron sangrientamente rechazados. El segundo ejército de Samsonov, procedente del sur, se dirigió mientras tanto, muy lentamente, hacia la retaguardia de los alemanes. El comandante alemán propuso la retirada. Fue cesado por su perspicacia, y reemplazado por el equipo formado por Paul von Hindenburg como comandante y Erich Ludendorff como jefe del Estado Mayor, que se hizo cargo del eficientísimo equipo de Prusia oriental: el *General-Quartier-Meister* Hoffmann, con Grüner, Grallert, el experto artillero Marquardt, Bruchmüller y un conjunto de comandantes y jefes de Estado Mayor que sirvieron cabalmente a Ludendorff desde el principio al fin.

Hoffmann organizó una retirada: la mitad del ejército se dirigía en tren hacia el flanco occidental del segundo ejército ruso, y la otra mitad marcharía hacia el sudoeste lo más rápidamente posible, para escapar. Esta mitad solo podía ir a pie, porque los ferrocarriles estaban ocupados en otros cometidos. En su marcha hacia el sudoeste, se enfrentó al flanco oriental de las desconcertadas fuerzas de Samsonov. La otra mitad del octavo ejército atacó al otro flanco de Samsonov. Y el grueso del segundo ejército ruso se vio envuelto en una dura lucha en el centro (en la que se hizo un buen papel). Los flancos se cerraron, y 100.000 rusos caye-

ron prisioneros hasta el 30 de agosto en la denominada Batalla de Tannenberg, aunque esta plaza, escenario de una gran batalla medieval entre polacos y caballeros teutónicos, estaba algo lejos del lugar donde se libró el combate. El otro ejército ruso, acosado por problemas de avituallamiento, no pudo acudir en ayuda de Samsonov, y en cualquier caso no sabía lo que estaba sucediendo. Sometido a la presión alemana, evacuó Prusia oriental.

A mediados de septiembre de 1914, ya estaba establecida la pauta que iba a seguir la guerra, y durante los tres años siguientes no cambió mucho, aunque se hicieron grandes esfuerzos por ambos bandos. Las grandes maniobras de 1914 habían estado basadas en un malentendido de los generales: el de que la guerra tenía que ganarse en un corto periodo de tiempo. Hubo casi un acuerdo tácito para ignorar la realidad. Las tácticas de la infantería habían estado basadas en un precepto absurdo y destructivo: el ataque masivo. La única justificación de tales ataques estribaba en que los soldados eran demasiado estúpidos para hacer otra cosa que formar una masa y avanzar velozmente. Esto respondía a las ideas existentes sobre la profesión antes de la guerra. Los generales suponían que la formación de un soldado llevaba años y años, y que los dos años de entrenamiento eran totalmente insuficientes. Continuaron las primitivas tácticas de la infantería, aunque después de la Batalla del Marne fueron bastante menos primitivas que antes.

En particular, los alemanes descubrieron el arma para ganar la guerra de 1914-1918: la pala. La artillería había llegado a ser tan potente que la única defensa contra ella residía en cavar. Las tropas que cavaban una trinchera y levantaban un parapeto quedaban protegidas contra los bombardeos, porque era muy difícil que los cañones dieran en ese blanco, e incluso si acertaban, el proyectil era a menudo insuficiente. La mayoría de los ejércitos habían hecho provisión

de granadas de metralla, que explotaban en el aire durante los ataques masivos y causaban un daño terrible. Pero la granada de metralla nada podía contra la trinchera, si los hombres mantenían la cabeza agachada y escondida en los refugios subterráneos. Se necesitaban explosivos de alta potencia. Pero incluso disponiendo de ellos, era preciso dispararlos con cañones muy pesados, porque se necesitaba una cantidad enorme de dichos explosivos para perforar el techo de los refugios. Las trincheras se fueron haciendo cada vez más sofisticadas y los techos más gruesos, a medida que avanzaba la guerra.

En los viejos tiempos, habría sido muy peligroso situar permanentemente a los defensores en un sistema de trincheras, porque una vez en ellas se encontraban inmovilizados. Si un atacante conseguía rodear el flanco, podía enfilar la trinchera, es decir, disparar sus cañones de costado sobre ella, con efectos devastadores. Pero en 1914, en el frente occidental, no había flanco alguno. Eran tantos los hombres reclutados que la línea del frente iba ininterrumpidamente desde el canal de la Mancha hasta la frontera suiza. Por supuesto, pasó algún tiempo antes de que esto se hiciera evidente. Después de la Batalla del Marne, los alemanes se retiraron al Aisne y fueron atacados y enterrados en las trincheras. Luego los franceses trataron de encontrar el flanco occidental; cerca de Arrás se enfrentaron a un contragolpe en su propio flanco occidental al que ellos respondieron con otro golpe por el flanco. A finales de año, la lucha había llegado hasta el mar, y la fuerza expedicionaria británica se encontró reteniendo lo que quedaba de Bélgica: una posición alrededor de la destrozada ciudad de Ypres, donde la línea británica formaba un «saliente». Los salientes constituyeron a partir de entonces un importante aspecto de esta guerra. Eran sectores que penetraban en las líneas enemigas. Teóricamente podían usarse para enviar tropas con vistas a un ataque inmediatamente efectivo; pero tenían el

considerable inconveniente de que los cañones enemigos podían disparar desde tres lados sobre una masa de soldados muy compacta. El saliente de Ypres fue escenario de combates muy duros en la primavera de 1915, de nuevo en la ofensiva de Paaschendaele del verano de 1917 y otra vez en la ofensiva alemana de abril de 1918. Estos ataques costaron cientos de miles de bajas.

Una característica final hizo que esta guerra fuera, en principio, muy diferente. Existía muy poca movilidad. En los viejos tiempos, los caballos podían librar las batallas a una considerable velocidad. Ahora, eran excesivamente vulnerables, y aunque los ejércitos conservaban grandes fuerzas de caballería, estas eran casi inútiles en el campo de batalla, a menos que el enemigo estuviera desmoralizado hasta el punto de quedar paralizado, como sucedió con los austriacos en 1916, durante la ofensiva de Brusilov, y, en menor medida, con los alemanes en 1918, en los últimos momentos de la guerra. Sin embargo, el caballo no podía ser reemplazado. El motor de combustión interna no se había desarrollado lo suficiente como para soportar el gran peso del blindaje. El tanque, con el que contaban todos los ejércitos, y que los británicos habían sido los primeros en producir (para la ofensiva del Somme, en 1916), era muy lento: como mucho, se desplazaba a quince kilómetros por hora, aunque en 1918 los franceses produjeron tanques ligeros que podían moverse algo más deprisa. Estaban siempre estropeados, e incluso los más sólidos no podían resistir el golpe directo de un cañón de precisión. Por consiguiente, los ejércitos se desplazaban a un ritmo extremadamente lento; las tropas tenían que cargar con las provisiones en algunos recorridos; y 25 kilogramos de equipo y víveres hacían que los hombres se movieran todavía más despacio. En agosto de 1914, el segundo ejército ruso avanzaba a un ritmo de tres kilómetros diarios, y su comandante esperaba ser felicitado por ello.

Esta es una situación sin paralelo, con la excepción, quizá, de los largos sitios de la rebelión holandesa o de la Guerra de Sucesión de España. Los ejércitos no tuvieron dificultades para reclutar enormes cantidades de hombres, ni para alimentarlos; pasados unos pocos meses, no resultó tan difícil equiparlos con todo lo necesario, aunque a veces hubo que hacer milagros (los franceses utilizaron hierro colado para las vainas de los proyectiles, y los alemanes obtenían sus explosivos literalmente del aire). Pero cuando estas fuerzas fabulosamente numerosas llegaban al frente, no podían moverse.

¿Qué se podía hacer? En todos los países, los generales han tenido mala prensa, por lo común muy merecida. Se decía que Douglas Haig, comandante en jefe británico, era el mejor soldado escocés, porque había matado a más ingleses. Alexeiev, jefe del Estado Mayor del zar, dijo a Brusilov, en 1916, que su propio hijo le había escrito desde el frente para explicarle que no había un solo jefe que contara con la confianza de sus hombres. Especialmente en la primera parte de la guerra, a los generales se les llamaba a menudo «bufones», y en el ejército zarista su control de la maquinaria de las promociones era tal que meramente se reemplazaban entre ellos. En agosto de 1916, cuando el ejército del zar se jugó lo que sería su última carta, se formó un «ejército especial», compuesto en gran medida por dos cuerpos de infantería de la guardia y uno de caballería, y se confió su mando al favorito del zar, V. M. Bezobrazov. Este lo adiestró con los métodos de 1877 y lo lanzó a una sucesión de ataques conocidos como «la matanza de los pantanos de Kowel», que no consiguieron nada. Quedaron tantos cadáveres rusos en las alambradas alemanas que los rusos pidieron una tregua para enterrar a los muertos. El comandante alemán, Von der Marwitz, se negó a ella, basándose en que ese montón de cadáveres disuadiría a los rusos de atacar de nuevo. Sin embargo, los diarios de Bezobrazov, al igual que

los de Haig, muestran una increíble indiferencia ante las pérdidas. Estas –como las de Haig– son asombrosamente admitidas con frívolos comentarios sociales: quiénes obtendrían medallas, si al zar le agradaría un determinado gesto de adulación, quiénes conseguirían unos determinados puestos, etcétera.

No obstante, desde la perspectiva que da el tiempo, podemos permitirnos una cierta simpatía hacia los generales. Se enfrentaban a una tarea excepcionalmente difícil. Ahora podemos ver que una parte importante del problema residía en el adiestramiento de la infantería. Para ganar esta guerra, había que revolucionar las tácticas; había que coordinar la artillería y la infantería (y, posteriormente, los tanques y la aviación). Pero esto llevaba tiempo; significaba también emplear a las tropas adiestradas para adiestrar a otras, en lugar de librar una costosa batalla. Los generales suponían –y en esto eran respaldados, e incluso superados, por los políticos– que su tarea consistía en ganar la guerra lo más rápidamente posible. Los programas de adiestramiento eran, pues, cortos y primitivos, a veces solo de unas pocas semanas de duración; no fue sino en 1917 cuando los soldados comenzaron a ser debidamente adiestrados en las modernas tácticas de la infantería. Fue este nuevo adiestramiento, más que la superioridad numérica o los tanques, lo que permitió que la guerra se hiciera nuevamente móvil en 1918. Pero tardó demasiado tiempo en llegar a esto.

Los generales respondieron al problema del frente occidental en el invierno de 1914-1915, con una declaración de quiebra. Las cargas frontales con bayoneta a las alambradas fracasaron. Se pensó que la respuesta consistía en bombardear copiosamente al enemigo, destruir los sistemas de trincheras y enviar entonces a la infantería para recoger los restos del naufragio. Este fue, en esencia, el método aplicado por británicos y franceses en la primavera de 1915 (Artois y

Neuve Chapelle), el otoño del mismo año (Loos, Champagne, Chemins-des-Dames), la larga campaña del Somme en el verano y otoño de 1916, y la «tercera Batalla de Ypres» –o de Paaschendaele– en el verano y otoño de 1971. Este fue también el método usado por los italianos en las once batallas del Isonzo (1915-1917). Todas estas ofensivas fueron un fracaso, en el tradicional sentido de una victoria militar. Solo se obtuvieron unos pocos cientos de metros a un coste asombroso para ambos bandos, aunque los atacantes casi siempre tuvieron un tercio de pérdidas más que los defensores.

Reunir y abastecer en el frente a estos cientos de miles de hombres costó un tremendo esfuerzo de organización, lo mismo que suministrar a los cañones las enormes cantidades de proyectiles que se suponían necesarias para dicho método (en el bombardeo de diez días de duración que precedió a la Batalla del Somme, los cañones británicos dispararon tres millones de proyectiles, tres veces más de los que habían sido disparados en toda la guerra ruso-japonesa de 1904-1905). Los generales creían que merecían felicitaciones y no denuestos. Sin embargo, los bombardeos no constituyeron un éxito, excepto en el absurdo sentido de que mataban a tantos hombres de manera tan indiscriminada que los alemanes, que tenían menos hombres que los aliados, estaban expuestos a sufrir, proporcionalmente, de forma más dura.

Los bombardeos removían el terreno, de manera que la «tierra de nadie» se hacía casi intransitable. Era probable, especialmente en los primeros tiempos, que las trincheras enemigas fueran destruidas y ocupadas por la infantería. ¿Qué pasaba entonces? Los defensores tenían una segunda línea, y una tercera, a las que podían retirarse. El bombardeo debía luego ser efectuado de nuevo, esta vez sobre blancos que no habían sido debidamente «reconocidos».

La infantería, mientras tanto, estaba en un saliente y, además, agotada; la segunda serie de ataques siempre constituía, pues, un fracaso. En los primeros días de la Batalla de Neuve Chapelle, en la primavera de 1915, los británicos ocuparon efectivamente una línea de un kilómetro y medio, pero cuando intentaron ir más lejos se encontraron con otra fuerte línea y sufrieron una enorme matanza. El 25 de septiembre de 1915, la ofensiva francesa en Champagne tuvo como resultado una penetración en las líneas enemigas y la captura de noventa cañones y 25.000 hombres. Pero la penetración no pudo ser explotada. Mientras los defensores enemigos llegaban por tren para cerrar la brecha, los franceses penetraban lentamente a pie, con toda clase de problemas de abastecimiento. En el Somme, los británicos perdieron a 59.000 hombres el primer día, el 1 de julio, porque, a pesar de los diez días de bombardeo, los cañones enemigos no habían sido dejados fuera de combate. A partir de entonces, los generales simplemente reincidieron en la política de bombardeos interminables, sometiendo a constantes ataques la línea alemana. Estos métodos, que se aplicaron de forma bastante más elaborada el verano siguiente, resultaban terriblemente costosos, tanto más cuanto que los alemanes adoptaron un nuevo sistema de «defensa en profundidad», llevando a la mayoría de sus hombres lejos de la línea del frente y confiando en unas plazas fuertes (a menudo de hormigón) que podían hostigar a los atacantes y hacerlos vulnerables al contraataque una vez que habían avanzado unos pocos cientos de metros.

El núcleo central de todo este problema era que los generales estaban hipnotizados por los proyectiles y no podían imaginar ninguna otra cosa que no fuera grandes cantidades de ellos. Desconfiaban de sus hombres, que, después de todo, habían sido civiles hasta poco tiempo antes; confiaban en unas tácticas de infantería que eran primitivas, porque no contaban con suboficiales que permitieran a las tro-

pas moverse en grupos pequeños. Se enviaban «oleadas» por encima de los parapetos; los oficiales mostraban el camino y los sargentos mayores se desplegaban detrás, listos para disparar sobre cualquier hombre que se saliera de la línea. No fue sino en 1916 cuando los alemanes, que no podían permitirse el lujo de perder hombres con tanta facilidad como los aliados, numéricamente superiores, comenzaron a idear otras tácticas; y no fue sino en 1917 cuando el capitán británico Liddell Hart editó su manual sobre «fuego y movimiento», según el cual pequeños destacamentos con un suboficial al frente debían saltar de un cráter de granada a otro, cubriendo de vez en cuando con su fuego a los otros destacamentos. Esta táctica hizo disminuir el número de bajas, y 1918 fue un año menos costoso para los aliados que 1914. Pero en los primeros años los generales solo deseaban suficientes proyectiles para destruir todo lo que tenían ante su vista. Era la única forma de proteger las vulnerables «oleadas».

En muchos aspectos, los bombardeos eran contraproducentes. Prevenían al enemigo, que podía sacar a sus tropas de la línea del frente (como hicieron los alemanes en las últimas etapas de la batalla del Somme, y especialmente en la tercera batalla de Ypres), y en particular traer reservas. Era este factor el que impedía cualquier penetración en las líneas del contrario. Las tropas atacantes podían, en efecto, establecerse en la línea enemiga, pero normalmente estaban demasiado cansadas, y las de refresco también se iban agotando a medida que avanzaban a trompicones, bajo el fuego, para reforzar a las tropas iniciales. Las reservas de los defensores llegaban por ferrocarril, a una línea que conocían, y la brecha podía ser cerrada. Hasta mayo de 1918 no se encontró en el oeste una forma de evitar esto, aunque, en el este, un emprendedor general ruso, A. A. Brusilov, la encontró en el verano de 1916. En el frente occidental las cosas siguieron en un punto muerto.

Se hicieron realmente esfuerzos para escapar de la tiranía de las vastas ofensivas. En abril de 1915, en Langemarck («segunda batalla de Ypres»), los alemanes emplearon por primera vez gases tóxicos, y su efecto inicial, sobre tropas no preparadas, fue, por supuesto, devastador: pero esto detuvo a los propios alemanes, y así su victoria fue limitada. El 21 de febrero de 1916, y hasta julio del mismo año, el comandante, Falkenhayn, encontró lo que pensaba que era un medio de destruir a los franceses. Atacó el sistema de fortalezas de Verdún, sabiendo que los franceses no lo abandonarían; su objetivo era hacer caer sobre el mismo una lluvia de artillería pesada, sin comprometer a sus propias tropas en «una tierra de nadie». Esta ofensiva tuvo éxito, por algún tiempo, en su brutal forma de análisis de costes-beneficios. Los franceses perdieron efectivamente dos veces más hombres que los alemanes. Pero el comandante alemán, el príncipe heredero de la Corona, perdió la cabeza y supuso que la cuestión consistía en tomar Verdún. Envió tropas, en un esfuerzo por conquistarlo, y los franceses lo defendieron heroicamente, a pesar de que sus provisiones tenían que llegarles a través de una carretera sobre el Mosa, estrecha y expuesta al fuego enemigo, la *Voie Sacrée.* Los alemanes comenzaron a tener más pérdidas que los franceses, costando en total la batalla un millón de bajas. Esta batalla y la del Somme durante el resto de 1916 acabaron con los viejos ejércitos francés y alemán.

En 1917, los generales hicieron un esfuerzo de reflexión para resolver los problemas, al menos en parte, porque en aquellos momentos tenían que ir con más cuidado con respecto a sus hombres. En la primavera de ese año se produjo un extendido motín en el ejército francés. El comandante en jefe francés, Joffre, fue reemplazado por Nivelle, más joven. Pero el ataque de este último, en abril de 1917, constituyó un fracaso. En sus últimas etapas, hubo casos de hombres que irrumpían balando como ovejas, y en algunas divi-

siones los soldados comenzaron a marchar hacia París para demostrar que la paz podía llegar. Un hábil general, Pétain, los calmó, y los alemanes ni siquiera tuvieron noticias del motín en su momento. Pero fue una señal –y hubo otras, tales como el motín británico en Etaples– de que los soldados no eran simplemente autómatas. A partir de entonces, se hicieron serios esfuerzos para estudiar los problemas a fondo: en la primavera de 1917 un ataque sorpresa británico a Arrás, en julio una brillante operación de minado realizada en Messines por los británicos, en noviembre, en Cambrai, la utilización por primera vez de tanques (que tuvieron un gran éxito al principio, aunque se estropeaban con facilidad, o se adelantaban a su propia infantería). Una vez que se aplicó consistentemente, y en cuestiones estratégicas, esta clase de reflexión, la guerra se movilizó de nuevo (en marzo de 1918, en la «ofensiva de Ludendorff»).

En el oeste, los generales fueron muy criticados por su concentración en Francia: ¿no existía una salida? Especialmente, había grandes esperanzas depositadas en el «rodillo ruso»: esos supuestos millones de soldados voluntariosos. Se decía que, si las potencias occidentales enviaban equipo bélico, los rusos ganarían la guerra. Ciertamente, la guerra en el este era más móvil que en el oeste. No había allí tantos ferrocarriles que transportaran tropas de reserva para taponar las brechas; el frente era dos veces más largo que la línea francesa; y había también muchos menos soldados. Desde luego, resultaba paradójico que la población mayor de Europa proporcionara comparativamente pocos soldados, pero el ejército ruso, antes de 1914, había declarado exentos a los dos tercios de sus posibles reclutas porque carecía de medios para alimentarlos. Hasta noviembre de 1915 no se aprobó una nueva ley que permitía el reclutamiento anual de 985.000 hombres. El ejército ruso tuvo, la mayor parte del tiempo, menos divisiones que las «potencias centrales» que se le enfrentaban. La guerra en el este se

distinguió por la existencia de unos frentes de combate insuficientemente avituallados y escasamente defendidos. Era posible «encontrar flancos» y penetrar por ellos de una forma que no podía darse en el oeste. Después de una confusa lucha en Polonia hasta mayo de 1915, los alemanes reforzaron a sus aliados austrohúngaros, se abrieron camino en Gorlice, en Galitzia occidental, y durante unos pocos meses expulsaron a los rusos de la Polonia central. Luego, el esfuerzo alemán fue desviado hacia el oeste (después de una campaña para vencer a Serbia). En junio de 1916, Brusilov, comandante ruso en el frente austriaco, se hizo famoso con una ofensiva astutamente escalonada, que quebrantó las reservas de las potencias centrales y llevó al desplome de dos ejércitos austriacos; los rumanos entraron en la guerra al lado de Rusia en agosto. Pero, aunque era una situación de gran tensión, los alemanes aumentaron de nuevo sus reservas, ayudaron a los austriacos contra el ariete ruso de los pantanos de Kowel, y a finales de 1916 ocuparon la mayor parte de Rumania. Después de esto, el frente oriental solo fue testigo de acciones esporádicas a pequeña escala, ya que en marzo comenzó la revolución, asociada al más serio de todos los motines.

Era bastante ilusorio suponer que el este ofrecía una salida fácil. En cualquier caso, la economía de guerra de los rusos, aunque lenta en sus comienzos (a causa de la excesiva confianza en los ya atareados proveedores extranjeros), produjo, llegado el caso, razonables cantidades de munición: un millón de cartuchos al mes en septiembre de 1915 y cuatro millones un año más tarde (frente a siete millones de los alemanes y a un millón de los austriacos). El ejército nunca estuvo pródigamente abastecido, pero en 1916 Rusia fabricaba su propio equipo bélico en cantidades razonables; la aviación rusa tenía una gran reputación. En agosto de 1916, el comandante alemán en Kowel dijo que el combate en el

este «recuerda ahora la situación accidental»: el mismo punto muerto.

Otros teatros de guerra ofrecían pocas perspectivas de victoria. En mayo de 1915, Italia declaró la guerra a Austria-Hungría; también en este caso, a pesar de su considerable superioridad numérica, el esfuerzo italiano se vio pronto frenado, y aunque las potencias centrales lanzaron con éxito diversos ataques en mayo de 1916 (Asiago) y noviembre de 1917 (Caporetto, que originó una larga retirada hacia el Piave), este frente reprodujo también muchos de los problemas del frente oriental. Un esfuerzo británico por apoderarse de los Estrechos en 1915 fracasó por razones similares (Gallípoli), tanto más cuanto que los ejércitos que eran abastecidos por mar no podían rivalizar con los abastecidos incluso por los limitados ferrocarriles turcos. En lo que se refiere a la guerra en tierra, no existía ninguna salida fácil.

En el mar, la situación era similar. Los aliados bloquearon Alemania, más para detener las exportaciones que las importaciones, de manera que las mercancías británicas se apoderaron de los mercados alemanes. Solamente en 1916 se ejerció una seria presión sobre las importaciones indirectas (a través de países neutrales) e incluso entonces el bloqueo británico solo consiguió lo que los conservadores prusianos, mediante los aranceles, habían pedido durante tanto tiempo. El bloqueo meramente tuvo éxito en 1918, y fue enérgicamente secundado en sus efectos por la actuación del ministro prusiano de Agricultura. La armada alemana, muy inferior en número de unidades, raramente se atrevía a zarpar: en mayo de 1916 se libró una gran batalla naval frente a las costas danesas (Jutlandia), batalla que terminó en tablas: hubo más navíos británicos que alemanes hundidos, pero la flota alemana sufrió tales daños que no se rehízo de nuevo hasta el final mismo de la guerra. Una curiosa

reflexión, conforme con el modo de pensar de la preguerra, especialmente en materia de artillería, era que estos grandes buques no podían servir para mucho; y sin embargo, por el precio de un acorazado, Alemania podía tener cuarenta submarinos. Antes de 1914 no se había hecho caso de esto, pero en 1914-1915 los británicos bloquearon Alemania y, en represalia, los submarinos alemanes hundieron buques mercantes británicos y de países neutrales en la «zona de guerra». Los países neutrales protestaron; los norteamericanos se encolerizaron por las barbaridades de la guerra submarina, y el hundimiento del *Lusitania,* transatlántico británico, en mayo de 1915, produjo un gran revuelo. Este podría haber sido menor si hubiera sido del dominio público que el *Lusitania* transportaba municiones. Los Estados Unidos lanzaron amenazas, y durante algún tiempo los submarinos alemanes recibieron instrucciones de no hundir buques neutrales. La campaña se reanudó en febrero de 1917. En los meses de verano fueron hundidos tantos buques que el almirantazgo británico casi perdió la cabeza. Durante algunas semanas, renunció al sistema de convoyes, históricamente bien fundado. Pero la organización de los convoyes, en la que los buques mercantes eran custodiados por destructores, pudo con los submarinos, de los que, en cualquier caso, Alemania andaba corta. En abril, la campaña alemana dio a Estados Unidos un motivo para intervenir al lado de los aliados.

Los norteamericanos proporcionaron a los aliados grandes cantidades de material; finalmente se les pidió también que financiaran buena parte de estos suministros (como resultado de ello, los Estados Unidos se convirtieron de deudores en acreedores). Cuando en marzo de 1917 comenzó la Revolución rusa, todo el futuro de la *Entente* se tornó dudoso: si Alemania se concentraba en el frente occidental, ¿sobreviviría Francia? Numerosas personalidades influyentes de los Estados Unidos deseaban respaldar a la *Entente.*

Zimmermann, ministro alemán de Asuntos Exteriores, les hizo un regalo: conminó a México a aliarse con Alemania y atacar a los Estados Unidos. Su telegrama cifrado fue interceptado por el servicio de información británico y finalmente mostrado a los norteamericanos: factor decisivo para la intervención de los Estados Unidos.

La intervención de los Estados Unidos no fue eficaz de manera inmediata, ya que el ejército tenía que ser adiestrado y enviado a su punto de destino; hasta el otoño de 1918 los norteamericanos no estuvieron presentes en un número importante, y sus pérdidas –100.000 hombres– no pueden compararse con la cifra francesa de 4.000.000. Ludendorff, que desde el verano de 1916 se había convertido en el verdadero comandante en jefe alemán, se propuso destruir Francia antes de que llegasen los norteamericanos. Llevó a cabo una serie de grandes ofensivas en marzo, abril, mayo y julio de 1918.

Se vio ayudado en gran medida por el desmoronamiento de Rusia. En marzo de 1917 había sido destronado el zar, y la situación interna de este país fue empeorando cada vez más a medida que avanzaba el verano y no se veía un final para la guerra. En noviembre, los bolcheviques tomaron el poder y pidieron un armisticio. Al cuartel general alemán en Brest-Litovsk llegó una delegación rusa, y el 3 de marzo de 1918 se firmó allí un tratado de paz. Fue una cosa impuesta. La delegación soviética se vio obligada, bajo la amenaza de una ocupación alemana, a reconocer la pérdida de una gran parte de la Rusia europea. Ucrania sería independiente, y lo mismo Polonia, Lituania, Finlandia, y quizá también los estados del Cáucaso y los pueblos del Báltico. De esas creaciones se hicieron cargo protectores y explotadores alemanes: en especial, Ucrania tuvo que ser dotada de una gran fuerza bajo el mando de Eichhorn, que fue asesinado; y Alemania consiguió un gran imperio oriental, aun-

que lo gobernó (principalmente) a través de Estados satélites y no por anexión directa. La colaboración germano-soviética continuó hasta que en noviembre de 1918 las potencias occidentales victoriosas exigieron a Alemania la derogación del tratado de Brest-Litovsk.

Una de las grandes posibilidades fallidas de la historia es, en efecto, el reconocimiento por los aliados del tratado de Brest-Litovsk. En el invierno de 1917-1918, después de la Revolución bolchevique en Rusia, hubo conversaciones muy serias acerca de un acuerdo de paz entre Gran Bretaña y Alemania sobre la base de una división del mundo entre el Oeste y el Este. En muchos países los conservadores estaban aterrados ante la posibilidad de que, mientras continuaba la tensión de la guerra, se produjera una revolución. De igual modo, la izquierda moderada temía que los comunistas tomaran el poder en todas partes. En 1917 hubo una considerable presión desde muchos puntos en favor de una «paz neutral», o «una paz sin anexiones ni contribuciones». En ese mismo año, así como en 1918, se produjeron también, en Alemania y Gran Bretaña, una gran cantidad de huelgas, que claramente contenían un elemento poderosamente antimilitarista.

En realidad, habían existido conversaciones de paz anteriormente. En 1915 y 1916, Bethmann Hollweg había intentado sobornar a uno u otro miembro de la coalición enemiga para que abandonara a sus aliados. En diciembre de 1916, las cuatro potencias centrales habían hecho un llamamiento a favor de la paz. Esto era una maniobra. Si los aliados lo rechazaban, se desacreditarían ante los ojos de los norteamericanos; si luego los alemanes empleaban el arma de los submarinos, ¿acaso no lo entenderían los norteamericanos? En la práctica, los aliados dijeron sencillamente que deseaban conocer las condiciones de Alemania. Las de ellos, según dijeron al presidente Wilson, eran simples: la

autodeterminación. El imperio turco, las partes no alemanas de Alemania y la monarquía de los Habsburgo (por implicación) se desintegrarían. Este era, por supuesto, un lenguaje hipócrita por parte de potencias que controlaban grandes áreas en territorios de otros pueblos. Británicos y franceses proyectaban dividirse entre ellos buena parte de Turquía (Sykes y Picot negociaron en marzo de 1916 un acuerdo provisional, y posteriormente, en 1917, la Declaración de Balfour establecía una «patria» sionista, concebida como un satélite británico). Distaba mucho de estar claro que los planes británicos y franceses para Europa central fueran más «morales» que los planes alemanes para Europa oriental contenidos en el tratado de Brest-Litovsk. Los Estados «checoslovaco» o «yugoslavo» que en 1917 defendían los aliados comprendían grandes minorías disidentes, e incluso los pueblos mayoritarios distaban mucho de estar decididamente a favor de la independencia. Tales Estados eran tan artificiales, y quizá incluso más, como los «Flandes» de los alemanes o la Ucrania de Brest-Litovsk.

Sin embargo, los objetivos bélicos de los aliados resultaban más atractivos para los Estados Unidos que los de los alemanes. Los aliados tenían al menos que establecer compromisos entre sí y con los norteamericanos; los alemanes solo tenían que preocuparse por sus propios aliados, quienes no tenían mucho peso en las decisiones, ya que, militarmente, Alemania era naturalmente preponderante. En septiembre de 1914, Bethmann Hollweg había esbozado un programa («el memorándum de septiembre») para la *Mitteleuropa,* el permanente debilitamiento de Francia; posteriormente, las líneas principales del tratado de Brest-Litovsk fueron también diseñadas con miras a Polonia y a la destrucción de la Rusia zarista. Clave para la posición occidental era el control alemán de Bélgica, y casi hasta el fin de la guerra no se hizo ninguna renuncia pública a la misma; en realidad, muy pocas discusiones privadas, en el seno del

gobierno y del ejército, mostraban que existiera ni la más remota voluntad de abandonar dicho país. Frente a Francia, la intención alemana era anexionarse al menos los yacimientos de hierro de Longwy y Briey, en Lorena; no existía, ciertamente, intención alguna de renunciar a Alsacia-Lorena, con la excepción, quizá, de una pequeña zona alrededor de Mulhouse.

Los objetivos bélicos, especialmente en Alemania, se convirtieron en un tema de la política interna. En Berlín, el canciller tenía las manos atadas, y el tipo de declaración susceptible de obtener una tibia aprobación de los partidos de la derecha y el centro podía reproducirse fácilmente, casi palabra por palabra, como propaganda aliada. Es cierto que, en junio-julio de 1917, Bethmann Hollweg fue destituido; el *Reichstag* aprobó una resolución en favor de la paz (19 de julio) como reacción a la Revolución rusa, el fracaso de la campaña submarina y la posible defección de Austria-Hungría. Pero dicha resolución estaba redactada en una forma ambigua, y cuando mejoró la situación militar (lo que sucedió en el otoño), el *Reichstag* dejó de lamentarse durante varios meses. En realidad, el propio Ludendorff fue consultado no solo acerca de la redacción de la resolución, sino también acerca del sucesor de Bethmann Hollweg, y su influencia llevó al nombramiento de un candidato totalmente inadecuado, el anciano Michaelis.

En tales circunstancias, los «movimientos por la paz» de 1917 fueron improductivos. El emperador Habsburgo, Carlos, que había sucedido a Francisco José en noviembre de 1916, ambicionaba acabar con los odios de los tiempos de guerra, tanto dentro como fuera de la monarquía. Envió a su cuñado, el príncipe Sixto de Borbón-Parma, a hablar con el presidente francés y, posteriormente, con Lloyd George (abril-mayo de 1917). Habló y escribió de forma indiscreta sobre las posiblemente «justas reivindicaciones» de

Alsacia-Lorena por parte de Francia. En realidad, este movimiento tropezó con grandes dificultades. Carlos no estaba dispuesto a ceder nada a los italianos, y las potencias occidentales no pudieron conseguir el acuerdo italiano para una «paz neutral», aun a pesar de que Lloyd George asignó a Italia una buena parte del imperio turco con objeto de ganarse su aquiescencia. Una vez más, se puso de manifiesto la imposibilidad de obtener el consentimiento alemán para la cesión de Alsacia-Lorena, a menos que se produjera una derrota militar aplastante.

Todas estas discusiones sobre la paz estuvieron efectivamente relacionadas con la posibilidad de un pacto: Alemania abandonaría sus pretensiones occidentales, y Occidente abandonaría su protección de los países del Este. El anglófilo secretario de Estado alemán para Asuntos Exteriores, barón Von Kühlmann, hizo a estos efectos, en septiembre de 1917, una propuesta casi explícita; en agosto, el papa, lanzando su propio llamamiento a la paz, había alentado la discusión de tales cuestiones. Pero el movimiento por la paz de Kühlmann también anduvo falto de energía. Ningún estadista alemán renunciaría públicamente a Bélgica, y es posible que ni siquiera Kühlmann deseara hacerlo. Al mismo tiempo, eran muchos los estadistas occidentales que consideraban la perspectiva de una Alemania con las manos libres para explotar los recursos de Rusia como una especie de pesadilla. Los movimientos por la paz se encontraron también con la dificultad de que a cada paso las potencias occidentales se sentían obligadas a revelar sus discusiones a sus propios aliados; el movimiento de Kühlmann acabó cuando Balfour comunicó el sondeo alemán, en el mes de octubre, a los embajadores de los países aliados. Por entonces, ambos bandos estaban mucho más distanciados que antes; y Lloyd George, como respuesta a las advertencias de Kühlmann sobre Alsacia-Lorena, asumió la reivindicación francesa como uno de los objetivos de guerra británicos. En

1918, al menos después de enero, el movimiento por la paz se extinguió gradualmente; se produjeron muchas menos huelgas que en los últimos meses de 1917, y en todas partes los pueblos volvieron a buscar la salvación en el campo de batalla.

Ludendorff podía entonces confiar en una superioridad temporal en el Oeste, ya que había llevado allí las tropas alemanas de Rusia. Sabía muy bien que el tiempo se acababa. El bloqueo había quebrantado su economía de guerra y, aunque podía explotar a la conquistada Rumania y a la satélite Ucrania, incluso allí existían dificultades. Habría sido, por supuesto, mucho más sensato continuar a la defensiva en el Oeste y esperar a que los aliados desfallecieran ante la perspectiva de una nueva serie de horribles batallas. Pero esta no era una guerra sensata: y cuanto más duraba, más se autoalimentaba: incluso en Rusia, en una ocasión en que Lenin hablaba a favor de la paz, fue denunciado por una manifestación de mutilados de guerra.

Ludendorff o, mejor dicho, su ayudante, el coronel Wetzell, había elaborado un método que en Occidente era bastante nuevo, aunque Brusilov lo había aplicado en el frente oriental en 1916. El problema militar había quedado bastante claro: cómo impedir que las reservas enemigas taponaran las brechas. Eso significaba sorpresa, que a su vez significaba solo un breve, aunque intenso, bombardeo, y amenazas simultáneas sobre diversas partes de la línea. Si elaboraba una táctica de infantería correcta, resultaba posible en esas circunstancias abrirse camino y dejar sin efectividad a las reservas enemigas, ya que, cuando supieran dónde ir, sería demasiado tarde. Los hombres de Ludendorff impartieron un adiestramiento especial a grupos de soldados de infantería *(Stosstrupps)* bajo el mando de suboficiales curtidos en las batallas. Se prepararon diversas ofensivas, desde la región sur de Ypres a Verdún. La primera y de mayor dura-

ción tuvo como objetivo la confluencia de las líneas francesa y británica en el Somme, al nordeste de Amiens.

Esta ofensiva comenzó el 21 de marzo. Ludendorff calculó correctamente. Se abrió una brecha en el quinto ejército británico mediante una combinación de artillería y *Stosstrupps.* Hubo problemas en el desplazamiento de las reservas, que en realidad no fueron resueltos hasta que Haig aceptó finalmente la creación de un mando supremo a las órdenes del francés Ferdinand Foch. En esta batalla, los británicos perdieron 300.000 hombres, un tercio de los cuales fueron hechos prisioneros. Dos ejércitos alemanes llegaron a las cercanías de Amiens, núcleo central de las comunicaciones británicas, y durante algún tiempo británicos y franceses estuvieron en peligro de quedar separados. Lundendorff persistió en la ofensiva, y este fue su gran error. La ofensiva de Brusilov había puesto de manifiesto en 1916 que, aun cuando el ejército enemigo hubiera quedado totalmente destruido, los vencedores no podían avanzar con facilidad por un campo de batalla en ruinas, sin líneas de abastecimiento y contra tropas enemigas de refresco. A comienzos de abril de 1918, los alemanes se quedaron atascados en el Somme.

El 9 de abril, Ludendorff lo intentó de nuevo. Fue una versión menor de la primera ofensiva, esta vez al sur de Ypres. El éxito fue inmediato; se tomó la colina de Kemmel, y los británicos se sintieron muy alarmados. Pero de nuevo llegaron las reservas francesas y se taponó la brecha. Mientras tanto, los alemanes quedaron atrapados en dos grandes salientes, sin fortificaciones ni líneas de abastecimiento. Para impedir la acumulación de reservas enemigas en Flandes, Ludendorff intentó un nuevo ataque, esta vez sobre el frente francés de Chemin-des-Dames, al norte del Marne, el 27 de mayo. Aquí se enfrentó a unas tropas agotadas y mal dirigidas, que se derrumbaron; y en las dos semanas siguientes, para asombro de todos, los ejércitos ale-

manes cruzaron de nuevo el Marne y amenazaron París. Pero se produjo una repetición del esquema anterior, y a mediados de junio los alemanes estaban también allí estancados en un enorme saliente. Habían perdido un millón de hombres, y Ludendorff necesitó toda su notable capacidad de autoengaño para suponer que podía ganar. El 15 de julio, intentó por última vez avanzar; pero sus fuerzas estaban demasiado debilitadas (Rheims-Soissons). En realidad, Foch había visto venir ese golpe, y organizó una contraofensiva el 18 de julio en Villers-Cotteréts. Fue el comienzo de un avance aliado que prosiguió prácticamente sin pausa alguna hasta noviembre.

Foch se aprovechó de la equivocación de Ludendorff. Aun cuando un ataque tuviera éxito, luego, en las singulares circunstancias de 1914-1918, podía ser interrumpido y reanudado en otra parte. De esta forma, las reservas enemigas no podían ser tan efectivas como lo habían sido hasta entonces: habría que desplazarlas del sector de la derrota inicial para hacer frente a la nueva amenaza. Los métodos de avance serían los mismos que los del bando alemán, aunque Foch podía emplear conjuntamente los tanques y la aviación, cosa que a Ludendorff le estaba vetada. Los aliados tenían también camiones (y autobuses de Londres) para transportar las reservas, mientras que el sistema de transporte alemán estaba basado en la gran arteria ferroviaria que llevaba desde la Francia industrial a Metz, en la Lorena.

Una vez resuelto el problema estratégico y dispuesta una combinación adecuada de artillería e infantería, las ofensivas aliadas podían tener éxito (y lo habrían tenido en 1916 si se hubieran hecho los cálculos correctos). Foch contraatacó en el saliente del Marne, en Villers-Cotterêts, el 18 de julio. Este ataque incidió en un flanco alemán al descubierto, y los alemanes tuvieron que evacuar todo el saliente para

evitar quedarse aislados. Entonces Foch detuvo el ataque. El 8 de agosto de 1918, los británicos atacaron en Amiens, también en un flanco, volvieron a hacerse con buena parte del territorio perdido en marzo, y se pararon de nuevo. Dos semanas más tarde, el general francés Gouraud atacó el saliente de St. Mihiel, que constituía una amenaza para Verdún. Esta fue la primera vez que se emplearon en gran escala tropas de los Estados Unidos. Dos semanas más tarde, los británicos rompieron la «línea Hindenburg» en el Flandes francés. A finales de septiembre se produjo una nueva ofensiva francesa en el Argonne, ofensiva que causó el derrumbamiento alemán. En octubre, los británicos avanzaron al norte de Cambrai y en Flandes; una ofensiva francesa tuvo como blanco Metz. El secreto de estos éxitos estaba en que en ningún momento los alemanes tuvieron tiempo de recobrar el aliento y enviar sus reservas. De hecho, por lo menos un tercio del ejército alemán estuvo todo el tiempo, durante ese periodo, viajando en tren de un sector a otro.

El ánimo de Ludendorff se vino abajo en agosto, justo después de la ofensiva de Amiens. Siguió durante algún tiempo cumpliendo con su deber de soldado de manera automática. Pero, con las derrotas occidentales, sus aliados se descorazonaron. A mediados de septiembre, los austrohúngaros clamaban por la paz; el 28 del mismo mes, los búlgaros pedían un armisticio. El propio Ludendorff respondió histéricamente y dijo que todo había acabado. De forma apresurada, el káiser nombró un canciller liberal, el príncipe Max de Baden, y pidió a los norteamericanos una «mediación».

La guerra en el Oeste prosiguió durante seis semanas más, mientras los norteamericanos, los aliados y los alemanes discutían las condiciones. En cuatro notas, el presidente Wilson exigió no solo el reconocimiento alemán de los «catorce puntos» de su programa de paz (que se remontaba a

1917-1918), sino también un cambio radical en el gobierno alemán, cambio equivalente a la abdicación del káiser. Este se resistió, y durante algún tiempo hubo rumores escandalizados entre sus leales a ultranza. El propio Ludendorff fue cesado; los poderes del *Reichstag* fueron incrementados de forma espectacular; incluso se discutió la ampliación del sufragio en Prusia y se estableció un gobierno «parlamentario», en el que participaron los socialistas moderados.

Las fuerzas vivas alemanas decidieron dar un golpe final desesperado: ordenaron que la flota se hiciera a la mar. Los marineros habían hecho poco durante la guerra, y en algunos barcos albergaban un gran resentimiento hacia sus oficiales. Se produjeron varios motines y los marineros fueron a Berlín para llevar a cabo una manifestación (4 de noviembre). Esto provocó grandes huelgas. El comandante local, Linsingen, se comportó de manera insensata, y el clima de Berlín era «revolucionario» en el sentido generalmente admitido. Los socialistas de izquierda proclamaron la república. Para asegurar su éxito entre las masas, los socialistas de derecha y los políticos moderados se mostraron también de acuerdo con dicha proclamación. Esto dejó al káiser en una posición insostenible. Protestando hasta el último momento, abdicó y tomó un tren hacia su asilo político en Holanda (9 de noviembre). Mientras tanto, una delegación alemana llegaba al Oeste en busca de un armisticio. El 11 de noviembre de 1918 este entró en vigor.

La monarquía de los Habsburgo también se desintegró. En octubre, Carlos trató desesperadamente de mantener unida su herencia. Pero los vencedores occidentales no teníann intención de ayudarle. Carlos no había logrado librarse de los alemanes; algunos de sus soldados eslavos, prisioneros en Rusia, habían aceptado luchar en favor de los aliados; y estos, a su vez, reconocieron como futuro gobierno a los consejos nacionales en el exilio. En Francia, y posterior-

mente en Italia, tropas eslavas lucharon contra las potencias centrales. A partir del 20 de octubre, conforme aumentaba el caos, los territorios de los Habsburgo declararon su independencia: nacieron Checoslovaquia y Yugoslavia; Rumania se anexó los territorios poblados por rumanos (y otros muchos) en Hungría oriental; incluso los alemanes austriacos pidieron su unión a la república alemana, aunque al final se convirtieron en una Austria independiente. En Hungría, el conde Tisza fue asesinado y se constituyó un gobierno republicano, con el conde Mihály Károlyi al frente. También aquí se produjo una petición de armisticio, el cual fue firmado en la Villa Giusti de Padua, y después de esto fue tal el caos en el norte de Italia que los italianos hicieron prisioneros a cientos de miles de soldados austrohúngaros, en una acción conocida con el nombre de «la Batalla de Vittorio Veneto». Carlos no estaba dispuesto a abdicar; únicamente aceptó «retirarse de la participación en el gobierno» y permaneció fuera de Viena hasta 1919.

En las capitales occidentales las multitudes se lanzaban a la calle cuando llegaban a ellas las noticias del armisticio. Pero la Primera Guerra Mundial terminó en el caos: hambre en Europa central; una epidemia mundial de gripe que mató a más personas que la propia guerra; guerra civil en Rusia; inflación casi incontrolable en numerosos países; y toda una serie de desórdenes sociales. En Occidente, el presidente Wilson fue considerado como el salvador.

Con los tratados de paz nació una «nueva Europa». El 28 de junio de 1919, en Versalles, la nueva república alemana aceptó su propia versión de Brest-Litovsk. Alsacia-Lorena retornó a Francia, junto con las minas de carbón del Sarre. El nuevo Estado polaco obtuvo una gran parte de Alemania oriental y, posteriormente, también una parte de la Silesia prusiana. Dinamarca recuperó la parte mayoritariamente danesa de Holstein, zona en la que todavía existen monu-

mentos a los caídos alemanes. La principal cláusula del tratado era un tanto oscura: la exigencia de «reparación» de los daños causados por el esfuerzo militar alemán en Bélgica y Francia. Era muy propio del clima reinante en Versalles que un acto de carácter abiertamente vengativo se disfrazara con un lenguaje semimoral. Con la cláusula de «culpable de la guerra», el pueblo alemán en su conjunto fue hecho responsable del comportamiento de su gobierno en julio de 1914. Los representantes alemanes ofrecieron pagar los daños causados por la invasión de Bélgica y las grandes batallas libradas en Francia. Pero los franceses y los belgas, en particular, deseaban mucho más que eso: querían que Alemania pagara un tributo fijo durante las generaciones venideras, el cual –se suponía– impediría un nuevo florecimiento de la economía alemana. La cifra no fue fijada hasta mucho más tarde (abril de 1921). La historia de las «reparaciones» iba a incluir muchas sorpresas, pero, en 1919, una Alemania republicana desvalida tuvo que reconocer una deuda por una cantidad no especificada. También aceptó la ocupación aliada de la Renania, que los franceses habían esperado anexionarse. Se creó una «Sociedad de Naciones» que marcaría unas pautas de conducta en los asuntos internacionales. En ella, curiosamente, se depositaron las esperanzas.

La división de la monarquía de los Habsburgo se completó en los tratados de St. Germain-en-Laye (septiembre de 1919), con Austria, y de Trianon (junio de 1920), con Hungría. Se creó una república austriaca independiente, a la que se cedió la parte mayoritariamente alemana de Hungría occidental, el *Burgenland,* pero no las partes de habla alemana de Bohemia y Moravia. No se le permitió unirse a Alemania, como esperaban y deseaban prácticamente todos los austriacos. Tuvo que renunciar al Tirol meridional en favor de Italia, y a las partes de Eslovenia habitadas por alemanes en favor de Yugoslavia. A los habitantes de Vorarl-

berg, que habían votado a favor de la unión con Suiza, no se les permitió llevarla a cabo, aunque, misteriosamente, a los habitantes de Liechtenstein se les permitió conservar la independencia bajo el gobierno de una de las grandes familias de magnates de los Habsburgo, que obtenían la mayor parte de su dinero de Bohemia. Hungría, recortada por el este, el oeste, el norte y el sur, quedó reducida a la mitad de su anterior tamaño. Posteriormente se dio una solución (en el caso de Turquía, temporal) en Sèvres y Lausana a las cuestiones de los Balcanes y de Turquía.

¿UNA «AURORA ROJA»?

La Primera Guerra Mundial constituyó un dramático fin para una era sin paralelo en la historia europea, una era de paz civil y, en su conjunto, de paz internacional. Es muy posible que las bajas civiles y militares producidas por colisiones tanto políticas como internacionales, en los cien años que siguieron a 1815, no excedieran en número a la cifra de pérdidas en un solo día de cualquiera de las grandes batallas de 1916. Julio de 1914 inauguró una generación de matanzas políticas y militares: irónicamente, a menudo se produjeron en nombre del progreso e, irónicamente también, el movimiento más conscientemente progresista de todos, el comunismo, debió sus orígenes a una enorme protesta ante las crueldades y dislates de 1914-1918.

La Revolución bolchevique de noviembre de 1917 puso en marcha, con algunos intervalos, una serie de levantamientos de izquierda. En Alemania, al final de la guerra, hubo una gran batalla entre la izquierda y la derecha: los levantamientos espartaquistas de diciembre de 1918 y enero de 1919; un régimen comunista en Baviera encabezado, hasta su asesinato en febrero, por el idealista Kurt Eisner, que duró hasta mayo de 1919; y revueltas esporádicas hasta finales del otoño de 1923. Hungría, bajo la dirección de Béla Kun, conoció un régimen bolchevique durante cuatro

meses, en la primavera y el verano de 1919. En Italia, los años 1919-1921 fueron un periodo de huelgas, de semianarquía y prácticamente de guerra civil.

En Rusia, los bolcheviques sobrevivieron a la contrarrevolución militar en su guerra civil de 1918-1921, y sobrevivieron también a la intervención en gran escala de británicos, franceses y otros. En otras partes, los experimentos comunistas, aunque grandemente fomentados por la Tercera Internacional bolchevique, no sobrevivieron. Los espartaquistas, y luego la *Räterepublik* bávara, fueron derrotados por el *Freikorps;* la intervención extranjera y la contrarrevolución del almirante Horthy derrotaron a Béla Kun (que huyó a Rusia y fue finalmente ejecutado en las purgas de Stalin). En Italia, los fascistas de Mussolini –grupo también formado, de modo abrumador, por exoficiales y exsoldados– tomaron el poder en 1922, y acabaron sangrientamente con la amenaza al «orden» por parte de la izquierda. Al mismo tiempo, un general, Primo de Rivera, tomó el poder en España. En todos estos casos se produjo un fin efectivo del imperio de la ley, aunque en ninguno de ellos, hasta la llegada al poder de Hitler en 1933, se hizo de una forma tan abierta como la de los nazis. ¿Por qué fue Rusia el único país donde triunfó el marxismo en su forma leninista?

La respuesta «negativa» a esta pregunta –la bancarrota de todo lo demás– es bastante fácil de comprender. En marzo de 1917, el esfuerzo bélico estaba destrozando a Rusia. Por entonces, y en la era estalinista, se solía decir que esto había ocurrido por la simple razón de que la Rusia zarista era un país «atrasado» con una industria insuficiente, argumento que gustaba tanto a los «modernizadores» estalinistas como a los generales o estadistas que lo habían hecho mal. Esta versión no era totalmente cierta. Rusia, en 1914, tenía una industria importante. Le llevó tiempo convertirse en una economía de guerra, y por consiguiente fue

más lenta en la producción de material bélico, pero en el otoño de 1915 lo producía en cantidades razonables: cuatro veces más proyectiles que los austro-húngaros, y más aviones que los franceses. La red ferroviaria se amplió durante la guerra en 4.000 kilómetros; la producción de carbón aumentó en un tercio; hubo una considerable expansión de la industria química y la ingeniería. Incluso las cosechas, con las debidas matizaciones, debieron de ser suficientes para alimentar al pueblo y al ejército, dado que se había dejado de exportar. Rusia no estaba atrasada en el mismo sentido que, digamos, Rumania.

Sin embargo, Rusia era con mucho el mayor país de Europa, y la simple estadística del esfuerzo bélico no puede ocultar la debilidad de todo ello si se tiene en cuenta el tamaño y el potencial de Rusia. Había enormes zonas atrasadas, a las que no había llegado la «modernización». La principal cuenca carbonífera, en el Donbass, estaba muy alejada de las regiones industriales de Moscú y Petrogrado; los ferrocarriles tuvieron problemas cuando hubo que llevar el carbón desde Ucrania oriental, en lugar de hacerlo desde Polonia o desde Gran Bretaña, como sucedía antes, y de nuevo también cuando las importaciones llegaron a través del helado norte. Los mayores problemas se produjeron cuando un tercio del material rodante tuvo que ser usado para fines militares, especialmente cuando las autoridades del ejército hacían mal uso de los trenes y los dejaban parados durante buena parte del tiempo.

El desbarajuste de la época de guerra aumentó con la evacuación de Polonia en el otoño de 1915, durante la cual numerosas fábricas se trasladaron al interior, junto con riadas de refugiados. El tráfico de mercancías ordinarias entre la ciudad y el campo se vio interrumpido. Esto coincidió con un proceso de inflación (del que en parte fue la causa), principal rasgo común de todos los países que, en esa épo-

ca, pasaron por una «situación revolucionaria». En marzo de 1917, el rublo bajó a una cuarta parte de su valor en oro, y en noviembre a menos de una décima parte.

La inflación de la época de guerra reflejaba en parte la escasez de materias primas en el mundo. En Europa había una gran demanda de materiales para sostener el esfuerzo bélico, y el precio del cobre, por ejemplo, ascendió, problema también complicado por el transporte. En los países en guerra, los fabricantes que deseaban atraer mano de obra subieron asimismo los salarios, tanto que una de las quejas principales en todas partes era la de que los trabajadores ganaban tanto que se negaban a acudir al trabajo los lunes, para poder así recuperarse de sus borracheras (de ahí las leyes británicas sobre venta de bebidas alcohólicas). La única forma de hacer frente a esos costes salariales era, en último término, el recurso a los créditos bancarios. El gobierno, por su parte, tenía que gastar cada vez más en el esfuerzo bélico. El presupuesto ruso pasó de 4.000 millones de rublos en 1913-1914 a casi 30.000 millones en 1916. Este presupuesto solo podía ser cubierto mediante la emisión de papel moneda, teóricamente a través de préstamos del banco estatal, que aceptaba la ficción de que los pagarés del gobierno podían ser considerados como una «garantía». El papel moneda pasó en Rusia de 2.000 millones de rublos en 1914 a casi 20.000 millones en octubre de 1917. Esto era solo una pequeña parte de la oferta monetaria, dado que los bancos estaban concediendo créditos a una escala que hubiera sido inimaginable antes de la guerra: tenían que financiar a sus clientes, y la medida en que lo hacían resulta todavía incalculable. Este fue un proceso por el que Alemania, Austria y Hungría pasarían también en los primeros años de la década de 1920. En estos tres casos, el papel moneda pareció ser la única forma de garantizar la producción y el empleo, y en todos ellos esta práctica continuó hasta 1923. En otros países, y especialmente en Gran Bretaña, los

altos impuestos y los empréstitos de guerra mantuvieron al menos la inflación dentro de unos límites razonables (la libra había perdido dos tercios de su valor en 1919; el franco, tres cuartas partes). Esto no sucedió en Rusia. En realidad, al gobierno zarista nunca se le hubiera ocurrido crear la maquinaria precisa para un impuesto sobre la renta en tiempos de guerra; no quería amedrentar a los «negocios»; e incluso después de que se estableciera un impuesto de ese tipo, una figura destacada del gobierno provisional posrevolucionario, el industrial Konovalov, dimitió con objeto de incitar a sus colegas a abolir dicho impuesto. En la situación inflacionaria existente, fracasaron también los empréstitos de guerra: en el caso del último empréstito de 1917, el fracaso fue tan estrepitoso que el gobierno tuvo que emitir papel moneda y prestarlo a los bancos, con prima, a fin de que estos compraran los títulos del empréstito. Las finanzas bélicas no constituyeron en ningún país un buen negocio, pero en Rusia fueron un completo desastre.

Consecuencia de ello fue una inflación que minó toda la economía. Los precios se cuadruplicaron por lo general hasta enero de 1917, y después de esa fecha subieron de forma «astronómica» (hasta 1922-1923, cuando, con el nuevo rublo *chervonets,* los bolcheviques reintrodujeron una forma de patrón oro). En el verano de 1917, la necesidad de papel moneda se hizo tan acuciante que disminuyó considerablemente la calidad del papel y ni siquiera hubo tiempo de numerarlo: habría que pedir a los clientes que escribieran ellos mismos en tinta los números de los billetes.

La inflación transformó la ya agobiada economía rusa en una pesadilla, cuyos diferentes elementos dejaron de ser distinguibles. El campesinado sufría ya la falta de mano de obra, herramientas y animales que proporcionaran fertilizantes naturales. En esos tiempos de inflación, difícilmente podían recurrir a las cajas de ahorros. Es cierto que el pre-

cio de los productos alimenticios subió muchísimo; pero dado que el mercado de estos estaba constituido en sus dos terceras partes por los propios campesinos, no se derivó de ello beneficio alguno. En cualquier caso, los medios de transporte en el campo eran escasos, y en el traslado del cereal intervenían una serie de intermediarios: a nivel de la aldea, el *kulak;* por encima de él, posiblemente un terrateniente; en la ciudad más próxima, un tratante de grano; y, por último, un banco. El beneficio iba a parar a los intermediarios. Al final, los campesinos respondieron a la inflación. La cosecha de 1916 no fue, en realidad, significativamente menor que la de 1914. Pero no llegó al mercado general en la misma extensión en que lo hacía antes de la guerra. Los campesinos prefirieron dársela a los animales y comerla ellos mismos: esta fue su respuesta a la imposibilidad de comercializarla. Una señal de ello fue el hecho de que el número de cabezas de ganado vacuno aumentó, en tres años, un 50 por 100, al tiempo que el de cerdos se duplicó. Otra señal fue que, en las grandes ciudades, disminuyó el suministro de grano. Moscú venía recibiendo 2.200 vagones de cereal mensuales antes de la guerra. En enero de 1917 recibió menos de 900 y en febrero menos de 700. En Petrogrado, la situación era todavía peor; la cifra bajó en febrero hasta algo menos de 300. En Moscú, una «cesta de la compra», que en 1913 hubiera costado 24,23 copecs, costaba 49,47 en 1916 y 87,51 en enero de 1917; aun así, contenía solo la mitad de la cantidad de carne y un tercio de la de patatas que antes de la guerra. Un *pood* (16 kilogramos) de pan costaba 2,50 rublos en enero de 1917, y 4,80 en julio del mismo año. En enero de 1918 costaba 80 rublos.

El hundimiento del suministro de cereal lo complicó todo. Los ferrocarriles se dirigieron hacia las nuevas fuentes de cereal, pero carecían de las reservas de carbón que habrían permitido la explotación de dichas fuentes; al mismo tiempo, la desviación de los trenes paralizó las entregas de

carbón, y desgastó el material rodante hasta causarle con frecuencia daños irreparables. En las ciudades los disturbios por la escasez de alimentos jalonaron las diversas etapas de la revolución de 1917; y también en el ejército las provisiones descendieron hasta el punto de que las tropas se mantenían con pescado en malas condiciones y carne podrida. Este fue el telón de fondo de la revolución bolchevique.

El 8 de marzo de 1917, una oleada de huelgas en Petrogrado (que tuvo su equivalente en Moscú) culminó en un motín. Existía ya un malestar que la policía secreta consideraba extremadamente grave. A finales de año, la agitación entre los políticos y las clases altas había creado una atmósfera golpista. Ya en el verano de 1915, la *Duma* había protestado por la marcha de la economía, y sus protestas fueron apoyadas incluso por el comandante en jefe del ejército, un gran duque. El zar había esquivado este problema porque había tomado personalmente el mando del ejército en agosto de 1915. Pero en el invierno de 1916-1917 se reanudó la agitación. Hubo un complot para matar al confidente del zar, el monje Rasputín, quien (absurdamente) fue acusado de los desórdenes. Entre la clase obrera corría el rumor de que la *Duma,* y quizá también el ejército, apoyaría un golpe. Hubo una sucesión de huelgas, ya que los trabajadores acusaban, alternativamente, al gobierno de la disminución de los suministros y a los patronos de su negativa a pagar salarios que permitieran a los trabajadores competir en el mercado negro.

Estos desórdenes condujeron a motines en el ejército. Los soldados de la guarnición estaban cansados y muy descontentos con esa guerra inacabable. Rusia no contaba con los cuarteles y transportes necesarios para acantonarlos en provincias, como hacían otros países, y existía el temor de que los alemanes atacaran por mar la capital. Los soldados,

sabiendo que podían ser enviados al frente en cualquier momento, y conociendo también la mala situación del mismo, habían prestado oídos a la propaganda antimilitarista, en el sentido –no inexacto– de que aquella era una «guerra de patronos». Jabalov, gobernador de Petrogrado, exhortó a los soldados a conducirse adecuadamente. Proclamó la ley marcial (y, cosa característica, se encontró con que no había cola para pegar los carteles). Los soldados, en vez de responder a esa exhortación, dispararon contra sus oficiales. Incluso los cosacos fraternizaron con los rebeldes. En unos cuantos días todo había acabado. La *Duma* creó un comité del que surgió un «gobierno provisional» cuya figura principal era un liberal radical, Alexander Kérenski. Para calmar la agitación, sus colegas, así como algunos generales, pidieron al zar que abdicara. El zar lo hizo el 15 de marzo.

Nada de esto se diferenció mucho, en lo esencial, de los acontecimientos que tuvieron lugar en Alemania y Hungría al término de la guerra, en el invierno de 1918-1919; de hecho, en ambos casos se adoptó el vocabulario ruso de los «consejos» y los «comisarios del pueblo», en nombre de la revolución de los trabajadores. Pero Rusia desarrolló la revolución a su manera. El principial rasgo diferenciador fue la creación de los sóviets, o consejos para la representación en las ciudades de las clases trabajadoras. En marzo, cuando de la *Duma* surgió el gobierno provisional, se estableció un sóviet para coordinar las huelgas. Los sóviets se difundieron por todas las poblaciones de importancia y por algunos pueblos y aldeas, así como por el ejército, donde incluso hubo sóviets de oficiales. Se elegían de diversas maneras, a veces por aclamación, pero generalmente por la representación de las fábricas, de acuerdo con su tamaño. Los diputados elegían luego un comité ejecutivo bastante voluminoso (en Moscú, de setenta y cinco miembros), que a su vez elegía un *presidium* de siete miembros. Los sóviets de toda Rusia establecieron finalmente un sóviet panruso, que in-

cluía a los diputados de los trabajadores, de los campesinos y de los soldados. El tema principal de la Revolución rusa es el giro de los sóviets *hacia* el bolchevismo: en septiembre, muchos de ellos contaban con mayorías bolcheviques en sus comités ejecutivos, y en octubre esos sóviets, con sus voluntarios de la «Guardia Roja», se encontraban en situación de ordenar el arresto de los enemigos de clase y la confiscación de sus bienes.

Estos sóviets tuvieron imitadores en el exterior: *Arbeiter- und Soldatenräte* en Alemania, *tanácsok* en Hungría. Pero fuera de Rusia estos organismos carecieron de realidad, a no ser de forma muy breve. En Alemania, los consejos de soldados se constituyeron tras el armisticio para contribuir al mantenimiento del orden en la evacuación de Francia; y lo mismo ocurrió en Hungría. Los soldados y sus oficiales colaboraron extremadamente bien en el frente. Los oficiales alemanes cumplieron su misión y los consejos prestaron un buen servicio, al igual que, en los aspectos fundamentales, ocurrió en Hungría. Los consejos de soldados alemanes del sur incluso eligieron al mariscal Hindenburg como su presidente. Por lo que se refiere a los consejos de obreros en Alemania, entraron casi de inmediato en la oposición sindical; y lo mismo sucedió en Italia y Bohemia.

El movimiento sindical alemán contaba con tres millones de afiliados en 1914, y aunque este número descendió en los primeros años de la guerra, cuando los hombres fueron llamados a filas, ascendió de nuevo en 1917-1918 y en 1919 se había elevado a 7 millones. Los sindicatos gozaban de una situación económica desahogada; podían financiar tanto las huelgas como los servicios que prestaban; disponían de una burocracia; eran capaces de dictar su política al partido socialista (que en febrero de 1919 consiguió casi dos tercios de los votos). No tenían nada que ganar en un desafío a su autoridad por parte de los consejos de obreros, los

cuales solo a efectos destructivos podían duplicar lo que estaban haciendo los sindicatos. En una época caótica, lo esencial era asegurar que las exiguas provisiones alimenticias llegaran a todo el mundo, lo que también constituyó la tarea de los sindicatos en Bohemia (cuya independencia fue prácticamente obra de los sindicatos). Es indudablemente cierto que una gran parte de la clase obrera alemana quería cambiar Alemania de una forma muy radical. Pero ¿por qué hacerlo mediante unos revolucionarios cuyo ejemplo, en la Rusia agobiada por el hambre, difícilmente movía a la imitación?

En Alemania, más que en Francia o en Gran Bretaña, los sindicatos habían conseguido durante la guerra poderes considerables. Para obtener su colaboración en el esfuerzo bélico –el esfuerzo intensificado del *Hilfsdienstgesetz* o «plan de Hindenburg», que implicaba el servicio militar obligatorio para ambos sexos a finales de 1916– se había permitido a los sindicatos controlar los arrendamientos. Los generales del ejército, los *stellvertretenden Generalkommandos,* ocupaban un lugar central en el arbitraje de las disputas; y, en conjunto, su decision era a menudo bastante favorable a los trabajadores. El general Groener, figura clave en el campo militar (que a finales de octubre había sustituido a Ludendorff como jefe efectivo del ejército), contaba con la confianza de los dirigentes sindicales Legien y Stegerwald, los cuales eran ambos muy competentes y sabían manejar a sus hombres. Los dos se esforzaron por mantener el orden. Al tiempo que los consejos de obreros y soldados se reunían en el *Zirkus Busch* de Berlín para elegir un gobierno, Legien y el importante industrial alemán Hugo Stinnes firmaban un pacto por el que se garantizaban los derechos sindicales –junto con la jornada de ocho horas–, a la vez que se garantizaba también el «capitalismo», esto es, la propiedad privada de la mayor parte de la economía. Para controlar a la izquierda, el socialista Friedrich Ebert tele-

foneó a Groener en Spa y recibió garantías de que el ejército apoyaría a la nueva república. Esta fue una salida bastante natural para una época en que oficiales y dirigentes sindicales descubrieron mutuamente sus virtudes, descubrimiento repetido en Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial.

La izquierda alemana estaba fragmentada. En 1916 una minoría de los socialistas del *Reichstag* se había negado a proceder a un nuevo reconocimiento de la necesidad gubernamental de créditos de guerra. En el otoño, esta minoría había fundado un grupo independiente, que se convirtió oficialmente en el mes de abril siguiente, justo después de la Revolución rusa, en el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD). Sus dirigentes eran los más viejos e idealistas; apelaban a la clase de sindicatos que lo estaban pasando mal con la inflación bélica (por ejemplo, los de los anticuados textiles). La colaboración de los sindicatos con el Estado molestaba a muchos de los trabajadores en el Berlín acosado por la inflación. Al final de la guerra, la situación en dicha ciudad, en Leipzig, en Núremberg, en las lúgubres ciudades industriales de Turingia y Sajonia, y en los puertos de Bremen y Hamburgo, era desesperada. Desde Berlín, la gente tenía que ir río arriba, a lo largo del Oder, para robar las patatas y las manzanas de los campesinos y cargarlas en balsas. La torpe conducta del comandante de la guarnición de Berlín, Linsingen, invitaba casi a la protesta. Las fábricas se habían visto sometidas también a unas tarifas salariales cambiantes, en función de la introducción de mano de obra semiespecializada y de maquinaria –aunque este parece ser un rasgo de la conciencia revolucionaria de la clase obrera que ha sido muy exagerado–; y el incremento en el uso de maquinaria había llevado a un aumento espectacular del número de accidentes en la industria. Las fábricas de Berlín originaron su propio movimiento de representantes sindicales (el *Obleute revolutionären*) –una de cuyas principales fi-

guras fue Richard Müller– y esto llevó a las manifestaciones de trabajadores que condujeron a la proclamación de la república el 9 de noviembre.

Para mantener el control, los dirigentes del principal partido socialdemócrata *(m[ehrheits]sm)* celebraron una asamblea en el *Zirkus Busch,* y, a imitación de los bolcheviques, establecieron un gobierno de «comisarios del pueblo». Estaba formado por tres socialistas de la mayoría y tres socialistas independientes (que dimitieron a las pocas semanas). Los revolucionarios berlineses se vieron rápidamente aislados. En las elecciones para la representación central de los diversos consejos, la extrema izquierda apenas obtuvo puestos. Rosa Luxemburg, la principal figura de la izquierda, no consiguió los votos necesarios y tuvo que ser cooptada. Mientras tanto, los sindicatos se hicieron de nuevo con el control; y el gobierno colaboró con funcionarios sensatos del antiguo orden para que los productos alimenticios circularan con fluidez. En una conferencia celebrada el 25 de noviembre se acordó la restauración de los antiguos estados federales. Se tomó la decisión de convocar un parlamento que emprendiera la tarea de redactar una constitución.

El telón de fondo de todo era la impresión de que los revolucionarios se hallaban en una situación desesperada de aislamiento. En especial, no tenían el control del ejército; y no había ningún motín militar en perspectiva, al ser desmovilizado el ejército (en su mayor parte) en diciembre. El campo, fuera de algunas zonas aisladas, como la radical punta sur de la Alta Baviera, no mostraba el menor interés por la revolución, y antes de la guerra había votado casi en su totalidad por partidos católicos o conservadores (o criptonazis). La mayoría de los agricultores temían –con razón– que un gobierno socialista superara al gobierno del káiser en cuanto a impuestos sobre la producción agrícola e intervención en la misma. En Brandemburgo, el ejemplo de los

tumultos en el hambriento Berlín surtió tal efecto que el campesinado apoyó muy pronto a los defensores del «orden». Cuando en marzo de 1920 un grupo paramilitar, al mando del general Von Lüttwitz, marchó sobre Berlín para acabar con la república e instituir un régimen golpista presidido por un conservador de Prusia oriental, el *Generallandschaftsdirecktor* Kapp, recibió de los campesinos de los alrededores alimentos y agasajos. Al emerger Austria bajo su nueva forma de república independiente, los socialistas, cuya retórica era revolucionaria, tuvieron que hacer frente allí también a ese problema. Otto Bauer, Karl Renner y los sindicatos abrazaron la causa de los parlamentos, y no la de los consejos, porque temían que el campesinado dejara, sencillamente, morir de hambre a las ciudades si estallaba una revolución roja. En Hungría, los socialistas se vieron llevados a proclamar una república soviética en el mes de marzo porque les horrorizaba la idea de una desintegración del país por orden de los aliados, y esperaban la ayuda de Rusia. En Baviera se produjo un vacío de poder similar, y los sindicatos (que en el sur eran más débiles) permitieron a Kurt Eisner gobernar durante algún tiempo un Estado independiente extremadamente democrático (Eisner fue asesinado en febrero de 1919), aunque su propio partido solo obtuvo una pequeña parte de los votos. Múnich estuvo gobernado entonces, durante breve tiempo, por un grupo de revolucionarios que fueron brutalmente aplastados, en mayo, por una combinación de fuerzas sindicales y militares. Un rasgo común en todos estos casos fue la incapacidad de los revolucionarios para encontrar algo que atrajera al campesinado. Ni siquiera la Liga Campesina Bávara de Georg Heim (EBB), que antes de la guerra se había expresado en un lenguaje radical y anticlerical («No queremos sacerdotes, ni profesores, ni abogados, ni *Herr Doctors*», etc.), apoyó a la república soviética. En Italia, a pesar de los levantamientos campesinos del valle del bajo Po, y en Polonia du-

rante la invasión soviética de 1920, el campesinado respondió por lo general a los llamamientos de sus sacerdotes y apoyó el orden.

La revolución en Alemania no fue, pues, una causa fecunda. La izquierda, consciente de ello, se dividió, ya fuera para inclinar hacia la revolución a los socialistas de la mayoría, ya fuera para oponerse a ellos, en su tendencia hacia la «moderación» y la república parlamentaria. Una parte de la izquierda de Berlín protagonizó una revuelta el día de Navidad. Esta revuelta se repitió en enero de 1919 con el levantamiento espartaquista. Fue una reproducción en miniatura de la historia de la Comuna de París. El gobierno, liberado ahora de los socialistas independientes, entregó el poder a un sindicalista resuelto, Gustav Noske, otro dirigente sindical sumamente competente. Este utilizó sus conexiones con el ejército para reclutar voluntarios con objeto de restaurar el orden en Berlín: el *Freikorps,* integrado por exsoldados que no tenían otra cosa que hacer, entró en la capital y derrotó a la izquierda. Rosa Luxemburg (que había desaprobado el levantamiento) y su compañero Karl Liebknecht fueron asesinados y sus cuerpos lanzados al canal. Un mes más tarde, en febrero de 1919, se celebraron elecciones parlamentarias, y los partidos republicanos –socialistas, católicos y liberales de izquierda– obtuvieron las tres cuartas partes de los votos. El nuevo *Reichstag* se reunió en la tranquila y pequeña ciudad de Weimar, centro de la Ilustración alemana, porque esta sería menos turbulenta que la capital. «La constitución de Weimar» –que instituía una república parlamentaria– se convirtió en ley.

Este no fue el fin de la revolución alemana. En Alemania, nadie se atrevía a reformar las finanzas, es decir, a detener los gastos gubernamentales y acabar con el crédito barato que mantenía el empleo para la clase obrera y el beneficio para los patronos. El resultado fue una tremenda inflación,

a lo que solo se puso remedio en noviembre de 1923, mediante una acción drástica, cuando, una vez más, los generales del ejército y las autoridades sindicales colaboraron para instituir una nueva moneda, el *Rentenmark.* En la confusión de esa época, la izquierda, amargada, se reconstituyó en forma de partido comunista. A principios de la década de 1920, obedeciendo órdenes de Moscú, se produjeron levantamientos; en 1923, en Turingia, tuvo lugar «el octubre alemán», con el asesoramiento táctico de Béla Kun. Pero la república estaba sólidamente cimentada, al margen de estas pequeñas «comunas» de la izquierda, y los socialistas, cualesquiera que fuesen sus polémicas con los demás partidos, no estaban dispuestos a prestar un apoyo serio a los alzamientos comunistas. De hecho, el mayor de los estados que formaban Alemania, Prusia, estaba gobernado por una coalición de socialistas y católicos, y el ministro socialista del Interior, Karl Severing, estableció las bases de una «oficina de la policía secreta estatal» –que pronto se convirtió en la *Gestapa* y, finalmente, en la *Gestapo*–, oficina que recopiló las listas de los comunistas a partir de las cuales, por último, los nazis realizaron sus detenciones en febrero de 1933.

En Rusia, Petrogrado –báltica y puritana– podía hablar un lenguaje parecido al de Alemania, pero Moscú, y aún más los extensos territorios del sudeste, era muy diferente. Sindicatos, campo, consejos, inflación, soldados, oficiales: todos interpretaron papeles muy distintos de sus equivalentes en Alemania. En Rusia, la que fue aislada fue la contrarrevolución y no la revolución. Se hizo un esfuerzo contrarrevolucionario a comienzos de septiembre de 1917, cuando el comandante en jefe del ejército, el general Kornilov, interpretó erróneamente las órdenes de Kérenski y envió tropas contra Petrogrado. Estas tropas estaban formadas principalmente por la «división salvaje» de montañeses del Cáucaso y un cuerpo de caballería. Podrían compararse, quizá, con las fuerzas con que el general Franco comenzó

en España, en 1936, su victoriosa contrarrevolución, parte de las cuales estaban formadas por la caballería mora; su equivalente alemán sería el *Freikorps.* Característico de las circunstancias rusas fue el hecho de que, cuando Kornilov se aproximó a la capital, sus tropas desertaran y fraternizaran con los trabajadores. Kornilov y sus colegas, dejados en la estacada, fueron arrestados. A partir del invierno de 1918-1919, se desarrolló en Rusia una contrarrevolución militar, que obtuvo el apoyo de las victoriosas potencias occidentales. El almirante Kolchak organizó la Siberia oriental con la ayuda de los japoneses; el general Denikin se estableció en el norte del Cáucaso bajo el patrocinio británico; el general Yudenitch reunió un contingente en Estonia, también con la ayuda de los británicos (y, asimismo, con la del *Landwehr* local báltico alemán); en el verano de 1918, los británicos desembarcaron en Arcángel y Murmansk, inicialmente para proteger de los alemanes las provisiones. Denikin, en particular, recibió provisiones por valor de millones de libras.

Durante algún tiempo, esas fuerzas obtuvieron éxitos. Kokhak se acercó a los Urales en el otoño de 1918 (descubriendo, de paso, los restos del zar y su familia, que habían sido asesinados en masa en Yekaterinburg en julio de 1918). Pero la fuerza más poderosa de Kokhak era la «legión checa», formada por unos 50.000 hombres procedentes de los campos de prisioneros de guerra que se habían ofrecido voluntarios para luchar por una Checoslovaquia independiente. Esa fuerza le abandonó para luchar en el oeste; y las tropas propias de Kokhak se desintegraron, dejándole entregado a una inútil y sanguinaria lucha con sus aliados siberianos, que le detuvieron. Las tropas de Yudenitch se desintegraron de igual forma a finales de 1919, a pesar de la ayuda británica. Denikin se desenvolvió bien durante algún tiempo, en la primavera y el verano de 1919, llegando a Tula, a solo 400 km al sur de Moscú. Luego sus

tropas se desintegraron también. Los cosacos, que constituían su contingente más valioso, habían acumulado tanto botín que obstaculizaba sus maniobras militares; otras fuerzas desertaron. Denikin tuvo que librar sus últimas batallas con batallones formados solo por oficiales. En marzo de 1920, sus fuerzas fueron evacuadas por Novorossisk, su principal puerto.

Esa evacuación constituyó una pesadilla de confusión. Como los bolcheviques se aproximaban, hubo una rebatiña por alcanzar las planchas de los barcos. La retaguardia falló en la cobertura de la marcha. Explotaron granadas en la refriega, a través de la cual se movían camilleros, clérigos que evacuaban tesoros de iglesias y conventos, y cosacos a caballo; mientras, lo que es muy característico, un coronel enloquecido blandía una espada, en un esfuerzo por reclutar «un ejército nacional para la regeneración de Rusia». Reclutó a veinticinco hombres, a los que los bolcheviques detuvieron al día siguiente. El esfuerzo final de los blancos se realizó en Crimea, bajo la protección de los franceses. El sucesor de Denikin, Wrangel, era bastante más competente. Tuvo éxito en el sur de Ucrania durante algún tiempo, debido en parte a que el Ejército Rojo estaba distraído por los acontecimientos de Polonia, donde fue derrotado en agosto (el «milagro del Vístula»). Pero Wrangel tropezó con los mismos problemas que habían causado la derrota de Denikin y los demás. Sus hombres eran propensos a desertar; batallones enteros tenían que ser formados por oficiales. No eran realmente bien recibidos en los pueblos y aldeas. Los blancos terminaron por responder a esto. Presentaron un proyecto de reforma agraria, porque fue recopilado por Krivoshein, que había sido ministro de Agricultura con Stolipin. Los oficiales de la *Azbukha* (inteligencia) blanca fueron luego a los pueblos y aldeas vendiendo su proyecto a los campesinos por cincuenta kopeks.

En el invierno de 1920-1921, el Ejército Rojo pudo dirigirse de nuevo al sur, y las tropas de Wrangel fueron evacuadas. En conjunto, la emigración blanca afectó a dos millones de personas. Resulta sorprendente el papel tan pobre que desempeñó la contrarrevolución en los acontecimientos de Rusia, hecho, o, mejor dicho, no-hecho único en la historia de Europa, aunque, como han mostrado los acontecimientos, no sería único en la posterior historia de Asia. ¿Acaso no fueron Shanghái, en 1949, y Saigón, en 1975, vastas reproducciones de Novorossisk?

Escribir la historia de una estructura en desintegración, especialmente a la enorme escala de Rusia, es por definición casi imposible. Después de la primavera de 1917, el país cayó en un caos cada vez mayor. El primer gobierno provisional no duró mucho. Su ministro de Asuntos Exteriores, el cadete Miliukov, exasperó a los soldados al prometer «la guerra hasta la victoria», y las manifestaciones de finales de abril (los «días de abril») determinaron su expulsión. Una segunda coalición, y una tercera, fracasaron igualmente, ya que la confusión económica, la lucha de clases y los motines militares originaron una pérdida de control aún mayor. Los jefes del ejército creían que el único medio seguro de restaurar el orden era lanzar una nueva ofensiva, y a finales de junio se produjo la «ofensiva de Kérenski» en el frente austrohúngaro. No tuvo éxito; por el contrario, el ejército fue expulsado de la Galitzia oriental en el mes de agosto. Los soldados que se negaban a ir al frente se amotinaron en Petrogrado a mediados de julio (los «días de julio») y se produjeron temores a un ataque anarquista. El gobierno impuso algún control, aunque breve; Lenin huyó a esconderse. En agosto, Kérenski apeló a la opinión moderada, celebrando en Moscú una gran conferencia de las fuerzas vitales del país. Los trabajadores de Moscú, desafiando a su propio sóviet, fueron a la huelga. A comienzos de septiembre, una ofensiva alemana tomó Riga, y, en respuesta, Kornilov in-

tentó restaurar el orden con su marcha sobre la capital. Esta marcha constituyó un fracaso; pero tuvo el efecto de galvanizar a los sóviets para defenderse frente a una contrarrevolución militar. De esto se encargaron los bolcheviques. Un «comité militar revolucionario», dominado por ellos, era el único organismo que podía dar órdenes a la tropa de Petrogrado. A finales de octubre, el gobierno provisional dependía enteramente del sóviet. Lenin y Trotski, cuyos seguidores dominaban dicho sóviet, decidieron, en la noche del 7 al 8 de noviembre, el arresto del gobierno. Hubo una breve irrupción en el Palacio de Invierno, donde el gabinete ministerial apenas fue defendido. Una película posterior del acontecimiento causó más bajas que las producidas en la toma del Palacio de Invierno.

Los bolcheviques se establecieron en el gobierno y pusieron fin a las manifestaciones más inmediatas de la contrarrevolución. En diciembre, acordaron un armisticio con los alemanes, y en el mes de marzo siguiente firmaron la paz durante un tiempo en Brest-Litovsk, aun cuando esto significara la cesión de una tercera parte de la Rusia europea a los satélites de Alemania. En la primavera de 1918, Trotski comenzó a organizar el Ejército Rojo, que finalmente ganó la guerra civil.

Una crónica de los acontecimientos confunde, más que clarifica, porque en Rusia el origen de todo fue la desintegración económica. Para empezar, la situación de marzo de 1917 tuvo una semejanza superficial con la de noviembre de 1918 en Alemania. El sóviet, cuando surgió para coordinar las huelgas y «observar» al gobierno, fue, en su mayoría, bastante moderado. Los socialrevolucionarios, un partido no marxista que hablaba en nombre del campesinado y de un sector de la clase media baja, ocuparon un espacio sorprendente en el comité ejecutivo del sóviet, en alianza con los mencheviques. Estos partidos tuvieron también sus

divisiones. Los «socialrevolucionarios de izquierda» estaban próximos al anarquismo, y acabaron aliándose –por breve tiempo– con los bolcheviques. Los «socialrevolucionarios de derecha» fueron, de hecho, una especie de partido liberal de los pequeños campesinos. También los mencheviques se dividieron entre los «defensistas», partidarios de la prosecución de la guerra hasta la victoria (en lo que no se diferenciaban del SPD alemán), y los «internacionalistas», cuyo jefe era el pacifista Leonid Mártov, «la conciencia de la revolución», que recordaba a Kurt Eisner. En los primeros meses de la revolución, Kérenski pudo contar con el apoyo de los elementos más derechistas tanto de los socialrevolucionarios como de los mencheviques. Estos últimos se desacreditaron bastante pronto. Las cuotas de la gran fábrica de Serpujov ascendieron a 849 rublos en junio, pero solo a 53 en agosto y a 9 en octubre.

El problema consistía en que, una vez eliminado el sistema zarista, no había nada sólido que lo reemplazara; en realidad, los bolcheviques podían proclamar, con toda verosimilitud, que eran la única fuerza capaz de restaurar algún tipo de orden. El ejército ruso, por ejemplo, quedó sumido en una situación de caos. Debido a la creencia de los generales de que no podían hacer nada frente al ejército alemán, las dos terceras partes de los soldados rusos apenas habían hecho nada desde la batalla del lago Narocz, en marzo de 1916; y los demás se habían desangrado en la ofensiva de Brusilov y en la tragicómica secuela de la misma en los pantanos de Kowel y en Rumania. En la primavera de 1917 se produjo en el ejército el «motín de Nivelle», de enormes proporciones. El sóviet de Petrogrado fue acusado del mismo, por cuanto había inducido a la abolición de las piezas más arcaicas de los servicios de vigilancia militar. Pero detrás de esto había una desintegración de la autoridad de los oficiales, incluso entre los suboficiales, quienes, en el caso ruso, a diferencia de los demás, se convirtieron en un ele-

mento fuertemente revolucionario. Los servicios de abastecimiento resultaban insuficientes; y la paga de los soldados solo daba para la bebida ilegal, que prosperaba. En las bases del ejército situadas en Minsk había grandes peleas entre borrachos, en las que los oficiales podían morir si trataban de controlar a los hombres. Hubo un aumento considerable tanto de las deserciones como del número de soldados dados de baja por enfermedad; se produjo una gran afluencia de hombres –según un informe, 800.000– hacia las «comisiones de servicios procedentes del frente». Es cierto que los soldados todavía eran bastante patriotas. Sería incorrecto afirmar que el ejército se había disuelto antes de la revolución bolchevique. Los soldados podían desertar, pero regresaban al frente, y un historiador soviético ha descubierto incluso un documento de la *Stavka,* con fecha de noviembre de 1917, que revela que, en el frente, la ración de las fuerzas del ejército fue mayor en ese mes que en cualquier otra época anterior. Los soldados volvieron a sus casas después del armisticio de diciembre; y a partir de entonces dejó de existir el ejército.

El campo ruso se vio afectado por una desintegración similar. Hubo resentimientos por las confiscaciones de cereal efectuadas por el Estado (confiscaciones que repitió el gobierno provisional); en algunas zonas (limitadas) se produjeron ataques a los almacenes de las grandes fincas supervivientes; en todas partes, los campesinos luchaban entre sí, y con los hombres que regresaban de las ciudades, para conseguir una porción de tierra comunal. El proceso empeoró cuando los soldados volvieron y exigieron su parte, y en 1918 continuó de nuevo la batalla por la tierra. Esta guerra entre los campesinos fue una constante que empeoró desde la primavera de 1917 hasta 1919; dividirla en fases a tenor de la lucha contra los señores y contra los *kulaks,* o incitar al campesinado pobre en los comités *(kombedy),* como hicieron los bolcheviques, era un ejercicio artificial. La contri-

bución decisiva de la tierra a la revolución fue negativa: la total incapacidad de los contrarrevolucionarios, incluidos los sacerdotes, para organizar algo que pudiera parecerse a la pesadilla de los revolucionarios de un 1849 o un 1871 francés. En esas circunstancias, la producción de alimentos en 1917, y todavía más en los años siguientes, fue tan baja que las ciudades pasaron hambre y se despoblaron. Los bolcheviques solo pudieron superarlo confiscando géneros urbanos y trocándolos con los de los pueblos y aldeas.

También en este caso, la declaración de la «libertad» en Rusia produjo una desintegración de la estructura de las nacionalidades del país. Cada uno de los distintos pueblos, desde los ucranianos a las nacionalidades turcas, e incluso los yacutos y buriatos de la remota Siberia, se sublevaron contra la tiranía zarista. Hubo demandas de libertad lingüística y de formación de estados autónomos. En Ucrania, los nacionalistas (generalmente con un matiz antisemita) establecieron su propio consejo (el *Rada,* equivalente ucraniano del sóviet). Pero casi la mitad de la población de Kiev era rusa. La causa ucraniana era defendida, esencialmente, por los estudiantes, por algunos pequeños campesinos y, al final, por contrarrevolucionarios pseudoucranianos como el inventado alemán Hetmán Skoropadski, ayudante del zar y terrateniente, que tuvo que aprender el ucraniano mientras ocupaba su cargo bajo la protección de los alemanes. En la Ucrania occidental, como reacción a los terratenientes y a las clases medias polacas, el nacionalismo ucraniano fue real. Al este del Dniéper, la cosa fue diferente: esa región fue rápidamente invadida, sin ofrecer resistencia, por los bolcheviques en los primeros meses de 1918.

El gobierno provisional no sentía mucha simpatía por el nacionalismo ucraniano; tampoco la sentía ningún otro partido ruso, con excepción de los bolcheviques, y estos eran bastante hipócritas. El hecho que podría haber sido más

importante en la historia rusa –el surgimiento de un desafío nacional por parte de los pueblos no rusos– resultó ser, al final, un falso problema. Los rusos blancos se lamentaron más tarde de no haber reconocido los derechos de las nacionalidades; de hecho, *Yedinaya Rossiya* («un imperio ruso») fue su gran lema. Pero Ucrania era demasiado débil por lo que respecta a la conciencia de su pueblo. Intelectuales nacionalistas como Vinichenko se quejaban de la indiferencia de los campesinos. Las demandas de autonomía lingüística podían ser satisfechas mediante simples cambios administrativos. A fin de cuentas, los rusos no eran tan odiados en Ucrania como, por ejemplo, los alemanes en Bohemia. El Estado satélite de los alemanes en Ucrania constituyó un fracaso, como pudo comprobar el propio Eichhorn cuando arrestó a su gobierno satélite y lo reemplazó por un dictador ruso conservador.

Es innegable que Finlandia, Polonia, los Estados bálticos y Lituania –todos los cuales diferían de los rusos en su religión y en muchas de sus costumbres– se hicieron realidad sobre el terreno. Ciertamente, algunos de ellos estaban inmersos en una guerra civil entre derecha e izquierda, cuyo resultado fue decidido en Finlandia, en 1918, por la intervención de un ejército alemán al mando del general Von der Goltz. Pero no hay duda alguna de su deseo de separación. En las circunstancias creadas por el tratado de Brest-Litovsk estas naciones resurgieron, con guarniciones alemanas, aunque en la mayoría de los casos tuvieron que esperar a la retirada de los alemanes para obtener la independencia oficial.

Sin embargo, en ninguno de esos casos podía esperar apoyo el gobierno provisional. Incluso en el invierno de 1918-1919, cuando Yudenitch estuvo más cerca de tomar Petrogrado que ningún otro general blanco, no tuvo ninguna ayuda de los estonianos, que le tenían más miedo a él

que a los bolcheviques. Lenin llegó también rápidamente a un acuerdo con los finlandeses, cuya independencia, en 1945, incluso Stalin estuvo dispuesto a reconocer.

En el verano de 1917, cuando Petrogrado se disolvió en el caos, las masas se hicieron mucho más radicales. Los mencheviques y los socialrevolucionarios que dirigían el sóviet solo podían hacer llamamientos a la cooperación con el gobierno. Estos llamamientos no tenían ningún sentido para los obreros ni para los soldados de Petrogrado, que se consideraban víctimas de una guerra descabellada y de una economía cruel. El golpe de Kornilov trajo a primer plano la animosidad producida por la interrupción del suministro de alimentos. El sóviet pasó a tener una mayoría bolchevique. A mediados de septiembre, cuando los alemanes se adentraron en Livonia, se temió que el gobierno abandonara al enemigo la capital revolucionaria.

En otros países, quizá los sindicatos habían podido ser capaces de organizar alguna actividad común para restaurar un cierto orden. Esto, después de todo, fue lo que sucedió en el resto de la Europa revolucionaria al final de la Primera Guerra Mundial. Pero en Rusia el proceso de industrialización había sido tan rápido, la población industrial había sido tan móvil y el gobierno había sido tan discriminatorio que la presencia de los sindicatos era muy débil. En 1914, contaban con un total de cien mil afiliados: una minúscula fracción de la clase obrera. Era el comité de fábrica lo que tenía sentido en Rusia, y, en menor medida, los comités benéficos a nivel de fábrica. Estos organismos eran muy pequeños y con frecuencia también eran rivales. En el caos de 1917, los sindicatos eran difíciles de organizar, y, cuando estaban organizados, lo estaban generalmente a nivel de comité de fábrica. Pero en esos comités, así como en los benéficos, los bolcheviques tuvieron pronto la mayoría: fueron los primeros organismos que se hicieron bolcheviques (abril

de 1917). Los subsiguientes «sóviets de distrito» –e incluso los «sóviets de casas de vecindad»– también se hicieron bolcheviques en una fase relativamente temprana de la revolución. En septiembre, en el barrio de Bogorodsk de Moscú, los obreros organizaron sus propias fuerzas contra el crimen, dirigidos por los bolcheviques. Igualmente, se hicieron con la dirección de los nuevos sindicatos. Lo que hizo que los bolcheviques destacaran fue que, en medio del caos, ellos tenían una idea y ofrecían un camino hacia adelante. Lenin ganó porque ofreció la visión de un mundo nuevo. Fue esto lo que proporcionó a sus seguidores, como lo habían proporcionado antes los jacobinos y los calvinistas: la sensación de un proyecto a largo plazo y una capacidad para llevar a cabo, con la vista puesta más allá, el aburrido trabajo cotidiano de los pequeños comités. Ejército, campesinado, nacionalidades, sindicatos, comités de fábrica, burocracia, movimiento de mujeres: cada uno de ellos contaba con su elemento bolchevique. Cuando el sóviet cayó bajo el control bolchevique, la revolución comunista fue un hecho.

La gran fuerza de Lenin en el verano de 1917 fue que tenía todas las respuestas. No tiene sentido apuntar que los bolcheviques estaban en minoría (en enero de 1918, en las únicas elecciones democráticas libres que Rusia había conocido desde 1907, solo obtuvieron un tercio de los escaños, mientras que los socialrevolucionarios obtuvieron la mayoría de los restantes). Ningún partido revolucionario serio hubiera esperado nunca nada más. El hecho de que reinara una inmensa confusión, tanto en el mundo como en la mente de la gente, era casi la definición de una «situación revolucionaria». En realidad, la apatía política, en el sentido de impotencia, ha constituido la nota característica de las revoluciones del pasado, y en la Rusia revolucionaria la mayoría de la gente no sabía qué hacer. En Moscú, en las elecciones para los consejos de distrito celebradas en septiembre de

1917, los bolcheviques obtuvieron una amplia mayoría, pero solo una tercera parte del electorado –387.280 personas– se molestó en votar. Los socialrevolucionarios, que eran los principales adversarios de los bolcheviques, carecían de programa, de táctica y de organización; ni siquiera pudieron evitar que su ala izquierda aceptara una alianza con los bolcheviques en un periodo decisivo.

Lenin había formulado dos tesis ya antes de 1914. El campesinado, y no la clase media, tenía que ser el aliado del partido. Los campesinos estaban siendo «proletarizados» por el desarrollo de la economía imperialista mundial, que convertía a los pequeños campesinos –antiguos propietarios– en una especie de esclavos asalariados. Indudablemente, esto era lo bastante cierto como para dejar que Lenin apelara al mundo rural, aun cuando ello tuviera que hacerse bajo el lema de «la tierra para el que la trabaja». Todos los adversarios de Lenin fueron totalmente incapaces de responder a su propaganda en este sentido. Sabían que era una propaganda hipócrita. Los mencheviques como Plejánov hicieron lo que el SPD alemán: menospreciaron al campesinado; advirtieron –no sin razón– que la cesión de «tierra a los campesinos» produciría luego a la economía socialista dificultades insalvables. Pero no existía una política menchevique con relación a la agricultura, y no había ningún campesino menchevique. Los socialrevolucionarios nunca entendieron lo que se proponían con su programa agrario; y su representante en el gobierno provisional, Viktor Chernov, se distinguió por sus llamamientos al «orden» y a la decisión de la asamblea constituyente en materia de reforma agraria. Estos llamamientos recayeron sobre unos campesinos hambrientos y unos oídos sordos. Los bolcheviques se enorgullecían de su independencia respecto a la moral burguesa, y Lenin dijo abiertamente a sus simpatizantes occidentales que había adoptado su programa agrario únicamente en el entendimiento de que el factor decisi-

vo era ganar la revolución lo más rápidamente posible. El programa agrario significaba, como mínimo, que los campesinos estarían demasiado ocupados luchando entre sí como para tener tiempo de luchar contra los bolcheviques. Stalin acabó sangrientamente con dicho programa en 1929-1933, con la ofensiva socialista de colectivización de la agricultura.

Ese mismo desprecio hacia la «moral burguesa» llevó a Lenin a organizar a los bolcheviques de una forma centralizada. Esta había sido la causa de su ruptura con los mencheviques en 1903. Pero el argumento de Lenin era bastante simple. En Rusia se estaba preparando una revolución; el partido tenía que ser lo suficientemente disciplinado como para tomar la delantera y, si a la gente se le permitía discutir las decisiones del comité central, se produciría un caos en las filas de aquel. De hecho, ese caos se produjo en las filas mencheviques. Algunos de ellos siguieron una línea no diferente de la del SPD, de apoyo a los banqueros y a los generales. Otros adoptaron la postura del USPD, lamentablemente desgarrados entre los revolucionarios y el SPD. Esto fue lo que hicieron los Plejánov y los Mártov, a los que Trotski, desechando sus protestas después de la revolución de noviembre, envió al «cubo de la basura de la historia». A veces, incluso los propios bolcheviques ponían reparos a las órdenes del partido, a su desestimación de una oposición bien argumentada incluso por hombres extremadamente leales; a su respaldo a las crueldades de los soldados contra los oficiales; a las atrocidades agrarias y al abandono de la causa nacional frente a los alemanes (como sucedió en el debate sobre Brest-Litovsk). Para todas las objeciones, Lenin tenía una cruel respuesta: la revolución era lo primero. Esto le permitía pelear implacablemente con sus propios amigos, expulsarlos del partido, crear una policía secreta, la *Chrezvichainaia Kommissia,* y reemplazar a los viejos bolcheviques por pistoleros y oportunistas de quienes podía

esperar que no pensaran por su cuenta, y para cuyo control escogió a un tal Stalin. En 1920, ya existían en Rusia campos de trabajo, en los que no solo estaban internados «guardias blancos», sino también antiguos aliados socialistas. Es posible que cuando Lenin, desde su lecho de muerte en 1923-1924, denunció a Stalin, tuviera una cierta idea de lo que había hecho.

El bolchevismo, al igual que el liberalismo italiano, el jacobinismo o, mucho antes, el calvinismo holandés, era el credo de una «minoría creativa» clásica, impuesto a una mayoría desorientada y dividida. Era la ideología de la máquina, ultrarracional. Despreciaba el pasado y respetaba enormemente la ciencia y la tecnología, factor que se reflejó en el arte de la década de 1920 y en la «ingeniería social». Menospreciaba el individualismo anárquico, ya fuera en materia económica o en materia de nacionalidades. Una vez en el poder, los bolcheviques siempre podían citar a Lenin si deseaban avanzar hacia el estalinismo.

En otros países, la influencia del éxito de Lenin fue igualmente calamitosa. Los revolucionarios de Alemania, Italia, España, fueron rechazados por los acontecimientos en sus propios países. La Internacional Comunista, fundada por Lenin, consiguió aproximadamente un tercio de los partidos socialistas allí y en otros países, cuando fue puesta a prueba en 1920-1921. A partir de entonces, los socialdemócratas moderados tuvieron que enfrentarse en cada caso a un rival al buscar el voto de la clase obrera. Se produjo una división en tres ramas en el socialismo europeo y en el seno de los sindicatos. La izquierda era leninista: ocupación de fábricas, huelga general revolucionaria, toma violenta del poder. La derecha creía en la colaboración con liberales o católicos. El centro creía en la posibilidad de mantener unido el partido, pero este se dividió entre los elementos de tendencia izquierdista y los de tendencia derechista. En Ita-

lia, las disputas entre Nenni, Serrati y Turati impidieron toda acción común contra Mussolini. En Alemania, la defensa de los sindicatos y de los socialistas frente a Hitler se vio fatalmente debilitada por la existencia y las tácticas de los comunistas en Prusia. Como dijo Malatesta, el revolucionario italiano: «Si no seguimos hasta el final, pagaremos con lágrimas de sangre el miedo que ahora estamos produciendo a la burguesía». Malatesta ingresaría en una prisión fascista.

V. UNA NUEVA ESTRUCTURA: LA REVOLUCIÓN CULTURAL DE 1900

En 1902, un ministro francés de Educación, Georges Leygues, se enfrentó a las demandas de una reforma del *baccalauréat,* el examen final de las escuelas francesas. Leygues defendía el programa tradicional, con su fuerte énfasis en los estudios clásicos: «El espíritu clásico pertenece a todas las épocas y a todos los países, porque es el culto de la razón pura, de la desinteresada búsqueda de la belleza».

En la vieja Europa, estas palabras probablemente habrían sido entendidas de manera automática. En el siglo XX, se estaban convirtiendo en una cantinela sin sentido. En los últimos veinticinco años del siglo XIX, cuando en todas partes el sistema escolar se estaba ampliando de forma muy rápida, se produjo un descenso continuado del porcentaje e incluso del número absoluto de estudiantes que deseaban cursar en las universidades estudios clásicos. Las lenguas muertas, que antes habían sido una asignatura popular, se mantenían en las escuelas como materia obligatoria. En Rusia, en la década de 1880, los escolares tenían que recibir hasta cuarenta clases a la semana de latín y griego, que se juzgaban superiores desde el punto de vista educativo (tal como el gobierno zarista lo entendía) a las asignaturas «modernas», con sus peligrosas connotaciones políticas. En la década de 1890, los estudios clásicos eran considerados en general como una tiranía. En el contexto de las campañas de eficiencia nacional que tuvieron lugar en numerosos países, se produjeron demandas de un examen final en el que la ciencia y los idiomas modernos ocuparan el lugar que les correspondía. Estas demandas unían a la izquierda y al centro políticos en nombre de la «tecnocracia». A partir de 1900, el latín y el griego comenzaron a perder las ligaduras institucionales que los habían mantenido en su

sitio. Fue el fin de una gran parte del pasado cultural europeo. En pocos años, otras asignaturas «poco prácticas» experimentarían una decadencia similar. George Orwell, a finales de la década de 1930, observaba que la nueva generación no conocía la Biblia, pero leía el *Picture Post* y sabía qué era una magneto.

Para los nuevos habitantes de las ciudades europeas de finales del siglo XIX, los innumerables oficinistas y técnicos asalariados, los estudios clásicos eran cosa de una minoría selecta: eran el lenguaje del *Herrenvolk,* que tenía que ser combatido y escarnecido de la misma forma que la enseñanza de la lengua alemana en la Universidad de Carlos IV en Praga, o la de la lengua francesa en la Universidad de Gante. El utilitarismo, credo esencial del liberalismo radical, proporcionaba los argumentos contra el «culto al pasado». Los argumentos prácticos en favor de los estudios clásicos eran irrisorios. Se cursaban por amor al arte, o por aceptabilidad social, precisamente porque no tenían ninguna aplicabilidad práctica inmediata. Carecían, pues, de una importancia inmediata, pero, al igual que las matemáticas y las «sagradas escrituras» –como, defensivamente, pasó a denominarse la enseñanza de la religión–, proporcionaban un sentido de la estructura más allá del «yo». Con tal sentido, se esperaba de los estudiantes que unificaran diversas ramas del conocimiento, que absorbieran diversas asignaturas, algunas de las cuales exigían una gran dedicación. El estudio de los clásicos y de las matemáticas daban a muchos científicos una base, ya fuera esta «moral», «social» o «natural». Los resultados, en términos de la amplísima cultura general que prevalecía en la mayoría de las universidades con anterioridad a 1914, eran impresionantes. Probablemente sea justo afirmar que Europa, antes de 1914, produjo prácticamente todas las ideas de las que se ha aprovechado el siglo XX, siendo el resto principalmente una ampliación técnica de las mismas.

Aun así, en los primeros años de este siglo ya estaba claro que el fondo estético de la educación europea se estaba desmoronando. El filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900), en uno de esos intuitivos saltos que le llevaron hacia el mundo intelectual de dos o tres generaciones posteriores a su tiempo, observó que cuando nos hubiéramos liberado de la gramática, nos habríamos liberado también de Dios. Nietzsche estaba bien situado para percibir esa conexión. Era hijo de un austero pastor pietista de Sajonia. Su padre murió cuando él era muy joven, y su madre le educó en una línea severamente protestante (en todo lo cual recuerda a algunas de las figuras de la Ilustración escocesa). Fue profesor de estudios clásicos a una edad muy temprana, en la honorabilísima Universidad de Basilea. Pero perdió la fe. Se dio cuenta bastante pronto de que la erudición clásica carecía de importancia; se acercó a Wagner, alejándose luego de él. En los años 1873-1888 produjo una serie de obras de filosofía brillantemente escritas, a menudo aforísticas, de las que *Más allá del bien y del mal* es la exposición más sucinta; pero su salud decayó, y su vida emocional empeoró tanto que acabó volviéndose loco. Durante toda su vida, Nietzsche tuvo que luchar con la muerte de Dios, la falta de sentido de la erudición y una nueva forma de entender la naturaleza del individuo. Tuvo problemas para tomar la vía hedonista, pero no la del humor negro, y trató de encontrar una nueva moral que reemplazara a la cristiana, cuyas formas supervivientes despreciaba.

«La existencia y el mundo solo están permanentemente justificados como fenómenos estéticos», escribió Nietzsche. Él y sus numerosos discípulos promovieron un nuevo irracionalismo: el yo es tan confuso (*«Je est un autre»,* en lugar del romántico *«Je suis autre»*) que solo un *Brutalitätskur* puede lograr la unidad en él. «Vosotros decís: una buena causa justifica cualquier guerra; yo digo: una buena guerra justifica cualquier causa.» Las obras de Nietzsche no se

vendieron bien en vida de su autor, pero en 1900 se había hecho famoso en toda Europa, y su influencia tanto en Francia como en Alemania configuró el desarrollo del existencialismo. En sus escritos, Nietzsche se anticipó a muchas de las inquietudes del siglo XX. Dijo cosas interesantes sobre la filosofía del lenguaje; escribió cosas perspicaces en *El nacimiento de la tragedia* sobre el lugar central que la música ocuparía en el futuro, ya que proporcionaría el elemento unificador en la cultura, que la lingüística o las matemáticas ya no podían constituir: en lugar de la religión, la cultura clásica y las palabras, la música, la acción y los símbolos. Nietzsche, para utilizar su propia expresión, contemplaba el abismo, y el abismo le contemplaba a él.

Quizá fue necesario un Nietzsche que viviera bajo el peso de unas normas inviolables, pero incapaz de percibir una parte de la estructura que las dictaba, para anticipar la naturaleza del siglo que se acercaba: el mundo kafkiano de disolución interior y absurdo exterior, para el que la única respuesta posible era la de un Céline o un Waugh, la sátira. De alguna manera, la Ilustración escocesa –y en particular su más singular producto, Byron, cuya influencia ha sido habitualmente más fuerte en el continente que en su país– se había anticipado a Nietzsche. La Ilustración escocesa fue el primer esfuerzo coherente europeo por hacer frente a la decadencia de la religión. Sus principales figuras fueron bastante a menudo hijos de pastores protestantes (con madres viudas), que perdieron la fe a edad temprana y lucharon por encontrar unos nuevos valores absolutos de carácter secular, aunque, en este caso, estos valores absolutos resultaran ser el utilitarismo que, en su pretensión bidimensional, tanto repugnaba a Dostoievski y a Nietzsche.

A mediados del siglo XIX se había producido un considerable resurgimiento de la religión (como lo atestigua el gran número de iglesias construidas en las ciudades euro-

peas). La moral religiosa regía la vida privada a la manera victoriana (aunque siempre con un elemento de fondo sancho-pancista) y las Iglesias ocupaban un lugar destacado en la política. Hacia 1870, la mentalidad europea, así y todo, se estaba secularizando, por cuanto la religión organizada ya no imponía una fe irreflexiva. El golpe de Charles Darwin a la autoridad de las Sagradas Escrituras fue mortal; y las Iglesias protestantes, que tendían a una mayor rigidez que la Iglesia católica en materia de moral sexual, y que, en su ceremonial, tenían una menor capacidad de apelación al subconsciente, sufrieron un declive. Una vez eliminado el entramado institucional y legal de la educación religiosa –que fue sustituido, en la mayoría de los países en la década de 1870, por la «instrucción moral secular»–, estas Iglesias se pusieron claramente a la defensiva. En 1882, se notaba una disminución en la asistencia a la iglesia. Las espectaculares iglesias neogóticas, construidas para cientos e incluso miles de fieles, solo se llenaban hasta la mitad en 1900 y, unos pocos años más tarde, solo hasta una cuarta parte. En Inglaterra, las iglesias disidentes utilizaron el dinero de sus ricos seguidores para construir, enfrente de la Cámara de los Comunes, una gran rival de la abadía de Westminster. Pero incluso en 1900 se lamentaban de que, mientras que habían previsto bastante más de ocho millones de asientos en los bancos de las iglesias (la cifra fue calculada con escrupulosa exactitud), no más de una cuarta parte de los mismos estaban constantemente en uso.

Es cierto que, en torno a 1900, se produjeron algunas conversiones espectaculares de intelectuales. La Iglesia católica, que defendía la ortodoxia al máximo y que expulsaba de su seno a «modernistas» como el abate Loisy (en 1911), del Institut Catholique, proporcionaba un punto fijo en un universo en proceso de cambio. Algunos productos del sistema secular francés, que habían conocido el abismo nietzschiano, se hicieron católicos y nacionalistas: un caso

notorio en Francia fue el de Charles Péguy. En Rusia el defensor más ferviente de la ortodoxia fue Dostoievsky, pero, tras el fracaso de la revolución de 1905, algunos escritores muy conocidos, que antaño habían sido liberales o incluso marxistas (P. B. Struve es el más conocido), causaron un gran revuelo cuando se mostraron contrarios al racionalismo hueco de la *intelligentsia* y a favor de la religión y el patriotismo en la colección de ensayos publicados bajo el nombre de *Landmarks* (1909). Rachmaninov pasó el terrible año de 1915 escribiendo las *Vísperas,* para coro sin orquesta, y, en Viena, hubo algunas conversiones de judíos bien documentadas: Ludwig Wittgenstein, Arnold Schönberg y el genio de la sátira Karl Kraus son algunos ejemplos. Gustav Mahler también se convirtió. Se ha sugerido que pudo tratarse simplemente de un requisito que había que cumplir para obtener encargos en la corte de los Habsburgo, pero ¿acaso la *Sinfonía de la Resurrección* (1894) suena a falso? El protestantismo no tuvo tanto atractivo, aunque algunos judíos de Centroeuropa de las generaciones anteriores hubieran optado por el luteranismo. La Constitución austriaca de 1861 exigía que pagaran un impuesto a la Iglesia, pero no querían dar su dinero ni a la sinagoga ni a los católicos, a los que consideraban oscurantistas. En general, quienes dieron cuerda al *fin de siècle* fueron gentes que intentaban escapar del mundo protestante o judío.

En los años 1900-1905, se hizo evidente que había nacido un mundo casi totalmente secularizado. Este mundo recogió con naturalidad los frutos de la Ilustración escocesa: la mentalidad maquinista, por un lado, y por el otro, a veces, un hedonismo pasmoso. No es de extrañar que las principales figuras de esta revolución cultural fueran, por lo general, apóstatas calvinistas o apóstatas judíos; y fue este último factor el que hizo de la «Viena de 1900» un lugar tan fértil para la invención del nuevo siglo. La figura más notoria de la ciudad, Sigmund Freud, lo resume cuando dice: «Honor,

poder, salud, fama y el amor de las mujeres: estos son los fines de la vida».

Hacia 1900, aparecieron una serie de obras, de todas clases, con un fin que se intentó que fuera, y lo fue, revolucionario. A finales del siglo XIX, la física, la arquitectura, la pintura, la música, la filosofía y –aunque en forma menos espectacular– la economía y la historia conocieron cambios violentos. Por supuesto, como todas las revoluciones, esta tenía unas raíces que de alguna manera pueden observarse en el pasado; en la década de 1880, había habido claras anticipaciones; y, como sucede con todas las revoluciones, esta sería ignorada durante algún tiempo por las gentes de mentalidad tradicional que trabajaban un tanto aisladas del mundo «modernista». Sin embargo, los años que van de 1897 a 1910 fueron testigos de una violenta subversión de buena parte de lo que hasta entonces había sido aceptado, y de la creación de nuevas ortodoxias.

La doctrina central del liberalismo del siglo XIX había sido responsabilidad moral del individuo. En el pasado había existido para esto una sanción religiosa; en la última parte del siglo XIX, habían predominado las sanciones seculares; y, en 1900, estas dejaron de tener tanta importancia como antes tenían. El individuo como entidad fue puesto en tela de juicio: ¿cómo podía sobrevivir la moral sexual a la identificación por Freud de un mundo interior, animal, en el que la represión originaba la neurosis? Su *Interpretación de los sueños* (1899) y sus *Tres ensayos sobre la sexualidad* (1905) –que él consideraba como su obra más importante– sugirieron una teoría totalmente nueva del subconsciente (1912). La contrapartida de esta desintegración del individuo moral fue un mayor grado de conciencia de las diversas formas en que influye la sociedad. En esa época nació la «sociología» propiamente dicha. El alemán Max Weber (1864-1920) escribió en 1903 su obra sobre el capitalismo y

la ética del protestantismo, en la que exploraba las relaciones entre las ideas y el desarrollo social, y a partir de entonces dedicó su vida al estudio de los principios de la sociología. El francés Émile Durkheim, casi contemporáneo de Weber, prescindió más abiertamente de las ideas, afirmó que la sociología no necesitaba de una justificación filosófica, y en 1897 publicó una obra sobre el suicidio en la que llamaba la atención hacia la relación inversa, en las sociedades, entre el asesinato y el suicidio.

La sociedad se estaba haciendo funcionar; estaba perdiendo todo lo que no fuera el contenido moral más utilitario. En su forma más histérica, esta nueva actitud fue expresada por el futurista italiano Marinetti, que quería echar a la basura todos los museos y monumentos de su país y edificar un mundo nuevo basado en el acero, el hormigón y la máquina. Los pintores abandonaron el romanticismo tardío de los impresionistas; en su lugar, sintieron un nuevo deseo de ir más allá de la imagen inmediata y de explorar unos modelos estructurales que tenían un atractivo casi imposible de explicar. El enfoque geométrico de Cézanne dio paso, en 1907, a lo que puede ser descrito como la primera pintura abstracta: *Las señoritas de Aviñón,* de Picasso. En 1912, los temas abstractos marcaban la pauta entre los expresionistas alemanes, y especialmente entre los rusos. Solo los torpes y provincianos –tales como el joven Adolf Hitler– despreciaban el «nuevo arte». Charles Rennie Mackintosh y la *Sezession* de Viena atacaron a los viejos pintores por su pomposidad, vulgaridad e inconsistencia. Retrocedieron a estilos primitivos: en el caso de Mackintosh, la línea sinuosa, inspirada en parte en el estilo céltico, en el recuerdo de La Tène. Pero estos estilos solo tenían sentido, de alguna manera, en términos geométricos. Esto es lo que destaca en la *Sezession:* la anticipación de formas francamente geométricas y la ausencia, en conjunto, de ornamentación. Los artistas de más edad, Klimt en particular (quien, como Wag-

ner, había partido de forma muy respetable de la fastuosidad histórica del *Burgtheater*), podían seguir utilizando esencialmente el lenguaje del Impresionismo tardío, pero también él, en 1900, se estaba encauzando hacia la abstracción, hacia la imposición de modelos matemáticos.

En todas partes de Europa –en gran medida, con independencia de la experiencia austriaca– la pintura había abandonado también, de alguna forma, los asuntos representativos, las «escenas» con sentido en términos del cerebro consciente y de la razón lógica. En parte, hubo una tendencia a «expresar» algo: de ahí el Expresionismo, cuyos pioneros fueron Van Gogh y los naturalistas. Si, para crear un clima, el objeto tenía que ser distorsionado, sus dimensiones dislocadas y sus colores tergiversados, habría que hacerlo con convicción. En este sentido, el pintor noruego Edvard Munch podía expresar en un cuadro el mundo miserable y agobiado por la culpa de los dramas de Ibsen o Strindberg. En toda Europa, otros pintores aprendían de Cézanne. Este fue el primer europeo que impuso modelos geométricos y tenues degradaciones de color, calculadas aritméticamente, para crear una estructura. Las escuelas alemanas (*«Blaue Reiter»* o *«Brücke»*) aprendieron de esos *fauves* franceses. Aspiraban a la estética pura, casi desconectada del objeto que se pretendía representar, como Franz Marc; o el extraordinario grupo ruso, y principalmente el de Moscú (Abramtsevo) en esa época o Malevitch –cuyos campesinos «cilíndricos», recogiendo una cosecha «cilíndrica», mostraban cómo el campesino ruso se estaba convirtiendo en una cosa medio cerdo, medio máquina–; o Rodchenko; o Larionov; o Tatlin, que pronto abandonaron la representación de cualquier tipo y sentaron las bases del «Constructivismo» o del «Futurismo», que iban más allá del «Cubismo» de los primeros abstractos. Estos artistas estaban fascinados por la máquina, y Tatlin inventó un traje para los trabajadores que, con ajuste de pianos geométricos,

podía servir como mono de faena y como ropa adecuada para visitar un parque de descanso y cultura. En este sentido, el expresionismo de un Kokoschka o de un Schiele en Viena fue la última, torva y desesperanzada fase sensual de la tradición representativa.

La sensación de que solo se podía confiar en las matemáticas afectó también a la arquitectura, la música, la filosofía y la economía. Su demostración más obvia llegó en 1903, con la publicación de la *Relatividad* de Albert Einstein. A finales del siglo XIX, la física teórica había caído en una especie de abismo, cuando parecía que todas las preguntas habían sido netamente contestadas y que todo lo que quedaba por hacer era que los químicos o los ingenieros las elaboraran técnicamente. Los físicos con tendencias marcadamente matemáticas, como Henri Poincaré en Francia, o el propio Einstein, se sentían desasosegados al tener que tratar, teóricamente, con velocidades que se aproximaban a la de la luz. Contaban con los anteriores trabajos de Ernst Mach y James Clerk Maxwell. El propio Einstein fue una figura más bien aislada: hijo (completamente descreído) de un comerciante judío de Ulm, no había tenido éxito en la escuela, no le gustaba Alemania, pasó buena parte de su primera juventud en Italia, y encontró un empleo como asesor en la oficina de patentes de Berna. Mientras estaba en este puesto, elaboró las matemáticas de la relatividad: utilizando la transformación de Lorentz, demostró que la luz podía proporcionar la prueba de la «relatividad» tanto del espacio como del tiempo. Las adaptaciones técnicas de la ecuación final de Einstein, $E = m \times c^2$, esto es, la equivalencia de la masa y la energía, dieron una idea, al menos teórica, del potencial explosivo de la fisión nuclear en el Laboratorio Cavendish de Cambridge, antes de la guerra.

El nuevo enfoque matemático de la filosofía condujo a una nueva orientación hacia 1900. *The principles of mathe-*

matics (1902) y los *Principia mathematica* (1910), de Bertrand Russell, este último en colaboración con Whitehead, simbolizaron y configuraron una serie de nuevos descubrimientos, tanto en matemáticas como en filosofía. La filosofía abandonó su viejo interés por la metafísica y la moral. En lugar de ello, se preocupó por su propia tecnología, la lógica, tanto en las matemáticas como, bastante después, en el lenguaje. Dado que, con respecto a la metafísica, la única cuestión de interés que quedaba era por qué se producían los problemas metafísicos, los filósofos se interesaron por la naturaleza del lenguaje, considerado por Wittgenstein (que colaboró con Russell en el Trinity College de Cambridge incluso antes de 1914) como «un mapa de la mente». El suizo Ferdinand de Saussure aplicó esto a la crítica literaria: para entender qué querían decir realmente las obras era necesario examinar los diversos significados de las palabras utilizadas, significados que solo podían ser vagamente entendidos por los propios autores. Es lo que más tarde se conocería como «estructuralismo».

La arquitectura fue igualmente objeto de una nueva matematización. En la década de 1880 la ampulosidad de finales del siglo XIX había sido la (desafortunada) norma. Los estilos góticos y clásicos de los primeros arquitectos dieron paso a una gran variedad de estilos pseudohistóricos: pseudoholandés, renacimiento danés, neorrománico, Vittorio Emanuele para los monumentos. Las construcciones de la Ringstrasse de Viena (o de Budapest) que hicieron su aparición a finales de la década de 1870 y en la de 1880 se distinguieron por una combinación de afectación y de insípida monumentalidad; algunas zonas de Berlín fueron destrozadas por construcciones tales como la gran catedral luterana, que mostraba a las ranas Hohenzollen tratando de parecer toros. Ya en 1906, para hacer sitio a esos pomposos edificios, se habían derribado tantos edificios del Berlín histórico y clásico, que se publicó la primera obra que lamen-

taba la destrucción de una ciudad en nombre del modernismo. El autor se refería particularmente a lo que le había sucedido a la Alexander-Platz, próxima al centro de la ciudad, plaza que había sufrido una y otra vez los efectos del pretendido modernismo de este siglo.

Incluso en la década de 1890, muchos arquitectos inteligentes se sentían inquietos. Buscaban una nueva simplicidad, que estaba basada en la funcionalidad y que debía su autoridad al empleo de las proporciones matemáticas. Arquitectos de Bohemia y Cataluña estaban recibiendo grandes cantidades de dinero de los industriales de esas dos regiones, que carecían de un estilo pseudohistórico medianamente convincente. Allí, en Praga y en Barcelona, se abrió camino una nueva arquitectura: el *Art Nouveau,* como llegó a ser conocido, o *Jugendstil.* A finales de la década de 1890, los edificios eran más sencillos que los de antes. Todavía estaban ornamentados, pero mucho menos que anteriormente. La forma funcional y fría de los edificios fue suavizada por inteligentes variaciones en los balcones, ventanas y esquinas; se usaron acertadamente nuevos materiales tales como el vidrio, el hierro y el hormigón. Charles Rennie Mackintosh logró una fama considerable en el continente con su adaptación del *Art Nouveau* a su propia tradición noreuropea, bastante lúgubre. Combinó (de manera no confortable, pero atrayente) las artes aplicadas y las bellas artes, tanto en las casas y escuelas que diseñó como en su decoración. Ciudades como Praga, Barcelona o Glasgow (e incluso, hasta cierto punto, Moscú) no tenían generalmente las pomposas exigencias de las capitales estatales; por otra parte, eran los centros de una tradición intensa, y florecieron enormemente con la industrialización y el comercio de finales del siglo XIX. En todas esas ciudades, ilustrados hombres de negocios promocionaron la distinguida arquitectura del *Art Nouveau:* la casa de Riabushinski en Moscú, la Villa Stoclet en Bruselas (1904), los cafés *Art Nouveau* de Praga,

la *Wiener Werkstätte* o el edificio *Sezession* de Olbrich, en la ronda exterior, para adaptar el nuevo estilo a la joyería y al mobiliario.

Pero el *Art Nouveau* era demasiado híbrido para sobrevivir mucho tiempo. En 1905, sus exponentes estaban ansiosos de dedicarse a un funcionalismo más puro. El arquitecto vienés Otto Wagner fue un precursor en este aspecto. A lo largo de toda su vida, mostró una considerable adaptabilidad (o, quizá, una carencia de raíces profundas). Comenzó a finales de la década de 1870 con encargos de edificios pseudohistóricos. Colaboró brevemente con un interesante vienés, Camillo Sitte, que quería evitar la destrucción de los centros de las ciudades para construir monumentos gigantescos (como había sucedido con la Ringstrasse) y prefería el mundo más íntimo de la ciudad de finales de la Edad Media (restauró la Piaristen-Platz en el distrito VIII de Viena). Pero Sitte, al igual que su casi contemporáneo William Morris, no ejerció una influencia duradera sobre el nuevo tipo de urbanistas. Otto Wagner estaba ansioso por utilizar los nuevos materiales, y especialmente el hormigón. A partir de 1897, sus edificios se hicieron cada vez más funcionales. Sus iglesias, la famosa «Casa de las rosas», en el Linke-Wienzeile, y la igualmente famosa Caja Postal de Ahorros, en la Coch-platz, estaban construidas en el mejor estilo *Art Nouveau.* Pero después de 1905, se dejó llevar por un estilo mucho más depurado, lo mismo que hicieron sus contemporáneos Adolf Loos (que consideraba la ornamentación como un crimen) y el injustamente olvidado Josef Plečnik. En 1911, Wagner escribió su obra *Die Grossstadt (La ciudad),* en la que consideraba conjuntamente las tendencias de la arquitectura y del urbanismo y sentaba las bases de «la ciudad de las torres», que tan familiar se ha hecho desde entonces. Soñaba con ciudades de vidrio y hormigón, en las que amplias vías llevarían a las diferentes «zonas» y el motor de combustión interna proporcionaría un transporte

cómodo y barato. Otros urbanistas de esa época contemplaban también ciudades «laterales», extendidas horizontalmente a lo largo de las líneas ferroviarias, en forma de rombo. Incluso antes de 1914, la sobria arquitectura funcional había llegado a dominar el pensamiento de los arquitectos. Especialmente en Praga, se realizaron experimentos interesantes con objeto de aliar el nuevo Funcionalismo con el Cubismo, en un estudiado contraste de planos que prefiguraba el estilo *Art Déco* de la década de 1920.

También en la música surgió un nuevo enfoque matemático, y también en este caso principalmente en Viena (el *Harmonielehre* de Arnold Schönberg, de 1911, fue seguido en 1912 por una sinfonía que celebraba el fin del dios burgués; su segunda mitad se conoce como «*Totentanz* de los principios»). La música había evolucionado de una forma curiosamente paralela al desarrollo de la arquitectura, desde la ampulosidad de finales del siglo XIX a una inquietante severidad. Schönberg se consideraba un nuevo Monteverdi que simplificaba la ampulosa polifonía de sus predecesores.

La música había descubierto conscientemente el subconsciente: un mundo en el que la moral, las formas obvias, la consistencia no tenían mucho sentido, y al que podían efectuarse llamamientos subliminales. Este descubrimiento había sido hecho cuarenta años antes por Richard Wagner. La revolución wagneriana tuvo, por supuesto, sus precursores, especialmente en Berlioz, pero fue, sin embargo, un momento casi único en la historia de la música. Esta había dejado de existir en su forma aparentemente cerrada y autojustificativa. Fue conscientemente adaptada para las multitudes por Wagner, quien explotó todos los recursos del teatro y la orquesta para crear un *Gesamtkunstwerk* con unas resonancias que distaban mucho de ser puramente estéticas. Robert Donington ha afirmado que *El anillo de los*

nibelungos solo puede entenderse en función de los «arquetipos» del psicólogo Jung, esto es, las realidades espirituales permanentes, de las que la experiencia humana es, a menudo, una versión distorsionada. El propio Richard Wagner dijo algo muy parecido, solo que, por supuesto, en un lenguaje diferente (y muy pomposo). Es posible que Donington y Deryck Cooke tengan aquí un buen argumento para sugerir que existe un «lenguaje musical» que puede ser modificado. Incluso en un instrumento de cuerda, que registra de forma más fiel los intervalos armónicos que los instrumentos de teclado, un tema tocado en una tonalidad se diferencia sutilmente de su sonido en otra tonalidad, dado que la tensión de las cuerdas equivalentes varía ligera e inaudiblemente para un oído consciente (salvo raros casos). Wagner explotó esto, especialmente en *Tristán e Isolda,* donde el uso continuado del cromatismo casi destruye cualquier sensación de tonalidad.

A finales del siglo XIX, la influencia de Wagner fue inmensa. Las enormes y a menudo fanáticas masas que se congregaban en su templo de Bayreuth constituían una prueba inequívoca de que, en su combinación de lo masculino y lo femenino, había descubierto una fuerza a la que la conciencia del siglo XIX (y la del siglo XX) respondería como a ninguna otra, aunque quizá la primera música para piano de Schumann había representado un ejercicio similar de armonización de los opuestos, si bien a una escala mucho menor. Los enemigos de Wagner (y de Schumann) llamaban a esto «histeria»: Nietzsche fue primero amigo (en la década de 1870), y luego enemigo (en la de 1880), de esta «emocionalización del intelecto».

La influencia wagneriana fue particularmente fuerte en Claude Debussy. Su *Pelléas et Mélisande,* de 1902, fue una especie de «anti-Tristán»: el impulso emocional se vuelve elegante y sobrio, pero el carácter ensoñador de la ópera se

ve reforzado por el cromatismo y los cambios de tonalidad tensamente intrincados. Fue el austriaco Gustav Mahler el que explotó al máximo las posibilidades de Wagner. Utilizó consciente y deliberadamente la música para expresar el cambiante, indefinible y a menudo contradictorio mundo interior de los sueños, los recuerdos, las fantasías, la reflexión irónica y la soledad. Para su *Segunda Sinfonía,* la «Resurrección» (1894), escribió incluso un «programa», y lo mismo hizo para otras de sus sinfonías, aunque confesaba que las palabras apenas eran útiles (y algunas veces eran bastante sorprendentes) cuando intentaban describir lo que la música representaba. En el curso de esta exposición de su propio mundo interior, empleó con frecuencia técnicas contradictorias. Una partitura de Mahler es una mezcla extraña, en la que orquestas cada vez más amplias se esfuerzan explosivamente por lograr un difícil cambio de tonalidad –desde la de do menor a la de mi bemol, por ejemplo–, con frecuentes y breves ironías musicales, como alguna reminiscencia de una tonada popular. Probablemente, la *Sexta Sinfonía* (1907) sea el más logrado de estos cuadros interiores. Pero la obra de Mahler era destructiva tanto para sí mismo como para esta clase de música; era irrepetible. Extrañamente, en el curso de su música, había comenzado a desarrollar disonancias, haciendo un uso retorcido y frecuente del famoso *diabulus in musica,* la quinta disminuida. Algo parecido a una revolución se produjo cuando Schönberg, que había empezado siendo un respetable exponente de la música mahleriana, se dedicó, después de *Gurrelieder,* en 1901, a una música atonal que prescindía de toda la vieja ciencia de la armonía. Igor Stravinski escandalizó a París en 1913 con su *Consagración de la primavera,* en la que, por medio de la percusión, combinaba disonancias sofisticadas con evocaciones de los dioses paganos eslavos.

El yo autocontemplativo tal vez conociera su época de esplendor en Viena hacia 1900, pero podía ser estéril e in-

cluso autodestructivo. El futuro de la música no estaba en la Europa central, sino en Francia, donde la estética clásica tenía una larga historia, o en Rusia y, en menor medida, en Bohemia, donde la pujanza de la tradición musical eslava se alió, en Prokofiev, Stravinski o Janáček, con la sofisticación occidental.

La literatura, por su propia naturaleza, no podía ser «matematizada» de la misma forma que la mayoría de las demás materias. En vez de ello, se produjeron dos corrientes distintas: el narcisismo autocontemplativo y hedonista, por una parte, y el «realismo socialista» –o sus comienzos–, por la otra. A finales de la década de 1880, la mayor parte de los países produjeron extensas y lúgubres obras de contenido social, en las que el ambiente contaba más que los personajes principales. El escritor francés Émile Zola, defensor de los mineros *(Germinal)* y de Dreyfus, tuvo una multitud de seguidores en toda Europa. Algunas culturas tenían un gusto natural por la severidad, como sucedía con las novelas escocesas implacablemente realistas de esa época *House with the green shutters,* de G. D. Brown (1900), o *Gillespie,* de J. McDougall Hay (1911). La fuerza de ambas procede del tema de la venganza calvinista del Señor, aunque ambas se refieren a la dislocación de las viejas comunidades por las transformaciones económicas. En el enfoque del realismo social se distinguió el ruso Maxim Gorki (seudónimo que significa «amargo»); mientras que Anton Chejov, Henrik Ibsen y Anton Strindberg se interesaban más por el derrumbamiento de la integridad de las clases pudientes.

El enfoque del realismo social estaba en declive antes de 1914, y la decadencia autocontemplativa, en una u otra forma, se convirtió en el tema dominante.

En los países centrales de Occidente, la desintegración se percibía de un modo más interno, sofisticada y consciente-

mente estético. Fue probablemente Arthur Rimbaud, homosexual e hijo de un capitán del ejército y una rigurosa beata, quien inició en Europa la andadura por la peligrosa senda de las palabras sin sentido: una poesía en la que la resonancia, el impacto casi inconsciente de las palabras lo eran todo, y su significado formal, nada; una anticipación sobrecogedora de las preocupaciones estructuralistas de los filósofos posteriores, realizada una generación antes por un muchacho de diecisiete años. Esto llevaba directamente a la decadencia consciente, a una huida del mundo intelectual en desintegración hacia el hedonismo, la amoralidad, la pesadilla de la *Salomé* de Oscar Wilde, de un Aubrey Beardsley, de un Gustave Moreau, de un Huysmans; un mundo de mujeres castrantes, cabezas de Medusa, madres terribles, que les había llevado a encontrar lo femenino en lo masculino (Wilde lo encontró, finalmente, en forma de Lord Alfred Douglas). Los supervivientes de esas pesadillas fueron recibidos, generalmente, en el seno de la Iglesia católica, aunque tanto la decadencia como la conversión fueron «blanqueadas».

Esta «decadencia» era demasiado peligrosa. A finales de siglo, estaba siendo «estetizada» de acuerdo con un «buen gusto» hastiado del mundo, conscientemente *fin-de-siècle:* Hugo von Hofmannsthal tuvo un gran éxito con el espléndido *pastiche* dieciochesco *Rosenkavalier* (1911), que se ganó hasta tal punto al público de Berlín que se pusieron «trenes Rosenkavalier» especiales para asistir a las sesiones de ópera en Dresden. Pero había una cierta debilidad en todo esto. La posterior colaboración de Strauss y Hofmannsthal no tuvo tanto éxito: su *Ariadne auf Naxos,* aunque magníficamente irónica en el primer acto, degeneraba en el segundo en un superado romanticismo tardío. Probablemente fue en Rusia donde la elegancia, la teatralidad y la fuerza se aunaron más felizmente: los *Ballets russes* de Diaghilev, con decorados de Bakst, eran deslumbrantes, aun-

que, en último término, constituían un ejercicio de narcisismo que consumía a muchos de los participantes.

Narcisismo estético es, de hecho, la expresión que mejor resume ese momento de la cultura europea. Los escritores cultivaban la frase, el «efecto», más que el tema; y había mucha gente que, bajo todo ello, percibía el próximo desastre. *Muerte en Venecia,* de Thomas Mann, escrita en 1911 (en Múnich), constituía una pequeña parábola acerca de la destructividad de la estética, divorciada de sus consecuencias; el posterior ensayo de Hermann Broch, *Hofmannsthal und seine Zeit,* era una evocación del «vacío de valores» *(Wertvakuum)* en el que había caído el mundo cultural. Hubo un breve florecimiento final en la década de 1920. Se puede quizá sostener que, excepto en determinadas partes chapadas a la antigua, tales como Europa oriental, la literatura dejó de tener el papel central de que había disfrutado con anterioridad a 1914.

En los primeros años del siglo XX hubo, pues, una revolución intelectual y cultural. No afectó particularmente al mundo de la cultura popular, cuya vitalidad desafiaba esa destructividad. Pero el viejo mundo de los valores absolutos del siglo XIX había recibido, mucho antes de 1914, un golpe mortal. Es curioso reseñar que, en los mismos años en que esto ocurría, se produjeron trastornos políticos y sociales en toda Europa: el triunfo aplastante de los progresistas en Gran Bretaña, la oleada de huelgas en todos los países, la primera Revolución rusa. En 1905, cuando llegó a la madurez la segunda generación de emigrantes a las ciudades, se produjeron agitaciones en la mayoría de los sectores, tanto en las universidades como en las fábricas, las profesiones liberales e incluso la familia. Característico de la época fue la aparición en todos los países de un movimiento feminista. La relativa decadencia de la burguesía a partir de 1896 hizo difícil la vida para las hijas de las familias burguesas.

Algunas de ellas aceptaban pasivamente el hecho de que sus familias no pudieran ya permitirse el lujo de mantenerlas, y contraían un matrimonio insatisfactorio; otras entraban en un convento; otras, cortésmente, aceptaban los empleos mal pagados que se les ofrecían. Algunas respondieron de manera diferente, como las «sufragistas» de Gran Bretaña o las primeras feministas de Alemania. En Viena, en 1905, Rosa Mayreder escribió un clásico de la causa feminista, *Zur Kritik der Weiblichkeit,* en el que revisaba parte de la literatura más descaradamente antifemenina (la cual incluía declaraciones tales como que «el estudio produce calvicie en las mujeres»). Razonablemente, observaba que la bicicleta había hecho más por la emancipación de la mujer que cualquier otra cosa. Lo que H. G. Wells denominó la «mujer nueva» había hecho su aparición. Fue un fenómeno bastante íntimamente ligado a las doctrinas de Sigmund Freud.

Como tantos otros, Freud surgió de la fuerte tradición positivista del siglo XIX: en medicina, del experimento y la observación detallados, cuyos orígenes se remontaban a la Ilustración escocesa y que floreció especialmente en París con Auguste Comte y Claude Bernard a mediados de dicho siglo. Era, desde luego, un error suponer que la observación empírica, sin unos principios que la guiaran, conduciría a alguna parte (lo que constituía el fundamento del odio ultraconservador de Dostoievski hacia los «Mills y Bernards» que figuran como caricaturas en sus *Apuntes del subsuelo*). Sin embargo, durante algún tiempo el positivismo del siglo XIX fue una fuerza saludablemente destructiva. Pero existían sombras. Freud, quien fue a París en la década de 1880 para estudiar con el neurólogo francés Charcot, se vio envuelto en el estudio de la locura. De manera muy positivista, intentó curar a sus pacientes con los medios fisiológicos normales: de hecho, cometió la terrible equivocación de emplear cocaína, con la que casi mató a un enfer-

mo; a su vuelta a Viena, intentó curar mediante la hipnosis, lo que también constituyó un fracaso.

No fue sino después de la muerte de su padre, en 1896, cuando Freud comenzó a entender algo más. Se lo debió en gran parte a una figura absurda, su amigo Wilhelm Hiess, quien, dentro de una teoría que a menudo superaba cualquier absurdo imaginable, tenía la sensación de que el espiritismo y los sueños significaban algo. En 1897, Freud elaboró su «proyecto»: un diagrama del funcionamiento del cerebro que ni siquiera llegó a publicar, porque tuvo miedo de que el público –a pesar del poco sentido del humor que él tenía– pudiera encontrarlo divertido. Era, en efecto, divertido: el cerebro estaba compuesto por una energía que, si no encontraba escape en la sexualidad, lo encontraría en alguna otra parte, en forma de neurosis. La «represión» *(Verdrängung)* –de la que daba una definición estrictamente física– era la «causa» de las molestias de sus pacientes (no es totalmente casual que en el mes de mayo de 1897 Freud, a sus cuarenta y un años, hiciera por última vez el amor con su mujer y no volviera nunca más a realizar el acto sexual). Si alguno de sus seguidores, como por ejemplo Jung, el patricio suizo, sugería que la represión sexual tal vez fuera un síntoma de unas complicaciones a las que el «espíritu» y el cerebro consciente podían hacer frente, siempre que se entendieran de forma menos mecanicista, era condenado rudamente al ostracismo por Freud, que era muy perseverante en sus odios. (En 1938, al término de su vida, dijo que ya, al fin, podía llegar realmente a las manos con sus enemigos. Su interlocutor supuso, demasiado obviamente, que se refería a los nazis. Mas Freud contestó, ceñudamente, que se refería a la Iglesia católica.)

Sin embargo, cualesquiera que fueran sus errores a lo largo de su vida, Freud había hecho un descubrimiento que contribuyó a formar la personalidad del hombre del siglo

XX mucho más que ningún otro: la conciencia de un mundo interior, del que los pensamientos y los hechos que los demás ven son simplemente un reflejo. El subconsciente no era un concepto nuevo. Ya en 1818, Schopenhauer se había pronunciado sobre el mismo. En la década de 1880, espiritistas como los teósofos Gurdjieff y Madame Blavatsky conocían bien la existencia de una nueva dimensión. Curiosamente, los pintores Malevitch y Mondrian solían leer a Madame Blavatsky: ¿qué vínculo les unía? Freud, buceando en los sueños, vio en ellos la sexualidad –a veces descabelladamente–, y a partir de 1900 vivió seis años fértiles en los que examinó, por ejemplo, la función de los chistes, o el significado de determinadas expresiones. Se ocupó de un tema que los poetas conocían desde hacía mucho tiempo, el de que todos somos, en cierto sentido, víctimas de nuestros padres. Inventó el «complejo de Edipo», el amor tan grande a la madre por parte del hijo que este no puede nunca adaptarse en términos «normales» a otra mujer. Los casos de los que Freud se ocupó entraron a formar parte del folklore –«Anna 0», el «hombre de las ratas» «el hombre de los lobos», etc.–. Pasó cientos de horas oyendo a sus pacientes hablar de sí mismos, uno de los temas favoritos del siglo XX. Al final, volvió a una visión absurdamente mecanicista de la personalidad: el superyó era la parte inteligente, el yo la personalidad consciente y el ello el impulso inconsciente *(Das Ich und das Es).* Freud veía los orígenes del carácter en la sexualidad, y los orígenes de la sexualidad en la primera infancia del niño; la zona de su cuerpo con la que primero obtenía una respuesta sensual («la vagina se toma en arriendo del recto»). Como sucede con muchas doctrinas parecidas del siglo XX, en lo que Freud decía había la suficiente verdad como para situarlo muy a la cabeza de sus colegas; pero su doctrina, a fin de cuentas, era también sumamente destructiva, por cuanto arrojaba a la basura la responsabilidad moral y una gran parte del pasado europeo.

Viena era, hacia 1900, el centro principal tanto del nuevo hedonismo como de las nuevas matemáticas. Por supuesto, no era el único. Había otros en Praga, en Múnich –entonces la capital cultural de Alemania, donde vivió Thomas Mann antes de 1914– y, aunque de forma limitada, en Budapest. París, a pesar de no ser tan apabullantemente predominante como lo había sido con anterioridad, era todavía un centro vital, aun cuando, en cuestiones literarias, sufriera de un creciente sentimiento de inferioridad con respecto a los alemanes. Londres seguía su propio camino; San Petersburgo, entre 1900 y 1930, pasó por un momento cultural muy peculiar que, por alguna razón, tuvo mayor resonancia en Inglaterra que en los demás países europeos. Pero fue en Viena donde se *fraguó* la mayor parte del mundo intelectual del siglo XX. Prácticamente en todos los campos, desde la música hasta la física nuclear, estuvieron a la cabeza los súbditos de Austria-Hungría.

¿Por qué? En el contexto general de la «Viena de 1900» se habían producido obras notables sobre determinados temas, pero todavía no había habido un tratamiento general y correcto de los mismos. La tradición intelectual de la ciudad no era especialmente pujante: la música, la más íntima de las artes, había florecido en el mundo de los Habsburgo, pero Austria no había dominado el campo en ningún momento (por el contrario, había tomado prestados muchos elementos de Italia y Francia). Para la mayoría de los niveles europeos, Viena era más bien un lugar atrasado: cosmopolita, en cuanto que llegaban a ella inmigrantes del resto de la monarquía, pero también sumamente conservadora, en cuanto que la gran aristocracia, la monarquía, la Iglesia y el ejército la dominaban. El espíritu del positivismo, del experimento y el esfuerzo continuados, había llegado a ella junto con el liberalismo austriaco en la década de 1860, y la Universidad de Viena –como otras universidades austriacas, y en particular la de Czernowitz, en la remota Bucovina–

floreció en esa época, al igual que las universidades del sudoeste de Alemania. Viena era también (a pesar de su absurda leyenda romántica) una ciudad bastante desagradable, en la que las gentes de la misma mentalidad se unían en busca de protección. Florecieron los clubes, los seminarios, las tertulias en cafés, y las personas se reunían frecuentemente para intercambiar ideas o tocar instrumentos. Algunos de los escritores de Viena eran también perfectamente conscientes, lo mismo que sus colegas de San Petersburgo, de que vivían en un mundo condenado a desaparecer.

Pero el rasgo verdaderamente destacado de Viena antes de 1914 era la extraordinaria preponderancia, en cuestiones culturales, de los judíos. No se trataba de judíos religiosos.

La religiosidad judía no significaba gran cosa para ellos, al menos antes de Hitler; algunos eran incluso conversos. Al parecer, durante muchos años Ludwig Wittgenstein no fue consciente del trasfondo judío, y aunque Freud había crecido (como Mahler y otras figuras, de origen moravio, destacadas de Viena) en un hogar estrictamente judío, no le gustaba especialmente su patriarcal padre, ni tenía demasiado tiempo que dedicar a la religión. Aparte de la necesidad de aparecer en la sinagoga en las fiestas familiares, el judaísmo no parecía significar gran cosa para estos hombres y mujeres, que ya poco tenían que ver con *Leopoldstadt* y sus masas de judíos del este. Arthur Schnitzler era un patricio, una figura totalmente laica; los vínculos con el judaísmo del poeta Andrian o de Hugo von Hoffmansthal eran, por decirlo suavemente, remotos. Ninguno de ellos era sionista (aunque el fundador del sionismo, Theodor Herzl, fue un judío rico de Budapest que reaccionó ante el asunto Dreyfuss exigiendo un Estado judío propio). Un personaje muy extraño, Otto Weininger, convertido al protestantismo, publicó un libro sobre estos asuntos, *Geschlecht und Charakter [Sexo y carácter],* en el que por medio de las matemáticas

intentaba describir la psicología de los judíos, supuestamente basada en una buena dosis de odio a sí mismos («no es ya que nuestros tiempos sean los más judíos: son los más femeninos de la historia»). Se suicidó (como muchos otros en Viena) a los veintitrés años, y a su funeral asistieron cierto número de destacados intelectuales de su época.

Más tarde los húngaros de origen judío, sobre todo los de Budapest, tuvieron una enorme influencia sobre la civilización global: en física nuclear, en los inicios de Hollywood o en informática. ¿Cabe extraer de ello alguna conclusión que no sea que los judíos son inteligentes? ¿Existe alguna diferencia entre un ateo que antes era judío y otro que antes era católico?

Probablemente no haya mucho más que decir sobre este tema hasta que sepamos bastante más acerca del mismo, y podamos analizar con mayor conocimiento y confianza los vínculos perdidos. Pero, en ese periodo, todo el mundo era consciente de la tremenda explosión del judaísmo. Los judíos fueron los grandes triunfadores de finales del siglo XIX: ya fueran religiosos o, más generalmente, secularizados, aportaron seriedad, energía, capacidad de valorar el contexto y deseo de alcanzar todo lo que se propusieran. Esto provocó un gran resentimiento (*Los protocolos de los sabios de Sión* fueron pergeñados en 1903 por rusos antisemitas), aunque también causó una gran admiración. Max Weber, Werner Sombart y Ernst Troeltsch escribieron muchas páginas sobre la traducción económica de la psicología religiosa, y todos ellos apreciaron la contribución judía al capitalismo. También todos ellos vieron la analogía que, en parte, podía explicar el fenómeno.

La ética protestante y el espíritu del capitalismo, de Max Weber, fue escrita a comienzos de su época más fértil, desde los treinta y tantos hasta los cincuenta y tantos años (1900-1920). Sus primeros años transcurrieron en el retor-

cido ambiente que parece ser más o menos inseparable de las obras serias de este siglo. Su padre era una imagen de Jehová, su madre una honrada calvinista. El padre, luterano de Bielefeld, en el Ruhr, fue diputado liberal nacional en el *Reichstag,* uno de los farisaicos y enérgicos seguidores del Bismarck de los últimos tiempos. El sudoeste de Alemania, donde dio clases principalmente Weber, era el centro intelectual del país; aunque presentaba una mezcla de religiones, no por casualidad había sido el área del más rígido protestantismo en el siglo XVII. A imitación de su padre, Weber comenzó siendo un nacionalista alemán. Tras aceptar la «economía nacional» predicada en las universidades alemanas, comenzó a estudiar la forma de rechazar a la población campesina polaca de la Prusia al este del Elba y los cientos de miles de odiados jornaleros estacionales polacos. Todo ello era algo muy nacional liberal, destinado tanto a rechazar a las hordas polacas como a aplastar a los terratenientes junker, que eran los responsables, en primer lugar, de la venida de los inmigrantes. El estudio de Weber sobre el problema rural de la zona al este del Elba, escrito en 1891, es todavía una fuente muy razonable y fiable, importante complemento de la obra igualmente antigua de G. F. Knapp sobre la *Bauernbefreiung* prusiana. Por esa obra, Weber obtuvo la cátedra de Economía del gobierno de Baden, que le prestó un apoyo muy valioso. Lo necesitaba, porque, a fin de cuentas, era demasiado inteligente como para sucumbir para siempre a la cháchara nacionalista que le había predicado su padre. Sufrió una depresión nerviosa que le duró cuatro años, la «crisis de la madurez», identificada posteriormente por Jung. No leyó nada en absoluto en ese periodo. Cuando se recobró, en 1903, todo volvió a su lugar, y de ello resultó un asombroso esfuerzo en solitario.

La sociología de la religión le fascinaba. Ningún observador de finales del siglo XIX podía dejar de ver que, fuera cual fuese el grado de secularización, las regiones habitadas

por pueblos de religiones distintas eran espectacularmente diferentes. Para entender la Reforma, Weber solo necesitaba mirar a la Alemania contemporánea del sudoeste, por ejemplo, al *Mittelfranken* bávaro, o al *Wormser Ecke,* que producía un porcentaje elevadísimo de artesanos y hombres de negocios austeros y enérgicos. Nunca cometió la equivocación de afirmar –como dicen sus vulgarizadores– que la religión calvinista fuera una especie de mandato de hacer dinero y medrar. Weber argumentaba, de forma mucho más sutil, que la actitud hacia las cosas de este mundo, hacia el éxito mundano, en las ideas calvinistas sobre la «justificación», era diferente no solo de la del catolicismo, sino también de la del anabaptismo o del metodismo. Habría considerado con desprecio cualquier esfuerzo por descubrir, en los sermones del siglo XVII, una orden de hacer dinero por parte de los teólogos a sus feligreses. De hecho, citaba con aprobación a John Wesley, que mucho antes había visto el problema de que el protestantismo extremo, una vez arraigado en una metrópoli, podía servir mejor para amasar dinero, a causa de su anterior aislamiento y de su perspectiva teológica; el dinero haría que los que lo hubieran amasado, y sus hijos, se olvidaran de la religión; de aquí que la doctrina, en último extremo, resultara estéril excepto para las víctimas de su forma secularizada. En una época ecuménica, las doctrinas de Weber no gozan de popularidad. En el mundo de los primeros días del siglo XX, eran simplemente lógicas.

Weber aludió frecuentemente a los judíos, pero fue Werner Sombart (1910) y, en menor medida, Ernst Troeltsch quien estudió seriamente el aspecto judío. La erudita obra de Sombart, *Geschichte des Kapitalismus,* fue uno de los grandes trabajos de la época anterior a la guerra. A Weber no le gustaba el libro, porque Sombart, en sus esfuerzos por identificar a los judíos con el espíritu del capitalismo, tomaba demasiado al pie de la letra la literatura religiosa. Pero

Sombart, al igual que Weber, enfocó seriamente un tema vital de comienzos del siglo XX. Como el economista austriaco Schumpeter, estaba interesado por la innovación, por el empresario. Estudió el capitalismo moderno, que, en las décadas de 1890 y 1900, era muy claramente obra de judíos secularizados y de protestantes secularizados (o semicreyentes), generalmente calvinistas. Volviendo la vista atrás, estudió el siglo XVII, los orígenes del «capitalismo moderno» como él lo entendía, y descubrió que las dos religiones habían tomado muchas cosas prestadas la una de la otra. En su estudio sobre el elemento judío en el capitalismo, citaba, con aprobación, algunos artículos publicados en el *Jewish Quarterly* durante la década de 1890, en los que se exploraba la relación entre las dos religiones; citaba también con aprobación la despectiva observación de Heinrich Heine sobre los escoceses –que por entonces llegaban a Inglaterra en tropel, para desempeñar diversos papeles en el capitalismo–, de que eran los equivalentes en Inglaterra de los judíos. En algunos aspectos, la Ilustración escocesa del siglo XVIII había constituido un anticipo de los posteriores procesos que tuvieron lugar en Viena: el mismo deseo de sistematizar, de derribar estructuras caducas, de racionalizar. La secularización del espíritu calvinista y la secularización de los judíos dieron a la vida intelectual de comienzos del siglo XX su sello característico.

BIBLIOGRAFÍA

En esta serie se llegó al acuerdo de no usar notas a pie de página. La lista de libros que sigue contiene las fuentes a las que he recurrido.

HISTORIAS GENERALES DE EUROPA EN 1878-1919

Este tema es de una complejidad enorme; la literatura (y otros documentos del periodo) que hay que cubrir es muy amplia, y los libros sobre la época varían de acuerdo con ello. James Jon, en *Europe since 1870. An international history,* Penguin Books, 1980, proporciona una amplia y detallada cobertura, cuyo mérito principal radica en la exposición de las ideas políticas más importantes. Un libro más antiguo es *A generation of materialism,* de C. J. Hayes, Nueva York, 1941 [*Una generación de materialismo* (1871-1903), Madrid, Espasa-Calpe, 1982], que se ocupa acertadamente del crecimiento de la clase media baja y del nacionalismo (es también un buen libro sobre cuestiones menos prominentes, como el surgimiento del nacionalismo flamenco). *Europe 1880-1945,* Londres, 1967, de J. M. Roberts [*Europa desde 1880 hasta 1945,* Madrid, Aguilar, 1980], es una buena narración cronológica; lo mismo puede decirse de *Europe 1815-1914,* de Gordon Craig (reeditado, Nueva York, 1972), aunque presta más atención a las cuestiones culturales. Del volumen XII de *The Cambridge modern history, The era of violence,* Cambridge, 1965 [*Historia del mundo moderno,* volumen XI, Barcelona, Sopena, 1975], podemos hacer caso omiso en su mayor parte, pero el volumen anterior, el XI, *Material progress and world-wide problems,* 1962 [*Historia del mundo moderno,* vol. XI, Barcelona, Sopena, 1974], contiene algunos buenos ensayos, en especial los de R. Robinson y J. Gallagher sobre el imperialismo. En «Books and the teaching of history in schools», *His-*

tory, 1974, de Ann Low-Beer, se hace un análisis de esas y otras obras. *Capitalism, socialism and democracy,* de J. A. Schumpeter, Londres, 1950 [*Capitalismo, socialismo y democracia,* Madrid, Aguilar, 1971], contiene numerosas reflexiones, lo mismo que *The end of economic man,* de P. Drucker, Londres, 1938.

Existen dos historias generales de este periodo, *Europe. A History,* de Norman Davies (Oxford, 1996), y *La era del imperio, 1875-1914* (Londres, 1987), de E. J. Hobsbawm. *La Europa negra* (Londres 1998), de Mark Mazower, es un ensayo interesante, que ofrecer, mucha información sobre la época anterior a 1914, aunque no sea el tema central del libro.

HISTORIA ECONÓMICA

Conviene poner a este periodo en perspectiva, como se hace en un estudio reciente de D. S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations* (Londres 1998), que contiene asimismo una excelente bibliografía puesta al día. Algún día será posible escribir un ensayo sobre la desintegración de este tema partiendo de los datos de la década de 1950. El material básico se encuentra en *European historical statistics,* de B. R. Mitchell, Londres, 1975, y en los diversos volúmenes de la *Fontana history of Europe,* dirigida por Carlo Cipolla, Londres, 1976 [*Historia económica de Europa,* Barcelona, Ariel, 1980]; sus estadísticas y bibliografía resultan muy útiles; el ensayo sobre la industrialización alemana de Knut Borchardt es especialmente bueno. Hay dos libros antiguos que merecen ser leídos. *The economic development of France and Germany 1815-1914,* de J. H. Clapham, Cambridge, ^{4}1968, aunque muy anticuado, es muy fácil de leer y presenta una visión coherente. *The unbound Prometheus,* de David Landes, Cambridge, 1969 [*Progreso tecnológico y revolución industrial,* Madrid, Tecnos, 1979], es una historia clásica del desarrollo tecnológico. El volumen VIII de la

Cambridge Economic History of Europe [*Historia económica de Europa,* vol. VIII, *La economía industrial: capital, trabajo y empresa,* Madrid, Edersa, 1982], dirigida por P. Mathias y M. N. Postan, contiene algunos ensayos importantes, especialmente el dedicado a Rusia, de Olga Crisp y M. Kaser, y el dedicado a Alemania, de J. J. Lee.

Algunos manuales más recientes, todos ellos meritorios, son: *The development of the economics of continental Europe 1850-1914,* de A. S. Milward y S. B. Saul, Londres, 1977 [*El desarrollo económico de la Europa continental,* Madrid, Tecnos, 1979]; *The industrialization of the continental powers 1890-1914,* de Clive Trebilcock, Londres, 1981, y *European economic integration,* de Sidney Pollard, Londres, 1974. En muchos sentidos, la historia económica de los años anteriores a 1914 solo tiene sentido si se la sitúa en el contexto de la época de entreguerras. *Versailles to Wall Street,* de D. Aldcroft, Londres, 1977, y *Growth and stagnation in the European economy,* de Ingvar Svennilson, Ginebra, 1954, son libros útiles en lo que se refiere a los acontecimientos anteriores a 1914. *The world in depression,* de Charles Kindleberger, Londres, 1973, es de difícil lectura, pero merece especialmente la pena por su explicación de los factores monetarios.

La historia económica debe ser abordada con al menos algunos elementos teóricos. Marxistas como Maurice Dobb, en *Papers on capitalism,* Londres, 1967 [*Ensayos sobre capitalismo, desarrollo y planificación,* Madrid, Tecnos, 1973], y Paul Sweezy, en *The transition from feudalism to capitalism,* Londres, 1976 [*La transición del feudalismo al capitalismo,* Madrid, Ayuso, 1975], tienen cosas importantes que decir. Sus teorías fueron recusadas por Joseph Schumpeter, cuyo *Business cycles,* 2 vols., Nueva York, 1939, es demasiado técnico para la mayoría de los lectores, pero cuya *History of economic analysis,* Londres, 1955 [*His-*

toria del análisis económico, México, FCE, 1971], es bastante accesible. *Economic backwardness in historical perspective,* Cambridge (Mass.), 1966 [*Atraso económico e industrialización,* Barcelona, Ariel, 1970], y *Festschrift,* comp. por H. Rosovsky, Cambridge (Mass.), 1966, ambos de Alexander Gerschenkron, contienen argumentos convincentes y documentados sobre el aspecto «neoliberal». *Modern economic growth,* de S. Kuznets, New Haven, 1973 [*Crecimiento económico moderno,* Madrid, Aguilar, 1973], puede leerse con provecho.

Sobre todas estas materias, la *Economic History Review* y el *Journal of Economic History* contienen muchos artículos excelentes. El *Journal of European Economic History,* publicado en Roma desde 1972, ha alcanzado un nivel muy alto.

Los tres factores más controvertidos del proceso de «crecimiento» son la tecnología, las finanzas y la agricultura. *The Oxford history of technology,* de T. Williams, comp., es (junto con el *Prometheus* de Landes) un útil compendio de información; *The sociology of invention,* de S. C. Gilfillan, Cambridge (Mass.), 1970, y *The sources of invention,* de John Jewkes *et al.,* Londres, 1958, constituyen un buen punto de partida para estos temas.

En materia de finanzas, existe un gran desacuerdo sobre los distintos aspectos monetarios, tanto con respecto a la banca como con respecto a las finanzas internacionales o al patrón oro. *Europe, the world's banker,* de H. Feis, New Haven, 1930, y *Short-term capital movements under the pre-1914 gold standard,* de A. I. Bloomfield, Princeton, 1963, fueron y son todavía importantes; ambos necesitan de la corrección de *England and the new gold standard,* de W. A. Brown, Londres, 1929, y de *Money and empire. The international gold standard 1890-1914,* de Marcello de Cecco, Oxford, 1974, con bibliografía. En Barry Eichengreen (ed.), *The Gold Standard in Theory and History* (Londres,

1985), y, sobre todo, en su obra *La globalización del capital* (Princeton, N. J., 1996), se habla de una época en la que los absolutos monetarios volvieron a ponerse de moda.

El lugar de la agricultura en el crecimiento económico y, en consecuencia, en toda la política, dio lugar a numerosos debates en torno a 1900, especialmente entre los socialistas. En cualquier análisis de la historia de Europa al este del Elba las cuestiones agrarias tienen que desempeñar un papel importante: fue allí donde se planteó el problema de la «economía del desarrollo». «Market and servile labour systems», de D. Chirot, en *Journal of Social History,* vol. 8, núm. 1, 1975; *Peasant society and culture,* de R. Redfield, Londres, 1956; *The economics of subsistence agriculture,* de Colin Clark, Londres, 1967; el artículo «Peasantry» en *The encyclopaedia of the social sciences,* 1922; *Peasants and peasant societies,* de Teodor Shanin, comp., Harmondsworth, 1971; *Economics of peasant farming,* Londres, [2]1964, y *Land reform,* Oxford, 1969, ambos de D. Warriner, constituyen, en diversos aspectos, buenas introducciones. B. Kerblay fue el compilador (Nueva York, 1968) de las obras escogidas del agrónomo ruso A. V. Chaianov y analizó sus logros en *Cahiers du Monde Russe et Soviétique,* vol. 5, número 4, 1964, pp. 411-460. *Basic concepts of rural sociology,* de B. Galeski, Mánchester, 1972; *Principles of rural-urban sociology,* de P. Sorokin, Nueva York, 1931, y «L'économie paysanne», en *Annales,* ESC, 3, 1964, páginas 417-432, son obras todas ellas útiles. También lo son *Essays in European economic history 1789-1914,* de F. Crouzet, comp., Londres, 1969, y *The experience of economic growth,* de B. Supple, Nueva York, 1963.

GOBIERNO Y SOCIEDAD

La relación entre el cambio económico y el político dio origen a numerosos libros sobre la «modernización» y la «revolución», especialmente en la década de 1960. *Political*

order in changing societies, de S. P. Huntington, New Haven, 1968 [*Orden político en las sociedades de cambio,* Buenos Aires, Paidós]; *The politics of modernization,* de D. Apter, Chicago, 1965 [*Estudio de la modernización,* Buenos Aires, Amorrortu, 1970]; *States and social revolution,* de T. Skocpol, Cambridge, 1979; *Modernization, protest and change,* de S. N. Eisenstadt, Nueva York, 1966 [*Modernización, movimientos de protesta y cambio social,* Buenos Aires, Amorrortu, 1968], fueron ejemplos característicos de esta tendencia. Una obra notable es *The social origins of dictatorship and democracy,* de Barrington Moore, Harmondsworth, 1977 [*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia,* Barcelona, Península, 1973]. *The theory and practice of modern government,* de H. Finer, Londres, 41961 [*Teoría y práctica del gobierno moderno,* Madrid, Tecnos, 1964], y *European political institutions and social change,* de E. N. y P. Anderson, Berkeley, 1967, proporcionan una descripción básica de las crecientes burocracias. *Welfare policy and industrialization in Europe, America and Russia,* de G. V. Rimlinger, Nueva York, 1971, narra el crecimiento de la beneficencia pública.

Existen muchos libros sobre la ciudad. *Towards the planned city, 1780-1914,* de Antony Sutcliffe, Oxford, 1981, es un magnífico punto de partida; puede ser complementado con obras sobre ciudades concretas, de las que A. Dyos ha sido un pionero en Inglaterra, y *Paris: a century of change,* de Norma Evenson, Londres, 1979, constituye un ilustre ejemplo.

La educación es un tema ingente. Puede ser abordado a través de *Education and economic development,* de C. A. Anderson, Londres, 1958; *Education and the State in tsarist Russia,* de L. Alston, Stanford, 1979; *An introduction to the economics of education,* de M. Blaug, Londres, 1970 [*Economía de la educación,* Madrid, Tecnos, 1972]; *The economics*

of education, de John Vaizey *et al.* (comps.), Londres, 1966 [*Economía de la educación,* Barcelona, Vicens Vives, 1975], y *The political economy of education,* de los mismos autores, Londres, 1972 [*Economía política de la educación,* Madrid, Santillana, 1976]. En Francia, *Nous, les maîtres d'école,* de M. Ozouf, París, 1972; y, en Alemania, *Sozialgeschichte des Hochschulwesens,* de H.-W. Prahl, Düsseldorf, 1968, pueden servir de introducción. *Literacy and development in the West,* de Carlo Cipolla, Londres, 1960 [*Educación y desarrollo en Occidente,* Barcelona, Ariel, 1970], constituye una visión global de un tema importante.

Sobre el lugar de las universidades en la sociedad en general, *The democratic intelect,* de G. I. Davies, Edimburgo, 1956, aunque referido a las universidades escocesas en un periodo algo anterior, constituye un brillante logro.

La adaptación de la religión y el progreso de la secularización son temas que han generado una literatura considerable. Estos temas despertaron un gran interés a finales del siglo pasado, cuando podía argumentarse de forma plausible que se había producido un importante trasvase de las diversas cuestiones religiosas a los asuntos políticos y económicos. *The protestant ethic and the spirit of capitalism,* de Max Weber, 1903, última edición, Londres, 1976 [*La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Barcelona, Península, 1973], fue una más de las muchas grandes obras similares, como, por ejemplo, la obra en varios volúmenes de Werner Sombart, *The modern capitalism,* edición norteamericana abreviada, 1964, y su *The Jews and capitalism,* traducción, Londres, 1913. *The sociology of religion,* de Ronald Robinson, 1976; *A general theory of secularization,* de David Martin, Oxford, 1978; *Sociology of protestantism,* de R. Mehl [*Tratado de sociología del protestantismo,* Barcelona, Studium, 1974], e *Introduction to religious sociology,* de F. Boulard, Londres, 1960, pueden ser de lectura provecho-

sa. Una visión alemana es *Säkularisierung und sozialer Wandel in 19 Jahrhundert,* de R. Marbach. Cfr., asimismo, M. P. Fogarty, *Christian Democracy in Western Europe 1820-1953* (Londres, 1957). Se ofrece un breve pero sumamente eficaz panorama del tema en *Religion and the people of Western Europe,* de Hugh McLeod, Oxford, 1981, con una buena bibliografía. En Owen Chadwick, *The Secularization of the European Mind* (Cambridge, 1983), y en Helga Grebing, *Soziallehre* (Berlín, 1985), se analizan los dos aspectos más relevantes de este tema.

El otro movimiento de masas en política, el socialismo, ha atraído una enorme cantidad de literatura, ahora de todos los niveles, incluyendo detalladas investigaciones de fábricas por todo el continente. Un intento muy valiente de estudiarlo globalmente es *European labour protest 1848-1939,* de Dick Geary, Londres, 1981. P. N. Stearns ha escrito extensamente sobre el tema: *European society in upheaval. Social history since 1750,* Nueva York, 1975; *Workers and protest: the European labour movement,* Illinois, 1971, y *Lives of labour,* Londres, 1975. *The rebellious century 1830-1930,* de Charles Tilly *et al.,* Londres, 1975; *Modern European social history,* de R. Bezucha, Lexington (Mass.), 1972, y *Conflict and stability in Europe,* de Clive Emsley, Londres, 1979, se centran todos ellos en los trabajadores rebeldes. E. Kaelble, en «Konjunktur und Streik», publicado en *Zeitschrift für Wirtschafts- und Sozialwissenschaft,* 1972-1992, hace algunas observaciones razonables. *A short history of socialism,* de George Lichtheim, 1970: última edición, Londres, 1983 [*Breve historia del socialismo,* Madrid, Alianza, 1975]; *The Second International,* de James Joll, Londres, 1975 [*La Segunda Internacional,* 1899-1914, Barcelona, Icaria, 1976], y los tres volúmenes de *Main currents in marxism,* de Leszek Kolakowski, Londres, 1978, proporcionan una interesante cobertura de los «ideólogos»; así como *To the Finland station,* de Edmund Wilson, Nueva York, 1940 [*Hacia la es-*

tación de Finlandia, Madrid, Alianza, 1972], es esencial. Véase también *Class and religion in the late Victorian city,* de H. McLeod, Londres, 1974; *A century of social catholicism, 1820-1920,* de A. R. Vidler, Londres, 1964; *Histoire du socialisme européen,* de E. Halévy, París, 1948; y «The effects of nineteenth-century agrarian reform on social structure in Central Europe», de W. Conze, en *Essays in economic history,* de F. Crouzet *et al.* (comp.), Londres, 1969.

NACIONALISMO, IMPERIALISMO Y GUERRA

El crecimiento del nacionalismo en esa era ha sido ampliamente estudiado. *The age of nationalism,* de Hans Kohn, Nueva York, 1968; *The historial evolution of modern nationalism,* de C. J. Hayes, Nueva York, 1935, y *Nationalism,* de E. Kedourie, Londres, [3]1966, proporcionan diversas perspectivas. *Economics and empire,* de D. K. Fieldhouse, Londres, 1973 [*Economía e imperio,* Madrid, Siglo XXI de España, 1978], examina varios casos de imperialismo y ofrece una respuesta muy inglesa. El «sentimiento» imperialista está bien reflejado en *Africa and the Victorians,* de J. A. Gallagher y R. Robinson, 1958, ya todo un clásico; véanse también sus *Lectures,* compiladas por A. Seal, 1982. Vale la pena leer *Imperialism and social classes,* de J. Schumpeter, Oxford, 1951 [*Imperialismo y clases sociales,* Madrid, Tecnos, 1965].

El curso de los intercambios diplomáticos en esta complicada época es descrito por A. J. P. Taylor en *The struggle for mastery in Europe, 1848-1918,* Oxford, 1951, última edición, 1979. Sus juicios resisten muy bien las investigaciones posteriores. *The rise of the Anglo-German antagonism, 1860-1914,* de Paul Kennedy, Londres, 1980; *Great Britain and the origins of the First World War,* de Zara Steiner, Londres, 1978; D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (1985); *Germany and the approach of war*

in 1914, de V. Berghahn, Londres, 1973; *From Sadowa to Sarajevo: the foreign policy of Austria-Hungary, 1866-1914,* documentada obra de F. R. Bridge, Londres, 1972; *Italy, the least of the great powers,* de R. J. Bosworth, Cambridge, 1979, esbozan (y más que eso) temas importantes. *The breakdown of the concert of Europe,* de Richard Langhorne, Londres, 1981, es un buen compendio. Los aspectos económicos de los orígenes de la guerra han sido estudiados recientemente por Raymond Poidevin en su libro *Les relations économiques et financières entre la France et l'Allemagne de 1898 a 1914,* París, 1969, y por René Girault en *Emprunts russes et investissements français en Russie 1887-1914,* París, 1973. Los hechos relacionados con la carrera armamentista se exponen en *The Eastern front 1914-1917,* de Norman Stone, Londres, 1978, caps. 1 y 2; para el aspecto naval, véase *The rise and fall of british naval mastery,* de Paul Kennedy, Londres, 1976. La política exterior de cada país es tratada con frecuencia en las distintas historias nacionales (véase *infra*).

Sobre el estallido de la guerra en 1914, *War of illusions,* de Fritz Fischer, Londres, 1975, ocupa un lugar destacado por méritos propios. *July 1914: the outbreak of the First World War,* de I. Geiss, Nueva York, 1974, colección de documentos, desarrolla más el tema. *From Agadir to Armageddon,* de G. Barraclough, Londres, 1982, es un ensayo muy acertado sobre el fracaso de la «disuasión». *Origins of the First World War,* de L. C. F. Turner, 1970, y *The long fuse,* de L. Lafore, 1966, son libros más antiguos, pero todavía interesantes. *The Short-war illusion,* de L. L. Farrar, hace importantes observaciones. «Domestic factors in German foreign policy before 1914», de W. J. Mommsen, publicado en *Central European History,* 1973, pp. 3-43, dice cosas sensatas. Para un análisis del pensamiento estratégico de 1913-1914, véase *British economic and strategic planning 1905-1915,* de David French, Londres, 1982. *L'année 1913,* de L.

Brion-Guerry, 3 vols., París, 1971, y *Comment les français sont entrés dans la guerre,* de J. J. Becker, París, 1977, tratan de la explosión de la opinión pública. *The road to Sarajevo,* de V. Dedijer, Londres, 1967, se ocupa del asesinato del archiduque. James Joll, *The Origins of the First World War* (Londres, reedición de 1984), es el estudio más puesto al día.

Las dos mejores historias cortas de la guerra son *The First World War,* de A. J. P. Taylor, Oxford, última edición, 1979, y *The Great War,* de Marc Ferro, Londres, 1963 [*La gran guerra (1914-1918),* Madrid, Alianza, 1970], libros de bolsillo reeditados de forma regular. El estudio más reciente es el de John Keegan, *The First World War* (Londres, 1998), escrito con la concisión y autoridad características de este autor. Niall Ferguson, *The Pity of War* (1998), contiene ensayos muy interesantes. *Passchendaele, The Untold Story* (Londres, 1968), de Robin Prior y Trevor Wilson, es un nuevo tipo de relato ejemplar sobre la batalla, libre de prejuicios y de histeria, en el que se analizan los problemas militares de forma muy eficaz; Sebastian Faulks hace algo similar en *Birdsong* (Londres, 1995). La publicación de los diversos volúmenes de la *Oxford History of the First World War,* editada por Hew Strachan, se prevé en 1999. *History of the First World War,* de B. H. Liddell Hart, Londres, 1972, dice cosas muy sensatas. En alemán, *Der Erste Weltkrieg,* de W. Schieder, Colonia, 1969, contiene también una buena bibliografía. *Death's men,* de Denis Winter, Harmondsworth, 1979, se ocupa de las actitudes de los soldados hacia la guerra. Existen numerosos relatos clásicos de diversas batallas: *The face of battle,* de John Keegan, Harmondsworth, 1979; *The price of glory,* de Alastair Home, Londres, 1975; *In Flanders fields,* de Leon Wolf, Harmondsworth, 1981; o *Gallipoli,* de Robert Rhodes-James, Londres, 1970, por ejemplo. *The world crisis,* de W. S. Churchill, Londres, 1928, y *War memoirs,* de David Lloyd George, 2 vols., Lon-

dres, 1938, son obras clásicas, sin paralelo en el continente. En torno a los acuerdos de paz y los objetivos de guerra se ha desarrollado un gran debate. *Germany's aims in the First World War,* de Fritz Fischer, Londres, 1967, inició el proceso. Otros historiadores han descubierto posteriormente que los objetivos de guerra de sus propios países no eran tan idealistas como se dijo en la época. *British war aims y peace diplomacy,* de V. H. Rothwell, Oxford, 1971; *France overseas,* de C. M. Andrew y A. S. Kánya-Forstner, Londres, 1981; *Britain and the origins of the New Europe,* de K. J. Calder, Cambridge, 1976; *The cost of the war 1914-1919. British economic war aims and the origins of reparation,* de R. R. Bunselmeyer, Hamden (Conn.), 1975, reflejan esto de diversas maneras. Las finanzas bélicas, y los problemas sociales relacionados con ellas, surgen en *The political economy of war,* de A. C. Pigou, Londres, 1940, y en *La fin des rentiers,* de André Bouton, 1931. *The great retreat,* de N. Timasheff, Nueva York, 1946, resume muchos de los argumentos; *Reconstructing bourgeois Europe,* de C. S. Meier, 1977, es una importante visión de la historia de los «artífices de la paz» en 1919 y años posteriores. *The politics of peacemaking,* de Arno J. Mayer, 1967, pone de manifiesto la importancia de los temas sociales en 1919 y 1920. En esta lista he omitido, con pesar, una multitud de libros excelentes.

LOS DISTINTOS PAÍSES

Alemania

Una buena introducción para el lector de habla inglesa es *The Kaiser and his times,* de Michael Balfour, Harmondsworth, 1975. El manual más amplio es el de Gordon Craig, *German history 1867-1945,* Oxford, 1981, con una buena bibliografía. Otros buenos manuales son: *A history of Germany,* de W. Carr, Londres, 1972, y *The German revolution of 1918,* de A. J. Ryder, Cambridge, 1967. *The political eco-*

nomy of Germany 1815-1945, de Martin Kitchen, Londres, 1978, constituye un resumen muy útil de las recientes obras alemanas. Son dignos de mención una serie de buenos manuales alemanes *(Handbücher). Deutsche Verfassungsgeschichte,* de E. Huber, última edición 1973, en varios volúmenes, ofrece una detallada narración de la vida política. La obra en dos volúmenes *Territorien-Ploetz,* 1976, cubre de forma exhaustiva y, con frecuencia, entretenida diversos países. El *Handbuch der deutschen Wirtschafts- und Sozialgeschichte,* comp. por H. Aubin y W. Zorn, Stuttgart, 1976, volumen 2; el *Handbuch der deutschen Militärgeschichte,* compilado por H. Meier-Welcker, Friburgo, 1967; y el *Handbuch der bayerischen Geschichte,* comp. por K. Bosl, Múnich, 1976, vol. 4, cubren un amplio espectro. Existe un estudio reciente en David Blackbourne, *The Long Nineteenth Century* (Londres, 1997), que forma parte de una nueva *Fontana History of Germany.* El mismo autor escribió, junto a G. Eley, el ensayo más rompedor sobre la Alemania moderna, *The Peculiarities of German History* (Londres, 1984). La obra de Thomas Nipperdey *Deutsche Geschichte 1868-1918* (Múnich, 1992) es un monumento nacional que combina gracia y fuerza.

Importantes interpretaciones alemanas son las de H. U. Wehler, *Moderne deutsche Sozialgeschichte,* Colonia, 1968; Michael Stürmer, comp., *Das deutsche Kaiserreich,* Düsseldorf, 1970; e I. Geiss *et al., Deutschland in der Welt Politik des 19. und 20. Jahrhunderte,* Düsseldorf, 1973, todas las cuales contienen numerosos y brillantes ensayos. *Krisenherde des Kaiserreichs,* de Wehler, Gotinga, 1970, tiene algunas páginas muy valiosas, especialmente sobre la cuestión polaca. De los libros más antiguos, todavía es válido *Imperial Germany,* de Arthur Rosenberg, Londres, 1931. Véase también *Society and democracy in Germany,* de R. Dahrendorf, Londres, 1968.

Para la derecha política, son buenos puntos de partida *The Junker in the Prussian Administration,* de L. W. Muncy, Rhode Island, 1944; *German liberalism in the nineteenth century,* de J. J. Sheehan, 1974; dos ensayos de J. C. Hunt, «Peasants, grain tariffs and meat quotas», en *Central European History,* VIII, n.º 4, 1974, y «The bourgeois middle in German politics 1871-1933», en *ibid.,* núm. 1, 1978; *The rise of political anti-semitism in Germany and Austria,* de P. G. J. Pulzer, Nueva York, 1964; *Reshaping the German right,* de G. Eley, Londres, 1980, con una bibliografía en la que figuran los propios artículos del autor; y un libro más antiguo, *Bread and democracy in Germany,* de Alexander Gerschenkron, Berkeley, 1943. David Blackbourn ha examinado el catolicismo político con gran perspicacia, excepto lo que se refiere a las cuestiones morales y teológicas, en diversos lugares. Su libro *Class, religion and local politics in Wilhelmine Germany,* Yale, 1980, es la continuación de una serie de artículos importantes, enumerados en su bibliografía. Dos recopilaciones de ensayos merecen ser mencionadas: *Society and politics in Wilhelmine Germany,* de R. J. Evans, comp., y *Politics in Wilhelmine Germany,* de J. J. Sheehan, comp., 1978.

La izquierda ha sido estudiada ampliamente. *Great schism: German social democracy 1905-1917,* de C. F. Schorske, 1955, resulta ahora antiguo, pero todavía es útil. *Negative Integration oder revolutionärer Attentismus,* de Dieter Groh, Francfort, 1973, y *The German labour movement,* de Helga Grebing (traducción inglesa, 1969), tienen mucho que decir. Otras obras importantes son las de G. Roth y A. J. Berlau. Los acontecimientos posteriores a 1917 son examinados en *Revolution in Central Europe,* de F. L. Carsten, Londres, 1972; *The socialist left and the German revolution,* de D. W. Morgan, Nueva York, 1975; y *The German revolution of november 1918,* de A. J. Ryder, Cambridge, 1967. *Germany tried democracy,* de D. Halperin, 1960, es una ex-

celente visión de los primeros años de la República de Weimar. *The German trade unions,* de John Moses, 2 vols., 1982, constituye un buen punto de partida para este tema esencial. *Town in the Ruhr,* de D. Crew, Nueva York, 1979, es una monografía sobre Bochum. Otras monografías son *Revolutionary Hamburg,* de R. Comfort, Stanford (California), 1966, y *Revolution in Bavaria,* de Allan Mitchell, Princeton, 1966. Existe una buena obra de Alemania Oriental sobre Berlín: *Das wilhelminische Berlin,* de Annemarie Lange, Berlín Oriental, 1976. Otra obra de Alemania Oriental es un largo ejercicio de humor negro: *Die bürgerlichen Parteien in Deutschland,* de Dieter Fricke, 2 vols., Leipzig, 1968. Más bibliografía puede encontrarse en *Labour and protest,* de D. Geary, Londres, 1980, que incluye los propios artículos de ese autor; «Domestic origins of Germany's colonial expansion under Bismarck», de H. Pogge von Strandmann, en *Past and Present* 42 (1969), «Bismarck's imperialism 1862-1890», de H.-U. Webler, en *Past and Present* 48 (1970); y «The German Social Democratic Party, 1890-1914», de J. P. Nettl, en *Past and Present* 30 (1965).

Sobre la historia alemana se pueden encontrar artículos útiles en el *Journal of Modern History,* la *American Historial Review,* ocasionalmente en *Past and Present,* y en *Central European History.*

Rusia

Endurance and endeavour, de J. N. Westwood, Oxford, 1981, ha sido revisado con una bibliografía. Debería leerse conjuntamente con *The Russian Empire,* de Hugh Seton-Watson, Oxford, 1967; *Transformation of Russian society,* de Cyril Black, 1960; y, por lo que respecta a las cuestiones económicas, los vols. VI y VII de la *Cambridge Economic History of Europe.* Existe una buena narración soviética: *Akademiya Nauk SSSR: istoricheski institut: Istoriya Rossii,* comp. por B. A. Ryabakoy *et al.,* Lª serie, vol. VI: *Rossiya v*

period imperializma 1900-1917, compilado por A. L. Sidorov y K. N. Tarnoyski, 1968. El volumen V, sobre la época posterior a la emancipación, es también muy útil. Tibor Szamuely, *The Russian Tradition* (Londres, 1974), y Richard Pipes, *Russia under the Old Régime* (Londres, 1974), son magníficos ensayos sobre la *intelligentsia* rusa y mucho más. En Alain Besançon, *Présent soviétique, passé russe* (París, 1986), hay magníficos relatos, en ocasiones muy divertidos, sobre los importantes vínculos entre ese pasado y ese presente.

El desarrollo económico de Rusia con anterioridad a 1917 es un tema controvertido, ya que afecta tanto a muchas grandes cuestiones políticas como a la «economía del desarrollo». P. R. Gregory analiza algunas de estas cuestiones en *Soviet Studies,* 23, 1972-1973, pp. 418-434, y en *Jahrbücher für die Geschichte Osteuropas,* núm. 25, 1977, 200 pp. (en inglés). Las obras de A. Gerschenkron resultan indispensables; véase también el *Journal of Economic History,* 1967 (Kahan), 1973 (Barkai) y 1976 (Gregory, Drummond), para diversos aspectos, y especialmente el monetario. *Studies in the Russian economy before 1914,* de Olga Crisp, Londres, 1976, es una obra esencial. P. W. Gatrell ha realizado nuevos trabajos sobre el tema: «Industrial expansion in tsarist Russia 1908-1914», en *Economic History Review,* vol. 35, núm. 1, 1982, y «The impact of war on Russian – development», en *World Development,* vol. 9, núm. 8, 1981. Todas las obras de Clive Trebilcock contienen una buena bibliografía.

La Rusia agraria presenta innumerables problemas, tanto más cuanto que los propios historiadores soviéticos parecen encontrarse un tanto desconcertados ante su complejidad y su relación con las dificultades contemporáneas. D. Field analiza el fin de la servidumbre en *The end of serfdom,* Cambridge (Mass.), 1976, con una buena visión del entrela-

zamiento de los problemas administrativos y económicos. Las obras de L. Volin, G. V. Pavlovski y G. T. Robinson, aunque ahora muy anticuadas, deberían emplearse todavía como puntos de partida: sus argumentos esenciales son otras tantas afirmaciones de la culpabilidad del gobierno zarista. *The awkward class,* de Teodor Shanin, 1972, que es una adaptación de Chaianov, ofrece una visión sumamente minuciosa de la cuestión campesina. P. W. Gatrell ha analizado en *Past and Present,* 1983, la adaptación de la visión rusa de los problemas agrarios de su país a la interpretación del pasado medieval inglés. *Before the Revolution. A view of Russia under the last tsar,* de K. Fitzlyon, Londres, 1977, contiene excelentes fotografías y una notable introducción. Heinz-Dietrich Löewe, *Die Lage der Bauern in Russland* (Múnich, 1983), es una gran crítica a los estudios estándar sobre la agricultura rusa, pues se demuestra que los campesinos rusos no estaban en absoluto «depauperados». Otra importante contribución alemana a la historia de la Rusia de este periodo es la de Karl Schlögel, *Petersburg 1909-1921. Das Laboratorium der Moderne* (Berlín, 1988).

Sobre política, existen buenos ensayos en *Russia under the last tsar,* de N. Stavrou, Minneapolis, 1969; véase *Russia enters the twentieth century,* comp. por G. Katkov, 1972. *Russia's constitutional experiment,* de G. Hosking, Cambridge, 1973, complementa la antigua obra de B. Pares. George Fischer y W. S. Rosenberg analizan el liberalismo ruso; *Wirtschaftspolitische Alternativen Russlands,* de Jürgen Nötzold, Wiesbaden, 1968, es una visión buena y sombría de las tareas con que se enfrentó la autocracia resucitada después de 1905. Los revolucionarios socialistas han sido estudiados por Oliver Radkey, 1958 y 1962; M. Perrin, 1978; y, posteriormente, por Manfred Hildermaier en *Die Sozialrevolutionäre Partei Russlands 1900-1914,* Colonia, 1978. *The Eastern front 1914-1917,* de Norman Stone, Londres, 1978, examina los complejos problemas administrativos, econó-

micos y políticos con que se enfrentó el gobierno una vez que decidió arrostrar y librar una guerra. El capítulo 1 se refiere al desarrollo militar antes de 1914, pero exagera su importancia.

La izquierda y la Revolución rusa han sido objeto de una gran atención. Puede encontrarse una buena bibliografía en *The Russian Revolution of February 1917,* de Marc Ferro, Londres, 1972 [*La revolución rusa de 1917,* Madrid, Villalar, 1977]: la bibliografía solo se encuentra en la traducción inglesa y en el original francés, pero no en la versión americana, así como en *October 1917,* del mismo autor, Londres, 1979. El relato más coherente de la Revolución sigue siendo el de W. H. Chamberlin, 1935, dos volúmenes. Vale la pena leer las «notas» de la obra en tres volúmenes de E. H. Carr. *Russia's failed revolutions,* de Adam Ulam, 1981, y su anterior *Lenin and the Bolsheviks,* 1968, pueden utilizarse conjuntamente con *Lenin,* de L. Shapiro, 1967, y *Red October,* de V. Daniels, 1968. A. Rabinowitch ha escrito dos buenos libros sobre los días de julio y octubre. Un libro muy bueno es *St. Petersburg,* de J. H. Bater, 1973. Hay algunos artículos excelentes en *Soviet Studies* y en los *Cahiers du Monde Russe et Soviétique.* Richard Pipes, *La Revolución rusa* (Londres, 1990), y Orlando Figgs, *A People's Tragedy* (Londres, 1997), son dos magníficos relatos «postcomunistas» narrados desde dos perspectivas diferentes: la del Partido Democrático Constitucional *(Kadet)* en el primer caso, y la del Partido Socialista Revolucionario en el segundo.

Italia

Italy, de D. Mack Smith, edición revisada, Londres, 1969, e *Italy from liberalism to fascism,* de C. Seton-Watson, Londres, 1972, son estudios generales informativos. *History of the Italian people,* de Giuliano Procacci, Londres, 1970, ofrece una visión de izquierdas. Las obras de E. Neufeld y S. B. Clough deberían ser utilizadas para los aspectos eco-

nómicos (en inglés). Hay algunos ensayos notables en *Gramsci and Italy's passive revolution,* de J. A. Davis, Nueva York, pp. 197-199, aunque no se refieren a Gramsci. *Antonio Gramsci and the revolution that failed,* de M. Clark, Londres, 1977, sí se ocupa de él.

Existen muchas obras excelentes en italiano sobre este periodo. Los volúmenes de la historia general de Indro Montanelli, *L'Italia dei notabili,* Milán, 1974, y *L'Italia di Giolitti,* Milán, 1975, constituyen una buena lectura, aunque no se conozca bien el italiano. *L'età giolittiana,* de A. Storti Abate, Palermo, 1978, es un buen manual de corta extensión que dedica un amplio espacio a los temas culturales. Obras que pueden compararse con los *Handbücher* alemanes son: *Storia dell'Italia moderna,* de G. Candeloro, vol. 7, «La crisi di fini secolo e l'età giolittiana», Milán, 1974; *Storia d'Italia,* de E. Ragionieri, vol. 3, «La storia politica e sociale», Turín, 1976; *Storia d'Italia,* de V. Castronovo, vol. 1, «La storia económica», Turín, 1975. G. Candeloro analiza *II movimento cattolico in Italia,* Roma, 1972, como también lo hace G. de Rosa, Bari, 1966. Mario Isnenghi y Brunello Vigezzi analizan diversos aspectos de la intervención de Italia en la guerra en 1915. Véase también el artículo de J. B. Cohen «Financing industrialization in Italy, 1894-1914», en *Journal of Economic History,* vol. 27, 1967.

Francia

Existe un buen estudio de la Tercera República, en inglés, de R. D. Anderson, 1978, con una buena bibliografía. El primer volumen de *France 1848-1945,* de T. Zeldin, Oxford, 1973, es especialmente útil, aunque algo flojo en lo que a los factores económicos se refiere. *La Nouvelle histoire de la France contemporaine,* Editions du Seuil, tiene dos volúmenes notables, de un estilo y unas dimensiones totalmente manejables: *Les débuts de la troisième République,* de J.-M. Mayeur, París, 1973, y *La République radicale?,* de M.

Rebérioux, París, 1975 y 1976. Ambos cuentan con una excelente bibliografía que, en cierta medida, me excusa de omitir muchas obras históricas destacadas. Al escribir este libro he tenido a veces la impresión de que los historiadores franceses son los únicos en Europa que no resultan profundamente deprimentes, aunque algunos lo intentan. Eugen Weber, *Francia, fin de siglo* (Londres, 1986), es de lo mejor de este excelente autor, y Robert Tombs, *France 1814-1914* (Londres, 1996), es el análisis global más reciente y un estudio muy concienzudo.

La société française, de P. Sorlin, París, 1969, y *French society 1789-1970,* de G. Dupeux, traducción, Londres, 1976, deben leerse junto con *Peasants into Frenchmen,* de E. Weber, Londres, 1976. Hay muchas obras sólidas sobre cuestiones económicas. *Essays in French economic history,* de R. H. Cameron, Homewood (Illinois), 1970, *y Economic growth in France and Great Britain,* de C. Kinclleberger, Cambridge (Mass.), 1964, se muestran despectivos con el «atraso». F. Crouzet hace gala de una mayor complejidad en «Essai de construction d'un indice de la production industrielle française au XIX[e] siècle», en *Annales ESC,* enero-febrero de 1970, al igual que los escritores que se ocupan de Francia en la *Fontana Economic History of Europe* y en la *Cambridge Economic History of Europe. Les paysans dans la société française,* de M. Faure, París, 1969; *Histoire des paysans,* de G. Walther *et al.*, e *Histoire de la France rurale,* de M. Agulhon *et al.,* volumen 3 (1789-1914), 1976, muestran, especialmente el último, a los historiadores franceses en su mejor aspecto.

Por el contrario, la izquierda francesa los muestra frecuentemente, y no solo a ellos, en su peor aspecto. *Le socialisme démocratique,* de J. Droz, París, 1966, es un libro sólido; puede complementarse con *Le mouvement socialiste en France 1893-1905,* de C. Willard, París, 1965, y *Les ouvriers*

en grève, de M. Perrot, París, 1974. *Le syndicalisme révolutionnaire,* de H. Dubiel, 1969, trata muy bien este tema.

Los radicales son bien estudiados en *Les grandes batailles du radicalisme,* de J. Kayser, París, 1962; *Clemenceau,* de D. R. Watson, Londres, 1974; *La République au village,* de M. Agulhon, París, 1970, *y Nous, les maîtres d'école,* de M. Ozouf, París, 1973; *La séparation de l'Eglise et de l'Etat,* de J.-M. Mayeur, París, 1966 [*La separación de la Iglesia y el Estado,* Madrid, Cid, 1971]; *Le protestant français,* de E. G. Léonard, París, 1953; y *Church and State in France 1870-1914,* de J. McManners, Londres, 1972. *Conflicts in French history,* de T. Zeldin, compilador, Londres, 1970, contiene buenos análisis del radicalismo.

Con respecto a la derecha, *The right in France,* de R. Rémond, Filadelfia, 1969, sigue siendo válido. *La société militaire dans la France contemporaine,* de R. Girardet, París, 1953, y más recientemente *The march to the Marne: the French army 1870-1914,* de D. Porch, Cambridge, 1981, constituyen un punto de partida para el estudio de los temas militares. *The Dreyfus affair,* de Douglas Johnson, Londres, 1966, es un buen relato corto; *L'école, l'Église et la République,* de M. Ozouf, París, 1962, se propone, de alguna manera, explicar el fracaso del catolicismo político, al igual que *The ralliement in French politics,* de A. Sedgwick, Cambridge (Mass.), 1965.

La fin d'un monde 1914-1929, de P. Bernard, París, 1975, examina la guerra y sus cambios sociales. *The end of French predominance in Europe,* de Stephen Schuker, Chapel Hill, 1976, es un análisis enormemente perspicaz del pensamiento de los estadistas franceses después de Versalles. Véase también *Church and State after the Dreyfus affair,* de M. Larkin, Londres, 1974. El espíritu de la Tercera República en sus años de decadencia está perfectamente reflejado en *Vo-*

yage au bout de la nuit, de L. F. Céline, París, 1931 [*Viaje al fin de la noche,* Barcelona, Planeta, 1931.

La monarquía de los Habsburgo

Tal vez no sea posible escribir la historia de este imperio: constituye un tema muy amplio, con contornos desesperantemente enmarañados. Algunos viejos libros son todavía, con mucho, la mejor introducción al mismo. R. W. Seton-Watson escribió varios buenos libros, en especial *The South Slav question,* Londres, 1911, y *Racial problems in Hungary,* Londres, 1908. *Le compromis austro-hongrois de 1867,* de Louis Eisenmann, 1904, es un libro admirable. *The Habsburg monarchy 1815-1918,* de A. J. P. Taylor, 1948, reeditado varias veces, también es un libro magnífico, con una buena bibliografía. *The Habsburg Empire,* de H. W. Steed, 1913, es una obra excelente. Existe una historia de Austria «oficial», *Die Habsburg Monarchie 1848-1919,* que, en ocho largos volúmenes, abarca todos los aspectos del tema y a menudo, sorprendentemente, es hasta agradable de leer. Los historiadores húngaros han estado asimismo muy ocupados. En la década de 1980 han escrito bien y con autoridad sobre el *boom* de su país en aquel periodo. Péter Hanák, *Magyarország története 1890-1918* (2 vols.), (Budapest, 1988) está puesto al día y G. Ránki ha escrito, junto a I. Berend, desde una perspectiva muy útil sobre el supuesto atraso de las economías centroeuropeas.

Los territorios checos son hábilmente examinados en *Handbuch der Geschichte der böhmischen Länder,* de Karl Basi, comp., vol. 3 (1848-1919), Stuttgart, 1968. Entre las monografías, merecen mencionarse «The peasantry, rural change and conservative agrarianism in Lower Austria», de G. Lewis, en *Past and Present,* 81, 1978; *The Young Czech 1874-1901,* de B. M. Garver, Londres, 1978; y *The evolution of a national community (The Germans in Prague),* de J. Cohn, 1981.

Véase también, «Army and society in the Habsburg monarchy, 1900-1914», de N. Stone, en *Past and Present, 33*, 1966; «State intervention as an obstacle to economic growth in the Habsburg monarchy», de J. Freudenberger, en *Journal of Economic History,* vol. 27, 1967; «Stagnation and take-off in Austria, 1873-1913», de D. Good, en *Economic History Review,* vol. 27; *Underdevelopment and economic growth: studies in Hungarian economic and social history,* de I. T. Berend, Budapest, 1979; *The Habsburg Empire 1790-1918,* de C. A. Macartney, Londres, 1969. La obra de A. Gerschenkorn, *An Economic Spurt That Failed* (Nueva York, 1980), es un estudio revelador sobre el hundimiento de la organización económica en Austria en torno al cambio de siglo. La obra de John Lukács *Budapest 1900* (Londres, 1988) es un libro maravilloso sobre un tema magnífico, muy accesible para el extranjero interesado. El estudio de Brigitte Hamann *Hitlers Wien* (Viena, 1997) tiene el mismo mérito, aunque no sea exactamente una historia de la ciudad en el mismo sentido que la obra anteriormente citada. A los últimos años de la monarquía se da un buen repaso en Manfred Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers* (Viena, 1993).

Otros países

No hay muchos libros serios en inglés sobre la historia moderna de los países escandinavos, con la excepción, en parte, de Finlandia. *The Low Countries,* de W. Kossmann, 1978, es un libro muy sólido y útil tanto para los Países Bajos como para Bélgica. *Spain 1808-1939,* de Raymond Carr, [2]1982 [*España, 1808-1939,* Barcelona, Ariel, 1969], es una obra magnífica; y *Modern Spain 1870-1970,* del mismo autor, 1980, constituye una condensación de la anterior, con una buena bibliografía. Existen algunos libros interesantes sobre la cuestión campesina en los Balcanes, como por ejemplo, *Traditional Romanian peasant communities,* de H.

H. Stahl, 1980, y *The great Romanian peasant revolt of 1907,* de P. Eidelberg, 1974. Polonia cuenta desde fecha reciente (Oxford, 1982) con una excelente historia en dos volúmenes, de Norman Davies.

HISTORIA CULTURAL

El estudio general más accesible es *Consciousness and society,* de H. Stuart Hughes, Harvester Press, 1979 [*Conciencia y sociedad,* Madrid, Aguilar, 1972]. Una obra alemana, *Handbuch der Kulturgeschichte,* Düsseldorf, 1978, constituye un excelente catálogo, que es quizá todo lo que esta materia puede pretender ser. La *Encyclopaedia of science* y la *Encyclopaedia of the history of ideas,* publicadas ambas por C. Scribner and Sons, Nueva York, 1973, contienen algunos ensayos notables. *Axel's castle,* de Edmund Wilson, Nueva York, 1931 [*El castillo de Axel,* Madrid, Cupsa, 1977], y *Collected essays, journalism and letters,* de George Orwell, Londres, 1968, contienen inspirados ensayos sobre muchos escritores modernos. Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes: esperanzas frustradas 1883-1920* (Londres, 1983), es la mejor introducción al clima intelectual de 1900. Stephen Kern, *The Culture of Time and Space* (Cambridge, Mass., 1983) es una obra relevante y la de Alain Besançon, *La imagen perdida: una historia intelectual de la iconoclasia* (París, 1994), es un logro asombroso, que narra la evolución de la estética tras 1900 desde la perspectiva de los dos últimos milenios.

Una gran parte del transfondo de este tema es de carácter matemático y científico. Una buena aproximación a las matemáticas puede hacerse a partir de la obra de M. Klein *Mathematics,* Londres, 1979; otros libros más antiguos, *The psychology of invention in mathematics,* de A. Hadamard, Nueva York, 1945, y *A mathematician's apologia,* de G. Hardy, Cambridge, 1964, resultan esenciales. *A study in the psychology of artistic imagination,* de A. Ehrenzweig, Lon-

dres, 1967, es un ensayo importante. Las aplicaciones científicas de esto pueden ser juzgadas por *Einstein's universe,* de N. Calder, Londres, 1979; *Einstein,* de R. W. Clark, Londres, 1979; o *Einstein and common sense,* de Hermann Bondi, Nueva York, 1980, más complejo desde el punto de vista matemático. *La science et l'hypothèse,* de Henri Poincaré, París, 1902 [*La ciencia y la hipótesis,* Madrid, Espasa-Calpe], constituyó un hito en la remodelación de la física del siglo XX.

Buena parte de esta remodelación se produjo en la Europa central, y especialmente en Viena. Viena ocupa asimismo un lugar esencial en otras materias. No hay ningún libro que trate este tema de forma exclusiva: quizá la tarea sea demasiado ardua. El esfuerzo más reciente es la serie de ensayos *Fin-de-siècle Vienna,* de Carl Schorske, Londres, 1980. *The Austrian mind,* de W. Johnson, Chicago, 1972, tras un audaz comienzo (con una buena bibliografía sobre el aspecto judío), se convierte luego en un catálogo. *Karl Kraus and his Vienna,* de Franz Field, Londres, 1967, y *Wittgenstein's Vienna,* de A. Janik y Stephen Toulmin, Nueva York, 1973 [*La Viena de Wittgenstein,* Madrid, Taurus, 1947], son libros ambiciosos y logrados. El componente artístico es bien analizado por Nicholas Powell en *The sacred spring,* Londres, 1978, y por P. Vergo en *Art in Vienna 1898-1918,* Londres, 1975. Hans Eysenck, *Decadencia y caída del imperio freudiano* (Londres, 1985), es un buen intento, muy peculiar; la obra *Karl Kraus* (Londres, 1986), de Edward Timms, es una magnífica introducción a la vida de un hombre relevante. *Jews and Culture in Vienna* (Londres, 1989) es un ensayo estimulante sobre un tema extremadamente difícil, pero hay otros en Ivar Oxaal (ed.), *Jews, Antisemitism and Culture in Vienna* (Londres, 1987).

La lista de las obras sobre los diversos temas culturales sería interminable. Entre ellas figura *Art and technics,* de L.

Munford, Nueva York, 1952, en la que se investiga la relación entre la arquitectura y la estética (Mumford escribió cosas muy perspicaces sobre el desarrollo de la ciudad). *Pioneers of the modern movement,* de N. Pevsner, Londres, 1936, puede ser útilmente complementado por *A history of modern architecture,* de J. Joedicke, Londres, 1959, y por *Modern movements in architecture,* de C. Jencks, Penguin, 1977.

Los cambios en el arte son descritos en *The history of impressionism,* de J. Rewald, Londres, 1946 [*Historia del impresionismo,* Barcelona, Seix Barral, 1981]; *The story of modern art,* de N. Lynton, Londres, 1980; *A concise history of modern painting,* de H. Read, Londres, 1959; *Painting and sculpture in Europe 1880-1940,* de G. Howard Hamilton, Harmondsworth, 1967 [*Pintura y escultura en Europa, 1880-1940,* Madrid, Cátedra, 1980]; y *The shock of the new,* de Bob Hughes, Londres, 1980. El catálogo de la National Gallery *Post-impressionism,* 1980, resulta muy valioso. *Turning-points in twentieth century art 1890-1917,* de W. Hofmann, es una obra importante; al igual que *Cubism. A history and an analysis,* de J. Golding, Londres, 1959. Se han hecho muchos estudios sobre el aspecto ruso del cambio en el arte. Este está espléndidamente bosquejado por Camilla Gray en *The Russian experiment in art 1863-1922,* Londres, 1962.

Entre las innumerables obras sobre la música moderna (de las que ofrecen una lista tanto el nuevo Grove como la *Oxford history of music*), destacan *The Wagner companion,* de P. Burbridge y R. Sutton, comps., Londres, 1979, que ha analizado recientemente dos «momentos decisivos», así como la nueva y documentada biografía del compositor escrita por C. von Westernhagen, *Wagner,* Cambridge, 1978; véase E. W. White, *Stravinsky: the composer and his works,* Londres, 1979, que debe leerse junto con la *Autobiography*

del propio Stravinsky, Londres, 1975. *Schönberg,* de C. Rosen, Londres, 1976, actualiza la obra *Arnold Schönberg,* de E. Wellesz, publicada en Viena en 1925, y traducida al inglés en 1972.

Las obras importantes de literatura son demasiado numerosas para ser reseñadas aquí. Los comienzos del siglo XX, al menos en Europa central, son examinados de forma muy hábil por M. Jay en *The dialectical imagination,* Londres, 1973 [*La imaginación dialéctica,* Madrid, Taurus, 1974]. Las series «Modern masters» y «Past masters» de Fontana y Oxford están llevando a cabo traducciones muy importantes. Dos libros, sobre todo, suponen un importante telón de fondo: *Magic mountain,* de Thomas Mann [*La montaña mágica,* Barcelona, Plaza y Janés, 1977], que pone de manifiesto los dilemas de la época, y *Remembrance of things past,* de Marcel Proust [*En busca del tiempo perdido,* Madrid, Alianza, 1975], excelentemente traducida por Terence Kilmartin, Londres, 1981, que pone de manifiesto la imposibilidad de hacer nada con respecto a aquellos.





Desde 2010 la prestigiosa editorial **Siglo XXI de España Editores** está integrada en el **Grupo editorial Akal.** Con una historia editorial de más de cuarenta años, desde sus comienzos se ha caracterizado por una decidida apuesta por las Humanidades y las Ciencias Sociales, conformando uno de los más significados catálogos existentes en lengua española, catálogo que, en la actualidad, se sigue fortaleciendo con la recuperación de títulos clásicos y con la publicación de las más importantes novedades internacionales.

ÍNDICE

Portadilla	1
Legal	4
Prefacio a la segunda edición	5
Prefacio a la primera edición	7
Dedicatoria	12
I. El fin del «orden moral»	13
II. Extraña muerte, 1890-1914	92
III. Las grandes potencias europeas	194
IV. Guerra y revolución, 1914-1918	414
V. Una nueva estructura: la revolución cultural de 1900	493
Bibliografía	521